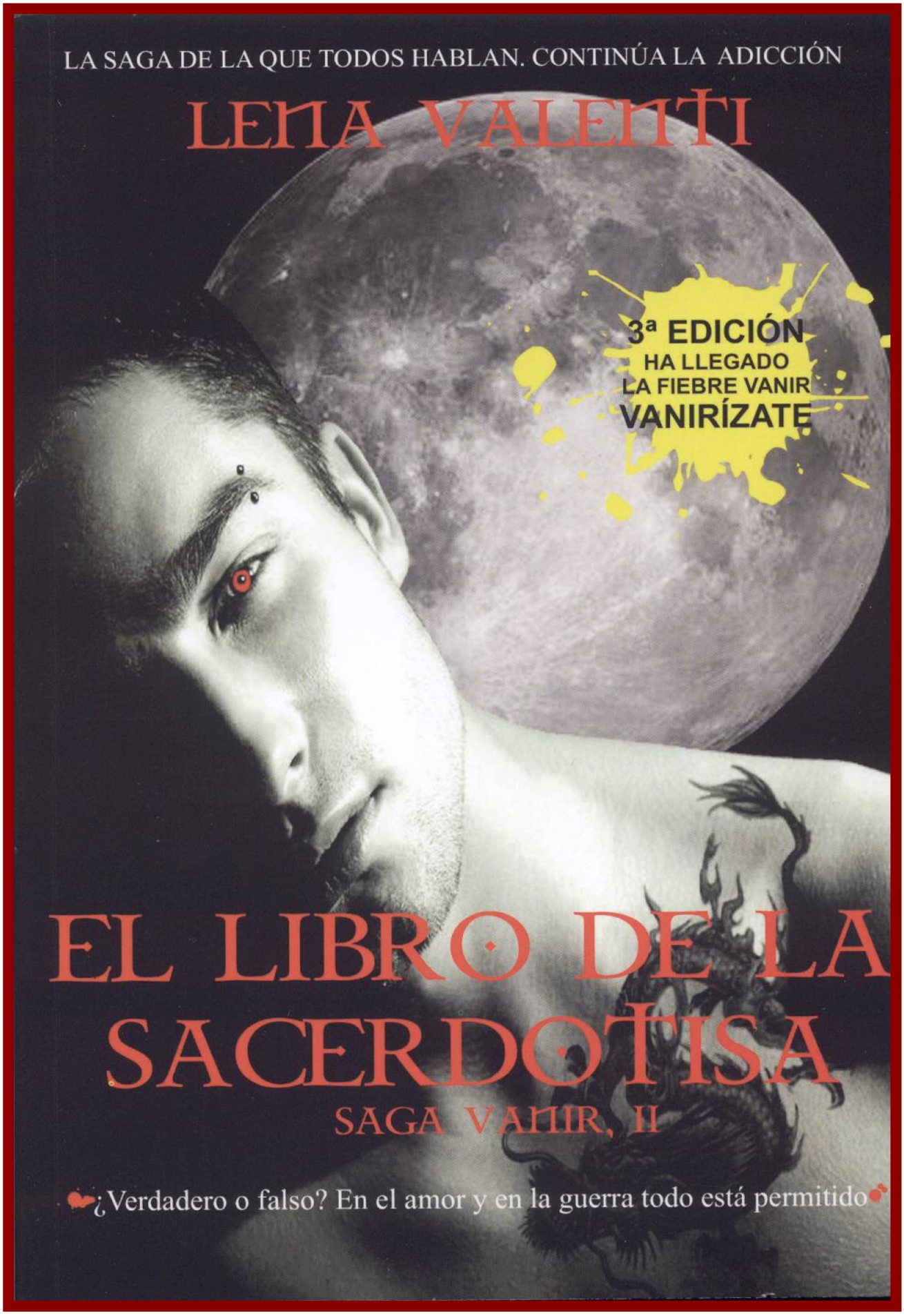
LA SAGA DE LA QUE TODOS HABLAN. CONTINÚA LA ADICCIÓN
LENA VALENTI
3ª EDICIÓN
HA LLEGADO
LA FIEBRE VANIR
VANIRÍZATE
EL LIBRO DE LA SACERDOTISA
SAGA VANIR, II
¿Verdadero o falso? En el amor y en la guerra todo está permitido

LENA VALENTI

El Libro de la Sacerdotisa

2° de la Serie Vanir

El Libro de la Sacerdotisa (2010)

ARGUMENTO:

¿Verdadero o falso? En el amor y en la guerra todo está permitido…

Cuando **Ruth** llegó a Londres mes y medio atrás para visitar a su mejor amiga, Aileen, nunca se imaginó que se vería envuelta en una guerra entre seres ancestrales creados por los dioses Vanir y Aesir. Después de un tiempo amoldándose a su nueva realidad, los traumas y las voces del pasado han regresado para atormentarla y, poco a poco, le están robando la razón. Pero tiene una oportunidad para encontrarse y saber quién es ella realmente, y no dudará en tomarla, aunque eso la ponga en manos de un berserker moreno y taciturno que no cree en nada de lo que ella representa.

Hacía mes y medio que **Adam** no dormía. Sus sueños estaban plagados de sangre, muerte y oscuridad, y en el centro de aquellas pesadillas sólo había una culpable. Una mujer de pelo rojo y ojos dorados. Una humana que no es quien dice ser: Ruth. Por eso, cuando ella quebranta la orden de no regresar a sus tierras y vuelve a Wolverhampton, él no dudará en darle caza y detenerla, aunque eso implique volverse loco y mantener sus instintos más salvajes a raya.

Adam quiere desenmascararla, pero, en un juego de voluntades, desidia y deseos, ¿a quién se le caerá la máscara primero? ¿Al lobo o a la cazadora? Vienen tiempos de caza en el Midgard. El Ragnarök enseña los colmillos.

SOBRE LA AUTORA:

Lena Valenti nació en Barcelona en noviembre de 1979. Lectora profesional y especializada en novela romántica, escribe desde que tiene memoria. Trabaja en Prensa y Comunicación en Casa del Libro y es, además, creadora y diseñadora de páginas web. El libro de Jade es su primera y prometedora incursión en el género de la novela romántica paranormal.

Lena ha devorado libros de romántica de todo tipo como si fuera un hábito compulsivo en ella, casi como un tic. Más tarde, lo hizo como Lectora Profesional. Pero un día, decidió escribir en serio sus propias historias de romance. Ya lo había hecho con anterioridad. Tenía dos o tres manuscritos, guardados en el olvido.

Y pensó ¿por qué no? Los libros en el cajón sólo los leen las termitas así que, ésta vez, se puso de cabeza y lo hizo. Ya sabemos el resultado.

AGRADECIMIENTOS

Editar un libro es muy difícil, pero tener continuidad es todavía más complicado. Si hoy *El libro de la Sacerdotisa* es una realidad, es gracias a todos los que confiasteis en *El libro de Jade.* Así que, gracias a todos los que voy a nombrar ahora, el segundo libro de esta pentalogía está ya en la calle y la Saga Vanir es cada día más grande debido a vosotros.

Para empezar, dedico unas palabras a mi editor, Valen Bailon. No es tarea fácil apostar por una escritora novel, y es más difícil todavía empezar desde cero. Reúnes todo lo necesario para convertir en realidad lo que te propones y tienes unas ideas increíbles. A veces, para que algo funcione no necesitas ser un experto en ello, simplemente se necesita creer, ser emprendedor, tener ganas, poder de sacrificio y empeño. Tú eres todo eso. Gracias por ser tan profesional y por volcarte con la saga. Sí, tu editorial es muy diferente a todo lo que yo he visto antes en el gremio, y me encanta, ya lo sabes.

Tengo que dar las gracias a mi enorme familia (la de sangre y la que he elegido con el corazón) por todo el apoyo que me dais y por observarlo todo desde la sorpresa y la diversión, sois el mejor antídoto contra la vanidad. El yayo iba a alucinar, ¿verdad, mama?

No puedo dejar de agradecer a toda esa gente que me ha escrito para hablarme de *El libro de Jade.* Si me quedé impactada con la primera carta que recibí, todas las que llegaron después me dejaron en *shock,* pero desde la primera a la última ha hecho que escribir merezca la pena.

A todos esos blogs, donde hay gente tan buena y con tanta humildad. Es increíble la tarea que hacéis, no sólo leéis sino que dais siempre una opinión sobre lo que habéis leído, y siempre desde el respeto. Eso es lo más importante. Amáis los libros, amáis la literatura, ¿qué hay mejor que eso? Gracias a Yo leo RA, Perdidas entre páginas, Libro génica, Mi locura romántica, Mientras Lees, Una habitación llena de libros, Love words and Spice, Mi friki mundo, Bel devoradora de libros, Dreamland, Whisper of the heart, Crónicas élficas, Hobby Planet, Crepúsculo y mucho más, Candy blogspot, Fantasy World, Memorias de una persona normal, Estantería azul, Book Eater, Las cosas de Noelia... Perdón si me dejo alguno, pero habéis sido muchos los que desinteresadamente valorasteis el libro. Mil gracias. Todo el trabajo que hacéis es increíble, sois como revistas de literatura andantes. Especialmente gracias a Yo leo RA, Mientras lees, Spice and love words y Una habitación llena de libros por vuestras reseñas.

Y por último y no menos importante, tengo en mente a algunas personas que han hecho que la Vanirización haya sido posible. Gracias a Lorena Ramírez (Mágica) y a María José Seño (Pandemonium), por todo el apoyo que me habéis dado, porque aunque no nos conocemos personalmente, ya sois parte de mi vida. Todavía no me puedo creer que haya un foro de la saga, pero cada día crece más y ya es más que una realidad. *El libro de la Sacerdotisa* es mi regalo para vosotras, para el grupo humano de tanta calidad que hay en el FORO SAGA VANIR. Cuando leáis el libro seguro que entendéis a qué me refiero. Sois fantásticas.

Gracias a Lorena Aragüete por tus diseños y por ser tan creativa. El logo de la saga es precioso.

Gracias a toda esa gente maravillosa: Yandra, Bii, Austen, Tania OT, EdwardKaname, Yuth, MaryPatzz, La Cáraid de Cahal, Marikiya, Daanna, Saandrus, Khalia, Saileen..., a todas las que formáis parte del Foro, las palabras no son suficientes para expresar lo agradecida que me siento.

A toda esa gente que me escribe a través de FACEBOOK, mil gracias a todos. Perdonadme si no contesto o si contesto tarde, intento hacerlo siempre que puedo.

Gracias a ese grandísimo ilustrador Mikel Janín por los dibujos tan maravillosos que estás haciendo de la Guía Ilustrada. Se me cae la baba cuando los veo. Ese es otro proyecto que está al caer y me encanta que te hayas subido al barco de la Saga Vanir. A Casa del Llibre, por hacerme sentir

como en casa, valga la redundancia, y a mis compañeros, libreros excelentes. A Israel Clarà, editor de Ómicron, por ayudar a poner la semillita.

Dedico este libro a los niños más importantes que hay en mi vida: Marc, Víctor, Carla, Mauro, Julia, Gerard y Adri. Alzad la voz cuando no os oigan. Y recordad no leer esta Saga hasta que, por lo menos, tengáis treinta años. Y muy especialmente dedico este libro a un niño grande con el corazón enorme, a mi hermano pequeño, Iván. Te quiero por ser como eres.

El ser humano tiene el poder de imaginar, y eso nos convierte en pequeños dioses. Escribir es crear mundos, pero leer es la más grande de las aventuras. Si tienes este libro en las manos, sólo deseo que disfrutes leyéndolo.

¡Abrochaos los cinturones que vienen curvas!

El cielo, el infierno y el mundo están en nosotros.
El hombre es un abismo.

HENRI-FRÉDERIC AMIEL

El hombre que no conoce el dolor no conoce ni la ternura de la humanidad ni la dulzura de la conmiseración.

JEAN-JACQUES ROUSSEAU

La humanidad está ante una bifurcación histórica. Un camino lleva a la desesperación y a la renuncia total. El otro, a la extinción definitiva. Roguemos tener la sabiduría que hace falta.

WOODY ALLEN

PRÓLOGO

El Ragnarök y sus orígenes

Dice la profecía de la vidente:

‹‹Habrá una batalla final entre las fuerzas celestes y las del Inframundo. Será una lucha encarnizada que dará origen y final a los tiempos conocidos. Ésta será la última guerra en la que los dioses llegarán a su ocaso y dónde demonios y humanos perecerán en el día llamado "El final de los tiempos", el *Ragnarök››.*

En la visión de la *völva,* Odín, conocido como ‹‹El padre de todos››, moría a manos del lobo Fenrir, liderado por Loki. Se desataba el caos y la humanidad desaparecía.

De los dioses escandinavos, sólo Njörd regresaba a *Vanenheim* de nuevo. El resto moría en la guerra contra las fuerzas del Mal.

Después de tan oscuro presagio, la *völva* hablaba del resurgir de un nuevo amanecer. Un futuro más brillante en un nuevo mundo.

El *Ragnarök* se origina cuando Loki, hijo de los gigantes Farbauti y Laufey, que una vez había sido proclamado hermano de sangre por Odín, más tarde declarado enemigo acérrimo del mismo y nombrado ‹‹el traidor›› por todos los dioses, se niega a arrodillarse ante la raza inferior humana. Odín quiere que los humanos evolucionen y lleguen a convertirse en maestros de sus propios maestros, pero Loki se niega a dar una oportunidad a la humanidad, pues, según él, no merecen tal misericordia.

Cuando el dios Aesir escuchó de boca de la vidente el poema profético sobre su destino, decidió tomar cartas en el asunto para que aquello no sucediera. No podía permitir que la profecía se cumpliera, él no podía desaparecer, la humanidad no podía ser aniquilada, así que secuestró a Loki, ‹‹El origen de todo mal››, del *Jotunheim,* y lo encarceló en el *Asgard* en una cárcel invisible de rocas de cristal. Odín ya sabía que nadie podía fiarse de Loki pues era un timador, un dios transformista que adoptaba mil caras distintas cuando mejor le convenía. Él mismo había sufrido de la peor manera las artimañas de tamaño engañador y su querido hijo Balder había perdido la vida debido a sus maquinaciones.

Sin embargo, Loki, a través de uno de sus famosos engaños, se escapó de la cárcel y descendió al *Midgard,* la Tierra, para reírse de la humanidad y truncar el proyecto de Odín.

Fue entonces cuando las dos familias del panteón escandinavo que habían vivido enemistados en otros tiempos, los Aesir, liderados por Odín, y los Vanir, unieron sus fuerzas de nuevo y crearon a los berserkers y a los vanirios para proteger a la humanidad de las fechorías de Loki, el hijo de los *Jotuns.*

Odín fue el primero que escogió a sus guerreros *einherjars,* vikingos inmortales, y los tocó con su lanza otorgándoles el Od, la furia animal, convirtiéndolos así en guerreros berserkers con semejanzas genéticas e instintivas a la de los lobos, su animal favorito. Los hizo descender a la Tierra con el objetivo de mantener a Loki a raya, y durante un tiempo fue posible, pero las mujeres humanas eran muy atrayentes para ellos, así que mantuvieron relaciones sexuales e hibridaron la raza pura berserker.

El dios gigante Loki consiguió llevar a su terreno a algunos de los híbridos, ya que al ser de naturaleza semihumana eran mucho más débiles y susceptibles a las promesas y a los deseos que él les ofrecía a cambio de unirse a sus filas. Transformó a todos los que se fueron con él en lobeznos, seres abominables y sedientos de sangre que podían parecer humanos, pero que al mutar, se

convertían en auténticos monstruos asesinos, los llamados hombres lobo. Loki conseguía de esa manera mofarse de Odín y de su creación.

El *Midgard* entonces se descontroló, cada vez eran menos los berserkers hibridados capaces de ignorar y negar a Loki. La Tierra entraba en una época convulsa de oscuridad y guerra donde no había cabida para la luz ni la esperanza.

Fue en aquel momento cuando los Vanir, al ver el escaso éxito que había tenido Odín para mantener a Loki a raya, apoyaron al dios Aesir y crearon una raza propia de guerreros que además les pudiera representar en la Tierra. Sin embargo, los Vanir no tenían conocimiento sobre manipulación de armas ni tampoco sobre guerra. Ellos eran los dioses de la belleza, el amor, el arte, la fecundidad, la sensualidad y la magia: no sabían nada de destrucción. Así que hicieron una criba con los guerreros humanos más poderosos de la tierra y los mutaron, otorgándoles dones sobrenaturales.

Los dioses Vanir Njörd, Frey y Freya escogieron a miembros de algunos clanes humanos que entonces poblaban la tierra y a cada uno les otorgó dones fascinantes. Pero también, temerosos de que alguna vez pudieran sobrepasarles en poderes, les dieron alguna que otra debilidad.

Así nacieron los vanirios, seres que una vez fueron humanos y a quienes los dioses añadieron una fuerza sobrenatural convirtiéndolos en hombres y mujeres inmortales. Eran telépatas, telequinésicos, podían hablar con los animales, podían volar, tenían colmillos como sus creadores Vanir, pero no podían caminar bajo el sol y además soportarían el tormento de la cruz del hambre eterna hasta que encontraran a sus parejas de vida, hombres y mujeres especiales capaces de entregarles todo aquello que sus corazones anhelaran. Pero Loki, conocedor de la insaciable sed vaniria, también los tentó ofreciéndoles una vida en la que el hambre podría solventarse sin remordimientos de conciencia. A cambio, ellos sólo tendrían que entregarle su alma y unirse a su ejército de *jotuns.* Los más débiles, aquellos que se plegaron a su oferta, aceptaron el trato y se convirtieron en vampiros, seres egoístas que absorben la vida y la sangre humana. Asesinos.

Ahora, ante el refuerzo y la ofensiva de Loki y su séquito, los vanirios y los berserkers que no se han vendido a él se verán obligados a aparcar todas sus diferencias y a permanecer unidos para luchar contra todos aquellos que se han confabulado para conseguir que el *Ragnarök* llegue a la tierra y se pueda destruir así a la humanidad. Lobeznos y vampiros, berserkers y vanirios que han traicionado a sus propios clanes, y humanos ávidos de poder, deseosos de recibir todo aquello que Loki les ha prometido, no cesarán en su empeño hasta que llegue el final de los tiempos y Odín les jure pleitesía.

Estos seres sobrenaturales, antagónicos entre ellos, conviven con nosotros día a día, forjando su propia historia, librando su propia batalla. Unos nos defienden, los otros nos atacan. Unos esperan nuestra aniquilación, y los otros se sienten obligados a defendernos y luchan por nuestra salvación, sin ser conscientes de que mientras nos salvan, alguno de nosotros también puede salvarlos a ellos.

Los humanos somos la raza débil, estamos justo en medio, viviendo nuestras propias vidas, ignorantes de aquello que nos rodea. Pero incluso la raza menor puede dar lecciones a las razas superiores, como por ejemplo que en la guerra y en la venganza el más débil es siempre el más feroz.

La batalla final entre el Bien y el Mal lleva labrándose desde hace tiempo, pero esta vez, las pasiones, los anhelos, la amistad, el corazón, el amor y la valentía, serán factores decisivos en su desenlace.

El *Ragnarök* se acerca.

Y tú, ¿de parte de quién estás?

No existe la luz sin la oscuridad.

No se concibe el bien sin el mal.

No hay perdón sin ofensa.

No hay redención sin rendición.

En un mundo de opuestos en el que vivimos, unos seres inmortales vienen a protegernos no sólo de Loki, sino también de nosotros mismos.

La línea entre lo que es bueno y lo que no es muy subjetiva, demasiado fina para nosotros, pero invisible para seres que desde hace milenios están luchando por una raza humana que demuestra muy pocos escrúpulos en todas sus acciones y decisiones. ¿Merecemos ser salvados?

Ésta es la Saga Vanir.

Todo es posible.

Todo está permitido.

Y todo es más real de lo que creemos.

Bienvenidos al mundo de Lena Valenti.

CAPÍTULO 01

Mes y medio atrás.

Amanecer del 25 de junio, bosque de Kilgannon. Inglaterra.

Ruth se despertó rodeada por dos berserkers. No estaba desnuda, simplemente dormía apoyada sobre el pecho de uno de ellos mientras el otro la arropaba pegado a su espalda. A su alrededor, varios miembros de los clanes también se espabilaban, algunos con más brío que otros. Daanna se acercó por detrás y le dio la mano para que se levantara.

—Chica, ese hidromiel es...—comentó Ruth aceptando la mano de Daanna. Se puso una mano sobre la cabeza y apretó los ojos con fuerza—. Siento que me va a estallar la cabeza.

—¿Ah, sí? —Daanna se echó a reír con sus ojos verdes chispeantes—. Serías la primera persona que conozco a la que le da resaca el hidromiel. Ruth sonrió y se limpió el vestido rojo y largo con las manos.

—Me pitan los oídos —murmuró meneando la cabeza.

Daanna se extrañó al oír eso.

—¿Y Aileen? —preguntó Ruth haciéndose un moño mal hecho—. Debo de estar hecha un guiñapo.

—No estás en tu mejor momento y luces dos chupetones en el cuello —observó Daanna cruzándose de brazos—. Aileen desapareció hace varias horas tras esos matorrales de ahí —señaló con el dedo—, siguiendo a mi hermano, por supuesto.

—Por supuesto. —Puso los ojos en blanco. Como para no ver que se comían con los ojos el uno al otro durante toda la noche—. Ay, joder... —sacudió la cabeza.

—¿Tan mal te encuentras? —Daanna la ayudó a sentarse. Ruth se tambaleaba.

—Nunca me había pasado.

—¿Qué sientes?

—Es el pitido este... me molesta mucho. —Se tapó los oídos.

—¿Un pitido?

—Es como si algo quisiera entrar en mi cabeza. Es como si... *Ruth.*

—Daanna —susurró Ruth con la mirada perdida—. Siento la voz de Aileen.

—¿Qué? —Daanna se alteró.

Ruth... Samael nos ha capturado a Caleb y a mí.

—¿Qué? Aileen. Es la voz de Aileen —repitió Ruth sosteniéndose la cabeza con las dos manos.

Escúchame, Ruth. Avisa a mi abuelo y a Daanna. ¿Me oyes? Nos han capturado. Estamos en Glastonbury Tor, creo que estamos en unos túneles... Quedan pocas horas para el amanecer y si no os dais prisa nos van a matar. Ayúdanos, Ruth. Avisa a los clanes.

Ruth se levantó como alma que lleva el diablo y cogió a Daanna por los hombros.

—¿Qué sucede, Ruth? No me asustes —le advirtió Daanna con ansiedad.

—Aileen... Caleb... Los han capturado. Hay que avisar a los berserkers y debemos darnos prisa antes de que salga el sol. Los van a matar. Van a matar a Aileen y Caleb.

Ruth... Ruth... Los niños. Proteged a los niños.

El amanecer después de ‹‹la noche de las hogueras›› no era tal y como Ruth se esperaba. Aquella noche había disfrutado por primera vez de una fiesta ancestral, acompañada de seres que a simple

vista parecían normales, pero ella sabía perfectamente que no lo eran. Esperaba despertarse con una buena resaca y con el cuerpo agotado de tanto bailar, pero en vez de eso se encontraba corriendo como una loca poseída detrás de dos berserkers que la precedían hasta Wolverhampton. Su cuerpo seguía entumecido después de haber bebido más hidromiel de lo que su sangre le permitía. Las fiestas que organizaban sus nuevos amigos nada tenían que ver con los botellones que alguna vez había frecuentado ella en Barcelona. Esa fiesta era despilfarro y desenfreno por todo lo alto, sí señor. Y fuego, muchísimo fuego. Los vanirios rodearon el bosque de Kilgannon con hogueras, a cada cual más grande, y habían elevado los altavoces de sus coches a la máxima potencia, llenando el bosque de sonidos desafiantes y melodías tan sexys que las caderas se movían solas. Bebieron hidromiel —la bebida de los dioses—, bailaron, coquetearon y rieron como nunca. Todos habían querido bailar con ella. Se movía muy bien. Los berserkers y los vanirios eran seres muy físicos y buscaban con ahínco el contacto cuerpo a cuerpo, y un cuerpo como el de Ruth que pudiera contonearse de esa manera era un reclamo para ellos. A ella no le había importado que la abrazaran y la alzaran al son de la música, pero no entendía por qué había llamado tanto la atención, cuando las vanirias que allí se encontraban eran tan hermosas que de verlas uno podía quedarse ciego.

Después de la fiesta, se había despertado entre dos cuerpos masculinos que la rodeaban como si ella fuera una almohada. Sabía que no había ido mucho más lejos con ellos. Sólo bailar y dormir. Dormir hasta que la voz de su mejor amiga la había llamado para que la ayudara. La voz de Aileen se había metido en su mente y le había hablado. Aquello era aterrador. Desde pequeña había intentado acallar las voces que susurraban a su oído en busca de algún tipo de consuelo que ella no podía ni sabía dar. Sus padres le hacían tomar fármacos y estupefacientes, pero nada las hacía desaparecer. La pusieron en manos de neurólogos, psicólogos y psiquiatras, y ninguno de ellos la ayudó. Y eso sin mencionar sus propios métodos para ‹‹curarla››, unos métodos que todavía hacían que se levantara por las noches sudorosa y envuelta todavía en pesadillas. Desde hacía unos meses, las voces sonaban más altas y claras que nunca. Ella las intentaba ignorar a su modo, tanto las voces como las pesadillas. «No son reales, no son reales...», se repetía. Hasta que ese mismo día, al alba, y acompañada de un dolor de cabeza mareante, oyó una voz conocida. Escuchó a Aileen y no la pudo ignorar. A ella no. Y ahora obedecía a la voz, porque era la de su mejor amiga y estaba en peligro.

Las vueltas que daba el destino... Unas horas atrás bailaba como una desenfrenada, pero en ese momento se encontraba dando zancadas entre los bosques, yendo a remolque de unos hombres que eran más animales que humanos por el modo que tenían de saltar y correr. No, no eran, humanos, se recordó. Debía ir con ellos para que el líder del clan berserker que vivía en Wolverhampton oyera lo que tenía que decirle. Debía encontrar a As. Aileen le había dicho que les iban a atacar y sobre ella había caído la obligación de alertarles.

Qué mundo de locos. Ella misma creía que estaba loca, que lo que le sucedía no era normal sino, más bien, un desajuste mental, una patología. Una enfermedad. Si recapitulaba, seguramente podría sacar una novela de todo aquello, una de esas paranormales y romanticonas que tanto le gustaban a Aileen.

Para empezar, su mejor amiga había sido raptada por unos seres que se hacían llamar vanirios, que para ella eran como vampiros, pero buenos. Por lo visto, miles de años atrás habían pertenecido a los clanes celtas de la zona conocida como Britannia, hasta que unos dioses nórdicos, que poco conocían el arte de la guerra, los mutaron para que lucharan en la tierra contra Loki, una deidad que bien podría ser el demonio bíblico. De entre los vanirios que conocía, destacaban Caleb y Daanna McKenna, que eran hermanos.

Caleb era el líder de su clan y su palabra se respetaba y se obedecía. Era un guerrero sin igual y un gran experto en informática y nanotecnología. Cuando lo había visto por primera vez, sintió que sus papilas gustativas entraban en hiperactividad y segregaban más baba que cuando era pequeña y le estaba saliendo su primer diente. El vanirio hubiera sido un excelente mordedor para calmar el dolor.

Daanna era una mujer fascinante y serena que inspiraba mucho respeto. Todo el clan vanirio cuidaba de ella y no sólo traía de cabeza a su hermano, sino que además de ser una pieza indispensable para el desarrollo de una profecía relacionada con el fin del mundo, tenía al apuesto vanirio Menw McCloud como escudero y protector. Aunque, por lo visto, no podían coincidir en un mismo sitio sin discutirse y sin lanzarse cuchillos venenosos el uno al otro. Ruth era muy intuitiva y sabía que pasaba algo raro entre ellos, saltaba a la vista que existía una historia pasada, aunque la vaniria era reacia a contar nada a nadie.

Menw, por otro lado, era uno de esos hombres cuya mirada azul turquesa despertaba deseos de abrazarlo y acariciarlo por todas partes, y sin embargo había una calma en él que intuía una intratable tormenta interior. La mujer que estimulara su primer relámpago podría considerarse afortunada y cautelosa a partes iguales. Él era un excelente sanador, un gran médico y curandero, y cuidaba de Cahal, su hermano, el cual podía ser lo que le diera la gana, porque ese hombre había nacido de los fuegos del infierno para hacer arder a cualquier mujer que lo mirara.

Cahal. Nadie, nadie, debería ser tan guapo como era él, ni tampoco tan mujeriego. Era el desprendido, ese que disfruta de todo lo que le rodea y que intenta exprimir al máximo la vida. Un desapegado. Sin embargo, su fachada de *playboy,* indiferente a nada que pudiera ser él mismo, se contradecía con lo que hacía para no ser ocioso. Se había dedicado a dar sosiego y calma a los humanos a través de sus múltiples *spas* de relajación y centros de meditación. Todo un personaje. Pero eso no la haría olvidar que con Cahal no podías arriesgar el corazón si no querías compartirlo con cien mujeres más.

No hacía ni cuatro días que ella y Gabriel, el amigo del alma de ambas, habían llegado a Londres para visitar a Aileen en sus supuestas vacaciones. Al día siguiente de su llegada, salieron a los pubs del centro de Birmingham para tomar unas copas, acompañadas del clan vanirio, que entonces para ella eran ‹‹sólo›› humanos, humanos hermosos como dioses. Repentinamente, esa misma noche, se vieron envueltas en una guerra entre el bien y el mal en pleno centro de la ciudad, y a partir de aquel momento había entrado en escena el otro clan inmortal de la Black Country, los berserkers, creaciones del dios Odín. Esa noche conoció a los tres más importantes. Noah, un rubio platino de ojos amarillos. El de repente aparecido abuelo de Aileen, As, líder del clan berserker, y Adam, que era lo más parecido a un dios pagano de la tortura y el pecado que ella había visto en sus veintitrés años de edad. Insufrible, y lo peor, un auténtico imán para ella. Uno muy preocupante, pero no lo admitiría jamás.

Y como guinda final, y todavía más sorprendente: Aileen no era humana, sino una híbrida entre estas dos razas ancestrales, y se había enamorado perdidamente de Caleb, el líder de los vanirios. Y ahora, los dos estaban en peligro, y Ruth, por una razón que aún no entendía, podía comunicarse mentalmente con ellos. Estaban jodidos, porque no sabía si iba a poder hablar si le seguían castañeteando los dientes de ese modo.

Las voces que le habían hablado hasta entonces no eran conocidas. Pero esa sí. Era Aileen sin ninguna duda. Intentaba acostumbrarse a llamarla Aileen con A. Hasta hacía unos días era Eileen para ella, pero su recién descubierta identidad también había cambiado su nombre. La pronunciación variaba y no le salía naturalmente.

—¿Por dónde es? —gritó desesperada.

Julius, uno de los berserkers que había bailado con ella y que ahora la guiaba hasta Wolverhampton, se paró en seco y fue hacia ella amenazadoramente. Se había medio transformado. Se dirigía hacia Ruth con los incisivos más largos de lo normal y muy blancos. Estos aparecían entre sus labios y su barba rubia recién crecida. Los ojos negros como topacios con el iris amarillento. El cuerpo unos cuantos centímetros y kilos más grande tanto a lo ancho como a lo alto. La miró como si se la fuera a comer, y entonces sonrió.

Los berserkers podían pasar de ser humanos a medio lobos. Ni siquiera eran lobos. Se parecían a guerreros enormes, con pelo larguísimo, ojos amarillos y colmillos superiores. Además, las uñas se les ponían negras y se les curvaban ligeramente convirtiéndose en pequeñas garras. Los rasgos de sus caras se afilaban y se marcaban más cuando mutaban. Como mutó Adam en Birmingham, recordó. La noche anterior no había dormido nada, en parte por la experiencia extrema vivida, pero sobretodo porque no dejaba de conjurar la cara de ese hombre.

En la batalla que había dado lugar delante de *Mitchells and Butlers* un lobezno la arañó en el estómago, alguien se lo sacó de encima y luego se vio rodeada por ese animal tan bello. Adam. El berserker moreno la había mirado con auténtica preocupación. Su mirada era roja, no amarilla. Sus ojos, una marea granate de lava y fuego, estaban centrados en ella, sólo en ella. Al ver la herida de su estómago la había abrazado fuerte y había murmurado algo extraño en su oído. De repente, sintió que su cuerpo irradiaba ondas de calor hacia el suyo, y ella las recibió encantada. Permanecieron abrazados durante un largo y reconfortante minuto, hasta que Daanna se la llevó, alejándola de aquella carnicería que había a su alrededor. Después del ataque, Daanna había intentado calmarla entrando en su mente y borrándole los recuerdos. Pero aquello no había funcionado con ella y todos estaban sorprendidos, en cambio sí con Gabriel. Ella no sólo podía protegerse contra las ondas mentales ajenas, sino que no quería que nadie le borrase nada, porque para ella era importante recordar que su mejor amiga no era humana, pero más importante todavía era poder recordar y conjurar la imagen de Adam protegiéndola, la cara de ese moreno taciturno mirándola con atención y revisando que no tuviera ninguna herida más. Se había quedado colgada de él nada más verlo. Colgada era poco. Su cuerpo había entrado en sintonía directa con el suyo, y la había atraído como un polo opuesto. Sin embargo, y para su tristeza y estupefacción, esa misma mañana, se dio cuenta de que Adam la odiaba profundamente y ella no sabía por qué. Ruth no entendía nada, y lo más preocupante de todo era que no podía sacarse de la cabeza a ese guerrero.

—Disculpa, no nos hemos dado cuenta, preciosa —la voz de Julius la sacó de sus recuerdos. El berserker se giró dándole la espalda y le sonrió por encima del hombro—. Sube. Seguro que estarás cansada.

No sólo estaba cansada, sino también impresionada de verlo en plena mutación. Dio un paso atrás.

—¿Qué?

—Sube —repitió él agachándose un poco para que a ella le fuera más cómodo colgarse de él—. No hay tiempo. Vamos —la apresuró perdiendo la paciencia.

—Está bien. —Resopló y se colgó de su cuello. No estaba para nada convencida de ese nuevo transporte pero haría eso y más por su amiga Aileen.

—Rodéame con tus piernas —ordenó socarrón.

—¿Es necesario esto, Julius? —preguntó Ruth alzando una ceja de color caoba.

—Ayer por la noche no eras tan remilgada cuando bailaste con nosotros, ¿a qué no, Limbo?

Limbo, el otro berserker que los acompañaba y que había sido el tercero en discordia en ese trío de baile, sonrió y la miró con lascivia. Su largo pelo castaño y sus ojos amarillos le daban un aspecto salvaje. Uno de los colmillos superiores se curvaba de un modo amorfo hacia el interior.

—Tu modo de bailar, humana, debería de estar penado por la ley. —Se pasó la lengua por el colmillo combado que observaba Ruth.

Ella no se sentía segura con ellos en medio del bosque. Eran enormes, amenazadores y además muy dominantes y ella sólo era una chica. Una humana. Demasiada testosterona. Se obligó a permanecer serena.

—Me aburrís. —Puso los ojos en blanco—. No sé ni cómo te acuerdas de algo de lo que hiciste ayer, cuando al cabo de media hora tú y tus amigos estabais durmiendo la mona los unos abrazados a

los otros en el suelo —respondió ella riéndose de él en su cara.

—Hazlo, Ruth. Ahora —gruñó Julius.

Ruth dio un respingo, cerró los ojos con fuerza, apretó su cuello casi estrangulándolo y rodeó su cintura tal y como el berserker le había ordenado. A continuación, todo cambió. Sintió el aire golpeando su cara, sentía que casi levitaba, y pudo percibir la velocidad inhumana y frenética que llegaban a alcanzar esos seres. El poder. La fuerza. La magia en los cuerpos de esos hombres. Medio hombre. Medio animal. Inmortal.

¿Cómo era posible? El mundo estaba lleno de magia. Ella, que no creía en nada excepto en sí misma. Ella, que debido a su familia se había hecho atea y había ridiculizado a aquellos que creían en dioses y seres de otras naturalezas. Ahora, ella y nadie más podía dar fe de que otras realidades coexistían con la única realidad que creía conocer. Había otros mundos dentro de éste.

Mientras el viento golpeaba su rostro, su pelo luchaba por desatarse del recogido provisional que se había hecho para que no se le enredara, y después de tres bandazos la goma salió volando y su melena caoba se liberó. Los rizos iban y venían y fustigaban su espalda. El aire olía a menta y a humedad, y el suelo forestal se cubría de una fina escarcha. Un rocío de madrugada. Rezó para que Julius no se resbalara y la lisiara de por vida. Casi no le dio tiempo a abrir los ojos cuando sintió que se paraban y la bajaban bruscamente de la espalda a la que iba agarrada.

—Vamos a por Adam —dijo Julius—. A él lo encontraremos seguro.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó Ruth aturdida. Se peinó el pelo con los dedos y se echó la larga melena a un lado.

Nadie contestó.

—Puede que este año sea distinto —replicó Limbo a Julius.

—¿Adam? ¿Estás de coña? Estas noches nunca se empareja. Noah y As desaparecen a la primera de cambio, pero él siempre está en el Tótem. Vigilando —lo dijo con burla.

Ruth frunció el ceño mientras intentaba seguir el paso de los dos berserkers. ¿Tótem? ¿Se iba a encontrar con Adam? Ella quería hablar con As, no con el moreno peligroso y arrogante. Estaba histérica y muy despeinada. No era momento para encontrarse con él.

El bosque frondoso y tupido de altos y antiguos árboles se encontraba ligeramente iluminado por los primeros rayos del amanecer. Sí, sin duda un bosque de hadas, magia, misterio, tótems y poblado de berserkers.

«Ruth, bienvenida a Inglaterra», pensó.

—¿Qué os dije? —Julius la miró por encima del hombro y sonrió vanidoso—. Ahí está.

Ruth miró hacia donde ellos miraban y entonces lo vio. Adam estaba sentado en posición de loto, apoyado en un tótem con cabeza de lobo. Vestido todo de negro, con los ojos cerrados y con su inmenso cuerpo en reposo, Adam daba la sensación de que no se perdía ni un mísero detalle de lo que sucedía a su alrededor. Era amenazador. Ya podía simular que dormía si quería, pero a ella no la engañaba. Ruth sintió un escalofrío cuando la medio empujaron para que fuera al frente del batallón y diera la noticia.

Adam abrió los ojos, un brillo oscuro cruzó su mirada. Se levantó bruscamente y Ruth hubiera jurado que gruñó como un perro al verla.

La cara de ese hombre era espectacular. Morena, de ángulos pronunciados y viriles. Ojos del color de la noche, rasgados y exóticos, grandes y de largas pestañas rizadas. Barbilla prominente y partida, labios gruesos y unos pómulos marcados y altos. Nariz recta. Facciones duras. Un rostro patrício y a la vez latino. Llevaba el pelo rapado casi al cero y un piercing con dos bolitas negras en la ceja izquierda.

Ruth se concentró y se aclaró la garganta repentinamente seca. Le cosquilleaban las marcas del estómago y le ardían. Se llevó la mano a esa zona y la frotó suavemente. Adam siguió su movimiento y sus ojos se clavaron en su vientre. Rechinó los dientes como un perro rabioso. Por lo visto a él no le

gustaba verla. Bien, a ella tampoco le hacía mucha ilusión verlo, o al menos intentaría aparentarlo. Esa misma mañana ya se habían visto y se habían desdeñado el uno al otro sin ningún tipo de compasión. Eso sin mencionar que hacía unas horas, en la fiesta de las hogueras, le había hecho un gesto obsceno con el dedo corazón.

—¿Qué hace ella aquí? —gruñó Adam desaprobándola con la mirada. Ruth echó la cabeza hacia atrás para poder mirarlo a los ojos. Era alto. Muy alto. Ella apenas le llegaba por el hombro, y eso que no era una mujer bajita. Se sentía orgullosa de su metro sesenta y cinco. Se llenó de orgullo para enfrentarlo, no iba a dejarse amedrentar por su mirada llena de ira.

—Tiene algo que decirnos —dijo Julius.

—¿Qué narices tienes que decir tú? —espetó Adam con desdén—. ¿Se te ha acabado el hidromiel y quieres más? Pues aquí no hay.

Ruth se puso tensa. Sus ojos se achicaron. Era cierto que había bebido hidromiel, pero no por eso tenía que hablarle así. Nadie tenía el derecho a ser tan borde con ella.

—No, idiota. Ha pasado algo. Aileen y Caleb están en peligro y necesitan ayuda. Y no estoy de humor para discutir sobre tus malas pulgas, chucho.

Los tres berserkers gruñeron ante la osadía de la joven. Adam tensó la mandíbula. A esa chica poco le intimidaban los guerreros de Odín. O era una inconsciente o era muy valiente. Quizás, simplemente estaba borracha.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó él.

—Sólo hay que verte. Deberían desparasitarte. —Ruth levantó la barbilla de un modo provocador.

—No. —Apretó los puños perdiendo la paciencia—. Que cómo sabes que están en peligro.

—Bueno... —se echó el pelo hacia atrás en un movimiento altivo y muy practicado—. Aileen habló... conmigo —contestó con la boca pequeña.

—Perdona, ¿qué has dicho? —le puso el oído a la altura de sus labios.

—Que Aileen —repitió ella intimidada— ha hablado conmigo.

—Si habló contigo —Adam se cruzó de brazos—, tal y como dices, ¿cómo iba a estar en peligro?

A Ruth le empezaron a sudar las manos. Era la primera vez que decía lo que le sucedía en voz alta a alguien ajeno a su escueto círculo de amigos. Que Adam fuera su segundo confidente era turbador. Él no le inspiraba confianza. Respiró profundamente.

—Me lo ha dicho telepáticamente. —Ya está. Lo había soltado. Adam se tensó al oír su respuesta. La miró de arriba a abajo haciendo una mueca.

—¿Puedes hablar telepáticamente? —preguntó dando vueltas a su alrededor—. ¿Tú?

—No lo sé. A veces me pasa. Oigo... voces. —Lo seguía nerviosa con la mirada.—. Oye, deja de moverte.

—¿A veces te pasa? —preguntó incrédulo.

—Sí. Sólo a veces. No... no sé muy bien cómo lo hago, pero...

—Interesante. —Se paró enfrente de ella. Estudió sus ojos y su rostro como si quisiera ver a través de ellos.—. Vosotros dos, avisad al clan — ordenó a los berserkers—. Que se preparen. Mientras tanto, tendré unas palabras con... la señorita —y lo remarcó como si se riera de ella—. Dejadnos solos.

—Sí, Adam.

Ruth se giró para ver como Limbo y Julius se iban corriendo y desaparecían entre los árboles. Pensó que todo el mundo hacía lo que decía Adam, por eso era tan imperioso y se creía dueño del mundo. Tragó saliva. Ahora estaba sola con él y la intimidaba como nadie lo había hecho en su vida. Él la miraba a su vez como si ella no valiera nada.

—¿Qué te ha dicho Aileen exactamente?

—Que los lobeznos y los vampiros os iban a atacar. Y que hay que proteger a los niños. Sobre todo a los niños.

Adam se detuvo en seco, como si le hubieran golpeado. Su mirada se oscureció.

—Y ella y Caleb, ¿dónde están? ¿Te dijo dónde los tenían? —repasó su vestido de estilo helénico. El granate de la tela conjuntaba con su pelo, a excepción de que el de Ruth era de un color más vivo y tenía un brillo especial. De hecho, toda ella brillaba. Los senos se alzaban altos y turgentes, y la tela le enmarcaba el cuerpo esbelto como un guante. Una mujer que nunca pasaría desapercibida ni con el más sucio de los harapos. Ruth era demasiado sensual y femenina para su gusto. Peligrosa para un hombre. Las vanirias seguramente le habrían prestado el vestidito para su peculiar celebración. Él mismo había ido un rato esa noche sólo para no rechazar la invitación de Caleb, y la había visto bailar con dos de su clan, los mismos con los que había vuelto para darle ese mensaje. Julius y Limbo. Esa niña repelente lo había provocado levantándole el dedo corazón indecentemente mientras meneaba las caderas como una mujer de un harén delante de los dos guerreros babeantes. Ruth lo provocaba sólo con mirarle.

—¿Te gusta mi vestido? —Ella levantó una ceja poniéndose una mano encima del pecho para ocultar el canalillo. Adam no se perdía detalle—. No tengo los ojos en las tetas, chico.

—No. —Apretó de nuevo la mandíbula. Ruth era una descarada.

—No, ¿qué? ¿No te gusta mi vestido o no tengo ojos en las tetas? — sonrió maliciosamente.

—No a ambas cosas. Responde a lo que te he preguntado —gritó.

—No hace falta que me grites. Creo que dijo en Glastonbury, en unas cuevas subterráneas. — Adam se acercaba cada vez más, y ella hacía lo posible por no retroceder. Antes muerta que demostrarle debilidad a ese bravucón, pero aun así, qué guapo que era el condenado—. Daanna se ha encargado de avisar a su clan. Unos han ido a por Aileen y otros están vigilando que no entren en Dudley. Adam, daos prisa, por favor. Van a venir y... ya sabes lo que les pasa a los vanirios con el sol. Necesitan que les ayudéis porque está amaneciendo y...

Adam se inclinó para observar su cuello.

—¿Qué... qué haces? —intentó apartarse de él.

—Eres una irresponsable —la reprendió con censura.

—¿Perdona? —levantó las cejas incrédulamente.

—Tienes un don y lo desperdicias. Mírate. Hueles a alcohol, hueles a... hombre.

—Huelo a fiesta y a alegría. Deberías probarlo alguna vez.

—No. Hueles a vicio.

—¿Cómo te atreves? —dio un paso hacia atrás, nerviosa al ver que él se cernía sobre ella. Se le echaba encima de verdad.

—No. ¿Cómo te atreves tú? ¿Cómo alguien puede tomarte en serio? Mírate, apareces aquí oliendo a depravación, aturdida por el hidromiel y das un mensaje de ese tipo. ¿Cómo podría creerte?

Ruth se envaró.

—Pero tienes que creerme, Adam. No me lo invento —alegó ella—. Tu gente está en peligro y los vanirios también. Tenéis que... tienes que llevar algún pelotón a Dudley —le tembló la voz. No contaba con que él no la creyera. No fue culpa suya haber recibido el mensaje de Aileen después de la fiesta. No era su maldita culpa tampoco que el hidromiel estuviera tan delicioso y que se le hubiera subido un poquito a la cabeza—. Está a punto de salir el sol, y los vanirios no podrán luchar en esas condiciones. Necesitan vuestra ayuda.

—Tienes dos chupetones en el cuello y te han tocado por todos lados —criticó casi siseando—.

Los huelo. —Se señaló la nariz.

Adam estaba ensimismado, juzgándola y repasándola como a una niña pequeña. Enfadado porque la habían tocado. Como si ella fuera algo suyo.

—¡Maldita sea, Adam! —poco le faltó para patear el suelo—. ¿Me estás escuchando?

—Deberías cuidar más tu cuerpo. Tenerte más respeto. Cuidar de tu don. En tu sangre hay más alcohol del que podría beber todo un equipo de rugby. —Sus ojos negros brillaron desafiantes.

—¡Eso no es verdad! —protestó. Se dio media vuelta para irse de allí. No lo soportaba. Estaba enfurecida. A la mierda si él no quería hacerle caso—. Y yo no tengo un don. ¡Y tú no tienes que hacer nada con lo que haga o deje de hacer!

—Cierto. Óyeme bien. —La aferró de la muñeca y la detuvo en seco—. Ya me has dado el mensaje. Te he escuchado —le dejó claro—. Ahora lárgate. Eres un peligro. Una mujer que no es responsable consigo misma es una niña. Una niña muy fresca. —La observó con frialdad y rozó con un dedo los dos chupetones de su garganta.

Ruth siguió su mano con los ojos y apartó la cara. La estaba humillando el muy cretino. ¿Estaba enfurecido porque le habían dado un inocente chupetón? Había sido un juego y ni siquiera lo había disfrutado. Mientras bailaba, Julius se había acercado demasiado a su cuello, fisgoneando como si buscara comida, y de repente la besó y chupó tan rápido y tan bruscamente que no le dio tiempo a apartarlo.

—Haznos un favor —susurró cogiéndola de la barbilla y obligándola a mirarlo.

—Deja de tocarme. —Se soltó de su amarre con un movimiento brusco de cabeza—. No lo puedes evitar, ¿eh?

—No vuelvas por aquí, ¿entendido? —prosiguió asiéndola de nuevo de la barbilla, esta vez con menos delicadeza—. En realidad todavía no puedo comprender por qué te importamos y por qué nos avisas, pero tampoco haré esfuerzos por entenderlo. Tú nos pondrás en peligro, mujer. Tarde o temprano lo harás. Nos pones a todos en el ojo del huracán. Si te vuelvo a ver en Wolverhampton, te daré una lección que nunca olvidarás. Sólo traerás problemas.

—Es la segunda vez que oigo eso de tu boca, perro. Y no me gusta.

Aquella misma mañana, se habían reunido todos en casa de Aileen para hablar sobre cómo debían proceder con lobeznos y vampiros, ahora que habían descubierto que también trabajaban para una organización llamada Newscientists y que se dedicaba a mutilar y extorsionar los cuerpos de berserkers y vanirios, entre otras cosas igual de espeluznantes.

Rememoró cómo la miró Adam. No le sonrió, no le hizo ningún gesto para que se sintiera cómoda. Simplemente la vigiló cómo si no hubiese nadie más en la cocina, sus ojos de obsidiana eran todo un espectáculo. Ruth había sugerido que ella y Gabriel podían ayudar a los clanes en su lucha contra los lobeznos, los vampiros y las sociedades secretas que los perseguían como conejillos de Indias. Pero Adam expresó abiertamente que no quería que ella participara en los asuntos de los clanes. Y a Ruth todavía le escocían las pullas que habían intercambiado delante de todos.

Volviendo a la realidad con aquel gigantesco hombre, lo miró de arriba abajo y le contestó:

—Descuida, no volveré por aquí. —Despedía fuego por sus ojos ambarinos—. Has marcado demasiadas esquinas, Adam, y esta zona huele mal. ¿No te enseñaron que uno no se mea dentro de casa? Así que no, perrito —Le apartó la mano de un manotazo—. Definitivamente, no me verás más. ¿No te cansas de levantar la patita?

—No tanto como tú de abrirte de piernas. ¿Les has hecho un buen trabajito a los dos berserkers que bailaban contigo? Seguro que sí. Ellos olían a ti.

Ese comentario fue como un puñetazo. Se quedaron ambos con la vista fija en el otro. Ruth herida y Adam furioso.

—Pareces resentido —lo pinchó ella dibujando una sonrisa fría y falsa, procurando parecer la

chica altiva que no era. Queriéndole demostrar que no le importaba nada de lo que él le decía cuando en realidad sí que le afectaba. ¿De dónde nacía ese antagonismo y por qué?—. ¿Qué pasa, perrito? ¿Te quieres meter entre mis piernas? ¿Es eso? ¿No te hago caso? Pobre *Snoopy...*

—Bonita, no permitiré que te rías de mí otra vez. —Sonrió maliciosamente y la agarró por los pelos de la nuca con dureza—. Además, me gustan las cosas nuevas y limpias. No de segunda mano y sucias como tú.

Luego la soltó y estuvo a punto de perder el equilibrio.

Ruth sintió que se quedaba sin aire. Le tembló la barbilla, incapaz de responderle nada tan hiriente. Quería matarlo y ahogarlo con sus propias manos. Quería arañarlo y cortarlo en rodajas. Lo odiaba y le estaba dando razones para ello, pero... ¿Por qué la odiaba él de ese modo? ¿Qué le había hecho para merecer su aversión? Nunca nadie le había hablado de esa manera, como si ella no valiese nada, como si fuera una paria, al menos nadie digno de recordar.

—Tú tampoco me caes bien, *Lassie* —susurró—. Y si vuelves a tocarme...

—Me cansas, humana. Mantente alejada de mí. No te quiero en estas tierras. ¿Te ha quedado claro? —Ruth tenía los ojos ensombrecidos y algo rojos. Estaba a punto de echarse a llorar. Él lo sabía y eso hizo que se creciera—. Si los vanirios han aceptado que tú y tu amigo Gabriel forméis parte de esto, perfecto. Pero yo no me fío de ti. Salta a la vista nada más verte que no te tomas nada en serio y que sólo miras por ti y por tu interés. Tendremos suerte si no la cagas y acaban matándonos por tu indiscreción. Sé que no eres de fiar, así que ándate con ojo conmigo. Limbo te llevará a Notting Hill y os mantendrá a Gabriel y a ti a salvo. Pero no te quiero ver más por aquí. —Con un gesto de su barbilla la invitó a que se fuera.

Adam dio un paso hacia atrás y miró al frente, por encima del pelo caoba de Ruth. No iba a volver a mirarla a la cara. Los berserkers se habían preparado con sus hachas y sus ropas holgadas y negras y corrían para encontrarse con él y defender Wolverhampton.

Él le dió la espalda a la joven que tenía delante. Ruth no se atrevía a mirarlo de nuevo a los ojos así que, acongojada, se dio la vuelta también. Ella no se merecía eso.

«Sí —pensó Adam—. Mejor así. Vete de una vez». Ella tenía que saber que no era bienvenida. No le daría ni las gracias por salvarles la vida.

Porque la realidad era que, aquel día, una joven humana llamada Ruth les había salvado la vida a todos.

CAPÍTULO 02

En la actualidad. Barrio de Notting Hill.

Uno. Silencio. Dos. Silencio. Tres. Silencio.

Ayúdame. Por favor...

Ruth tensó todos los músculos de su cuerpo. Después del helor, después de que la piel se le erizase repentinamente, sabía qué venía. Y siempre venía, no importaba si era de día o de noche, daba igual qué hora fuese. Ahora, justo al anochecer, venían de nuevo a por ella.

Arrinconada en una de las esquinas de su habitación, hundió la cara entre sus rodillas. Temblaba y tenía frío, y la bilis le subía por la garganta. Dios, hacía tanto frío... Exhaló trémulamente y abrió los ojos lo suficiente para ver el vaho que se formaba como una nube delante de su cara.

Últimamente las voces eran tan fuertes y tan claras que ya no tenía autocontrol.

Era agosto, no más de las tres de la madrugada y estaba en el interior de su casa de Notting Hill. Una mansión que espléndidamente les regaló Caleb McKenna a ella y a Gabriel, entre otras cosas, como pago por arriesgar sus vidas por ellos. Hacía un mes y medio que se habían trasladado a vivir allí. Gab y ella trabajaban codo con codo en la elaboración de una página web de temática de mitología celta y escandinava.

Una hora atrás estaba trabajando delante de su ordenador, administrando el foro de temática y cultura celta que era el que ella llevaba dentro de la web. Su trabajo consistía en dar la bienvenida a todos los foreros y localizar y controlar a aquellos que se comportaban de manera más extraña o que conocían de un modo más profundo las tradiciones populares. Ya habían registrado a más de doscientas personas. Y había de todo: desde frikies y curiosos, a simpatizantes y licenciados en la materia. Caleb esperaba encontrar y reconectar a todos los vanirios esparcidos y perdidos por el mundo.

Gabriel, por su parte, controlaba la web y el foro de mitología escandinava.

Los vanirios y los berserkers, dos razas sobrenaturales, ancestrales y antiguas, esperaban que todos aquellos miembros perdidos de los clanes se pusieran en contacto con ellos a través de los foros que Ruth y Gabriel controlaban como moderadores. Aquello parecía surrealista, pero así sacaban provecho de las nuevas tecnologías y tampoco podían anunciarse de manera descarada.

Con esa iniciativa alertarían a todos aquellos seres que no conocieran a las sociedades secretas que, como Newscientists, trabajaban raptando vanirios y berserkers, sometiéndolos a todo tipo de torturas y experimentos.

No solamente se debía avisar sobre esa empresa, sino también sobre la creciente y alarmante transformación de aquellos que Loki sometía cuando caían presa de la desesperación y del hambre. Él había creado a los vampiros y a los lobeznos, sirviéndose de la debilidad de vanirios y berserkers. Él los incitaba a vivir la vida que ellos deseaban, una vida sin límites y sin remordimientos. Para seres que vivían desde hacía más de dos mil años, el camino que Loki les vendía era liberador en muchos sentidos y aquellos que sucumbían perdían su alma a cambio. El número de caídos crecía cada día que pasaba y solamente aquellos que no se vendían a él podían darles caza y acabar con ellos.

Cuantos más ayudaran a la causa, mejor. Por lo visto, Gabriel y Ruth eran los dos primeros que integraban en sus filas, pues nunca habían colaborado antes con seres humanos.

Ayúdame. Te lo ruego, ayúdame...

Ruth cerró los ojos con fuerza y se tapó los oídos. Aquella voz desgarrada por el dolor le pedía auxilio.

—Basta. Basta —susurró con la voz llena de lágrimas—. No puedo más.

Tú puedes ayudarme. ¿Por qué no me ayudas? Va a pasar algo terrible...

Ahora detectó el matiz de la voz muy claramente. Era una mujer. Una mujer desesperada y rota por el dolor. Ya la había oído otras veces. La había oído otras veces, recordó aturdida. Los nervios y el miedo que siempre emergían en aquellas crisis no dejaban que ubicara la voz con claridad.

—Ya es suficiente —rogó abrazándose las rodillas y meciéndose hacia delante y hacia atrás—. Dejadme tranquila.

Silencio.

Pero Ruth no se engañaba. Las voces no acababan de irse nunca, la engañaban. Siempre volvían. Siempre. Y el silencio, el maldito silencio era como la calma que precede a la tormenta. Sin embargo, esta vez, algo nuevo sucedió. La estancia se impregnó de olor a naturaleza. Como a jazmín y a rosas. Un olor fuerte, penetrante y peculiar. Un olor que le recordaba al de una amiga especial que había tenido en la infancia. Una amiga que aquellos en los que ella confiaba habían negado.

Ruth frunció el ceño. En su habitación no había flores.

¡No!, gritó la voz.

Ruth se echó a llorar como si tuviera cinco años y estuviera sola y muy desamparada. Asustada. Temerosa. Aquella mujer, fuese quien fuese, estaba muy cerca de ella. El susto había sido tremendo. ¿Era su respiración lo que oía? No podía ser. Sí. Estaba ahí, con ella, pegada a su oído derecho. Respiraba como si hubiese corrido un maratón, como si no le quedara aire.

Te necesito. ¿No lo entiendes?

La voz sonó más calmada y más dulce. Ruth tragó saliva aunque tuviera la garganta seca y dolorida por el llanto.

De repente sintió una caricia en la nuca. Una mano fría le rozaba la piel con los dedos. Jamás la habían tocado. Nunca. Y eso le sorprendió tanto que se derrumbó como una torre de naipes.

—¡No! —gritó hasta que vació el aire de sus pulmones. Gritó hasta que le dolieron las cuerdas vocales. Hasta que la oscuridad la tomó en sus brazos y ella, agradecida, se dejó ir.

Daanna y Aileen llegaron a la casa de estilo victoriano y ladrillos rojos de Notting Hill en cuanto recibieron la llamada de Gabriel.

Él les había dicho que Ruth se había quedado desmadejada en el suelo después de gritar hasta casi desgarrarse. No le había dado tiempo a correr a la planta de arriba y socorrerla con lo que fuese que le hubiera sucedido. El chico todavía tenía el corazón a mil por hora y los nervios crispados al ver a una de sus dos mejores amigas tirada en un rincón de su inmensa habitación, pálida y casi sin vida, como si fuese una muñeca de trapo.

Gabriel se apartó de la puerta para que Aileen y Daanna entraran. No dejaba de sorprenderse siempre que veía a Aileen. Su transformación en híbrida había sido espectacular. Tenía la piel más perfecta que había visto jamás y sus ojos lilas eran sencillamente sorprendentes. Hechizantes. Sin embargo, lo que más sorprendía a Gabriel era la naturalidad con la que su mejor amiga había aceptado su nueva vida. Hacía dos meses era humana. Ahora era una híbrida entre berserker y vaniria. Estaba eternamente unida a Caleb, el líder de los vanirios *keltois,* y ambos habían sido nombrados protectores del distrito de Walsall, después de dar caza a los traidores que habían puesto sus vidas en peligro de muerte.

Daanna le sonrió, y él asintió con la cabeza a su vez a modo de saludo, suspirando como un hombre enamorado.

Daanna era tan impresionante como Aileen. La vaniria era la hermana de Caleb, la cuñada de Aileen, una mujer perfecta e inalcanzable, dulce y a la vez distante, serena y llena de paz, y además le tenía carcomida la mente y la razón de manera definitiva. Él nunca se había enamorado, pero estaba convencido de que encapricharse de alguien significaba sentirse tal y como él se sentía hacia la vaniria.

Gabriel tuvo que pasarse la mano repetidas veces por la cara para despertarse de su ensimismamiento. Pero es que ambas bellezas, las dos morenas, de largas melenas y ojos grandes y extrañamente claros, ¡eran demasiado para un hombre normal y corriente como él!

—¿Dónde está, Gab? —preguntó una Aileen preocupada.

—Arriba —contestó Gabriel precediéndolas—. Vamos.

—¿No has oído nada raro mientras ella estaba en su habitación?

—Nada. Silencio absoluto. Yo estaba trabajando en mi estudio y la oí gritar. Ruth y yo solemos trasnochar bastante cuando estamos liados con la web. Aileen... era un grito de terror, algo malo le ha pasado.

—¿Le ha pasado otras veces? —preguntó Daanna subiendo las escaleras a toda prisa.

—Si le ha pasado, a mí no me ha dicho nada. Ruth es muy extrovertida, pero le cuesta abrirse cuando se trata de ella misma. Aunque es verdad que lleva un tiempo bastante rara.

Gabriel miró a Aileen de reojo, y ella le puso una mano en el hombro.

—¿Te has asustado?

—Sí, un poco —confesó cansado—. Cuando la cogí en brazos para dejarla en la cama estaba fría como un témpano, Aileen. No supe qué hacer. No me escuchaba y tenía la mirada perdida. Joder, se me pusieron los pelos de punta.

Daanna escuchaba con atención lo que decía Gabriel. A la vaniria, Ruth le caía muy bien, se habían convertido en muy buenas amigas. Ellas tres formaban un gran equipo. Y le preocupaba Ruth. Porque ella no tenía ninguna duda de que Ruth era especial.

—Gabriel —Daanna se detuvo en la puerta y lo miró por encima del hombro de un modo conciliador—. ¿Nos dejas a solas con ella, por favor?

—¿Os vais a desnudar? —preguntó frunciendo el ceño.

Ambas se detuvieron enfrente de él, como si no comprendieran ese comentario. Gabriel se obligó a cerrar la boca, tenía la mala costumbre de decir en todo momento lo que le pasaba por la cabeza y expresaba sus fantasías sin ningún tipo de pudor.

—Está bien, ya me callo. Os espero aquí afuera —resopló como un niño pequeño y se sentó en las escaleras.

Daanna abrió la puerta y las dos entraron en la habitación.

Era un lugar amplio de techos muy altos. El suelo de parqué claro brillaba por la capa de barniz que habían puesto hacía una semana, y las paredes estaban pintadas de fucsia. Las cortinas blancas dejaban entrar la sutil claridad nocturna y el reflejo de las lámparas del jardín. La cama era enorme. En la pared había una librería empotrada de madera de cerezo. Y sobre el escritorio que ocupaba toda una esquina de la habitación había un ordenador blanco de mesa Mac de grandes dimensiones.

Ruth estaba hecha un ovillo encima la cama. Los cojines esparcidos en el suelo y uno de ellos entre sus piernas. La colcha negra con corazones rojos estampados por todos lados estaba deshecha a sus pies. Tenía los ojos hinchados de haber llorado y el rostro un poco pálido. Cuando alzó la vista y miró a sus amigas, se cogió las rodillas y hundió la cara en la almohada. No soportaba que la vieran en ese estado. Ella era fuerte, autosuficiente y muy independiente. No necesitaba que nadie cuidara de ella.

—Hola, cariño —Aileen se sentó y le acarició el muslo con suavidad. Aquel contacto era reconfortante para Ruth—. ¿Qué ha sucedido?

Ruth hizo negaciones con la cabeza. No podía hablar de ello. No podía decirles lo que le pasaba, porque era incontrolable para ella. ¿Cómo explicarles algo que ni ella entendía? Aileen creía que ya estaba curada, que ya no tenía crisis de ese tipo, pero ¿cómo podía decirle que en realidad nunca había sanado? Reconocerlo ante ella le daba vergüenza.

—Ruth —Daanna se sentó en el otro lado y le apartó el pelo de la cara. Le fascinaba su pelo, de una tonalidad parecida al vino tinto—, no vamos a irnos hasta que nos digas qué es lo que te ha pasado, lo sabes, ¿verdad? Lo sabía. Aileen y Daanna eran inquebrantables, mientras ella se rompía por momentos. Aquello era un desastre.

—Ruth —Aileen puso una mano sobre la frente de su amiga—. Estás sudando, cielo. Ven.

—Dejadme —murmuró.

Daanna y Aileen se miraron. Nunca habían visto a nadie tan abatido, y el hecho de ver a Ruth así, que era una chica tan llena de vida y de alegría, les rompía el corazón.

—No, Ruth —Daanna estaba frustrada—. La habitación está helada y tú estás empapada. ¿Estás enferma? Déjanos ayudarte.

—Ruth —gruñó Aileen—. Soy capaz de romper la promesa que hice de no entrar en tu cabeza sin permiso. Si es necesario...

—No lo harás —Ruth se incorporó de golpe y la miró censurándola. Achicó los ojos hasta que se convirtieron en dos líneas doradas. Los ojos ambarinos de Ruth podían dejar a alguien paralizado cuando se ponía furiosa.

Aileen sonrió con dulzura y negó con la cabeza.

—No, no lo haré. —Le puso una mano en la mejilla.

—Pero yo sí. —Daanna se encogió de hombros—. Queremos ayudarte y si tú no nos dejas...

—No necesito ayuda —contestó ella mirando a la vaniria.

—Claro que la necesitas, Ruth —replicó Daanna poniéndose las manos en la cintura—. Te has desmayado. Tienes ojeras de no dormir. Has perdido peso, y estás inquieta y muy nerviosa últimamente. ¿Es por el trabajo? ¿Caleb os está agobiando mucho? —sus ojos chispearon con una advertencia.

—¿Caleb os presiona? —Aileen arrugó las cejas—. Tendré que hablar con mi *cáraid*[1] —musitó malhumorada.

—No es eso, Aileen —la tranquilizó Ruth—. Tu novio sigue siendo un psicópata del orden y del control, pero nos explota dentro de los límites de la ley. Además, me está haciendo muy rica —aclaró despreocupada. El dinero era lo que menos interesaba a Ruth.

Era cierto. Los vanirios eran clanes mágicos muy adinerados. Debido al tiempo que llevaban en la tierra habían conseguido grandes imperios y se habían aplicado en el sector empresarial, no haberlo hecho habría sido de tontos. Tanto Ruth como Gabriel tenían unos honorarios exagerados, ya que los vanirios pagaban de igual modo a aquellos que les ayudaban.

—¿Entonces? —la animó Daanna a proseguir.

Ruth se pellizcó el puente de la nariz.

—Creo que no me podéis ayudar. Me estoy vol... volviendo loca. — Era así de sencillo.

—¿Qué dices? —Daanna se sentó de golpe en la cama—. Ya sabemos que estás loca. Dinos algo nuevo.

Aileen se rió, pero Ruth cerró los ojos con fuerza.

—No, Daanna... esto es serio.

—Explícate. —Aileen le pasó el brazo por encima—. ¿Qué te pasa?

—Son... las voces... las malditas voces... ellas han... han vuelto.

—¿Eh? —Daanna frunció el ceño.

[1] Cáraid: en gaélico significa “pareja”

Aileen apoyó la mejilla sobre la cabeza de Ruth. Levantó una mano y le acarició el pelo repetidamente.

—Las voces —repitió Aileen—. ¿Las que oías de pequeña?

—Sí... sí, ésas. —Se cubrió la cara con las manos y sollozó—. No lo soporto, no sé qué me sucede... es mi cabeza. No desaparecieron del todo, Aileen. Mi cabeza no está bien, tengo que volver a medicarme... tengo que...

—Chist, ni hablar. —Aileen la abrazó con fuerza al ver que a su amiga estaba a punto de darle un ataque de pánico—. Ni hablar, Ruth. Tú no volverás a meterte nada de eso, ¿me oyes? Tranquilízate, cariño. Eso no te hace ningún bien.

—A ver, Ruth. —Daanna se puso de cuclillas, le cogió una mano y se la apartó de la cara—. ¿Qué voces oyes?

Ruth tragó saliva y medio hipando se lo intentó explicar.

—Todo tipo de voces... me piden ayuda... me piden ayuda a mí. ¿Te lo puedes creer? —intentó sonreír en vano—. Cómo si yo pudiera ayudarles... pero no sé qué debo hacer. No sé cómo ayudarlas. Desde que estoy aquí, las oigo a menudo y cada vez son más... y creo... creo que soy una esquizofrénica. Puede que tenga un trastorno de personalidad... puede que... Necesito que me encierren. Sí. Sí, lo necesito. Adam... Adam tenía razón.

—Espera, espera... ¿Adam? —Aileen la tomó de los hombros para mirarle a la cara—. ¿Cuándo has vuelto a ver a Adam?

—No lo he vuelto a ver desde que le di el aviso la noche que te comunicaste conmigo mentalmente. Él me dijo que sólo traería problemas, y mira, tenía razón.

—¿Qué quieres que mire? —Aileen suavizó la rabia que crecía en su interior. Sabía que a Ruth le había hecho daño todo lo que le dijo Adam tiempo atrás, pero ver que su amiga se convencía de ello la irritó—. Yo sólo veo a una chica que está asustada porque no sabe lo que le está sucediendo. Y es normal, Ruth. Algo te está sucediendo y vamos a averiguar lo que es.

—No —Ruth negó con la cabeza. Las lágrimas volvían a emerger descontroladas—. Soy yo. Yo no estoy bien... tengo algo en el cerebro, seguro.

—No es verdad —dijo Daanna—. Tú estás bien.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque Aileen pudo hablar contigo mentalmente para pedir auxilio. Te pidió ayuda, y tú la ayudaste. Tu aviso nos salvó. Sólo aquellos que tienen desajustes neurológicos o que están bajo los efectos de algún fármaco son inmunes a las ondas telepáticas. Aileen te buscó, y te encontró. No le pasa nada a tu cabeza, Ruth, y si estuvieras físicamente enferma, yo podría olerlo. En realidad, creo que lo que te pasa es que eres especial. Eres diferente. Estás casi en la misma frecuencia que nosotros.

—Pero tú no pudiste entrar cuando quisiste hacerlo después del ataque en Birmingham —le reprochó ella—. No podías. No me pudiste controlar como a Gabriel.

—No me dejaste —aclaró la vaniria—. Es muy diferente a que yo no pudiera. Tú te cerraste, estabas a la defensiva y te protegiste. Y no sólo eso, Ruth. Vamos a hablar de más cosas que me intrigan sobre ti. ¿Recuerdas tus heridas que te hizo el lobezno? Cicatrizaron perfectamente en cuestión de días. Te atacó un lobezno, Ruth. Las garras del lobezno tienen ponzoña y son muy tóxicas, pero tu cuerpo se recuperó.

Ruth se levantó de golpe. Caminaba nerviosa por la habitación, mesándose el pelo y dejándoselo descontrolado.

—No entiendo lo que me quieres decir, Daanna. Estoy fuera de control desde entonces, desde lo que sucedió aquella noche.

—Seré sincera. —Se encogió de hombros—. Tanto Aileen como yo creemos que tienes un don. —Daanna se levantó y la detuvo para enfrentarla con la mirada—. Te lo dijimos una vez, ¿te acuerdas? Aileen se recuperaba de las heridas que le había infligido Samael.

Ruth recordó aquella conversación.

Aileen permanecía en cama y ella le trajo una caja de bombones. Sabía que a su amiga le gustaba mucho el chocolate, igual que a ella.

—¿Cómo te encuentras hoy? —le preguntó Ruth. Ciertamente estaba asustada porque la vio muy pálida. Era normal, Samael había estado a punto de matarla desangrándola delante de los ojos de Caleb. No la iba a encontrar tan fresca como unas santas pascuas, ¿no?

—Ya estoy bien. Necesito salir de aquí Sácame.

Ruth sonrió y miró a Daanna. Ella también acompañaba a Aileen. —No puedo —se encogió de hombros.

—Ruth —le dijo Aileen quitándole la caja de bombones de las manos. La abrió y las invitó a que comieran con ella—. Tenemos que hablar de tus... aptitudes. Ayudaste a salvar tanto a vanirios como a berserkers.

—No —contestó Ruth negándose como una niña mientras masticaba un bombón—. Fue casualidad.

—No digas estupideces. ¿A qué le tienes miedo? Ruth, sólo quiero saber de dónde vienen tus facultades para poder hablar mentalmente.

—Oye, mira. No quiero ser un conejillo de Indias, ¿vale? Vosotros aprovechaos de esto que me pasa siempre que queráis, pero dejadme tranquila. Suficiente tengo con todo lo que nos encargó hacer el nazi de tu novio como para tener que someterme a pruebas de ningún tipo.

Ruth salió de sus recuerdos y focalizó los ojos en Daanna que la miraba a su vez con una media sonrisa en sus enormes ojos esmeralda.

—Hace tiempo que queríamos hablar contigo seriamente. Estás dotada para hacer algo, Ruth. Pero no sabes cómo controlarlo. ¿Y si te enseñan a hacerlo?

—¿Aileen? ¿Tú también lo crees? —la idea la horrorizaba.

Aileen asintió.

—Esto es... jodidamente perfecto —musitó disgustada—. ¡¿Y qué tengo que hacer, Daanna?! Porque esto está acabando conmigo. Vivo aterrada las veinticuatro horas del día porque no sé en qué momento vendrán a por mí. No les importa que esté durmiendo, ni que esté trabajando, ni que esté conduciendo o si me estoy duchando. No les importa...

—Chist, está bien. —Daanna la abrazó—. Está bien.

—No puedo... no puedo más —Ruth acabó cediendo y se rindió—. Esto es desconcertante y estoy cansada.

Aileen frotó la espalda de Ruth, dándole también algo de consuelo y calor.

—¿Qué ha hecho que hoy te desmayaras? ¿Tanto miedo has pasado?

—Hoy... hoy me han tocado —murmuró sobre el hombro de Daanna. Aileen y Daanna se miraron con sorpresa.

—¿Dices que has sentido un contacto físico? —Aileen hablaba poco a poco.

—Dios, sí. He sufrido un colapso cuando he notado su mano sobre mi piel. He oído hasta su respiración en mi oído y me ha recriminado que no la ayudara.

—¿Era una mujer? —preguntó Aileen de nuevo.

—Sí.

—Bien, Ruth —Daanna sonrió a Aileen como si con ese gesto le dijera que ya lo entendía todo—. Entonces me temo que pasamos a otro nivel. No estás hablando de voces en tu cabeza, cielo.

—Están en mi cabeza —Ruth se apartó para mirarla a los ojos. ¿Es que no lo entendían?

—No —negó Daanna tomándola de la cara—. Hablas de voces a tu alrededor. Hablas de que los oyes respirar, de que los oyes caminar, de que te tocan. No es algo mental, también es físico. Es real.

—Por favor, ¿sabes qué me pasa? —le preguntó esperanzada.

—Creo que sí —asintió—. Piensa en ello, podrías ser una médium.

—¡Y una mierda! —se soltó de su abrazo—. ¿Como Jennifer Love Hewitt? ¿O como Patricia Arquette? Ni hablar. —Movió los brazos negándose en redondo—. Eso no es un don, es una desgracia.

—Cálmate. —Daanna levantó la mano para apaciguarla, como si fuera un caballo desbocado. Ruth podría serlo perfectamente, tenía mucho temperamento—. Es sólo una opción.

La chica les dio la espalda y miró a través de la ventana. Se abrazó para darse calor y cerró los ojos con cansancio.

—No puede ser —susurró apoyando la frente en el frío cristal.

—Oye, tengo una idea —Aileen estaba a su espalda. La abrazó por detrás y apoyó la barbilla en su hombro—. ¿Sabes qué vamos a hacer? — Ruth negó con la cabeza—. Me gustaría que hablásemos con mi abuelo y con María sobre esto. Creo que ellos...

—No —Ruth tensó la espalda—. No, Aileen. No quiero que piensen que estoy loca o...

—Nena —Daanna se echó a reír y se señaló los colmillos—. Míranos. Yo tengo más de dos mil años de edad, su abuelo tiene casi el doble que yo y es medio animal salvaje, y Aileen es una híbrida entre dos razas ancestrales que fueron creadas por los dioses para proteger a la humanidad, y además, la pobre desgraciada no puede vivir si mi hermano no le da de su vena.

—Uy, sí, qué tortura —murmuró Aileen divertida. Como si aquello fuera una desgracia.

—No suenas convincente —dijo Ruth mirando a su amiga.

—¿Y tú piensas que por decirles que en ‹‹ocasiones oyes voces›› van a pensar que estás loca? —Daanna arqueó las cejas y esperó la contestación de Ruth.

Ruth apoyó la frente de nuevo en el cristal de la ventana. Bueno, si se miraba desde ese punto de vista, tampoco era tan malo. Aileen la apretó con dulzura y la meció durante unos minutos reparadores.

—Vamos, Ruth —la animó—. Después de lo que hiciste por nosotros te tomaran muy en serio. ¿Lo entiendes? Seguro que te hará bien. ¿Qué nos dices?

La joven las miró por encima del hombro, y apretó los labios para no echarse a reír. Sus amigas eran una bendición. Protectoras. Tenaces. En fin, unas brujas manipuladoras.

—Está bien. Vamos —lo dijo con la boca pequeña.

Aileen y Daanna se pusieron a dar saltitos de alegría. Iban a sacar a Ruth de allí y la llevarían a ver a los más adultos y sabios que conocían. Ellos sabrían cómo ayudarla.

—Ésa es mi chica. Entonces, vamos a Wolverhampton —Daanna se precipitó a abrir la puerta.

Ruth se paró en seco. Lo que era una cara ilusionada y resignada se volvió pálida y temerosa.

—¿Qué? No. A Wolverhampton, no. ¿No dijiste que tu abuelo tenía una casita en...?

—Mi abuelo tiene muchas casitas —la empujó Aileen para que caminara.

—Sí, ya sé que es asquerosamente rico.

—No me ofenderé por ese tono —tiró de Ruth.

—Podemos encontrarnos en una de tus casas, Aileen. —Era ridículo intentar frenar a su amiga.

Era fuerte como cincuenta hombres. Eso por no nombrar su poder.

—No seas quejica. Vamos.

Abrieron la puerta de la habitación. Gabriel estaba de pie delante de ellas, mirando a Ruth, y asegurándose de que se encontraba bien.

—Gab, me quieren llevar a Wolverhampton. Yo no quiero ir —dijo Ruth cogiéndose desesperadamente a él.

—Veo que te encuentras mejor —sonrió Gabriel pasándose una mano por su pelo rubio y rizado—. ¿A Wolverhampton?

—Me gusta tu pelo, Gabriel —le dijo Daanna ayudando a bajar a Ruth las escaleras—. Déjatelo largo.

—¡Gabriel! Te lo dice para despistarte —gritó Ruth agarrándose al reposamanos de madera—. No la escuches. Es como una sirena, te lleva contra las rocas.

—Oh, cállate —le espetó Daanna guiñándole un ojo coqueta a Gabriel.

El pobre Gabriel oía llover. Miraba ensimismado a la hermosa mujer de ojos enormes que se llevaba a Ruth con ella. Se la llevaba a...

—¡Eh! ¡Esperad! —exclamó sacudiendo la cabeza—. Pero ¿cómo está? ¿Qué le pasa? ¿Por qué os la lleváis? —bajó las escaleras corriendo.

Un rugido de motor sonó en el exterior. Era el Cayenne rojo de Daanna. Cuando abrió la puerta, sólo pudo ver la estela de las luces traseras del vehículo, y oler la goma quemada de las ruedas, entre el aroma de la hierba húmeda y fresca del jardín.

Se habían ido.

CAPÍTULO 03

Bajo la niebla espesa que cubría los paisajes de sus sueños, Adam luchaba por despertar. Veía dolor y destrucción. Rabia e impotencia. Sangre y pena. Todo mezclado en un cóctel tan tortuoso que ni el dios del Dolor podría llegar a igualar jamás. Los recuerdos siempre eran los mismos desde hacía más de trescientos años, desde su conversión a la edad de veintidós años. Él no tenía sueños, sino pesadillas. Trescientos años soñando lo mismo, siendo desgarrado por unas imágenes que le recordaban qué tipo de linaje tenía él. Qué tipo de sangre traicionera corría por sus venas.

Su padre, uno de los berserkers originarios, se había enamorado perdidamente de una mestiza llamada Lillian, medio humana, medio berserker. De esa unión, nacieron dos mellizos. Él y su adorada hermana, Sonja.

Su padre Nimho estaba locamente enamorado de su madre, y seguramente fue esa pasión que sentía por ella la que lo hizo ciego a sus engaños y a sus defectos. Lillian había retozado con casi todo el clan a espaldas de Nimho. Adam la había visto con uno de sus amantes con sólo siete años de edad. La espió incrédulo ante lo que veían sus ojos. Mientras tanto, su hermana Sonja crecía increpada por las niñas del clan y le repetían lo que oían decir a sus mayores: su madre era una perra. Nada agradable para tan tiernos oídos.

Para Adam, la imagen de su madre Lillian yaciendo como una perra en celo entre los brazos de otro que no era su padre le carcomió y lo llenó de recelo a todo aquello que llevara las palabras fidelidad y amor eterno. Sus padres eran el vivo ejemplo de ello. Una pareja completamente fracasada.

La niebla se espesó rabiosa hasta que él ya no pudo ni respirar ni ver. Sintió una presión en el pecho, y supo que ahora vendría lo peor de la pesadilla. Se tensó para recibir la rabia y la ira que sabía que iban a llegar.

Lillian con su largo pelo rubio y sus ojos grises, sonriéndole a su padre con desdén y diciéndole que no tenía lo que había que tener para enfrentarse a As y reclamar el liderato del clan.

—¿Qué quieres que haga, Lillian? —le preguntó Nimho—. Somos un clan, y As es el más antiguo de todos. Nunca reclamaría su trono. Jamás.

—Eres un segundón. Siempre has sido un segundón, Nimho. —Se echó su larga melena hacia atrás—. Cuando te conocí, parecía que ibas a comerte el mundo. Y mírate, no has conseguido nada más que ser un calzonazos faldero y permanecer a la sombra de As.

—Yo no permanezco a la sombra de nadie, Lillian —gruñó Nimho—. Soy quién soy y As es mi mejor amigo.

—¡Eres el hombre más importante del clan! ¡El *noaiti*[2]*!* Sin tus visiones, los berserkers estarían perdidos. ¿Cuántas veces has alertado de posibles peligros que iban a acechar? ¿Cuántas? Nadie te lo agradece. Nadie te...

—No necesito que me agradezcan nada, maldita sea. Es suficiente agradecimiento que me escuchen y me hagan caso. Lo importante es el grupo, no las individualidades, ¿entiendes?

Lillian hizo negaciones con la cabeza mirándole de arriba abajo con tanto asco que Nimho frunció la cara de dolor. Era moreno, alto, respetable, guapo e imponente, y sin embargo, no era nadie para ella.

—Y como lo importante es el grupo —dijo con acritud, controlando cada una de las palabras que le iba a escupir—, dejas que la manada disfrute de todos mis favores, ¿verdad? ¿Desde cuándo sabes que me acuesto con quién me da la gana? Supongo que lo sabes y te da igual. —Se encogió de

[2] Noaiti: en noruego significa “chamán”

hombros—. Los demás también tienen derecho a disfrutar de mí, ¿no es así? Lo importante es la comunidad, el grupo. Eres tan generoso — se burló de él.

Nimho apretó la mandíbula y se acercó a ella. Le alzó la mano, queriendo darle un bofetón que descargara toda la furia que sentía hacia su amada mujer. Pero se detuvo apretando los dedos con fuerza y formando un puño de impotencia en el aire. Nunca le golpearía.

—No tienes agallas —Lillian lo provocó y fue ella quien le dio la bofetada—. Eres un blando. Un maldito perdedor. ¿Te das cuenta, Adam, cariño? —miró hacia el sillón orejero que había en el salón.

Nimho siguió la dirección de su mirada y se encontró a un Adam diminuto, con la carita pálida y los ojos llenos de lágrimas. Su mujer sabía que él estaba ahí y no había detenido sus palabras. Nimho sintió que le temblaban las rodillas.

—Adam —susurró Nimho.

—Pobre niño —musitó Lillian con malicia—. Tener a un padre débil y sin orgullo como ejemplo. Sabes que Adam tendrá tu don —vaticinó Lillian mirando a su hijo con odio—, y será tan poca cosa como tú.

—No te atrevas a hablar así de él —rugió Nimho.

Adam no dejaba de mirar el rostro demacrado de su padre. Veía tanta pena en sus ojos, estaba tan abatido que se fue corriendo hacia él y lo abrazó. Nimho, a su vez, le rodeó la espalda con los brazos.

—No pasa nada, hijo —lo calmó Nimho mirando asqueado a Lillian.

—Claro. Nunca pasa nada para ti —replicó haciendo aspavientos con los brazos—. Adam, no seas blando y deja de llorar —el niño dio un respingo ante aquella orden fría.

—¿Por qué eres tan déspota? ¿Por qué no te conformas con lo que juntos hemos creado? —le preguntó con la voz temblorosa—. Eres mi mujer. Tenemos dos hijos maravillosos y vivimos con todos los lujos que tú querías. ¿Acaso no es suficiente para ti? ¿De dónde nace tu ambición, Lillian?

Lillian alzó la barbilla orgullosa.

—¿Por qué conformarme con esto si puedo tener más, cariño? —se acercó a él en plan seductora—. Estoy aburrida de ti. Me aburres en la cama, me aburres con tu conformismo, me aburres con tu docilidad. No eres un hombre de verdad. Por eso me acuesto con los demás. ¿Sabes qué? —pasó el dedo índice por la barbilla cuadrada de Nimho, ignorando por completo a Adam que la miraba de reojo, temeroso de ella y a la vez decepcionado con ella—. Me gusta Strike. Él sí sabe lo que quiere, no como tú.

—Yo sé lo que quiero —replicó él abrazando con más fuerza a Adam—. Tú eres la que tiene problemas para darse cuenta de lo que realmente vale la pena.

—Nimho... —se puso de puntillas y lo besó en los labios. Él no se apartó, hasta ese punto lo tenía hechizado—. Pobrecito Nimho... Creo que me voy a ir.

En ese momento alguien llamó a la puerta.

—¡Voy yo! —La vocecita alegre de Sonja se oyó a través de la tensión del salón. Un cuerpecito menudo, ajeno a lo que sucedía entre sus padres, con una melena rubia e indomable y un espíritu lleno de vivacidad descendió las escaleras de madera que daban al salón, y abrió la puerta.

—No, Sonja —murmuró Adam corriendo hacia ella, intuyendo que alguien venía a por su madre—. No le abras.

Sonja miró con recelo al enorme hombre que estaba de pie en la entrada. El pelo tan rubio que parecía blanco le caía liso hasta los hombros. Los ojos negros carecían de ternura, y una inmensa cicatriz le cruzaba la mandíbula. Miró a la niña y le sonrió con malicia.

—Ven, Sonja. —Adam la tomó de la mano y la apartó de la puerta. El hombre miró al niño y le gruñó.

—Strike, no entres en mi casa —advirtió Nimho señalándolo con el dedo—. Lillian... No lo hagas, Lillian —rogó Nimho—. Somos una familia y tú eres mi esposa.

Lillian lo ignoró, le dio la espalda y caminó hacia Strike. Él la tomó de la cintura y la besó en la boca sin pizca de suavidad. La mordió hasta hacerle un poco de sangre en el labio inferior. Ella sonrió agradecida y se pasó la lengua por la herida, mirando a Nimho de reojo.

—No te quiero, Nimho. Eres un fracaso. Un débil.

Adam y Sonja sisearon al oír esa palabra. Era un agravio que una mujer insultara a su pareja de ese modo, pues lo anulaba de toda hombría.

—¿Qué pasa, mamá? ¿Por qué le hablas así a papá? —preguntó Sonja mirando contrariada a su madre—. ¿Y por qué dejas que Strike te muerda?

—La culpa de todo esto es de tu padre, niña —su tono falso la delataba—. Y Strike muerde mejor que papá.

Adam frunció el ceño al ver el labio magullado de su madre. ¿Le gustaba que le hicieran daño?

—Quédate, Lillian —suplicó Nimho—. Podemos arreglar las cosas...

—Oh, basta ya, Nimho —Strike meneó la cabeza—. ¿Es que no tienes dignidad? Tu mujer te está abandonando por otro hombre, y tus hijos están siendo testigos de tu humillación cuando todavía le ruegas que se quede. Vaya mierda de berserker estás hecho, tío.

—No hables así a mi padre —Adam tensó los puños y se plantó delante de él. Sonja se puso a su lado, mirando a su madre con pena.

—Niños, venid aquí —ordenó Nimho.

Pero ellos no obedecían, encargándose así de que Strike jamás pisara su casa.

—Strike —la voz afilada de Nimho retumbó en la habitación—, eres un traidor. Si salís por esa puerta, no regreséis a Wolverhampton. Salid de aquí u os mataré con mis propias manos. No seréis bienvenidos en el clan. Jamás.

—Mmmm... cariño —murmuró Lillian—... me has puesto cachonda. Nunca has utilizado ese tono conmigo.

—Largo-de-aquí —gruñó Nimho—. No quiero pelearme delante de los niños.

Lillian se arrodilló ante Adam y Sonja y les echó un último vistazo.

—Chiquillos —Adam y Sonja se apartaron un poco de ella—, en la vida, lo único que cuenta es el poder y el respeto. Con eso se consigue todo. Adam, asegúrate de recordar estas palabras. Tú serás un hombre fuerte y grande. Poderoso. No te conformes. No seas como él. —Señaló a Nimho con un gesto de su cabeza—. Y tú, Sonja, serás hermosa y volverás loca a los hombres. Ahí tienes todo el poder que necesitas.

Se levantó y tomó de la mano a Strike. Éste sonrió a Sonja, guiñó un ojo a Adam y le mandó un beso a Nimho.

—Perdedor —se despidió de él con ese último insulto.

Cuando salieron por la puerta y la cerraron tras ellos, Nimho cayó de rodillas al suelo y hundió la cabeza entre sus manos.

Adam y Sonja corrieron a abrazar a su padre.

—No pasa nada, papá —le dijo Sonja entre lágrimas—. Yo cuidaré de ti.

Nimho los abrazó con fuerza y Adam se quedó mirando con odio la puerta por la que se habían marchado la adúltera de su madre y el traidor de Strike.

La niebla se disipó. A esas alturas, su musculoso cuerpo estaba empapado de sudor y temblaba tenso por los recuerdos de su vida, de su niñez. Sin embargo, desde hacía mes y medio, el sueño había cambiado yendo por otros derroteros, no menos tormentosos. Cuando la niebla desaparecía

todo se volvía rojo. Rojo sangre. Las llamas del odio y el despecho se convertían en llamas que quemaban el alma y el cuerpo.

Sí, y en medio de tanta virulencia, allí estaba ella. Esa mujer. Su cuerpo se excitó nada más ver el reflejo de su pelo entre sus manos. Su pelo ondulado, con graciosos tirabuzones repartidos por doquier se deslizaba entre sus dedos. Su suavidad, su textura, su olor. Siempre que soñaba con ella, se sorprendía de los matices reales de aquella visión. La olía perfectamente. Tan bien... Un olor a melocotón dulce impregnaba sus orificios nasales y se colaba dentro de él, casi como un tatuaje.

Él despejaba su nuca de su fascinante pelo caoba y lo tomaba todo con una sola mano. Se inclinaba sobre ella y la mordía, hasta que la oía gemir. Cuando se apartaba para ver lo que su boca le había hecho, en su piel de alabastro se le veían las marcas de sus dientes, y él, orgulloso, se endurecía todavía más al verla marcada y tan a su merced.

Todavía resonaban las palabras de su madre sobre el poder, y supo que debía sentirse parecido a cómo se sentía él encima de ella. Poderoso. Invencible. Dueño y señor.

No veía bien dónde se encontraban, sólo podía percibir la excitación y el cuerpo de ella caliente y tembloroso debajo de él. Sumiso.

Le rasgó el blusón blanco que llevaba por detrás y dejó la curva esbelta de su espalda al descubierto. Ella se removía inquieta, como queriéndose apartar de él. La oía llorar y gemir a la vez, no sabía diferenciarlo, pero tampoco le importaba. Adam sólo tenía ojos para su piel y oídos para escuchar los latidos de su corazón palpitante en la cabeza de su miembro. Ella también lo deseaba. Sabía que era así.

Luego la oía sollozar, ya estaba clavado en ella y la sacudía con un movimiento implacable de sus caderas. Ella ponía la mejilla enrojecida sobre la superficie donde estaban ambos uniéndose frenéticamente, y entonces, ella se giraba y lo miraba con sus ojos dorados llenos de lágrimas con una mezcla de odio y deseo que todavía lo excitaba más. Adam la mantenía así, con su inmensa mano sobre la nuca de ella para que no pudiera mover la cara.

A él le daba igual, dentro de su pesadilla aquel momento era lo que más disfrutaba, así que no iba a ocultar todo lo que le apetecía hacerle. Sólo se descargaba de aquel modo, en el apogeo del dolor y de la furia, cuando la tomaba a ella, bañándola con su rabia y con la impotencia de todo lo que él no podía detener, de lo que no podía tener. Demasiadas cosas no había podido evitar.

La embestía con dureza y luego le tiraba del pelo para que se incorporara.

No supo cuánto tiempo estuvo así, pero entonces ella gritó y él se corrió con un nombre en sus labios, repitiéndolo uno y otra vez.

Y de repente sus manos ya no sostenían sus caderas, ni él se metía dentro de su cuerpo. Se sentía abatido, cansado y lleno de miedo. Rodeado de árboles, y definitivamente desorientado. El sueño había cambiado otra vez. Se encontraba delante del Tótem. La niebla espesa cubría la superficie del terreno y se movía al son de una melodía inaudible.

Sus extremidades no respondían así que supuso que sus fuerzas estaban al límite. Cayó sobre sus rodillas y miró al frente.

Una mujer con una túnica y una capucha roja lo miraba fijamente. Era la maldita caperucita roja. Sexy y peligrosa. Sus ojos dorados, esos malditos ojos dorados tenían una determinación implacable. Y algunos tirabuzones se le escapaban entre la capucha y caían sobre su hombros.

Ella se echó la mano a la espalda y tomó dos flechas. Cuando advirtió las flechas, Adam dirigió los ojos a su mano izquierda. En ella había un arco de competición. Uno especial, de formas élficas y blanquecinas.

La chica colocó las flechas en la cuerda con una presteza digna de un experto. Le apuntó y Adam sintió cómo las flechas le daban de lleno en todo el cuerpo, por todas partes.

Volvía a pasar. Ella acababa con él. Lo mataba.

Una y otra vez ese maldito sueño. Una y otra vez la misma muerte. Cuarenta y cinco noches viviendo la tortura.

La profecía de su padre así se cumplía. Y tras esa profecía, todos los horrores inimaginables se sucedían sin que nadie pudiera evitarlos.

Entonces Adam se despertó con el cuerpo chorreando y la respiración agitada. Miró su reloj digital de color negro y números verdes fosforescentes de marca Guess. Las cinco de la madrugada. Ya no podría dormir.

Cansado y tembloroso, miró su regazo y descubrió a la cosa enorme tan despierta como él. Sí, aquello también era inexplicable. Desde que la había visto aquella noche en Birmingham se despertaba igual. Desde que soñaba con ella se levantaba con los huevos tan cargados que le iban a explotar y con una erección que parecía un mástil. Era la primera vez que su cuerpo reaccionaba así ante la presencia de una hembra. En sus trescientos siete años de edad, era considerado un berserker joven todavía, pero maduro. Que en tantos años no le hubiera atraído una mujer de esa manera era preocupante, pero más preocupante era saber que esa reacción se la provocaba ‹‹ella››.

Así que en medio de los ecos de la rabia, el dolor y la excitación se tumbó de nuevo en la cama boca arriba, sobre las sábanas empapadas de sudor, se metió la mano entre las piernas y se acarició la erección. Nunca antes había necesitado tocarse al despertar, pero desde que soñaba con aquella mujer, si no lo hacía era incapaz de ponerse unos pantalones.

Lo perseguía en sueños, y cuando estaba despierto se obsesionaba con ella. Ella era su problema principal y su objetivo primordial. Si era cierto que lo iba a matar, él iba a encargarse de destruirla primero. O uno o el otro. Sólo podía quedar uno, se dijo recordando el lema de *Los Inmortales,* el mismo lema que juraba la profecía de su padre Nimho.

Sacó una pierna por el costado de la cama y se empezó a acariciar de arriba abajo. Se imaginó que ella lo mecía en sus manos. Se apretó el glande con fuerza. Luego ella se arrodillaba ante él y sin previo aviso se la metía entera en la boca. Adam mecía las caderas arriba abajo. Los movimientos de su mano cada vez iban más rápido y con más fuerza. Arqueó la espalda y se impulsó con las caderas hacia arriba.

Maldita mujer.

Se la imaginaba encima de él, montándolo como una amazona. Su cuerpo sudaba y sus pechos se balanceaban. Sus labios gruesos se abrían para respirar, y entonces veía sus dientes rectos y blancos. Le apetecía comérsela y succionar su lengua como si fuera una caña.

Maldita perra.

Se la imaginó debajo de él, y él impulsándose tan a dentro y con tanta fuerza que ella lloraba de dolor y placer. Adam estaba preparado para estallar. Su pene creció y creció tanto en longitud como en grosor. Y ella le suplicaba que parase o que no se detuviera nunca. Su imaginación no sabía cómo la prefería, si gozosa o sublevada.

Adam gritó como un loco, y experimentó un orgasmo interior. La meditación que practicaba lo ayudaba a no expulsar semen y a controlar su energía interna a su gusto y en su favor. Ser el *noaiti* conllevaba muchas responsabilidades y una de ellas era no perder su energía en actos banales. Era con el sexo con lo que su energía desaparecía y él no podía permitirse perderla ya que de ello dependía su don de profecía y el buen desarrollo de sus rituales. Eso no quería decir que no hubiera estado con otras mujeres. Era un hombre joven y de buena salud, y además deseado, aquella opción de celibato era inviable.

El orgasmo no se detenía y se dobló sobre un lado, mientras respiraba con dificultad y gemía como un niño. Su mano se movió con más lentitud, hasta que después de lo que parecieron muchos minutos, su cuerpo dejó de convulsionar. Cerró los ojos y se los cubrió con el antebrazo. Se sentía mal por rebajarse a darse placer por culpa de una humana.

Maldita perra. Maldita mujer. Maldita Ruth.

Aquello era el colmo. Su destructora era la única mujer que lo ponía cachondo como un león en celo.

Después de tranquilizarse, se levantó de la cama. Se metió en el baño de colores negros y naranjas, y se puso bajo la ducha multichorros. El agua parecía purgarlo de todo su tormento. Lo limpiaba y lo purificaba, y todo lo malo, todo aquello que arrastraba su karma se iba con ella.

Cuando salió del baño se sentía más limpio, pero el pesar y toda la procesión iban por dentro. Aquello nunca desaparecía totalmente, el agua no podía con algo que no se podía tocar.

Se puso una toalla alrededor de la cintura y entró de nuevo a su habitación. Sobre uno de sus escritorios de roble, había un libro grueso y muy antiguo, esperando a que lo abrieran.

Venga, Adam. Una vez más. Debes recordar. La voz masoquista de su cabeza no lo dejaba tranquilo.

Vamos hombre, eres el chamán del clan. No debes olvidar qué eres y cuál es tu misión. Avisar. Salvaguardar. Mantener. Siempre en nombre de los demás.

Con pasos pesados tomó el libro de su padre y lo abrió. En él estaban todas las profecías de Nimho. Todas ellas se cumplieron a la perfección, desde las más catastróficas a las más optimistas. Las de los últimos años de vida de Nimho eran oscuras y hablaban de destrucción y de una era llena de terror y muerte que acecharía a los clanes y acabaría con ellos. Las dos últimas que él decretó, las dos últimas escritas en la última página, marcaron a Adam y a su hermana Sonja de por vida.

Tomó la última página y leyó en voz alta mientras pasaba la yema del dedo índice sobre la letras, como queriendo asegurarse de que eran reales.

Dos Profecías para Sonja y Adam:

Ella sucumbirá a su pareja. El hombre escogido por ella hará que ambos pierdan la vida y así yacerán separados y caminando en la noche por la eternidad. Solos.

En el séptimo aniversario de la muerte de la hija del *noaiti,* su hijo varón será cazado como lobo por una Eva disfrazada de Cazadora. Ella usará sus flechas envenenadas como Cupido. Ambos lucharán por el único poder que puede equilibrar la balanza entre el bien y el mal. De su lucha, sólo quedará uno. Y si no es así, los lobos nacerán muertos y los que vivan bailarán con el Diablo sumiendo al *Midgard* en la oscuridad.

Adam se frotó la cara con la mano abierta. Su padre era un chamán poderoso y sabio, nunca fallaba. Nimho supo cuándo iba a morir —más de ciento cincuenta años atrás— y de qué horrible modo, y nadie pudo hacer nada para evitarlo. Nimho vaticinó la profecía de Sonja y su hermana murió tal y como Nimho predijo, y tampoco se pudo hacer nada para evitarlo.

Adam era un buen chamán que había alertado con éxito al clan en más de una ocasión, como hizo la noche en la que Ruth lo fue a buscar al Tótem.

Desde la muerte de Sonja, las noches de luna llena se quedaba en vigilia en el bosque, justo bajo el lobo guardián, porque había tenido una visión después de la muerte de su hermana en la que Sonja le decía que en esas noches especiales esperara allí, pues vendría un mensajero para alertarlo sobre el peligro acechante. Debía obedecerle porque el mensaje que traía consigo era real.

Y fue así. Una de esas noches, Ruth vino a él con ese vestido, su melena al viento, un rubor delicioso en las mejillas y sus grandes ojos rasgados y dorados que lo miraban a caballo entre el miedo y la curiosidad.

En esas noches, los berserkers no dejaban de copular hasta el amanecer, y él, cuando la vio, sintió ganas de montarla como un salvaje. Que fuera ella quien le devolviera la libido era preocupante, y lo cabreó como nada, porque él ya sabía que ella aparecía en su profecía de destrucción, donde él perdía la vida por una de sus flechas. Ella iba a ser su asesina y ella iba a desencadenar al dios Caos y Apocalipsis. Eso decía su sueño. Esa era Ruth para él, una especie de sicaria del mal.

Así estaban las cosas; Ruth hacía estallar sus hormonas, pero sus profecías no fallaban. Del mismo modo que su padre no falló, él tampoco lo hacía.

Y ahora la profecía que caía sobre él lo hacía responsable de males mucho mayores.

‹‹*Los lobos nacerán muertos. Y los que vivan, bailarán con el Diablo*››. Genial, como una frase típica de *Twin Peaks.*

¡Maldición! Golpeó la mesa con fuerza y cerró el libro. Durante los días siguientes al rapto de Aileen y Caleb, Adam había controlado a la joven humana. Los mismos vigilantes que había mandado As para que la protegieran eran los mismos que le informaban a él de sus movimientos.

Todos mencionaban lo mismo. Ruth trabajaba todo el día en la web y salía para ayudar a Aileen en la escuela. Por lo demás, no hacía mucha vida social. Vivía con Gabriel, en apariencia, una relación amistosa. Y se había hecho amiga de todos los que tenía alrededor. Desde los guardaespaldas hasta los chóferes y los vanirios y berserkers que hacían de guardianes.

Pero él no se creía nada. Ruth hacía algo, estaba preparando algo y él necesitaba una sola prueba para acusarla. Era el chamán, no uno de esos tontos que caían babeando ante una de sus sonrisas coquetas y descaradas, como aseguraban los de su clan después de verla bailar en la noche de las hogueras. Todos sin excepción sentían fascinación por aquella hembra. Pero él no era estúpido. Una mujer no debería tener el poder de volverlo a uno gilipollas.

Sus sueños no lo engañaban. Ruth iba a por él con un arco y acababa matándolo. Toda una experta Cazadora, una *Eva disfrazada de Cazadora.*

Y sin embargo, con todo y la antipatía que sentía hacia ella, le sorprendía pensar en Ruth de esa manera, como si fuera una persona peligrosa.

La noche que la protegió de las garras del lobezno en Birmingham, la primera noche que se vieron, ella se acurrucó temblorosa y en *shock* entre sus brazos. Entonces le pareció frágil y pequeña, incapaz de hacer daño a nadie. Y sin pensarlo, su energía vital salió disparada para ayudar a Ruth. Sus mentes conectaron, sus cuerpos se acoplaron, y él cedió su energía para curarla. Así, sin más. Una energía personal que nunca antes había ofrecido, y esa humana mentirosa la había succionado sin pedirle permiso. Aquella noche fue también la primera vez que Ruth apareció en sus sueños. Tenía sexo tórrido con ella, y después, ella lo mataba. El sueño era recurrente desde entonces. Anulaba su paz mental de un modo definitivo y devastador.

Después de varios encuentros más, se dio cuenta de que ella era una auténtica fiera, no una mojigata. Su lengua era hiriente y viperina, y se reía de él como nadie se había atrevido en la vida.

Adam inspiraba respeto, no ganas de contar un chiste, y la perra de Ruth se mofaba de su persona en su cara. ‹‹Mi madre hacía lo mismo con mi padre››, pensó amargado. No podía evitar hacer comparaciones.

Sin embargo, el recuerdo que él tenía de Ruth era su altanería y su desfachatez, no que tuviera instintos psicópatas. Las apariencias engañan. Ruth era una mujer llena de sensualidad y desinhibida, que jugaba con los hombres. La noche que ella lo avisó en el Tótem, olía a hormonas de berserker. Había oído de boca de los dos jóvenes de su clan que bailaron con ella en la noche de las hogueras, Limbo y Julius, lo salvaje que era esa joven. Por supuesto no habían bailado solamente. Además, se había acostado con los dos. A la vez.

A Limbo y a Julius les encantaba presumir de aquella experiencia ante los hombres del clan. Ruth era conocida por su labor con la web y también codiciada por los machos no sólo por su desparpajo, sino por ese cuerpo que la genética le había dado. Era una humana muy apetitosa.

Pero era también una zorra sin escrúpulos, y él lo sabía. Sí, y seguramente su sueño no iba mal encaminado.

Su padre le advirtió. Nimho sufrió por una mujer, tanto, que eso lo acabó destruyendo y ofuscando hasta convertirlo en alguien completamente taciturno.

Adam no podía fiarse de las mujeres, eso lo convertiría en un memo. Todas, excepto su querida hermana Sonja, eran traicioneras. El amor era traicionero.

Incluso su hermana perdió la vida hacía siete años por un hombre, por culpa de su esposo, alguien que no la supo proteger cuando tocaba, alguien a quien ella había entregado su corazón, a ciegas.

Era imposible que Adam creyera alguna vez en el amor. El amor era absurdo.

¿El sexo? Una manera de expresarse y de dominar.

El poder y el respeto eran lo más importante.

Las mujeres no eran de fiar.

Y Ruth... bueno, de Ruth ya se iba a encargar él. Era cierto que era especial. Una humana muy especial, que podía hablar telepáticamente, y eso era una novedad. Sin embargo, ella tampoco estaba pendiente de su don, o al menos, eso parecía o quería hacer creer a los demás. Niña estúpida.

No sabía cómo iba Ruth a alterar los planes del destino y convertirse en su muerte, pero tampoco iba a perder el tiempo pensando en el cómo. *Ring. Ring.*

—¿Qué pasa, Zlan? —Adam contestó a su iPhone negro. Zlan era uno de los vigilantes que cuidaban de los dos amigos humanos de Aileen. Su peor pesadilla y Gabriel.

—Es Ruth. Han venido Daanna y Aileen hace nada y se la han llevado, tío.

Adam frunció el ceño.

—¿Sabes adónde?

—A Wolverhampton. A casa de As.

Se le erizaron los pelos de la nuca como si fuera un gato.

—Gracias, Zlan.

Ahí estaba. Ya tenía la prueba. En dos días se cumpliría el séptimo aniversario de la muerte de Sonja, y daba la casualidad de que Ruth, aun sabiendo que él la había advertido sobre lo peligroso que sería para ella acercarse a su ciudad, venía hacia allí. Se cumpliría la profecía entonces. Seguramente el destino era inalterable, pero si había una manera de que no se cumpliese, lo iba a intentar. Y lo iba a poner en práctica. Porque una mujer no iba a acabar con él, y menos ella. Eso seguro.

Se vistió con una camiseta elástica negra de tirantes y unos pantalones abombados del mismo color y bajos de cintura. Gracias a ellos se podía vislumbrar la cinturilla de sus calzoncillos Armani. Se calzó sus zapatillas surferas de piel, cogió el libro y llamó a As para decirle que iba de camino a su casa.

Cerró toda la casa y conectó todas las alarmas, y por último, llamó a Margött, la niñera oficial, la profesora de la casa-escuela donde iban los niños del clan berserker, aquellos que todavía no iban a la escuela de integración de Aileen. Margött vendría corriendo a ayudarlo. Siempre lo hacía. Era una mujer encantadora y estaba seguro que sentía algo por él. La mirada se le encendía nada más verlo, y Adam se sentía bien con ello. Valorado. Respetado.

Después de encargarse de Ruth, hablaría personalmente con la berserker para arreglar la situación entre ellos porque había llegado el momento de emparejarse. Por el bien de los pequeños. De sus pequeños. De aquellos niños que él adoraba y que eran su responsabilidad desde la muerte de su hermana Sonja.

Margött era una mujer buena y responsable, adoraba a sus sobrinos y cuidaba de ellos muy bien. Y a él también lo trataría bien. Nada de complicaciones, una unión por necesidad. Nora y Liam necesitaban una figura femenina y ella era perfecta para eso. No la amaba, él no estaba hecho para amar, no sería como su padre, pero le daría comodidad y tendría siempre todo su respeto. Él estaría

a salvo de entregar su corazón a nadie y ella sería feliz con él. Se aseguraría de eso. Lo hubiera hecho antes, pero estaba la profecía, y por fin, había entrado en escena Ruth, su asesina. Necesitaba solventar ese problema antes de poder ofrecerle una vida conjunta a Margött.

Por fin se ponían las cartas sobre la mesa.

Iría a hablar con As sobre Ruth y sus intenciones. Unas intenciones que sólo conocía el *noaiti* del clan berserker.

CAPÍTULO 04

Cuando las chicas llegaron a la mansión de As en Wolverhampton, Ruth, que estaba demasiado inquieta, miró nerviosa a los alrededores, no fuera que un berserker loco y que ella no se podía sacar de la cabeza la atacara por verla allí. Tenía muy en cuenta lo que le dijo Adam. Él no quería verla por sus tierras y había hecho lo posible por no tener que visitar nunca a As y a María, pero las circunstancias lo requerían y seguramente el berserker no estaría por allí. ¿Por qué iba a estar a esas horas en casa de As? No eran ni las cuatro de la madrugada.

Hacía tanto tiempo que no veía a Adam... y sin embargo, ni un solo día había dejado de pensar en él. Obsesión enfermiza, eso era.

Aileen, que tenía llaves de la casa de su abuelo, abrió la puerta con sigilo. Su abuelo y María les estarían esperando en el salón. Ella ya les había llamado para decirles que iban hacia allí.

Las tres entraron sin hacer mucho ruido. La casa de As era una mansión de estilo victoriana, toda de madera por dentro, inmensa, señorial y acogedora.

En el salón, sentados sobre el gran sofá de piel que contrastaba con el parqué oscuro del suelo, estaban María y As sonriéndoles. Ambos de pelo negro, y piel aceitunada, parecían dos gitanos. Dos patriarcas de una gran familia.

Ruth sonrió abiertamente. As la quería mucho, era como otra nieta para él. Abrazó a Aileen y a Ruth, y a Daanna le hizo una reverencia. La vaniria era como una princesa en su clan, y aquello era una señal de respeto. Daanna asintió a su vez y besó a María en la mejilla. María las besó a ellas también y les recriminó que no iban a verla tan a menudo como ella quería.

—Nos tenéis olvidados —murmuró con el ceño fruncido—. Y yo tengo toda la atención de tu abuelo, y es un pesado.

As se echo a reír y entrelazó los dedos en su nuca, estirándose cuan largo era en el sofá, orgulloso y complacido por escuchar a María.

—A ti te encanta, cariño. No lo niegues —le dijo él.

«¿Había rejuvenecido As desde que estaba con María?», se preguntó Ruth.

As físicamente aparentaba ser mayor que el resto de berserkers, unos cuarenta y tantos. De hecho, él era el mayor del clan, y sin embargo desde que estaba con aquella humana tan especial, su rostro se había suavizado y tenía una nueva luz.

Después de bromear un ratito, María miró a Ruth de arriba abajo, y ésta, al sentir la inspección, se tensó.

—Cariño, estás un poco más delgada. ¿Te preparo un brownie?

—Me encantan tus brownies, María, pero no me apetece —lo rechazó educadamente.

—¿Te encuentras bien? No. No te encuentras bien. —La mujer se sentó a su lado y le pasó el brazo por encima.

Ruth gruñó. ¿Por qué todos eran tan cariñosos? No quería mimos. Eso la ablandaba y la hacía caer como uno de los castillos humanos que hacían en las fiestas de su ciudad.

—Sí, estoy bien.

—No es verdad —replicaron a la vez Daanna y Aileen—. Venimos porque queremos hablaros de ella.

—¿De ella? —repitió As incorporándose para prestar atención a Ruth—. ¿Te pasa algo, Ruth? Dínoslo, te ayudaremos en lo que sea necesario.

Ruth tragó saliva. Dios, todo aquello era tan difícil para ella. Su maldito defecto se había acentuado desde su llegada a Inglaterra y no hablaba de su ‹‹particular anomalía›› desde que era muy pequeña. Sus padres se encargaron de que nunca mencionara a nadie su problema, su

enfermedad, porque para ellos, contrariamente a la opinión de sus amigas, aquello era una enfermedad maligna, en el mayor sentido de la palabra.

Había intentado por todos los medios ocultarle a los demás la angustia y la agonía que sentía con todo aquello, pero no le sirvió de nada. Todos allí la observaban sabiendo que ella no estaba bien. Mierda.

Recordando aquellos angustiosos días en que la habían tratado de enferma y demente, se enderezó y miró a As directamente a los ojos. Si había un modo de sacarse toda la tensión del cuerpo, era aquella, y nadie iba a pararle.

Rápido e indoloro.

—Os ruego que no me interrumpáis —suplicó Ruth con dignidad—. Esto no es fácil para mí, pero cogeré más valor si no me detenéis. Sólo quiero vomitarlo ¿vale?

—Me estás asustando, Ruth. —María entrelazó las manos—. Escupe.

—Pues espera y verás —le aseguró Ruth—. Allá voy.

Los cuatro asintieron y se prepararon para escuchar.

—Cuando tenía cuatro años, conocí a una niña en la casa de vacaciones donde iba a veranear con mis padres. Se llamaba Esther y tenía mi misma edad. Cada noche, Esther acudía a mi habitación y se acostaba conmigo, en mi cama. Siempre venía mojada, como si hubiera sudado mucho de haber estado corriendo por el bosque. Tumbándose a mi lado arrancaba a llorar, y me decía que sus padres no la querían. Yo siempre le ofrecía mi osito de peluche para que se calmara pero ella no lo tomaba nunca. Le preguntaba dónde vivía, y ella se acercaba a la ventana y con su manita me señalaba el lago que se divisaba al horizonte, a unos dos o tres kilómetros aproximadamente de dónde estaba nuestra torre. Yo le decía que como venía desde tan lejos, podía quedarse a dormir conmigo siempre que quisiera, y Esther venía cada noche religiosamente, se estiraba sobre mi cama, lloraba, y me susurraba que era la única amiga que ahora tenía —Ruth no los miraba. Sus ojos estaban abiertos de par en par, recordando aquellos años como si los viviera en la actualidad—. Un día, comiendo con mis padres, estábamos viendo las noticias, y dijeron que la búsqueda de la niña desaparecida de Tarragona seguía sin dar sus frutos. Apareció la fotografía en pantalla y yo toda feliz grité: ‹‹¡Es Esther! ¡Es Esther! Es mi amiga. Yo la he encontrado, papá. Ella viene cada noche a verme›› —explicó con la misma voz de niña de entonces—. Mis padres me miraron horrorizados. —Sonrió con tristeza—. A mi madre empezó a temblarle el tenedor en la mano y se puso pálida. ‹‹¿De qué hablas?››, me dijo: ‹‹Esa niña lleva más de un mes desaparecida, cielo. No la puedes tener en tu habitación, es imposible››. Pero yo repliqué, diciéndole que ella venía a verme porque sus padres no la querían. Que siempre venía chorreando aunque afuera no lloviese y que me decía que vivía en el lago —Ruth cerró los ojos y tomó aire—. Me dijeron que fantaseaba y que lo que me pasaba era que como en nuestra torre no tenía amigas tenía la necesidad de crearme una imaginaria. Que dejara de inventarme cosas.

››A los pocos días, descubrieron el cadáver de Esther. Lo sacaron de las profundidades del lago, y la autopsia reveló que había sido violada y asesinada por su padre. La madre había dado su consentimiento mientras él le hacía lo que quería. Yo no sabía nada de lo que era una violación, ni las barbaridades que le hicieron a la pobre criatura... Cuando mis padres ataron cabos después de lo que yo les dije, mi padre se encerraba conmigo cada día en una habitación. Él era... —cerró los ojos y se corrigió— Es. Él es un cristiano evangelista, ¿sabéis? Estricto y muy beato. Hizo de todo para que su hija no estuviera poseída por el diablo, porque estaban seguros de que me hablaban desde el infierno, de que si hablaba con los muertos era porque era una hija de satán. Me castigó muchas veces —susurró con la voz acongojada—. Castigos... dolorosos. Mi madre me envió al pediatra y éste al psicólogo. Del psicólogo pasé al psiquiatra. Me hacían tomar de todo, hasta cinco pastillas diarias. El estómago me dolía y yo estaba drogada permanentemente. Y en ese trance, vinieron las voces.

Me... me pedían ayuda, pero a mí cada vez me costaba más escucharlas. —Se abrazó a sí misma—. La medicación me atontaba.

››A los quince años, dejé de oírlas. La medicación era mucho más fuerte y mis amigos sufrían mis cambios de humor. A veces deprimida, a veces eufórica... —miró a Aileen que a su vez había puesto todos sus sentidos en ella. Seguramente estaba sorprendida por algunas cosas que ni siquiera a ella le había explicado—. Más tarde, siendo ya adolescente, descubrí que colocándome una vez por semana, no necesitaba las pastillas. El alcohol quemaba más neuronas en una buena borrachera que veinte pastillas juntas. Dejé de tomar la medicación. Parecía estar bien —sonrió débilmente—, hasta que vine a Inglaterra a visitar a Aileen. Y me atacó en Birmingham aquel deforme peludo y apestoso con cuchillos en los dedos, esos bichos que llamáis lobeznos. Desde entonces, las voces han vuelto. Y no sólo eso, sino que como ya pudisteis comprobar, Aileen se comunicó conmigo mentalmente. Y ahora... y ahora, tengo visitas inesperadas en la casa de Notting Hill. Oigo las voces mejor que nunca, pero... hoy ha sido diferente. Hace unas horas, una voz de mujer me ha pedido ayuda y me ha tocado. Me asusté tanto que... simplemente me desmayé.

Nadie osó decir una palabra.

Ruth temblaba por la emoción. Se sentía liberada y temerosa a la vez, pues realmente quería saber qué le sucedía. María se levantó y le puso las manos dulcemente sobre los hombros. La calidez de sus palmas la tranquilizó.

—¿Qué, María? ¿Crees que estoy loca? —le preguntó abatida sin atreverse a mirarla.

—¿Loca? No, cielo. —La tomó de la barbilla mirándola directamente a los ojos—. Creo que eres una persona sensible y con un gran don. Creo que por fin la *Diosa* nos ha traído lo que esperábamos —sonrió abiertamente—. Te esperábamos, Ruth.

—¿Diosa? ¿Eh? —Ruth sacudió la cabeza haciendo que sus rizos se des-controlasen.

—Lo sabía —exclamó Daanna orgullosa de sí misma.

—¿El qué? —le preguntó Aileen ansiosa.

—¿Te acuerdas del juramento que os hicisteis Ruth y tú en mi casa? — le dijo Daanna.

Aileen recordó el beso en los labios que se dieron ambas, sellando un pacto de hermandad eterna.

—Sí, me acuerdo —sonrió.

—Te dije que ese juramento se llamaba *piuthar*[3]. El juramento de las hermanas —agrandó sus ojos verdes jade—. Era un juramento que hacían las sacerdotisas entre ellas.

María abrazó a Ruth para calmarla.

—Las sacerdotisas habían recibido a través de las runas que la Diosa nos enviaba a una nueva hermana —susurró María maravillada con Ruth.

—¿Qué sacerdotisas? ¿Quiénes? —preguntó Aileen desconcertada.

—¿Has vuelto a ver a alguien más? ¿A alguien como Esther? —María ignoró a Aileen.

—No —negó con la cabeza, impregnándose del olor a flores de María.

—Y dime, cielo: ¿tienes alguna marca en forma de luna en alguna parte de tu cuerpo? Digamos, ¿en una zona muy especial? ¿Una luna con los cuernos hacia arriba?

Ruth se sonrojó y arrugó el entrecejo.

—¿Cómo demonios sabes tú eso? —preguntó horrorizada.

—Es cierto, ¿verdad? —María achicó los ojos y la señaló agitando el dedo—. Niña, tú y yo vamos a hablar largo y tendido. —Empezó a caminar a su alrededor—. Tienes los chakras cerrados debido a la vida que te han hecho llevar. La medicación ha afectado tu cuerpo y tu espíritu, y esas fiestas que te has corrido no han ayudado mucho a la evolución de tu don. Pero te repondrás.

[3] Piuthar: en gaélico significa “hermana”

—María —As alzó la voz y la mujer no le hizo ni caso—. ¿Nos explicas qué está pasando, por favor?

—Ruth es como yo —contestó María tan llanamente. El orgullo se reflejaba en sus ojos.

—¿Como tú?

—Sí, como yo. Una sacerdotisa de la Diosa.

—¿Perdón? —gritó Ruth—. ¿Que soy qué?

—¡¿Que tú eres qué?! —le preguntó Aileen mirando a María con la boca abierta. Luego miró a su abuelo de igual modo, y As se encogió de hombros disculpándose por haberle ocultado eso.

—Aileen, os lo contaré —miró a la híbrida con dulzura. Sus ojos negros delataban diversión—. Pero lo primero es Ruth. Tranquila cariño, no pasa nada —la tranquilizó María dándole palmaditas en la mano—. Es un gran honor ser una elegida. No temas.

Ruth se echo a reír en un ataque de histeria.

—Estoy hiperventilando. Por favor —dijo entre risas—. No lo puedes decir en serio...

—Sí —cortó María con tono de reproche—. Y te lo vas a tomar muy en serio. ¿Me has oído?

La dulzura había desaparecido del rostro de esa mujer cándida. En su lugar la determinación y la seriedad tomaron partido.

—Puedes estar confundida, Ruth. Pero esto no te lo vas a negar. Ni a ti, ni a aquellos que te necesitan. Y son muchos, Ruth.

—María, no...

—No. —Alzó la mano y la hizo callar—. Nada es por azar. Nada. Si tu verdadera naturaleza surge ahora, es por alguna razón. A veces los dones sobrenaturales de las personas despiertan después de haber sufrido un estado de *shock* agudo. Dijiste que la noche en la que te atacó el lobezno, volviste a oír las voces, y que desde entonces las oyes mejor que nunca. Ése ha sido tu detonante, Ruth. Cuéntame: la entidad que te tocó... ¿qué fue lo que te dijo?

—Me... me dijo que iba a pasar algo horrible y que yo podía ayudarla.

—¿Algo horrible? —As se levantó y fue hacia ellas con las facciones endurecidas—. ¿El qué? ¿Qué va a pasar? ¿Más problemas de los que ya tenemos?

—¡No lo sé! —Levantó los brazos hastiada y puso los ojos en blanco—. Yo no he hablado con ella. No he podido. Me aterra.

—Pues debes hacerlo, Ruth. —María la tomó de la mano y la empujó para que la siguiera—. Vamos arriba. Te quedarás aquí esta noche. No, no, As —le dijo al berserker deteniéndole con la mano—. Tú te quedas aquí abajo. Aileen y Daanna pueden venir conmigo.

As se quedó murmurando en el sofá, y las cuatro mujeres ascendieron las escaleras que daban a las *suites* superiores.

Entraron en una habitación con las paredes estucadas en veneciano de un color naranja bastante llamativo. Todo el inmueble estaba decorado con madera oscura. Los techos tenían vigas gruesas de madera más clara, y la claridad del exterior entraba por dos balcones extensos y amplios llenos de rosas y flores.

—Vamos a prepararte. —María abrió la puerta del baño de diseño de colores pasteles, y abrió el grifo del jaccuzi. El agua salía muy caliente—. Vamos a bañarte, a encender velas de purificación, a mimar tu cuerpo y a hacer que se abran los poros con el agüita caliente. Te vas a relajar y vas a descansar.

—María, no puedo quedarme aquí —anunció ella oliendo con placer las velas que estaba encendiendo—. Tengo que trabajar, la web no debe dejarse desatendida. Los foros necesitan atención porque si no empiezan a quitarse los ojos los unos a los otros y...

—No te preocupes por eso, Ruth —le dijo Aileen—. Caleb estará de acuerdo. Además, Gabriel se

hará cargo. Y tienes que disfrutar de los baños de María. —Sonrió a la mujer—. Son milagrosos.

—¿Y las clases a los niños? —le preguntó negando con la cabeza—. No quiero alterar mi vida de nuevo. Me he acostumbrado a ello, a esta rutina y no quiero que nadie interrumpa mi estilo de vida.

Aileen daba clases a los hijos de los vanirios y de los berserkers, y le había pedido a Ruth que la ayudara en representación de la civilización, para que ellos se familiarizaran con la figura humana. Además, les enseñaba informática, puesto que ella era diseñadora de páginas web e ingeniera técnica de sistemas. Si se quedaba en casa de As, no iba a poder asistir al colegio, y le daba pena porque quería mucho a esos niños y disfrutaba con ellos.

—No pasa nada. Esos niños te adoran, pero les explicaré lo que te sucede y ellos lo entenderán. Ya verás.

—No va a ser eterno —le explicó María echando bolas aromatizadas en el agua—. Sólo por una semana.

—Pero... necesito mi ropa. Necesito mis cosas —se quejó ella. —Yo te las traeré —Daanna sonrió. Sus ojos verdes parecían divertidos—. Iré en un momento. Te veo asustada. ¿Tienes miedo?

—No tengo miedo —y decía la verdad—. Es que esto es una locura — meneó la cabeza.

—Ya está, el baño está listo —canturreó María—. Quítate la ropa, Ruth. Y Aileen, id a buscarle una maleta con sus cosas. Por cierto —corrió a coger el teléfono inalámbrico de la habitación—. Por cierto, hay que avisar a las demás.

—¿Quiénes son las demás? —preguntó Aileen ésta vez muy seria y deteniendo a María—. Cuéntanos.

—Cariño, no sabes de la misa la mitad —negó preocupada—. Pero no te enfades cuando te enteres, ¿de acuerdo?

Aileen se cruzó de brazos y levantó una de sus cejas negras. —Ya veremos —contestó estudiando a María.

—Vamos, desnúdate, Ruth —la mujer acompañó la orden con una palmada.

Ruth no entendía nada. María era un torbellino que quería hacerle creer que ella era una sacerdotisa de la Diosa. Se apretó el puente de la nariz con los dedos.

—Escuchad. No puedo quedarme aquí. En Wolverhampton. —Tonterías. Te vas a quedar —replicó Aileen.

—No debo quedarme aquí —remarcó.

—¿Por qué no? —le preguntó Daanna que veía divertida todo lo que pasaba a su alrededor.

—Si Adam descubre que estoy aquí...

—Ya la tenemos aquí. Sí, avisa a las demás, hermana —decía María por teléfono—. Que te acompañe la Diosa. —Dejó el aparato en su sitio y se acercó a la joven de pelo caoba—. ¿He oído Adam? ¿Nuestro Adam? ¿El moreno guapísimo atormentado como el demonio? ¿Qué pasa con él?

—Me odia, así de claro —resopló fatigada—. Esas velas huelen de maravilla... —Bien. Ya empezaba a relajarse. Y con eso su verborrea se disparaba—. Tuve que hablar con él cuando me diste el mensaje acerca de que iban a atacarnos —miró a Aileen—. Se portó fatal. Me habló muy mal y volvió a decirme que iba a traer problemas y que no quería que me acercara a Wolverhampton.

María hizo negaciones con la cabeza

—No le caigo bien —continuó Ruth—, y ahora me siento muy vulnerable para enfrentarme a él. Si me insulta de nuevo puede que lo mate — mientras María le quitaba la camiseta por la cabeza, Ruth se desabrochaba los tejanos—. Ese hombre no me gusta nada.

—Adam es muy serio. No sonríe nunca. Pero...

—No sabe reír —dijo Ruth que ya estaba en ropa interior—. Es como si tuviera un palo metido por el culo. Todo recto, todo frío... No lo soporto. —Se quitó las braguitas y los sostenes blancos dejando

al descubierto un cuerpo bonito y gracioso, perfectamente moldeado.

—Ruth —murmuró Aileen divertida—, aparte del piercing del ombligo tienes un tatuaje en el pubis —encima de la raja de su sexo tenía una media luna de un color marrón oscuro con los cuernos hacia arriba sobre un círculo oscuro. Parecía una sonrisa—. Y además, te lo has depilado todo.

—Es la marca de la Diosa —comentó María con orgullo guiándola a la bañera—. Lo sabía, Ruth. Todo va a ir bien. Confía en mí.

—Sí. —Se tocó la marca recordando que estaba ahí—. Sí. La marca... siempre la tuve. Ayer fui a que me depilaran —ignoró el comentario de María—. Desde los dieciocho que me lo hago así. ¿Qué te parece?

—Pareces un bebé con tetas. —Aileen sonreía.

—Oye, que Barbie ya venía con la depilación brasileña de fábrica — contestó Ruth.

Daanna se apoyó en el marco de la puerta y levantó una ceja:

—Pues yo lo tengo así y no necesito depilarme. Las vanirias no tenemos pelo púbico. Freyja tampoco tiene, odia el vello en las mujeres, así que...

—¿Se os cayó el pelo? —preguntó Ruth horrorizada.

—Ahá—asintió Daanna.

—Menudo susto, ¿no?

—A Freyja le gustan las pelis porno —susurró Aileen en tono jocoso.

—Me alegro por vosotras —dijo María irritada. ¿Pero cómo hablaban de esas cosas en un momento tan importante? Juventud, divino tesoro.

Ayudó a Ruth a meterse en el jacuzzi—. Ahora, por favor, traed las cosas de Ruth aquí.

—Ya voy yo. Volando es mucho más rápido. —Daanna les guiñó un ojo y salió por el balcón directamente hacia la noche abierta.

—Daanna, discreción —le advirtió Aileen—. No vueles muy bajo.

Hacía meses que en la Black Country se oían rumores de inmensos murciélagos que surcaban los cielos nocturnos. Nunca habían sido murciélagos, pero esas eran las imágenes que inculcaban los vanirios en las mentes de los seres humanos para que no se levantaran más sospechas sobre ellos.

—Me encanta cuando hace eso —susurró Ruth—. Como Superman... ¡un saltito y a volar!... María, qué calentita está...—murmuró con satisfacción—. Mmm... qué bien.

—Apoya la cabeza. Así, muy bien. Recuéstate. —Le puso un cojín blando bajo la nuca.

Ruth suspiró y todo quedó en silencio. Ser mimada de ese modo era maravilloso. Se relajó tanto que entró en un estado de paz y de meditación profunda. Ya no sentía ni miedo ni tensión. Ni agonía.

¿Debía de creer a esa mujer que decía que ella era una sacerdotisa? Sabía lo de su marca íntima. Nadie sabía de ella. Ni siquiera los dos únicos hombres con los que se había acostado—lamentables episodios ambos en su vida, por cierto—. Los recuerdos vinieron amargos a su mente.

Entonces, a los diecisiete, no se depilaba de ese modo. Con Óscar se había acostado una única vez en los asientos traseros de un cine, con la sala vacía y ella a horcajadas sobre él. Había perdido la virginidad así. Él tenía veinte y era muy guapo. A ella le gustaba su porte, que tuviera coche y esas cosas en las que se fijaban las niñatas inseguras de su edad. Era universitario y ella iba a ir a su misma universidad. Se hizo ilusiones creyendo que podrían llegar a algo más, pero ni en sueños.

No fue dulce. Fue un bruto que la dejó magullada y dolorida y que sólo miró por él. Ella ni siquiera se corrió, él ni siquiera la tocó para excitarla. La había clavado en él como una estaca y a partir de ahí, se olvidó de ella. Y luego, si te he visto no me acuerdo.

‹‹Cabrón egoísta››.

Aquella lección fue humillante. Ella todavía era una niña y quiso creer que él iba a ser su príncipe azul. Y una mierda.

Con Tom, su única experiencia fue distinta. Habían salido esa noche, y ella estaba ligeramente borracha, lo suficiente para ver dos dedos donde sólo había uno. A los dieciocho, su primera fiesta universitaria. Menudo descontrol. Lo peor de todo es que se fue con él por despecho a Óscar, que también había ido a la fiesta con unos amigos para evaluar a los nuevos pececillos de la facultad. Cuando lo vio repasando a las chicas con tanta lujuria, le entraron ganas de vomitar , y no solamente por el litro de calimocho que ya se había bebido.

Tom sí que fue dulce. Borracho, pero dulce. Lo hicieron en su habitación. En la postura del misionero. Pero su dulzura tampoco la excitó, y descubrió que seguía siendo igual de doloroso que la primera vez. Cuando él se corrió —«bendito afortunado»—, se quedó muerto encima de ella. Se había dormido. Ella tampoco había llegado con él. Sentía esa cosa sin fuerza enterrada entre las piernas, a él que la estaba aplastando, y se sintió desgraciada. Le entraron ganas de llorar. Lo empujó y él rodó hacia un lado mientras le murmuraba que cerrara la puerta al salir.

Dos únicas relaciones sexuales y ambas un fracaso estrepitoso. Desde entonces no se había acostado con nadie más, nadie le gustaba, y el simple hecho de imaginarse compartiendo algo tan incómodo con otro la echaba para atrás como un golpe en la cara.

Le gustaban los hombres, sin duda. Sí. Le gustaban grandes, con ojos negros y tormentosos, de labios gruesos y rasgos salvajes y... y con un piercing en la ceja... y...

‹‹OH-DIOS-MÍO. No vayas por ahí, chica. No otra vez››.

Se tensó al instante al darse cuenta de que había conjurado la imagen de Adam. Él era su vergüenza particular. Estaba obsesionada con él. Se iba a dormir y se levantaba con la imagen de Adam grabada en su cabeza. Y era triste y doloroso para ella darse cuenta de que alguien a quien inspiraba asco, la tuviera tan enfermizamente abducida. Soñaba con él. Sueños húmedos e inquietantes.

Adam no había sido amable en sus encuentros, todo lo contrario. Pero era superior a su orgullo y a su amor propio. Ya hacía tiempo que había dejado de luchar contra la sensación que nacía en la boca de su estómago cada vez que pensaba en él.

Y es que el berserker gruñón la ponía nerviosa y caliente a la vez... y era tan rebajante saber que él tenía ese poder sobre ella, saber que si se encontraban no estaría segura de mantener el temple ni la compostura. ¿Por qué ese hombre en especial la ponía así y alteraba todas sus hormonas? Él, entre todos, que la había insultado y la había humillado tratándola como a una puta.

‹‹¡Ruth, eres una demente! ¡A ese hombre le asqueas! ¡No le gustas! Y cuando sepa que estás en Wolverhampton te lo hará pagar››, pensó. Sí, eso se decía muchas veces. Era su mantra para dejar de pensar en él, pero inmediatamente acudía otra vez a su cabeza. Los colores oscuros le recordaban a él, la música gótica le recordaba a él y el olor a menta, le recordaba a él. Adam olía así. A fresco. A algo que, de lo frío que era, podía llegar a quemar. Como un caramelo de Halls. Adam era descongestionante.

Ruth sonrió con expectación. Por un lado no tenía ganas de encontrarse con él y oír la retahíla de insultos que seguramente guardaba sólo para ella, pero por otro lado... ¿Se lo haría pagar? ¿Cómo? Ruth necesitaba reaccionar a todo lo que le pasaba, y una buena pelea con él seguramente le serviría. Pelea verbal o... incluso física. Un buen cuerpo a cuerpo. ¡Sí! Un cuerpo a cuerpo con él, de esos que salen en las películas de amor y que luego te dejan sin fuerzas para siquiera caminar. Pensar en Adam se convertía a diario en conjurar un montón de fantasías eróticas en las que ella controlaba su enorme cuerpo y hacía con él lo que quería, como castigo por todo lo que le había dicho. Como en sus sueños.

Ello lo tocaba. Lo adoraba. Y le hacía volverse loco por sus caricias.

Ruth era dominante. Las veces que había cedido su cuerpo a los demás con plena confianza, le habían defraudado. Le habían hecho daño y dejado insatisfecha. Si tenía que acostarse con un hombre otra vez, iba a ser ella quien controlara el acto. No tenía experiencia, pero se había documentado muy bien. No podía permitirse entregarse otra vez. Lo había probado y no le había gustado. Si estuviera con Adam, se divertiría con él... lo pondría cardíaco perdido si...

‹‹¡Basta! ¿Estás enferma o qué te pasa? Eres frígida, no puedes tener un orgasmo con un hombre entre tus piernas. Ni siquiera pienses en ese animal. Lo odias. Recuérdalo››. Sí. Debía relajarse. Esos pensamientos hacia alguien que tenía un vocabulario tan destructivo para con ella no le hacían ningún bien.

Aunque ese hombre fuera el hombre más atormentado y fascinante que habían visto sus ojos. Lo mejor sería que Adam no la encontrara, ni allí ni en ningún otro lado, porque si volvían a reñir no sabía de lo que era capaz de hacerle a su hombría, en todos los sentidos.

‹‹Bien. No pienses en él››.

Debía de ser que el día tan ajetreado que llevaba, con tantas emociones a flor de piel le estaba pasando factura. Eso y, para qué negar lo evidente, Adam la afectaba física y emocionalmente.

—Ruth. —Aileen, con sus ojos lilas inquisitivos, la observaba queriendo averiguar a qué se debía su enigmática sonrisa—. ¿Te encuentras mejor? —se acercó a ella colocándose a sus espaldas.

—No sé ni quién soy, Aileen —contestó derrotada cerrando los ojos con cansancio. El olor a flores del incienso la había calmado y con la calma había llegado el reconocimiento—. Lo que me pasa... esa gente que me pide ayuda... es que me asustan un poco, ¿sabes? Me encantan *Médium* y *Entre Fantasmas.* Puedo aceptar lo que a ellas les sucede porque son series, y porque acabo de entrar en un mundo paralelo de vampiros y hombres lobos así que creo en lo que ellas hacen. Ya creo prácticamente en todo lo que echan por la tele. Creo en extraterrestres, creo en elfos, en duendes ¿cómo no iba a hacerlo sabiendo lo que sé ahora? Pero no puedo creer que esto me suceda a mí, que yo sea capaz... es demasiado para mí. Y por otra parte, estoy esperanzada y feliz porque...

—Porque no estás loca ni enferma —concluyó Aileen.

María, que estaba apoyada en el marco de la puerta, la miró entendiéndola a la perfección. Una niña tan joven, que nunca había oído hablar de seres humanos con dones, de repente salva la vida de otros seres sobrenaturales gracias a su magnífica habilidad. ¿A cuántos les había pasado lo que a Ruth? ¿Cuántos se medicaban por ver y oír cosas que sólo veían ellos? ¿Cuántos se medicaban por la incredulidad y la ignorancia de psiquiatras y psicólogos? No todos los que eran más sensibles y tenían dones extrasensoriales eran esquizofrénicos o tenían un desorden mental.

—¿Te acuerdas de las noches que te quedabas en mi casa a dormir? — preguntó Aileen tomando la botella de champú y destapándola. Empezó a enjabonarle el pelo—. Yo pensaba que eras fuerte y valiente. Sigo pensándolo. Llegabas a mi habitación, con tu mochilita en forma de oso y los ojos rojos de haber llorado. Pero siempre me sonreías nada más verme, como diciéndome que estabas bien. Entonces yo necesitaba consuelo, y tú siempre estabas ahí y me lo dabas. Venías para no dejarme sola. Me protegías y me cuidabas.

—Tú también me consolabas a mí —contestó ella en un susurro. Claro que la consolaba, cuando tenía el cuerpo tan dolorido y marcado por las palizas de sus padres que apenas se podía mover. Sólo una vez, Aileen había visto sus heridas y aquella noche la abrazó y lloró con ella, por cada latigazo, por cada corte del puñal ritual, por cada descarga eléctrica. Ruth había sufrido esa cruz hasta los diecisiete años y lo soportó hasta los dieciocho. Hasta que decidió cortar por lo sano con aquella relación paterno-filial.

—No. Tú me sostenías, Ruth. Siempre lo has hecho. Has cuidado de nosotros, de Gab y de mí. Recuerdo que me cantabas con esa voz tan bonita que tienes. Yo cerraba los ojos y pensaba que los ángeles debían de tener esa voz. Eres mi única familia. —Le acarició el pelo—. La que yo elegí. Mi hermana.

—No me hagas llorar, Aileen... —la acusó con voz débil.

—Sé que no te gusta llorar. Que crees que eso te hace perder la fortaleza que necesitas. Pero quiero que estés convencida de esto. Me has salvado muchas veces, en todos los sentidos. Ahora no te voy a dejar sola. Tú eres especial, cariño. Y lo vamos a afrontar. Me sentía más fuerte cuando estaba contigo, ¿lo sabías? —Ruth meneó la cabeza—. Hemos tenido mala suerte con nuestras familias. Pero yo te elegí y tú me elegiste a mí. No dejaré que te eches atrás. Después de mi conversión, temí perderos a ti y a Gab, pero tú reaccionaste con valor, demostrándome que lo que define a alguien no es de dónde viene, ni su aspecto exterior, sino la naturaleza de su corazón. —Frotó con dulzura su cuero cabelludo—. Y tú tienes un corazón enorme. Me ayudaste a superar mi cambio y ahora mi dicha es mayor de lo que nunca me hubiera atrevido a imaginar.

—Yo también estaría pletórica con un monumento como ese Caleb a mi lado —murmuró sonriendo, intentando alejar los recuerdos que abrasaban su mente.

—Vaya, ¿ahora Caleb es un monumento? Pensaba que te caía mal.

—Es inaguantable. —Sonrió conciliadora—. Estos hombres de los clanes se han quedado en la época Neandertal y no me gustan. Pero por ti, lo soportaré. —Alzó la mano y la entrelazó con la de Aileen llena de jabón y rebosante de calor.

—Tienes una oportunidad para encontrarte a ti misma, nena. No vamos a dejarla escapar. Yo también estoy dispuesta a soportarlo todo por ti, hermana mía.

Ruth le besó la mano a Aileen y se hundió más en el agua hasta que la barbilla tocó la superficie líquida y llena de burbujas. Sus ojos estaban anegados de lágrimas de emoción y gratitud hacia su amiga. Necesitaba anclas fuertes a su alrededor, porque sola no podría con todo lo que se le venía encima.

Una sacerdotisa. Ella, una sacerdotisa.

Menuda locura.

CAPÍTULO 05

La puerta sonó tres veces de forma contundente. Alguien la aporreaba sin piedad. As se levantó del sofá para ver qué sucedía cuando vio entrar a Adam con su aura roja amenazante. Era la viva imagen de su padre Nimho, y siempre que lo veía recordaba al que había sido su mejor amigo.

Adam lo miró con el entrecejo completamente fruncido. Llevaba el libro de chamán de su padre, cuyas profecías habían salvado a su clan en numerosas ocasiones.

Adam se paró ante él y le ofreció el antebrazo. As lo enlazó con el suyo y sonrió al joven berserker que tenía delante.

—¿Qué sucede, Adam? ¿La puerta se ha metido contigo?

Adam ignoró el comentario del líder de la manada. Su nariz estaba impregnada del olor de Ruth y suficiente hacía con controlar su entrepierna, como para replicarle. Ella estaba allí, seguramente en la planta de arriba.

—¿Dónde está?

—¿Dónde está quién? —le dijo As.

—La humana. Ruth.

—¿Cómo sabes que ella está aquí? —As se cruzó de brazos, intrigado por el comportamiento de Adam.

Adam se dirigió a las escaleras.

—No puedes subir, *kompis*[4]. ¿Qué te pasa? Estás nervioso. Adam apretó los puños a ambos lados de su cuerpo, sin dejar de mirar el final de la escalera. Ella estaba allí. Su asesina.

—Va a pasar algo, As. Algo horrible. No te lo había mencionado porque esperaba tenerlo todo bajo control. Pero ella está hoy aquí... y no es por casualidad.

—No es la primera vez que oigo que va a pasar algo horrible. No sé de qué me hablas, así que empieza a contármelo ahora —le ordenó acercándose a él—. ¿Qué va a pasar? ¿Y por qué parece que tiene que ver todo con Ruth? Siéntate y cuéntamelo todo.

As guió a Adam hacia el sofá, tirando de él con fuerza para que se apartara de la escalera. Tomaron asiento y Adam abrió el libro de profecías de su padre y le enseñó las dos últimas que él había escrito sobre sus dos hijos. Mientras As se frotaba la barbilla con preocupación, Adam le explicó los sueños recurrentes que tenía sobre Ruth. Menos lo del sexo, se lo explicó todo con pelos y señales.

—Llevaba dos meses sin venir por aquí porque yo la advertí. La he estado vigilando —le dijo el joven berserker—, quería saber dónde se encontraba a cada segundo. Pensaba que si no se acercaba a Wolverhampton, el sueño, y por consiguiente, la profecía, no se cumplirían, porque ella me mata en el Tótem y eso era imposible si no estaba en Wolverhampton. Pero ahora, a apenas dos días de que se cumplan siete años de la muerte de mi hermana, Ruth viene a tu casa. ¿Por qué ha venido? ¿A qué demonios ha venido esa condenada mujer?

As se levantó y caminó nervioso por el salón.

—Adam, no dudo de tu palabra. Pero tampoco dudo de la naturaleza de Ruth. Ella nos salvó la vida una vez. ¿Por qué iba ahora a ponernos en peligro? No es una asesina.

Un músculo palpitaba en la fuerte mejilla de Adam.

—Llevo seis semanas, todas las noches, sintiendo como sus flechas me traspasan la piel —siseó Adam—. No es agradable, créeme. Ruth no es lo que parece.

[4] Kompis: en noruego significa “amigo”.

—Y puede que tengas razón—le aseguró As. Y más ahora que, según María, Ruth pertenecía a las sacerdotisas de la Diosa. La chica estaba tan asustada... era imposible pensar que ella... no. No podía ser. Se pasó la mano por la barba morena perfectamente cortada—. ¿Qué es según tú?

—Alguien que nos va a traicionar. Ruth es mi muerte, *leder*[5] As. Y si eso sucede, la muerte también vendrá a nosotros. *Los lobos nacerán muertos* —repitió las palabras de la profecía—. Y que conste que no temo por mí, sino por lo que implicaría mi muerte para los demás.

—Me cuesta creer que ella...

—As, creo que no me entiendes —remarcó las palabras—. No he venido aquí ni a negociar ni a discutir nada.

As lo miró por encima del hombro, sorprendido por la actitud desafiante de Adam.

—Entonces, háblame claro, chamán —le ordenó—. ¿Qué quieres hacer?

—Es sencillo. Me la llevo y yo mismo la vigilo hasta pasado mañana, la fecha señalada. No le haré daño a no ser que sea necesario.

—No me gusta, Adam. No quiero que la chica sufra.

—As, lo hago por el bien de todos. Es mi responsabilidad advertir sobre las profecías, ¿entiendes? A mí se me da el aviso, y yo debo saber lo que hacer con él. Es fácil: si cojo a Ruth a tiempo, ella no podrá cumplir su cometido.

—Yo también soy responsable de lo que hagas con ella. El clan está a mi cargo —As se quedó pensativo. ¿Cómo iba a solucionar eso? Las casualidades no existían, pero eran demasiados sincronismos los que habían entre Ruth, la profecía y el sueño de Adam. El chico era el *noaiti.* Tenía el don de ver el futuro, y si no fuera por él, el mensaje que había transmitido Ruth hacía mes y medio nunca habría llegado a buen puerto. Deseaba con todas sus fuerzas que Adam estuviera equivocado, pero él no fallaba desde los ciento cincuenta años que llevaba suplantando a su padre. ¿Cómo iba a dudar de él ahora?—. Está bien. Lo haremos a mi manera.

Adam no sabía lo que quería decir eso, pero al menos era un avance.

—Te llevarás a Ruth cuando yo lo diga —dejó claro As.

—No hay tiempo, As. Subo y me la llevo.

—Ni hablar, y menos ahora, delante de Aileen, Daanna y María. No te dejarán. Tenemos que hacerlo con sutileza. Y que te quede claro que ni siquiera yo estoy de acuerdo con esto. No la vas a sacar de la ciudad. La llevarás a un lugar seguro y...

—Va a estar en el sótano de mi casa. No saldrá de ahí.

—Si la tocas o le haces daño...

—Si intenta matarme, se lo haré. O ella, o todos los demás. Además, no me contestaste aún: ¿por qué ha venido hoy a tu casa?

As dudó en contarle la nueva revelación. Si lo hacía, Adam creería en todas sus, —por el momento—, suposiciones sobre ella, y eso sería como poner a Ruth en la guillotina. Una Ruth humana e inofensiva para Adam supondría menos amenaza que una Ruth con dones y poderes. Mejor no decírselo.

—Ha venido a vernos. Yo se lo he pedido. María preguntaba por ella, y Aileen la ha traído —mentía.

Adam entornó los ojos. No lo creía.

—¿Cuántos saben lo que tú piensas de ella? —preguntó As visiblemente afectado.

—No le he enseñado a nadie la profecía de mi padre. Tampoco le he hablado a nadie de mi sueño, excepto a Noah. Él es el único que sabe lo que me sucede con ella.

[5] Leder: en noruego significa "líder".

—Nadie debe saberlo. Nadie. Si supieran que hay una profecía en la que dices que te matan y que eso provoca el caos, irán definitivamente a por tu supuesta asesina. Eres muy apreciado en el clan. Ruth no tendría ninguna posibilidad.

—No debería tenerla. Pero sólo porque tú crees en ella, le daré esa oportunidad.

—Se la vas a dar. Es una orden. Y mientras esté en tu casa quiero a Noah contigo.

—¿Por qué, *leder?* ¿No te fías de mí? —gruñó.

—Ruth es la mejor amiga de mi nieta, Adam —se cruzó de brazos—. Y me cae bien. Se supone que tenemos un sexto sentido para eso, percibimos las intenciones de los humanos y yo no siento que ella sea un peligro. No se la puede acusar así como así. Me tomo muy en serio lo que ves y lo que profetizas, pero estamos hablando de esa chica, y ella no me parece el Apocalipsis.

—Torres más altas han caído —musitó desafiándolo—. Es como una loba disfrazada de corderito, As. Pensé que eras más listo.

—Cuidado, Adam. Tú tienes más de lobo que ella. —Exhaló el aire como si estuviera cansado—. Pero sé que tus profecías siempre tienen algo de verdad, por eso voy a dejarla a tu cargo, sólo hasta comprobar que ella es inocente.

Adam ladeó la cabeza.

—No me voy a equivocar. ¿Cuándo la puedo arrestar?

—No se trata de arrestarla —gruñó apretando los dientes. Aquella palabra era horrible—. No la vas a arrestar. Simplemente la confinarás un tiempo, ya está. Hasta ahora, Ruth no ha hecho nada que haga que dudes de ella.

—Está aquí, ¿no?

—Sí —refunfuñó As cada vez más irritado. Odiaba que Adam tuviera razón—. Mira, déjame averiguar qué tienen planeado hacer las mujeres, y yo te informaré para que la puedas...Raptar.

—Joder... —era un rapto en toda regla, no lo podía maquillar—. Pero debes ser discreto, Adam. Yo hablaré con María, y si puedo la haré mi cómplice. Esto —lo señaló con el índice—, puede hacer que ella se disguste conmigo. Deseo que estés en un error, Adam.

—No tengas esperanzas. Os habéis encariñado con esa chica y no entiendo por qué.

—Ni yo entiendo por qué tú pareces odiarla.

—Bueno, ella acaba conmigo. ¿No es suficiente?

As miró a Adam con atención. Era frío. Duro. Impenetrable y sarcástico. Pero era un hombre joven al que le quedaba mucho por dar y ofrecer, sin embargo no tenía luz alrededor, y la poca que le quedaba, se la habían arrebatado hacía casi siete años. Sintió pena por ese joven que acarreaba demasiado peso sobre sus hombros. Creería que era un hombre sin corazón, si no fuera porque estaba convencido de que Adam luchaba más por seguir protegiendo a sus pequeños sobrinos, que por su vida. Ellos eran el corazón de Adam. Y sin embargo, su experiencia también le decía que había algo más...

—Adam —susurró—. ¿Estás realmente seguro de lo que dices?

—Completamente.

—Esto hará daño a mi nieta y a mi pareja, sin mencionar que Ruth es la protegida de Caleb. No quiero volver a enemistarme con él. Hace poco que vanirios y berserkers hemos reiniciado relaciones y si descubre que...

—Sólo será hasta que pase la fecha señalada. Después, desgraciadamente, todo se aclarará. Todos nos alegraremos de habernos librado de ella, As.

—No hables así. No todos —replicó contrariado—. Llamaré a Noah y me aseguraré de que te vigile.

Adam tuvo ganas de echarse a reír.

—Joder, As, es a ella a quien se debe vigilar.

—Adam, por tu actitud no te dejaría a solas con Ruth ni siquiera un minuto. Ahora vete, y en cuanto sepa cuáles son los planes, te llamaré.

Adam asintió y se dirigió hacia la puerta, mirando de reojo la escalera.

—Y, Adam —lo llamó con la cara abatida—, si tan convencido estabas de que tenías razón, no entiendo por qué has estado tanto tiempo sin mencionarme nada sobre el peligro que Ruth se supone que va a traernos.

—Ya te he dicho que la tenía controlada. No lo creí necesario.

—Me importa una mierda lo que tú creías. Ojalá que no, pero si lo que dices es cierto, has cometido un acto de irresponsabilidad hacia el clan.

—La profecía era personal, iba dirigida a mí —quería darle una explicación convincente que ni él mismo se creía.

—Si tu destino salpica al destino del resto, entonces también nos concierne. ¡¿Por qué cojones no me lo has dicho antes?! —As tenía todo el cuerpo en tensión intentando no alzar la voz para que las chicas no lo oyeran—. ¿No será porque tú tampoco quieres creerlo?

Adam echó los hombros hacia atrás y le sonrió desdeñosamente.

—¿Y por qué no iba a querer creerlo? Ruth es una golfa que no significa nada para mí. Vosotros sí que la queréis, por razones que no logro entender. Ella os ha estado engañando, a mí no. Yo he sido lo suficientemente listo como para mantenerme alejado.

—No te creo, Adam. Y no la conoces para juzgarla de ese modo. Creo que deberías dejar ese recelo que tienes hacia las mu...

—No hay nada que tengas que creer. Las cosas son así —gruñó desde la puerta.

—Huelo tus hormonas, Adam. No estás alterado por María, pues es mi mujer, ni por Daanna, que es una vaniria, ni por Aileen, que ya está emparejada..., estás así por la humana. Por Ruth. No has dicho nada a nadie porque así nadie podría hacerle daño. Tampoco lo quieres creer. Tú también la proteges, amigo.

—Vete a la mierda, As. Y si hay alguien con quien Ruth no está para nada segura, es conmigo. No soy su protector. Soy su pesadilla —cerró la puerta de un portazo.

As estaba un tanto confundido, pero sabía lo que le pasaba al berserker. Mirando la puerta cerrada, su intranquilidad aumentó. Adam era peligroso en estado normal, pero si las hormonas se le disparaban como había notado, y la responsable era Ruth, entonces la joven no iba a estar segura con él bajo ninguna circunstancia.

¿Pero en qué lío se había metido?

Daanna aterrizó en el jardín de la casa que compartían Gabriel y Ruth en Notting Hill. Para ella era tan extraño visitar y tener relaciones con humanos como ellos... Siempre la habían apartado del trato con los demás, y estaba cansada de tantas restricciones.

Se apartó la melena negra de la cara, y saludó con la cabeza a los vanirios que permanecían en los coches vigilando a su nuevos amigos. Porque ellos eran amigos suyos, ¿verdad? Sí, lo eran. Sonreía cuando pensaba en ellos, y eso era buena señal.

Ruth y Gabriel tenían a un buen grupo de vigías pendiente de todos sus movimientos. Tanto berserkers como vanirios. Los dos humanos se habían convertido en piezas importantes dentro de los clanes, y debían protegerlos.

Gabriel tenía la música muy alta. No podía trabajar sin ella, y allí, en Notting Hill, no era nada extraño oír melodías hasta altas horas de la madrugada. Notting Hill era uno de sus barrios favoritos. Era pintoresco y estaba lleno de ritmo y alegría. Aunque a ella esas palabras ya no le recordaban a nada.

De fondo sonaba la canción de Madonna *The power of goodbye.* Sonrió con tristeza. Qué melancólico. Esa era una de sus canciones favoritas, una que daba sentido a su alma destrozada. Desde el día en que nació, su clan *keltoi* la había señalado como la elegida para cumplir una extraña profecía, una relacionada con puertas que se abren y se cierran. Nadie sabía cuando llegaba la profecía, pero la cuidaban y la veneraban como si ella tuviera algo importante que decir o hacer de cara a la humanidad. Ella no tenía nada especial. Nada en absoluto. Sí, era muy hermosa y tenía poder, pero no entendía por qué la valoraban tanto, a sabidas cuentas de que, hasta ahora, ni la profecía se había cumplido ni ella tampoco había desarrollado nada especial que hiciera pensar que era más poderosa que los demás. No. Ella no había tenido ningún poder nunca. Era elegante en la lucha, ágil y fuerte, y tenía los mismos dones mágicos que el resto, pero nada más. Lo único que la había hecho especial desapareció miles de años atrás, cuando la transformaron.

Miró hacia la puerta, sintió una presencia absorbente, y se encontró con alguien que hubiera deseado no ver.

Ahí estaba Menw McCloud.

Apoyado en el arco de la entrada, con los brazos cruzados y repasándola de arriba abajo con la mirada más clara y azul que había visto en su vida inmortal. Vestido todo de negro, con camiseta y tejanos oscuros, y una cazadora de motorista negra de piel. Siempre tan guapo. Siempre tan sexy. Y a ella siempre la trastornaba eso.

Daanna gruñó, quería gritarle y decirle que la dejara vivir tranquila. Pero eso era imposible. Menw disfrutaba acechándola y persiguiéndola. Un juego al que llevaban jugando demasiado tiempo.

El vanirio se incorporó, y relajó los brazos dejándolos reposados al lado de las caderas.

Los ojos verdes de Daanna destelleaban relámpagos de furia, y Menw sabía perfectamente que siempre que lo miraba, sus ojos verdes se aclaraban y se volvían casi amarillos. Rabia, ira, dolor, y... deseo. Todo eso lo provocaba él, y aunque la mayoría no eran sensaciones agradables se alegraba de no ser indiferente para ella.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Daanna en tono desdeñoso.

—Buenas noches a ti también.

—¿Qué-haces-aquí? —repitió malhumorada.

—Hacerme cargo de ti. Ya que tú no le das importancia a tu bienestar, alguien tendrá que hacerse responsable de tus actos —señaló como quien no le da importancia a nada.

—Oigo llover. ¿Vienes a molestarme, entonces?

Menw apretó la mandíbula. Esa mujer le estaba arrancando la vida poco a poco. Siempre a la defensiva.

—Ya sabes que hay miembros de la secta que tienen especial interés en ti. No estás segura. Hay una guerra declarada, Daanna.

—Ya, ¿y tú vas a cuidar de mí? —Pasó por su lado y alzó la mano para tocar al timbre de la casa, pero Menw la tomó de la muñeca a medio camino. Daanna levantó una ceja y miró como los dedos enormes del vanirio se cerraban como una esposa sobre su piel. Para tener el pelo rubio, la piel de Menw era bronceada. No blanquita como la de ella. Vaya contraste hacían los dos—. No tienes derecho a tocarme —siseó como una serpiente. Con una orden mental hizo sonar el timbre de la casa, sabiéndose ganadora en ese pequeño interludio.

—Maldita sea, Daanna —dijo él exasperado—. ¿Cuándo vas a...?

—¿A qué? Cuidado con lo que preguntas, no creo que quieras saber la respuesta.

—Daanna, no es bueno seguir así. —Estaba triste, y a la vez su mirada era furiosa y helada—. ¿Vamos a detener esto alguna vez?

—Nunca —sentenció como un latigazo, perdiendo la altivez y el *savoir faire* que siempre le

precedían—. Nunca. Te lo he dicho tantas veces... y tú no me quieres hacer caso.

Menw frotó la muñeca de Daanna con suavidad. Sus ojos azules estaban atormentados y mostraban una desvalidez que jamás lucía en su mirada. No desde que era un vanirio.

Daanna se obligó a parecer impertérrita e indiferente ante la súplica en los enormes ojos de Menw.

—¡Ya voy! —gritó la voz de Gabriel a lo lejos.

Ella tiró de la muñeca.

—Suéltame —le ordenó.

Menw alzó la mirada al cielo y tragó saliva. Un gesto de inseguridad extraño en él.

—Estoy cansado, Daanna —susurró Menw mirándola finalmente a los ojos—. Es mucho tiempo el que llevo así, esperando. Años, décadas, siglos.

Daanna de repente le prestó atención. Había una nota derrotista en su voz, una melodía fatídica y resolutiva, y aquello no le gustó. Pero no dijo nada. Ya se le pasaría la rabieta.

Llevaban tanto tiempo con ese rol que ya le parecía que su relación había seguido ese camino siempre. Sin embargo, en el fondo de su corazón, sabía que no era verdad. Hubo un tiempo, hace mucho, en el que ella y Menw eran inseparables. Eran uno. Pero ese tiempo pasó cuando Menw cometió aquella atrocidad, alejándola de su lado para siempre, rompiéndole en mil pedazos el corazón.

Los trocitos que quedaban eran tan pequeños que ya apenas sentía un latido uniforme. Estaba muerta. Muerta en vida, y aquello no podía continuar así. La llegada de Aileen lo había cambiado todo. Ella quería tener la libertad que su amiga y cuñada había encontrado, quería lo que Aileen había conseguido con su hermano Caleb.

Nunca podría confiar en Menw, no después de aquello, pero su tiempo de lamerse las heridas debía finalizar.

A lo mejor, Menw no era el único para ella. Iba a desafiar a Freyja. Lo tenía decidido, llevaba pensándolo mucho tiempo.

—Daanna, ¿quieres de verdad que me vaya? —Menw miró a la puerta, esperando visualizar a aquel joven humano que estaba enamorado de su vaniria. Enamorado hasta las cejas. Y ella lo sabía, no era tan tonta como para no verlo. Pero Daanna era su vaniria. Suya. *Mi Daanna.*

—Quiero que me sueltes la mano y que me dejes tranquila, en paz. ¿Entiendes eso? Llevo pidiéndotelo una eternidad y tú insistes en hacerte el sordo. Vete, por favor. Desaparece de una vez y déjame respirar —lo dijo con una voz carente de emoción. Estaba echándolo de su vida, despachándolo, y lo hacía como si le estuviera dando la hora. Se había acostumbrado a hacerlo.

Menw la miró a los ojos. Aquello dolía más que nunca. Sabía que ya era tarde para él, el tiempo se le acababa y nadie lo percibía, sólo su hermano Cahal.

Cahal no entendía por qué Menw no la hacía suya. Todos lo sabían. Ellos dos se pertenecían. Para Cahal sería fácil colgársela al hombro y poseerla en cuerpo y mente, como haría un vanirio. Como hacían ellos en su clan. Los celtas eran muy posesivos con sus mujeres.

Pero para Menw, no era tan sencillo ¿Qué eran el cuerpo y la mente cuando ya no tenía un corazón que dar? ¿Cuando ni siquiera Daanna abrigaba una emoción cariñosa hacia él? ¿Cuando el solo acto de sentir que la tocaba, hacía que a ella se le erizara la piel por la repulsión?

Hizo un gesto de dolor con la cara. Los incisivos se le alargaron porque tenía ganas de luchar con ella, de decirle que ya era suficiente. Suficiente de desaires, de dolor y de no calmar la necesidad de tocarse el uno al otro. Pero por ella detuvo al animal interior. Ella, su alma, no se lo merecía.

Le estudió el rostro. Un rostro de líneas elegantes, tan bien cincelado, tan bien conocido que incluso podría decir el número de pestañas que ensombrecían los ojos esmeralda de aquella

espléndida belleza. El ángulo exacto de su barbilla, la forma de sus pómulos, la voluptuosidad de sus labios, el arco de sus cejas... un rostro que era el hogar para él y que cerraba sus puertas. Definitivamente. Una cara que él ya no hacía sonreír. Y era tan desesperante... y tan cruel. Paz le pedía. Una paz que él ya no tenía.

Daanna tragó saliva, y observó el tormento que se cernía sobre Menw. ¿A qué venía tanto melodrama?

—Bien —asintió soltándole la muñeca con lentitud. Agachó la cabeza y su pelo cubrió unas lágrimas que ella nunca vería. Llegaba su momento y su decisión, y la tomaría por ella—. Adiós, *mo leanabh*[6]. —Intentó sonreír pero la pena no le dejó. Dio un salto y desapareció entre las nubes más claras que cubrían el cielo nocturno. Alejándose de ella.

Daanna miró al techo estelar buscando el cuerpo de Menw. ¿Qué había pasado ahí? Se sintió extraña y con un nudo en la garganta que no la dejaba tragar. Tenía ganas de llorar. Siempre que lo veía partir, el dolor se atrincheraba en su corazón y se acurrucaba partiéndole el alma.

—¿Daanna? —Gabriel la miraba desde la puerta. Siguió los ojos de la vaniria y no vio nada—. ¿Va a nevar hoy? —preguntó con una sonrisa.

—¿Qué? —Daanna se aclaró la garganta que sentía cerrada, y miró a Gabriel.

—¿Hay algo ahí arriba que sea interesante? —volvió a preguntar. ‹‹Menw››, pensó ella abatida.

—No, nada. —Sonrió sin que el gesto le llegara a los ojos, como hacía siempre—. Me envían a hacer una maleta para Ruth.

—¿Ella está bien? —La invitó a entrar y cerró la puerta.

—Sí, estupendamente —murmuró. ¿Por qué Menw se había comportado así?—. Se quedará en casa de As un tiempo.

—¿Por qué?

—Porque Ruth tiene algo especial y hay que enseñarle a controlarlo.

—¿Es que todos son especiales menos yo? Déjame adivinar. Es la mujer biónica y lo acaba de descubrir ahora.

—¿Quién es la mujer biónica?

—Nadie, da igual. Mis dos mejores amigas son unas frikies —contestó cansado—. ¿Y yo voy a estar aquí solo?

Daanna lo miró y levantó una ceja. Uno de esos pocos gestos naturales y espontáneos que aún conservaba.

—Por tu tono seguro que estás muy desilusionado. —Subió las escaleras, dirigiéndose a la habitación de su amiga.

—Profundamente —disimuló Gabriel.

—Mentiroso. —Abrió la puerta de su habitación y se fue directa al armario.

—Por fin podré traerme a mis ligues aquí. Viviendo con Ruth parecía que éramos una pareja y no se me acercaban mucho.

—¿Tú... tienes ligues? —lo miró por encima del hombro

—Claro. —Le guiñó uno de sus ojos azules oscuros.

—Mujeres.

—¿Me lo estás preguntando? —dijo ofendido—. Acabas de matar mi hombría.

—Sólo preguntaba.

—Daanna... —dudó y se pasó la mano por el pelo rubio y rizado. Los rizos salieron disparados

[6] Mo leanabh: en gaélico significa “mi niña”.

hacia todos lados— Yo... ¿te parezco guapo?

Daanna metía la ropa de Ruth en la maleta con una presteza y una velocidad sobrenatural. Se detuvo para mirarlo y darle un repaso.

—¿Me lo estás preguntando? —repitió.

—Sí.

Cerró la maleta. Lo observó detenidamente, como si fuera un cuadro de Picasso. Gabriel era un chico alto, con un pelo hermoso que recordaba a los príncipes de dibujos Disney, las cejas bien delineadas, la nariz patricia, los labios gruesos y unos ojos enormes claros y muy vivos. No era para nada un hombre feo. Tenía unos hombros anchos y parecía que iba a menudo al gimnasio a tenor de los bíceps que lucía.

—Creo que eres guapo —asintió—. ¿Por qué?

—Porque si se lo pregunto a Ruth y a Aileen, ellas siempre me acaban tomando el pelo. Tú eres sincera, ¿verdad? —se veía esperanzado e inseguro.

—Sí.

—Bien. Quería saber lo que tú pensabas.

—Ah —no le dio importancia.

—Antes me dijiste que me dejara el pelo largo.

—Tienes un pelo muy bonito. —Lo volvió a estudiar—. ¿Ya te lo puedes recoger casi con una coleta?

—Sí, casi —sonrió—. ¿Sería un atrevido si te invitara a salir? —se lo soltó de sopetón. Era mejor así, menos nervios se pasaban.

—¿Estás ligando conmigo, Gab?

—¿Funciona?

—No. Conmigo, no —le dijo sinceramente.

—Claro, tú ya estás pedida.

Daanna sintió uno de los apretujones en el corazón que le recordaban que estaba herida y rota por dentro.

—No lo estoy —contestó ella. Tenía que sobrevivir a eso. Debía intentarlo.

—Creo que Menw me mataría por habértelo preguntado. Sé que eres de él y...

Aquello fue el detonante.

—Escúchame bien. Menw no es mi dueño y aquí no tiene nada que hacer. Me pareces un chico guapo y atractivo, lo que pasa es que no estoy acostumbrada a que me inviten a salir —reconoció echando los hombros hacia atrás—. No me han dado mucho espacio hasta ahora.

Gabriel la miró de arriba abajo, y sonrió. Él nunca reía abiertamente, sólo alzaba una de las comisuras de sus gruesos labios. Que a una belleza tan espectacular como la vaniria le negaran el derecho de pasarlo bien y volver loco a medio mundo era un delito.

—¿Eso qué quiere decir?

—Que sí, acepto. Claro, salgamos —respondió más animada. Se quedó pálido y luego, enrojeció como un tomate. Daanna pensó que era adorable, como un niñito.

—Oye, llámame. Tienes mi teléfono, ¿verdad? —se apresuró ella cogiendo la maleta.

Gabriel asintió como un robot.

—Entonces espero tu llamada. —Se encaramó al balcón y le sonrió—. Adiós, Gab. —Saltó y su cuerpo desapareció entre las nubes.

Gabriel miró la habitación que ahora estaba vacía sin la presencia de aquella hermosa vaniria. Por fin se había atrevido a pedirle una cita a Daanna. Bien, ahora sólo hacía falta que no hiciera el ridículo con ella. Alzó los puños y gritó de alegría.

María se acercó a Ruth con una túnica de color blanca en las manos. Larga y suave como la seda, relucía si la luz de la luna que entraba por el balcón la alumbraba. Ruth frotó la tela entre los dedos.

—¿Qué es esto? —preguntó admirando la facturación de la prenda.

—Debes ponértela —contestó María sentándose a su lado—. Esta noche vamos a ir a un lugar muy especial, y con esta prenda das a entender tu pureza y muestras tu respeto.

—¿A qué lugar vas a llevarme? ¿A quién debo mostrar respeto? —Ya lo verás. Hoy nacerás de nuevo, cariño.

Ruth frunció el ceño. Aileen ya no estaba. Había llegado Caleb, y ahora hacía rato que estaban hablando con As sobre la revelación de María. Ruth era la única que no sabía qué estaba sucediendo a su alrededor.

—Necesito que me lo cuentes todo —le rogó a María—. No estoy asustada, no está en mi naturaleza. Pero soy muy curiosa y necesito controlar lo que pasa a mi alrededor.

—Está bien —dijo palmeando su mano con cariño—. Quería que te relajaras para poder contarte todo esto.

—María, estoy bien, de verdad. Sólo quiero sinceridad.

—¿Tengo toda tu atención, entonces? ¿Con la mente absolutamente abierta?

—No hay un humano en la tierra que pueda tener una mente más abierta que yo en estos momentos —sonrió resignada. Se colocó la túnica blanca, y la seda rozó toda su piel poniéndole el vello de punta. Maravillada al notar su suavidad, se echó la melena caoba sobre un hombro y se centró en María—. Adelante.

María asintió.

—Mi linaje proviene de siglos ancestrales, Ruth. Provengo de un grupo de altas sacerdotisas. Por mi sangre corre sabiduría de miles de años atrás.

—¿Qué sacerdotisas? ¿Quiénes son las sacerdotisas?

—Ah, las sacerdotisas —sonrió soñadora—. Hubo un tiempo en el que existía un grupo de mujeres que concebían al poder creador del universo, al cual vosotros llamáis Dios, como si fuera una fuerza femenina capaz de generar cambios. Esa fuerza llena de amor, de armonía, de fertilidad e inteligencia, es eterna, y aporta equilibrio y orden en el cosmos. Esa fuerza es llamada la Gran Diosa. Una fuerza que está por encima de otros dioses. Una fuerza que lo es todo.

Ruth permanecía atenta a las palabras de María. ¿La Gran Diosa?

—Este grupo de mujeres —prosiguió María— aprendió a canalizar esa energía y a utilizarla por el bien de la humanidad. Eran mujeres sabias, con dones excepcionales. Hablaban con la naturaleza, con los animales, con los elementos... Predecían el destino y cambiaban su curso en beneficio de los demás. Ellas salvaron a los humanos durante mucho, mucho tiempo — María tenía los ojos llorosos, perdida en sus recuerdos—. Pero el hombre, celoso y temeroso del poder de la mujer, manchó la imagen de las sacerdotisas, y fueron terriblemente asediadas. El mundo se volvió masculino y cruel. Al llegar y triunfar las religiones patriarcales, todas ellas en favor del poder del hombre, la Diosa y todo aquello que pudiera representarla fueron perseguidos y caracterizados en todos sitios como si fueran malignos. ¿Como... una caza de brujas?

—¡Fue una caza de brujas! —confirmó María con solemnidad—. Decían de nosotras que éramos adoradoras del Demonio. Que éramos viejas y horribles. ¿Nosotras? ¿Viejas y horribles? ¿Adoradoras del Demonio? No creemos en él, así que no podemos adorarlo. Es absurdo —refunfuñó—. Asustadas por nuestro destino, algunas decidieron ocultarse y trabajar en silencio. Muchas de ellas están trabajando codo con codo para echar una mano a las que se quedaron en representación de la Diosa

en la tierra. Yo, y las mujeres que vendrán de aquí un rato, somos descendientes de esas mujeres. Ahora estás en el punto de mira, pequeña.

Ruth se apretó las sienes con los dedos y cerró los ojos intentando concentrarse en las palabras de María.

—¿Me vigilan? —siseó la joven irritada.

—Ruth, eres especial ¿entiendes? —se levantó y sacó un libro enorme de un cajón. Pasó la mano por encima, acariciando el lomo con ternura. Cuando volvió a sentarse al lado de Ruth, María le ofreció el libro—. Ábrelo.

Ruth obedeció, y ante ella aparecieron mujeres retratadas en todo tipo de ambientes. Espacios naturales abiertos, lugares bucólicos, crípticos... Cada mujer parecía hacer una cosa diferente. En la primera página había dos mujeres, a cuál más hermosa. Una de ellas de largo pelo rojo, estaba subida en un carro de oro que era arrastrado por un par de vacas. Llevaba un vestido blanco que ondeaba a su alrededor. La otra, de una impresionante melena rubia y lisa, parecía un ángel sensual, y acariciaba a dos inmensos gatos —si es que eran gatos y no tigres— mientras sonreía y miraba con orgullo a la del pelo rojo. Al pasar página, apareció una nueva mujer; ésta tenía una copa dorada en las manos y la ofrecía a aquel que viera el libro. Luego aparecían muchas otras; una acariciaba a una lechuza, la otra tenía una serpiente enroscada en la cintura. Pasó página; otra más estaba semidesnuda y levantaba los brazos hacia el cielo como si invocara a algo o a alguien que no podía ver. Aquellas hembras eran todas diferentes, de rasgos, de ojos, de color de pelo y de tez. Sin embargo, vestían con la misma túnica roja. Otra miraba desafiante hacia Ruth, con un libro en mano y una sonrisa en los labios.

—¿Qué es esto? —susurró Ruth. Los retratos eran tan reales que Ruth pensaba que tarde o temprano iban a saltar de las páginas y a correr por la habitación—. ¿Quiénes son esas mujeres?

—Este es *El libro de la Sacerdotisa*. Lo cedió Myrian, la primera sacerdotisa elegida, a la primera generación de iniciadas. Fue un regalo de la Diosa. En él están dibujadas todas las mujeres que han sido bendecidas con su don. Todas ellas son sacerdotisas. Como tú. Como yo.

—María… quiero creer en lo que dices, de verdad, pero…

—La Diosa, ese poder que conecta toda nuestra realidad —la cortó levantando la mano para que no la interrumpiera—, se sirve de estas mujeres especiales para mantener un equilibrio y representar el bien en la tierra. Desde tiempos ancestrales ha habido sacerdotisas en todas las culturas. Mujeres sabias a las que se les obedecía; mujeres que eran oráculos, que meditaban en templos; que eran magas y maestras; mujeres sanadoras, mujeres médiums… Maria Magdalena, Morgana, Lillith. Helena de Troya, Hipólita…—A cada tipo de mujer, Maria señalaba un dibujo del libro que retrataba lo que quería decir—. Todas esas mujeres se dedicaron a trabajar para la luz, ofreciendo su don a la causa. La Diosa las elige. Como a ti. —Sonrió y se encogió de hombros—. Como a mi. Cuanto antes entiendas esto, Ruth, más fácil será que reconozcas tu naturaleza.

—¿Quién las dibuja? —arqueó las cejas. No era que no creyera en María, sencillamente no creía que ella misma fuera tan especial. Sus padres nunca creyeron que su don fuera bueno, de hecho, nunca creyeron en ella. Ahora, aquella mujer la miraba con reconocimiento esperando a que Ruth dijera… ¿Qué quería que dijera?

—Los retratos salen solos. Las nornas[7] los dibujan. Este libro es…

—¡A, claro! Mis amigas las normas —contestó sarcástica como si las conociera— ¿Cómo no?

—Oye te lo estoy explicando. La Diosa dota a todas las mujeres con los dones. Las normas, que son para tu información las señoras del destino, las dibujan aquí.

—Fantástico. ¿Y tú donde estas? No te veo en las páginas.

[7] Las nornas son las parcas de la mitología escandinava. Son tres, y tejen el destino.

—Hay dos tipos de sacerdotisas; las humanas, más conocidas como matronae, y aquellas que la Diosa elige como constantes, aquellas a quienes le da el don de la inmortalidad.

—¿Tú eres inmortal?

—Lo soy, pero no porque la Diosa me haya dado el don. En mi caso ha sido As quien me lo está regalando. Pero eso te lo explicaré en otro momento. Las constantes necesitan a las matronae como apoyo, necesitan a personas como las sacerdotisas que vendrán ahora y que son como yo.

—Tú eres una matronae.

—Sí.

—¿Y yo qué soy? —preguntó incrédula.

—No me gusta nada tu tono. —Los ojos oscuros de la mujer la censuraron—. Las páginas de este libro están hechas con los hilos que las *nornas* utilizan para tejer el destino. Lo que hay en *El libro de la Sacerdotisa* es verdad. Deberías respetar que...

—¿Y qué quieres que diga? —Se levantó de la cama, gesticulando con los brazos—. Creo que no puedo con esto. Mi problema es que oigo voces. ¿Acaso eso no se llama esquizofrenia y paranoia? Tú quieres hacerme creer que... —resopló poniendo los ojos en blanco—. Mi marca no tiene que decir nada. Hay gente que tiene marcas de frambuesas, o corazones o... Yo misma tengo uno de esos caprichos en forma de corazón en el trasero —notaba que se estaba desquiciando—. Definitivamente necesito mis pastillas.

—¡Maldita sea, Ruth! —el genio de María estalló—. Basta. Ya es suficiente, chica. Te estoy dando la oportunidad de que creas en ti.

—¡Por eso, María! No puedo creerlo. Llevo toda mi vida pensando que soy un despojo, que me falta un tornillo, que estoy maldita. ¿Y tú quieres que crea que no es así? —la voz le tembló. Intentó tranquilizarse—. ¿Que lo que me sucede es bueno? ¿Un don divino? ¿De... la Diosa? Es demasiado bueno para ser verdad, ¿no lo entiendes? Querría decir que no estoy loca y llevo asumiendo eso durante muchísimos años. —Se iba a echar a llorar.

—Sí. Créelo. No estás loca —la animó.

—Demuéstramelo —la instó Ruth cruzándose de brazos—. Dices que en ese libro aparecen todas las mujeres que fueron tocadas por la Diosa. ¿Dónde estoy yo?

—Todavía no eres una sacerdotisa. No has recibido el bautismo. Hasta que no lo pases no sabemos si eres una constante o una matronae. Si eres una constante, aparecerás en el libro, si eres como yo, no lo harás, pero creo que lo tuyo es fuerte, Ruth. Las sacerdotisas lo leyeron en las runas.

—¡Mierda! ¡Mierda y más mierda, María! —Se dio media vuelta para salir de la habitación.

—No se te ocurra salir de aquí, muchacha —sugirió María en tono amenazador.

—Déjame tranquila. —Seguía dirigiéndose hacia la puerta—. Me vuelvo a Barcelona.

—Claro. Vete. ¡Vete a emborracharte, a beber, a olvidar! ¡Ve a la farmacia y compra todas esas pastillas que te nublan la razón! Acalla a todos aquellos que te piden ayuda. Hazte la sorda y la indiferente.

—No te atrevas, María. —Ruth tenía ganas de gritarle que ella no era cobarde ni indiferente. Que por no ser indiferente pasaba ese calvario. No estaba dispuesta a que jugaran con ella y le dieran la esperanza de creer que estaba sana.

—Si le das la espalda a esto, Ruth, te estarás negando a ti misma. Cobarde niña asustada. —Cuando vio que la chica se detenía, prosiguió. Ruth tenía orgullo y no le gustaba que nadie la rebajara. Así llamaría su atención—. Le estarás dando la razón a tus padres, a los médicos que no te conocían, a todos aquellos que temían que tú pudieras ver y oír cosas que ellos no podían. A todos los que te hundieron y te dieron la espalda. Ellos ganarán, Ruth. Tu alma, tus principios, tu conciencia... no te quedará nada. ¿Quieres eso?

Ruth apretó los puños con tanta fuerza que sus brazos temblaron de la tensión.

—No sabes por lo que he pasado. No puedes hablar de ello con tanta ligereza —gruñó más que habló.

—Ya lo sé, Ruth. —María la rodeó y la tomó de la barbilla—. Pero si le das la espalda a esto, es justamente lo que harás. Me negarás a mí, negarás a Daanna y a Aileen, negarás a todo este mundo nuevo y mágico que te rodea. Los humanos tienen miedo de estos mundos. Cuando alguien se levanta y dice que puede hacer algo especial, la misma envidia y el temor de que puedas ser mejor que ellos les hacen crueles y desean que tú sucumbas a la misma miseria que ellos. Es la naturaleza humana, el mundo de los egos. Tú eras el clavo que sobresalía y te dieron un martillazo, Ruth. Te hacen creer que algo va mal contigo y así se sienten mejor. Nos ha sucedido a todas. El camino de la Diosa no es fácil, cariño. Pero en ti hay una fuerza llena de luz, Ruth. No la apagues. Hay muchos que esperan que los ilumines.

—María, no es justo lo que me haces. Lo que dices es muy bonito y me ilusiona... —Sus ojos se humedecieron—. Pero seguro que me caeré otra vez cuando vuelva a la realidad. Si resulta que no soy quién creéis que soy, no sé si podré levantarme de nuevo.

—Te levantarás porque es lo que has hecho toda tu vida. Eres una guerrera. Ésta es tu realidad —María le limpió las lágrimas con los pulgares—. Viniste a nosotros, Ruth. Vamos, cálmate. La Diosa te trajo hasta aquí. Abrázala. Acéptala. Hoy te iniciaremos.

—¿Por qué sabías lo de mi luna? Nadie había visto mi marca. —Se mordió los labios asustada.

—Todas las sacerdotisas tenemos esa señal, ya te lo dije.

—¿Tú la tienes? —sorbió por la nariz.

—Yo la tengo.

—¿Por qué la tenemos ahí, en un lugar tan íntimo?

—Porque la Diosa tiene que ver con la energía creadora. Es la matriz de todo, la que incuba el origen de todo aquello que está destinado a existir, a ser. Por eso está sobre nuestro sexo. Porque somos la cuna, sus mujeres. De nosotras sale la vida. Cuidamos de la vida.

—¿Tienes respuestas para todo?

—Para casi todo. Sí. —Sonrió y unas arruguitas aparecieron en la comisura de sus ojos oscuros.

Ruth miró hacia abajo y divisó las uñas rojas de sus pies. Debía de verse tan infantil, tan inmadura. María, sin embargo, parecía todopoderosa con ese porte tan seguro.

—¿Qué puedo hacer para que creas en mí? —preguntó María dulcemente—. ¿Qué hago para que creas en ti?

—Quiero creer —susurró Ruth acongojada—. De verdad. Pero no sé...

María asintió, le puso las manos a ambos lados de su cara y la acercó a sus labios. Se dieron un beso fraternal, limpio y seco. Luego ambas juntaron sus frentes y María declaró:

—Pase lo que pase, estés donde estés, para siempre, tú serás mi hermana del alma.

Ruth agrandó los ojos, incrédula ante lo que oían sus oídos. Era la misma frase que le dijo a Aileen en casa de Daanna. Exactamente la misma. Daanna la había llamado ‹‹el juramento *Piuthar*››. El juramento de las hermanas que se declaraban las sacerdotisas.

—Pase lo que pase, estés donde estés, para siempre, tú serás mi hermana del alma —susurró Ruth tragándose las lágrimas tal y como hizo aquella vez con Aileen.

María sonrió orgullosa.

—Esas palabras... yo se las dije a Aileen—confesó Ruth un poco contrariada.

—Es el juramento. Necesitas que otra sacerdotisa te lo ofrezca para que se selle correctamente. Supiste pronunciar esas palabras de un modo innato. Tienes la luna sobre tu pubis. Eres una elegida de la Diosa. ¿Me crees ahora?

Ruth dudaba, aunque ya no sabía de qué.

—Por la Diosa, niña. ¿Acaso tengo que bajarme las bragas y enseñarte mi marca para que me creas?

—No hace falta, gracias. —Sonrió con pesar—. ¿Todo esto es cierto, verdad? No tengo más remedio que creer.

—Lo es, cariño. No te engañaría nunca en algo así. Tienes una función, Ruth. Una misión. —Le retiró un mechón de pelo de la cara y se lo colocó detrás de la oreja.

—¿Y cuál es?

—Después de esta noche lo sabrás. Confía en mí.

—Yo creo... creo que sí.

—¿Sí, qué?

—Que te creo. Confío en ti.

—Bien —María por fin recuperó la sonrisa en su rostro—. Prepárate. Vamos a hacer un pequeño viajecito.

CAPÍTULO 06

Cuando María había mencionado que vendrían las demás sacerdotisas, Ruth no se imaginó que fueran ancianas. Las tres mujeres que cuidaban del jardín de la casa de Aileen eran sacerdotisas para estupefacción suya y de su amiga. Aileen todavía estaba sorprendida con la noticia. Su amiga híbrida al final no se había enfadado con María por guardar ese secreto, pero sí que habían tenido una buena discusión. Ahora las aguas volvían a estar tranquilas.

Las sacerdotisas bien podrían haber sido hermanas por su gran parecido. Tenían el pelo blanco y largo, los ojos negros y afables, y facciones marcadas pero muy dulces.

Ambas la miraron y le sonrieron. La más alta de ellas se llamaba Dyra, la gordita que no dejaba de inspeccionarla se llamaba Amaya, y la delgada y bajita, era Tea.

Las tres iban vestidas de rojo, igual que María. Ésta se había cambiado mientras As y ella vociferaban sobre alguna cosa que Ruth no había podido oír debido a que las tres mujeres la acribillaron a preguntas. Que si sabía quiénes eran, que si tenía idea de lo que iba a pasar esa noche, que desde cuándo tenía su don..., y ella sin poder averiguar por qué razón María gritaba de aquella manera a As.

Mientras pasaba esto, Caleb con esos ojos verdes de pecado y su pelo largo y negro, le decía alguna tontería al oído de Aileen, y ésta sonreía y le daba un beso en la boca. Luego él gimió y la cogió de la cintura para llevársela a algún sitio más privado, pero Aileen se negó. Caleb gruñó y ella le enseñó los colmillos, y él sonrió como diciéndole que luego le iba a dar lo suyo. Los ojos lilas de su amiga brillaron ante la expectativa y entonces Ruth se echó a reír, porque Aileen tenía que ser de piedra para decirle a ese pedazo de hombre que no.

Aquella casa parecía un manicomio.

Su cabeza estaba hecha un bombo. No sabía nada. En apenas dos horas, había pasado de ser una lunática al borde de la desesperación a ser una sacerdotisa elegida por la Diosa.

Ahora, en el coche, de camino a ese misterioso lugar, no sabía si aquello era bueno o malo, pero estaba nerviosa y a la vez expectante por lo que iba a depararle la noche.

—¿No oyes nada en estos momentos? —le preguntó Dyra, una de las sacerdotisas, sentada en los asientos de atrás del Hummer de As. Las otras dos iban una a cada lado de ésta.

Ruth las miró por el retrovisor. Ella iba delante sentada de copiloto de María. Los hombres no las podían acompañar porque el ritual estaba vetado para ellos. La Diosa no dejaba participar al sexo masculino en nada que tuviera que ver con ella.

—No. No oigo nada.

—Es muy joven —murmuró Amaya—. ¿María, no crees que es muy joven para el bautismo?

María miró a Ruth de reojo. ¿Era culpabilidad lo que había detectado Ruth en los ojos negros de la mujer? Ruth era bastante empática, y sabía cuando algo no iba bien, y las cosas habían dejado de ir bien desde que María se había discutido con As. ¿Qué había pasado?

—¿Es virgen? —preguntó Tea dándole un repaso.

María volvió la vista a la carretera y no les contestó. Aquel gesto irritó a Ruth. ¿Por qué no decía nada? ¿Por qué no le hablaba a ella para tranquilizarla?

—Bueno, soy joven si me comparáis con vosotras. ¿De qué época sois? ¿Del Paleolítico? —Sus ojos ambarinos sonrieron maliciosos. Ella era así. No aguantaba que la juzgaran.

Las tres mujeres se miraron la una a la otra asombradas por la respuesta de Ruth, y ésta miró a María, que seguía sin decir una palabra.

—Y no. No soy virgen —aclaró—. ¿Es un problema, María? Porque como todavía no sé ni a dónde me lleváis, ni qué me va a pasar, no sé si el hecho de que no tenga himen es un sacrilegio.

—No pasa nada, Ruth —intentó tranquilizarla María—. Tu don no tiene nada que ver con tu virginidad.

—No era así en el pasado —musitó Tea.

—Por suerte, las tradiciones pasadas, se han dejado de llevar —replicó María.

—Entonces, ¿no me cortarán la cabeza? —bromeó Ruth—. ¿No me matarán por ello?

—¡Nadie te hará nada! —contestó María más nerviosa de la cuenta.

Ruth cuadró los hombros y achicó los ojos. Aquello sí que no era normal. Miró por el retrovisor y se tranquilizó al ver que Aileen y Daanna la seguían con el Cayenne rojo de la vaniria. Por si acaso, ellas la protegerían.

—Perdona —susurró María poniéndole una mano sobre la rodilla—. Sólo quiero que dejes de pasarlo mal. Cuanto antes acabemos con esto, antes podrás sentirte mejor.

A Ruth no la convenció, y María lo sabía, y eso la hizo sentirse fatal.

—¿Por qué tú y As os habéis discutido? —preguntó Ruth preocupada—. ¿Tenía que ver conmigo?

—Sólo ha sido una riña sin importancia —contestó ella con arrugas de preocupación en la frente.

—Claro —contestó Ruth. Y una mierda—. Dime al menos a dónde me lleváis —le ordenó la joven—. Y qué es lo que me van a hacer.

Yorkshire. Estaban en Yorkshire.

Nada podría haberla preparado para su bautismo. Absolutamente nada. Era sin lugar a dudas la experiencia más aterradora de su vida. Cuando María le habló de la iniciación, pensó que las palabras iban a jugar un papel importante en ella, pero tardó poco en darse cuenta de lo equivocada que estaba. Las sacerdotisas eran mujeres de acción.

Le habían atado las manos a la espalda con hiedra. Y por mucho que luchaba por desmenuzarla, no podía. Era más fuerte y resistente que una cuerda.

Se habían puesto en filas de dos y María había ordenado a Aileen y a Daanna que la alzaran y la hicieran pasar por encima de sus cabezas, como si fuera un paquete y tuvieran que hacer cadena con ella.

—La iniciada pasa sobre la doble línea de sacerdotisas. Nosotras representamos un falo —había explicado María.

Cuando le explicaron cómo iba a ser su iniciación en el coche, a Ruth por poco no le da un ataque de risa.

—¿Un falo? —repitió con una risa histriónica—. Perdonad, pero no tenéis cara de pene.

Aquella broma había irritado a las sacerdotisas, sin duda. Creían que no se lo estaba tomando en serio, pero sí que lo hacía. A regañadientes, pero lo hacía.

La fuerza de sus amigas había sido brutal. Entre las seis mujeres la llevaban como una virgen a punto de ser sacrificada, y la habían internado en una gruta que simbolizaba el útero de la mujer.

Se encontraban en un lugar muy popular llamado Alum Pot. Eso había leído ella en los paneles informativos de la carretera. Habían subido a una pequeña colina, apartado unos grandes matorrales y despejado con sus manos la entrada al interior de lo que parecía ser un inmenso mundo subterráneo. Aquella cueva era tan grande que su respiración hacía eco. María le había contado que la gran mayoría de las iniciaciones se daban en el interior de las cuevas.

Ahora, en las entrañas de aquel misterioso agujero negro, sin poder moverse ni respirar, recordaba todo lo que le habían hecho.

Siguiendo la iniciación, todas habían oscilado hacia atrás y adelante, como en una procesión, simbolizando el ritmo del acto sexual. Y María dijo: «Ahora».

Y Ruth fue lanzada con fuerza al interior de la cámara en un fin de acto que ella supuso que simbolizaba el clímax del acto sexual. Por supuesto, no hubo un tierno ovario que la acogiese, sino el duro suelo húmedo y mugriento del interior de la cueva en la que se encontraba. El golpe había sido doloroso. No habían pensado en las heridas que podían causarle, y era obvio que estaba magullada. Había caído de lado, en posición fetal. Se golpeó la mejilla duramente contra el suelo y había sentido como el saliente de una roca le había cortado el hombro.

¿Pero es que estaban locas? Podrían haberla matado.

Transcurrieron horas de amarga espera desde que la tiraron allí. Tenía frío, el cuerpo entumecido y la cara llena de churretones y manchada del barro que cubría la superficie de la cueva.

María le había explicado que la iniciación duraba veinticuatro horas, en representación del tiempo que necesitaba el semen, la semilla, en crear una vida.

Necesitaba recordar sus palabras, entender qué era lo que hacía allí. Tenía tanto miedo. Debía concentrarse en su respiración.

‹‹Sí, concéntrate en tu respiración, Ruth››, se decía.

El hatha yoga que practicaba en Londres desde hacía apenas un mes le iba bien para controlar sus nervios. Cahal le había sugerido que se apuntara a uno de sus centros de meditación y salud y practicara así esa disciplina. Y allí estaba ella, intentándolo, pero aquello la sobrepasaba. Era un poco claustrofóbica. Tenía miedo a los lugares cerrados y oscuros. Tenía miedo a aquel lugar. No sabía lo que podía encontrar en él.

—Una vez estés dentro, Ruth —le había sugerido María—, intenta relajarte, intenta meditar. No dejes que tu imaginación te juegue una mala pasada. Sólo ábrete y siente.

Que se abriera. ¿Cómo demonios iba a hacerlo? Seguía en posición fetal en el suelo, le dolían todos los huesos y su cuerpo se convulsionaba del frío que sentía. Los dientes le castañeteaban.

—Y una vez estés en el exterior —concluyó María—, guarda silencio otras veinticuatro horas más. No hables de tu bautismo a nadie. No cuentes nada de lo que eres. Prométemelo. —La abrazó con fuerza.

—Pero..., ¿por qué no?

—Prométemelo, Ruth. —La miró fijamente—. La palabra de una sacerdotisa es irrompible.

—Te lo prometo.

¿Por qué María estaba tan preocupada por ella? ¿Nadie más debía saber sobre lo suyo? ¿Por qué durante un día? Había sentido su miedo y su dubitación, y estaba inquieta por ello. Apretó los ojos con fuerza y se ovilló todavía más al oír los pasos de lo que podría ser una rata justo a la altura de su cabeza. Era algo que se arrastraba. ¿Un gusano? ¿Una serpiente? Y entonces, cuando pensaba que no podía sentirse peor, se le erizó el vello de la nuca.

Señor, aquello sí que era mala señal.

Uno. Dos. Hasta tres pinchazos en las sienes.

—No, por favor... Por favor —gimió ahogando las lágrimas, intentando hundir el rostro entre las rodillas—. Por favor... aquí no.

La piel se le volvió casi escarcha. El suelo se congeló y los pulmones se le llenaron de aire helado. Nadie mejor que ella sabía lo que vendría a continuación. Su maldito don. Ese don que las mujeres que la habían llevado hasta allí consideraban algo de la providencia.

Ese don iba a matarla de miedo.

—¡Maldita sea! ¡Sacadme de aquí! —gritó desgarrándose la garganta—. ¡No quiero estar aquí! ¡Sacadme! Oh Señor...

Apretó los puños con tanta fuerza que no se dio cuenta de que se estaba clavando las uñas en las palmas. Ya venían las respiraciones y los susurros casi herméticos que le llegaban como de otra

dimensión. Ya venían las presencias, el absoluto conocimiento y la entera conciencia de que allí ya no estaba sola. Algo más le acompañaba.

—Bienvenida, Ruth.

Si alguien le hubiera dicho que conjurara la imagen de la perfección, Ruth estaba segura de que era exactamente como aquella sensual y brillante mujer que tenía ante sí vestida con una túnica roja y diáfana. Un halo de luz la envolvía y la llenaba de calidez. Su pelo ondulado y del mismo color llamativo ondeaba atizado por un viento inexistente.

A Ruth le vino a la cabeza la asociación con las ondas invisibles de las que le hablaron alguna que otra vez en las clases de física. Si las hebras rojas de su pelo se movían, debía de ser por esa energía invisible que había a su alrededor. Ondas mágicas.

Ruth dejó de temblar. Dejó de respirar.

La mujer le sonrió con ternura y se agachó para ofrecerle la mano.

—¿Quieres levantarte? —preguntó. Sus ojos, extrañamente verdes, la inspeccionaron con preocupación. Miró su hombro y su mejilla—. Siento que te hayan herido.

—¿Quién eres? —su voz sonó rasposa. Había gritado tanto que le dolía la garganta—. ¿Eres un fantasma?

—¿Crees que lo soy? —Clavó una rodilla en el suelo y la miró directamente a los ojos—. ¿Tan mal aspecto tengo? —pensó extrañada.

—No. Bueno... es que... no lo sé. ¿Lo eres? —tragó saliva.

—No. Tócame si así lo necesitas —levantó una ceja y le ofreció la mano.

—No puedo, estoy atada —contestó moviendo los brazos incómoda.

—Déjame ver —con un movimiento de su mano, la hiedra se deshizo como por arte de magia liberando las muñecas de la joven.

—¿Quién eres? —repitió frotándose la piel cortada—. ¿Jarra Potter? La mujer frunció el ceño como si quisiera recordar ese nombre.

—No conozco a nadie que se llame así.

—Da igual, olvídalo.

La mujer volvió a sonreírle y de nuevo, le ofreció la mano. Ruth, con gesto tembloroso e inseguro, la rozó con la yema de sus estilizados y ahora sucios dedos. La humedad de la cueva había manchado de barro su vestido blanco y toda su piel. Al tocarla sintió que la paz y la calma le invadían. Se sintió bien. A salvo.

—¿Sabes por qué estás aquí? —preguntó ayudándola a levantarse. Su mano suave relucía al lado de la de Ruth.

Ruth tenía tantas preguntas que hacerle que no sabía por dónde empezar.

—Me han dicho que me van a iniciar —contestó ella admirando sus rasgos. Clásicos, elegantes, perfectos. Y, aun así, había algo que no era natural en ella.

—Así es —asintió con orgullo—. Yo te iniciaré. No suelo hacerlo, ¿sabes? Pero este es un caso especial. Tienes un don, Ruth. Eres una sacerdotisa de la Diosa. Mi sacerdotisa —aclaró orgullosa.

—No vas a hacerme nada si no me cuentas antes quién eres realmente y qué se supone que me va a provocar la iniciación. —Levantó la barbilla. Una vez había pasado el miedo, regresaba su valor y su sentido común—. ¿De dónde demonios has salido? ¿Tú eres la... Diosa? —la miró de arriba abajo.

La mujer puso los ojos en blanco y caminó haciendo círculos a su alrededor.

—Si te lo cuento todo, no habrá marcha atrás. —Ignoró su pregunta—. Si luego no aceptas tu cometido, no tendrás mi protección e irán a por ti. Te matarán a los pocos días.

—¿Es una amenaza para que acepte a ciegas?

—Es una advertencia, Ruth. No pelees conmigo, no soy tu enemiga. ¿Quieres que te ayude a entender lo que te sucede? ¿Quieres que te enseñe a controlarlo?

—Ayúdame a hacerlo desaparecer. De momento esto sólo me ha supuesto disgustos.

La mujer dio un paso hacia atrás y negó con la cabeza.

—¿Por qué razón iba a hacer eso? Tú tienes un don. No puedo hacerlo desaparecer. Si lo niegas, acabarás volviéndote loca. No entenderás nada de lo que te sucede. Eso y la muerte es lo mismo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque veo el futuro y es lo que te espera si sales de aquí rechazándome. Rechazándote.

Ruth cerró los ojos con fuerza. Tenía un nudo en la garganta lleno de rabia y de gritos que no podían salir. Sintió la caricia de una mano en la mejilla. Ese contacto calmó el dolor de la herida de su pómulo. La mujer le estaba dando consuelo.

—Sé muy bien cómo te sientes. Pero no podemos arriesgarnos a perderte. Las cosas empiezan a desequilibrarse y te necesitamos aquí.

—Es la última vez que te lo pregunto: ¿quién coño eres? —Abrió los ojos y dos lágrimas resbalaron de entre sus pestañas.

—Ah, caramba, menuda boquita que tienes. No deberías hablarme así. —Movió el dedo índice haciendo negaciones. Sus ojos se volvieron negros de forma repentina y sus labios hicieron una mueca parecida a una sonrisa siniestra—.

Sí, ahora recordaba su rostro. Estaba en la primera página del libro de las sacerdotisas, era su rostro el que salía en ella. Era la mujer que conducía un carro dorado arrastrado por vacas enormes.

—Te he visto en el libro. Eres la de las vacas.

—¿La de las vacas? —preguntó horrorizada, haciendo que en la cueva se encendieran veinte antorchas que hasta ahora Ruth no sabía que existían—. ¿Después de todo lo que he hecho por vosotros así es como se me conoce? —estaba enfurecida de verdad. Puso su cara a un centímetro de la de Ruth y vio orgullosa cómo ésta tragaba saliva en un gesto inconfundible de nervios e inseguridad—. Me han llamado por muchos nombres. Eartha, Hlodin, Hertha... pero nunca, ¡nunca! —señaló—, ‹‹la de las vacas››.

Ruth volvió a tragar. Tenía la garganta seca. Achicó los ojos pues después de estar horas sumida en la más absoluta oscuridad, la claridad repentina del fuego le molestaba.

—Entonces... ¿cómo te llamas?

—¡Soy Nerthus! ¡La gran diosa Nerthus! —alzó la barbilla y le dio la espalda indignada. Chasqueó los dedos y al hacerlo apareció un altar formado por dos piedras. Sobre el altar había un Grial de alabastro—. ¿Es que no os enseñan nada en el colegio?

—Nerthus... —intentó hacer memoria. Se había leído libros de mitología nórdica desde su llegada a Inglaterra. Después de todo lo que le había pasado consideró indispensable aprender algo sobre aquellos dioses caprichosos y duales que estaban jugando con los humanos. De repente se le encendió la lucecilla y sonrió orgullosa—. Eres Nerthus. «La diosa madre», «la diosa de la Tierra». Ahora empiezo a entenderlo todo —murmuró más para sí misma.

Un brillo de interés apareció en los imposibles ojos negros de Nerthus.

—Continúa, humana.

—Eres hermana de Njörd —afirmó con seguridad. De repente todo lo aprendido le vino a la mente—. Una Vanir. Una diosa Vanir. Tu hermano Nj6rd y tú...

Nerthus siseó como una serpiente y sus incisivos se alargaron.

—A ver qué es lo que dices, humana —la censuró—. No pronuncies su nombre en vano o tendremos serios problemas.

¿Los dioses tenían colmillos?

—No, no... —Levantó las manos en señal de defensa—, yo sólo iba a decir que vivisteis en pareja. Los dioses Vanir practicáis el incesto como algo normal, no está mal visto entre vosotros.

—Exacto —asintió más relajada—. Njörd es mi hermano y el padre de mis hijos. Y además es mi sacerdote, el único hombre que puede acompañarme en mis rituales. —Tomó el grial y caminó con él alrededor de Ruth—. Njörd y yo tuvimos a dos hijos, Frey y Freyja.

—Sí, y tu hermanito y vuestros hijos mutaron a antiguos guerreros de tiempos ancestrales en seres inmortales y de extraordinarios poderes — comentó puntillosa—. Los vanirios.

—Lo hicieron por vuestro bien, bueno, y también por el nuestro. —Se encogió de hombros y acarició la copa haciendo cercos con el dedo índice—. Odín, como Aesir que es, tiene un ego enorme y envió a sus berserkers a la tierra para controlar a Loki y proteger a los humanos. Pero sus berserkers cedían al poder de Loki y los ponían en serios aprietos ya que muchos de ellos se transformaron en lobeznos. La tierra estaba en serio peligro, y aquello que él tanto anhelaba proteger lo estaba destruyendo por sus numerosos defectos y sus terribles decisiones que no señalaré ahora.

››Entonces participamos los Vanir, y menos mal que lo hicimos. Apoyamos el proyecto humanidad, pero como no tenemos idea del arte de la guerra, ya sabes, somos más bien los representantes del arte, la fecundidad, la sensualidad y la sabiduría, pues nos fijamos en los humanos que combatían en la tierra. Los celtas fueron uno de los clanes elegidos, pero eso ya lo sabes, ¿verdad? —La miró de reojo.

—Pues sí. —Observó el grial—. ¿Qué es eso?

—¿Esto? —Miró la copa—. Doy de beber a aquellas sacerdotisas, a las constantes, que despiertan en la tierra para sellarlas y asegurarme de que entienden cuáles son sus cometidos. Tú has despertado, Ruth. Vengo a bautizarte. —Le ofreció la copa—. Una vez beben de la copa, sellan el pacto conmigo y son para siempre hijas mías.

—¿Quieres que beba de ahí?

—Debes hacerlo.

—Explícame porqué.

—Eres la primera que pregunta tanto. —Puso los ojos en blanco—. Bueno, Magdalena y Morgana también resultaron ser un poco incordiantes —murmuró en voz alta—. Sobretodo Magdalena, la que sale en la primera página después de mí —explicó—. Fue la primera. Ella sólo oía las palabras de ese iluminado barbudo... ¿Cómo se llamaba? —se golpeó la barbilla con los dedos—. ¿Joshua?

—¿Jesús? —contestó alarmada. De repente entendió algo—. ¿El grial que tienes en las manos es...? —se presionó el puente de la nariz con el pulgar y el índice—. Está bien, por favor, no quiero saber nada más. Muchos esquemas se me han roto desde que llegué a estas tierras, pero déjame mantener algunos ideales, ¿vale?

Nerthus sonrió indulgente.

—Como desees. No sé por qué te sorprendes tanto. Magdalena era una sacerdotisa, todo el mundo de los círculos rituales y espirituales lo sabe.

—Claro, coméntaselo al Vaticano y a la Iglesia Ortodoxa, a ver qué te dice.

—Como quieras. Si no quieres hablar de esto, está bien, no lo haremos. Pero no te niegues a beber de aquí. —Señaló el grial.

—Perdón por tener un poco de cerebro. No voy por ahí bebiendo de lo primero que me ofrecen. —Se rodeó la cintura con los brazos. Empezaba a tener frío.

—Es ambrosía, la bebida de los dioses. Verás, la encargada de ofrecer este grial es *Magda.* —Un apelativo cariñoso de Magdalena, supuso Ruth—. Ella es muy dulce y tiene don de gentes. Pero esta ocasión es excepcional y he querido venir yo a ofrecértelo. Deberías sentirte orgullosa.

Ruth resopló como si aquello la aburriera.

—Despierta el don y da protección. Te preparará el cuerpo para ser inmortal —continuó la Diosa—. Te necesito como constante, Ruth. La chica agrandó los ojos. Aquello sí que era interesante.

—¿Inmortal? Bromeas.

—Deja de ver esto como una broma, niña. Es muy serio —la reprendió Nerthus frunciendo el ceño.

—Soy una simple mortal. ¿Cómo crees que voy a reaccionar?

—Deberías asentir y hacer lo que te digo. Cuando salgas de aquí te van a perseguir. ¿Cómo lo decís ahora...? —Se golpeó la barbilla con el índice—. Tendrás un culo en la diana.

—Una diana en el culo, dirás. —Sonrió más relajada.

—Exacto. Tu don es muy preciado y te perseguirán por ello. No te esperan.

—¿Por qué?

—Porque soy una artista, por eso. Yo así lo he querido. Y he decidido poner mi granito de arena en todo este desenlace de los dioses. Loki y su séquito se darán de bruces cuando aparezcas en escena.

—Háblame más claro —le exigió—. ¿Quién soy?

—Eres la Cazadora, Ruth. Mi constante más especial. El enlace de las almas perdidas. Tu misión es darles luz y enseñarles el camino a casa. Oyes voces, ¿verdad?

Ruth asintió mientras su cuerpo perdía todo el calor. Lo de los enlaces le sonaba a páginas web.

—Algunas almas tienen asuntos pendientes y no pueden regresar al origen. Vendrán a ti para que les ayudes. Tu misión es ayudar a las almas buenas y hacer regresar a las almas vengativas a su cueva. Está pasando algo muy malo, y no me gusta nada. Muchas de las almas que espero no encuentran el camino a casa y vagan por vuestro mundo perdidas y atormentadas. Algo les impide volver. Hacía siglos que no aparecía la Cazadora.

—¿Me estás diciendo que voy a tratar con espíritus cabreados porque no les dejan volver? —Se dejó caer al suelo con la mirada perdida—. Esas voces... ¿querían que yo les ayudara a regresar?

—Eres preciada entre las sacerdotisas, Ruth. Eres preciada para mí. Tienes el poder de equilibrar las cosas. Dar paz y consuelo a aquellas almas que moran extraviadas en la eternidad porque nadie les ha dicho cómo regresar. Pero también, cuando aceptes tu don, los espíritus y entidades negativas te acecharán. Querrán de tu luz. Despiertas en un momento ideal, Cazadora. La anterior Cazadora murió y su alma no regresó a mí, eso me hizo sospechar sobre el posible secuestro y extravío al que estaban sometidos los espíritus desencarnados. Tardé mucho en reunir un espíritu lo suficientemente fuerte como para albergar la esencia de la Cazadora. Y tú has tardado mucho en venir a mí —la reprendió como a una niña pequeña—. Aunque eso también ha sido fruto de mi mente brillante. No podías aparecer hasta ahora, si Loki y sus *jotuns* te hubieran detectado... ya estarías muerta. Por eso naciste en un seno familiar donde no creían en nada de esto.

››Tus padres te atiborraron a pastillas y durmieron tu poder. Luego tu falta de cariño maternal y tu autodestrucción hicieron el resto. Te mantuviste veintitrés años oculta por tu propia inconsciencia. Enfadada con la vida, con el mundo entero, pero sobre todo contigo misma porque no podías controlar lo que te sucedía.

Ruth sintió que algo se partía en su interior. Era como un fuerte lleno de agua que explotó descontrolado, y la corriente traía ira, dolor y mucho resentimiento.

—¿Todo estaba pensado? —susurró en una voz engañosamente controlada—. ¿He pasado por todo lo que he pasado porque necesitabas camuflarme? ¡Puta! —Se abalanzó sobre ella, pero Nerthus la inmovilizó con sus ojos.

—Quieta, Ruth —ordenó ella con una voz de ultratumba y el rostro surcado de venas azules. Era

aterradora. Los ojos eran dos pozos negros, los colmillos que se veían a través del labio superior y aquellas venitas que tenían vida propia y se movían a través de su piel... daba miedo—. No se te ocurra nunca más atacar a una diosa. Nunca más. Puedo perdonarte la vida, pero otros no lo harían. Te puedo dar un castigo ejemplar por esto —sonrió misteriosamente—. De hecho, creo que ya tengo pensado el qué.

—Métete el castigo por dónde te quepa. Me has manipulado —la acusó Ruth.

—Te he protegido. Y si no puedes verlo es porque estás más ciega de lo que me imaginaba. Ahora, al menos, gozas de la protección física que te pueden dar los vanirios y los berserkers. Tienes a las matronae cerca de ti. ¿A que soy genial? —Se aplaudió a sí misma—. Es más, las *nornas* te permitieron estar cerca de alguien como Aileen. Tu amiga es una híbrida de dos razas creadas por dos familias de dioses, y tu amigo Gabriel ha hecho una especialización en mitología escandinava. ¿No te parecen demasiadas coincidencias? Nunca te dejé a tu aire. Tenías a tu alrededor a gente que te ayudaría a entender más adelante lo que te estaba sucediendo. ¿Y así me lo agradeces?

Ruth se horrorizó ante aquel comentario. Todo lo que le había sucedido en la vida, todo, ¿estaba ya predestinado?

—Escogí a mis amigos. Los escogí yo. Nadie me obligó a lidiar con ellos

—lo dijo gritando porque así le parecía más cierto—. Pero sí que me obligaste a crecer en una familia disfuncional como la que tengo. Son unos sádicos. Eres una sádica.

—No me insultes —le advirtió Nerthus devolviéndole la movilidad con un gesto desinteresado de la mano—. Aileen y Gabriel te aceptaron porque estabais predestinados a conoceros y a quereros como lo hacéis. Ellos te quieren por quién eres, por lo que eres. Ahí los dioses no pintamos nada

—aseguró Nerthus para tranquilizarla—. Por horrible que parezca, así debían de ser las cosas. Se acercan tiempos turbulentos en la tierra, Ruth. Tú lo sabes, o como mínimo te lo imaginas. Estás rodeada de seres fantásticos, algunos buenos y otros demoníacos.

—¿Qué es lo que va a suceder? —preguntó Ruth cansada, moviendo el cuello de lado a lado. Se sentía agarrotada.

—No lo sabemos —le acarició el pelo—. Pero estamos pendientes de vosotros, y todo lo que hacemos lo hacemos en vuestro nombre. Loki está jugando sus cartas y Odín sigue sin ver más allá de sus narices, no está ayudando nada, tonto cabezón. —Negó disgustada—. Pero el Destino no está escrito. Por mucho que arriba haya seres que quieran mover los hilos, los humanos tenéis el libre albedrío, sólo vosotros creáis vuestro futuro. Dicen que las *nornas* todo lo saben, que hay un destino para cada uno de nosotros y que todo es inalterable. De hecho, ellas son las que hilan las vidas de todo ser humano, incluso la de los dioses. Odín está como loco intentando ver su tapiz, pero ellas no le dejan. Sin embargo, creo que incluso ellas pueden llegar a dejar de hilar... y como me oigan, me van a matar —aseguró mirando al techo—. No les gusta mucho que se hable de ellas. Lo siento, puedo dar mi opinión —gritó a nadie en concreto. Suspiró y se centró de nuevo en Ruth.

¯¿Por qué no estás en el *Asgard*[8]*?*

—Gracias a Odín —contestó indignada—. Me envió a la Tierra para convocar a las humanas más evolucionadas, tanto de mente como de corazón, con la finalidad de que se unieran así a la causa.

Después de que Njörd, Frey y Freyja crearan la raza de los vanirios, Odín pensó que lo hacíamos para mantener a los berserkers a raya, y lo sintió como una ofensa personal a su autoridad y su poder de mando. Como castigo me envió a mí, la Gran Madre, a cumplir condena en la Tierra. Eso he hecho durante más de dos mil años de los vuestros. Así que no puedo volver. Puedo hacer visitas esporádicas al *Asgard,* pero no permanecer en él. Soy una Vanir —sentenció creyendo que aquella afirmación era la más contundente para Ruth—. Y haga lo que haga Odín, diga lo que diga, siempre nos temerá y nos envidiará. La única que puede ponerle en su sitio es Freyja, mi hija.

[8] Asgard: la residencia de los dioses, en particular, de los Aesir.

—Freyja es la que otorgó los colmillos a los humanos convertidos y los hizo dependientes de sus parejas, ¿verdad? —preguntó Ruth divertida.

—Ésa es mi hija —contestó orgullosa—. Tiene carácter y es un poco especial, pero sé que ella es benevolente. —Sonrió.

‹‹Que se lo pregunten a Daanna››, pensó Ruth en desacuerdo con la Diosa.

—Si tanto odiáis a Odín, ¿por qué le ayudáis? ¿Por qué no os unisteis en rebelión a Loki?

Nerthus miró a Ruth fijamente y luego chasqueó la lengua.

—Porque estamos en contra de todo tipo de destrucción. Los Vanir adoramos la belleza, y la Tierra es la creación más hermosa que hay en el Universo. Por otra parte, Odín es muy poderoso y eso le hace arrogante, pero de alguna manera cree en vosotros, y hay algo que parece que ha perdido y que cree que sólo lo encontrará en los humanos. Sea lo que sea, él espera encontrar ese algo y no permitirá que a vosotros os pase nada sin antes haber descubierto qué es.

—¿Qué ha perdido? ¿Un tornillo?

Nerthus se echó a reír y le dio unos toquecitos en la mejilla.

—Eres divertida, hija mía. La tierra está sumida en horribles altercados. Los humanos, ignorantes de lo que les rodea, se pelean entre ellos. Los seres demoníacos luchan contra los humanos, y algunos de los inventos de los dioses se tuercen y se vuelven al lado oscuro. Las almas no regresan a su casa, se quedan encerradas en esta dimensión. Se acerca una fecha trascendental para el curso de la vida en el *Midgard*[9], y de momento, la balanza está en contra de que la humanidad siga adelante. Toda ayuda es buena, Ruth. Tu ayuda es necesaria.

—¿Tiene que ver esto con el *Ragnarök?*

—Todo tiene que ver con el final de los tiempos, todo tiene que ver con el *Ragnarök.* Los dioses temen el fin de los días tanto como los humanos lo temerían si fueran conscientes de que esa fecha está cercana y es real. El *Ragnarök* es la visión de Odín sobre el fin del mundo. Yo soy muy optimista, y siempre digo que las profecías están para que no se cumplan. —Le guiñó un ojo—. Supongo que tanto tiempo iniciando a humanas ha hecho que yo misma os coja cariño. Vuestras emociones son poderosas y muy contagiosas. Tenéis mi simpatía.

—No entiendo muy bien lo que me quieres dar a entender. Según tú, ahí arriba —señaló el techo de la cueva— hay un montón de dioses, seguro que muy diferentes los unos de los otros. Estos dioses temen el final de los tiempos, porque, por lo que yo he podido deducir estas últimas semanas, se les va a acabar el jueguecito con los humanos.

—No estamos jugando. Sois nuestro proyecto más preciado —los defendió—. Lo que pasa es que a unos les caéis mejor que a otros. El daño os lo hacéis vosotros mismos, vosotros queréis acabar con vuestro planeta, vosotros os matáis los unos a los otros. Los dioses observamos, os estudiamos y medimos vuestra evolución. Sólo intervenimos directamente si los demonios del Inframundo se meten con vosotros, y llevan haciéndolo desde tiempos ancestrales. Míralo de este modo; imagínate que un niño está aprendiendo a caminar. El padre está escondido en una esquina observando orgulloso cómo su pequeño va a dar el primer paso, esperando que el pequeño vaya en su busca y lo encuentre. De repente, el niño se cae. El padre se alarma, pero espera que ese niño se levante de nuevo. No irá a ayudarlo, esperará a que el pequeño lo haga por sí solo, que le demuestre su valía. El niño se vuelve a levantar, y de repente, un niño mayor se acerca con la intención de hacerle una zancadilla. El padre saldrá a defender a su pequeño, no permitirá que le hagan daño.

—Resumiendo —Puso los ojos en blanco—: el niño más mayor son Loki y sus *jotuns.* El padre, los dioses del Cielo donde se supone que está Odín y toda la tropa. Y el niño con problemas de psicomotricidad somos los humanos. ¿Lo he entendido?

[9] Midgard: es como llaman a la Tierra los dioses nórdicos.

—Brillantemente —asintió Nerthus mirándola de arriba abajo—. Al grano. ¿Estás o no estás con nosotros?

Se golpeó el labio inferior con el dedo índice y entrecerró los ojos.

—¿Puedes ver mi futuro si rechazo todo lo que me ofreces?

—Sí. ¿Quieres saber lo que veo?

—No, gracias. ¿Y si lo acepto?

—Entonces sólo tú podrás escribirlo, Ruth. Estás aliada con seres que se encargan de proteger a los humanos; los vanirios y los berserkers. Odín los creó para algo, los Vanir los creamos para algo. Todos los dioses crean su propios héroes, hacen sus propias reglas y juegan a sus propios juegos. Los humanos sólo están en medio como civilización que aspira a convertirse, en un futuro, en maestros. Odín, aunque es muy bélico, intenta ayudar a los humanos a su manera. Únete a nosotros, únete a María, As y Caleb, y préstales tus servicios.

—¿Cómo?

—Deja de esconderte. Es importante que seas quien eres.

—Pero me dijeron que cuando saliera de aquí no dijera nada de lo que me había sucedido.

Nerthus sonrió y cerró los ojos.

—Obedece a María. Ella nunca te traicionaría, es una matronae, hija mía, como tú. Eres la Cazadora, Ruth. ¿Lo aceptas?

—Por lo visto no hay más remedio —se encogió de hombros—. Si os rechazo, me matan. Si acepto el don, me convierto en inmortal. Diosa, creo que no hay color —sonrió en un gesto seguro y soberbio.

—Tienes que estar convencida —le advirtió Nerthus.

Ruth agachó la cabeza con humildad. Una Cazadora de almas. Todos esos años que había creído estar enferma de la cabeza, todos esos momentos en los que creía tener esquizofrenia o principios de psicosis cuando se sentía observada y perseguida, todo, resultó ser un don. No estaba loca. Y no sólo eso. Podía ayudar a sus amigos y no ser una molestia o un incordio como había insinuado Adam. El berserker la miraría de otra manera y se tragaría sus palabras.

—Estoy asustada —susurró Ruth haciendo que su pelo cubriera su rostro acongojado—, pero no quiero seguir viviendo con miedo. Quiero ayudar.

—Ruth, lo vas a hacer muy bien —asintió orgullosa.

—¿Qué debo hacer? —alzó los ojos hacia ella. Nerthus era más alta que ella, muy alta por cierto. ¿Cuánto mediría? ¿Uno ochenta y cinco?

—Llevarás contigo el arco y las flechas impregnadas de mi energía. Tienes que conjurar el nombre del arco, lo hicieron los elfos. Se llama *Sylfingir,* un regalo del elfo Dáin a Freyja. Dilo en voz alta y se materializará en tus manos. El carcaj se verá vacío a ojos de los demás. Pero las flechas están ahí realmente. Nunca dudes de ello. Jamás te dejaría indefensa. Sólo las podrás tocar tú. Con tu don podrás atraer a las almas perdidas cuando tú quieras. En tu presencia, un portal se abrirá, y a través de él podrás guiar a las almas que necesitan volver al origen.

—¿Cuándo y co-cómo? —Estaba impresionada con eso del arco y las flechas.

—A cualquier hora, pero al anochecer es mejor. Sal al bosque y colócate bajo el rayo de la luna. Cierra los ojos y pide que aquellos que estén perdidos se acerquen a ti. Las almas perdidas vendrán a ti atraídas por tu luz. No te asustarás cuando se acerquen. Sentirás un cosquilleo en la nuca cuando vengan.

—Entiendo. ¿Qué hago con las flechas? ¿Para qué llevo un arco?

—Son tu defensa contra las almas negativas. Los entes negativos se alimentan del cuerpo de los seres vivos, pero no te pueden tocar; tú eres todo lo contrario a ellas, así que las repelerás. Sin

embargo, sí que utilizarán a personas para llegar hasta ti. Las manipularán, las poseerán, les comerán la mente y el alma hasta quedarse con su voluntad y sus cuerpos. Si los atraviesas con tus flechas, ellos se rendirán a ti. Si traspasas a los entes y espectros negativos con ellas, los devolverás a su lugar. Afectan a la carne animada, y afectan a los espíritus. Cuando alcances a un cuerpo material con ellas...

—¿Te refieres a un humano o a un ser inmortal?

—A cualquiera, incluso a los vampiros y a los lobeznos. Están atados a Loki y sentirán el mismo dolor, aunque nunca podrán confesarse ante ti. Ellos ya no tienen alma, sino que comparten una común, la de Loki. Sin embargo, con todos los demás podrás saber qué les está pasando y preguntarles lo que quieras. Te obedecerán. Incluso aunque no estén poseídos por espectros negativos. Las flechas tienen el poder de someter y tocar el alma de aquél o aquélla que las reciban.

—Entiendo. Puedo tumbar a vampiros y lobeznos, puedo enviar a casa a las almas buenas y a las malas, y puedo someter a todos los demás. Me gusta. Un arco con flechas... —repitió alzando las cejas caoba y mirándola a los ojos—. No es ninguna casualidad que haya practicado tiro con arco desde los catorce años, ¿verdad?

—Ya venías preparada, Ruth. Las casualidades no existen —confirmó Nerthus moviendo el líquido del grial—. Nunca os dejo indefensas. Sois hijas mías.

—¿Y ya está? ¿No tengo que hacer nada más? —Se mordió el labio.

—Sólo esto. Pon orden. Será fácil. —Sonrió. Le puso la copa en la mano y se la acercó a los labios—. Bebe. Ahora eres sangre de mi sangre, Ruth. Sólo bebe.

¿Así de fácil? Qué extraño.

—Todas las sacerdotisas bebieron antes que yo, supongo.

—Todas las constantes sí.

Ruth miró el contenido del vaso. Estaba vacío.

—Aquí no hay nada.

—No es verdad. Mira bien.

Ruth volvió a mirar. El líquido se movió creando ondas. Parecía agua. Se acercó la copa a los labios y bebió unos cuantos sorbos.

—No sabe a nada —murmuró. Sus músculos se relajaron tanto que dejó de sentir su cuerpo por un instante. Los párpados le pesaban y creyó flotar—. Menudo colocón —musitó llevándose la mano a la cabeza.

—Te he mentido. No va a ser fácil. No va a ser agradable, Ruth. — Nerthus, lamentándose, se acercó a ella y unió su frente a la suya—. Sentirás dolor, cómo te desgarran las entrañas. Devolverás todo lo malo que has ingerido en tu vida, tu cuerpo será un templo y se limpiará por sí solo. Y tendrás que pelear.

—Dijiste que no podíamos mentir —gruñó—. Me has mentido.

—Bueno, no es una mentira en realidad —dijo ella sintiéndose culpable—. La omisión no cuenta como mentira.

—Da igual, de todas maneras me siento bien... —sonrió adormecida. Nerthus le acarició la mejilla con misericordia.

—Tu vida ha sido dura, hermana. No te han tratado bien y tampoco has tratado muy bien a tu cuerpo. Debes limpiarte.

—¿De qué hablas? —Se echó a reír—. Estoy de maravilla.

—Chist. —Negó con la cabeza—. Tienes mis respetos, hermana. Las almas vendrán a ti, y tú serás el faro que las guíe. Tendrás el arco de los cielos contigo, la Cazadora siempre va con él. Con él cazarás a aquellos que quieran quedarse aquí para hacer el mal, y mostrarás el camino a los que

quieran volver a casa. Y tendrás a tu protector. La Cazadora siempre tiene a su Señor de los animales ayudándola. Con él puedes compartir tu don siempre que lo desees, pero para ello tenéis que estar en contacto permanente. Un contacto único y especial. No va a ser fácil. Lucharás, debes ser fuerte.

Ruth miró a su alrededor buscando al hombre del que hablaba Nerthus.

—¿Dónde está ese Señor? —arrastró la ese y la vista se le nubló.

—Escúchame, Ruth. Él vendrá a por ti. Ese será tu castigo por haberme insultado. Te lo mereces.

Ruth quiso mirarla fijamente pero tenía cuatro caras iguales que se desdoblaban y no sabía a cuál seguir. ¿De qué castigo le hablaba?

—¿Por qué te mueves?

—Está haciendo efecto —susurró—. El Grial prepara tu cuerpo para ser inmortal.

—No moriré jamás. —Se apretó las sienes en un momento de lucidez—. La eternidad es mucho tiempo.

—Hay muchas maneras de desaparecer, Ruth. Pueden cortarte la cabeza, arrancarte el corazón o bien robarte el alma. Si evitas que te hagan nada de eso, vivirás eternamente.

—Qué tranquilizador.

—Pasarán siete días hasta que tu cuerpo lo haya asimilado. Hasta entonces, procura mantenerte a salvo. Me gusta decir que vuestra inmortalidad es limitada. La esencia de la Cazadora tarda mucho en volverse a reencarnar. No podemos perderte, Ruth. No ahora. Ponte en manos del Señor.

—¿De... Dios?

—No —Sonrió de nuevo. Era normal que a Ruth le costara retener los conceptos. La ambrosía era muy potente—. El Señor de los animales...

—Cuando dices eso me viene a la mente... la canción de *Tigres y leones.* —Y se echó a reír como una loca—. Me estoy mareando... Deja de moverte.

Entonces lo sintió. Era un puñal que le rasgaba el estómago y le cercenaba las entrañas. Horrorizada y doblada por el dolor miró hacia abajo. Allí no había sangre ni nada. Todo iba por dentro.

—Lo siento, Ruth. —Nerthus dio un paso hacia atrás—. No podía decírtelo. Algunas se negaron cuando les dije lo que les sucedería al beber. No podía arriesgarme contigo.

Ruth cayó de rodillas y se agarró el estómago. El siguiente retortijón le nubló la vista y la empapó de sudor frío.

—Después de un día te encontrarás mejor. Piensa que es como un parto largo. Estás naciendo a una nueva vida.

—Debí ser malísima porque voy directa al Infierno —murmuró con la cara pegada al suelo y el rostro desencajado—. ¿Te volveré a ver? ¿Cuándo... cuándo podré contactar contigo?

—No suelo presentarme en el mismo sitio dos veces seguidas. Tendrás que encontrarme, Ruth, si me necesitas. —Apagó las antorchas con dos palmadas—. Debo irme. Empieza tu iniciación. —Observaba impasible cómo la pobre chica se retorcía y se estremecía a cada ataque agudo que provocaba la ambrosía a su sistema.

—¿Em... empieza? —se hizo un ovillo muerta de dolor.

—Todo lo que necesitas saber está en ti, Ruth. Deja que te guíe la intuición y el corazón, *soster*[10].

Nerthus desapareció ante sus ojos. Después de eso, la oscuridad y las voces susurrantes la envolvieron. Pero ella ya no se preocupaba por aquellas entidades que por lo visto necesitaban su ayuda, el dolor la tenía completamente abatida.

[10] Soster: en noruego significa “hermana”.

Entonces, algo le subió por la garganta. Los músculos del estómago se le contrajeron, y vomitó. Vomitó y vomitó durante horas. Perdió el conocimiento en medio de un charco de orín, sudor y toda aquella basura que su cuerpo estaba expulsando. Deseó morir.

CAPÍTULO 07

Aileen observaba desde uno de los balcones de su mansión de Kensington Palace cómo se ponía el sol en el horizonte. Estaba preocupada por Ruth. Acarició ausente la hiedra que se enredaba caprichosa alrededor de la baranda del balcón. Inspiró profundamente e intentó relajarse con los olores y los colores del atardecer. Su Ruth era una sacerdotisa y si salía bien parada del bautismo, la primera prueba con la que lidiar iba a ser enfrentarse a Adam, y odiaba dejarla con él.

Sabía que a Ruth le gustaba Adam. Lo sabía desde que se fijó en cómo lo miraba la noche de las hogueras. No quería presionarla con ello, y había aprendido a no arrinconarla. Ruth era como un cervatillo. Si se veía acorralada, embestía. Podía parecer fría, podía ser una auténtica *killer* si estaba rodeada de chicos, al fin y al cabo era la fachada que se obligaba a ponerse para que ninguno de ellos le hiciera daño. Pero los ojos dorados de su amiga no mentían cuando observaba al berserker moreno. Ella lo había detectado, y dado que Aileen era medio berserker y tenía instinto animal, sabía cuándo la química y el anhelo surgía entre alguna pareja. Y entre Ruth y Adam podría haber una explosión.

Sin embargo, él la odiaba por culpa de los sueños proféticos que tenía, según había explicado su abuelo. Pero en el fondo, estaba asustado de ella.

Ruth hizo lo posible, a su manera, para que se fijara en ella, para provocarlo y hacerle reaccionar. Su aura, llena de rosas y rojos, intentaba acercar a Adam, advertirle de que ella estaba ahí esperando un paso adelante por parte de él. Pero él, con ese aura oscura mezclada de negros y granates, se había cerrado y le había dado prácticamente una bofetada. Lo lamentaba mucho por ella. Nunca había visto a Ruth tan afectada por nadie. Y ahora iba a estar en manos de Adam.

Mientras Aileen se sumía en sus pensamientos, Caleb observaba su cuerpo recortado por la luz del crepúsculo. Admiraba las curvas de su chica, cómo aquella bata de seda negra que él le había regalado moldeaba su figura estilizada a la perfección.

Brave, el cachorro de *Huskie* que ya era perro de ambos, llamaba su atención mordiéndole el bajo de los pantalones y ladrando ocasionalmente. Había crecido mucho desde que se lo trajo a Aileen como símbolo de paz entre ellos hacía casi dos meses. Aquel *huskie* le había robado el corazón, igual que su dueña.

—*Quién fuera bata* —le dijo mentalmente para que ella lo escuchara.

Los hombros de Aileen se agitaron en una risa silenciosa y lo miraron por encima del hombro. Caleb sonrió a su vez, agradecido con la vida por haberle otorgado un premio y una compañía como ella.

Se le acercó por la espalda y le retiró el pelo de la nuca para darle un beso húmedo, y a continuación, un abrazo consolador.

—Estás preocupada. —No era un pregunta.

Aileen recostó la cabeza contra el enorme pecho de Caleb, y cerró los ojos disfrutando de la tranquilidad y la seguridad que le daba estar rodeada por ese vanirio. Su guerrero, su apoyo constante, tan protector, tan seguro, era un puerto al que amarrarse cuando todo se volvía loco como sucedía en aquel momento.

—Estoy asustada por Ruth. Está sola en esa cueva y, además, luego hay que dejar que Adam se la lleve. No lo puedo permitir. Ella... ella ya ha sufrido mucho.

—Escúchame, pequeña. —La giró y miró a esos ojos lilas que lo habían hechizado y que hacían que se sintiera como el hombre más afortunado del mundo—. No voy a permitir que Adam le haga daño. La vigilaremos.

—Pero va a pasar tanto miedo... —Apoyó la frente en su pecho—. Adam se ha vuelto loco si ve a Ruth como una asesina. Ella sería incapaz de hacer daño a nadie.

—Es un maldito error. —Puso la barbilla sobre su cabeza y le acarició el pelo—. Sólo está equivocado.

—La odia, Caleb. —Negó con la cabeza—. La odia si es incapaz de ver lo buena que es. Tú lo has visto con tus propios ojos. Los vanirios que cuidan de Gab y de ella la adoran. Todo el mundo que la conoce, incluso Daanna, la quieren de corazón. Adam siente rabia hacia ella. Y como me entere de que le ha hecho daño...

—¿Tienes miedo de que él haga lo que yo hice contigo? —preguntó avergonzado. Todavía al recordarlo una parte de él se sentía como un auténtico cabronazo. Pero si no hubiese sido por eso, nada de lo que vino después habría pasado.

—Lo que me hiciste ha hecho de nosotros lo que somos ahora. —Aileen levantó el rostro y puso una mano en su mejilla acariciándolo—. No aplaudiré tu modo de tratarme aunque pensaras de mí que era el maligno y una zorra sin escrúpulos, pero nadie está a salvo de equivocarse. Y tú ibas a arriesgar mucho más haciéndome tu *cáraid* para castigarte. Al final resultó que era tu *cáraid* de verdad. —Sonrió disculpándolo con la mirada.

—Pero sé que tienes miedo de que Adam se comporte igual —se le subieron los colores.

—Le cortaré las pelotas si se atreve a tocarla de ese modo.

Los ojos verdes de Caleb sonrieron iluminando su rostro de pecado. Ella, sin poder evitarlo, le acarició el hoyuelo de la barbilla y se pasó la lengua por los colmillos que empezaban a hormiguearle.

Cuando Aileen lo miraba de aquella manera su mente dejaba de carburar.

—Álainn[11]*...*

Aileen se alzó de puntillas y le rodeó el cuello con los brazos.

—Prométeme que mañana iremos a buscar a Ruth.

—Hay órdenes de As, pequeña. —Abarcó su cintura con las dos manos y se inclinó para oler su cuello. Su tartita de queso y frambuesas... la amaba tanto que le dolía—. Te prometo que la vigilaremos de cerca, pero no vamos a violar un mandato directo.

Entre los clanes, después del Pacto de Unión, se había decretado que ninguno de los dos líderes podría nunca violar las órdenes directas que dieran respecto a nada. Caleb respetaba a As y el berserker respetaba a Caleb porque había hecho feliz a su nieta y se había erigido como el auténtico líder de los vanirios en Inglaterra. Y así habían seguido en comunión desde entonces.

Aileen se sintió orgullosa de él, por ser inflexible y respetar a su abuelo de ese modo, pero del mismo modo se sentía decepcionada por no poder ayudar a Ruth como ella quería.

—Y tú obedeces las órdenes siempre, ¿verdad? —murmuró ligeramente disgustada.

Caleb gruñó y sintió el olor del hambre y de la excitación de su pareja. Todavía no se habían alimentado, y sus cuerpos no podían esperar más.

La conocía tan bien que sabía perfectamente lo que necesitaba. Necesitaba desfogarse con él porque estaba enfadada y asustada por su amiga. Y a él le encantaba cuando Aileen se volvía una auténtica amazona, sensual y agresiva. Y adoraba todavía más proporcionarle todo lo que ella necesitara.

El vanirio sonrió y la miró de arriba abajo, expectante, esperando a que su chica diera uno de sus pasos decididos y a la vez dulcemente vacilantes.

—¿Quieres una orden directa? —preguntó ella deslizando sus manos por su pecho, su estómago y el cinturón negro de piel. Lo desabrochó y luego procedió igual con los botones del pantalón.

—¿Qué necesitas, *mo ghraidh*[12]*?* —Recogió su pelo con ambas manos. La melena de Aileen, suave, lisa y negra, brillaba como el alabastro.

[11] Álainn: en gaélico significa “preciosa”.

[12] Mo ghraidh: en gaélico significa “mi amor”.

—Aliméntame —le ordenó pasando la lengua por su labio inferior.

Caleb gimió cuando Aileen le bajó los pantalones hasta los tobillos. Se los sacó de una patada mientras seguía agarrándole la melena con las dos manos y se miraban fijamente el uno al otro.

Aileen miró cómo se le marcaba la erección a través de los calzoncillos de diseño que llevaba. La acarició con la mano y sonrió al ver cómo Caleb cerraba los ojos por el placer.

—Mío —susurró ella poniéndose de puntillas, besándole en los labios y metiendo la mano en el interior de los calzoncillos, hasta abarcar el miembro de Caleb.

—Todo tuyo —afirmó Caleb metiéndole la lengua en la boca y succionando la de ella.

—Sí. —Dejó de besarlo para lamerle el cuello, besarle el hombro, descender hasta morderle ligeramente el pecho y arrodillarse delante de su hombre. Fijó la mirada en los calzoncillos y con la mano libre se los bajó hasta que se asomaron a saludar el pene y los testículos de Caleb.

Caleb la miraba fijamente con sus ojos verdes más claros que nunca, reteniendo su melena con las dos manos como si ella llevara una cola alta. Le encantaba verle la cara consumida por el placer y la devoción mientras se lo comía, literalmente, y sus manos no dejaban de trabajarlo.

Aileen levantó una ceja y sonrió al ver la gota de líquido preseminal que asomaba en la cabeza púrpura de Caleb.

—Me vuelves loco, Aileen. Cada vez es peor. Esto me consume... — pero se le cortaron las palabras al sentir el primer lametazo de su lengua. Aileen lo hacía todo con gracia, sabiendo cómo debía tocarlo, cómo debía acariciar la bolsa pesada que colgaba del miembro de Caleb, cómo debía sacudir su erección mientras la succionaba con la boca.

Caleb empezó a mover las caderas y a exigir manteniéndole la cabeza y agarrándola del pelo, empezando a perder el control.

—Oh... joder... Aileen... *mwy*[13].

Aileen lo tragó entero mientras lo acariciaba con la garganta y le lamía la base con la punta de la lengua.

Caleb estaba a punto de correrse, y ella lo sabía. Lo notaba en el modo que tenía de rotar las caderas, en el tembleque de sus piernas, en la tensión de todo su cuerpo, y ella estaba a punto de explotar sin necesidad siquiera de que la tocaran. Le ponía condenadamente caliente saber que Caleb estaba descontrolado debido a ella, a su habilidad, a sus atenciones.

Con hambre y ansiedad, gimió, clavó sus colmillos en él y empezó a beber como una mujer sedienta sin dejar de mover las manos, sin dejar de tocarlo.

Caleb la clavó en su sitio agarrándola del pelo, y le hizo el amor a su boca esta vez con desinhibición, gritando como un hombre liberado, dejando que su semilla y su sangre inundaran la garganta de la joven.

Ella bebió hasta dejarlo seco. Era un auténtico manjar de mango y especias para ella. Y le amaba con todo su corazón.

Soltó su miembro y le dio un beso dulce en el prepucio.

—Adoro cómo sabes, Caleb —susurró ella besando su ingle y alzando los ojos hacia él. Se alarmó al ver la mirada salvaje del guerrero, con los colmillos absolutamente desarrollados y el miembro que seguía todavía duro en sus manos. Y se sintió excitada por ello.

Caleb gruñó y la levantó para darle un beso devastador en los labios. Probó su sabor en la boca de ella y gimió quitándole la bata de seda por los hombros, dejándola desnuda en el balcón y a su merced. Él prácticamente se arrancó la camiseta y enseguida la atrajo hacia él para que sus pieles se tocaran y reconocieran.

[13] Mwy: en gaélico significa "más".

Ella suspiró agradecida y él la alzó obligándola a que rodeara sus caderas con aquellas magníficas piernas que la genética le había dado.

—Mía —dijo él empalándola de un único golpe.

Aileen iba a gritar de la impresión, del placer, de saber que sólo con ese contacto primitivo y profundo ya estaba llegando al orgasmo, pero la boca de Caleb taponó la protesta, y no dejó de besarla mientras sentía las contracciones del interior de Aileen, aprisionándolo, ordeñándolo de nuevo. Lo miró a los ojos y sonrió hundiendo los dedos en el pelo de Caleb.

—Tuya, *mo duine*[14]*.*

—¿Para siempre?

—Para siempre, nene.

—No dejaré que le pase nada a Ruth. No temas.

Aileen asintió con la mirada llena de amor.

—No desafiaré una orden tuya.

Caleb pasó la lengua en una caricia perezosa por la garganta de Aileen. Entró en la habitación, cerró las puertas del balcón con una orden mental y le dijo antes de tumbarla en la cama:

—Vamos a ver a qué sabes tú.

Después de la charla con As, Adam se había ido directo a su casa, para estar con sus pequeños sobrinos y para descansar, pues sabía que tarde o temprano As le avisaría.

Sufrió la misma pesadilla una noche más. Intentó dormir pero se levantó como alma que lleva el diablo. Fijó la vista en las paredes de su habitación.

Su pared estaba toda cubierta de dibujos de Ruth apuntándole con un arco con flechas, vestida con una capa roja. En otros se veía a Ruth apoyada sobre una mesa con el culo en pompa y las braguitas a medio bajar. Otras, medio abriéndose una túnica blanca, dejando entrever su piel pálida y desnuda, como una seductora.

Así la había visto en sus sueños, todas las condenadas noches desde que la conoció.

Ruth la sensual. Ruth la asesina.

Como cada mañana corrió para cerciorarse de que los gemelos seguían ahí y estaban con él. En un abrir y cerrar de ojos entró en su habitación.

Estaban dormiditos, hechos unos ovillos, acurrucados bajo las mantas. Sintió frío al pensar que algo pudiera pasarles y que él no pudiera evitarlo. Ruth iba a ponerlos en peligro y eso no lo iba a permitir, ni se lo iba a perdonar.

Su mirada se enterneció al mirar el pelo rubio y liso que asomaba en la almohada de su sobrina.

Era verla y recordar a Sonja. Su querida hermana del alma.

Su sobrinita era tan dulce y cariñosa como lo había sido su madre. Era una niña un tanto tímida, pero inteligente y tenaz como ninguna.

¿Y el otro? El pequeño moreno de pelo negro y liso era un terremoto, valiente y fuerte. Parecía un indio. Siempre protegía a su hermana. Todo el mundo decía que se le parecía tanto que creían que era su padre. Para él, ellos eran como sus hijos, no le importaría que los confundiesen. Y si alguien se atreviera a tocarlos...

Sonó su móvil y contestó con voz ahogada, tragándose el nudo de angustia que se le formaba cada vez que pensaba en ellos.

—Adam. —Era As.

—As. —Se pasó la mano por su cráneo rapado—. Dime dónde está.

[14] Mo duine: en gaélico significa “mi hombre”.

—¡Maldita sea, Adam! —rugió As—. Tienes que prometerme que no le harás daño. Ve hacia Alum Pot.

—¿Las cuevas?

—Sí. Ella está ahí. Se... ha ido a una fiesta... se ha celebrado una fiesta allí —As tenía que inventar algo. Según María, la iniciación se había dado allí, y puesto que habían pasado ya muchas horas, era posible que Ruth ya hubiera salido de las cuevas—. Recógela y llévatela, pero mantenla a salvo si aprecias tu pellejo.

De repente oyó un golpe sordo en la línea y la voz afilada de Caleb de Britannia, el guerrero más temido de los clanes, el que podía caminar bajo el sol, sumió la línea en un frío ártico.

—Adam.

—Caleb.

—¡Si la tocas te mato, Adam! —gritaba de fondo una furiosa Aileen—. ¡No le hagas daño!

Mierda, ¿es que todos sabían lo que iba a pasar con Ruth? As debía confiar mucho en la joven para advertir a su nieta sobre lo que iba a hacer con ella.

—Tranquila, Aileen —susurró Caleb con voz dulce—. Adam no le hará nada.

—No puede llevársela. No quiero que se la lleve —susurró Aileen con voz ahogada.

—Chist... Estará bien —la tranquilizó Caleb dulcemente.

—No estés tan seguro —replicó Adam enrabietado por esa fe en la joven—. No fallo en mis profecías.

—Pues ten en cuenta esto, Adam —advirtió Caleb con voz helada—. Ruth es mi protegida. Por el bien del pacto y de la paz, voy a dejar que te la lleves hoy, en espera de que se cumpla tu sueño alucinógeno. Pero como cuando la sueltes Ruth tenga un solo rasguño en su cuerpo, yo te devolveré cada rasguño multiplicado por mil. Es la mejor amiga de mi Aileen, no permitiré que ella sufra por esto. Te respeto, Adam. Pero mi respeto no te salvará de lo que pueda pasarte si le haces daño. No vivirás lo suficiente para ver amanecer un día más.

—¿Es una amenaza? —Adam alzó una ceja.

—No. —Había una sonrisa maliciosa en su voz—. Es mi profecía, lo veo muy claramente. Pero ésta será de verdad.

—Veremos quién es el profeta —finalizó él colgando el teléfono. Llamó a Noah inmediatamente—. Necesito un favor.

—Si vas a por Ruth, yo voy contigo —contestó el otro berserker.

—Escúchame bien, amigo. Voy a por ella. Ya sé que As te ha dicho que me hagas de canguro, pero antes necesito que vigiles a los niños hasta que yo vuelva.

—¿A los dos terroristas? —preguntó incrédulo—. ¿No los llevas a la guardería con Margött?

—No, hoy no —cortó él tajante—. Margött ya estuvo ayer con ellos y tal y como están las cosas necesito a alguien de confianza que no sólo esté con ellos sino que además, llegado el caso, también pueda protegerlos. Me fío de ella, pero no es fuerte como tú. Los quiero en mi casa, es más seguro.

—¿Crees que puede hacerle daño a ellos? ¿Ruth?

—Ya te he dicho que no me fío de ella. De ella, no.

—Estás exagerando, *noañi* —advirtió su amigo—. Además, esos niños acabarán conmigo en un periquete.

—Vamos, no son para tanto. Ellos te quieren.

—Claro, claro...

—Noah, por favor. Cuida de ellos hasta que vuelva. No dejes entrar a nadie aquí.

—Está bien. ¿Adónde vas?

—A Alum Pot.

—No hace falta que te diga que voy a estar vigilándote, ¿verdad que no? —Ya lo sé. —Como para olvidarse.

—Ruth me cae bien.

—Sí, bla, bla, bla... A todos os cae bien. Parece un encanto.

—Lo es. No te pases con ella.

Silencio.

—Cuida de mis sobrinos. —Colgó el teléfono.

Se cambió de ropa. Iba de riguroso negro, como siempre, con ropa holgada como si fuera un practicante de capoeira. La ropa de la guerra y de la lucha para los berserkers. Cuando se transformaban y les entraba el *od*[15] las ropas se les rompían, por eso necesitaban telas elásticas.

Entró en la habitación de los gemelos y se sentó en la cama de Liam.

—Eh, pequeño. —Le acarició el pelo.

—¿Tío Adam? —Liam abrió los párpados y sus ojos negros ocuparon toda su cara.

Adam sonrió. Le encantaba verlos despertar.

—Escúchame, campeón. Tío Noah está a punto de llegar. Él se quedará con vosotros hasta que yo vuelva.

—¿Hoy no viene la señorita Margött? ¿Hoy no vamos a la casa-escuela? —preguntó esperanzado.

—Hoy no.

—Bien —gritó apretando el puño y alzándolo al aire.

—Vaya, ya veo que te entristece la noticia. —Se echó a reír—. Haced caso de lo que os diga tío Noah, ¿ok?

—Sí, claro.

—Cuida de tu hermana.

—Siempre lo hago. —Levantó la barbilla con orgullo—. Como debe ser.

—Como debe ser. —Le ofreció el puño cerrado y Liam se lo chocó con el suyo. Estaba tan orgulloso de ellos—. Dame un abrazo.

Liam se estiró y lo abrazó con fuerza.

—Te quiero —susurró Adam.

—Y yo a ti.

Adam, se levantó y le guiñó el ojo.

—Hasta luego.

Liam abrió su manita y le dijo adiós con la mano.

Adam odiaba separarse de ellos.

Cerró la puerta con llave, y vio a lo lejos la polvareda que se levantaba a través de las copas de los árboles del bosque, era Noah que ya estaba allí. Antes de encontrarse con él y dar más explicaciones, se fue corriendo a por su profecía.

Adam inspiraba profundamente para detectar el perfume de Ruth. Había varios olores fuertes que lo difuminaban, pero estaba allí. Lo sabía.

Se internó en uno de los bosques que había sobre las cuevas de Alum Pot. Saltaba de roca en roca, con la fuerza sobrenatural de los de su especie. Las piedras tenían sílice y musgo de la humedad.

[15] Od: en noruego significa “furia”.

Diferentes tonalidades de verde cubrían el tupido suelo silvestre, y los árboles que tapaban el cielo creaban formas serpentinas a su antojo.

Se detuvo. El olor venía muy fuerte desde el Este. Se dirigió hacia allí y de un impulso se encaramó a la copa de un árbol.

A escasos diez metros, yacía el cuerpo blanco y esbelto de la joven. Su espesa melena caoba estaba desparramada sobre el suelo. Llevaba un vestido blanco, sucio y roto por los costados y una de sus torneadas piernas salía entre la raja de éste.

Adam se impulsó y cayó a cuatro patas a medio metro de ella.

Ruth olía fatal. Tenía sangre en el vestido y estaba completamente inconsciente. Había vomitado y no tenía buen aspecto. A dos metros de ella, un carcaj vacío de flechas reposaba abandonado sobre una roca.

Gruñó. Ruth lo disparaba con un arco y lo mataba. As podía decir misa sobre ella, él sabía que su sueño era cierto. ¿Dónde estaba el arco?

La tomó de la barbilla y giró su rostro hacia él. Tenía un corte en la mejilla, y el hombro derecho inflamado y seriamente magullado.

¿Qué le había pasado?

Se arrodilló delante de ella y acercó su rostro al suyo. La joven tenía pecas alrededor de la nariz, defecto que la hacía parecer más pequeña y vulnerable. Aun así, él sabía que Ruth podía distraer a cualquiera con una de sus miradas pizpiretas, pero a él no. Se había vacunado contra ella porque de ello dependía su vida y la de los berserkers.

Se colgó el carcaj y, sin mucha delicadeza, la alzó y la cargó sobre su hombro.

Ruth exhaló el aire con un quejido. Él se detuvo bruscamente y la miró por encima del hombro. Su largo pelo le cubría el rostro y no supo adivinar si estaba o no despierta, así que empezó a trotar corriendo como el demonio en llamas.

Ruth sentía como algo duro y grande se le clavaba en el estómago y la dejaba sin respiración. Intentó gritar, pero estupefacta se dio cuenta de que tenía las cuerdas vocales y la garganta irritada. Mientras iba dando tumbos recordó las veces que había vomitado en la cueva hasta quedarse sin conocimiento. Intentó aclararse la garganta pero le dolía tanto el esófago que desistió. Palpó a ciegas hasta tocar algo de carne humana, la cual se tensaba y se distendía a cada movimiento. Se agarró a la tela que cubría ese cuerpo y tiró de ella varias veces hasta que el propietario reaccionó.

Adam se detuvo esta vez. Se inclinó y la bajó al suelo, con tanta fuerza que Ruth no pudo reaccionar y cayó de culo, soltando un tímido gritito.

Mareada, se llevó la mano a la cara para retirarse los largos mechones de pelo de los ojos.

Él observó cómo sus manos temblaban. Y cuando Ruth abrió los párpados y lo miró con aquellos ojos extrañamente dorados, sintió un ligero estremecimiento por la espina dorsal. Frunció el ceño y endureció la mandíbula.

Ruth palideció al verlo. Adam, con sus hombros anchos y grandes, la cubría de la luz del sol. Todo su cuerpo reaccionó tensándose en zonas que en teoría deberían de estar dormidas.

—¿Ad... Adam? —preguntó con voz temblorosa.

Adam sonrió al verla tan indefensa.

—Vaya, por fin te has despertado —le espetó con dureza.

Tan simpático como siempre.

—Me has tirado al suelo —le acusó ella afectada por la impresión de verlo allí tan grande e imponente.

—¿Recuerdas lo que te dije si te veía otra vez por Wolverhampton?

Ruth volvió a estremecerse. Se encontraba fatal, estaba desorientada, le dolía todo el cuerpo y tenía frío. ¿Cómo sabía que había estado allí? Adam la miró de arriba abajo sin disimular su desprecio y eso le molestó.

—Me dijiste tantas cosas agradables... —contestó sarcástica. Apartó los ojos de su oscura mirada para intentar ubicarse. Seguían en el bosque. ¿Dónde estaban María y las demás?—. ¿Cuál de todos esos piropos se supone que debo recordar? Y, ¿por qué estoy contigo? Además, no estoy en Wolverhampton como puedes ver.

—Vaya, vaya. A ver —Adam se echó a reír—, te he encontrado tirada en el bosque, con olor a vómito y a orín y el vestido medio roto... Hueles mal, ¿cómo no iba a encontrarte? —Se señaló la nariz con desdén—. Estuviste ayer en Wolverhampton.

Ruth apretó los dientes. ‹‹Tan encantador como un escupitajo en la cara››, pensó. La iniciación era un auténtico cúmulo de despropósitos. La dejaban a una completamente inservible y no hubiera imaginado jamás que su cuerpo fuera a echar tanto líquido. Se apretó las sienes buscando una réplica, pero le dolía tanto la cabeza que no supo qué decir.

¿Qué podía decirle? La habían obligado a permanecer en silencio una vez estuviera fuera. Si mal no recordaba, ya había pasado un día entero dentro de la cueva. Se moría de ganas de contestarle y atacarlo como él hacía con ella, pero no sabía qué decir. Necesitaba fuerzas para pelearse con él.

—No te acuerdas de nada, ¿verdad? —afirmó él haciendo negaciones con la cabeza—. Eres un desastre de mujer.

—Sí, el aprecio es mutuo. Ahora, por favor, ¿serías tan amable de llamar a Aileen y decirle que venga a buscarme? Ella ya sabe que estoy... Adam se puso de cuclillas y chasqueó la lengua.

—No.

—¿No? —Arqueó las cejas incrédula—. Entonces apártate, chucho. Tengo que ponerme a caminar —intentó levantarse pero Adam la empujó ligeramente y volvió a caer—. ¡Agh! —se golpeó el codo con una piedra saliente—. ¿Qué haces? —gritó algo más asustada.

—Te diré lo que hago —La tomó de la barbilla clavándole los dedos en las mejillas y provocando que a Ruth se le saltaran las lágrimas—: basta de tonterías. —Adam ignoró las uñas de Ruth clavándose en sus muñecas—. Sé quién eres y lo que quieres hacer. Sé cuando vas a hacerlo, pero no sé por qué razón... Aunque —la apretó con más fuerza. Le iban a salir morados en las mejillas—, una persona como tú no necesita razones para ser como es ni para hacer lo que hace. Eres así de frívola. Espero que te lo hayas pasado bien en la fiesta, porque la diversión ya se ha acabado para ti.

—¿Fiesta? No... sé... de qué me hablas... hijo de...

—Sí, sí que lo sabes. —La agarró por los muñecas y la levantó hasta colocarla sobre su hombro—. As me lo ha contado. Por eso te he podido localizar. A veces se celebran fiestas en las cuevas, y cómo no, la fantástica y simpática Ruth no iba a faltar a ninguna de ellas.

—¿Dónde me llevas? ¡Bájame! ¡Bájame! ¡No!

As sabía perfectamente que la iban a iniciar. No estaba ahí para asistir a ninguna fiesta. ¿Por qué había dicho eso?

—¿Que te baje? —Empezó a correr.

—Dios, no pue... do respirar. ¡Chucho asque... queroso! ¡Bájame! — gritó desesperada mientras luchaba por coger aire—. Me mareo...

—Te mareas porque has bebido demasiado. Siempre lo haces. Bebes, tonteas con los hombres, te dejas manosear y ya sabemos que tienes un muelle entre las piernas. Eres como una prostituta, pero tú lo haces gratis.

Ruth lo mordió en la espalda con fuerza, presa de la rabia y de la impotencia. No lo iba a permitir, no podía insultarla así. Pero él ni siquiera pestañeó.

—Oye, gatita... —se quejó él divertido—. ¿Te gusta jugar así? —gruñó Adam. Le dio una cachetada en la nalga, la apretó y la mordió con fuerza haciendo que Ruth gritara de dolor.

Le había hecho daño. Quería frotarse el mordisco, estaba convencida de que le había clavado los dientes y que tendría una marca. Le dolía, y se echó a llorar. Pero al tercer hipido, vomitó. En la espalda de Adam.

—Joder, vaya mierda —Adam se detuvo y la inclinó hacia atrás hasta que ella quedó casi a la altura de sus nalgas—. Será bueno que eches lo que te queda.

Ruth ya no podía vomitar más, y después del tercer esfuerzo y de que Adam le presionara el estómago con el hombro, simplemente se desmayó.

Cuando llegó a su casa, Noah lo esperaba apoyado en la puerta y cruzado de brazos. Su pelo rubio platino y su tez morena llamaban demasiado la atención, pero eso a Noah le encantaba. Se sentía cómodo con ello.

No como Adam. Él prefería pasar desapercibido, aunque nunca lo lograba. Cuando Noah vio el estado en el que se encontraba Ruth, el berserker se preocupó y se acercó a ellos.

—¿Qué le has hecho? —lo acusó.

Adam levantó una ceja y abrió la puerta sin apenas mirarlo.

—No le he hecho nada —contestó al fin—. ¿Dónde están los pequeños? —preguntó. Pasó de largo el salón y abrió una compuerta que daba a un sótano.

—Arriba, todavía duermen. Mierda, Adam —gruñó Noah—. ¿Insinúas que te la has encontrado así? No me vas a engañar.

—Te he dicho que no le he hecho nada. La encontré así —le aclaró sin ponerse nervioso y encendiendo la luz de la sala del sótano. Era un lugar vacío y frío, con sólo una cómoda y una mesita. Adam y Noah la utilizaban de vez en cuando para hacer algún que otro interrogatorio—. Viene de una fiesta. Estaba durmiendo la mona en el bosque. Es una tonta inconsciente.

—¿Y los cortes del hombro y de la cara? Alguien la ha mordido en el trasero, Adam —arqueó las cejas—. Tiene sangre en la ropa...

—No tengo nada que ver con eso —‹‹al menos no con lo demás››, pensó—. A lo mejor alguien se ha aprovechado de ella. Esta chica cuando bebe es una bomba de relojería ¿Es que ya no te acuerdas de lo provocadora que estaba en la noche de las hogueras? Por Dios, si hasta se enrolló con Julius y Limbo a la vez —murmuró rabioso—. Es una chica fácil.

—Eso es lo que ellos dicen. Ya sabes que son unos bocazas y... —Y ella es una fresca ¿Qué motivo hay para dudarlo?

Noah entrecerró sus ojos amarillos y miró a Adam. Su amigo parecía despechado.

—No la dejes aquí, Adam —le censuró Noah—. No estamos seguros de que ella sea...

—¡No lo estás tú, maldita sea! Llevo semanas sin dormir por su culpa. —Tiró a Ruth sin ningún miramiento sobre la cama—. No lo estás tú, ¿de acuerdo? —Se giró hacia su amigo con los ojos fríos y llenos de tormento.

Noah no bajó la mirada, sino que lo estudió. Adam rezumaba odio por ella, pero algo más había debajo de toda esa furia.

—Gracias por cuidar de los niños, Noah.

—¿Me estás despachando? No voy a irme —le aclaró él divertido. ¿Crees que me voy a aprovechar de ella?

—De momento ya le has mordido en el culo —señaló—. Le has hecho daño. Cúrala.

—Y una mierda. No haré nada más con ella. Tenlo claro, me gustan con clase. Elegantes. Ruth está sacada de un burdel.

El berserker sintió un cosquilleo en la nuca, miró hacia atrás y vio que Ruth tenía los ojos rojos de llorar, pero su mirada, clavada en él, destilaba odio y dolor. ¿Desde cuándo llevaba despierta? Había dormido como una mona en el Hummer.

—Y en el burdel tu madre me dijo que te diera recuerdos —le gritó ella—. ¿Quién creéis que soy? —preguntó asustada—. ¿Por qué me vas a hacer pagar a mí por nada? ¡Noah! —Se levantó siseando por el dolor en la nalga y se arrastró hacia él como pudo, ignorando a Adam—. Noah, avisa a Aileen y diles lo que este desgraciado quiere hacerme... Por favor... —Se limpió las lágrimas de un manotazo—. Si ella supiera...

—Ruth —murmuró Noah queriendo darle consuelo.

Adam se interpuso entre ellos y la cogió de los hombros.

—Ellos ya saben que estás aquí conmigo —aclaró él disfrutando de la confusión de la chica—. Ya saben lo que pienso de ti y saben qué voy a hacerte. No vendrán a por ti. No te quieren. —Necesitaba herirla, necesitaba desquitarse de esos días de tormento e insomnio.

—Adam —Noah le llamó la atención—, no tienes por qué...

—¿Qué? —le contestó él—. Es verdad. —Volvió a encararse con ella—. Estás aquí con el permiso de As, de María, de Caleb y de tu amiga Aileen. ¿Quién podría quererte a ti, eh? ¿Te has visto?

A Ruth aquellas palabras le sentaron como una bofetada.

—No es verdad —replicó intentando dominar el temblor de su labio inferior—. Ellos no lo saben.

—Sí lo es —afirmó Adam divertido—. Estás en mis manos ahora.

—No —dos inmensas lágrimas resbalaron por sus mejillas—. Ellas saben que yo no quiero quedarme a solas contigo, saben que me odias, que... Adam, me estás mintiendo —le empezó a temblar la barbilla y el odio y la repulsión que Adam sentía hacia ella, le dio fuerzas suficientes para encararse con él—. ¿Por qué te portas así conmigo? ¡¿Qué te he hecho?! ¡Déjame salir de aquí!

—Tú eres la mentirosa aquí, no yo. Tus amigos saben que iba a ir en tu busca, saben que no les he mentido sobre ti. ¿Crees que no te conozco? ¿Que no sé quién eres? ¿Que no sé lo que tienes pensado hacer?

Ruth sintió como la sangre se le iba del rostro. ¿Adam sabía quién era ella? ¿Sabía que era una sacerdotisa? ¿Que ella era la Cazadora? Pero no podía ser...

—Llevas la muerte escrita en la cara —le espetó él escupiendo veneno.

Maldición. Él lo sabía. Adam sabía quién era ella, seguro. Sabía que los muertos irían a ella, por eso le había dicho eso. Pero ella no tenía pensado hacer nada malo. Sólo quería ayudar con su don, que por cierto todavía no había puesto en práctica. Ella debía hacer una buena labor, no nada catastrófico, ni nada negativo.

—No puedo hablarte de eso —recordó la advertencia de María y Nerthus—. ¿Y qué piensas que voy a hacerte con lo que soy? —Alzó la barbilla desafiándolo con los ojos de ámbar brillantes y rebosantes de atrevimiento—. Tengo algo importante por hacer. ¿Es que me tienes miedo? Soy sólo una chica...

—Déjame que lo ponga en duda —sonrió malicioso—. Ya te dije una vez lo que pensaba de ti. No sólo eres una chica. Nos pondrás a todos en peligro, no eres de fiar.

—¡Cuando salga de aquí, tú estarás en serio peligro, chucho! —le gritó furiosa por recordarle todo lo que le había dicho una vez. Todo lo que le decía ahora.

Noah miró a Ruth con extrañeza.

—¿No lo niegas, Ruth? ¿Hay algo que debas decirnos? ¿Vas a hacer algo que debamos saber?

—¡No! ¡Tu amigo, el perro sarnoso, afirma que voy a hacer algo! ¿De qué habla? ¡¿Qué crees que voy a hacer?! —lo miró de arriba abajo—. No os pondría en peligro. No voy a decir nada sobre vosotros, ni sobre los vanirios. Os estoy ayudando. ¡Maldita sea! No me merezco esto.

Adam gruñó. Su paciencia tenía un límite.

—Noah, sal de aquí —le ordenó Adam.

—Ni hablar, no voy a dejarte a solas con...

—¡No! Noah —Ruth lo agarró del brazo—, no me dejes aquí sola con él —le pidió aterrorizada.

Adam observó como Ruth engatusaba a Noah con su cara de niña buena, y eso lo enfureció todavía más. Cerró sus dedos sobre su muñeca y la apartó de él llevándola a la cama y apoyándola con brusquedad contra la pared.

—¡Suéltame! —gritó Ruth—. ¡Adam! —Empezó a dar patadas a diestro y siniestro, pero al berserker no le importaba ni su miedo ni su desesperación.

—Adam, tío... estás perdiendo los nervios —resopló Noah cansado—. No puedes hacerle daño. As te lo advirtió.

—Es imposible que él lo sepa... —susurró Ruth pálida y contrariada—. No me hubiera dejado aquí. ¿As sabe que este animal me ha secuestrado y lo permite? ¿Pero qué demonios está pasando? ¡Es todo culpa tuya! —Miró a Adam encolerizada.

Adam alargó el brazo hasta la mesilla de noche que había al lado de la cama, abrió el cajón y sacó unas cuerdas. Le ató las muñecas con un par de movimientos firmes. Ruth no podía creer nada de lo que ahí sucedía. Apretó las cuerdas duramente como para notar que a ella le molestaban.

—Te arrepentirás, perro. —Lo miró a los ojos esperando ver una pizca de remordimiento en esos pozos negros, pero Adam arqueó las cejas incitándola a que le insultara de nuevo.

—Apuesto a que ahora desearías tener aquí tu arco y tus flechas. Encontré el carcaj vacío. ¿Qué hacías con eso en una fiesta? ¿Cazabas rabos?

Ruth perdió todo color en las mejillas. ¿Lo decía con segundas o sólo se burlaba de ella?

—Apuesta fuerte, chucho. No perderías —murmuró sorbiéndose las lágrimas—. Caleb se enfadará cuando sepa que me estás tratando así. Él es mi amigo, ¿lo sabes, no?

—Él también está conforme con esto. —Se encogió de hombros—. Ya te lo he dicho. Estás sola y estás en mis manos. Ya puedes gritar, patalear, llorar... nadie te va a oír.

—¡Te odio!

—Eso ya lo sé —se incorporó alzándose ante ella cuan largo era—. Sé más original.

—¿Tío Adam?

Adam se giró bruscamente hacia la puerta. Su pequeño sobrino estaba de pie frotándose los ojos con carita de dormido. El niño observó a Ruth y ella lo miró a él consternada.

¿De dónde había salido ese niño tan mono? Él la miró con curiosidad de arriba abajo y volvió la mirada a Adam.

—Chaval... —Adam se obligó a relajarse y caminó hacia el pequeño—. Ya sabes que aquí no puedes entrar —lo tomó en brazos y lo besó en la frente—. ¿Cómo has...?

—La puerta estaba abierta —contestó sin dejar de mirar a Ruth—. Y he oído gritos. ¿Quién es?

Adam se giró hacia Noah esperando que su amigo le ayudara, pero éste se encogió de hombros.

—Es... —Adam no sabía qué decirle—. No debes acercarte a ella, ¿me entiendes?

—¿Qué crees que le haré? —saltó Ruth ofendida e incrédula al darse cuenta de que Adam creía que ella era el demonio, o peor, la peste—. ¿Estás loco? ¿Crees que me lo voy a comer? —alzó una ceja—. ¿Que lo voy a pervertir? Me gustan mayores y de dos en dos, según tú.

Adam se envaró. Un escalofrío recorrió al berserker. ¿Sería capaz Ruth de hacer daño a sus sobrinos? No lo permitiría.

—Ni siquiera te atrevas a mirarlo —la amenazó—. Noah, coge al niño y súbelo arriba. —Le pasó a Liam como si fuera un paquete y se dirigió hacia Ruth—. Cierra la puerta cuando salgas.

Noah sonrió al niño sólo para tranquilizarlo. Liam no dejaba de mirar a Ruth, hipnotizado por ella. El berserker rubio miró el cuadro que hacían Adam y Ruth, y negó con la cabeza.

—Noah, no te vayas —le ordenó Ruth débilmente.

Él intentó tranquilizarla con la mirada pero sabía que no lo lograría.

—Haz lo que él te diga, Ruth. Todo esto pasará rápido. Pero obedécele. —Subió las escaleras y desapareció de la vista de la joven.

—Noah es un blando —murmuró Adam. Miró lo pálida que estaba Ruth y sonrió. Quería aterrarla y hacérselo pasar mal, como él lo había pasado desde que soñaba con ella—. Qué decepción, ¿ya no me insultas?

—No entiendo nada —susurró mordiéndose el labio para que dejara de temblarle—. ¿Qué hago aquí, Adam?

No quería verla vulnerable. Sí asustada, histérica, enfurecida..., pero no vulnerable. Tragó saliva e ignoró los ojos implorantes que lo miraban desorientada.

—Levanta los brazos. No.

—Levántalos.

Ruth negó con la cabeza.

Adam estaba tan tenso que iba a explotar. Estar a solas con aquella chica lo turbaba. Seis malditas semanas viéndola entre brumas de sueños húmedos y lacerantes, mezclados con deseo, traición y muerte.

No fallaba en sus profecías. Y encima ahora lo desafiaba. ÉL-NO-FALLABA.

—¿Quieres guerra, Ruth?

Ella negó con la cabeza muy lentamente. No le gustaba nada cómo la miraba.

—Porque estoy muy dispuesto a dártela. Llevo mucho tiempo sin sentirme bien por tu culpa. —La tomó con crueldad de la barbilla—. ¿Crees que podías reírte de mí y de todos los que han confiado en ti, sin sufrir luego las consecuencias? —Abrió de nuevo el cajón desastre y sacó una cadena.

Ruth abrió los ojos consternada. ¿Cadenas? ¡¿Para qué?! Empezó a temblar sin control y los ojos se le llenaron de lágrimas. Aquella escena le recordaba cosas que ella hubiera deseado olvidar. Cosas que debía cerrar a cal y canto. Cosas de su infancia. ¿Es que Adam quería revivir todas sus pesadillas?

—Adam, no...—sollozó intentando apartarse de él.

—Dime, ¿por qué estás aquí? ¿Por qué viniste a Wolverhampton cuando te dije que no volvieras a pisar esta tierra? —Hizo oídos sordos a sus súplicas.

—No vine porque quise. Me... me obligaron. No me ates, no me... — Intentó detener sus manos cogiéndole como pudo de las muñecas. Pero eran grandes y gruesas y ella no podía detenerlo. Odiaba ser débil. No le gustaban las ataduras.

—¿Quién y por qué? —Le pasó la cadena por los tobillos y se los inmovilizó—. Y no hagas que pierda la paciencia. As me dijo que te había invitado él mismo. ¿Es mentira?

—¡No te importa! —Se incorporó de golpe y cayó abatida sobre el colchón. Estaba tan confundida—. No te importa... —hundió el rostro en la sábana y empezó a llorar. ¿Cómo iba a explicarle a él lo que había sucedido? No podía mentir tampoco. Las sacerdotisas no mentían. Se lo habían prohibido. Pero temía que si no se lo explicaba, él la acusara de algo peor. Fuera lo que fuera, Adam creía que ella iba a hacer algo malo. Recordó la voz de la mujer que le había alertado sobre algo malo que iba a suceder. ¿La estaría alertando sobre él?

—¡No llores! —le gritó sacudiéndola por los hombros—. Puede ser rápido e indoloro, pero sólo si tú colaboras. No me vas a ablandar con tus falsas lagrimitas.

Aquello le molestó.

—¿Qué crees que voy a hacer, imbécil? ¡Dímelo! —Se observó el cuerpo maniatado. Lo miró y sonrió con desprecio—. ¿Matarte? —Justamente.

—¡Ojalá pudiera! ¡No creas que no me apetece! ¡Me apetece retorcerte el pescuezo y echar tus huevos a las ratas!

Adam observó el cuerpo de la joven y, a su pesar, notó como su entrepierna se endurecía. Ruth era realmente provocadora. El vestido se le había subido hasta el muslo, tenía el pelo alborotado y algunos rasguños en el rostro y en el cuerpo, pero aun así estaba... espléndida. Y a su merced.

—¿Qué te ha pasado? ¿Por qué estás tan magullada?

—No te importa —miró hacia otro lado.

Adam sonrió y se pasó la lengua por uno de sus colmillos. Ruth observó fascinada cómo su lengua resbalaba por sus dientes.

—¿Te apetece darme un mordisco, verdad? —lo pinchó ella. No sabía por qué pero quería provocarlo. No iba a permitir que, encima, ese animal prepotente, aparte de humillarla e insultarla, la estuviera mirando de aquel modo tan lascivo—. Quieres tirarte encima de mí. Lo veo en tus ojos y en lo dura que se te ha puesto. ¿Cómo puedo gustarte si soy el diablo para ti? —preguntó riéndose de él. Provocándolo.

Adam, inmóvil, cerró las manos formando dos puños. Sí. Ruth le ponía a mil, y eso le hacía más violento de la cuenta porque ella era una maldita asesina.

—¿Te gustaría que te mordiera? —preguntó él acercándose más—. Seguro que te gustaría. Eres justamente el tipo de chica que sirve para un revolcón salvaje y descontrolado, pero no para nada más serio. Te tiene que gustar que te lo hagan duro y rápido.

Ruth no podía creerse que ese hombre le hablara de ese modo.

—Y a ti te gusta reducir a las mujeres. Que estén indefensas. Te pone cachondo porque no se te pone dura de ningún otro modo.

—Por eso te he atado. —Levantó una ceja sardónica.

—Que te follen.

—Oh, sí. Ahora mismo. —La tomó de la cintura y le dio la vuelta.

Ruth gritó y se movió como una culebra, queriéndose escapar de él.

Tiró de ella hasta colocar sus caderas al final del colchón y hacer que sus rodillas quedaran en el suelo, con el trasero en pompa. Adam le estiró los brazos por encima de la cabeza y la obligó a apoyar una mejilla sobre la sábana sucia y mugrienta.

Estaba roja de luchar, cansada, herida, pero sobretodo... asustada.

—Y, dime. —Se arrodilló detrás de ella y puso las piernas a cada lado de las suyas. Luego juntó su pelvis al trasero de Ruth—. ¿Con quién te has acostado esta vez? ¿Qué es lo que te han hecho? ¿Te han pegado? ¿Te gusta que te peguen? Hay mujeres a las que les gustan los azotes —le pasó la mano por los muslos prietos.

Ruth notaba las manos ardientes de Adam sobre su piel. Tenía unas manos muy grandes. Era indignante. La postura, el trato, las palabras, todo. Pero sentía que su cuerpo se sensibilizaba de golpe ante su toque.

¿Cómo podía ser?

—Tienes que parar... Adam, para. —Le ordenó mientras se le deslizaban las lágrimas por la comisura de los párpados.

—¿Y eso por qué? —susurró en su oído, apoyando todo su torso en la espalda de Ruth—. A ti te gusta esto. Te gusta el sexo.

—No me conoces. —Negó con la cabeza. Estaba pálida y se le había secado la boca—. No sabes lo que me gusta.

—¿Lo pasaste bien con Julius y Limbo? Los dos hablan maravillas de ti. De lo bien que los trataste, de lo complaciente que eres... Una gatita salvaje. —Mordió el lóbulo de su oreja.

Ruth no tenía ni idea de que los dos berserkers decían esas mentiras sobre ella. Sólo había coincidido con ellos la maldita noche de las hogueras. No habían hecho nada. Julius sólo le hizo un chupetón y fue un estúpido juego. Él quería algo más, pero ella se negó.

Se le puso la piel de gallina ante el suave mordisco de Adam, pero luego notó la erección animal de ese hombre y quiso apartarse asustada.

—Ni hablar. —Adam estaba impregnado del olor de Ruth. Intoxicado por completo y excitado hasta el punto del dolor—. No te vas a apartar de mí.

—Me estás asustando —murmuró ella escondiendo el rostro y obligándose a respirar más pausadamente—. ¿Es lo que quieres? ¿Asustarme? —Le temblaba la voz y le sudaban las manos—. Lo has conseguido Adam, pero ahora suéltame. —En las veces que se había imaginado esa situación con Adam no había ni violencia ni resentimiento de por medio. Sí mucha pasión y mucho brío, pero no el asco y el odio que percibía en él.

El berserker inhaló el aroma de su esbelto cuello, retirando con la nariz el pelo largo que lo cubría.

—No me has contestado, ¿te gustó lo que te hicieron? —embistió otra vez contra ella, esta vez más duramente. El cuerpo de Ruth se impulsó hacia delante, pero él la tenía bien sujeta de las caderas.

Aquello era un castigo. Algo muy malo había hecho en vidas anteriores para sufrir eso en aquel lugar y con aquel hombre.

—Eres un cerdo, Adam. —Se atragantó con sus propias lágrimas. Adam clavó los dedos en su tierna carne y gruñó en su oído.

—Todavía no te he hecho nada, tontita —su voz sonó ronca.

—Me lo estás haciendo todo. Y no. No me gustó lo que me hicieron. No me gusta que mientan sobre mí —la voz de Ruth sonaba estrangulada por el dolor—. No me he acostado con ninguno de los dos. Nunca. ¡Y a ti no te importa lo que yo haga o deje de hacer!

—Tú eres la única que miente. No te llamas Ruth Casanovas.

Ruth se quedó sin respiración, al borde de un ataque de pánico. ¿Cómo sabía él eso? ¿Por qué lo sabía? ¿Sus padres la habían localizado? Hacía cinco años que no hablaba con ellos. Cinco años en los que no se habían visto. Cinco años de libertad.

—¿Sorprendida de que los sepa? ¿Te he descubierto? —susurró en su oído—. Te llamas Ruth Mawson Jones. Naciste en Chelsea, tu familia es inglesa. A los dos años os fuisteis a vivir a Barcelona y allí creciste y viviste hasta hace dos meses. Tu familia es adinerada, tu padre tiene dos petroleras y tu madre es ama de casa. ¿Con quién estás, Ruth? ¿Por qué nos has engañado?

—Yo no... no os he mentido. —Tragó saliva. La idea de que sus padres la encontraran de nuevo, la hacía sentirse enferma—. Me llamo Ruth Casanovas, es lo que pone en mi documento nacional de identidad.

—No es lo que pone en tu parte de nacimiento.

—¡Me has investigado! ¿Me has estado espiando, chucho? Sea lo que sea de lo que me acusas, soy inocente.

Adam no la creía. Se incorporó un poco y miró su trasero. Sí señor. Aquello era un culo de mujer, con formas, respingón y bien puesto. Le pasó las manos por las caderas y poco a poco subió su vestido.

Se quedó lívido. Su cerebro sufrió un cortocircuito. Ruth no llevaba ropa interior.

—¡Adam!

—Vas sin bragas —Sus ojos se oscurecieron al ver también la señal de sus dientes en su nalga derecha. Le iba a salir un morado. *Suya.*

—Adam, detente. —Esta vez ya lloraba a lágrima viva, intentando por todos los medios ahogar los sollozos—. No me hagas esto. No.

—Te lo voy a hacer como a los perros. Eso es lo que soy, ¿no, Ruth? — Acarició con gentileza su pálida piel que contrastaba con la suya más oscura, y delineó la marca que sus dientes habían dejado en su carne. En la nalga izquierda tenía un hermoso lunar en forma de corazón. Sin querer, sonrió y le pasó el índice de su otra mano por encima del capricho—. Curioso.

—¡No me toques! —gritó desesperada.

Rut%. Dile a Adam que Sonja lo está viendo.

La voz. Esa voz de mujer, de nuevo. Ruth abrió los ojos, agitó la cabeza para quitarse los pelos de la cara y miró a su derecha. Había una extraña claridad ahí. La voz venía de esa luz.

Rut%. Díselo. Eso lo detendrá. Vamos, chica.

—¿Qué... dirá Sonja de ti? —Cerró los ojos con fuerza, esperando una reacción violenta de él.

Las turbadoras caricias cesaron de golpe. Adam se levantó con la mirada clavada en la espalda temblorosa de Ruth.

Sonja. Se había atrevido a nombrar a su hermana, ¡la muy puta!

—Sonja... —Ruth se envalentonó al ver que no estaba sola, al saber que allí había una mujer con ella aunque no la pudiera ver. Espíritu o no, no estaba sola con ese salvaje—. Sonja está viendo todo lo que me haces.

Dile que no lo reconozco. Que no me imaginé que pudiera actuar así nunca.

Ruth miró por encima del hombro y vio el rostro abrumado de Adam. Sus ojos sombríos reflejaban incredulidad y a la vez respeto por lo que decía. Cuando lo observó bien, se dio cuenta de que bajo ellos había sombras azuladas, las ojeras de un hombre que no dormía desde hacía mucho tiempo, y su cuerpo temblaba como si algo muy potente dentro de él estuviera a punto de estallar.

—No te reconoce. No se puede creer que te estés comportando así. — Tragó compulsivamente y centró la vista en esa luz irregular y amorfa, como una niebla que sin éxito intentaba dibujar la silueta de alguien.

Adam miró hacia donde ella miraba, pero no vio nada. Se le había secado la boca. Él era un chamán que podía tener sueños proféticos, y entrar a través de un trance inducido en el reino de los espíritus, pero no podía hacerlo sin sus rituales, así que no tenía modo de verificar lo que decía esa mujer insoportable.

La observó.

Con el vestido subido hasta las caderas y el trasero al descubierto, intentaba por todos los medios levantarse. ¿Le estaría engañando? De hecho, Ruth ya había recibido un mensaje telepático de Aileen y eso había alertado a los clanes, pero... Seguramente, alguien le habría contado las historias sobre su padre y su hermana. No podía ser de otro modo. Ruth le tomaba el pelo.

—No puedes hablar de ella. No hables de ella. —La agarró del pelo y la incorporó. Ruth le llegaba por el hombro—. ¿Quién te lo ha contado?

La chica gritó y se impresionó al notar la vara potente del berserker en la parte baja de la espalda.

—Ella, Adam. ¡Ahora mismo me lo está contando! Sé que no te lo crees, pero...

—¡No me mientas! —La sacudió.

—¡No lo hago, maldito seas!

Soy su hermana, Ruth. Él lleva soñando contigo desde el día después de conocerte... Tiene un sueño recurrente. Tú le matas con una de tus flechas, por eso te %a secuestrado y te quiere encerrar. Para que no lo hagas.

—¿Su hermana? ¿Qué yo voy a hacer qué? Es absurdo —susurró Ruth con la mirada desenfocada—. ¿Es verdad? —Lo miró furiosa.

—¿El qué?

—Que sueñas conmigo desde hace meses. ¿Crees que te voy a matar con una de mis flechas? —preguntó incrédula—. ¿Crees que soy el maldito Robin Hood?

—Tú... bruja... —La empujó contra el colchón—. ¿Cómo diablos sabes eso? Lo sabía. Sabía que no eras de fiar. —Cogió sus muñecas y se las colocó por encima de la cabeza. Ella intentó soltarse pero no lo consiguió—. Has hecho creer a todo el mundo que eres dulce y simpática. Que te preocupas por nuestra causa. Pero yo no te creo. No me creo que hables con mi hermana. Me estás intentando sobornar, y es un golpe muy bajo. No sé quién eres pero antes de que acabe el día me lo dirás, señorita Mawson.

—No estoy minti... mintiendo —a Adam se le estaban poniendo los ojos amarillos. Le cambiaban de color... Un color amarillo fosforescente fascinante e hipnotizador y ella era incapaz de dejar de mirarlo. Qué atractivo era, por Dios. Y ella era una enferma por admirar la belleza física de ese engendro del demonio en ese momento.

—Si es verdad que la ves, dime cómo es ella. ¿Qué hace? ¿Qué lleva puesto? ¡Vamos! ¡Dímelo!

Cuando él deje de tocarte me podrás ver. Está rompiendo tu flujo energético. Necesitas estar más tranquila para verme.

—No... no la puedo ver, Adam —musitó contrariada—. Yo... únicamente la oigo. Tienes que dejar de tocarme.

—¡Claro, cómo no! Soñé que me matabas con una de tus flechas, y hoy te he encontrado tirada en Alum Pot con un carcaj vacío. —Le apretó las muñecas—. Te dije que no te acercaras a Wolverhampton y hace algo más de veinticuatro horas que estabas en casa de As, desobedeciéndome.

—¡Tú no eres mi amo, chucho! Hay gente que está por encima de ti. As me exigió que fuera a su casa y...

—Soy importante en el clan, zorra. En Wolverhampton, mi palabra es ley.

—¡¿Qué me has llamado?!

—Venga ya, no te ofendas... Todos en el clan hemos oído tus correrías nocturnas —la desdeñó con la mirada—. ¿Sabes? He querido creer en As y los demás y darte el beneficio de la duda, sobre tu supuesta inocencia, ya sabes. Por eso todavía sigues viva. Deberías agradecérmelo. —Ahora sus ojos eran rojos y completamente incendiados por la furia. Le miraban la boca—. Pero sobre lo otro, sobre lo fresca que eres, ni lo he intentado, creo que eres una golfa de las grandes.

Ruth, nerviosa, se pasó la lengua por el labio inferior y creyó oír como Adam gruñía. ¿Era una golfa para él? Ni le sorprendía ni le tenía que importar. Pero le hacía daño. ¿Por qué? ¿Por qué le ardían tanto esas palabras?

—No. No tengo nada que agradecerte. Si me conocieras, sabrías que soy incapaz de hacer algo así. Pero desde el primer día en que me viste siempre pensaste lo peor. Me odias por algo que crees que voy a hacer. No sabes nada de mí.

—Te odio por todo lo que representas, por lo que eres. El tipo de mujer que repudio.

—Debo de parecerme mucho a tu madre —le contestó ella con todo el veneno del que fue capaz.

Ruth, no vayas por ahí...

—No lo sabes tú bien —Adam irguió la espalda sin dejar de aplastarla contra el colchón—. El primer día que te vi, te salvé la vida y cometí un error. Debería haber dejado que el lobezno acabara contigo. Ahora no estaríamos en serio peligro.

Ruth tragó saliva y apartó la mirada. Ella recordaba perfectamente cómo Adam la había cobijado entre sus brazos. En ese caos, aquella noche, cuando vio por primera vez el verdadero mundo en el que su mejor amiga se había metido, él fue lo único sólido que la mantuvo cuerda en ese momento, lo único a lo que pudo aferrarse. Aquella noche, mientras sufría el *shock,* su recuerdo y su olor, la mantuvieron despierta y en el presente, y se quedó prendada de él. Pero dos días después del incidente, cuando él empezó a atacarla verbalmente en la cocina de la casa de Aileen, descubrió que la impresión que se había llevado de Adam de salvador y protector estaba absolutamente equivocada. Desde entonces, las pullas llovían lacerantes como latigazos, cortantes y dañinas como puñaladas. Nadie la había despreciado e infravalorado tanto como él hacía.

—Debiste dejar que me mataran —susurró sin mirarle a la cara, presa del dolor y de la decepción. Su mundo se desmoronaba.

—Por otro lado —continuó Adam hipnotizado por sus labios gruesos y apetecibles. El inferior más rellenito que el superior—, si hubieras muerto, todos te habrían llorado porque te querían y creían en ti. Ahora, cuando tú misma firmes tu sentencia, se darán cuenta de quién eras en realidad y tu falsa máscara habrá caído ante los demás. Nadie lamentará la pérdida de una asesina. Prueba de ello es que me han permitido tomarte hoy. Permanecerás aquí encerrada, así nos aseguraremos de que no hagas nada indebido.

—Entonces no tendrás modo de averiguar si soy o no soy capaz de matarte, chucho. Es muy fácil que no se cumpla así tu profecía.

—No es cierto. Si debe suceder, sucederá. Como sea y de cualquier modo. El destino es inflexible, las *nornas* lo hacen así. Pero ya que tú tienes pensado destruir mi vida y la de aquellos que me rodean, yo me encargaré de destruirte antes. ¿Qué te parece?

Ruth abrió los ojos asustada por lo que eso implicaba. No podía estar bajo el mismo techo que él, estaba en peligro.

—Déjame marchar —susurró acongojada y luchando contra él. Se odiaba a sí misma por pedir clemencia, pero su misión era importante y Adam no podía eliminarla así como así. ‹‹Soy la Cazadora, Adam. ¿No lo puedes ver?››.

Él rio echando la cabeza hacia atrás. Un sonido masculino y gutural que consiguió paralizarla por su frialdad.

—Vulgar y tonta. ¿No has oído nada de lo que te he dicho? *Mi hermano es un capullo...*

—Eres un capullo —lo atacó Ruth.

—Seguro que sí. —Se bajó de encima de ella y observó el espacio vacío dónde supuestamente se encontraba Sonja—. No hay nadie. No veo a nadie, ni siento a nadie —entornó los ojos y miró a Ruth iracundo—. No creeré en nada de lo que me digas, Ruth. Creo que quieres provocarme, y no te lo aconsejo. Caes muy bajo al hablar de mi hermana.

Déjalo Ruth, está obcecado. No va a escucharte. Deja de luchar con él y se irá.

Ruth apretó los puños y toda ella se tensó.

—¡¿Que lo deje?! Y mientras, ¡¿qué?! ¿Aguanto como este animal me insulta y me pisotea? ¡Ni hablar! —La luz había desaparecido y con sus ojos la buscaba de nuevo. ¿Dónde estaba?

—Te queda poco tiempo. Todavía no has aguantado nada malo. Deja de buscar a tus falsos fantasmas, no están.

—¡Sí que están, aunque tú no los puedas ver! —Maldita sea. Sí que estaban—. ¡Ya es suficiente! Te has aprovechado de mí. ¡Me has... —Sacudió la cabeza sin podérselo creer—... me has mordido! Me insultas, me tocas sin ningún miramiento como si mi cuerpo fuera tuyo.

—Oh, vamos —fingió estar ofendido. Su *piercing* se alzó y Ruth pensó que levantar la ceja de un modo tan exagerado sólo lo hacían los diablos con ojos amarillos como él—. ¿Eso he hecho?

—¿Y yo caigo bajo al hablar de tu hermana muerta? Mira cómo me tienes —levantó sus muñecas

maniatadas—. No soy yo la que está cayendo bajo.

—¿Qué quieres que diga?

—Discúlpate ahora mismo y libérame —le ordenó.

—Mi hermana se aparecerá ante mí antes de que oigas una disculpa de mi boca. Ya ves, soy malo, muy malo —se burló.

—No, Adam. No eres malo, eres un hijo de puta.

—Bueno, no lo voy a negar —se encogió de hombros—. Pero aclaremos algo —sin avisarla la arrinconó de nuevo en la cama y le obligó a que no apartara la cara—. Mírame cuando te hablo.

—Olvídame.

—Vuelve a hablar de mi hermana, vuelve a nombrarla y te daré lo que vienes pidiendo a gritos desde que me viste.

—¿Desaparecerás de mi vista para siempre? ¿Te tirarás por un barranco? —preguntó atrevida.

—No. —Apretó su pelvis contra la entrepierna de Ruth—. Te follaré como la fulana que eres. Acabaras suplicándomelo.

Ruth no podía creer lo que oía. Aquello era el colmo de la crueldad. Intentó apartarse del roce de Adam, pero él era muy grande y corpulento, e intentar apartarlo era como pretender mover un muro de hormigón.

—Yo no suplico. —Tenía ganas de estrangularlo—. Ni ante ti, ni ante nadie.

—Me haces vomitar. No soy ningún ángel, pero tú tampoco —se apartó como si el hecho de tocarla le diera repulsión. La ató a los laterales de la cama, y Ruth quedó completamente abatida y sin fuerzas. Inmóvil e indefensa. El berserker sonrió satisfecho al verla quebrada como estaba y caminó hacia la puerta—. Me lo vas a suplicar Ruth. Te voy a demostrar qué tipo de mujer eres. Tú has sacado lo peor de mí, yo sacaré lo peor de ti.

—¡Yo no he hecho nada! —gritó. Las lágrimas caían descontroladas por sus mejillas. No podía ser de otro modo—. ¡Estúpido! ¡No he hecho nada! ¡Tus sueños no tienen por qué ser ciertos, no eres Dios! ¡Me castigas por algo que todavía no hice! ¿Te has parado siquiera a pensar qué harás cuando veas que no he provocado el fin del mundo? ¿Cuándo descubras que mañana sigues vivo?

—Eso no va a suceder. Nunca fallo. —Levantó una ceja altiva y sus ojos recuperaron el color negro obsidiana que lo caracterizaban—. Nunca. De un modo u otro harás lo posible por lograr tu objetivo, pero yo te detendré.

—Entonces, ¿actúas sabiendo que vas a morir esta noche? ¿Confiando plenamente que yo... yo voy a matarte? ¡Idiota!

—Actúo sabiendo eso, pero también sabiendo que voy a luchar por mi vida. Tengo pensado dejarte completamente desvalida como para que no puedas pensar en nada que atente contra mí ni contra los míos. Demostraré quién eres y luego... luego ya veremos qué hago contigo.

—Es decir, que vas a atacar antes de que te ataque —agachó la cabeza. No iba a mostrarle a Adam lo afligida que se sentía por el trato que él le estaba dispensando—. Ya estoy desvalida —susurró.

—Físicamente —le aclaró él con voz fría y afilada—. Quiero romper esos esquemas y esas formas que tienes en tu cabecita, desmoronar el castillito del que te crees princesa intocable y arrancar de cuajo esa máscara de a-mí-me-resbala-todo que tienes. Has acabado con mi salud mental desde que te conocí, y yo quiero acabar con la tuya. Quiero que sufras como me haces sufrir a mí.

Y dicho esto, cerró la puerta tras él y dejó a Ruth a solas en esa espartana habitación, a oscuras tanto por dentro como por fuera.

CAPÍTULO 08

Aquello era el fin. Había cometido un error. Le había dejado ver a Ruth que él sufría por ella: ‹‹Quiero que sufras como me haces sufrir a mí››. Idiota. Dejó caer la cabeza dos veces contra la pared. Idiota. Idiota.

Más calmado ya, estirado todo lo largo que era en su cama y apoyado con la espalda en el cabezal, miraba los dibujos que había hecho de ella. Los retratos, aunque muy fidedignos, no le hacían justicia.

Ruth estaba llena de energía y de vida, y eso era algo que la pintura no podía reflejar. Estar cerca de ella, poder tocarla, poder olerla, le había vuelto loco. Ruth se hacía la estirada con él, pero a veces cuando más se estiran los hilos más se tensan, y al final se acaban rompiendo. Él se iba a encargar de romperla a ella.

Esa chica iba a absorberle el cerebro.

Durante las seis semanas, desde sus sueños, no había vivido. No se la podía quitar de la cabeza. Se despertaba pensando en ella, y más duro que una roca por su culpa. Se acostaba pensando en qué hacía, dónde estaba y con quién tonteaba esta vez. Rabioso con él mismo por no poder sacársela de dentro. Y es que la humana se había metido bajo su piel el primer día que la salvó.

Cuando la abrazó y ella hundió su rostro en su pecho, asustada, presa del pánico y del miedo, se había dejado proteger por él y Adam pudo percibir perfectamente cómo ella iba relajándose y cómo su cuerpo se dejaba mecer por el suyo. Encajados. Fue la sensación más extraña que había vivido en sus trescientos años de edad. Como si algo en su vida hiciera ‹‹clic›› justo en ese momento, a la perfección.

Pero luego llegaron los sueños. Y con ellos el odio hacia ella, y también hacia su desdén. De acuerdo que él no era un hombre amable, y que la había atacado verbalmente, pero todo se volvió más ofuscado y más crudo el veinticuatro de junio.

Verla tan hermosa, tan inalcanzable, tan conocedora de su poder sobre el sexo opuesto... Fría y manipuladora, restregando su trasero sobre la entrepierna de Julius y mirándolo a él directamente, casi riéndose de él, como diciéndole ‹‹no eres suficientemente bueno para probar este caramelo››.

Cólera. Se encolerizó tanto que lo único que le apetecía era encontrarse con ella y darle lo que tanto anhelaba de los demás, menos de él, al parecer. Quería metérsela hasta el fondo y oírle gritar su nombre, quería demostrarle que no iba a dejar ni el envoltorio del caramelo. Quería darle una lección y desdeñarla.

Él era un guerrero, un chamán. Una niña como ella no iba a poder vapulearlo.

Aquella noche, mientras los berserkers disfrutaban de su cuerpo y de la luna llena, él tenía que permanecer en meditación en el Tótem, pues alguien iba a darle un mensaje que podría salvar a los clanes de algo terrible. Su sueño se cumplió. Pero nunca imaginó que iba a ser ella quien le diera el mensaje.

Jamás pensó que iba a venir Ruth, acompañada de sus amantes, con el olor de la testosterona que barnizaba su piel suave y perfecta, y un chupetón en el cuello.

Todavía le ardía recordar el morado que ella lucía con tanto descaro. Y ni siquiera sabía lo que eso significaba, tan ignorante era ella de las tradiciones de su clan.

Adam dejó caer la cabeza hacia atrás y resopló. Estaba ardiendo. Estaba ardiendo de verdad. Tenía una erección de caballo, Ruth le hacía eso. Verla atada en la cama y llorando como una niña pequeña no le había hecho sentirse ni como un caballero ni como un buen hombre, pero al tocarla su cuerpo entraba en combustión. También estaba el odio que además hacía volarlo todo en pedazos. Y luego había olido el miedo de Ruth, y eso tampoco le hacía sentirse orgulloso.

Pero, ¿qué quería? No se fiaba de ella, y además ella también lo odiaba a él.

Ella se lo merecía.

Adam se levantó de la cama y caminó hacia la pared. Repasó con su dedo índice una de las muchas caras de Ruth que él había dibujado. Pasó el dedo por su pómulo, por su nariz fina y respingona, y descendió hasta reseguirle el rellenito labio superior. Sus ojos de ámbar lo miraban como invitándolo a tocarla y, sin embargo, escondían una de sus típicas sonrisas de desdén y suficiencia. Desde la muerte de Sonja ya no dibujaba, pero fue conocer a Ruth y coger el pincel de nuevo.

—Mi mundo está patas arriba por tu culpa... —susurró apesadumbrado—. ¿Qué tienes, bruja?

Pero Ruth no era la única que le preocupaba.

Le había dado la palabra a As. Ya estaba enemistado con Caleb y su clan por haberse llevado a la mejor amiga de su mujer, no podía poner al *leder* en su contra.

No sabía cómo proceder. Cómo actuar. Su instinto le decía que se encerrara con Ruth todo el día, se quedara a gusto con su cuerpo, y luego dejara que pasase lo que tuviera que pasar. Él no iba a morir, y menos, a manos de ella. Eso lo sabía. Pero estaba embriagado por tenerla en su casa. La olía incluso aunque ella estuviera en el sótano y él en la planta superior. Era humana, maldita sea.

La olía en sus manos. Melocotón jugoso y dulce.

Incluso borracha, con el orgullo y la dignidad por los suelos y medio en coma por el alcohol, la deseaba.

Estaba enfermo. Enfermo por ella.

La ansiedad lo carcomía y tampoco tenía humor para oírla hablar de nuevo sobre Sonja. ¿Cómo se había atrevido a mencionar a su hermana? Él no iba a caer en su juego. Se creía que por ser chamán iba a poder cogerlo por esos derroteros, pero se equivocaba.

Ruth no era ninguna médium. Estaba convencidísimo. No desprendía ningún aura como para serlo.

Era una mujer extraña, una mentirosa, una embaucadora. Tenía muchas máscaras, eso es lo que tenía. Adoptaba la personalidad que necesitaban de ella en cualquier momento. No lograba entender todavía qué ganaba ella al querer matarlo a él.

A lo mejor, y gracias a su trabajo en la web, había entrado en contacto con más sociedades como la de Mikhail, y ella formaba parte de ellas. Ella podía ser una *psichys* que trabajaba con ellos y que se hacía pasar por amiga de Aileen. No. Demasiados años fingiendo. ¿Cómo iba a demostrar esa teoría?

A lo mejor Loki había llegado a ella y habían hecho un pacto.

Golpeó la pared con el puño, sin tocar la cara de Ruth. ¿Para qué quería su don, si no podía ver nada sobre ella? Ni sus rituales hablaban de ella. Preguntar sobre Ruth a las piedras o al aire, era como preguntar sobre alguien invisible.

Deseaba acabar con todo eso y centrarse en Margött. Ella era la mujer que debería llevarlo de cabeza, no la traidora del sótano.

Alguien llamó a la puerta y Adam se giró. Sonrió al ver a su sobrino.

Liam estaba en posición de defensa. Los puños bien cerrados sobre los laterales de sus piernas abiertas, y el pecho hacia fuera. Desde que le enseñó esa postura para marcar el terreno, el niño no había dejado de adoptarla. Parecía un gallo peleón.

—¿Qué pasa, pequeño? —fue hacia él y le pasó la mano por su pelo negro. Le encantaba acariciarlo.

Liam lo miró receloso, bajó la vista y se miró los pies. Adam siguió sus ojos y se dio cuenta de que no llevaba zapatillas.

—¿Cuántas veces te he dicho que no andes descalzo? —intentó parecer enfadado, pero los enormes ojos del pequeño lo enternecían.

—Es más cómodo. Los zapatos me hacen daño.

—Debes acostumbrarte a llevarlos.

—En la casa-escuela no nos dejan llevarlos.

Adam frunció el ceño. La escuela de Margött permitía a los niños ser más salvajes, como si fuera con su naturaleza, con su ADN. Pero vivían entre los humanos y debían, por su bien, acostumbrarse, y adoptar también su modo de vida.

A los niños berserkers les sudaban mucho los pies, por la cantidad de energía que tenían en su interior, y también por las mutaciones a las que se sometían sus cuerpos en tan temprana edad. Pero eso no les excusaba para ir descalzos como si fueran niños de la selva. Si Ruth no estuviera en la escuela, los hubiera llevado ya con Aileen. Esa misma postura habían adoptado muchas madres berserkers. Eran reticentes a llevar a sus cachorros a la escuela porque sabían que Ruth estaba allí, y todo el mundo sabía lo que Ruth había hecho con Limbo y Julius. No querían que alguien como la humana tuviera trato con los niños.

—Esto...

—¿Qué te incomoda, Liam?

—La chica de abajo... ¿quién es?

—No importa quién es —se agachó y lo cogió suavemente por los brazos—. Bajo ningún concepto debes acercarte a ella. ¿Me has entendido?

—Estaba llorando. Tú no le has pegado, ¿verdad, tío Adam?

—No. —Sólo le había dado un buen mordisco en el culo. Con fuerza y con ganas—. No le he pegado.

— ¿Quién, entonces?

—No lo sé.

—Pero vas a ir a buscar a los que les han hecho daño. —Sus ojos lo miraban con esperanza y adoración—. Son malos. No se les pega a las mujeres, ni se les hace llorar.

Adam sintió una ola de orgullo que le bañaba el pecho. Su sobrino iba a ser un buen hombre, y por Odín que él iba a verlo. Ruth no se saldría con la suya.

—¿Y si fuera una persona mala? —preguntó Adam arqueando las cejas. El niño se mordió el labio y se quedó pensativo.

—Entonces la policía la pondría en su lugar.

—¿La policía? —Liam tenía que dejar de ver las series de televisión—. ¿Hay alguien a quien conozcas de la policía?

—Conozco a Horatio y a Grisom.

—¿Cómo? ¿Qué estás viendo en la tele?

—*C.S.I, Mentes criminales...*

—Un niño de tu edad no debe ver esas cosas.

—Pues las veo. En la casa-escuela nos la ponen y nosotros nos entretenemos.

—¿En la escuela? —preguntó extrañado—. ¿Margött y Rise os ponen eso? Nunca me lo has dicho.

—Bueno, es que...—bajó la cabeza avergonzado—. Las señoritas nos dicen que no digamos nada.

—Mala suerte, chaval. Ya lo has soltado. ¿Qué más os enseñan? —preguntó preocupado.

—Tío Adam... —el niño no quería soltar prenda—. Es que si te lo digo, tú irás a ver a la señorita Margött y entonces sabrá que te lo he dicho, y todos se enfadarán conmigo por chivato.

—Quieto. Nadie se va a enfadar contigo —le tranquilizó.

—La señorita nos dice que todo lo que necesitamos aprender para vivir nos lo enseñan en la tele.

Adam maldijo entre dientes. Ésa era la educación que recibían sus sobrinos. Se hacía cruces. Y tenía que descubrirlo porque Liam había visto a Ruth accidentalmente.

—Por eso Nora se cree que es una *Bratz* —continuó Liam.

—¿Una qué?

—Una *Bratz* —le explicó Liam mirando a su tío como si tuviera dos cabezas.

—Imagino por tu cara que debería saber qué es una *Bratz.*

—Son unas chicas superpijas y muy creídas, que van pintadas a la escuela y llevan faldas muy cortas y todos los niños les van detrás. —Puso cara de disgusto—. Es asqueroso.

—¿Pintadas a la escuela? —se levantó contrariado—. Pero si Nora tiene sólo seis años.

—Claro, como yo. Y yo soy Luke Skywalker —dijo muy convencido.

—No puedes ser Luke Skywalker, él era rubio y de ojos azules.

—Sí, pero soy fuerte y rápido como él.

—¿Y Nora quién es? ¿La princesa Leia? —preguntó echándose a reír.

—No, tío Adam. No me escuchas —se quejó Liam cruzándose de brazos—. Nora es una *Bratz.* La chica de abajo es la princesa Leia. Hay que cuidar de ella. Tú puedes ser Han Solo.

—No, Liam. Quítate esa idea de la cabeza, ¿vale? Esa chica es una mala...

—Pero la tienes pintada en la pared —le señaló él—. Muchas veces. La has salvado de los malos, ¿verdad? —preguntó ilusionado.

—¿Cuándo has entrado tú en mi habitación? ¿Cuándo viste estos dibujos? Os dije hace un tiempo —mes y medio exactamente— que no entrarais aquí.

—Tío Noah nos deja —se puso las manos en los bolsillos y sopló un mechón de pelo que le caía por los ojos.

—Mataré a Noah... —murmuró.

—Tío Adam, no se mata a los tíos —le señaló con un dedo como si él fuera el mayor de la familia.

—Bien dicho, enano. —Noah apareció por detrás de Liam y le revolvió los pelos—.

Adam detuvo la retahíla de palabras malsonantes que iba a dirigirle a Noah, a Ruth y a Liam.

—Noah —gruñó Adam.

—Adam. —Sonrió él—. Has subido a tu habitación para tranquilizarte, supongo. ¿Ya te encuentras mejor?

Noah había visto el humor de perros con el que Adam abandonaba el sótano donde estaba Ruth.

—Estoy bien, gracias —repuso él sin ganas—. Los niños no pueden subir aquí y tú les has dejado.

—Sólo subieron una vez —se frotó la nuca apesadumbrado—. Por cierto, Nora se quedó fascinada con los dibujos.

—No son dibujos muy apropiados para niños de su edad.

—Ruth está muy sexy en todas —soltó Noah en reconocimiento.

—Pasará frío —comentó Liam inocentemente acercándose a los dibujos—. ¡Vaya! —exclamó con una gran sonrisa—. ¡Nora dibujó corazones en sus braguitas!

—¿¡Qué!? —exclamó Adam observando irritado el dibujo.

Liam estaba tan inclinado sobre el dibujo que iba a tocar la pared con la nariz.

—Son rosas —murmuró el niño para sí mismo.

—Tío Noah —susurró Adam apretando los dientes—. Explícame por qué hay corazones en sus braguitas. ¿Acaso no los vigilabas? —lo miró furioso.

—Tío Noah, ese conejo no se parece en nada a Bugs Bunny —Liam tenía la lengua suelta y estaba pletórico—. Dijiste que lo pintarías igual. Parece un cerdo.

Adam se acercó al mural. ¿Un conejo? En el bosque, detrás de una roca, habían dibujado lo que pretendía ser un conejo comiendo zanahorias. El berserker no podía creérselo. Era un asalto en toda regla a su intimidad.

—Dibujas como el culo —le acusó Adam haciendo negaciones con la cabeza.

—Oye, es un dibujo que se mezcla con el mural. No desentona para nada. Tú no te has dado ni cuenta —se defendió Noah abriendo sus ojos amarillos.

Era verdad, pensó Adam. Se ensimismaba tanto viendo la cara de Ruth, que no se había fijado que tres grafiteros habían pintado sobre su obra. Realmente, estaba intoxicado por Ruth.

—Tío Adam —Liam le tiró de la camiseta—. ¿Podemos llevarle la cena a la princesa?

Noah se mordió el interior de las mejillas para no echarse a reír, pero Adam no tenía ni pizca de humor.

—No es ninguna princesa —contestó Adam.

—Han Solo nunca diría eso. Él quiere a Leia.

—Pero yo no soy Harrison Ford.

—¿Y quién es Harrison Ford? —preguntó Liam frunciendo el ceño—. Tío Adam, escúchame cuando hablo. Te digo que se llama Han Solo, no Harrison.

Aquello era tan surrealista... Sencillamente no podía estar pasando. Tenía que acabar con la situación lo antes posible.

—Voy abajo otra vez y acabo con esta mierda —decidió Adam apartando a Noah.

—¿Qué vas a hacer ahora? Está en la cámara, de ahí no saldrá, ya lo sabes.

—No quiero ni que su cabecita piense, ¿entiendes? No me puedo arriesgar a tenerla despierta mientras mis sobrinos están bajo el mismo techo que ella. La tengo aquí, pero la quiero inconsciente.

Noah cogió a Liam de la mano y lo llevó a la planta de abajo, siguiendo a Adam. Nora estaba sentada en el sofá y buscaba colorete en su cajita rosa de maquillaje.

—Nora, cielo. Vamos a la habitación.

—¿Ahora? Estoy muy ocupada. Me estoy pintando —contestó la niña quedándose tan ancha. Llevaba una coleta en el pelo, su pelo rubio brillaba y sus ojos negros le ocupaban toda la cara. Era una monada.

—Ya, entonces coje la cajita y nos pintamos arriba —le sugirió Noah.

La niña se levantó del sofá y empezó a saltar loca de alegría. Su cola rubia subía y bajaba sin descanso.

—Arriba, Nora.

Nora se subió a sus hombros y le dio un beso enorme en la mejilla.

—¿Podré pintarte los labios, tío Noah?

—Ni hablar.

La niña empezó a hacer pucheros. Noah refunfuñó y cedió.

—Está bien.

—¡Fabu! Con un colorete rosa estarás guapísimo...

CAPÍTULO 09

—¿Y ahora qué vas a hacer? —una vez dejó a los niños en la habitación, Noah corrió a por Adam. Veía cómo abría la robusta y metálica compuerta del sótano. Aquella puerta no quedaba bien en una casa con niños, pensó Noah. De hecho, la casa en sí, demasiado fría, demasiado tecnológica, no cuadraba en un hogar con pequeños. Era un hogar espectacular, eso sí. La casa se mezclaba con la naturaleza a la perfección y tenía grandes ventanales completos, del techo al suelo, que iluminaban el interior como si el bosque y sus olores también estuvieran dentro de ella, pero faltaba algo. Un toque de calor. Puede que menos orden, menos frialdad, sobre todo para un hogar con pequeños revoloteando por doquier. Noah pensaba que la casa de uno es el reflejo de su interior, de su alma. Adam, por lo que parecía, estaba helado.

—Voy a verla.

—¿Por qué no la dejas tranquila?

—Voy a verla porque quiero estar tranquilo, porque necesito paz mental. Necesito que pase el tiempo lo más rápido posible, ¿entiendes? Tengo que dejar de pensar en Ruth, y en las pocas horas que quedan para que se cumpla la profecía.

—No lo entiendo —repuso Noah—. No puede salir de ahí, tío.

—Quiero que se duerma y que no despierte hasta mañana —explicó abatido—. Es el mejor modo de romper la profecía.

Noah pudo percibir el cansancio en el rostro de su amigo. Adam estaba realmente cansado en cuerpo y mente. Ruth no le dejaba vivir, lo tenía completamente extenuado.

—Mañana descubrirás la verdad, Adam —afirmó Noah solemne—. No hagas nada de lo que luego te arrepientas.

—No voy a hacer nada, Noah. Yo también necesito dormir tranquilo. Lo necesito de verdad. —Se pasó la mano por su cabeza rapada—. Quiero que todo esto pase rápidamente.

—¿Qué le vas a dar? —preguntó preocupado.

—Un somnífero.

—¿Ya has controlado las cantidades?

—No la voy a matar. No ahora —puntualizó cuando la puerta se abrió—. Le daré la pastilla y simplemente caerá en un sueño profundo. Mañana todo esto sólo habrá sido una pesadilla, y yo, por fin, podré respirar tranquilo. Cuando me asegure de que está dormida, yo me tomaré otra. El efecto es inmediato.

—¿Estás enganchado a las pastillas? —Lo entendería perfectamente si así fuera. Nadie debería acarrear tanto peso sobre sus hombros.

—No, joder. Sólo me las tomé después de lo de Sonja.

Noah asintió.

—Me quedaré aquí hasta mañana. No voy a dejarte solo.

—No hace falta.

—Ni hablar. —Le puso la mano sobre el hombro y le dio un apretón amistoso—. No tienes que pasar por esto tú solo, Adam. Eres mi amigo, mi hermano. Soportas demasiada presión. Tienes a Caleb, a As y a Aileen soplándote la nuca. Necesitas un apoyo y mis hombros son fuertes, chaval. El clan te necesita.

—Ya. Gracias —sonrió intentando sentir un agradecimiento que no latía en su interior. A lo mejor realmente estaba vacío por dentro.

—Mira, tío, descansa, haz lo que tengas que hacer. Yo me haré cargo de Nora y Liam.

Adam lo miró por encima del hombro. Su amigo del alma nunca le fallaría. —Tu nunca abandonarías a los mocosos si yo faltara, ¿verdad?

—Nunca. También son mis sobrinos. —No de sangre, pero sí de corazón.

—Bien. Me dejas más tranquilo. Ve con ellos, por favor.

—Bien.

Adam cerró la compuerta y se internó en el sótano.

Era inaguantable sentirse tan desamparada. Las cadenas de los pies impedían que moviera las piernas, y la cuerda de las muñecas le rozaba la piel provocándole molestas quemaduras.

Tenía sed y hambre. Tenía frío y miedo. Sentía rabia y dolor.

Adam la había vilipendiado de un modo horrible. La había sobado como si ella fuera una furcia, una cualquiera, y lo peor es que él creía que lo era. Todo por las mentiras de los dos berserkers. Todo por su culpa. Por haber querido pasárselo bien y tontear.

Una vez, en un nanomomento, deseó poner celoso a Adam, y se contoneó con Julius. Quería llamar su atención y eligió mal. Lo hizo delante de sus narices. A propósito. Y eso había alimentado todo lo que supuestamente vino después.

Estirada como estaba en ese cuchitril, y sabiendo lo que él temía que ella hiciera, su mente sólo pensaba en todas las palabras malsonantes que él le había dirigido. Por un momento hórrido, pensó que iba a violarla. Se sintió dolida y asustada por aquel trato vejatorio. Siempre había creído que Adam era un tipo duro y agresivo, pero jamás pensó que trataría tan mal a una mujer. A no ser que esa mujer intentara matarlo.

Por el amor de Dios, Adam creía que ella lo iba a matar. Su vida había dado un vuelco de ciento ochenta grados.

Muy bien. Deja de pensar ahora mismo y concéntrate.

Ruth levantó la cabeza y miró a su alrededor. Esa voz era de Sonja. Asombrada descubrió que ya no tenía miedo ni temblaba al oír voces. «Debe de ser mi conmoción», pensó.

Ruth, no estás en shock. Ya no. Eres una chica fuerte, y ahora tienes que aprender a vernos.

—¿A veros? ¿Cómo? —preguntó incrédula.

Relájate. Céntrate en tu respiración. Inhala. Exhala. Siente cómo el aire te toca la nariz, y se desliza por tus pulmones. Muy bien. Así. Sigue el movimiento de tu abdomen. ¡Hazlo!

—¡No me grites! —contestó histérica mientras intentaba respirar como indicaba Sonja.

Perdona. Hay prisa, Ruth Está pasando algo horrible.

Claro que pasaba algo horrible. Adam iba a matarla. O iba a entregarla al clan.

Las cosas pueden cambiar si me haces caso, Ruth. Ahora abre los ojos.

Ruth abrió sus ojos dorados y descubrió a una chica de pelo rubio y ondulado que la miraba con una sonrisa dulce en los labios. Estaba de pie ante ella, mirándola directamente a la cara. Era un fantasma. Un fantasma de los de toda la vida. Un ente translúcido, luminoso y etéreo.

—¿Sonja? —preguntó aterrorizada y fascinada a la vez. Sí.

—Te estoy viendo —su voz temblorosa se tiñó de asombro.

La mujer que tenía en frente no debía tener más de treinta años. Llevaba un vestido lila oscuro, el pelo rubio recogido en una diadema trenzada del mismo color, y unos ojos negros igual de fascinantes que los de su secuestrador. Era muy guapa. Delicada y elegante como podría serlo unos de esos fantasmas que dicen que residen en los castillos medievales.

—Hola, Ruth. Por fin me dejas contactar contigo.

—Ya, bueno. Esto no es fácil, que lo sepas.

—Te entiendo —asintió Sonja—, pero prueba a estar muerta de verdad —sonrió con tristeza—.

Tampoco es agradable.

—Me lo puedo imaginar.

Ambas se midieron con la mirada.

—¿Me vas a sacar de aquí? ¿Puedes liberarme? Adam me matará si no lo haces —balbuceó—. Cree que yo lo voy a asesinar, pero soy incapaz de hacerlo. Es absurdo. Yo no sé cómo he llegado hasta aquí... No pedí este don.

—Pero lo tienes —afirmó Sonja.

—Sí, lo tengo. Y no voy a pedir perdón por ello. Adam no me creyó cuando dije que te estaba escuchando y que tú estabas ahí viéndolo todo. Pero es cierto —levantó la barbilla—. Puedo hablar con los muertos.

De repente toda su aflicción desapareció y, por una milésima de segundo, tuvo la satisfacción de sentirse valiosa y especial.

—Él ahora no tiene mucha fe en casi nada —lo disculpó Sonja.

—Sin embargo, cree ciegamente en sus sueños.

—Adam tiene un don muy puro, muy auténtico. Su facultad se ha transmitido de generación en generación. Nunca ha fallado.

—Esta vez te aseguro que está equivocado.

—No lo sé. Creo que lo que él vio es verdad. Pero puede ser una verdad subjetiva. Hay algo que no cuadra. —El ente se movió flotando y se sentó en el colchón, al lado de Ruth.

—Interesante... —dijo con la mandíbula desencajada—. Te deslizas sobre el suelo como si patinaras sobre hielo... Flotas.

—Puedo caminar. —Se encogió de hombros sin darle importancia a ese hecho—. Pero, ¿para qué?. Así es más rápido. ¿Sabes? La mayoría de espíritus caminan sobre el suelo por los recuerdos reflejos que tienen de cuando eran humanos. —La miró de soslayo y vio que ella estaba estupefacta—. En fin, al grano. Así que, ¿tú eres la Cazadora, eh?

—Eso parece —contestó Ruth sin mucha ilusión—. Entonces, ¿tú no crees que vaya a matar a tu hermano?

—Sé que no. No matarías a nadie. Desprendes tanta luz...

—¿Luz?

—Sí. Los que estamos muertos la captamos perfectamente. Eres una guía para nosotros, un faro. La vuelta a casa —expresó con el semblante soñador—. Por eso eres la Cazadora.

—Así que desprendo luz —repitió Ruth—. Y si el estúpido de tu hermano es un chamán con dones proféticos, ¿por qué no puede ver esa luz? Él también es especial. ¿Acaso los chamanes no hablan con los espíritus de la tierra y todo eso?

—Mi hermano tiene el don de las profecías, es el *noaiti* del clan berserker. El único modo que tiene de ver a los muertos es entrando en trance y para eso necesita su ritual. Ha intentado descubrir más cosas sobre ti, pero no ha podido ver nada. Ni siquiera puede ver esa luz, no tiene fe en ti.

—¿De verdad? No me había dado cuenta —sus ojos dorados brillaban por el sarcasmo.

—¿Estás preparada para lo que va a venir?

—Lo estaré cuando me digas qué es lo que va a suceder y cómo puedo ayudar yo si estoy atada a los barrotes de esta cama —tiró de las cuerdas de sus muñecas.

—La tierra se está plagando de espectros malignos. Es el fin del mundo. Nada más y nada menos.

—Nerthus me contó algo de lo que estaba sucediendo con las almas... Esa mujer tiene mucho carácter.

—Nerthus —dijo ella con reverencia—. No es bueno mosquearla, así que tendrás que hacer lo que

ella te ha dicho para mantenerla contenta y que no se rebele.

—Lo intentaré.

Sonja asintió conforme.

—Desde hace décadas, las almas no encuentran el camino a casa y se quedan encerradas en esta dimensión. Se está rompiendo el ciclo de las reencarnaciones.

—Me gustaría entender mejor de qué me estás hablando —meneó la cabeza frustrada—. Tendré que ponerme a estudiar sobre todo este mundo paranormal... —Otra cosa más a añadir a la lista, además de freír a Adam con un bazuca y leerse las *Eddas* de Snorri—. ¿Y las almas se quedan vagando por aquí? ¿Como tú?

—En teoría, cuando un alma vaga en la tierra es porque no ha cumplido con aquello que dejó pendiente. Pero lo que está pasando ahora es distinto. Alguien las confunde y les prohíbe volver, y además, hay un gran problema. Están encerrando a las almas buenas, no se les da la oportunidad ni de encarnar ni de trascender.

—¿Tú eres una de esas almas?

—A mí me intentaron coger, pero no lo lograron —contestó con la mirada perdida—. Gracias a Adam no lo consiguieron y él ni siquiera lo sabe. Pero ya hablaré con él si tú me dejas —la miró con un ruego implícito en los ojos—. Las tienen aquí, Ruth. A las almas. Las tienen a todas en algún lugar. Alguien las retiene. Sin embargo, los espectros, las almas oscuras, siguen rondando a sus anchas y se han quedado en este plano para confundir a la humanidad y crear el caos. Se encargan de poseer los cuerpos y las mentes de aquellos más débiles y les obligan a cometer atrocidades.

Ruth la escuchaba con atención. Aquello era de película de terror.

—Espectros, almas oscuras... ¿a qué te refieres exactamente?—alzó las cejas esperando una explicación.

—Asesinos, pedófilos, violadores, terroristas... Lobeznos, vampiros, demonios... Sus almas perturbadas no se van cuando se mueren. Se quedan en este plano y están jugando con las mentes de los seres humanos, los poseen. Sin almas puras que luchen contra ellos y sin la Cazadora que les devuelva a su lugar, éste es su patio de recreo. Pero tú estás aquí para poner orden. Y sólo Odín sabe cuánto te necesitamos.

—¿Y quién está provocando todo esto?

Sonja se levantó y le dio la espalda.

—El demonio de Loki y... ¿Conoces la historia de mis padres?

—No.

Sonja se cruzó de brazos y levantó la barbilla.

—Pues por los comentarios que hiciste cuando te discutías con Adam parecía que ya te habían contado algo. —Levantó una ceja rubia. Igual que hacía Adam.

Ruth frunció el ceño. Nadie le había dicho nada sobre la familia de Adam.

—Cuando Adam y yo éramos apenas unos niños, mi madre abandonó a mi padre por un berserker llamado Strike. Mi madre era una mujer muy hermosa, traía a todos los hombres del aquelarre de cabeza. Y se acostó con todos los que quería, por supuesto. Era vanidosa y egoísta, y sólo miraba por y para ella. Strike era un aprendiz de chamán, pero no era el *noaiti*— le explicó mirándola fijamente.

››Mi padre Nimho era mejor chamán que Strike. Objetivo, responsable, sincero y siempre dispuesto a sacrificarse por el pueblo —recordó con gran orgullo—. Los anhelos y la ambición de Strike, no pudieron con el talento de mi padre. As se había decantado por él para otorgarle el título de chamán del clan, y Strike, herido en su orgullo por no haber sido él el elegido, se enfureció tanto que dejó el aquelarre y se llevó con él a mi madre, con la que ya mantenía una relación.

—No sabía nada de eso, lo juro. ¿Cuántos años teníais? —confesó aturdida.

—Seis años cada uno. Adam y yo somos gemelos.

—¿Qué? ¿Gemelos?.—El único parecido que encontraba Ruth en ellos eran esos ojos de obsidiana, rasgados y enormes. Por lo demás Sonja era más dulce de aspecto que Adam.

—Sí —sonrió melancólica—. Cuando mi madre abandonó a mi padre, Adam y yo estuvimos presentes. Fue horrible, Ruth. Creo que hasta oí como a mi padre se le rompió el corazón a pedazos. ¿Lo has oído alguna vez? —preguntó sin esperar respuesta, pero Ruth la sorprendió.

—Es un grito silencioso. Un frío que te atenaza los músculos y te atraviesa el pecho —Ruth describía la sensación como si la estuviera viviendo.

Sonja inclinó la cabeza a un lado y la miró.

—Sí. Exactamente. Supongo que a ti te marcó lo que te hicieron tus padres—se cruzó de brazos y la estudió—. No pongas esa cara, sé muchas cosas sobre ti.

—No te mentiré. Me ha marcado por fuera y por dentro. Nadie debería sentirse tan ultrajado, nunca. ¿Cómo sabes lo de mis padres? —preguntó Ruth con voz trémula. Aunque con el tiempo había aprendido a controlar sus emociones, le seguía doliendo. Seguía doliéndole la incomprensión y el abandono que sintió por parte de sus progenitores.

—Escucho tus pensamientos. Aparecen como imágenes ante mí. Es como una película. Es desagradable, ¿a que sí?

—¿El qué?—alzó la barbilla.

—Saber que tus padres no te quieren.

Fue como un cubo de agua fría oírlo en boca de otro.

—Al menos, que no te quieren tal y como eres —continuó Sonja.

—Dímelo tú. ¿Es desagradable? —se la devolvió con toda la indiferencia de la que fue capaz.

—Lacerante.

—Justamente eso pienso yo. Y agradecería que no te metieras en mi cabeza. No me gusta.

—No lo puedo evitar. Si te molesta, no te hablaré más de ello ¿de acuerdo? Pero quiero que sepas que te entiendo. Mi padre me quiso. Adam y yo lo éramos todo para él. Y mi madre simplemente me dio a luz, luego me abandonó y pasados tres siglos... me asesinó. A mí, y al padre de mis hijos, a Akon.

—¡Oh, Dios mío! ¡No puede ser! ¿Y Adam qué hizo? ¿Tu madre dónde está ahora? ¿Por qué cometió algo tan horrible?

—Ruth, hay tantas cosas que debes saber. Y sólo tú puedes hacer entrar en razón a Adam. Nadie sabe nada de lo que pasó, ni nada sobre lo que ahora está pasando. Mi hermano tiene que saberlo y sólo tú puedes llegar a él.

—¿Cómo? ¡Va a matarme!

—No lo permitiré. Él sólo está confundido.

—Sonja, tu hermano creería a Pinocho antes que a mí.

Sonja rio ante la ocurrencia.

—Adam no sabe que mi madre está involucrada de alguna manera en nuestro asesinato. Nadie lo sabe. Todo fue un complot. Strike y mi madre están preparando algo muy gordo. Loki tiene a su ejército en marcha y se sirve de todos, ¿comprendes? Adam ni siquiera se imagina lo que hay detrás de mi muerte. No sabe que tú eres la Cazadora ni sabe que él tiene un papel fundamental para solucionar las cosas. Ni siquiera yo lo sé. Nadie sabe nada. Sólo los muertos que no nos hemos dejado atrapar, como yo, sabemos por dónde van los tiros y esto da mucho miedo, Ruth. —Sonja miró hacia la puerta—. Pero sin Cazadora no podíamos comunicarnos. No te imaginas lo mal que están las cosas. No puedo seguir aquí. —Alzó la vista y la clavó en la puerta de la habitación—. Adam se acerca, y el odio que siente por ti romperá tu flujo energético y dejarás de verme.

—Espera, no me dejes sola con él —le rogó—. Le tengo miedo. En los ojos de Sonja había un brillo de comprensión y otro más interno, de diversión.

—¿Sólo miedo? Él te gusta.

—¡No! ¡Lo odio!

—Estaré aquí —le aseguró Sonja mientras desaparecía—. Vendré a buscarte más tarde. Tú sólo obedécele y dale recuerdos de mi parte.

Se oyó cómo se abría la puerta y luego los pasos decididos de Adam.

Ruth se tensó. Ya lo conocía por su manera de andar. Tan seguro, tan prepotente. Ése era Adam.

El cuerpo enorme del berserker apareció ante ella. Llevaba algo en las manos. Algo blanco y pequeño que lanzaba al aire para luego cogerlo como una moneda, pero a ella no le iba a ofrecer ninguna opción. Ni la cara ni la cruz.

Él inspiró hondo y se acercó al camastro donde estaba Ruth.

—¿Está por aquí mi hermanita? —preguntó riéndose de ella.

—Se acaba de ir —contestó Ruth sin mirarlo a la cara—. Me ha dado recuerdos para ti.

—Claro. Cómo no. —Se sentó en el colchón—. Abre la boca.

Ruth miró la pastilla y pensó que iba a envenenarla. Sus padres, al principio, también la drogaban. Pero él iba a matarla. No quería morir. Era tan joven... tenía tanto por vivir.

—He dicho que abras la boca —ordenó Adam inflexible.

Ruth la cerró con un puchero.

—Sonja me ha hablado de Strike y de tu madre —susurró débilmente. Adam se tensó y su rostro se tornó pétreo.

—Teníais seis años cuando ella os abandonó —prosiguió sin un ápice de miedo.

—Cállate. —Su voz era rotunda y engañosamente controlada. Tomó la pastilla entre sus dedos y se inclinó sobre ella.

—¡Adam! ¿Qué vas a hacer? ¡No! ¡Espera! —Se alarmó al ver que le iba a hacer tragar la pastilla—. Sonja me ha dicho que tu madre y Strike tienen relación con su muerte...

—¡Strike! —exclamó él incrédulo—. Eres una mentirosa, Ruth — gruñó. Adam la cogió de la mandíbula sin ninguna delicadeza y le apretó las mejillas para que abriera los labios. Le metió la pastilla en la boca y le puso la mano encima para que no la escupiera. Sus ojos negros la atravesaron—. Akon y Sonja murieron en Southampton. Fueron dos víctimas más de los lobeznos. Sólo escupes mentiras.

Ruth lo miraba fijamente y negaba con la cabeza. Si Adam pensaba que se iba a tragar la pastilla estaba muy equivocado. Cuando sus padres la drogaban de pequeña había aprendido a ocultarla y a hacerles creer que se la había tragado.

Hasta que no vio que Ruth tragaba saliva no le quitó la mano de la boca.

—Hace siglos que mi madre desapareció de nuestras vidas, ¿y ahora sueltas que fue ella quien mató a mi hermana? Yo estaba allí, joder. —Se pasó la mano por el cráneo. Ruth observó ese movimiento y se dio cuenta de que lo hacía a menudo cuando estaba contrariado—. ¡Yo recogí el cuerpo de Sonja! ¿Quieres volverme loco? ¿Es eso? ¿Por qué mi madre iba a querer matar a Sonja? Nunca le importamos, no pinta nada aquí.

Strike era uno de los nombres berserkers que habían asociado a la organización Newscientists, que colaboraban con lobeznos y vampiros en comunión, y cuyos fines involucraban directamente el estudio genético de vanirios y berserkers así como un montón de métodos de tortura que aplicaban a las dos razas. Hacía tiempo que iban tras los pasos de Strike y de Hummus, el otro berserker traidor que habían relacionado con la misma organización. Desde hacía un tiempo, As y sus hombres intenta-

ban localizar a los dos traidores, pero no tenían pruebas solventes sobre su morada y ahora Ruth hablaba de él como si tal cosa. Era una farsante.

Adam tenía una cuenta pendiente y personal con Strike. Él, más que nadie, deseaba encontrarlo y hundirlo por sumir en la desgracia a su padre Nimho, pero oírlo en boca de Ruth lo confundió mucho y le hizo sospechar indebidamente.

—¿Qué sabes tú de Strike? —la zarandeó—. ¿Dónde está?

—Yo... no lo sé... —contestó cansada de tener que darle explicaciones, alarmada ante el tono de él—. Me lo estaba explicando hasta que tú has entrado. Y te diré otra cosa, ella tampoco cree que yo sea una asesina.

Adam frunció el ceño. El efecto de la pastilla era demoledor. ¿Por qué Ruth no se dormía?

—Abre la boca —volvió a ordenarle.

—Adam, por lo que más quieras, no te miento. Las cosas están muy mal y va a pasar algo horrible si no actuamos rápido. Sácame de aquí. Tienes que ayudarme. Yo creo que puedo entender por qué me odias. Si me liberas, olvidaré todo lo que me has hecho. Todos los insultos y las vejaciones. Simplemente dejaré de cruzarme en tu camino, no me acercaré a ti. —Aunque eso ya lo había hecho en esos dos meses y de nada le había servido—. Puedo olvidarlo todo. Piensas que voy a matarte, y por eso me odias. Pero estás equivocado.

—Y tú estás equivocada si piensas que te odio sólo porque quieras matarme. Si tienes algo que ver con Strike te aseguro que mañana no verás salir el sol. Por otro lado, respeto a mis enemigos, Ruth, si son valientes y se enfrentan a mí en igualdad de condiciones. La muerte siempre llega de un modo o de otro. Pero tú has querido hacerlo de modo silencioso, de puntillas. A base de engaños y de fingir algo que no eres. La verdad es que me das un poco de asco, mujer.

Una bofetada tras otra. Eso era lo que recibía de la boca de Adam.

—Un día de estos, Adam —lo desafió apretando los puños y forzando la voz hasta que se le hincharon las venas del cuello—, te tragarás esas palabras.

—Y tú te vas a tragar esta pastilla. La tienes todavía en esa bocaza. ¿Crees que no me he dado cuenta?

—¿¡Esperas que me la trague?! No soy estúpida, chucho —La escupió. La pastilla le dio en la mejilla.

Adam, asombrado, se frotó la zona donde había golpeado la cápsula. Era una atrevida. La recogió del suelo, se inclinó sobre el cuerpo de Ruth, se metió la pastilla en la boca, tomó a Ruth de la cara y la besó con toda la rabia del mundo.

Así de inesperado. Así de violento. La obligó a abrir los labios, todo dureza y frialdad.

Ruth se quejó porque estaba haciéndole daño e intentaba en vano apartar la cara. Un sollozo ahogado brotó de sus labios.

Adam gruñó y le mordió el labio inferior. No fue un mordisco juguetón ni divertido. Fue uno destinado a intimidar y a demostrar quién era el jefe, quién era el dominante. Era Adam, por supuesto.

Ruth profirió un grito de desesperación y Adam aprovechó para meterle la lengua en la boca, mientras se estiraba encima de ella y la aplastaba contra el colchón. Con habilidad, le deslizó la cápsula hasta la campanilla y siguió jugando con su lengua hasta que Ruth tuvo que hacer el gesto de tragar antes de ahogarse.

Impresionada, abrió los ojos como platos. La había obligado a engullir el veneno. Maldito fuera. Peleó con él, presa de la impotencia y de la humillación, moviéndose contra su cuerpo. Adam continuó besándola, violándola con la boca. Ruth sollozaba. Temblaba con tanta violencia que Adam creyó que se estaba frotando contra él. Deslizó las manos desde sus mejillas hasta su cuello, y luego las deslizó más abajo hasta abarcar sus pechos. Los cubrió con sus enormes palmas. Ruth todavía

llevaba ese vestido blanco y sucio que le habían puesto para la iniciación, pero a él le importaba poco lo que ella llevara. Esa mujer tenía la habilidad de ponerlo a tono como un salvaje.

Ruth notaba todas las caricias como si se las hicieran sobre la piel desnuda. Su cuerpo dolorido e hipersensibilizado lo captaba todo. Él tocaba, apretaba y masajeaba a su juicio y voluntad, y fue él, como amo y señor, quién detuvo la locura.

Levantó la cabeza con brusquedad, del mismo modo que había iniciado el beso. La observó, sabiéndose victorioso.

La cólera hervía bajo los ojos dorados de la joven. Ese detalle debería hacerlo sentir bien, porque él había querido castigarla. Pero se sintió incómodo, porque había algo más en esas profundidades ambarinas. Ruth se sabía plegada y cedida ante él, pero bajo esa sumisión brillaba una promesa de venganza.

—Se acabó, Ruth. —Amasó los dos pechos a la vez. Llenaban sus manos lo justo. Adam los contemplaba embriagado.

—¿Por qué me tratas así? —preguntó con la cara arrasada en lágrimas. ¿Cómo podía tocarla así? ¿Cómo se atrevía?

Las pupilas de Ruth estaban dilatadas, rodeadas por un fino cerco amarillo. El labio inferior brillaba con dos gotitas de sangre, inflamado por el beso y la incisión de los dientes. Su pelo caoba caía desmarañado sobre la sucia colcha de la cama.

Adam respiraba con dificultad. No lo pudo evitar. Los ojos se le pusieron rojos. Rojo sangre. Rojo pasión. Más enfurecido consigo mismo por perder el control que con ella, se sentó a horcajadas sobre su pelvis y volvió a inclinarse para besarla de nuevo, pero ésta vez más suavemente.

Ruth sintió cómo la cápsula la relajaba. Pensó que su muerte llegaba como un plácido sueño, sentía que se le iba la vida, pero encontró suficientes fuerzas como para rechazarlo apartando la cara. Jamás. Jamás iba a tocarla de nuevo. La muerte era bienvenida.

—No —le dijo Adam retirando una mano de su pecho para tomarla por la barbilla—. No me vuelvas la cara.

Se sentía posesivo y a la vez herido al ser rechazado. ¿Por qué esa chica hacía que reaccionara así?

—Sonja creía en mí —musitó Ruth, luchando por mantener los ojos abiertos, apartándose como pudo de su oscura mirada—. Sonja...

—Ggggrrrrrr —un gruñido animal salió de su garganta—. ¿Cuándo vas a parar? Déjalo ya, Ruth. Estamos tú y yo. Nadie más.

Ella lo miró por última vez intentando traspasar su alma. ¿Por qué no había hecho el esfuerzo de creerla aunque sólo fuera un poquito? Era tan duro, tan frío. Un borde desalmado, un caparazón vacío. Alguien peligroso por fuera y por dentro.

Quiso decirle lo que pensó una vez de él. Decírselo antes de cerrar los ojos para siempre y antes de que se convirtiera en su verdugo. —Adam, aquella noche...

—¿Qué? ¿Qué noche?

—La noche... la noche que me protegiste... —Desesperada, comprobó que su lengua se dormía—. Yo pensé que contigo iba a estar segura siempre —intentó sonreír apenada—. No creo que lo recuerdes.

—¿Lo de Birmingham? Aquello fue un error.

Ruth sintió frío en el alma. Lo repetía de nuevo. ¿Salvarla fue un maldito error? Tragó con tristeza lo poco que le quedaba de orgullo.

—Pero tú... tú me abrazaste —le recriminó con voz lastimosa—. Pensé en ti como... como en un ángel pro... protector —arrastró las palabras y se le cerraron los párpados, pero aun así continuó su confesión.

—¿Te estás confesando? No soy un maldito sacerdote —le preguntó incómodo por sus palabras. Tenía que cortarla de algún modo, hacerle callar.

—Fui tonta. Me confundiste. Por qué ibas a querer salvarme, ¿verdad? Salváis a humanos desconocidos continuamente, pero tú hubieras preferido dejarme morir. Yo no soy nada para ti... Pero pensé... pensé que... No importa... que equivocada estaba. Dile a Aileen y a Gab... Gabriel que los he querido mucho. Chucho pul... pulgoso. —Cerró los ojos y se quedó dormida.

Adam se apartó de ella como si tocarla le quemara la piel.

—Niña tonta. No te vas a morir —susurró queriéndola tranquilizar, pero Ruth ya tenía los ojos cerrados—. Yo también me equivoqué. —Dio media vuelta alejándose de su cuerpo y limpiándose las manos en su pantalón negro. Todavía le hormigueaban los dedos por haberla tocado—. Yo también.

Se dio media vuelta, sorprendido tras la actitud tan primitiva que había empleado con Ruth. Debía huir de allí, de ella. No entendía por qué le habían sentado como un mazazo en el estómago las últimas palabras de Ruth, porque eso había sido para él. Un puñetazo en el estómago de los que te dejan sin respiración. Al cerrar la puerta, cabizbajo como estaba, se encontró con los pies de Noah.

—Adam, tío, te ves fatal. Ve a descansar—le sugirió acompañándolo a su habitación—. ¿Se ha dormido?

Adam asintió con una inclinación seca.

—Bien. Mañana me encargaré de despertaros —mientras veía como su amigo se acomodaba en la cama de aquella sublime habitación pintada con murales de Ruth por todas sus paredes, sintió una punzada de pena por él.

Adam se metió la pastilla en la boca, se puso el antebrazo sobre los ojos y esperó a que la droga hiciera efecto.

—¿Sabes qué me ha dicho? —dijo con voz débil.

—¿Quién? ¿Ruth? —preguntó Noah antes de cerrar la compuerta de su habitación.

—Me ha hablado de Strike.

Noah se quedó tieso ante la revelación.

—¿Sabe algo de él? —preguntó extrañado—. Necesitamos toda la información posible, Adam. No puedes matarla. Ahora no —sentenció resolutivo.

—Eso lo decidiré yo. ¿Y sabes qué más? —se pasó la mano por la cara y exhaló el aire cansado—. Me confundió con un ángel —musitó tragando saliva, incrédulo y sorprendido a la vez por las palabras de Ruth—. Un ángel. Pequeña tonta.

—No va muy desencaminada —susurró Noah—. Lo que pasa es que no te ves las alas. Descansa, Adam. Mañana aclararemos todo.

Adam había caído en un coma profundo producido por el somnífero.

Noah revisó que todas las habitaciones estuvieran cerradas. Los niños ya se habían acostado y la casa estaba en un silencio casi fantasmal.

Bajó al salón y se estiró en el sofá de piel, cubierto por esponjosos cojines negros y rojos.

La casa de su amigo era su hogar también. Adam era su hermano, y los pequeños le habían robado el corazón. Entre ellos dos los habían criado juntos, y no había sido fácil. Bien sabía Odín que después de la muerte de su hermana nada había resultado sencillo.

No, sonrió melancólico. No permitiría que nada malo pasase. Ellos eran su familia, la razón por la que su existencia en esa tierra vana y fría, que sólo le había causado sufrimiento, fuera más llevadera. Mejor.

Se puso en posición de loto y simplemente se quedó como un vigía, protegiendo aquello que más amaba.

Sonja deambulaba por la casa como lo que era: un fantasma. Un alma en pena, alguien a quien no le habían permitido encontrar sosiego ni paz, y que, además, permanecía separada de las almas que más amaba. La de su marido Akon y la de sus hijos.

Entró en el dormitorio de Nora y de Liam, y sonrió al verlos.

Sus hijos. Unos hijos a los que no había podido abrazar. Nadie sabía lo que realmente había sucedido con ella y eso la frustraba. Pero ella sí lo sabía, lo supo una vez muerta.

Habían ido a por ella y a por Akon.

Recordaba ese día como si aquella matanza hubiese sucedido ayer.

Estaban en Southampton. Su amado Akon le soltaba la mano, la besaba en la mejilla e iba a buscar un helado en una de las tiendas del centro de la ciudad. Akon salía despedido de la heladería y un lobezno le cortaba la cabeza ante sus propios ojos. Ella se quedó en *shock* al ver a su marido decapitado. Intentó ir hacia él, pero un lobezno encapuchado le cortó el paso. Sólo atisbó a ver una sonrisa malévola y unos dientes amarillentos. El maldito lobezno le clavó un puñal en el corazón y luego se lo retorció.

Huyó tan rápido y veloz que ni el ojo humano fue capaz de verlo.

Sabía que se estaba muriendo y no podía siquiera ni pedir ayuda. Adam acudió a ella al cabo de cinco minutos, asustado y sudoroso, ya que como hermanos gemelos tenían un vínculo muy poderoso. Los lobeznos que les habían atacado ya no estaban. Adam palideció al verla. Señor... la cara de su hermano iba a acompañarla cada día de su vida etérea.

La encontró en el suelo, con las manos sobre su barriga en un estado de embarazo muy avanzado y envuelta toda ella en un charco de sangre. A pocos metros, un cuerpo en posición extraña yacía decapitado. Su marido. ¿Podía un espíritu llorar? Ella estaba segura de que lloraba. Y mucho. El dolor era el mismo. Real y punzante a la altura del corazón. Adam le había sostenido la mano inerte. Lloraba y le besaba el dorso mientras repetía:

—Sonja, no me dejes. Sonja, por favor, quédate aquí.

Era inútil. Ya ni le oía. Clínicamente muerta. Pero Adam se llevó su cuerpo con él y lo mantuvo con vida unas horas más hasta que pudieron intervenirla para sacar de su barriguita a Liam y a Nora. Sus hijos vivían. Ella no. Así era la vida.

Ahora, de nuevo en el presente, intentó acariciar el pelo rubio de su hija. Aún no la había podido tocar. Tan pequeña, tan dulce. Cómo dolía no poder estar allí con ellos. No poder contarles cuentos al anochecer, no poder ponerles tiritas cuando se hacían daño, no poder besarles y decirles que los amaba con toda el alma.

Sus hijos.

Había un peligro acechante alrededor. Ella lo sentía. Ella lo sabía. Y por eso estaba ahí. Debía salvarlos. Salvar a sus pequeños. Salvar a su hermano, y para ello, necesitaba tener a la Cazadora al lado.

Como espíritu que era podía sentir el alma de los muertos y también la de los vivos. Los cuerpos físicos no podían ocultar si un alma venía con buenas intenciones o con malas, la naturaleza de la esencia no podía esconderse. Y la bondad de los berserkers que se acercaban al hogar de su hermano brillaba por su ausencia.

Se asustó. No sabía cómo proceder pero sí que debía interceder. Se materializó delante de Noah. Estaba meditando. El joven rubio se había quedado como vigía de la casa.

Noah abrió sus extraños ojos. Ni siquiera eran dorados, eran del color del sol, amarillos, anaranjados y rojos. Preciosos. Miró al frente y vio a través de Sonja. Por supuesto no la podía ver, pero su rostro mudó en estado de alerta. Sonja lo observaba todo como si en realidad ella no estuviera allí. Pero lo estaba, y sabía que alguien había entrado en la casa por alguna de las ventanas. Noah también lo sabía, su olfato así se lo decía.

Adam, drogado. Los niños dormidos. Ruth en el mismo estado que Adam.

La situación era crítica y no pintaba nada bien. ¿Y si la profecía se cumplía? En la casa había más de un berserker y algún que otro lobezno, de eso estaba segura, y Noah era insuficiente para salvarlos a todos. Aquello era muy extraño e inesperado.

Sonja se deslizó hasta la habitación de los pequeños. Debía comunicarse con ellos, eran los únicos que podían hacer algo. Ellos debían salvarse. Los necesitaba, tenían que despertar a Ruth. Era la única que podía actuar de alguna manera. La vida de sus hijos dependía de Ruth. Ruth no debía morir. Si ella moría, acabaría todo.

Sonja oyó los gruñidos. Sonidos bruscos de cristales que caían al suelo. Algo roto. Pies que pisaban los cristales. Un nuevo grito.

Y de repente Noah estaba rodeado por cinco berserkers. Él era un buen luchador, pero ellos partían con ventaja. Berserkers traidores.

Una patada voladora y ya había tumbado a dos. Les había partido el cuello con sus manos en dos movimientos ágiles y rápidos. Pero los otros tres intentaban inmovilizarlo. No todos eran berserkers, comprobó. Dos de ellos eran lobeznos.

Sonja daba gracias a Odín de que la casa de su hermano era enorme y aún tenía tiempo de sacar a sus hijos y a Ruth de ahí. Se concentró en la pequeña. No podía despertarla, no la podía tocar.

Entró en el baño de su habitación y encendió la luz que dio de lleno en las caras de los niños. Su energía daba para hacer contacto con los objetos.

—Liam... —gruñó Nora con su vocecita—. La luz del baño... Apágala.

—Yo estoy en la cama —contestó Liam incorporándose extrañado.

—¿Quién ha entrado? ¿Tío Adam? Apaga la luz, porfa —lloriqueó Nora.

Liam se levantó. Arrastró los pies hacia el baño mientras se restregaba las manitas por los ojos. Estupefacto vio como se abría el grifo y manaba de él agua ardiendo. ¡Nora! —susurró asustado—. Ven.

—Déjame dormir —contestó la niña.

Sonja se enfadó. Era muy tarde para que siguieran durmiendo la siesta. Un domingo no podían despertarse a las siete de la tarde. Ella entendía que los ciclos de sueño de los niños berserkers estaban un poco desordenados, pero era debido al crecimiento. Sin embargo, no podían dejarles dormir tanto. Si salían de ésta, hablaría seriamente con su hermano.

—¿Qué hora es? —preguntó Nora bostezando, mientras se ponía las zapatillas rosas y se metía en el baño con su hermano—. Vaya... Es muy tarde. Tío Adam no nos ha despertado.

—Nora, calla y mira. —Señaló el grifo ardiendo.

El baño, de colores pasteles y con motivos infantiles por todos lados, se llenó de vapor, y el espejo se empañó.

—¿Qué pasa? —preguntó Nora cogiéndose del brazo de su hermano.

—El grifo se ha abierto solo —contestó Liam agrandando los ojos.

—¡Liam! Deja de asustarme —le rogó Nora acercándose más a él.

Liam, que era un berserker con todas las de la ley, protegió a su hermana poniendo su cuerpo entre ella y el grifo. Sonja sonrió enternecida, y se concentró para poder escribir el mensaje que tenía que darles.

La princesa Leia está en peligro.

Tenéis que despertarla. Ponedle la inyección roja que guarda tío Adam en el botiquín. Y dadle su carcaj. ¡Deprisa!

Soy mamá.

Nora y Adam se miraron el uno al otro. Sonja los observó. Los pequeños no estaban tan asustados como ella creía.

—¿Mamá? —susurró Nora—. Nuestra mamá está en el *Asgard.* ¿Quién eres?

Sonja volvió a escribir. Mamá.

Mo estoy en el cielo, estoy aquí mismo, cariño.

—Es un juego —dijo Liam como si se le hubiese encendido una lucecita—. ¡Tío Adam quiere que juguemos a *La Guerra de las Galaxias!* Yo le conté que era Luke Skywalker y él debe de ser Han Solo. Corre, Nora —dijo emocionado—. Hay que salvar a la princesa —alzó un puño orgulloso.

Bueno, no estaba mal que ellos lo vieran como un juego.

—¿Qué inyección quiere que le pongamos? —preguntó Nora entrando como un cohete en la despensa donde Adam guardaba todas las medicinas.

—La roja... —Liam trasteaba las cajas de pastillas, jarabes, polvos, ungüentos—. No la veo. ¡Eh, aquí está el carcaj! —exclamó victorioso.

—¿Y la inyección? Mira ahí —Nora alargó el brazo para coger una riñonera negra—. Tío Adam la lleva siempre consigo cuando sale —la abrió y encontró lo que buscaba.

—¿Qué son todas estas pastillas? Hay muchas inyecciones —murmuró Liam tomando la inyección correcta entre sus manos.

Sonja estaba tan asustada. Se materializó delante de Noah. Todavía estaba peleando con los tres agresores. Venían a por Adam y sus pequeños. Ella lo sabía. Lo leía en sus mentes. Regresó con sus hijos que bajaban sigilosamente la escalera y se detenían delante de la compuerta que daba al lugar donde Ruth se encontraba.

Liam y Nora dieron un respingo al escuchar un gruñido y luego una ventana que se rompía.

—¡Liam! —Nora se cogió a la camiseta de su hermano—. Está pasando algo... No estamos jugando.

Eso es. ¡Deprisa!

—¡Corre! —Liam introdujo la contraseña para que se abriera la compuerta. Ellos siempre habían sabido que la clave era el día en que ellos nacieron. Pero tío Adam no tenía que enterarse de eso porque si no ellos dejarían de jugar a detectives y... ellos adoraban jugar a detectives como Grisom y Horatio.

Sonja sonrió orgullosa. A los dos niños no se les escapaba nada. Eran inteligentes.

Bajaron las escaleras dando saltos, y se detuvieron en seco cuando vieron el cuerpo pálido y esbelto de Ruth, atado a la cama de aquella oscura habitación. Parecía muerta.

—¿Es la princesa? —preguntó Nora acercándose a ella y observándola como si nunca hubiese visto a una mujer—. Te conozco... —susurró tocándole el pelo.

—Sí. Es la princesa Leia.

—¿Quién le ha hecho daño? —se estremeció y con sus manitas le apartó el pelo de la cara—. Es muy bonita, ¿verdad?

Tu tío es tonto.

—No lo sé, Nora. —Liam se dispuso a pincharla, pero se detuvo—. ¿Dónde la pinchamos?

Dónde sea; pequeños. Daos prisa; por favor.

—Pínchale en el culete, Liam —dijo Nora mirando hacia las escaleras—. A nosotros nos pinchan ahí. Está pasando algo muy feo. —Se escuchó un grito—. ¿Ése es tío Noah? ¿Dónde está tío Adam? —preguntó asustada.

Liam miró a su hermana. Estaba sonrojado.

—Pínchale tú —gritó él en un susurro.

—Trae —Nora miró a Liam desaprobándolo—. ¡Hombres! —exclamó dramática—. Ayúdame a girarla.

Ésa es mi Nora. Decidida como su madre.

Liam la giró sin dificultad, los niños berserkers tenían muchísima fuerza.

Nora se concentró mientras se mordía la lengua. Le levantó un poco el vestido.

—No mires, Liam —le dijo su hermana—. Es una chica. No puedes verla.

Sonja miró como su hija procedía a pinchar a Ruth. Se sentía tan orgullosa de ellos que no pudo evitar emocionarse al verlos en acción.

Liam se giró y vigiló la escalera.

Nora observó el mordisco que tenía aquella chica en la nalga.

—Le ha mordido un perro. Esto debe de ser una vacuna. —Y después de esa observación, la niña se quedó tan ancha.

Sonja se echó a reír al escuchar la conclusión a la que había llegado su pequeña.

Ruth abrió los ojos nada más sentir cómo el estimulante corría por su sangre.

Nora retrocedió y tiró la inyección al suelo.

—Liam, está despierta —avisó la pequeña.

Liam corrió hacia ella.

—Yo te liberaré, princesa —le aseguró el niño.

Ruth anonadada y adormecida quiso contestarle, pero tenía la garganta dormida. ¿No estaba muerta? ¿Cuántas horas llevaba durmiendo? ¿Adam no la había envenenado?

El niño cogió las cadenas y la cuerda, y sencillamente las rompió con una fuerza animal. Nora tomó de la mano a Ruth, y la ayudó a levantarse.

—Algo está pasando en la casa —le explicó Nora—. Nos han dicho que tenemos que despertarte.

Ruth miró a aquellas dos criaturas que parecían ángeles. Se aclaró la garganta.

—¿Sonja? —preguntó con voz pastosa mirando a su alrededor—. Dime que todavía sigues aquí.

—Aquí estoy —contestó el espectro.

—No... no te veo —se sentía desorientada.

Sonja se materializó en frente de ella.

—Ruth, saca a los niños de la casa y ocúltalos en el bosque.

—¿Sigo viva?

—Te dije que te sacaría de aquí. Ahora saca a mis hijos de esta casa, y devuélveme el maldito favor —espetó Sonja desesperada—. ¡Rápido, no hay tiempo que perder!

La mente de Ruth no tuvo tiempo para procesar la información. Sus piernas necesitaban correr como nunca, sus músculos temblaban, y la sangre le rugía en los oídos. Estaba viva, y ahora libre para poder luchar por su vida de nuevo. Y al parecer también tenía en sus manos la vida de aquellos pequeños. La adrenalina impulsó sus pies hacia delante, llevándose a la niña de la mano.

—Coge el carcaj, rápido —ordenó Sonja.

—El carcaj... —Ruth miró a su alrededor. ¡Ah, sí! El niño lo tenía en las manos mientras lo miraba ensimismado—. ¿Me lo das?

—¿Esto es tuyo? —preguntó asombrado.

Liam miró el carcaj de madera blanca y símbolos élficos y luego a Ruth. Se lo ofreció sin dudarlo.

En cuanto aquella arma tocó sus manos, se sintió poderosa. Así que era esa sensación... La Cazadora sentía el poder en cada fibra de su ser. Se lo colgó a la espalda y tomó a Liam y a Nora de las manos.

—Es el estimulante, Ruth —explicó Sonja—. Por favor, no hagas ninguna locura.

—No, es el poder —contestó ella pasándose la lengua por los labios resecos.

—Yo no sé como se siente la Cazadora, pero te acaban de meter la cantidad de estimulante suficiente como para despertar a un elefante. Es lo que se inyectan los berserkers si les alcanzan las cápsulas que disparan los lobeznos y los vampiros. Los dejan *K.O* al instante, conscientes pero con el cuerpo muerto. Lo que te ha inyectado Nora es lo que se inyectan ellos para no quedarse inmóviles.

—Qué bien —exclamó Ruth sin ánimo—. No siento miedo, no siento el peligro, soy una auténtica inconsciente con dos niños cogidos de la mano. Y todo porque me han drogado. ¿Qué más me puede pasar?

—Nos llamamos Nora y Liam. Y te hemos salvado —le informó Nora con su dulce vocecita.

Ruth la miró y le sonrió con dulzura.

—Lo sé. Yo soy Ruth. Agachaos —les ordenó. Un cuerpo enorme se estrellaba contra la pared que había tras ellos. No era ni el cuerpo de Noah ni el de Adam—. ¡¿Qué está pasando?!

—¡No lo sé! —dijo Sonja—. Pero tienes que sacarlos de aquí. Vienen a por los niños y a por Adam. No saben que estás aquí.

—¿Y Adam? ¿Dónde está? —se escondieron tras la barra americana que había en el comedor.

—Durmiendo la mona, como estabas tú hace un momento.

—Hay que despertar a tío Adam —pidió Liam—. Tiene que ayudar a tío Noah y él nos protegerá luego —suplicó mirándola a la cara.

Se oían los gritos, los desgarros, los huesos partirse, los puñetazos y el sonido de la carne contra la carne. Era la guerra. Y volvía a estar en medio.

—Ni hablar, Ruth. Sácalos antes a ellos. Ellos deben estar en lugar seguro —pidió desesperada Sonja.

Ruth asintió al ver el miedo en los ojos semitransparentes de aquella mujer y corrió con los dos niños a cuestas hasta salir al exterior. Llegaba el crepúsculo, estaba oscureciendo. El bosque se abría ante ellos, insondable y espeso.

—Pero, ¿qué hora es? ¿Cuánto he dormido? —preguntó desorientada.

—Son cerca de las siete y media de la tarde. Has dormido unas diez horas.

—¿Qué? —exclamó horrorizada mientras corría con los niños enganchados a ella.

—¡Nora y yo tenemos un lugar secreto en el Tótem! —gritó Liam—.

—No sé llegar hasta él —dijo Ruth mirando hacia todos lados.

—Nosotros sí —replicó Nora—. Te llevamos.

Cogidos de la mano, corriendo como animales, emprendieron el camino hacia el Tótem.

Adam abrió los ojos. Su cuerpo temblaba convulsión tras convulsión. Su habitación seguía a oscuras. Tensó la mandíbula y el corazón se aceleró. ¿Qué pasaba?

Una mano lo zarandeó con poca delicadeza.

—¡Adam! —gritó Noah.

Se incorporó como si tuviera un muelle en la espalda. La sábana resbaló y cayó al suelo. Se había acostado vestido.

Algo iba mal. Lo sentía en su cuerpo, en el rugido de la sangre en sus oídos, en la respiración agitada. Miró a Noah.

—¿Qué pasa?

—Adam... —Noah respiraba con dificultad—. Adam, han entrado en la casa mientras dormíais. Eran cinco. Los he intentado detener, y lo he hecho, pero...

Adam se levantó con el rostro desencajado.

—¡¿Pero qué?! —se sentía desorientado—. ¿Dónde están los niños? ¿Y Ruth? ¿Quiénes eran?

Noah cerró los ojos con fuerza y negó con la cabeza.

—Eran berserkers y lobeznos, tío. Pero no los conozco. Yo... —siseó de dolor—. Tío, han venido aquí como salvajes. Lo último que pude ver fue a Ruth llevándose a los niños de aquí.

—¡Zorra! —gritó con todas sus fuerzas. Salió poseído de su habitación y bajó las escaleras de un solo salto—. ¡Ven conmigo, Noah!

—Adam.

Éste se giró y miró hacia arriba. Entonces vio a Noah, lo vio realmente. Tenía su cuerpo ensangrentado y se le cerraban los ojos. Había caído de rodillas al suelo y parecía que iba a desmayarse.

—Me han metido algo... ya apenas me puedo mover. Mi cuerpo dejará de seguir las órdenes de mi cerebro en poco tiempo.

—¿Y los estimulantes? —preguntó acercándose a él y cogiéndole de la barbilla—. ¿Dónde los tienes? Estás hecho un cromo...

—El último te lo he inyectado a ti. Estás en mejores condiciones que yo. Ve a por ella y a por los críos, Adam. Estoy seguro de que hay más de uno allí afuera.

Adam asintió.

—¡Espera! —le dijo Noah—. ¿Sabes dónde pueden estar?

—Sé muy bien dónde estará esa mentirosa.

Claro que lo sabía. En su profecía, Ruth lo esperaba en el Tótem.

CAPÍTULO 10

Nora y Liam no dejaban de temblar.

Ruth los abrazaba como podía, pero estaban tan asustados que no sabía cómo calmarlos. Le dolían los brazos y las piernas por haber estado tantas horas atada en la misma posición.

—No hagáis ruido. Permaneced quietos y en silencio —les había susurrado.

Liam los había llevado a su escondite secreto, un orificio lo suficientemente grande como para que se colaran dos niños pequeños, pero no tanto como para que cupieran tres personas, una adulta entre ellas. Ruth estaba de cuclillas fuera de la pequeña cueva. Los pequeños no perdían detalle de ella.

—¿Quiénes eran esos hombres? —susurró Nora con tristeza—. ¿Por qué pegaban a tío Noah? —sollozó—. Quiero a tío Adam. Quiero que venga...

—Chist, cariño.

Ruth se acercó a ella y le acarició el pelo rubio y ligeramente enmarañado. La pequeña era hermosa.

—No sé quiénes eran, cielo —contestó Ruth secándole las lágrimas con los pulgares—. Pero sé que no son buenos.

—¿Tío Adam estará bien? —preguntó Liam sorbiéndose la nariz.

Adam. No tenía ni idea de lo que había pasado con él. Ni tampoco sabía que ese hombre frío y peligroso tuviera a su cargo a dos niños pequeños. Lo último que sabía de él era que la había besado, tocado y drogado. Estaba enfurecida. Tanto, que no sabía si prefería que lo hubieran matado. Pero no, no era cierto. No quería que le sucediera nada. Una parte egoísta de ella no quería eso. Ella era inocente, y necesitaba que ambos vivieran sólo para verle rogar su perdón, y para comprobar si realmente era tan malo como se esforzaba en parecer. Por eso, y también por aquellos dos pollos asustados que se agarraban a su vestido como un trozo de madera flotante en medio de un maremoto.

—Él es fuerte —contestó finalmente—. Estará bien.

—Ruth, se acercan otra vez —alertó Sonja apareciendo de nuevo ante ella.

—¿Por dónde? —preguntó Ruth.

—Los verás aparecer en treinta segundos. Ahora ya te han olido y también vienen a por ti. Les ha sorprendido verte en casa de Adam. Por lo visto, no te esperaban.

—¿A por mí? ¿Quieren matarme? —Ruth echó mano del carcaj vacío—. No tengo ni una maldita flecha. ¿Y los niños? ¿Cómo se supone que debo defenderlos, Sonja?

—¿Hablas con... mamá, verdad? —preguntó Liam abrazándose a su hermana—. Nos ha escrito un mensaje en el espejo de nuestro baño, pero ella está muerta —explicó contrariado.

Ruth miró a Sonja con tristeza. Los ojos de la mujer eran el reflejo de su alma. Anhelaba hacerse ver ante sus hijos.

—¿Ellos no pueden verte ni oírte? —preguntó.

—Podrían si tú les dejaras. La Cazadora puede hacer que otros vean lo que tú ves, pero no es el momento. Aunque lo deseo con todo mi corazón...

Apunte mental: si salía viva de allí, haría que Nora y Liam vieran a su madre.

Ruth agudizó el oído y sintió los pasos largos y constantes de aquellos que les perseguían.

—¿Dónde están? —gritó una voz de hombre—. ¡Él los quiere vivos, no les hagáis daño!

¿Él? ¿Quién era él?

—Strike —contestó Sonja con el rostro envuelto en llamas de ira.

—¿Está aquí? —preguntó Ruth asombrada.

—No. Prefiere enviar a sus secuaces. Es un cobarde.

—Coged a los niños. Dejadme a mí a la chica —dijo otro de ellos husmeando el aire—. Tengo algo pendiente con ella.

Ruth reconoció esa voz. Alzó un poco la cabeza para confirmar sus sospechas.

—No dejes que Julius te atrape, Ruth. Su intención es hacerte lo que no te hizo mi hermano.

Ruth hizo rechinar sus dientes. Ese hombre no sólo era un mentiroso, sino que además, era un traidor. Ahí estaba, oliendo el aire, con la melena rizada y rubia y los ojos oscuros, fríos y vacíos. Lo iba a matar por mentir sobre ella.

—¿Y el *noaiti?* —preguntó otro berserker de tez oscura y brazos tan gordos como piernas.

—Tiene que estar ya muerto —contestó Julius—. Lo que no entiendo es cómo han salido los niños de esa casa acompañados de la humana. ¿Qué hacía ella ahí? No debía estar con ellos en ese momento. Hay que matarla antes de que nos delate.

—¡Ruth! ¡Voy a acabar contigo! —gritó otra voz furiosa que se acercaba hacia donde ellos estaban.

En cuanto oyeron la voz de Adam, los berserkers se escondieron subiendo a las copas de los árboles como perfectos pumas.

Se estremeció. La voz chorreaba furia y dolor en todos sus matices. No sabía quién iba a ir a por ella antes, si Julius y los demás o Adam. Se agachó y cubrió a los niños, que la miraban a su vez como si ella fuera la salvadora de la humanidad.

Adam llegó al claro del bosque. A varios metros de donde él estaba se erigía el Tótem como guardián del territorio de Wolverhampton. Los berserkers estaban escondidos, y él no los vería. Tuvo ganas de avisarlo, pero si lo gritaba a los cuatro vientos, los demás también la verían a ella y a los niños.

Adam inhaló las partículas de aire de su alrededor hasta percibir el perfume de Ruth.

Sus ojos se volvieron amarillos y salvajes, y clavó su mirada en el Tótem.

—Te encontré —susurró mirando la escultura de piedra con cabeza de lobo. Justo debajo, en el pequeño hueco que hacía el saliente de la roca, se hallaban los tres escondidos.

—Ruth, hay dos berserkers detrás de mi hermano. ¡Están a punto de matarlo!

Sonja estaba de pie, con la barbilla alzada y mirando directamente a Adam. Como era un espectro nadie la veía.

—Cazadora, haz algo... Por favor. Tienes que ayudarle. ¡Mi hermano necesita ayuda!

Ruth miró a Sonja, y luego a Nora y a Liam. No sabía cómo proceder, cómo actuar.

El carcaj está lleno de flechas. Sólo tú las puedes ver. Sólo tú las puedes tocar. Envía a esas personas al lugar de dónde han venido, Cazadora.

Ruth no podía creer lo que oía. Estaba segura de que eran María y la sacerdotisas. Recibió una imagen mental de ellas, las cuatro permanecían juntas con los ojos cerrados, cogidas de las manos, dibujando un triángulo perfecto con María en el centro. La estaban acompañando. Meditaban y contactaban con ella para darle su apoyo. No la habían abandonado como había dicho Adam. A él también lo mataría por mentirle.

Ruth tragó saliva. Inspiró con profundidad hasta llenar sus pulmones de esperanza y valentía. Se levantó y todo sucedió a cámara lenta. Extendió la mano.

—*¡Sylfingir!* —Al momento, un arco de líneas élficas de color ahuesado y peso liviano se materializó en sus manos. Emitía luz.

Adam clavó en ella su mirada, y ella la clavó en él. Ruth se erizó como un gato amenazado. Julius y el berserker negro se avalanzaron hacia Adam con unas armas que parecían hachas.

Ella apretó los dientes.

Adam rugió como un animal y su cuerpo cambió de tamaño mientras no dejaba de gritar. Era imponente. Sus músculos se hincharon, los rasgos de su cara se afilaron, su pelo negro y liso creció brillante, libre, insolente. Sus ojos brillaban rabiosos y amarillos, y ella no podía dejar de mirarlo. Sin embargo, no le daba miedo, aunque se le aceleró el corazón al verlo de aquella manera. ‹‹Son los estimulantes››, se dijo.

Adam dio una zancada hacia ella, ignorante de los berserkers que tenía detrás. Lo cegaba el odio y la determinación.

Ruth llevó su mano al carcaj vacío, y esperó encontrar esas flechas que nadie, excepto ella, veía. Su corazón dio un vuelco. Tocó algo, lo pasó entre sus dedos, y con suma rapidez y elegancia, la que le había dado los casi quince años en los que había practicado tiro con arco, la colocó en la tensa cuerda. No era una flecha material. Era una flecha llena de luz azulada y quemaba al tacto. Sin tiempo para poder observarlo mejor, centró su mirada en los dos berserkers que iban a darle el primer hachazo a Adam.

No podía acabar con los dos de golpe. Acabaría primero con uno y esperaría a que Adam reaccionara para protegerse del otro.

Adam lo supo. Iba a matarlo. Aquella era la imagen de su sueño. Ella disparándole una flecha. Él cayendo fulminado al instante.

Sólo dos cosas no habían pasado en su profecía. La primera era que no se la había tirado, y la segunda, que Ruth no llevaba ninguna capucha roja sobre la cabeza. Todo aquello había sido simbólico..

Ruth atacó primero al que estaba más cerca de Adam. Soltó la cuerda del arco, y la flecha pasó rozando la sien de Adam, clavándose entre ceja y ceja del berserker negro. No llegó a tiempo para evitar que Julius clavara el extremo de una de sus hachas en la parte posterior del muslo de Adam. Éste gritó impresionado cayendo bruscamente hacia atrás.

‹‹¿La flecha me ha dado en la pierna?››, pensó Adam. No era posible. La había sentido justo detrás del muslo derecho. Cuando Adam abrió de nuevo los ojos, Julius le sonreía. Lo miraba fijamente mientras retiraba el arma para volver a embestirle de nuevo. Adam no podía descodificar lo que sucedía. A su lado, un berserker al que no conocía estaba en coma, con una flecha clavada en la cabeza. ¿Qué demonios pasaba? ¿Por qué Julius lo atacaba? ¿Ruth había fallado? ¿Qué coño pasaba?

—Se ha acabado tu legado, *noañi*—le dijo Julius al oído antes de alzar de nuevo el hacha para cortarle la cabeza—. Vienen otros tiempos en el *Midgard.*

Sin embargo, la cabeza de una flecha iridiscente fue la que atravesó el plexo de Julius.

—¡Puta! —gritó éste doblándose por el dolor y cayendo de rodillas al suelo—. ¡Id a por ella y coged a los niños! ¡Sobre todo a los niños!

Antes de que se le acabaran las fuerzas, Julius volvió a alzar el arma para darle la estocada final a Adam y cortarle el cuello.

Adam alzó un poco la cabeza para ver cómo Ruth volvía a sacar una de esas extrañas flechas, tensándola en la cuerda del arco. Él también se tensó ante aquella imagen. Ruth parecía brillar, estaba tocada por algún tipo de luz divina y celestial. Un ángel. ¿Lo mataría ahora?

Antes de que el hacha de Julius llegara a escasos centímetros de la garganta de Adam, Ruth soltó la otra flecha. Atravesó el cuello de Julius y éste cayó a su lado haciendo convulsiones, con los ojos en blanco.

Tres berserkers más se dirigían hacia Ruth, pero ella no iba a ser tan rápida como para ensartarlos con sus flechas de fantasía.

Adam se levantó cojeando con su pierna maltrecha. ¿Dónde estaban sus sobrinos? Ruth derribó a uno de los tres que estaban atacándoles. No entendía lo que llevaban esas flechas para dejar tan mal parado a un berserker, pero se alegró por ello. Otro más apareció detrás de Ruth, y se colocó entre ella y los otros dos que iban a atacarla.

No era un berserker cualquiera. Era As. ¿Qué hacía As ahí?

As gruñó como un tigre y bloqueó a los otros dos como un luchador de *pressing catch.*

Dos más cayeron de las copas de los árboles y se colocaron detrás de Ruth.

La alertaron los niños al gritar, y ella se dio la vuelta lo suficientemente rápido como para disparar a uno de ellos y tumbarlo. El otro sacó a los niños de su escondite. Ruth soltó el arco y éste se desmaterializó en el aire. Con un grito, saltó sobre el berserker que se llevaba a los niños y, agarrándose a su cuello como una ventosa para que no pudiera irse con ellos, apretó los brazos en torno a él.

—¡Suéltalos! —gritó tirándole del pelo.

El berserker intentó lanzarla por los aires, pero algo se lo impidió.

Adam, que había sido veloz, con una herida en la pierna en la que se veía hasta el hueso, lo agarró y hundió el puño en su pecho, hasta arrancarle el corazón y aplastarlo entre sus dedos. Murió en el acto, y Ruth y los niños cayeron al suelo con él.

Un último berserker que había aparecido entre los árboles sacó unas inmensas garras y arrancó parte de la piel de la espalda de Adam. Ya sólo quedaba él. Adam aulló, y al girarse, clavó sus dedos en su garganta hasta extirparle la tráquea en un movimiento duro y seco. Luego se encaramó sobre él, con sus rodillas sobre cada hombro del traidor, y haciendo palanca con sus manos le arrancó la cabeza.

Ruth lo miró horrorizada mientras reculaba con ambos niños agarrados como lapas a su torso. No querían abrir los ojos, pues temían lo que se iban a encontrar si lo hacían. Sangre. Ira. Muerte. Destrucción.

Adam se quedó mirando al berserker y luego, como un robot, la buscó a ella con la mirada. Sus ojos amarillos se centraron en Ruth. Un absoluto y preciso escrutinio.

Ella no quería mirarlo así que hundió la cara en la cabellera de Nora para susurrarle:

—Ya pasó, pequeños. Mirad, Adam está aquí. Ya ha pasado todo —la besó en la coronilla. Los pequeños tenían que tranquilizarse y ella también.

Adam procesó ese gesto en su mente sobrecogida. Ruth protegía a sus sobrinos y les daba consuelo. Había peleado como una amazona, se había enfrentado a un berserker que hacía casi el triple que ella. Y... lo había salvado.

Lo había salvado.

Miró hacia atrás para ver lo que aquella chica había provocado con sus ‹‹flechas››. Los berserkers que había alcanzado seguían en el suelo, gritando de dolor, inquietos y sollozando como niños.

¿De qué estaban hechas? Tres. Tres guerreros tumbados. *K.O* completo.

La volvió a mirar sorprendido. Lo había salvado de verdad.

Algo en su estómago se removió cuando descubrió que Ruth estaba llena de arañazos en pies, piernas y brazos. Ahora, sus empeines y las plantas de sus pequeños pies sangraban por sus cortes. La sensación mareante del estómago ascendió hasta su pecho, y allí se hizo una bola. Su cara aún amoratada y el hombro todavía hinchado. Los labios, el inferior magullado por sus besos, le temblaban, y sus ojos no dejaban de brillar por las lágrimas. Ruth lloraba. Esa chica estaba llorando.

El nudo del pecho estalló, y sintió que se quedaba sin voz, o más bien sin palabras que pudieran expresar lo que estaba sintiendo en ese momento. Por ella. Por aquella chica de cuerpo esbelto y pequeño, llena de vulnerabilidad. Era humana, podría haber muerto.

No lo pensó. Dio un paso al frente, para hacer algo, tal vez estar más cerca. Olerla mejor. Reconocer que se... ¡Maldición! Se había equivocado tanto que nada podría excusarlo.

Ruth se arrimó al árbol al ver que él iba hacia ella. Le tenía miedo. Si Adam se acercaba un milímetro más se pondría a chillar como una histérica. La adrenalina era demasiado potente. Nerviosa por su inminente proximidad, se dio cuenta de que a Adam le había crecido el pelo lo suficiente como para hacerle un par de trenzas a los lados. Sus ojos todavía estaban amarillos, los incisivos retrocedían entre sus labios y su cuerpo ahora se relajaba para volver a recuperar el tamaño normal. Una X menos de talla.

—Adam, no te le acerques —ordenó una voz de mujer.

—¡Aileen! —gritó Ruth aliviada, levantándose con los niños pegados a ella.

Él se giró para verificar que tanto Aileen como Caleb estaban allí. Caleb, todo vestido de negro, siempre a la moda, le miraba con sus ojos verdes glaciales. Tenía la cara salpicada de sangre. Él también había lucha-do. ¿Pero cuántos habían participado en esa encerrona?

Aileen pasó por su lado censurándolo y enseñándole los colmillos.

La morena se detuvo frente a Ruth. Le inspeccionó la cara jurando entre dientes al ver los moratones y las magulladuras que tenía en el rostro y en el cuerpo.

—Pensé que me habías abandonado —susurró Ruth apartando la cara ante el roce cuidadoso de su amiga. La cara le escocía.

—Nunca, Ruth.

—¡Lo sabías! ¡Dejaste que me llevara! —gritó abrazándose a los dos niños que no la soltaban.

—Yo no quería. Me negué, pero todos confiábamos en que tú eras inocente y en que Adam no iba a hacerte daño.

—¡Pues te equivocaste! —volvió a gritarle secándose las lágrimas de un manotazo—. ¡Todos os equivocasteis! ¡Ese hombre es un psicópata!

Caleb agarró a Adam del cuello y lo estampó contra el Tótem, reteniéndolo con su brazo y presionándole la tráquea. El pelo largo de Caleb ondeaba al viento con tanta furia como furia irradiaban sus palabras.

—¿Le has hecho daño? —gruñó Caleb apretándole la garganta con más fuerza—. ¿Tú le has hecho lo que tiene en la cara? ¡¿La golpeaste?!

—No —contestó Adam sin perderle la mirada a Caleb—. Y más vale que me sueltes.

—No se te ocurra amenazarme.

—No me provoques entonces. Eres fuerte, vanirio, pero yo estoy muy cabreado.

Aileen siguió a su pareja de reojo. Caleb podía ser muy rudo cuando quería.

—Caleb, mantenlo ahí —pidió con los ojos lilas implorantes—. Mírame, Ruth—puso la mano sobre la mejilla de su amiga—. ¿Él te ha hecho esto?

Ruth observó a Adam lo suficiente como para ver que él estaba pendiente de su respuesta. ¿Qué esperaba que dijera? Se había atrevido a hacerle de todo, pero él no le había pegado. Liam también esperaba la respuesta con tensión. Al parecer, para Liam era importante lo que dijera ella.

—No, él no me golpeó —contestó seca.

Aileen relajó los hombros y suspiró.

—Bien. Me tranquiliza saberlo. Ruth, no sé lo que te ha contado Adam, pero no te hemos abandonado nunca. —Se aseguró de que su amiga la escuchara cogiéndole suavemente por la barbilla—. Sabíamos lo que pensaba Adam, los sueños que había tenido. Todo fue muy precipitado. Me informaron ayer mismo de ello. María y mi abuelo nos obligaron a Daanna y a mí a quedarnos al margen. Mi abuelo estaba convencido de que él no iba a hacerte nada. Así que decidió dejarte en sus manos.

¿Qué él no le había hecho nada? Todavía sentía como ardía el mordisco que le había dado en la nalga. Puede que Adam no le pegara, pero era obvio que la había tratado mal. Y nadie sabía lo humillada que se había sentido por ello ni las ganas de revancha que hervía en su interior.

—Claro. Y dejasteis que me mantuviera presa —Ruth la miró fijamente—. Él creía que yo lo iba a matar —dijo en voz baja sólo para que lo oyera Aileen—. ¡Maldita sea! Estaba convencido del mismo modo que lo estaba Caleb sobre ti. ¿Recuerdas lo que él hizo contigo? No fue amable, ¿verdad?

Aileen apretó los dientes presa de la rabia. Conocía ese brillo furioso en los ojos de Ruth. Ella misma había tenido el mismo cuando Caleb la secuestró. Él también la había tratado fatal. Pero luego, inesperadamente, todo cambió.

—Te lo voy a preguntar otra vez —susurró Aileen tragando saliva. No deseaba que su amiga hubiese pasado por lo mismo—. ¿Adam te ha... te ha hecho daño?

—Sí —dijo Ruth, sintiendo como el berserker se estremecía. Ya volvían las lágrimas, de nuevo.

Liam ocultó la cara en el estómago de Ruth, desolado.

—No —sollozó Liam—. Tío Adam no te quiso hacer daño. Él no hace daño a las niñas.

Caleb miró a Adam y le enseñó los colmillos.

—¿Qué coño le has hecho, Adam? —lo zarandeó—. No debías tocarla. Te dijimos que no...

—No intentes darme lecciones de falsa moralidad. Todos sabemos lo que hiciste con la nieta de As —Adam señaló a Aileen con la barbilla.

—Pagué por ello —gruñó el otro.

—¡Vosotros dos, ya es suficiente! —exclamó Aileen. Volvió a centrarse en su amiga—. La verdad, Ruth.

Ruth cerró los ojos y tragó saliva ante el interrogatorio de Aileen.

—Adam es un hombre horrible, pero no me hizo daño como imaginas —aclaró avergonzada—. No. Bueno. En fin... Ha sido un borde y sí que me ha hecho daño, pero no son heridas que puedan verse por fuera. No me... no me violó si es eso lo que me estás preguntando. —Bajó los ojos.

Aileen asintió apenada.

—¿Te pegó?

Ruth se lamió el labio y deseó apoyar la nalga dolorida contra algo que pudiera calmar el escozor.

—No.

As caminó hacia Adam con el porte solemne, irradiando poder y respeto con su aura.

—Está bien. Suéltalo, Caleb —ordenó el *leder* con voz potente. Adam lo miró, y bajó los ojos como un perro intimidado que sabe que se ha portado mal. Caleb se apartó—. Y tú, Adam, mírame.

—*Leder,* se ha cumplido mi profecía. Pero yo lo interpreté mal —alzó la barbilla mostrando un orgullo que para él fue difícil rescatar. Se sentía fatal.

—¡Sigues vivo, estúpido chucho! —gritó Ruth yendo hacia él con el rostro encendido. Quería golpearlo. Pero no podía caminar con los niños reteniéndola, enganchados prácticamente a sus piernas—. No se ha cumplido nada. —Se serenó y les acarició la cabeza a ambos, obligándose a relajarse.

—¿Qué se supone que debemos hacer ahora contigo, Adam? —preguntó As reprendiéndolo con dureza—. ¿Dónde está Noah? Se suponía que debía vigilarte y cuidar de ella —señaló a Ruth.

—Y lo ha hecho, *leder.* Ha cuidado de nosotros. Está malherido, en casa —contestó Adam volviendo a mirar a Ruth. Sus sobrinos no se separaban de ella, como si fuera el único clavo ardiendo al que amarrarse.

—¿Cómo ha pasado todo esto? ¿Qué está sucediendo? —preguntó As abarcando el bosque con un gesto de su mano—. ¿Qué pretendían estos berserkers? Algunos eran de nuestro aquelarre pero a

otros no los había visto en mi vida. ¿No viste nada en tus profecías?

—No, maldita sea. Sólo la veía a ella, a Ruth. Nos atacaron en un momento de debilidad —contestó Adam mirándolo de frente—. Eran cinco. Ruth y yo estábamos inconscientes. La drogué para que se durmiera y pasara el día más rápido. Yo... estaba muy nervioso —explicó afligido pensando en su comportamiento hacia ella—. Luego me drogué yo. Desperté con Noah a mi lado, ensangrentado. Él me puso el estimulante para que reaccionara. Me explicó que habían venido a atacarnos, que los que habían entrado en mi casa no eran de Wolverhampton. No los conocía. Y me dijo que Ruth y los pequeños habían logrado escapar. Algunos lobeznos los acompañaban, maldita sea.

—Vaya mierda —dijo Caleb pateando una piedra y haciéndola añicos.

—¿Cómo escapasteis, niña? —As se dirigió a Ruth con el rostro más endulzado.

—¿Ahora te importa? Estoy enfadada contigo, As. Estoy muy cabreada con todos vosotros, no pienses que esto va a ser como antes. Me habéis traicionado —su rostro reflejó todo el dolor que sentía—. ¿Por qué tendría que ayudaros?

—Ruth —exclamó Aileen impresionada por la respuesta de su amiga.

—Ruth, ¿qué? —replicó ella. Estaba cansada, dolorida y confundida. No podía creer que sus amigos, a los que ella estaba ayudando, la dejaran en manos de alguien que la odiaba tanto como Adam—. ¿Qué esperabas? —gritó—. ¿Quién me protegió de él?

—Cálmate, Ruth. Tienes razón. Perdónanos. —Aileen la abrazó con fuerza y la tranquilizó.

—No quiero calmarme, déjame en paz —murmuró sobre el hombro de Aileen, pero no rechazó su abrazo—. Ha sido horrible. Sólo tengo ganas de arrancarle la cabeza. Ha sido un capullo. Y vosotros también.

Aileen quería matar a Adam. Miró a Caleb y a su abuelo con preocupación y rabia. Ruth estaba muy alterada, y era normal. Ella tampoco se perdonaba haberla dejado en manos de ese loco.

—Cuéntanos, Ruth —pidió As con humildad—. Por favor.

Ruth, más tranquila procedió a explicarles lo que había pasado desde que entró en la cueva y la iniciaron. Todos allí presentes desencajaron las mandíbulas, asombrados por la historia que narraba.

—Resulta que soy la nueva Cazadora. Desde que llegué aquí escuchaba la voz de una mujer que pedía ayuda y que decía que algo terrible iba a pasar. Después de mi iniciación en Alum Pot, pude ver físicamente a esa voz y por fin hablar con ella sin miedo. Se trata de Sonja, la hermana de Adam.

Adam palideció al oír de nuevo el nombre de su hermana. Escuchó

todo lo relacionado con Sonja, con el acecho de las almas oscuras. Escuchó cómo aquella joven hablaba sobre su madre y Strike, y sobre lo que Sonja le dijo que Lillian había hecho con ella.

—¿Por qué iba a hacer eso? —preguntó As consternado—. Era su hija. ¿Por qué la mató? ¿Qué pretende Strike? ¿Dónde está? ¿Adam, tú lo entiendes? ¿Cómo la mató? ¿Estaba ella en la reyerta?

Adam tenía la mirada perdida. Su hermana se había puesto en contacto con Ruth, y él no la había creído. Sintió las rodillas flojas y se dejó caer al suelo.

Su madre... había participado de alguna manera en el asesinato de Sonja. Clavó los dedos en la tierra y arrancó los hierbajos de sopetón.

—Hay que averiguar qué hay detrás de todo esto. ¿Cuáles son los móviles de Strike y Lillian para hacer lo que han hecho? ¿Y tú, Ruth? ¿Cómo escapaste?

—Yo —se aclaró la garganta— estaba... estaba atada a la cama. El chucho me drogó —lo miró con rencor—, y... cuando abrí los ojos vi a Nora y a Liam. Me habían clavado una inyección de color rojo.

—¿De color rojo? —preguntó Caleb alarmado. Las jeringas de color rojo eran altamente estimulantes porque llevaban incorporado un potente veneno. Un veneno afrodisíaco que iba a provocar una desinhibición de mil demonios en el cuerpo de la joven humana.

—Sí. La droga que me suministró Don Ruth-eres-una-asesina era muy fuerte y me tuvieron que inyectar una especie de estimulante que al parecer no sólo me despertó, sino que quita el miedo —dijo sin darle importancia.

—No quita el miedo —negó Caleb en redondo. Era una reacción a la adrenalina descontrolada. El corazón le iría frenético y necesitaría expulsar el veneno como fuera.

—¿Cómo sabíais vosotros dos que...? ¿Y de dónde sacásteis las inyecciones? —preguntó Adam asombrado mirando a los pequeños, cortando al vanirio—. Hablaremos largo y tendido cuando lleguemos a casa.

Los niños se miraron y procedieron a dar las explicaciones pertinentes, sin soltar el vestido destrozado de Ruth. Adam iba a reñirles y ellos estaban un tanto sobrecogidos. Cuando acabaron de hablar, el berserker miró a Ruth penetrantemente.

—Así que mi hermana hizo lo posible por salvarte de mí —tenía la voz ronca. Como si algo le estuviera estrujando el cuello.

—Ya te lo dije —contestó ella—. Para variar, no me creíste. —Quería disfrutar al ver a ese hombre enorme, derrotado y abatido en el suelo, pero algo en su interior se retorcía de dolor al verlo—. Debo de ser estúpida — dijo en voz baja. No soportaba sentir eso después de lo mal que la había tratado Adam, pero lo sentía. El berserker necesitaba a los niños con él. Podía ver los temblores en su cuerpo debido a esa necesidad—. Id con él, niños. Vuestro tío os necesita —les ordenó suavemente.

Nora y Liam la miraron sin entender por qué razón Ruth les sugería eso.

—Id con él, venga —los animó.

—Yo no voy —contestó Liam sin apartarse de ella—. Él te ha hecho daño.

Adam recibió las palabras de su sobrino como un puñetazo en el estómago. Precisamente, porque eran verdad. Él le había hecho daño.

Nora se apartó de Ruth a regañadientes y caminó hacia donde estaba Adam. La niña era más compasiva y dulce por naturaleza.

—¿Tío Adam? —preguntó con voz temblorosa—. Ruth, dice que...

Adam no esperó a que la niña acabara la frase. Se incorporó y la abrazó con todas sus fuerzas. Nora arrancó a llorar hundiendo su cabecita en el inmenso hombro de Adam.

—Me habéis dado un susto de muerte —susurró Adam incrédulo al ver que todavía tenía voz—. Nunca había pasado tanto miedo. —Besó su coronilla y esperó pacientemente a que Liam se acercara.

Ruth miró al pequeño que hacía pucheros. Estaba asustado, decepcionado y con una ligera conmoción.

—Ve con Adam —le acarició el pelo.

—Pero es que él...

—Él estaba equivocado. Creía que yo podría hacerle daño, o que os podría apartar de su lado. —Todos miraban a Ruth con un brillo extraño en los ojos—. Pensó que yo era mala. Pero supongo que ya sabe que no lo soy. No volverá a hacerlo —intentó sonreír para no dar importancia al tema delante del niño. Liam necesitaba tanto la figura de Adam en su vida, como Adam necesitaba a Liam. Eran una familia, y ella no quería ser la causa de ninguna ruptura.

—Está bien —se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y corrió hacia Adam.

Adam lo alzó inmediatamente y sepultó a sus sobrinos en un abrazo de oso conmovedor. Podía con los dos a la vez, por supuesto. Adam besó a Liam, les dijo que los quería mucho. Buscó a Ruth, y ésta apartó sus ojos dorados de él, incómoda ante la intensidad de la oscura mirada de Adam.

—Si queréis saber cualquier otra cosa —murmuró ella recogiendo el carcaj del suelo. Ahora sentía ese accesorio como parte de ella— podéis preguntar a Julius. Las flechas de la Cazadora no matan a

los humanos, pero sí que les llegan al alma —sonrió acercándose al berserker traidor—. Ahora mismo les está pesando la conciencia de todo lo que han hecho, y no pueden con el dolor. —El nuevo conocimiento de todo cuanto la rodeaba le sorprendía—. Los deja paralizados y con ganas de redimir todos sus pecados, pero si se las quitáis, su alma volverá a oscurecerse de nuevo.

—¿Qué haces? —preguntó Adam alarmado al ver que Ruth se quería ir de allí. Caminó hacia ella con Liam y Nora a cuestas.

Caleb iba a detener a Adam, pero Aileen se lo impidió.

—Déjalos —le pidió.

—¿Qué?

—*Caraid,* puede que me equivoque, pero... En fin, tú déjalos. —Sus ojos lilas estudiaban con precisión el comportamiento de ambos. Caleb frunció el ceño y dejó que Adam se alejara.

Adam siguió a Ruth. La chica cojeaba por las heridas de los pies, y aunque la droga le daba una energía ficticia, cuando pasara el efecto iba a sentirse fatal.

—¿Qué estás haciendo? —repitió el berserker.

—En ocasiones oigo voces... —contestó Ruth ignorando su presencia.

—¿A dónde vas?

Ruth reculó. Quería irse, alejarse de todo eso.

—Me voy a mi casa. Tengo un trabajo, y tengo a Gabriel allí. No tengo por qué quedarme aquí con vosotros.

—No puedes irte. No te vas a ir —contestó Adam dejando a los niños en el suelo y cogiéndola del brazo.

Ruth miró la mano que la sostenía. Adam la apartó y se sintió incómodo al hacerlo.

—No vuelvas a tocarme —le advirtió Ruth. La piel del brazo le hormigueaba allí donde Adam la había sujetado—. Me voy. Necesito estar en mi hogar, necesito ver a Gab, un humano como yo y... y yo no quiero verte más, Adam. Es eso o dedicarme a hacerte la vida imposible, soy vengativa. Ya no me caes bien. No te aguanto. He tenido suficiente de ti.

—No puedes alejarte de esto. Eres la Cazadora. Tu misión es importante y por lo visto está íntimamente ligada a nosotros, y a mí en especial —replicó él—. No voy a dejar que te vayas.

—Adam tiene razón —apoyó As.

—Adam puede irse a freír espárragos —contestó Ruth a As. Desafió a Adam con un gesto despectivo de su barbilla—. Él no me da órdenes.

—Necesitas protección —replicó Adam.

—No me digas.

—Sí te digo. Maldita sea, As. —Se giró hacia su *leaer.* Tenía que pensar en algo rápido o si no aquella chica que le había salvado la vida y a la que tanto había agraviado se iba a ir—. Quiero hacer el Pacto *Slavery*[16].

As lo miró severamente.

—Merezco un castigo por lo que he hecho a Ruth. Todos sabéis de mi animadversión hacia ella, no es alguien que me caiga especialmente bien, pero —la miró de reojo y vio cómo ella se tensaba al oír esas palabras—, lo que he hecho no merece compasión ninguna —su voz sonaba afligida de verdad—. Me sirvo en bandeja, Ruth. Seré tu *slave*[17].

—No esperaba menos de ti —contestó As sacando un collar metálico de detrás de su cinturón.

[16] Slavery: en noruego significa "esclavitud".
[17] Slave: en noruego significa "esclavo".

—Abuelo —Aileen se cruzó de brazos y se colocó delante de Ruth, protegiéndola de todos—. ¿Qué dice?

—Se ofrece como su esclavo. En los clanes berserkers, cuando una mujer era seriamente vejada por alguien y luego resulta que ese alguien estaba equivocado, se le castigaba con la *slavery,* la esclavitud de por vida, hasta que la mujer decidiera que se había cansado de él.

CAPÍTULO 11

Ruth se interesó de golpe por las palabras de As. Repasó a Adam de arriba abajo y estimó la posibilidad de hacerlo su esclavo. ¿Tendría esa suerte? No deseaba otra cosa que vengarse de él. Y se moría de ganas de hacerlo, pero eso supondría descontrolarse con él. En todos los aspectos. O todo o nada. Sin embargo, alguien debía poner el sentido común en toda esa locura.

—Un *slave* es lo más bajo de la escala social en nuestro clan —prosiguió As—. Adam podría perder todo el respeto que tanto le ha costado conseguir en estos tres siglos. Y lo haría porque es un hombre de honor y reconoce que se ha equivocado. Él se ha ofrecido a ella, nadie ha tenido que impulsarlo a hacerlo. Aunque si te soy sincero, yo mismo iba a castigarlo de ese modo por su comportamiento. Por eso llevaba el *hallsbänd*[18] conmigo. Me alegra que haya sido idea suya.

—¿Ibas a hacerlo? —preguntó Aileen asombrada.

—Quiero a ese berserker como si fuera un hijo —suspiró cansado—, pero los errores se pagan. Caleb pagó por lo que te hizo. Adam debe pagar por lo que le haya hecho a Ruth. Nuestro clan exige respeto a hombres y a mujeres. No nos gustan los abusos. Y si hay ofensa, debe darse la oportunidad para que de lugar el perdón.

Aileen asintió mientras observaba la escena.

—*¿Leaer?* ¿Estás de acuerdo, entonces? —Adam ansiaba la respuesta de As. Necesitaba arreglar las cosas con Ruth. La necesitaba para volver a contactar con Sonja y averiguar lo que sucedía. La necesitaba para dar caza a Strike y a su madre.

—¿De qué estás hablando, chucho? —no pudo obviar la pulla. Ruth estaba nerviosa y no le gustaba nada cómo la miraba Adam, como diciéndole que no se iba a escapar de él jamás—. ¿Es que te has vuelto loco?

Adam sonrió. Ruth no le tenía ningún respeto, así que su relación tampoco iba a ser muy diferente de lo que ya era.

—As, sabes que es lo mejor. Ruth necesita protección. Yo se la daré.

—Ni lo sueñes. —Tener a Adam a sus órdenes sería muy divertido y le iba a hacer pagar por todo, pero por otro lado no sería bueno ni para su salud mental ni para la emocional. Lo mejor sería no verlo más. Olvidarse de él—. No quiero ni que te me acerques. ¿Me has entendido?

As asintió, ignorando la diatriba de Ruth.

—De ahora en adelante, tu papel como *noaiti*y como guerrero pasa a segundo plano. Vivirás para servir a Ruth, ella será tu ama. Que así sea. Ruth —la miró.

—¿Estáis dementes? ¿Es que nadie me escucha? ¡No! ¡No quiero! —los ojos ambarinos de Ruth echaban lenguas de fuego.

—Ruth —As intentó tranquilizarla—. Es lo mejor. Adam se cortaría un brazo antes que hacerte daño u olvidarse de tu seguridad. Ahora eres una pieza importante en nuestro clan. La Cazadora necesita a alguien cerca en las noches de cacería, alguien que cubra sus espaldas y que esté dispuesto a jugarse la vida por ti. Deja que Adam se redima de este modo. Deja que esta sea nuestra forma de pedirte perdón. Es justo, ¿no crees?

—Creo que no lo es —sentenció Ruth. Pero ya sabía cómo iban las cosas con los clanes. Su voluntad no era importante ante la de seres de miles de años de edad, procedentes de linajes de los dioses. Se mordió la lengua y sintió que le escocían los ojos—. No importa lo que yo diga, ¿verdad?

Adam apretó los puños. Pensó que Ruth se alegraría al saber que podría hacer con él lo que quisiera. ¿Por qué no disfrutaba con la idea? Se giró para encararla.

[18] Hallsbänd: en noruego significa “collar”.

—Esto va más allá de ti y de mí. No se trata sólo de lo mal que tú lo puedas pasar. —La miró fijamente a los ojos—. Me voy a humillar ante ti, Ruth, y tendrías que aprovecharte de ello. Pero es que no sólo se trata de que yo me humille y de que tú te lo pases bien. Eres el nexo de unión entre las almas del *Midgard.* Tu papel para que los ciclos se cumplan y la vida siga su curso es tan importante... —admitió apasionado—. Por alguna razón, un grupo de berserkers, entre los que se encuentran la zorra de mi madre y su amante, al parecer están planeando algo horrible. Podrían acabar con nosotros, podría desencadenarse el infierno en la tierra, ¿entiendes? Déjame ser quien reciba los golpes por ti, me lo merezco y tú realmente necesitas la constante protección de alguien. Soy un chamán,

Ruth. Soy fuerte.

—Un chamán que ha perdido su don —alzó una ceja despectiva—. Fallaste conmigo, *Bobby bonito.*

—Un chamán que malinterpretó lo que recibió —contestó entre dientes—. Pero soy poderoso. Úsame.

Ruth parpadeó repetidamente para olvidarse de los ojos hipnóticos de Adam. ¿Que lo usara? ¿Adam le estaba pidiendo realmente que lo usara? Ese hombre no sabía lo que decía. A ella no la podían desafiar de esa manera, porque para ella, un desafío era como una zanahoria para un conejo. Irresistible. Y más con las ganas de revancha y la rabia que sentía hacia él. Disfrutaría demasiado de su venganza. No tendría escrúpulos. ¿De verdad que Adam quería ser su esclavo?

El berserker se pasó la mano por la nuca. Quería hacer algo más para convencerla, pero no sabía cómo delante de todos los allí presentes. Ella tenía que aceptarlo, maldita sea.

—¿Qué pasa, Ruth? —su tono se volvió frío—. ¿Te vas a escudar en tu trabajo? ¿Tus noches de fiesta? ¿El alcohol? ¿No vas a aceptar tu misión? Vas a huir, ¿verdad? ¿Es demasiado para ti?

—Ten cuidado, Adam. —Su cuerpo temblaba ante los ataques de Adam. No lo aguantaba. Pero Adam la obligó a mirarlo.

—No te vas a ir. ¿Vas a ignorar tu responsabilidad? —siguió pinchándola—. Claro, es fácil hacer oídos sordos cuando quieres seguir teniendo los excesos y la vida fácil que tenías desde que has llegado aquí.

—¿Vida fácil? Mi vida ha sido un infierno desde que nací, gilipollas — gruñó con el rostro rojo de la ira—. Y llegar aquí, y conocerte, ha empeorado las cosas. Tú no sabes nada de mí.

—Sé lo que necesito saber. Ha llegado el momento de hacer algo que valga la pena en tu vida, ¿no te parece? Véngate. Vamos, aprovéchate de mí. La Cazadora se respeta y es respetada por todos. ¿Qué harás si no aceptas mi protección? —le espetó en voz baja. Necesitaba provocarla y que Ruth sacara las garras para que reconsiderara su trato—. ¿Buscarás refugio entre los brazos de Limbo? Él no está aquí, así que aún puedes ir a buscarlo. Pero te faltará Julius para el trío, ups... lo acabas de atravesar con una flecha.

—¡Hijo de puta! —Lo empujó. ¿Cómo podía creer eso todavía? Echó mano a su carcaj y cogió una flecha para dirigirla directamente a su garganta. La mano le quemaba al entrar en contacto con la energía de la Diosa, pero había logrado sorprender a Adam. Si quería provocarla, lo había conseguido—. Me gustaría quemarte la lengua con esto.

—Ruth, deja eso —le pidió As preocupado.

Aileen sonreía ante la valentía de Ruth.

Adam miró la flecha. Qué luz tan extraña tenía. Era fascinante igual que la mirada de esa chica.

—No sabes nada de nada —gritó Ruth—. Coge a Julius antes de que se le fría la garganta y pregúntale lo que pasó. Mintieron.

—No es verdad —contestó Adam rabioso—. Dieron todo tipo de detalles.

—Ya es suficiente. —Lo empujó por el pecho. La paciencia de Ruth explotó. Adam se iba a enterar de a quién estaba provocando—. Por el bien del clan y del resto de la gente que te rodea, vas a dejar de ser chamán. —Sonrió con malicia. Había rebasado su límite, así que no le importó ceder. Quería venganza, y Adam no sabía dónde se había metido porque si había alguien que podía ser una gran cabrona cuando le hacían daño, ésa era ella—. Voy a desvincularte ahora mismo de ese título, así no sufriremos tus predicciones ni tus suposiciones nunca más. —Se alzó de puntillas y a un centímetro de su boca le dijo—. Acepto el pacto. Eres mi esclavo, Adam.

Adam sonrió orgulloso.

—¡¿Lo has oído, *leaer?!* —gritó complacido, sonriendo a la humana como un petulante.

—Bien —As asintió y se puso a recoger los cuerpos heridos de los dos berserkers que seguían vivos—. Tu juramento queda aprobado, Adam. Ruth ha aceptado tu esclavitud. Ha proclamado las palabras en voz alta. Sellemos el acuerdo.

Ruth no estaba arrepentida, pero entendió demasiado tarde lo que había dicho. Adam la había provocado para que ella dijera eso exactamente. Bien, pues si así iban a ser las cosas, ella iba a sacar petróleo de la situación.

El berserker la quería a ella como su ama, y de repente, sintió un calorcillo en la parte baja del estómago. Se estaba excitando con la idea. Era consciente de que se había metido en la boca del lobo, y él estaba encantado de que ella hubiera bajado la guardia lo suficiente como para caer en su trampa.

—Muy bien, Cazadora. Ya hay un compromiso verbal, es irrompible.

Ruth lo atravesó con la mirada y luego le dio la espalda alejándose de él. En otras circunstancias no se hubiera comprometido con algo así, y menos, tener a un hombre tan intimidante como Adam siguiéndola por doquier, acaparando toda la luz y todo el aire que ella necesitaba. Pero era Adam. Un provocador que la había pinchado para que ella estallara de ese modo. Ahora los dos iban a acarrear con las consecuencias. Y ella iba a cobrarse por todo.

—¿Vendrás a mi casa a vivir o bien voy yo a la tuya? —preguntó él con una sonrisa diabólica, siguiéndola de cerca.

—Tú te pinchas. Mi casa no la vas a pisar —contestó Ruth, incrédula ante su sugerencia.

—Son veinticuatro horas a sol y a sombra —explicó Adam indiferente—. Debo tenerte vigilada y satisfecha. Ser un *slave* conlleva muchas responsabilidades.

Ruth se detuvo. Su cuerpo era una vara tiesa y temblorosa. Se giró y lo encaró, sin saber qué responderle. ¿A qué se refería con eso de mantenerla satisfecha? ¿Era lo que ella imaginaba? ¿Estaban pensando en lo mismo? ¿Qué sabía él de lo que ella deseaba? ¿Así que iban a jugar?

—Vendrás a mi casa, entonces —murmuró él asintiendo con la cabeza y rascándose la barbilla—. Es donde mejor puedo ocuparme de tus necesidades y de salvaguardar tu vida. A mis sobrinos no les conviene cambiar de aires ahora, están muy asustados y es mejor rodearles de un hogar que conozcan. Ellos son lo más importante.

—Vaya, me enterneces —comentó sarcástica—. Pero que yo sepa, no somos una familia. ¿Por qué debería importarme tu comodidad ni su seguridad?

—Tampoco yo quiero que formes parte de la mía —se encogió de hombros—, no te confundas. Pero es lo más seguro. Además, no creo que seas muy maternal, ¿no? —Si se dio cuenta del respingo que dio Ruth al oír eso, lo disimuló muy bien—. Pero no creo que pueda protegerte en Notting Hill, con tu amigo hacker dando tumbos por ahí, y luego —se acercó a ella como una pantera—, tus correrías nocturnas —susurró malvado—. Tendré que vigilarte. Al parecer te gustan los traidores —señaló a Julius con la cabeza.

Seguía provocándola. La insultaba, maldito fuera. Reventó. Apretó los puños y miró a los pequeños.

—No sé si te has dado cuenta, pero te he salvado la vida incluso después de haber aguantado tus insultos y tus vejaciones, y además, me he hecho cargo de tus sobrinos. ¿Cómo te atreves ahora a empujarme de ese modo? ¿Estás celoso, perrito? ¿Quieres llamar mi atención?

Ruth estaba adorable. Allí plantada delante de él, con el ceño fruncido y toda esa rabia apasionada que iba dirigida solamente a él. Adam sintió como el monstruo entre sus piernas cobraba vida. Olía la esencia de Ruth por todos lados.

Melocotón.

Ahora lo insultaba y lo maldecía, pero él casi no la escuchaba. Estaba perdido en esa mujer. Su cerebro no procesaba toda la información del ambiente, se centraba únicamente en ella. ¿Cómo podía ser? Si Ruth no era su tipo.

—Nora y Liam estarán muy orgullosos de ti —continuaba Ruth. Los niños se habían quedado rezagados y acurrucados el uno contra el otro, y miraban la escena con interés—. ¿Quieres ser mi esclavo? Es que incluso esa palabra es repugnante —comentó asqueada—. Pues prepárate para servirme en tu propia casa —los ojos ambarinos de Ruth brillaron desafiantes.

Adam borró la sonrisa de su cara. Él se había puesto en aquella situación y ahora, ante los ojos incendiados de la joven, no sólo estaba cachondo, sino que además sabía que aquello iba a suponer todo un desafío para sus nuevas intenciones hacia Ruth. Por supuesto que le había salvado la vida, no era tonto. Su sueño, mezclado con las profecías de su padre, le habían confundido, pero era de sabios rectificar, e iba a robarle a Ruth cualquier oportunidad que le diera para solucionar todos los malos entendidos. La chica era una golfa, pero no era una asesina.

—Así que... vas a jugar, ¿eh?

—No —Ruth se tornó fría como el hielo—. Entre tú y yo no hay juego que valga, Adam. Es una guerra, declarada y abierta. Sin tapujos, sin compasión, sin segundas oportunidades. Voy a emplear hasta mi última gota de sudor en humillarte, cerdo insensible. Tanto o más de lo que tú me has humillado a mí. No has tenido piedad conmigo, yo tampoco la tendré contigo. Mi naturaleza es de ojo por ojo. No soy buena.

As, Caleb y Aileen los escuchaban con atención mientras enterraban los cuerpos de los traidores, y Caleb y Aileen los incineraban con sus dones mágicos.

—¿No tenemos palomitas? —preguntó Caleb sin perderse una sola palabra de la discusión.

—No seas malo —contestó Aileen con una sonrisa. Miró los cuerpos desmenuzados que estaban recogiendo. Era una pena que los vanirios no pudieran leer la sangre de los berserkers. Y era una pena que tampoco pudieran leer la sangre muerta, de poder hacerlo, averiguarían qué querían y cómo se estaban organizando.

—Me parece justo —continuó Adam sin importarle los espectadores que pudieran tener. En ese momento le habría parecido justo que le cortaran las dos piernas si así conseguía llevarse a Ruth con él.

Pero a Ruth no se lo parecía. No lo había oído ni una sola vez decirle con el corazón, con total sinceridad y convicción, que lo sentía. La había puesto entre la espada y la pared para que ella aceptara ese maldito trato del *slavery,* cosa que ella había tomado encantada.

Aileen la miró afligida, y Ruth la miró a su vez. Su amiga no hubiera podido cambiar las cosas, sobretodo si debía ir en contra de la palabra de As. Nadie cedía, nadie daba el brazo a torcer. Ella ya podía expresar sus deseos que iban a caer inmediatamente en saco roto. En las novelas románticas, que Aileen ya la había aficionado a leer, los hombres no eran tan capullos. Los vanirios y los berserkers rompían el molde. Pues ya estaba bien. Si el mundo de los clanes, los berserkers, los vanirios y la madre que los parió eran mundos crueles y duros, ella debía adaptarse por super-vivencia, y ahora aún más, ya que pasaba a formar parte activa entre sus filas. Las cosas iban a cambiar. Estaba harta de que jugaran con ella como una marioneta. Se acabó.

—Adam —As se aclaró la garganta. Tenía ese extraño collar de metal negro y púas plateadas en las manos—. Deja que Ruth te ponga el h*allsbänd.* El *hallsbänd* es un collar sumiso —explicó As entregándoselo a Ruth—. Se le pone al *slave* para que muestre al clan que está dominado por una mujer. Que no es más que un esclavo, y que obedecerá todas sus órdenes, todos sus deseos anteponiendo así las necesidades de ella a las de él.

—Nos vamos —Caleb tomó a Aileen de la mano—. No hace falta ver esto.

—No —Aileen se plantó y lo miró con sus ojos violetas—. Quiero verlo, Caleb. Yo ví lo que te hicieron a ti —murmuró acariciándole la barbilla con un dedo—. Adam ha tratado mal a Ruth. Quiero verlo.

—Esto es un castigo, Caleb —explicó As—. Adam se ofreció como tú lo hiciste. Será su penitencia.

—No sabes la que te espera, perrito —susurró Ruth al oído de Adam sólo para que él la oyera mientras los demás discutían.

—Pueden cambiar las cosas —explicó As—. El pacto puede romperse por sí solo si...

—¡Basta! —rugió Adam—. No hay más que hablar. No necesita explicaciones de ningún tipo, As.

—Pero tiene que saberlo —se quejó el *leder.*

—¿Saber el qué? —preguntó Ruth rodeando el enorme cuello del berserker con aquel collar pesado y caliente al tacto.

—No tiene que saberlo. No hay que forzarle a nada —negó Adam—. Además, es imposible. Ahora ponme el maldito collar.

—Ruth está marcada. ¿Crees que soy tonto? —musitó As incómodo al oído de Adam.

Abrochó el collar. Los extremos metálicos se unieron como si fueran imanes, como si la atracción entre ellos fuera demasiado fuerte. Si el berserker antes parecía peligroso, ahora era todo un espectáculo. Las pequeñas púas plateadas de acero alrededor del cuello mandaban un mensaje subliminal a todo aquel que lo observara: «Cuidado. Muerde».

Cuando se oyó el clic del cierre, Adam gruñó y fue víctima de miles de temblores. Ruth se apartó asustada. El cuerpo del berserker empezó a sudar, y su cara se tornó salvaje. Estaba sufriendo. Sentía dolor. Los ojos se le volvieron amarillos. Ruth se abrazó a sí misma e ignoró el impulso absurdo de correr hacia él y calmarlo. Adam echó la cabeza hacia atrás y gritó como un poseso, enseñando sus dientes blancos y perfectos, y marcando todos los músculos y venas de su cuello. Los incisivos superiores se le alargaron. Un espectáculo es lo que era. Una bestia salvaje.

Impresionada, no podía dejar de mirarlo. Una línea de letras rúnicas se grabó a fuego en su piel dos dedos por encima del collar, en el lateral de la garganta de Adam. A Ruth la escena le pareció angustiosa y escalofriante. Adam respiraba con dificultad y parecía realmente abatido.

As asintió, y con el rostro impasible, le ofreció la mano a Adam para que se levantara. Éste la tomó y se pasó la mano por la cabeza, en un gesto que Ruth ya conocía perfectamente. Nervios. Estrés. Incertidumbre.

—Ha sido honorable, Adam —As le estrechó la mano con más fuerza—. Estoy orgulloso de ti.

Adam asintió terriblemente cansado.

—Nos llevamos a Julius para interrogarlo —informó el líder—. No vamos a hacerlo aquí. Por el momento hay que mantener esto en secreto hasta que sepamos a qué nos estamos enfrentando. Ruth, tu pon al corriente a Adam y explícale todo lo que sepas sobre su hermana, Nerthus, las flechas asesinas que disparas y todo lo demás.

—Esperad. —Ruth no apartaba su mirada furiosa de Adam—. ¿Podéis traerme a Julius un momento?

La obedecieron sin rechistar. Julius estaba pálido y con los ojos enrojecidos de dolor. El pelo rubio le caía por la espalda y los labios dibujaban un fea mueca de agonía. Las dos flechas de luz

parpadeantes le atravesaban el cuerpo. Fascinada, las tocó. La energía fluía a través de ella. Una energía pura, llena de calor que le recordaba a orígenes perdidos y calderas de almas. Una energía que formaba parte de quien ella era.

—Julius. —Ruth lo tomó de la barbilla—. ¿Me escuchas?

—Sí —contestó en un gemido.

—Me siento como Khalan de la *Leyenda del buscador*—murmuró fascinada—. Adam va a preguntarte algo. Quiero que le respondas la verdad. Julius asintió con la voz estrangulada.

Adam comprendió perfectamente lo que Ruth quería que él preguntara.

—Pregúntale, *slave* —le ordenó Ruth con desdén—. Es incapaz de mentirte. Las flechas están hechas de una energía tan pura que actúan en el cuerpo como un suero de la verdad.

—¿Qué deseas que le pregunte? —Adam movió el cuello, disgustado consigo mismo y con la sensación de aquel metal oprimiéndole la garganta.

—Lo que has juzgado tan a la ligera, sin cerciorarte de si era verdad o no.

Adam apretó la mandíbula y miró a Julius con desprecio. La verdad era que no le apetecía oír detalles.

—¿Quieres que le pregunte qué tal follas?

Ruth no lo pudo evitar. La bofetada llegó rápida e inesperada como una granada que explotaba en la cara. Todos miraron a Ruth, entre la sorpresa y el asombro, pero nadie dudó de que Adam lo tuviera merecido.

—Te la debía. Y ahora, ¡pregúntaselo! —su voz sonó rota y llena de dolor—. ¡Pregúntaselo!

Quiso atravesar a Ruth con la mirada, y luego deseó atravesarse la garganta él mismo por provocarla tanto como lo hacía. Lo había abofeteado delante de Liam y Nora, aquello era humillante. Merecido, pero humillante. La verdad era que no quería oír los detalles. No quería volver a escuchar las posturas que habían practicado ni lo que ella tantas veces le había susurrado al oído mientras los tres hacían un *ménage.* No quería escuchar lo que pudiera decirle Julius sobre ella y su modo de besar, o de acariciar, o de tomarlo en su interior, o con sus manos...

Mierda. Temblaba. Estaba temblando porque se negaba a obedecerle, y el collar provocaba descargas eléctricas cuando el *slave* no obedecía a su *barnepike*[19]*.*

—Pregúntaselo te he dicho, esclavo —repitió Ruth cogiéndole de la pechera de la camiseta negra que llevaba.

La lengua le ardió y las palabras salieron solas.

—¿Tú y Limbo os acostasteis con Ruth? —ni siquiera la miró. Apretó los dientes para esperar los detalles.

Julius negó con la cabeza.

—No. No lo hicimos. En la noche de las hogueras todos hablaban de lo ardiente que parecía la humana, sobre todo los vanirios. Entonces había empezado la tregua entre los clanes, pero Limbo y yo teníamos nuestro recelo. Ruth nos gustó, ¿a quién no? —intentó encogerse de hombros—. Es dinamita pura, con esos ojos y esa boca...

—Al grano, Julius —dijo Ruth roja como un tomate.

—Algunos vanirios iban a entrarle, era un auténtico imán, así que Limbo y yo fuimos a marcar territorio. Queríamos demostrar que las mujeres preferían a los berserkers, así que pasamos la noche bailando con ella, y luego extendimos el rumor acerca de que ella...

—¡Maldito hijo de una perra en celo! —gritó Adam agarrándolo del pelo. Estaba fuera de sus casillas, quería matar a Julius por haberle hecho creer que la habían tocado y que ella se había

[19] Barnepike: en noruego significa “ama”.

dejado.

—¡Suéltame! —gritó Julius dolorido—. El rumor se nos fue de las manos. Todos los machos estaban orgullosos de nosotros, nos daban palmadas en la espalda felicitándonos por haberles cortado el rollo a los vanirios. No podíamos desmentirlo y quedar como unos mentirosos. Tío, entiéndelo.

—¡¿Que lo entienda?! —Adam lo golpeó en la cara—. Lo que entiendo es que preferisteis difundir que Ruth era una puta a reconocer que no dejó que la tocarais.

—Ruth tiene miedo a la intimidad, no se deja tocar, tío. A duras penas le di un chupetón y casi me cortó los huevos por eso. Sólo deja que la toquen lo justo para ponerte cachondo y luego darte puerta. Y te pone a mil, te lo aseguro... —miró a la Cazadora con lascivia.

—Púdrete, Julius —sentenció ella más tranquila. Ver que por fin Adam sabía la verdad liberó el peso de sus espaldas, y ahora, después de todo, sabía que lucía como si le hubiese pasado un tráiler por encima, y luego, hubiera dado marcha atrás para asegurarse de que realmente quedaba desvalida.

—Eres una vergüenza para los berserkers —espetó Adam soltándolo del pelo—. Y Limbo es la misma mierda que tú, me encargaré de él más tarde. Lleváoslo de aquí antes de que le arranque el corazón.

—Vamos —ordenó As—. Lo llevo a las mazmorras. No saldrá de ahí. Si Ruth te lo permite, mañana —As miró a la joven pidiéndole permiso con humildad—, me gustaría que vinierais juntos para interrogarle. Ahora debes descansar, Cazadora.

Ruth asintió. Estaba abatida, su cuerpo era presa de extraños estremecimientos. Le ardían los pechos y entre las piernas, y ni siquiera sabía por qué.

—Caleb y Aileen estarán ahí también, todos debemos entender lo que pasa —prosiguió As.

—Abuelo —dijo Aileen—, vamos a recoger a Noah. Estará malherido.

Caleb puso los ojos en blanco, no le gustaba que Noah despertara tanta simpatía en su *cáraid.* El berserker no estaría malherido, lo que iba a estar era como una moto en cuanto le pusieran la inyección de choque. Necesitaría un cuerpo con curvas en el que desahogarse.

Adam estaba en el mismísimo infierno, ajeno a todo, excepto a Ruth. Seguro que lo estaba si el infierno era sentir como las llamas del arrepentimiento lo comían a uno por dentro, y arrasaban la garganta con un montón de palabras que necesitaba decir, y sin embargo, se quedaban estancadas entre algún lugar entre el pecho y el estómago. Justo ahí, como un nudo doloroso. ¿Por dónde empezaba? ¿Qué debía decirle a Ruth cuando ni siquiera un ‹‹lo siento›› servía para expresar todo lo arrepentido que estaba?

La había tachado de furcia, traidora y asesina. Y no era ninguna de ellas. ¿Y ahora qué?

—Joder... —se pasó la mano con impotencia por la cabeza.

—Andando. —Ruth se dirigió hacia Liam y Nora, y les dio las manos a ambos—. Vamos a tu casa a ver a Noah. Está malherido —ordenó la Cazadora sin mirarlo a los ojos.

Adam tragó saliva ante aquel gesto suyo. ¿Ella se sentía avergonzada? Ni siquiera lo miraba. Era él quien había cometido todos los errores posibles. No ella. Ruth debía mantener la cara en alto, orgullosa y digna, justo como la Cazadora era.

—Dame a los niños, Ruth —se ofreció Aileen mirándola con compasión y preocupación—. Yo los llevaré. Tienes las plantas de los pies en carne viva, estás exhausta. Caleb puede llevarte a casa de Adam en un momento, ¿verdad, *mo ghraidh?*

—Por supuesto.

Ruth asintió sin estar conforme, y dejó que Aileen cargara finalmente con las criaturas.

—Aileen —Ruth la detuvo dulcemente intentando tranquilizar las cosas entre ellas—. Yo...

—No digas nada —le advirtió afligida—. Lo merecía por haberte dejado a merced de Adam.

—No. No lo merecías —contestó ella negando con la cabeza y los ojos humedecidos—. No podías hacer nada. Sabes que tengo temperamento, y esto me ha sobrepasado un poco.

—A ti no te sobrepasa nada —tajó ella con orgullo—. Quiero que sepas que he pensado en ti a todas horas. Me daba miedo lo que él pudiera hacerte. Estaba tan convencido de que ibas a matarlo...

—Lo sé, créeme.

—Pero no hubiéramos permitido que las cosas se salieran de madre, Ruth. Yo sabía perfectamente que él estaba equivocado. Mi abuelo y el resto de nosotros también lo sabían. Vinimos aquí corriendo, al Tótem, para asegurarnos de que él no te hacía daño. Adam le explicó a As que en su sueño tú acababas con él aquí mismo. —Suspiró—. Eres la Cazadora —exclamó orgullosa—. Mi mejor amiga es la Cazadora. ¿Te das cuenta?

Ruth sonrió descansada y se abrazó a Aileen. Aileen a su vez la meció y le susurró al oído.

—¿Quieres un consejo?

—¿Mmm?

—Aprovéchate de ese hombre todo lo que puedas. Haz que venga a ti de rodillas y con el rabo entre las piernas. Tienes a un esclavo para ti.

—Sí, eso es inevitable. Que venga con el rabo entre las piernas. —Ruth se echó a reír. Se sentía extraña. Cansada y a la vez excitada. Bien. Eufórica. Y además tenía a Adam para ella solita. Se iba a enterar el «lobito».

—Véngate de él, provócalo —le aconsejó Aileen animándola a llevar al límite a Adam—. Nunca sabes lo que puedes sacar de esta situación. —La besó en la mejilla—. Estos hombres son muy bravucones, pero han ido a parar con mujeres de armas tomar. —Le guiñó un ojo—. Ahora nos vemos allí. —Cargó con Nora y Liam y se los llevó corriendo a la casa.

Ruth pensaba en las palabras de Aileen mientras la veía alejarse con los gemelos.

—Vamos, Ruth —Caleb se ofreció a cogerla y la alzó en brazos

—No, Caleb. Tú no. Mi esclavo lo hará —dijo Ruth mirando a Adam con resentimiento.

Adam lo detuvo poniéndole una mano en el hombro.

El vanirio le dirigió una mirada acerada, justo la misma que Ruth le dedicaba.

—Me parece que Ruth se lo va a pasar muy bien contigo —comentó Caleb alzando a la joven entre sus brazos.

Adam gruñó como un animal herido. No le gustó nada verla tan «en contacto» con el vanirio.

—Caleb —la voz de Adam camufló un ruego humilde y silencioso. Sus ojos negros atravesaron su alma y supo que el vanirio se vio reflejado en ellos como el hombre que había sido una vez con Aileen. Caleb sabía que él también merecía una oportunidad con la chica. Adam quería redimirse y Caleb ya había aprendido a no ser juez de nadie.

—¿Estás tan arrepentido como pareces? —le preguntó Caleb.

—Las palabras no expresarían cuánto. Sólo los hechos. Así que, por favor —extendió los brazos hacia Ruth—, déjamela.

Era un ruego. Caleb lo observó por unos segundos interminables, asintió con solemnidad y le ofreció a Ruth.

—Ruth, no te hará daño —le aseguró Caleb.

—Lo sé. —Pronto iban a atormentarse ambos—. Como ya te he dicho, es mi esclavo.

Adam hizo oídos sordos a su pulla y la tomó en sus brazos con posesividad, pero también con un cuidado que hasta ahora no había mostrado.

Caleb los estudió a uno y a otro. Ruth observaba al berserker y éste la miraba a su vez como si fuera una rareza frágil y hermosa que acababa de descubrir. Vaya dos. Carraspeó y dijo:

—Bueno, yo me voy a ir con Aileen. Veré qué tal está Noah, esperaremos a que vengáis y luego nos iremos. Más te vale que la cuides y la protejas, Adam —advirtió.

—Adiós, Cal —susurró Ruth.

Caleb sonrió con dulzura a Ruth y alzó el vuelo, desapareciendo entre las copas espesas y verdes de los árboles.

El berserker estaba ardiendo. Su cuerpo desprendía mucho calor, pero no el suficiente como para deshacer un poco la escarcha del corazón de la joven.

Adam la pegó más a su cuerpo encajándola a él de un modo protector. Empezó a caminar en silencio, inclinando un poco la cabeza para oler a Ruth. Ruth estaba sucia, cansada y dolorida, pero aun así olía de un modo que Adam no podía resistir. Sintió que le hormigueaban los colmillos y que su sangre rugía a toda velocidad por sus venas. El corazón le martilleaba con la intención de salirse de su pecho, y las rodillas le temblaban.

Era ella. Era la Cazadora la que causaba todo aquello en su sistema nervioso. Su cuerpo reaccionaba físicamente al de Ruth. Puede que la droga estimulante que le había inyectado Noah también lo tuviera alterado, pero no, él sabía que sus hormonas estaban disparándose. Reaccionaba con Ruth como si ella fuera su *kone*[20]. Qué extraño. Eso era imposible. Ruth no le iba bien a él. No encajaba en su vida. Él venía en un *pack* con niños, y los niños necesitaban protección. Una berserker podría dársela. Ruth, no.

Sin embargo, ya no lo podía negar. Ruth le gustaba. Antes renegaba de ella porque no quería sentir nada por una traidora y una asesina, y lo enloquecía que lo hiciera sentir de aquel modo. Se sentía asqueado consigo mismo, sucio y depravado por tener pensamientos y sueños sobre él y ella en la intimidad más salvaje, pero las cosas habían cambiado. La joven le había salvado la vida. La imagen de Ruth sosteniendo el arco y apuntando hacia él había sido tan exacta y tan perfecta a su sueño que por un momento creyó que estaba soñando. Sin embargo, la realidad lo sacudió. Ruth le había salvado la vida, apuntando y disparando a sus enemigos con una precisión digna de una gran arquera. El contacto que había sentido en el sueño no era el de las flechas clavándose en su cuerpo, si no el de las hachas desgarrando su piel.

La chica había peleado y protegido a sus sobrinos como una amazona. Cuando se había lanzado sobre el berserker exigiendo que soltara a los pequeños, Adam había estado a punto de sufrir una apoplejía. Además, hablaba con su hermana muerta porque era la encargada de devolver las almas a su lugar de origen. Y por último, y para más humillación, Ruth había sido calumniada por dos traidores de su clan y, él y todo el mundo, les había creído. Al descubrir que ella no había compartido su cuerpo con ellos dos se sintió liberado, y se llenó de una extraña calma, seguida por cantidades de complacencia y rematado por una súbita necesidad de marcarla sólo para él.

Pero Ruth no era la idónea. Margött era la mujer que él quería para sus sobrinos y también para su equilibrio mental. Margött podría soportar el intercambio de *chi* del acoplamiento, el frenesí del berserker. Sería demasiado para una humana como Ruth.

No, definitivamente, eso no era para ella.

Sin embargo, la belleza clásica de Margött no lo estimulaba como lo atraían esos ojos ámbar y el glorioso pelo rojo oscuro de la Cazadora.

Para él, cualquier mujer palidecía al lado de alguien tan estimulante como ella, como Ruth.

Margött era hermosa. Obediente. Dulce. Y amaba a los pequeños. Era una mujer del clan y podría acoplarse con él. Ella era la mejor elección, siempre lo sería.

[20] Kone: en noruego significa “mujer”.

Ruth le volvía loco. Era increíblemente sexy pero no la veía capaz de responsabilizarse de nadie. Pero, ¡si hasta entonces no se había responsabilizado ni de ella misma! Y encima tenía que guiar a las almas de vuelta a casa... Las *nornis* se habían vuelto locas. Aun así, tenía un gran dilema.

Las máscaras se habían caído, y mientras que Ruth ahora se erigía como una mujer llena de dignidad y además marcada por los dioses, Adam se sentía avergonzado de sí mismo. Había fracasado como chamán, y había hecho el pacto *slavery* para proteger a Ruth y para tenerla con él. Porque la iba a tener con él todo el tiempo, ella era... de él, lo que durara el pacto. Y eso se lo iba a dejar claro. A lo mejor el tiempo curaba las heridas, puede que Ruth llegara a perdonarle, y si algo tenía a su favor, era que él no se iba a rendir con facilidad. Estaría con ella y disfrutaría de ella lo que durase el pacto. Luego, una vez revocado, se quedaría con la apuesta segura que suponía Margött.

As había contado muchas cosas sobre el emparejamiento de los berserkers. Él había estado emparejado con Stephanie, la abuela de Aileen, hasta que una de las guerras que habían mantenido con los lobeznos acabó con su vida inmortal.

Según As, el anhelo, la necesidad, el contacto, la cercanía... todos esos instintos se despertaban, explotando como granadas internas cuando uno encontraba a su hembra.

Margött había sido la única de las hembras que tenía su respeto, ella era el ideal de pareja para un berserker como él. Pero aquella mujer tan pequeña entre sus manos, estaba a punto de poner patas arriba toda su vida.

Su cuerpo reaccionaba a la humana, no a la berserker.

Así que mientras llevara el *hallsbänd,* se encargaría de hartarse de Ruth. Al menos, intentaría ser su amigo costara lo que costara, y si eso llevaba a la cama tampoco iba a decir que no porque la deseaba con todo su cuerpo.

El emparejamiento con Margött tendría que esperar.

Ruth intentó apartarse un poco de él, aquella piel morena quemaba. Era un horno. Las manos de Adam la marcaban en la espalda y en los muslos. Así la tenía cogida.

Adam la alzó un poco más para que sus caras estuvieran más cerca. Él se imaginó cómo Ruth podría apoyar su cabeza en su hombro y abandonarse a él, confiada y segura. Pero la joven retorcía las manos en su regazo y miraba a todos lados excepto a él.

—¿Dónde has aprendido a disparar flechas así?

—Hice un trío con Robin y Legolas, y me enseñaron todo lo que sé. Ya sabes, esas cosas me van.

Adam la miró fijamente y gruñó con suavidad.

—Rodéame el cuello con tus manos —ordenó. Su voz sonó ronca. Ruth negó con la cabeza.

—No se te ocurra darme órdenes —contestó ella en voz baja sin mirarlo.

—Queda un rato para llegar a casa —explicó Adam—. Te cansarás, tienes la espalda muy rígida. ¿No estás cansada?

—¿Y a ti qué te importa? Podrías ir más rápido, puedes hacerlo —le sugirió ella con la voz ahogada.

—No quiero —la apretó más contra él.

Fuego. Fuego puro y duro. Ruth sintió que se ahogaba y que entraba en combustión espontánea. Le pareció tan correcto estar agarrada de ese modo por él. El cuerpo se le despertaba una vez pasado todo el miedo, y otro tipo de adrenalina corría ahora por su flujo sanguíneo. Era extraño y repentino reaccionar así a él. Pero era natural, porque Adam, aunque era un auténtico déspota y malvado con ella, seguía despertando sus instintos más salvajes y sensuales. Siempre lo había hecho. Él sí que era su tipo, pero la odiaba. Ella también quería aprender a odiarlo, pero no sabía hacerlo aun teniendo motivos para ello. Ahora, al saber que era su *slave,* sólo tenía ganas de obligarle a acariciarla, a abrazarla, y ella le demostraría que no era lo que él creía. Para ella era imposible ser indiferente a sus

múltiples cualidades físicas. A sus ojos, a su boca, a su cuerpo de infarto. ¿Cuántos músculos tenían los berserkers? ¿Ese pecho y ese estómago eran legales?

—Tengo calor —susurró con voz lánguida apretándose ligeramente contra él.

Adam se detuvo en seco. Fantástico. ¿Ella tenía calor? ¿A él lo consumían las llamas y ella tenía calor? ¿Le tomaba el pelo? Me cago en la leche, puta droga afrodisíaca.

Ruth lo miró entre sus curvadas pestañas. Lo estudió y se estudió a sí misma, y con un raciocinio contradictorio para alguien que tenía el cerebro embotellado, alzó los brazos y rodeó el cuello de Adam con sus manos. No era malo, ¿no? Estaba cansada y además necesitaba apoyarse en él. Y... inhaló profundamente. ‹‹Dios mío, cómo huele››, pensó. ‹‹¿Adam lleva una porra en el bolsillo?››.

—Vaya, vaya... —sonrió ella con abandono y frotó su cadera contra su entrepierna—. ¿Y ahora qué hago con todas las veces que me has dicho que no soy tu tipo? Alguien está muy, pero que muy contento de verme. Después de todo, sí que te gusto.

Adam gruñó y siguió caminando.

Penitencia. Estaba pagando por todo lo que le había hecho. Caminaba por el bosque con una mujer a la que le apetecía saborear de arriba abajo, con una erección como la trompa de un elefante, y además, ambos estimulados por el afrodisíaco que habían utilizado para despertarlos. Ruth estaba reaccionando a esa sustancia, y él sabía que la cantidad era excesiva para una humana. O Ruth expulsaba la química de su cuerpo, o bien alguien tendría que darle lo que anhelaba. Y por Odín que nadie excepto él iba a tocarla.

Algo no iba bien. Ruth se sentía eufórica y con ganas de toquetear a Adam hasta que le salieran llagas en las manos. Aunque la había tratado muy mal, ahora nada de eso le importaba. Lo único que quería era chuparlo de arriba abajo como un Calippo.

—Adam, no sabes dónde te has metido. ¿Vas a obedecerme en todo? —los ojos de Ruth estaban vidriosos. Toda ella se estremecía ante el mínimo roce de su entrepierna. Algo iba muy mal. Su mente racional así se lo decía. Ella apretó los muslos con desesperación, cerró los ojos con fuerza y gimió lo más bajo que pudo—. Deberías correr.

—¡Joder! —exclamó Adam apretando los dientes— ¡A casa cagando leches!

Se plantaron en su casa en dos minutos. Ruth estaba bajo los efectos de la droga, pero había sido consciente de la velocidad con la que él la llevaba. Era estimulante saber que alguien podría cargarla y transportarla con tanta ligereza.

Caleb y Aileen los esperaban. La híbrida los miró en estado de alerta.

—¿Está bien? —preguntó Aileen observando a su amiga.

Adam asintió muy tenso.

Caleb alzó una ceja y sonrió.

Adam hizo rechinar los dientes ante un nuevo movimiento de las caderas de Ruth, y Aileen frunció el ceño y palideció.

—Oh, no —dijo horrorizada—. No puede ser... ¡Adam, ni se te ocurra tocarla! No es ella misma.

—No lo haré. —No hasta que se fueran.

—Vámonos, princesa. —Caleb enlazó sus dedos con ella—. Deben descansar.

—¡No! Caleb, ¿es que no recuerdas cuando viniste a mí en ese estado? —se encaró con él y le suplicó con los ojos lilas llenos de alarma—. No puedo dejarla aquí sola con él.

—Perfectamente —la cortó él—. Lo recuerdo perfectamente. Y tengo ganas de llegar a casa para recordártelo todo.

Aileen se sonrojó, sus ojos lilas brillaron con anticipación, pero lo regañó con la mirada. Adam sonrió al verlos a los dos coqueteando delante de él. Necesitaba que se fueran. Encerrar a Ruth y encerrarse él... con ella.

—Contrólate, vanirio —murmuró Aileen dedicándole una sonrisa llena de secretos y expectación.

—Entonces, vámonos. —Caleb tiró de ella.

—No me atrevo, es que...

—Aileen, lárgate. Ya soy mayorcita —gruñó Ruth y la miró a través del velo del deseo.

Los tres se quedaron de una pieza al oír el tono tajante de Ruth.

—Lo que sientes no es real —le aseguró su amiga—. Ruth, si te quedas con él...

—¿Crees que me importa? —se apretó ligeramente contra Adam y éste aguantó la respiración—. Marchaos, por favor. Es mi esclavo, no me hará nada que yo no le ordene.

Adam apretó la mandíbula, y ella lo miró de reojo. Lo ignoró.

Aileen y Ruth se comunicaron con la mirada. Y Ruth, después de mucha tiempo, hizo algo por voluntad propia. Se abrió a la comunicación mental con Aileen y la conversación que tuvieron vino a ser ésta:

—Estoy cachonda y muy enfadada con él, pero está más bueno que un queso y ahora mismo lo único que me importa es que me den un buen revolcón. Y quiero usarlo, Aileen. Quiero castigarlo.

—Ruth, puede hacerte daño. Mañana no estarás orgullosa de lo que habrás hecho. Lo odias —le recordó—. Es el afrodisíaco lo que hace que estés reaccionando así.

—Claro que lo odio... creo. No me ha tratado bien. Estoy drogada pero no soy una maldita inconsciente. Voy a vengarme de él. No se atreverá a hacer nada que yo le prohíba. Y yo..., yo quiero estar con él. Mi cuerpo lo pide a gritos desde que lo conocí.

—Ya lo sé. Pero eres una atrevida, Ruth —la miró con cariño y complicidad—. Es un berserker, no es humano. La fuerza que él pueda tener...

—Él ahora está en mis manos. Me siento fuerte y poderosa. No te imaginas lo que he tenido que aguantar este tiempo por su culpa. Desde que apareció en escena. No me lo puedo quitar de la cabeza, Aileen. Y es humillante. Espero que lo que voy a hacer sirva para borrarlo de mi mente para siempre. Necesito que me deje descansar.

—Sabía que te gustaba mucho, pero no imaginaba que te afectara tanto —murmuró contrariada.

—No sabes ni la mitad —resopló. Claro que no, nadie lo sabía. Ruth tenía fijación por Adam. La imagen de él abrazándola la acompañaba todos los días. Había gente que al levantarse lo primero que hacía era pensar en desayunar o en el día que iban a tener. Ella no. Ella siempre pensaba en si se lo iba a encontrar en algún lugar y así poder hablar tranquilamente, y a lo mejor, hacer las paces. Y teniendo muchísima suerte, él la abrazaría de nuevo y ella lo dejaría hacer. Era muy tonta.

—Vaya... —lo captó todo—. Pues sí que estamos mal. Me tienes muy preocupada.

—Pues despreocúpate —le ordenó Ruth—. Ahora necesito que os marchéis. Yo ya he tomado la decisión. Es irrevocable.

Aileen asintió y enlazó los brazos al cuello de Caleb.

—Adam, si te queda honor, no le harás nada malo. Está drogada, no te aproveches de ella —le pidió Aileen.

Ruth gimió. Tenía la frente perlada en sudor y se mordía el labio con fuerza.

—No haré nada que ella no me ordene. Está a salvo.

La Cazadora sufrió un nuevo espasmo entre las piernas. Apretó la cara contra el cuello de Adam. Éste quiso rugir como un animal.

Caleb se reía de la situación. Se pasaba muy mal cuando una estaba en ese estado.

—Noah está bien. Le he dado un estimulante para que le pase el efecto y ahora estará descargando su dolor de... —señaló la entrepierna de Adam—. Irá a casa de As por la mañana. Nora y Liam están durmiendo—explicó el guerrero—. Han caído rendidos —abrazó a Aileen por la cintura y

la alzó pegándola íntimamente a su cuerpo. Caleb se maravillaba de lo fuerte que era el vínculo y la necesidad de ella día tras día—. As me ha dicho que trasladará un pelotón para cubrir tu casa mientras ambos descansáis. Os dejamos solos. Pero si vas a herirla de algún modo, es mejor que te desahogues con otra. Podemos hacer una llamada y traerte a alguien que te quite la picazón.

—Gracias. Ya os podéis ir, Ruth va a estar bien. —Ignoró el comentario del vanirio.

—Es mi amiga, Adam. —Le dejó claro Aileen señalándole con el dedo—. Mañana la veré, y como me cuente que le has hecho daño...

—No. Eso ya no puede pasar —miró a Ruth con respeto.

—¿Cómo nos vamos a fiar de ti, Adam? ¿Por qué ibamos a creerte?

—Porque Ruth es... porque es...

—Así que ahora es algo, ¿eh? —Aileen alzó una ceja y lo miró de arriba abajo—. Te puedo oler desde aquí... ¿Sabes si es tu...? —miró incrédula a Ruth.

—No lo es. Y tampoco importa —negó tajante.

—¿Que no importa?—se rio de él—. No le va a hacer ninguna gracia —negó preocupada.

A él tampoco se la hacía. Aquella mujer era lo último que le convenía. Por eso, el tiempo que pasara con ella iba a servir para exorcizarla de su mente para siempre.

—No lo es —gruñó Adam. No podía serlo.

—No estoy para cuentos —lo cortó Caleb—. Cuídala.

Ruth volvió a gemir en un estado de alarmante abandono.

Aileen comprendió que no podía estar ahí interponiéndose entre Adam y Ruth. Nadie se interpuso entre Caleb y ella cuando él la raptó. Y luego resultó que estaban destinados a estar juntos. ¿Y si Ruth era para él, y el odio y el miedo no se lo habían dejado ver antes?

—Trátala con cuidado. Ruth parece fuerte por fuera, pero en realidad es muy frágil. Si no cuidas de ella, *Brave* estará encantado de jugar al «busca» con tus huevos.

Caleb le guiñó el ojo a Adam, y se echó a volar con Aileen en brazos. Adam asintió divertido y se hizo a un lado para entrar definitivamente en su casa. Había llegado la hora de que ambos se desahogaran porque tanta rabia, tanta adrenalina y tanta tensión sexual, se expresaba mucho mejor sin ropa de por medio. Además, le estaba haciendo un favor, ¿no? Ruth tenía que expulsar la droga de su cuerpo, y él también.

CAPÍTULO 12

Recordaba estar en la puerta de entrada de la casa de Adam, y oír voces acerca de ella y de él. Una amenaza de Aileen; un gemido procedente de su interior; y un olor casi picante que hacía que se le hincharan los labios y rogaran por un beso.

Le ardía el bajo vientre, le hormigueaba la entrepierna y le escocían los pezones. Todo su cuerpo se estaba preparando para algo, para algo caliente. Ser acariciado, ser sometido, ser lo que fuera... pero sin duda se preparaba para *ser,* como nunca antes había sido.

Estar en esa situación, sentirse así, era inquietante, y a la vez, salvajemente sensual. Su cerebro procesaba imágenes eróticas de todo tipo. Cosas que ella jamás había experimentado, cosas impensables para alguien de su semi-inocencia sexual.

Ahora, esos brazos fuertes y protectores ya no la abrazaban, y se sentía abandonada y sola. Estaba estirada sobre algo suave, mullido y tapizado. Algo que olía a la misma esencia refrescante y cítrica que la tenía loca. Instintivamente lo supo. Era la esencia de él. De ese hombre cruel que tanto la había molestado, que se había reído de ella, que le había hecho llorar... y ese olor suyo podría convertirla en una adicta. Pero ahora el berserker estaba a sus órdenes, y su vena dominante y vengativa acababa de ser liberada. Bien por la droga, bien por haber aceptado el bautismo de la sacerdotisa, o bien porque estaba tan cabreada con Adam por haberla acusado tan llanamente que necesitaba hacérselo pagar.

Adam. Un hombre que la contrariaba y que ahora no parecía ser quien había sido con ella. Tenía dos sobrinos pequeños que lo querían, una hermana que lo defendía y el suficiente honor como para pedirle perdón y convertirse en... su esclavo. Rectificó. No le había pedido perdón.

Bien, jugarían los dos a eso. Bendito afrodisíaco que le arrancaba los miedos y las dudas de cuajo. Nunca había deseado tanto a nada ni a nadie como lo deseaba a él.

Se incorporó en la cama. La melena le caía vibrante y limpia por los hombros. Toda ella olía a fruta. La colcha negra de seda resbaló por su torso y descubrió sus pechos. Esa caricia hizo que cerrara los muslos con fuerza y se llevara la mano al ombligo. Ruth miró hacia abajo con los párpados medio caídos y observó la forma de sus pezones. ¿Estaba desnuda? Levantó la colcha. ¡Estaba desnuda! Mucha prisa se había dado el lobito.

Miró al frente buscando el origen de ese perfume que la hechizaba y la hacía desear abrirse de piernas como nunca. Las ventanas estaban abiertas, y a través de ellas, entraba el olor de las flores y de las plantas del exterior. La noche había caído en Wolverhampton y ahora ocultaría también los pecados que ambos iban a cometer. Se sentía libre y atrevida. Con los ojos dorados encontró lo que buscaba y le dedicó una mirada desafiante al objeto de su deseo. Al causante de su humillación. A su esclavo. Adam.

Se humedeció los labios con la lengua en un movimiento lento y perezoso. Había sido muy consciente del modo en que él la había masajeado y la había bañado mientras los chorros del agua de la ducha golpeaban su piel. Ese berserker enorme ni siquiera había tratado de disimular que la deseaba, y a ella, en el estado en el que estaba, no le importó, sino todo lo contrario. Sus manos habían sido auténticos calmantes para la fiebre sexual que recorría su piel. Sólo la había enjabonado pero en ningún momento la había tocado íntimamente y ella... necesitaba ese toque antes de volverse loca. Le había susurrado todo tipo de palabras calmantes, música celestial para sus oídos. Adam podía ser dulce, se sorprendió. Y a lo mejor ella lo hubiera creído si no tuviera una erección como la que le había enseñado con tanto descaro. Qué embriagador había sido.

El *noaiti* tenía un cuerpo que la hacía salivar. Todo músculos, todo alto y elegante, con hombros fuertes y pronunciados, y una tableta de chocolate de ocho enormes y apetitosas onzas exactas. Tenía un tatuaje en el pecho que le nacía en la espalda. Era un dragón de un curioso tono verde azulino chillón y ojos rojos como los suyos. Era fantástico, y mientras la duchaba, se le iban los ojos

más de una vez a tamaña obra de arte en todos los sentidos. No imaginó que él tuviera algún tatuaje, pero era otro añadido más al atractivo de Adam. A ella le gustaban así. Malos, con tatuajes y *piercings.* Adam sería el típico chico que las madres buenas jamás querrían para sus hijas. Por suerte, ella no había tenido una madre buena y, además, era una imprudente.

Ay, Señor... Ahí estaba él, oculto entre las sombras de la habitación. Sólo se le veían los ojos rojos y brillantes que la miraban como un animal a punto de saltar sobre su presa. Bueno, los ojos, y ese gran dibujo que tenía en el pecho y que era verde fosforescente y que brillaba en la oscuridad. Los ojos rojos del dragón la miraban hambriento igual que él. Se la iban a comer.

Olvidó que Adam la había castigado y la había hecho sufrir. Olvidó todo, porque Adam era un hombre impresionante y ella una mujer que estaba cansada de no tomar las riendas. Ahora él era su esclavo y ella se sentía rebelde hacia todo y todos. Adam era suyo. Iba a aceptar su responsabilidad de Cazadora, pero también iba a cobrarse de todo aquello que no había disfrutado y de todos los momentos en los que había sufrido y no se había podido rebotar. Y sólo tenía a Adam como objetivo.

Que se preparara el lobito. Podía ser un inmortal, podía ser hermoso hasta decir basta, podía ser mucho mayor que ella, pero ya no iba a lastimarla más, porque ella iba a ir a por todas.

Mañana sería otro día en el que seguramente bajaría la cabeza avergonzada por todo lo que sucedería en ese momento, pero no ahora. Ahora existían ella y sus necesidades, y un hombre que obedecería todas sus órdenes.

El berserker estaba al borde de la locura. Ruth era lo más seductor que había visto en la vida, y la hora que había pasado con ella en la ducha había sido mejor que una mañana de Navidad. Un auténtico regalo de los dioses.

La había desnudado con lentitud y había revisado y lavado todas las magulladuras de su cuerpo ante la mirada resignada de Ruth. La pobrecilla estaba tan confundida respecto a lo que estaba sintiendo, que no sabía dónde poner las manos. Había intentado cubrirse, y luego, en otra nueva oleada de deseo, se había rendido a las sensaciones y le había dejado hacer. En ocasiones, sus ojos leonados parecían tener remordimientos por lo que sucedía entre ellos, pero cambiaban rápidamente para reflejar a una mujer libertina y dispuesta a todo. Sin embargo, no había calor en ellos. Era una mirada calculadora, con muchos muros, muchos escudos. No le iba a dar importancia a eso, no ahora. Él tenía sus armaduras y sus escudos, también. Ruth se protegía, pero, ¿de qué?

La había enjabonado y mimado como si ella fuera un tesoro, y para él lo era. Algo inusual, algo único. Lo supo desde la primera vez que la vio, aunque sus temores y sus sueños proféticos le hubieran hecho creer lo contrario. Ahora podía verlo y reconocerlo, ahora que ella era inocente y había salvado su vida y la de los pequeños.

En la ducha por poco cayó de rodillas al descubrir que aquella mujer tenía la entrepierna completamente lisa. Sin un pelo. Hubiera querido hundir su boca y sus dedos ahí mismo, en ese preciso momento, pero no lo había hecho porque quería que ella se lo pidiera. Y se lo iba a pedir. La droga era muy fuerte.

Ruth iba a causarle problemas a su salud mental, pero en ese momento, orgulloso y feliz, los aceptaba de buen grado, porque aquella chica con esos ojos rasgados amarillos y gatunos, esos labios gruesos y ese cuerpo para volver loco a los hombres, era momentáneamente suya y, además, era la Cazadora.

Sonrió al recordar cómo Ruth se apoyaba en él mientras la enjabonaba. Quería limpiarla, lamer todas sus heridas y hacer que se sintiera bien.

La pobre, que estaba en plena ebullición de la droga, no sabía muy bien lo que le estaba haciendo. Anteriormente, en el bosque, la adrenalina se le había disparado haciéndole estar más atenta, más receptiva a los estímulos externos, capaz de pelear y enfrentarse a cualquier cosa. Pero ahora que el

peligro había cesado la droga corría libre por su sangre, y el afrodisíaco no tenía ninguna salida por la que escapar, por eso se centraba en sus zonas más erógenas, igual que en las de él.

Algunas veces la había acariciado haciendo resbalar sus manos por la curva perfecta de su espalda y depositándolas, para no ir más lejos, en los huesos de sus caderas. No quería sobrepasarse, ni tampoco hacerle daño. Intentaba tocarla con suavidad, quería ser el caballero que no era. Ella se había apartado, temerosa de su propia reacción y del efecto de la droga. Luchaba contra las sensaciones que ella sabía que no eran del todo voluntarias y después, inmediatamente, se abandonaba a ellas. Era adorable. Estaba intrigada por lo que su propio cuerpo sentía, y sin embargo, bajaba los ojos por timidez. Adam juraría que la joven no había tenido mucha experiencia con los hombres y eso le encantaba. No era tonto como para creer que Ruth era virgen. No. Pero segurísimo que no había practicado mucho. O al menos eso deseaba él.

Ahora lo miraba con indecisión, incorporada en la cama y con sus pechos fabulosos apuntando hacia él. Eran preciosos. No eran grandes pero eran dos globos fantásticos. La cara de Ruth era tan expresiva que se reflejaban en ella todos sus pensamientos. Por una parte lo odiaba, era obvio, pero por la otra, el afrodisíaco la estaba volviendo loca y sabía que él no le era indiferente. Desesperado se apoyó en la pared y apretó los puños.

—¿Crees que no sé que estoy bajo el efecto de la droga? —preguntó ella ronroneando.

—¿Estás segura? —contestó él con voz aterciopelada. Se apartó de la pared y caminó hacia ella.

Ruth ladeó la cabeza, lo miró de arriba abajo y asintió.

—Quédate donde estabas, *slave*—le ordenó con desprecio. Con altivez. Y se sintió bien al ver que Adam dio un respingo entre las sombras, deteniéndose de nuevo—. ¿Crees que no me acuerdo del pacto? Estoy drogada, ya lo sé, pero también sé que eres mi esclavo y sé que debes obedecerme.

Adam apretó los puños. Nunca había estado tan excitado. Oír esa palabra en su idioma de los labios de Ruth era algo inquietante. *Slave.* Lo arrastraba de un modo tan resbaladizo y sensual...

—¿Lo harás? —preguntó ella.

—¿El qué?

—Obedecerme.

—Eso he jurado, *barnepike.*

—¿Qué significa exactamente?

—Ama.

Ruth se quedó pensativa y se mordió el labio.

Ama. Su ama.

—¿Sabes qué? No me he considerado nunca una persona cruel, pero no te imaginas todo lo que me apetece hacer contigo... Y lo más curioso de todo es que ni siquiera las cosas que quiero hacer son por venganza.

—Joder —gimió—. Haz conmigo lo que desees —¿Esa voz ahogada era suya?

—Me apetece ser mala.

—No importa. Yo no soy un ángel.

—Te lo mereces.

—Me lo merezco —Adam asintió con solemnidad—. Sé que me odias, y eso tan rápido no lo puedo cambiar. Tal vez con el tiempo... Pero también sé que me deseas.

Ruth apretó la colcha en un puño.

—¿Tú crees? Entonces eres más tonto de lo que pensaba.

—¿Por pensar que me deseas?

—No. Por creer que algún día pueda dejar de odiarte —mintió.

—Puedo hacer que cambies de opinión.

—Seguro que sí —se burló de su afirmación. Se quitó la sábana de encima y se colocó de rodillas sobre el colchón. Adam tragó saliva ante tanta belleza—. No quiero que salga ni una sola palabra de lo que vaya a pasar aquí —soltó un suspiro quejumbroso y se llevó las manos a la parte baja del vientre—. ¿Este dolor es normal?

—Sí. Pero yo te lo quitaré, gatita.

—No me llames gatita.

—¿Por qué? —alzó la ceja del *piercing.*

—Ya sabes que los perros y los gatos se odian. Y tú y yo nos queremos mucho —bromeó acariciándose el ombligo.

—Ya veremos —murmuró por lo bajo apartando la mirada.

—Mmm —gimió ignorando su comentario. Alzó las caderas levantando los brazos por encima de su cabeza—. Puedo permitirme lo que me dé la gana, es como si no fuera yo, pero a la vez soy más consciente que nunca de mí misma. ¿Sabías que tengo la mente de una ninfómana?

A Adam se le puso tan dura que gimió de dolor.

—Creo que sí que eres tú. Pero es una parte de ti que no has dejado salir nunca y ahora lo haces porque estás enfadada y desinhibida —sonrió admirando su cuerpo—. Saca esa parte, Cazadora. Quiero verte.

—¿Enfadada? ¿Sólo enfadada? Seguro —gimió de nuevo—. Ven aquí, esclavo. Has tirado por tierra mi intento de ser una buena chica, de ayudaros desinteresadamente. Tanto clan, tanto inmortal, tanto guerrero lleno de testosterona... Soy feminista y lo vuestro es de juzgado de guardia. Ya no puedo ser una buena samaritana. Has sido un rudo hijo de puta. — Adam caminó hacia ella. Ruth puso los ojos como platos y se incorporó con lentitud—. ¡Y estás desnudísimo! —no se había dado cuenta. La oscuridad de la habitación había ocultado sus atributos.

Él asintió, y se colocó delante de ella. Ya no aguantaba más. Necesitaba tocarla.

—Déjame servirte.

Ruth tragó saliva y miró a su entrepierna. No. Definitivamente aquello era descomunal, podría matar con eso. Su cuerpo era impresionante, perfecto en su agresividad y en su rudeza. Y a ella la encantaba. Se había rasurado el pelo de la cabeza otra vez, y ese corte, junto con sus ojos oscuros y la barbilla partida, pronunciaba mucho más sus rasgos. Su dragón y aquel *piercing* en la ceja le daban un aspecto muy peligroso... y el collar... Lo miró de reojo. Adam la obedecería por el collar, un buen recordatorio. Las púas plateadas brillaban desafiantes. Paseó los ojos por todo aquel cuerpo escultural, lleno de sombras y músculos hinchados, y fijó la vista en su miembro.

—No eres medio lobo, eres medio caballo —susurró Ruth un poco asustada.

Adam ahogó una carcajada. Le encantaba su frescura y su vitalidad, y estaba tan adorable en su cama. Tenía aquellas fantásticas piernas torneadas y musculosas, el monte de Venus y los huesos graciosos de sus caderas, el torso al aire libre, y él podía perderse en su barriguita plana y sus pechos. Un diamante brillaba en el ombligo y lo ponía a mil. Quería llevárselo a la boca. Y lo que era ya el colmo era que estaba toda depilada. Nada podía excitarlo más.

—Tú también estás desnuda —apuntó Adam—. Y estás temblando. No te haré daño si es lo que piensas.

—Ya me los has hecho. —Intentó parecer desenfadada—. Pero ahora ya no importa. Vas a pagar por ello.

La miró con ardor.

—No soy buena, Adam. Tengo pensamientos impuros —aclaró.

—Déjame ver esos pensamientos —pidió emocionado—. El dolor y el vacío se intensificarán. La

droga está hecha para hombres como nosotros, no para humanas pequeñitas como tú. Necesito tocarte.

—¿Pequeñita?

—Eres menuda. Tienes que estar volviéndote loca. La droga es muy fuerte.

—Soy pequeña —dijo ella defendiéndose. Se llevó las manos a los pechos—, comparada contigo.

—Ruth, no puedo aguantar esto mucho más —no dejaba de mirar cómo Ruth se acariciaba—. Estás a solas conmigo en esta habitación, desnuda, y me deseas. Yo te deseo, y aunque nos pese, es la verdad. No lo alargues más —le pidió echándose la mano al miembro.

Adam supo que Ruth estaba al límite. Necesitaba que la calmara y que los dolores cesaran. Ella necesitaba desahogo y él se lo iba a dar.

—No te cubras, gatita. Ahora mismo necesitas mi ayuda para arreglar los desajustes que el afrodisíaco hace en tu cuerpo.

—No te equivoques. La que da las órdenes aquí soy yo —basta de cháchara inservible. Basta de debilidades. Bienvenida a la nueva Ruth—. Túmbate boca arriba.

Adam obedeció estirándose en la cama. Su erección se levantaba enorme y gruesa.

—Soy tu esclavo. Tus necesidades se anteponen siempre a las mías —se moría porque Ruth lo tocara de alguna manera.

Un brillo de reconocimiento femenino atravesó sus ojos.

—No hables —le ordenó ella poniéndole los dedos sobre los labios. Lo que estaba haciendo estaba mal, ¿no? Le estaba utilizando sexualmente—. Y no te muevas.

Era maravilloso. Al momento, obedecía.

Adam tragó saliva y la observó.

—Sólo sexo —aclaró Ruth. Se sentó a horcajadas sobre el estómago de Adam y colocó las manos sobre la almohada a cada lado de la cara del berserker.

Adam asintió mirando su entrepierna completamente depilada.

—No sé qué se debe sentir cuando alguien a quien odias y que además te asquea como yo, esté controlándote de este modo. —Estudió el rostro del berserker. Sus gestos, su mirada. No parecía estar pasándolo muy mal—. No creo que sea divertido, ¿a que no, lobito?

La miró fijamente. No era divertido, pero tampoco debía de ser una maravilla para ella saber que la única persona que podría darle consuelo en ese momento era él. Seguramente se sentiría un poco humillada después de todos los insultos que él le había dirigido. Después de todo de lo que la había acusado. Y resultaba que él iba a calmar el ansia sexual que estaba quemando su cuerpo suave. Había sido una decisión de los dos, y ahora acarrearían con las consecuencias.

Ruth se inclinó sobre su oído. Su pelo acarició la mejilla de Adam.

—Te diré lo que voy a hacer. Voy a follarte como la puta que eres —le susurró con toda la rabia de la que fue capaz—. Fue lo que me dijiste a mí.

Adam gruñó y empezó a temblar. ¿Lo había llamado «puta»? El collar le daba descargas porque él no quería estarse quieto. Quería montarla como un salvaje y demostrarle quién era el fuerte de los dos. Pero era su esclavo, y aunque no le gustaba eso demasiado, estaba excitado y a su merced.

Se quedó muy quieta. No le gustaba ser así, pero quería humillarlo.

—¿Qué te parece? —acarició el lóbulo de su oreja con los labios—. Nada de besos. Nada de caricias. Sólo alivio. Un hombre como tú, tan grande, tan bien dotado... Te voy a usar como un kleenex las veces que me dé la gana.

Adam gruñó y echó la cabeza hacia atrás y cuando volvió a mirarla, sus ojos eran dos rubíes enormes. ¿Que qué le parecía? Tembló de nuevo.

—¿Tienes un gorrito? Contéstame —le preguntó ella frotándose contra él y dándole un pequeño mordisco en la garganta. Tiró suavemente de su piel.

Tener a Adam para ella la estaba devastando. Su corazón iba a mil por hora, y se sentía como en casa tocando su piel. Olía tan bien. Tan limpio. Cerró los ojos y se forzó a no besarlo. Era lo que realmente deseaba, pero un beso era muy personal para ella. Un auténtico gesto de cariño, entrega y respeto. Allí sólo había deseo, así que los besos estaban vetados.

—¿Un gorro? —gimió él—. ¿Para qué quieres un gorro?

Ruth tembló de la risa.

—Un condón, tontito.

Adam sonrió a su pesar. Menudo apodo.

—No hará falta. No tenemos enfermedades de ningún tipo. Somos seres inmortales, estamos protegidos. No te contagiaré nada.

Ruth negó con la cabeza y se incorporó para mirarlo a los ojos. Se estudiaron el uno al otro.

—En el siglo veintiuno no sólo usamos preservativos para no contagiarnos enfermedades, ¿lo sabías? —Adam asintió.

—Bebés —contestó serio.

—Eso es. —Lo trató como si fuera un ignorante.

—Una chica como tú no puede querer niños, ¿verdad? —sintió una pequeña punzada en el estómago al decir eso.

Ruth no sabía qué contestar. ¿A qué se refería con «una chica como ella»?

—Este tema es demasiado serio para hablarlo ahora, y menos contigo.

Pensándolo bien, no utilizaremos condón, no lo vas a necesitar. —Se encogió ligeramente de hombros—. No quiero que digas nada más. No hables.

Adam frunció el cejo pero se quedó tieso al momento.

Ruth estaba asustada por la fuerza animal que desprendía Adam. Toda la parte inferior del berserker estaba acoplada a la de ella. Sentía algo duro, grueso, largo y caliente golpeándole en el interior del muslo, muy cerca de su portal.

Se inclinó sobre él y con una mano tomó su miembro sin mirarlo. No lo podía abarcar. Lo agarró como pudo y se levantó para empalarse poco a poco. El afrodisíaco la había dilatado y estaba muy húmeda, pero Adam era muy grande, y por mucho que luchara por introducírselo, era imposible. Se puso a temblar por el esfuerzo.

Adam no perdía detalle de su boca entreabierta y sus pechos bamboleándose de un lado al otro. Era suave como el satén, resbaladiza y caliente. Era hermosa. Una belleza salvaje y única, de pelo rojo, labios seductores y mirada de gata. Y lo estaba violando. Y él quería aullar a la luna por su suerte.

Ruth se mordió el labio. No iba a poder con él. Era imposible. Dolía horrores. Estaba cansándose de aquello y enseguida perdió el valor. Era consciente de su inexperiencia, su déficit y su frigidez, y le entraron ganas de llorar. Ni siquiera podía apovecharse de él. Empezó a sentir vergüenza de lo que estaba pasando entre ellos. Vergüenza de hacer el ridículo con él. Menuda dominatrix de pacotilla estaba hecha.

—Ruth —gruñó Adam como pudo. Había conseguido hablar, y eso significaba violar la orden de su ama. Sufrió varias descargas más, pero las disimuló bien. Además, unos diminutos pinchos invisibles se le clavaron en la garganta y empezó a sangrar. Estando a oscuras, Ruth no lo vería. Aguantó el dolor porque tenía que ayudarla. Ruth era humana y estrecha—. Déjame a mí, *Barnepike.*

—Quiero que me sirvas, maldita seas. ¡Eres mi esclavo! ¡Ni mi novio, ni mi pareja, ni siquiera mi amigo! ¡Mi esclavo! ¡Así que empieza a quitarme el dolor ahora mismo! —estalló en cólera y golpeó

la almohada con un puño.

Apartó la mirada. Se había sonrojado de nuevo y Adam pensó que era muy tierna. Ya no lo podía poner más duro de lo que estaba. Pero Ruth y él tenían mejor comunicación cuando estaban enfadados. Si quería ser dulce con ella, Ruth no le iba a dejar, sobre todo sintiéndose dolida y vulnerable como se sentía en ese momento. La necesitaba más caliente, más dura, más accesible, y sólo lo conseguiría provocándola. Porque el fuego saltaba cada vez que se discutían. Ruth era guerrera, también lo sería en la cama. Sonrió y se preparó para su acoso y derribo. Se incorporó. Se inclinó sobre su graciosa y femenina oreja y le susurró:

—¿Quieres mi polla? —se frotó ligeramente contra su pierna. Ruth saltó como si le hubieran quemado. El miembro de Adam la quemaba con su suavidad y su ardor.

—¿Qué has dicho?

—Quieres esto —se frotó de nuevo—. Quieres que esté dentro de ti y te sacuda —ronroneó en su oído—. Sé que te gusta. Lo huelo desde aquí.

—No te equivoques, chucho. Estoy como estoy por la inyección, no porque lo desee. —Mentira y de las gordas. Pero eso él nunca lo sabría. ¿O tal vez sí?

—Ah. —Sonrió de nuevo, sabiendo que Ruth cada vez estaba más mosqueada—. No es verdad. Sé muy bien lo que necesitas.

—No tienes ni idea, pedazo de...

—Eso es —la animó él divertido—. Ponme en mi lugar. Me encanta. —Te ordeno que... —intentó salirse de encima pero él la agarró de las caderas inmovilizándola.

—Dame el control, Ruth —el *piercing* negro de su ceja brilló cuando la luz de la luna que entraba por el ventanal se reflejó en él. Sus ojos sobrehumanos también brillaron con fuego rojo—. Dámelo y te haré gritar.

Ruth lo miró a los ojos rojos y llenos de deseo. Supo al momento lo que él pretendía. Le estaba pidiendo las riendas. Adam era su esclavo, así que si ella necesitaba algo sólo tenía que ordenárselo.

—Quiero que me calmes —le ordenó Ruth—. Sólo a mí. Tú eres lo suficientemente fuerte como para aguantarlo.

Ruth no tenía ni idea del apetito sexual de un berserker drogado. Tendría suerte si seguía vivo por la mañana. Gruñó y cerró los ojos como si estuviera dolorido. No podía ser, no había pensado en eso. Por eso ella le había dicho que no necesitaba «gorrito». No tenía intención de darle alivio.

La Cazadora era muy zorra.

—No lo dices en serio.

—Obedéceme.

—¿Así de frío? —preguntó él levantando una ceja.

—No te hagas ahora el sensible. Ni siquiera hay un ligero aprecio entre nosotros, ¿qué esperabas? ¿Que te agradeciera que no me mataras? No se trata de amor, Bobby bonito. Se trata de sexo.

—Estás equivocada si crees...

—El pacto que tú y yo compartimos será como una transacción.

—¿Te estás cobrando por todo lo que te he hecho?

—No estaría en esta situación vergonzosa si no fuera por tu culpa. No es fácil para mí.

—Para mí tampoco. —Por supuesto que no. Desde que sabía que era inocente, sólo tenía ganas de meterse dentro de ella. ¿Qué se había creído? Él era un hombre y la deseaba tanto que estaba a punto de morir abrasado por las llamas. Ruth no le convenía, pero la deseaba, y eso no lo podía controlar.

—Pues acabemos rápido con esto. —El miembro de Adam no iba a encajar en ella jamás. Debía

haber un modo de evitar que él la penetrara. No quería fracasar también con el hombre que más le atraía—. No quiero hacerlo contigo, ni siquiera quiero que me toques. No me acaricies.

—¿Entonces qué quieres que haga, ama? —La miró con frialdad.

—Haz algo, lo que sea. Pero hazlo. Ya —le ordenó con los ojos vidriosos.

Adam se la llevó con él y la tumbó en la cama. Él se colocó encima inmediatamente.

—Te dije que acabarías rogándome —susurró él con malicia, también enfadado por todas esas sensaciones contradictorias que bombardeaban su sistema emocional.

—¡Eres un bastardo! No te he rogado nada —intentó incorporarse, pero Adam la clavó a la cama de nuevo.

Deslizó su mano entre ambos y la ahuecó sobre el sexo liso de Ruth. El contacto los llevó casi al orgasmo tanto a él como a ella. Ella se echó a temblar y él le puso la otra mano en la cara. Le apartó las graciosas ondulaciones del color del vino tinto y las retuvo entre los dedos para que no le cubrieran los ojos. Quería que ella lo mirara. Ruth respiraba rápidamente, con los labios entreabiertos. Adam se inclinó sin pensar, necesitaba besar-la. Necesitaba acariciarla con su lengua. El beso que le había dado en el sótano había sido brutal y duro, y la joven todavía tenía el labio magullado. No se lo podía creer. Tenía a la Cazadora en su cama y no sabía por dónde empezar.

—No. —Ruth lo cortó intentando apartar la cara. Y Adam se detuvo en seco.

—No, ¿qué?

—Te he dicho que no quiero que me beses. Nada de besos. Sólo haz que esta sensación desaparezca —ordenó mordiéndose el labio.

—Ruth —rugió como si estuviera a punto de echarse a llorar.

—Obedece, *slave* —gritó ella a un dedo de su cara, harta de esa conversación. Estaba llorando por el dolor y la insatisfacción que envenenaba su cuerpo.

Iba a enloquecer. Adam estaba a punto de estallar y ella no iba a darle tregua. Movió los dedos entre los labios íntimos de Ruth. Una. Dos. Tres veces. Y entonces ocurrió. Fue testigo de lo más bonito que había visto en su vida. Ruth se arqueó sorprendida por la fuerza con la que llegó el orgasmo, se rompió en mil pedazos. Se agarró a sus antebrazos y le clavó las uñas. Gritó con tanta fuerza que Adam tuvo que taparle la boca con la mano por miedo a que despertara a sus sobrinos, los cuales tenían el oído muy fino.

Adam ronroneó mientras observaba el espectáculo.

Precioso.

Ella permanecía con los ojos fuertemente cerrados, las mejillas sonrojadas y la respiración desigual y alterada. Seguía temblando.

—Tranquila, gatita. Estoy aquí. Por todos los dioses —susurró endureciéndose hasta el límite. La acarició de nuevo con los dedos y Ruth siguió el movimiento buscando la caricia de su mano—. Estás tan suave y mojada... —sus dedos resbalaban por su abertura, rozándole el clítoris con toques estratégicos.

—No... —musitó Ruth lamiéndose el labio inferior—. El dolor no ha desaparecido. —La voz de Ruth estaba a punto de romperse. Lo miraba aturdida—. Haz que pare... por favor.

Adam sonrió con ternura a aquella chica que tenía bajo su cuerpo. Era tan hermosa y tan natural. Quería ser dura y cruel, pero le estaba pidiendo las cosas con educación. Nada agresiva como las mujeres berserkers, nada violenta.

—No sirves para dar órdenes —Adam enredó sus dedos en su pelo y se inclinó para oler la esencia de su cuello.

Ruth apartó la mirada para no verse afectada por aquel gesto tan dulce y posesivo de Adam.

—Te falta soberbia. Eres como un azucarillo. —Parecía sorprendido por la revelación—. Está bien,

Ruth. —Se inclinó sobre su sien y la besó ligeramente. Fue un roce completamente nimio y sin embargo Ruth lo sintió en toda su extensión—. Va a ser todo para ti. Entiendo que no quieras hacerme nada. —El dolor que sentía por la insatisfacción rugía por su piel con tal estrépito, que empezaba a sentirse febril y enfermo—. Eres una sorpresa.

Ruth no dejaba de mirarlo a los ojos. Si la sinceridad y el pecado tuvieran un rostro, sería sin lugar a dudas el de Adam. Pero, ¿cómo iba a fiarse de él? Adam la había hecho sentirse muy mal en las semanas anteriores.

—Haré lo que me pidas —le susurró él dulcemente deslizando de nuevo una de sus inmensas manos entre él y Ruth. Posó la palma entera entre sus piernas y ella gimió otra vez—. Tranquila... —Adam deslizó el dedo corazón hasta su entrada y dibujó círculos sobre ella—. No te imaginas, gatita, todo lo que quisiera hacerte. Estás tan tierna ahí abajo.

—No hables conmigo, Adam —sollozó levantando las caderas.

—Perdona —sonrió inclinándose sobre su cuello. La lamió y la mordisqueó, ante la sorpresa y la excitación de Ruth—. Quiero probar esto. — Con lentitud extrema la penetró con un dedo. Adam se quedó quieto mientras movía el dedo de un lado al otro, tocando sus paredes para extenderla—. Estás muy cerrada. Apenas puedo entrar. —La miró a los ojos, asombrado.

—Oh, por todos los... —Ruth cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás.

—¿Te duele?

Asintió agitadamente y le clavó las uñas en el pecho musculoso. No le extrañaba para nada que Adam no pudiera penetrarla con un simple dedo, sus dedos eran grandes, gruesos y masculinos. Sus manos eran enormes. ¿Qué no era grande en él? Todo él lo era. Se estremeció al darse cuenta de lo mucho que Adam podía intimidarla como hombre.

Él metía y sacaba el dedo a un ritmo constante y taladrador. No podía pensar. Su cerebro se había girado como la cabeza de un pulpo, por completo, al ver que tenía ante él a una semivirgen. Estaba tan increíblemente apretada que dudaba de si lo era en verdad, pero no había himen así que sin lugar a dudas no lo era. ¿Había estado con algún hombre? ¿Quién? ¿Cuánto hacía de eso? ¿Por qué tenía ese nudo en el estómago al pensar en ello? Había creído que esa chica era una matahari, y ahora, estaba convencido de que por aquel lugar caliente hacía años que no entraba nadie. Con la cantidad de afrodisíaco que corría por sus venas, debería estar más distendida, y sin embargo no era así.

—Ven aquí, gatita. Yo me haré cargo de ti.

—Adam, no quiero hacerlo contigo —repitió Ruth mirándolo con censura—. No te aproveches.

—Ya lo he oído. ¿Crees que sería capaz de forzarte?

—Sí. Por supuesto que sí —le dijo ella moviendo las caderas de arriba abajo—. Ni ayer ni antes de ayer te hubiera importado. Querías hacerlo. Lo vi en tus ojos.

—Claro que quería hacerlo. Y quiero hacerlo. Sin embargo, no lo hice cuando pensaba que eras una asesina y tampoco lo haré ahora. Pero tienes que dejar de moverte así, por Odín, me estás llevando al límite.

Ruth no detuvo el bamboleo de sus caderas. Alzó una ceja y sonrió con picardía. Adam crecía por momentos en grosor y en longitud. Realmente esa vara era inmensa.

—Tócame —le ordenó ella—. No pares.

Adam no dudó ni un instante. Abrió de piernas a Ruth, tranquilizándola con leves caricias que ella quería rechazar. Pasó el dedo corazón de nuevo por su abertura y lo deslizó en el interior de Ruth otra vez, con suavidad. Se miraron a los ojos durante varios segundos mientras Adam le hacía el amor con las manos y la penetraba con el dedo repetida y profundamente hasta los nudillos.

Ruth sollozó y tembló en el segundo orgasmo explosivo que le sobrevino.

Adam, fascinado, no quiso perderse nada. Los pezones de la chica, de un delicioso color rosado, estaban erectos, y sus pechos brillaban por el sudor, hinchados por la excitación. Las mejillas se le habían enrojecido y los ojos estaban velados por el placer. Con aquella cabellera indomable del color de la pasión, parecía una mujer salvaje.

—¿Más? —preguntó Adam embistiéndola más suavemente con el dedo. Introdujo un segundo dedo estirando su suave carne pero se detuvo al oír el quejido de Ruth—. ¿Te hago daño?

Ruth siseó y asintió con la cabeza. Adam no podía imaginar cómo iban a encajar ellos dos cuando hicieran el amor. Porque aunque Ruth era reacia a ser dulce y receptiva con él, él estaba decidido a hacerla suya en cuerpo y alma. Pasaría tarde o temprano. Él no era un hombre que tuviera mucha paciencia.

Había muchas maneras de hacer el amor. Él no se correría con ella ni intercambiaría el *chi.* El intercambio de *chi* se reservaba a la pareja y Ruth no iba a ser la suya. Por mucho que la deseara. Sin embargo, antes de proponer el emparejamiento a Margött, quería disfrutar de Ruth. Ella era demasiado sensual como para obviarla.

—Eres tan estrecha —comentó maravillado sacando el dedo y dejándola vacía. Se incorporó y puso una mano a cada lado de la cabeza de Ruth, encerrándola con su inmenso cuerpo y obligándola a mirarle a los ojos. La observó largamente, recreándose en su hermoso rostro—. Voy a hacerte el amor.

Ruth apretó los dientes e intentó sacárselo de encima.

—No. No me tendrás. No vas a meter eso dentro de mí —miró el impresionante pene de Adam, que se alzaba de entre una mata de pelo negro. Grueso como su muñeca, largo casi como su antebrazo, surcado de venas. La cabeza rosada en forma de champiñón estaba húmeda de líquido preseminal. Una gota perlada brillaba en la punta.

Adam no podía desobedecerla. Pero él estaba deseando que Ruth lo acariciara. El dolor era insoportable.

—Necesito que me toques —meció su erección y la rozó contra el colchón imitando el acto amoroso para darse alivio—. La droga me está matando a mí también.

—No me das pena. Eres inmortal. Tú eres más fuerte. Lo soportarás, ya lo verás —dijo ella tragando saliva y notando cómo se humedecía excitada al ver el bamboleo de Adam. Nunca había masturbado a nadie con sus manos. Se clavó las uñas en las palmas para no ceder al impulso de hacérselo a él.

—Por favor, *barnepike.* Por favor —rogó Adam agachando la cabeza con las mejillas maravillosamente coloradas. ¿Quién suplica ahora, eh? No, Adam.

—¿Puedo tocarme yo? —lo preguntó porque sería vergonzoso empezar a hacerlo delante de Ruth y que ella lo reprendiera por ello. Y él era muy orgulloso. No le iba a sentar nada bien.

Los ojos de la joven se oscurecieron y lo miraron con interés. Pero tal y como apareció la curiosidad, desapareció más tarde sustituido por la frialdad.

—No quiero que tengas ningún tipo de alivio, *slave.*

Adam inspiró profundamente, forzándose a relajarse y a controlar el animal que llevaba dentro. Un berserker podía pasarse horas haciendo el amor a su pareja, ya que su libido se disparaba. Necesitaba que Ruth le hiciera algo, aunque sólo lo rozara. Era un suplicio, una tortura tener a una mujer como ella en su casa, en su cama, desnuda y dispuesta, y no poder hacerle el amor.

—Entonces te voy a comer entera y no me detendré —rugió ahogando un gemido de insatisfacción.

—¿Que vas a hacer qué? —Intentó incorporarse, pero él se lo prohibió.

Ruth no tuvo tiempo para reaccionar. El cuerpo ágil de Adam se deslizó hacia abajo, separó sus muslos agresivamente con los hombros y le abrió los labios vaginales con los pulgares. Pero se

detuvo al ver la marca de la diosa sobre la raja de su sexo. Pasó el dedo índice por encima de ella y la frotó suavemente como si fuera un rasca y gana.

—¿Qué es esto tan bonito? —sonrió. Aquello le provocaba una extraña ternura.

—Es la marca... de la Diosa —contestó ella aturdida.

—¿La marca de Nerthus? —La miró hipnotizado—. No me puedo creer que seas una de sus sacerdotisas. Es increíble. ¿Estás asustada?

Ruth no le contestó. No quería hablar más con él. Y Adam captó su mensaje corporal.

—Está bien, como quieras —aceptó resignado—. Eres toda para mí. No me pidas clemencia porque no te la voy a dar.

—Harás lo que te ordene —replicó Ruth temblando, apartando la apuesta cara de Adam de su entrepierna—. Sal de ahí, ¡Por Dios!

—¿Alguien te ha besado aquí alguna vez? —Posó sus labios sobre el sexo de Ruth y ésta se arqueó agarrándose a las sábanas con fuerza.

—¡Adam!

—Me lo imaginaba... —Le introdujo la lengua y la besó como si la besara en la boca.

Ruth no sabría explicar jamás todo lo que supuso para ella aquella noche con él. Adam estuvo horas estimulándola, lamiéndola como a un caramelo. Le hizo el amor con la boca, los dientes, los labios y la lengua. Ruth perdió la cuenta de los orgasmos que tuvo, se sentía mareada y terriblemente expuesta, pero después de los tres primeros dejó de importarle todo. Sólo existía la boca de Adam. Cuando Ruth empujaba con las caderas, Adam deslizaba la lengua más profundamente. Cuando ella se quejaba ultrasensibilizada, él la acariciaba más suavemente. No le dio respiro, hasta que la noche dejó paso al alba y Ruth se quedó sin voz de tanto gritar.

Adam le dio un lametazo lento y perezoso, de abajo arriba, limpiándola cariñosamente. Estaba irritada y roja, pero también estaba complacida y saciada como nunca.

—Suficiente —exhaló Ruth con el rostro arrebolado—. Es suficiente... no... no puedo más. —Puso su mano sobre el rostro de Adam y lo levantó para que la mirara. Sentía su entrepierna ardiendo por el permanente contacto de su boca durante horas—. Detente, Adam.

Adam se pasó la lengua por los labios. Parecía un animal domesticado. La observó con sus ojos rojos y extrañamente cálidos, y sonrió. Le besó la marca de la sacerdotisa con suavidad, para luego dejar caer su mejilla sobre su vientre, abrazándola repentinamente con posesividad por la cintura.

—Está bien, gatita —susurró cerrando los ojos. Qué sensación tan agradable sentirse así con Ruth. ¿Se sentiría igual con Margött? Al preguntarse eso sintió una opresión en el pecho.

Ruth jamás pensó que podría disfrutar tanto del sexo oral, y mucho menos se imaginaba que iba a ser Adam quién se lo proporcionara encadenando un sinfín de orgasmos que la dejaron como una mujer de gelatina.

Aun después de descansar por aquel acoso sexual, sentía la boca de Adam en sus labios inferiores. Los espasmos la seguían recorriendo y a veces temblaba como si le dieran escalofríos.

Él sonrió para sí mismo. Había sido el primero para ella en ese sentido. No lo iba a olvidar jamás, ni él tampoco. El sabor de Ruth era terriblemente adictivo, dulce como la miel y muy femenino, como toda ella era.

Un caramelo suculento para su paladar, un regalo que desenvolver. Podría inventar cien mil metáforas que compararan lo que, al parecer, Ruth hacía a su sentidos, a su cuerpo.

—¿Estás dormida? —preguntó sabiendo que no lo estaba—. *¿Katt*[21]*?*

[21] Katt: en noruego significa “gata”.

Ruth miraba al techo, todavía recuperándose de aquella verbena de sensaciones que Adam le había descubierto. ¿Cómo iba a dormirse? Estaba acurrucado contra ella, acariciándole el vientre con la mejilla como si estuviera mimando un tesoro preciado, como si estuviera protegiéndola. Pero ella no era nada de eso para él. No era ni un tesoro ni nadie a quien quisiera proteger, a no ser que fuera por obligación. Si estaban en esa situación era por el afrodisíaco, por nada más. Sin embargo, él seguía duro como un toro, y ella, gracias a sus atenciones, había perdido parte del efecto de la droga. Sus piernas seguían abiertas para él y sus brazos permanecían laxos a los lados. Alzó una mano para retirar la cabeza de Adam, sin fuerza y sin convicción, porque se sentía incómoda de repente al ver que él la tenía fuertemente abrazada.

—¿Quién es Katt? —preguntó. Aquella voz resentida no podía ser suya. Adam alzó las manos perezosamente y las colocó sobre sus pechos, cubriéndolos como si fueran suyos. No la había tocado allí.

Ruth sintió fluir un latigazo de placer desde los pezones hasta la matriz.

Adam movió su cara y hundió la lengua en su ombligo, como un inmenso tigre adormilado y saciado que aún buscara un poco del sabor de la pasión. Mordió su diamante y tiró de él.

—Tú eres *katt* —respondió él inhalando el aroma de su piel, cerrando los ojos con gusto—. Mi gata salvaje. —La miró y sonrió mientras besaba su pubis con los labios abiertos.

Ruth tuvo que parpadear para no quedarse embobada al verlo sonreír tan humildemente. El gesto suavizaba sus rasgos duros y angulosos, y lo hacía parecer mucho más accesible, pero igualmente arrebatador y peligroso.

—¿*Katt* quiere decir gata? —preguntó recelosa. ¿Por qué se sentía así? No podía importarla que él la llamara por otro nombre.

—Crees que te he llamado por el nombre de otra. —Alzó los ojos, orgulloso al ver que Ruth intentaba negar que había sentido una punzada de celos y rabia—. ¿Tan pronto me enseñas las uñas? —Amasó sus pechos y gruñó de placer—. Eres perfecta, maldita sea.

—No sé de qué me estás hablando. —Apartó sus manos como pudo—. Tú hablarme raro —bromeó Ruth para no sentirse tan expuesta—. No te entiendo. *Katt, barnepike, slavery...* Y ni siquiera sé por qué hablas conmigo. Ya dejaste claro que no te caigo bien y que no te importo, sólo haces esto para redimirte ante As y tu clan. No lo haces por mí.

—Ruth no entender —Adam siguió la broma complacido. Él iba a explicárselo. Se incorporó sobre ella sin detener sus manos juguetonas que no dejaban de tocarle los senos y luego se estiró cuan largo era sobre su cuerpo femenino, manteniéndola presa.

Ruth agrandó los ojos y las pupilas se le dilataron. El contacto al cien por cien con la piel de Adam la intimidó más de lo que debería. Ambos ardían.

—No te asustes, tranquila —susurró él colocando sus antebrazos en la almohada de Ruth, a ambos lados de su cara. Arrinconándola—. ¿Sabes? Si me fueras indiferente te habría matado hace tiempo, Ruth. Desde el momento en que soñé contigo.

—¿Y por qué no lo hiciste? —lo desafió ella enfadada por su vulnerabilidad, por sentirse tan desamparada con ese hombre—. Te diré porqué. Querías hacerme sufrir, mantenerme asustada y alejada de ti y de los tuyos. Y querías que yo te temiera, y cuando te di un ínfimo motivo para secuestrarme lo hiciste, y entonces me demostraste una y otra vez quién mandaba. No lo olvidaré. Ha sido espantoso, Adam. Y ahora estás aquí...

—Actué movido por el impulso de protección. Pensé que eras culpable de todas las cosas de las que te acusaba. —Se encogió de hombros—. Pero ahora me alegra haber estado equivocado.

—Te gusta aterrorizarme. ¿Te ha divertido? —Su cuerpo empezó a temblar de la rabia—. Me has dejado muy claro lo que piensas de mí, no te has cansado de insultarme, y si ahora quieres redimirte es porque nunca la habías cagado tanto con tu líder.

—*Leder* —la corrigió él mientras volvía la mirada a sus pezones.

—¡Lo que sea! —gritó empujándole el pecho con las manos—. Te has reído de mí, me has humillado y tratado como a una cualquiera. Sigues sin conocerme, y además, me quieres hacer creer que te importo y que ahora soy tu... gatita. No tienes ni idea de lo avergonzada que estoy por haber permitido que tú me... que me hayas hecho todo eso ahí abajo.

—Lo has disfrutado. Te ha encantado —la desafió a que lo negara. Resopló furiosa.

—Es la droga. —Estaba roja como un tomate—. Lo que quiero decir es que esto no nos convierte en amigos.

—Puedo caerte mal, puedes odiarme, pero sé que no te soy indiferente como hombre. Te gusto.

—Eres un creído.

Adam tomó aire por la nariz sólo para relajarse. Ruth tenía genio, y cuando se enfadaba lo volvía loco de deseo. Él era un berserker, tenía genes de animal. De lobo. No podías desafiar a un lobo, nunca, porque son animales de instintos, adoran la caza. Todo el mundo sabía eso, pero ella no. ¿Debía recordarse a cada momento que Ruth era una humanita que no sabía nada de ellos? No podía reclamarla, ni ahora ni nunca. Y menos estando furiosa como de repente parecía que estaba, por mucho que eso le excitara. No. No la reclamaría jamás. Ya había tomado la decisión respecto a quién iba a ser su pareja, su *kone,* y no era Ruth.

Ruth era el deseo.

Margött la razón y la responsabilidad, y una apuesta segura y cómoda. Y para un hombre como él, con dos niños pequeños a los que educar, una berserker sería lo ideal. Miró de nuevo a Ruth. Era magnética para él, pero no era su elección. De todos modos, le molestaba que ella no reconociera lo que había sentido estando con él. Porque entre ellos había una atracción animal difícil de ignorar.

—Estás confundida. —Adam intentó ser comprensivo—. Lo que ha pasado entre nosotros podría haber sido causado por la droga o por un zumo de naranja, si es lo que quieres creer. Habría pasado de todos modos. Ayer, juro que te habría tomado creyendo que eras una asesina, y no lo habría hecho para castigarte, sino, porque no puedo resistirme a ti. Despiertas en mí algo que no me veo capaz de controlar.

—Me habrías follado sólo para castigarme —giró la cabeza para no mirarlo.

—No uses esas palabras.

—No me sermonees. Y a eso es precisamente a lo que me refiero, dejemos las cosas claras. —Seguía sin mirarlo—. No lo habrías hecho porque te guste como soy o porque yo te haga sentir cosas, ni siquiera por pasar un buen rato. Lo habrías hecho porque querías maltratarme, humillarme. Una mala persona, egoísta y cruel. Has disfrutado intimidándome. ¿Qué dice eso sobre tu naturaleza?

Adam se apartó y su cara se transformó en una máscara de incredulidad. Sus ojos rojos perdieron color y se volvieron ligeramente amarillos, y cuando se achicaron Ruth se sintió de nuevo amenazada.

—Si fuera todo lo que me dices —gruñó a un centímetro de su cara—, ahora mismo estaría destrozándote y metiéndome entre tus piernas como un animal salvaje.

—¿Y sería una sorpresa? Es lo que eres —lo insultó ella. Había disfrutado de él y de sus caricias, pero su comportamiento, el de ambos, lo habían inducido las drogas—. Esto no cambia una maldita cosa, chucho. No te confundas. Me siento mal porque la droga me ha rebajado ante ti. Porque ha hecho que permitiera que me tocaras. Me siento indigna.

Adam apretó los dedos contra la almohada. Si sintiera el sufrimiento que sentía él, se iba a tragar todas sus palabras. Los berserkers necesitaban el sexo para respirar, necesitaban el calor de su pareja y su energía, y si no tenían a su pareja, entonces necesitaban a una mujer. Un berserker drogado como él, hubiera tomado a Ruth durante toda la noche, sin escuchar sus súplicas porque se detuviera, sin oír sus gritos ni su dolor. Él, gracias a su autocontrol, no estaba cediendo a sus instintos

simplemente porque ella se merecía la oportunidad de elegir, y porque la respetaba un poco más que el día anterior, y eso estaba por encima de su loco deseo por ella. Por ahora.

—¿Así que soy un animal? —repitió visiblemente herido por sus duras palabras.

—Sí.

—¿Y no te gusta que te toque?

Ruth tragó saliva. No le gustaba ni su modo de mirarla, ni el tono de su voz que la incitaba a que dijera lo que él anhelaba escuchar. Iba a mentir. Iba a mentir como una bellaca y lo peor era que estaba segura de que Adam lo sabría.

—No. Odio que me toques y que me hayas hecho esto. —Sus palabras fueron dagas directas a la paciencia de Adam que no aceptó las palabras de Ruth. Nunca lo haría, porque sabían que eran falsas, y quiso demostrárselo a ella y a sí mismo.

—Entonces si te toco aquí...

Deslizó la mano hasta abarcar su entrepierna y la penetró con un dedo hasta el fondo y sin ningún aviso. Ella ya estaba húmeda por las anteriores veces, pero la impresionó igual.

—¡Adam! —Intentó sacárselo de encima golpeándolo en el pecho, pero él le inmovilizó las manos con una de las suyas y se las colocó por encima de su cabeza. Ruth hacía negaciones y tragaba saliva compulsivamente.

—Y si lo muevo así —le introdujo más el dedo, lo volvió a sacar y luego volvió a la carga con dos, metiéndolos hasta los nudillos.

Adam no sabía qué demonio lo había poseído, pero estaba furioso por lo que ella le había dicho. Ruth gimió ante una nueva penetración y se arqueó contra su mano. Avergonzada por su debilidad ante él, apartó la cara y se mordió el labio inferior para no decirle que continuara.

—*Katt...* —musitó él con suavidad. No iba a hacerle más daño del que ya le había hecho—. Tu cuerpo no miente como lo hace tu boca. Estás húmeda y dilatada para más. Pero quiero demostrarte que no soy nada de lo que me acusas —rotó los dedos, los sacó y los volvió a meter con más suavidad—. Podría meterme dentro de ti, ahora mismo.

Ruth lo miró con alarma.

—Pero no lo haré.

Ella alzó las caderas y cerró los ojos con fuerza. La cabeza le daba vueltas y las entrañas le quemaban como nunca.

—Vamos, córrete. Ahora.

Fue oír la orden de Adam y ella obedeció. No le quedaba orgullo ni dignidad, simplemente disfrutó del orgasmo. Adam sintió como Ruth le apretaba los dedos y los soltaba. Las contracciones eran duras y prolongadas, arrasándolo todo a su paso. Se levantó de la cama, huyó de ella para no hacerle daño. Desnudo contra la pared, asustado e inseguro de su propio autocontrol la miraba atormentado. Esa mujer lo volvería loco. Debía apartarse de ella, y rápido. La necesidad de hacerla suya y la fiebre del acoplamiento berserker estaban a punto de someterlo, pero Ruth no era la elegida. Le hormigueaban los dientes y se le habían puesto los ojos rojos de nuevo. Amarillos para la guerra. Rojos ante el deseo. Su cuerpo temblaba y estaba a punto de sufrir un colapso por la excitación no calmada.

—Puede que sea un animal —dijo abriendo la puerta de la habitación. La miró por encima del hombro—. Pero tú eres una mentirosa, Cazadora. Y esta vez, mientes de verdad.

—¡Lárgate!

Adam salió por la puerta con el gesto altivo y cerró la compuerta dejándola sumida en la oscuridad. Ruth se hizo un ovillo y hundió la cara entre sus rodillas. Lloró de rabia e impotencia, de nervios y miedo, de pena y de tristeza. Lloró por haberse discutido con él de nuevo. Porque no se

había quedado abrazándola ni acariciándola, diciéndole que había sido especial para él como lo había sido para ella. Odiaba discutirse con él. Le sentaba mal física y emocionalmente. Le sentó mal hacía mes y medio y ahora no era diferente. ¿Qué tenía Adam? ¿Qué era él para ella? ¿Por qué la afectaba así?

Debía tomar una decisión respecto a ellos y su situación, y hacerlo pronto porque no podía arriesgarse a exponerse a él y su juicio y salir perdiendo de nuevo. Se durmió conjurando las manos y las caricias de Adam, meciéndola como no había hecho y besándola como ella hubiera deseado.

CAPÍTULO 13

Se despertó con el cuerpo totalmente relajado. La calma y la serenidad la rodeaban, su mente y su alma estaban en paz. No notaba las heridas, no le dolía nada. Abrió los ojos y miró directamente hacia las ventanas. La luz del sol se colaba entre las rendijas de las persianas y acariciaba su sonrosada piel derramándose por su cuerpo desnudo. En el exterior, los pajarillos cantaban y revoloteaban apoyándose en las cornisas de las ventanas, como si fuera un día glorioso y digno. Seguro que hablaban entre ellos de lo que había sucedido hacía tan sólo unas horas en esa habitación.

Los árboles parecían querer entrar en la casa y, muy de cerca, se oía el sonido de una cascada. Esa casa se fundía con la naturaleza y aquella revelación la hizo sonreír.

Ruth se levantó y se llevó la mano a la nalga que Adam le había mordido. Tenía la sensación de que se la estaban besando o lamiendo, pero ya no había escozor. No recordaba que la hubiera tocado ahí durante la noche.

Se estiró como una gata. *Katt.* Así la llamaba Adam. «Y es un falso», pensó con rabia. Malhumorada, se dirigió al baño mientras meditaba sobre su nueva situación. Debía ser práctica, así actuaban los clanes. Así actuaría ella. Adam la afectaba, pero él no iba a ser su perdición. Ella era mucho más fuerte que eso y se había conjurado para no encariñarse con él. La noche había sido violenta, pero también muy ardiente. Todo su cuerpo olía a él, a ese *aftershave* mentolado que tanto le gustaba. Nunca le diría eso, por supuesto. No se sentía capaz de cruzar una palabra cariñosa o dulce con él. Demasiadas cosas habían pasado entre ellos.

Adam había descubierto del modo más cruel y artificial que no le era indiferente como hombre, pero no iba a alimentar su ego ni su prepotencia. Ella tampoco le era indiferente como mujer, así que lo mejor era pensar en cómo utilizar aquella información en su contra. Estar a su lado era un tormento, y no estaba preparada para analizar todo lo que el berserker provocaba en ella. Si hacía un mes y medio que vivía obsesionada con él, que soñaba a diario con él, ahora que ya la había tocado y que sus dedos habían estado en su interior dándole el placer más brutal que existía, ¿qué no podría pasar entre ellos? Necesitaba contrarrestar todo eso, recuperar sus emociones y serenar su estado mental. No iba a ser la única tonta sufriendo. Él era su esclavo, por el momento, y ella se iba a asegurar de que el sufrimiento fuera mutuo.

La intimidad compartida no había sido vinculante. Ni tierna, ni comprensiva, ni confiada. Por supuesto que le había dado placer. Si se ponía a recordarlo seguramente se excitaría, y sabía que Adam la olería y sonreiría vanidoso. Ella no quería eso. No resistiría otro tira y afloja con él. Tenía algo pensado, algo en lo que había dado vueltas durante las horas que se había quedado llorando, anhelándolo como una estúpida. Lo pondría en práctica. Se aprovecharía de su esclavitud y haría que la quisiera y que la respetara. Su venganza estaba preparada.

Adam había hecho cosas con su cuerpo a las que no estaba acostumbrada. Había tenido tantos orgasmos que perdió la cuenta, y la enfurecía que fuera él quién le enseñara el éxtasis sexual. Sin embargo, lo aceptaba como si aquello fuera lo correcto. ¿Quién si no iba a enseñarle los placeres de la carne? Adam, el único que podía quitarle la razón con una de sus miradas. El único hombre al que realmente había deseado.

Por otro lado, la rabia también palpitaba en algún lugar de su corazón. Se sentía mal por todo lo que había sucedido entre ellos. Él había reconocido su equivocación, pero todavía no había pedido perdón de verdad. No lo veía afligido ni arrepentido. Ayer lo vio desesperado por ella, nervioso y excitado porque la deseaba. Bueno, ella a él también. Pero no lo vio realmente mal por todo lo que había hecho con ella. Él consideraba que debía hacerlo y punto, no había más que hablar, y eso la reventaba como nada.

El berserker estaba equivocado si creía que iba a perdonarlo sólo porque le volviera loca su cara y su cuerpo. Ella se encargaría de abrirle los ojos. Estaba al mando. Luego le explicaría bien cómo

estaban las cosas entre ellos y cuáles iban a ser los pasos a seguir. Sonrió satisfecha con su decisión y miró todo lo que había a su alrededor. Era una mujer resolutiva. Siempre intentaba sacarle partido a las cosas malas que le sucedían. Nada era tan malo como parecía.

Más optimista ahora, se dio cuenta de que el baño era grande y muy moderno. La bañera parecía una piscina, y estaba cavada en el mismo suelo, a modo de jacuzzi. Los azulejos eran oscuros y las paredes naranjas. Había cuatro toallas blancas y un albornoz nuevo. Eran para ella. En el otro extremo estaba la ducha de hidromasaje, que tenía un taburete por si quería acomodarse. A Adam le gustaban mucho las comodidades, por lo visto. Era un estirado.

Se duchó rápidamente, se secó el pelo y se puso el albornoz. Al sacarlo de la bolsa, cayeron dos zapatillas blancas, planas y de toalla. Ahora ya no la iba a tener descalza. Las heridas de los pies tenían mejor cara, igual que las del pómulo, el labio y el hombro. Sin embargo, todavía se veían las marcas rojizas de las heridas. ¿Por qué habían desaparecido? ¿Sería por la ambrosía? Estaría empezando a hacerle efecto.

Mirándose fijamente en el espejo, entendió algo. Ella ya no era la misma, ni por dentro ni por fuera. Su misión, su relación con Adam y la realidad que vivía ahora era muy distinta de la que tenía meses atrás, y todo a su alrededor se había modificado, como ella. Era una consecuencia. Cinco noches más y sería inmortal. Siete días, había mencionado Nerthus. Su cuerpo empezaba a mutar, curándose más rápido, cicatrizando a velocidades inusuales. Se sentía ligera y flexible, fuerte y resistente como una tigresa. Segura de sí misma como nunca antes lo había estado, y además, muy sexy. Su cara tenía un brillo especial. No, su cara no. Eran sus ojos. Su mirada era distinta.

Sonrió de nuevo y el reflejo del espejo le devolvió la sonrisa. Ella era así, ni más ni menos. Puede que esas cualidades siempre hubieran estado en ella y hasta ese momento no las había dejado salir.

Volvería a ver a Adam. Con su porte altivo, creyéndose el amo del mundo y seguramente pavoneándose por haberla hecho disfrutar. Ni hablar, no lo iba a permitir. Hablaría con el berserker del trato que iba a proponerle.

Apretando los puños salió de la habitación y bajó las escaleras. Olía delicioso, a tortitas recién hechas y huevos revueltos... A fruta fresca y a azúcar.

Llegaron a sus oídos las voces de unos niños y la voz cálida y arrulladora de un hombre contestándoles apaciblemente. Cuando llegó a la cocina, lo que vio la dejó sin palabras.

Adam estaba sirviendo cereales y zumo a Liam y a Nora. Ellos le son reían agradecidos y comían con hambre voraz. En una sartén se estaban friendo los huevos revueltos con verduras, y en otra algo parecido al seitán.
En el horno, el pan recién hecho, pan artesanal. La mesa servida con un mantel rojo lucía perfecta y acogedora con la fruta y las tostadas untadas. Aquello era un hogar. Un hogar singular que irradiaba confianza por todos sus poros. Y cariño. Y Adam... ¡Madre del amor hermoso! Adam estaba impresionante. La camiseta púrpura de manga corta que llevaba marcaba todos sus músculos, y los tejanos anchos y caídos de cintura despertaban la libido incluso a una muerta. Y luego estaba el collar de pequeñas púas metálicas que le hacía parecer peligroso. Su cara estaba relajada y parecía feliz allí con ellos, sirviendo a unos niños y cuidando sus necesidades. Mirándolos se sintió como una intrusa, como si aquella fuera una escena íntima y vetada para ella.

—¿Tienes hambre, Ruth? —preguntó Adam sin mirarla mientras servía dos tostadas con mermelada a Nora.

Ruth se avergonzó al darse cuenta de que no les había saludado.

—Buenos días. —Liam bajó de su taburete y corrió hacia Ruth. La tomó de la mano y la guió a la mesa con sus ojos enormes llenos de ilusión.

Ella sonrió y se dejó llevar. Adam cogió un taburete y lo colocó en frente de los pequeños.

—Siéntate. —Golpeó la silla suavemente.

Obedeció sin mirarlo. Al momento, tenía un zumo y un plato suculento en frente. Qué extraño era todo aquello. Se sentía fuera de lugar, pero se obligó a reaccionar.

—¿Para qué ballena es todo esto? —preguntó.

Los niños se echaron a reír con la boca abierta llena de comida. Adorables.

—Todo para ti —contestó Adam girándose para sacar el pan del horno.

—¿Bromeas? —miró el plato horrorizada—. Tengo el estómago cerrado. Hay demasiada...

—No. Estás muy delgada, y llevas días sin comer decentemente. Por favor, come, *barnepike* —le pidió en voz baja.

Ruth lo miró por encima del hombro. *Barnepike.* Claro, ella era su ama ahora y Adam se sentía en la obligación de cuidarla y hacer todo lo que ella deseara. No debía olvidar eso. Sin embargo, estaba tenso, como si realmente le preocupara que no comiera.

—Ya no tienes tantas heridas en la cara. —Observó Nora señalándola con la cuchara—. Sólo las marquitas.

Ruth sonrió a la niña con dulzura mientras sorbía zumo de naranja.

Nora estaba tan bonita con su pelo rubio revuelto y los ojos oscuros mirándola con asombro. Llevaba demasiado colorete para su gusto y se había puesto purpurina en los párpados. Por el amor de Dios, la había maquillado el asesor de imagen de Kiss.

—No, ya no las tengo —contestó finalmente.

—Tío Adam se las ha curado —añadió Liam metiéndose una cucharada enorme de cereales con leche en la boca.

Ruth por poco no escupe todo el zumo.

—Liam es muy listo —asintió Adam guiñándole el ojo al niño. Ella lo fulminó con la mirada. ¡Qué horror! ¿De verdad estaban hablando de ellos dos?

—¿Ah, sí? —musitó Ruth mirándolo de reojo por encima de la taza—. ¿Y se puede saber cómo me has curado las heridas?

—Muy fácil —dijo Adam acercándose a Nora—. Te he dado un beso de príncipe. Así. —Le dio un sonoro beso en la mejilla a la niña y ésta se echó a reír encantada. Lo miraba con adoración.

¿Un beso de príncipe? ¡Un morreo porno de príncipe en celo! Eso definía mejor lo que él había hecho con ella, pero no podía decirlo porque los niños estaban delante.

Recato, Ruth. Recato.

Observó la escena que Adam y Nora reflejaban y algo se encogió en su interior.

Inmediatamente, el berserker se sentó a su lado y desayunaron todos juntos. Intentaba hacerse el relajado, pero olerla ya lo estaba matando.

Ruth no sabía ni qué hacer ni qué decir. ¿Por qué estaba tan incómoda?

—¿Os encontráis bien? —preguntó Ruth preocupada por los pequeños—. Después de lo de ayer...

—Sí, estamos bien —asintió Nora—. Tío Adam nos ha explicado lo que pasa. Estamos en peligro, ¿sabes? —dijo la niña sin ser muy consciente de sus palabras.

—¿Y no estás asustada? —preguntó Ruth.

—No —contestó la pequeña metiéndose otro cucharón de cereales en la boca—. Tío Adam está con nosotros.

Claro, se suponía que eso lo arreglaba todo.

—Ruth, me gustaría ver a mi madre —pidió Liam con solemnidad.

Todos enmudecieron. La primera en reaccionar fue Nora.

—¿Puedes, Ruth? —estaba tan emocionada—. ¿Puedes?

—No hay que forzarla, niños —Adam la miró de soslayo, pero incluso él estaba esperando una respuesta afirmativa.

Cerró los ojos un momento y negó con la cabeza. Aquellos seis ojos no perdían detalle.

—Esta noche lo intentaremos, ¿vale? Pero no os prometo nada, no controlo muy bien el don. Será mi primera vez.

Los niños agrandaron los ojos y gritaron de alegría alborotados. Adam sonrió y la miró agradecido.

—¿Por qué no puedes verla ahora? —preguntó Adam.

—Es por la inyección que me pusieron ayer. Nerthus me dijo que mi cuerpo debía de ser un templo y todavía debo tener restos químicos de la droga en mi torrente sanguíneo. Pero si esta noche ya estoy mejor —miró a los gemelos y les sonrió— lo intentaremos, ¿vale?

—De acuerdo —asintieron los gemelos ilusionados—. Nos encantaría verla.

—¿Tú y tío Adam os vais a casar? —preguntó Nora repentinamente.

—¿Cómo? ¡No! —contestó Ruth rotunda volviendo la vista a su plato—. Él...

—Ruth necesita que la protejan y yo cuidaré de ella —explicó el berserker.

—¿Vamos a vivir juntos? —preguntó Liam.

—Sólo hasta que todo esto se solucione —explicó Ruth. Cada vez se sentía más incómoda.

—No queremos que vuelva a pasar nada como lo de ayer, así que tenemos que cuidarnos los unos a los otros. —Adam pinchó un trozo de tortilla del propio plato de Ruth y se lo ofreció.

Ruth miró el tenedor y luego a él. Levantó una ceja.

«¿Me estás dando de comer?», preguntó mentalmente.

Adam no debía hacer eso. Esos gestos eran íntimos entre parejas berserkers y ellos no eran nada de eso. Pero verla con el pelo suelto y la cara al natural, tan bonita y sexy, lo enterneció. Y qué bien olía. Ya volvía a estar duro. Se removió incómodo en la butaca.

—Come.

Ruth levantó más la ceja, retándolo a que volviera a darle una orden y él se endureció todavía más.

—Por favor, *barnepike.*

Bajó la ceja de golpe. Ya iban dos veces que la llamaba así, y había decidido que no le gustaba, y menos, delante de los pequeños.

¿Qué iban a pensar de él? ¿Y de ella? Adam era una figura de respeto para ellos, una imagen paterna de autoridad y protección, no un esclavo de nadie.

«Que piensen lo que les dé la gana. No olvides lo mal que te ha tratado. Actúa así por el pacto», pensó. Abrió la boca para él y Adam sonrió complacido cuando le metió el tenedor.

—Gracias, *slave* —Ruth arrastró la ese como una serpiente. Se dijo que no quería provocarlo pero supo al instante que lo había hecho.

Él apretó el tenedor con fuerza. A él tampoco le gustaba que lo llamara así. ¿Pero qué estaba pasando? Eso era lo que eran.

—La señorita Margött ya no vendrá más a cuidarnos, ¿no? —preguntó Nora con voz temblorosa—. Ahora Ruth está aquí y en la casa-colegio no nos lo pasamos bien.

Ruth miró a Adam esperando una contestación. ¿Quién diablos era Margött? ¿Cuándo había estado en esa casa? ¿Quién era?

—Tendré que hablar con ella. Hace un rato me ha llamado y me ha preguntado si necesitaba ayuda. Es mejor que no venga mucho por aquí, no quiero ponerla en peligro.

Ruth estudiaba a Adam mientras hablaba de la otra mujer. Margött parecía el nombre de una mujer gorda y verrugosa. Seguro que no era nada guapa.

—¿Quién es Margött? —lo preguntó por qué no lo pudo evitar.

—Es la profesora de la casa-escuela —le explicó Nora—. Está enamorada de tío Adam. No deja de preguntarnos por él. Tooodos los días —dijo melodramática.

Ruth escuchó con atención las palabras de la niña. Adam estaba tenso y parecía violentarse con la narración de su sobrina.

—Ella no está enamorada de mí. —Se aclaró la garganta y negó con la cabeza mientras miraba a Ruth.

Ruth seguía mirándolo fijamente. Si le prohibía que dejara de verla, ¿él la obedecería?

—Ah —se sintió ridícula al decir eso—. Lo siento por ella —susurró.

Adam, un poco turbado, sonrió para sus adentros. Aquello no era verdad, su olor se lo decía. Como tenía instintos animales, su olfato sumamente desarrollado podía averiguar los estados de ánimo de las personas, debido al olor que segregan los cuerpos cuando hay cambios emocionales. Ruth se sentía contrariada. Y él también.

—Ruth... —musitó Liam jugando con la comida de su plato—. Cuando perdones a tío Adam, ¿dejará de ser tu esclavo?

—Él no es mi esclavo —contestó horrorizada. Sentía la necesidad de limpiar la imagen de Adam a ojos de los pequeños—. Esto es sólo un juego entre nosotros.

—No. El pacto *slavery* es muy serio —replicó Liam—. No es un juego. Nos lo explicó la señorita Margött.

Se sintió tan avergonzada al oír la trémula voz de Liam. Ellos lo sabían. Lo entendían todo. Y conocían la relación *slavery.* Quería que se la tragara la tierra. Y además, ¿qué era lo que les enseñaban en esa escuela? ¿Por qué ellos sabían algo tan bochornoso?

—Ruth no puede deshacer el pacto así como así —les dijo Adam mirándolos con ternura—. Ella necesita tiempo para asimilar lo que ha pasado, y mientras yo sea su *slave,* podré protegerla. —La miró de soslayo—. Es justo que yo me sacrifique por lo que hice.

—Pero tío Adam... tú eres un hombre bueno. Los niños de la casa escuela se reirán de nosotros y se meterán contigo porque ahora sirves a Ruth. Hiciste las cosas que hiciste porque pensabas que ella era mala. — Lloriqueó.

—Adam no me sirve, Liam, cariño —lo tranquilizó Ruth poniéndole la mano sobre la suya más pequeñita—. Y los demás no tienen por qué saberlo —repuso Ruth preocupada al ver la desesperación del niño. Adam podía merecer muchas cosas, pero no quería que un niño inocente se viera afectado por ello.

—Lo sabrán —afirmó Adam mirándola fijamente.

—¿Y eso? No seré yo quien te ponga el cartel en la frente. Esto es igual de incómodo para mí. No me gusta que piensen de mí que voy esclavizando a la gente. Te puedo poner un pañuelo en el cuello y así nadie verá el collar ni esas extrañas letras que te han salido grabadas en la yugular.

Adam se quedó pensando. ¿Ruth haría eso por él? Era todo un detalle.

—Libéralo, Ruth —suplicó Nora acercándose a ella—. Tío Adam es un chamán y es muy importante en el clan.

Ruth se encontraba en un aprieto. Los pequeños tenían los ojos llorosos y estaban afligidos por su tío.

—No —negó Adam—. No puedes hacerlo.

Si lo hacía, él no tendría razones para estar con ella y seguirla a todas partes. No podría protegerla. Ruth se alejaría de él tan rápido como una gacela huiría de su cazador. Saber eso le provocó un inquietante nudo en el estómago.

Ella miró a Adam valorando todas las posibilidades. ¿Por qué no? Lo liberaría cuando cumpliera con la parte del trato que ella le iba a proponer. Él, además, insistía en cumplir su condena y a ella se le escapaba otro motivo que no fuera limpiar su reputación a ojos de los demás. Seguramente era una carga para él.

—Niños, no espero que lo entendáis. Para mí es honorable hacer esto por Ruth. Si un berserker se equivoca...

—Tiene que enmendar la situación —finalizó Liam bajando la mirada, abatido.

Ruth jamás hubiera pensado que Adam se hacía cargo de dos niños tan pequeños, pero verlo en directo, y saber que estaba haciendo un buen trabajo, hizo que sintiera un cosquilleo extraño en el pecho. De edad, ese hombre no debería tener más de treinta años. Estaba en su punto. Perfecto. Pero mentalmente, era anciano y responsable. Muy serio. Se sintió orgullosa de él, qué ridículo.

—Seguro que todo esto se solucionará —intentó tranquilizar a los niños con voz suave y apacible—. Yo tampoco estoy a gusto con la situación, Liam. Hablaré con As y le pediré que revoque el pacto.

—Pero tú no lo entiendes —replicó Liam quejumbroso—. El único modo de liberar el pacto *slavery* es...

—Silencio, Liam —lo reprendió Adam en escandinavo.

—Pero tío Adam, ella tiene que saberlo —replicó Nora en el mismo idioma—. Ella es la única que...

—Ya es suficiente, niños. ¿Habéis acabado de desayunar? —les preguntó recogiendo sus platos de cereales.

Enfurruñados, asintieron.

—Entonces, id a lavaros los dientes y a prepararos para el colegio —esta vez lo dijo en castellano para que todos lo entendieran.

—¿Vamos a ir a la casa-escuela? —preguntó Liam deteniéndose en la puerta.

—No. Las cosas han cambiado para todos. Vais a ir al colegio de Aileen.

Ruth sonrió. No sabía por qué Adam no había llevado nunca al colegio a sus sobrinos, tampoco sabía que los tuviera, pero aplaudió su iniciativa. La escuela de Aileen estaba dando excelentes resultados socioculturales entre vanirios y berserkers. A Liam y a Nora les iría bien mezclarse con niños distintos a ellos.

Los pequeños se miraron incrédulos, con sus ojos inocentes abiertos como platos. A trompicones, desaparecieron de la cocina y los dejaron a solas.

A Ruth le pareció que la estancia se hacía más pequeña y que el aire desaparecía, y eso que aquella cocina era inmensa. Adam era tan grande y corpulento que la hacía sentirse pequeña.

¿Y ahora qué? ¿Hablarían de lo que había sucedido entre ellos la noche anterior? O peor aún, ¿hablarían del tiempo como si nada hubiese ocurrido?

—Esto es tan violento... —susurró Ruth frotándose la cara—. ¿Por qué no les has dejado acabar? Iban a decirme algo sobre el pacto. Por una parte deseo este pacto con todas mis fuerzas, y por otra, creo que no está bien. Si quisiera liberarte, que no quiero, podría hacerlo ¿verdad?

—Yo tampoco quiero que lo hagas. Es mi castigo, ¿entiendes? Lo poco que me queda de honor después de la gran catástrofe. —Al ver que Ruth acababa con el zumo, volvió a llenarle el vaso.

¿Así que ella era una gran catástrofe? ¿Acarrear con ella era un castigo para él? Bien, lo iba entendiendo y le sentaba fatal, pero no le sorprendía, de hecho ya se lo imaginaba. Adam limpiaba su honor así, pero siempre ante los ojos de los demás, no ante los de ella. No la soportaba, no lo hacía por ella. Apretó la mandíbula dolida por el comentario.

—Quiero enseñarte algo —le dijo él sin apenas mirarla—. Me gustaría que le echaras un vistazo.

—¿Un vistazo a qué? —preguntó desconfiada.

—Tú siéntate.

—No me des órdenes.

—Tienes un ligero problema con las figuras de autoridad, gatita — entendió divertido.

—No me gusta que tú me des órdenes —especificó ella—. Hay una pequeña diferencia.

—Entonces, ¿te gusta que te den órdenes pero no que sea yo quien lo haga? ¿Quieres que nos cambiemos los roles? —le gustaba provocarla.

—No —replicó ella—. No me gusta que... ¡basta ya! —lo censuró ella—. No me molestes.

—Relájate —sonrió mientras le acercaba dos libros con la cobertura de piel negra. En ambos habían escrito en letras doradas *Spädom*[22] y *Drom*[23]*—.* Tienes razones para estar descansada y con una sonrisa de satisfacción en la cara. Tu noche ha sido muy buena a diferencia de la mía.

Ruth entrecerró los ojos.

—¿Estás limitando mi estado de ánimo a lo de ayer por la noche? ¿Se supone que tengo que estar como unas castañuelas porque ayer tuve un pequeño maratón sexual contigo? —Lo miró de reojo y le dio un mordisco a una tostada con mermelada.

Adam se encogió de hombros y abrió uno de los libros.

—Yo no diría pequeño, Ruth —señaló él ofendido—. Estuve horas satisfaciéndote. Y mientras que tú ya no tienes droga en tu sangre, yo intento eliminarla a base de beber agua como un cosaco y corriendo como un loco por mi terreno.

—¿Estás frustrado? —preguntó Ruth con malicia.

—¿Frustrado? —repitió él alzando las cejas—. Nena, no tienes ni idea de cómo me siento. Tengo los huevos morados por tu culpa, no he dormido, apenas puedo caminar. Pero frustrado no es la palabra, no. Estoy tan cargado que creo que voy a explotar.

Demasiado directo para su gusto.

—Eres un bruto —musitó ligeramente sonrojada—. Debes de tenerlas a todas locas. —Puso los ojos en blanco.

—Gracias, sí. —Sonrió como un presuntuoso.

Ruth pensó en la tal Margött y quiso lanzar algo contra la pared.

—No voy a decirte que lo siento —le aseguró ella.

—No lo hagas. No sonarías creíble. —Chasqueó la lengua—. Tú lo pasaste muy bien, por eso estás reluciente. Hueles de maravilla y tienes una mirada tan sexy... —Se colocó detrás de ella y puso los brazos sobre la mesa a cada lado de su cuerpo, encerrándola. Se inclinó para oler su garganta.

—Adam, no... —De repente sentía mucho calor.

—¿Cómo crees que me sienta saber que no llevas absolutamente nada debajo de ese albornoz? —gruñó completamente desesperado—. No soy de piedra, mujer.

Sonaba terriblemente cromañón y le encantaba. Ruth intentó apartarse pero él no la dejó.

—No tengo ropa —explicó indignada—. Quiero mi ropa, alguien tiene que traérmela.

—¿Para qué la quieres? —Rozó su cuello con la nariz—. No la necesitas.

—Quieres provocarme —dijo en un hilo de voz—. Te voy conociendo, perrito. No lo vas a conseguir.

—¿Ah, no? —Él deseaba hacerlo.

—No. ¿Quieres que hable de lo que pasó anoche? —Ruth se miró las uñas con indiferencia y lo

[22] Spadom: en noruego significa «profecías».

[23] Drom: en noruego significa «sueños».

apartó con frialdad dándole un ligero codazo—. Todo lo que hicimos fue producto de nuestros cuerpos expuestos a grandes cantidades de afrodisíaco. Tú no me caes bien. Yo no te caigo bien. —Se encogió de hombros—. Sé que no me soportas y que ni siquiera soy tu tipo, eso ya lo he entendido.

—Las cosas pueden cambiar, ¿sabes?

Desde que se encontró con ella desnuda entre sus brazos, intentando ser mandona, intentando abusar de él pero cediéndole finalmente las riendas porque no tenía experiencia y porque no tenía ni las tablas ni la oscuridad suficiente en su alma como para tratar mal a alguien, algo había cambiado en su manera de pensar sobre aquella joven.

Estaba loca si creía que a él no le gustaba, porque en lo único que pensaba era en hacerla suya y en comprobar que ella era tan inocente e inexperta como lo había sido el día anterior con él. Eso era lo que él deseaba, pero ni mucho menos lo que le convenía. Y por nada del mundo podría anudarla a él.

—Oh, por favor... —sonrió con incredulidad—. Te has hartado de insultarme y de decirme lo mucho que me desprecias desde que nos conocimos —continuó ella.

—¿Tan mal estamos, entonces? ¿Lo de ayer no sirvió de nada? —preguntó frustrado pasándose la mano por el cráneo.

—Lo de ayer eliminó la droga de mi cuerpo, pero no lo que pienso de ti. Tú eres mi esclavo y yo soy tu ama hasta que la situación se aclare. Así es como estamos. —Lo miró por encima del hombro con sus ojos de color oro deshecho—. No nos vamos a hacer amigos de golpe. Y si quieres que alguien te infle el ego diciéndote lo bueno que eres en la cama, más vale que le preguntes a esa mujer del colegio.

Adam detectó rabia en aquella reacción de Ruth.

—Margött no se merece que yo le hable así. Merece un respeto.

—¿No me digas? ¿Ésa se merece un respeto pero yo no? ¿A mí me puedes hablar como te dé la gana?

—¿Celosa? —sonrió al oír cómo pronunciaba “ésa”. Con cuánto desprecio.

—¿De la mujer que se tira a mi esclavo? —Se odió al decir aquello. Había sido dura. Adam tenía la virtud de sacar lo peor de ella—. No me hagas reír.

No le hizo falta mirar hacia atrás para ver que Adam se había quedado de piedra. Muy quieto, mirándole la nuca fijamente, con los puños apretados. El silencio cortaba de tal manera que Ruth se removió en la butaca y tomó uno de los libros entre sus manos para aliviar la tensión. Adam se lo arrebató sin delicadeza y dejó caer el libro de nuevo en la mesa. El golpe fue sonoro y seco. Ella dio un respingo pero no se amilanó. Se frotó el puente de la nariz y suspiró cansada.

—Está bien. Tenemos que encontrar un punto medio, Adam. No quiero más peleas. ¿Por qué no me cuentas lo que sea que tengas que contarme y hablamos de todo lo que nos acontece? Estamos muy tensos.

Adam quería estrangularla, tirarla sobre la mesa y desnudarla para que se diera cuenta de cómo reaccionaba su cuerpo al de él. Estaba celosa igual que lo estaría él. No porque hubiera amor entre ellos, pero sí un sentimiento de poseer al otro, de subyugarlo, de dominarlo. Al menos él se sentía así. Y tenía que catarla para sacarse esa sensación del cuerpo. Luego se olvidaría de ella y se centraría.

Puede que su mente y su alma lo odiaran, pero no así su cuerpo. Se imaginaba poseyéndola duramente, hasta el fondo, hasta que ella pidiera clemencia. Tenía la idea de seducirla entre ceja y ceja, y no iba a perder. Ruth y él estaban atados por las circunstancias, por los errores y también por el pacto. No eran indiferentes el uno con el otro, porque al menos había atracción, rabia y odio. Ambas cosas llevaban a la pasión si se jugaba bien con ellas. Y él era un excelente estratega.

Con Margött podría hablar más tarde, explicarle la situación, y seguro que ella lo entendería, lo aceptaría de nuevo. Ella lo quería de verdad. Lo respetaba. Y ambos se necesitaban. Iría a verla esa misma tarde. Nadie mejor que él para explicarle lo que pasaba.

—Muy bien, princesa de hielo —se mofó él—.Voy a explicarte por qué me comporté así contigo.

—Ya no necesito saberlo. Sé lo que me contó tu hermana. —Se levantó de la butaca, pero Adam la tomó del brazo y volvió a sentarla. Lo miró con el ceño fruncido, echando chispas por los ojos—. Suéltame el brazo.

Adam aflojó la presión avergonzado y al final cedió a su orden.

Abrió uno de los libros por la última página. El libro estaba en letras escandinavas.

—Éste es el libro de mi padre —explicó él huraño—. Aquí escribía todas las profecías que auguraba. Se cumplieron todas.

Ruth se frotó el brazo y se forzó a mirar las escrituras.

—¿Por qué me enseñas esto ahora? Ya te he dicho que Sonja me explicó...

—Uno siempre tiene sus razones para hacer lo que hace. —Se apartó de ella—. Me gustaría que lo leyeras.

—Claro —contestó irónica—. Leo escandinavo de toda la vida.

Adam se sonrojó por el comentario. Menudo palurdo que era. No había pensado en eso. Otra cosa que hacía imposible que pudiera fijarse en Ruth. Ruth no era de los suyos. No conocía ni sus tradiciones, ni sus comportamientos.

—Si no es ahora, luego, cuando venga. Gabriel traerá tus cosas, yo mismo lo llamé para que viniera aquí a verte.

Vaya, eso sí que era un detalle.

—¿Adónde vas? —Se levantó del taburete y se giró hacia él.

—Llevaré a los niños a la escuela. Luego debo hacer unos recados. Vendré aquí inmediatamente. —Se puso las manos en los bolsillos del tejano y la miró preocupado—. No tienes que temer a nada. He instalado un sistema de seguridad perimetral y de reconocimiento en toda la casa. Está conectado al de Noah y As. Si alguien que el sistema no reconoce merodea por los alrededores, sonarán las alarmas al unísono. También están conectadas a nuestros iPhones, así que yo vendré como un rayo a por ti si pasara algo. Echa un vistazo a lo que quieras.

—¿Y por qué no me llevas contigo? —le preguntó frotándose los brazos nerviosa—. Yo también puedo ir a la escuela y...

—Porque no puedes acompañarme donde voy luego.

—Ah. —Se quedó mirando a todos lados menos a él. ¿Dónde iba luego?—. ¿Gabriel ya está de camino?

—Gabriel no tardará nada. No estarás más segura en toda tu vida, te lo prometo, *Áirntpikt.*

Ruth apretó la mandíbula al oír ese nombre de nuevo. Se miraron fijamente el uno al otro y ella finalmente asintió.

—Está bien. —Se mordió el labio y tomó la tostada con mermelada que había dejado a medias—. Ponte un pañuelo negro en el cuello, *slave.* Que no te vean el collar. —Lo ignoró y se centró en la comida.

Ruth nunca vería la cara de sorpresa y agradecimiento que Adam puso al oír esas palabras.

Aileen aplaudió la iniciativa de Adam de traer a los pequeños a su escuela.

Los niños estaban tan ilusionados con la idea de conocer gente nueva y de aprender nuevos comportamientos que no habían parado de cantar desde que salieron de su casa.

Adam contestó divertido al interrogatorio de la híbrida: que si Ruth estaba bien; que esperaba que no le hubiera hecho ningún daño; que ahora mismo la iba a llamar para oírlo de su boca; que por cierto, qué mala cara tenía él... Así en un sinfín de preguntas.

La Cazadora tenía grandes amigos y eso lo complació.

La escuela que Caleb había construido para Aileen era realmente acogedora. Nadie diría que allí, en aquel peñasco rodeado de flores silvestres, habría una de las edificaciones más modernas y seguras que jamás se habían inventado en la historia de la humanidad. Lo fascinante era que las instalaciones estaban bajo tierra.

Los niños vanirios sufrían con la luz solar, así que el único modo de poder tenerlos a todos juntos era en una escuela subterránea. Y aquella escuela era fantástica y estaba llena de calor y de cariño.

Había una inmensa clase circular llena de murales con paisajes diurnos espectaculares y muy realistas, y además estaban iluminados con luz artificial diurna.

—Las casas de los vanirios tienen salas circulares como éstas —le explicó Aileen—. Los *keltois* como Caleb vivían antiguamente en chakras, cabañas en forma de círculo. Él dijo que las clases de la escuela debían ser así, porque la energía positiva fluiría por todos lados. Si las salas tuvieran esquinas, la energía negativa se acumularía allí. De ahí que le gustaran los salones y las habitaciones redondas.

—Claro —contestó sin mucho entusiasmo—. Cosas de druidas, supongo.

A los críos les encantaba mirar los murales porque parecía que estaban en el exterior. Los pequeños vanirios se quedaban hipnotizados viendo los detalles de las imágenes. Cómo acariciaba el sol una roca, cómo iluminaba una flor, cómo era el cielo de día... Un lago, una mariposa, un bosque profundo que ocultaba mil y un secretos...

Nora y Liam sonreían ante todo lo que sus inocentes ojos veían. Dos niñitas vanirias cogieron enseguida a los pequeños de la mano y les enseñaron la escuela. Miraron a Adam para pedirle permiso e irse con ellos y éste asintió encantado.

Aileen aprovechó para hacerle un recorrido por las instalaciones. Tenían una cueva iluminada con focos de colores donde una catarata interior y natural había formado un lago de unos cincuenta metros de diámetro. Por lo visto, los pequeños disfrutaban correteando entre sus grutas, y en el recreo se bañaban juntos y jugaban a todo lo que Aileen se inventaba.

Hablaría con las madres berserkers que eran reticentes a llevar a sus cachorros a la escuela y las convencería. La escuela de integración de Aileen era maravillosa.

—Aquí es donde da clases Ruth —le explicó invitándole a entrar en la sala de informática.

Adam se imaginó a aquella beldad de pelo rojo y ojos de oro, sonriendo y bromeando con los pequeños, enseñándole informática a toda la tropa de pequeños terroristas que allí se juntaban. Era una sala también rodeada de murales de fantasía. Ocho ordenadores Mac de mesa relucían blancos y brillantes sobre los amplios pupitres. Y en la pared había una pantalla de plasma de 50 pulgadas de marca Apple conectada a un monitor.

—Es «La Madre» —explicó Aileen cruzándose de brazos y apoyándose en la pared—. Así la llama Ruth. A través de esa pantalla los niños entienden perfectamente lo que hace Ruth y lo que quiere que hagan ellos con sus ordenadores.

—Están a la última —comentó Adam.

—Fue sugerencia de Ruth —asintió Aileen estudiando el comportamiento de Adam—. ¿Sabes? Los niños la adoran. Se lo pasan genial con ella, y además aprenden un montón. Yo me quedaría horas escuchándola. Soy una completa analfabeta informática, pero con ella se aprende mucho. Todo lo relaciona con el juego.

—Sí, por lo visto, para ella todo es un juego. —No lo dijo en tono conciliador.

—¿Y no es eso especial? —Los ojos lilas claros de Aileen lo miraron queriendo entrar en su mente.

¿Qué le pasaba a Adam con Ruth? ¿Qué era lo que no le gustaba de ella?

—¿Me estás vendiendo a Ruth? —Se giró y levantó la ceja del *piercing* de manera insolente.

Aileen sonrió y se encogió de hombros.

—Ruth no está en venta —le aclaró ella—. Es precisamente lo que quiero decirte. No juegues con ella, Adam. Con ella, no. No sé qué habéis hecho esta noche ni tampoco te pediré detalles, pero hay algo que ves en ella y que está muy equivocado. Te estás equivocando —le advirtió Aileen preocupada por ambos.

El berserker endureció la mirada y se tensó.

—No sé si te has dado cuenta de que quién lleva el collar soy yo. No podría jugar con ella aunque quisiera. Me tiene en su poder.

—Sólo te lo advierto. Hay muchas maneras de jugar con alguien, y el poder, al final, es muy subjetivo.

En el Hummer, mientras se dirigía a recoger a Noah a su casa, pensaba sobre aquellas palabras. ¿Jugar? Ruth y él no jugaban. Iban a muerte. Y eso era algo que la joven Cazadora había dejado muy claro.

De todas maneras no jugaría con ella. Ahora había cosas más importantes en las que pensar. Se paró en frente de una casa vanguardista, de esas que se mezclan en perfecta simbiosis con la naturaleza. Una casa como la suya pero con unas cuantas peculiaridades.

Hacía unos cincuenta años ordenaron construir en Wolverhampton dos réplicas casi perfectas de la casa Kaufman. La suya había salido impecable, de diseño perfecto y con una base muy bien afincada al terreno.

Noah, sin embargo, había ordenado que revistieran todo el cemento de las terrazas y las plantas de la casa con láminas de madera de cerezo, pues, de esa manera, el efecto que creaba la combinación del marrón de la madera y la piedra blanca que forraba la construcción la haría más espectacular y más vanguardista si cabía. Noah siempre quería ponerle su toque personal a las cosas. Siempre quería imprimir su marca en todo aquello que tocaba. Era tan territorial.

Adam pensó inmediatamente en Ruth. En aquellas curvas, en sus caderas tan bien formadas, en aquella mezcla perfecta de músculos, carne y suavidad que la vida le había dado. Era un bellezón, sí señor. ¿Qué le ordenaría la próxima vez que se vieran? Esa chica de pelo caoba tenía un carácter que lo ponía tieso de golpe. Era desafiante y valiente, atrevida y muy mandona. ¿Sería territorial también?

—¿En qué estás pensando que sonríes de esa manera tan cursi? —preguntó Noah abriendo la puerta del copiloto del Hummer amarillo de Adam.

Adam se aclaró la garganta y se obligó a alejarse de los pensamientos que Ruth le inducía. Caramba, por lo visto pensaba en ella más a menudo de lo que deseaba.

—¿Estás listo? —Miró a Noah de arriba abajo. Él también estaba reluciente, como alguien que había pasado una noche magnífica llena de sexo y mujeres.

Noah le guiñó un ojo y se echó a reír.

—Siempre. Ese loco de Menw se pasó con el afrodisíaco en las jeringuillas. —Resopló.

Menw McCloud era el vanirio que se encargaba de facilitar los botiquines y las bolsas personales que incluían los tratamientos que contrarrestaban a todo aquello que disparaban lobeznos, nosferatums y miembros de Newscientists.

—Vaya, creo que es la primera vez en siete años que te veo con una prenda de color —murmuró asombrado observando la camiseta de Adam. Adam gruñó.

—¿Tu noche ha ido bien? —Frunció el ceño al ver las ojeras de su amigo.

El berserker apretó la mandíbula, y arrancó el coche malhumorado.

—No preguntes —gruñó.

Noah echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

La casa de Limbo estaba a las afueras de Wolverhampton, en Codsall. Vivía en uno de los áticos de lujo de un edificio reformado del cual él era propietario. Alquilaba los pisos del edificio y cobraba precios desorbitantes por ello. ‹‹El lujo se paga››, esa era su frase favorita.

Se sorprendió cuando llamaron a la puerta de su casa sin antes llamar al interfono de la calle. La gente sabía que no le gustaba que lo molestaran ni tampoco le gustaban las visitas inesperadas. Pero se sorprendió más cuando se encontró con Adam con aspecto de querer matar a alguien, con un pañuelo negro rodeándole el cuello, y a Noah saludándole con la mano, apoyado en la puerta y sonriéndole.

Sin embargo, la sorpresa más inesperada fue encontrarse con el puño de Adam en la cara y ver sus ojos amarillos a un centímetro de los suyos, gritándole y zarandeándolo de un lado al otro como un muñeco de trapo.

—¿Por qué? —gritó Adam furioso.

—Joder, Adam... ¡Me has roto la nariz! ¿Por qué, qué? —exclamó tocándose la cara y mirándose las manos llenas de sangre.

—¡¿Por qué necesitas difamar a una mujer para hacerte el hombre?! ¿Te lo pasaste bien describiéndonos lo que ‹‹no›› habías hecho con Ruth? Limbo puso los ojos como platos y palideció.

—¿Qué? ¿Cómo... cómo...?

—¿Que cómo lo sé? —Lo lanzó contra la pared y le enseñó los colmillos. Sus ojos amarillos lo amenazaban de muerte—. No importa cómo lo sé. La cuestión es que mentisteis.

—¿Y qué importa eso? —Lo empujó como pudo pero Adam era muy alto y musculoso, mucho más fuerte que él—. Sólo era una broma.

—Métete tus bromas por el culo, puto mentiroso.

Limbo miró a Noah pidiéndole ayuda con los ojos. Pero Noah estaba impertérrito, ocupado, tirando todos y cada unos de los jarrones de la dinastía Ming que tenía en el amplio salón y que eran estratosféricamente caros.

—Noah, deja eso... —rogó Limbo.

—¿Esto? —Noah cogió un jarrón de porcelana negra con un dragón rojo de ojos amarillos y lo dejó caer con suavidad—. De acuerdo.

Limbo cerró los ojos para no mirar, pero el sonido de la porcelana entrando en contacto con el suelo era inconfundible. Miles de libras perdidas.

—A Julius le pareció buena idea poner a los vanirios en su sitio, no es para tanto —se justificó el berserker.

—¡Ruth no es ninguna furcia! —Le dio un puñetazo en el estómago y lo hizo ponerse de rodillas.

—¿Qué mierda te pasa, *noaiti?* —exclamó Limbo aturdido—. Si tanto te gusta, tíratela. Yo no la quiero. Era Julius quien la perseguía. Es a él a quien le gusta, yo sólo le seguí el juego —se excusó cubriéndose la cara con las manos. Sabía que en una lucha cuerpo a cuerpo contra Adam perdería sin contemplación—. Pero deberías dejar las cosas claras porque a mi hermanita querida no le va a gustar nada saber que te has quedado pillado con una humana, y que además ya te has acostado con ella. —Lo miró entre los dedos de sus manos y un brillo malicioso cruzó por sus ojos negros—. Hueles, Adam.

—Ya he hablado con tu hermana hace un momento. Ya sabe lo que hay.

Era verdad. Antes de visitar a Limbo, habían pasado a ver a Margött para explicarle un poco cómo estaban las cosas pero, sobre todo, para disculparse por la paliza que iba a darle a su hermano. Tampoco le había dicho nada del collar, ni de la intimidad que había compartido con Ruth, nadie se

daría cuenta si llevaba el pañuelo y si Ruth lo respetaba y decidía no abusar de ello delante de los demás. Y había obviado el detalle de que Ruth vivía ahora en su casa y que era su ama. Margött no necesitaba saberlo. No, si quería mantenerla.

El rostro dulce y afable de la berserker había asentido avergonzada por el comportamiento de su hermano. Comprendía perfectamente lo que iba a hacer Adam y estaba de acuerdo con él, algo que lo complació.

Adam le había dicho que hasta que no se arreglaran las cosas y se aclarara lo que había pasado, no podría hacerle ninguna proposición. Él quería que ella estuviera segura en todos los aspectos, sin embargo, no desaprovechó la oportunidad de dejarle claro que quería emparejarse con ella. Los ojos marrones de Margött lo miraron con preocupación, y también con comprensión.

—Lo entiendo, Adam. Lo primero es lo primero. Hay que averiguar donde están Strike y tu madre. Por mí no te preocupes, te esperaré, chamán —había asegurado ella—. Pero tampoco me tengas esperando eternamente, ¿de acuerdo? Cuida de mis pequeños.

Sus pequeños. Era tan dulce.

—No digas nada de lo que te he explicado, Margött. —Le había hecho prometer que guardaría silencio. Margött era una mujer de fiar, ella no diría nada y vio correcto sincerarse con quien en un futuro iba a compartir su vida. Ella debía saber lo que pasaba.

—Lo prometo, chamán —susurró ella besándole los labios.

Su primer beso con ella y había sido ella quien tomara la iniciativa. Se pegó a él y lo abrazó con fuerza. Adam respondió al beso, pero no sintió nada. Faltaba algo en ese beso. Los labios no eran demasiado esponjosos, a lo mejor la lengua de aquella mujer era demasiado agresiva para su gusto... Era el sabor del remordimiento porque no era a Ruth a quien besaba. Y eso lo frustró y lo asustó.

Gruñó y se dedicó a besar a Margött con más ímpetu e interés a ver si así sentía algo. Ella gimió y sonrió orgullosa.

—Esto es para que sepas lo que te espera cuando vengas a mí —le aseguró ella.

Las cosas serían tan fáciles con la berserker. Tan obediente, tan fina y dulce. Así era Margött.

Pero no podría estar con ella mientras Ruth lo tuviera como esclavo. Caramba, qué diferentes eran ambas.

Adam se obligó a permanecer en el presente y centrarse de nuevo en Limbo.

—¿Sabe que te la has tirado y no ha tomado represalias? —preguntó extrañado—. Ella ha tenido que olerte.

Margött no había mencionado nada. Su mirada clara y transparente no se había empañado con ninguna emoción vengativa cuando se había acercado a ella. No lo habría olido.

—Margött no es como tú. Ella no necesita verse envuelta en tu mierda ni en la mía —replicó Adam.

—No tienes ni idea de cómo es mi hermana. No la subestimes. — Escupió sangre y lo miró con rabia—. Y ahora, ¿qué mierda más quieres saber? ¿Por qué no te vas de mi casa?

Adam tenía ganas de arrancarle la cabeza a Julius y luego golpear la de Limbo con ella. Menudo par de desgraciados.

Agarró a Limbo del pelo y le obligó a mirarlo, mientras Noah seguía rompiendo cosas del exclusivo ático del berserker. Arrastró un taburete de piel negra y se sentó mirándole fijamente a los ojos.

—Hablemos de Julius.

CAPÍTULO 14

Ruth chafardeó la casa de Adam de arriba abajo. Había vagado por todos sus recovecos, por los pasillos y salones, por las terrazas y los estudios. Las habitaciones estaban vetadas, cerradas con una especie de compuerta metálica revestida de madera. Tenían una pequeña pantalla digital al lado donde, por lo visto, se debía introducir un código numérico para que se abrieran automáticamente. No se sabía los códigos, así que las ignoró.

Adam había dejado una nota en la que le explicaba dónde estaba todo y cómo hacerlo funcionar. ¿Se pensaba que era lerda? A ella le encantaba la tecnología y todo lo que tuviera botones, no necesitaba manuales.

Con sólo mirar una casa se podían saber muchas cosas de la persona que vivía en ella. Adam era muy recto y estirado. Le gustaba el diseño y también la sobriedad. Su nevera hacía zumos y además, cafés. El chamán tenía una casa inteligente y eso a ella la fascinaba. No paró de tocar botones y averiguar para qué servía cada cosa. Las persianas se abrían automáticamente, las cortinas se cerraban presionando un mando a distancia, las luces de la casa cambiaban de colores y se graduaban... ¿Dónde estaba C-3PO?

Al final, confirmó sus sospechas. Era un maniático del orden y del control.

Mientras revisaba los libros de su librería, ordenados alfabéticamente y por colores, se fijó que en el salón tenía dos pantallas planas, pero descubrió que una de ellas era un marco de fotos electrónico enorme. Lo encendió y se emocionó al ver las fotos que en él aparecían: Adam haciendo de caballo con Nora y Liam; dándoles el biberón; riendo con ellos; jugando con ellos; bailando con Nora; jugando a fútbol con Liam; abrazando a su hermana y tirándole de la coleta... era Sonja la que salía en la foto y se emocionó al verla.

—¿Sonja? ¿Estás ahí? —preguntó en voz alta. Necesitaba hablar con ella.

Esperó alguna sensación y no llegó. Todavía tenía estimulante en el cuerpo; cuando pasaran los efectos por completo podría contactar con ella.

El cuerpo de la Cazadora era un templo y tenía que respetarlo.

Continuó con las fotos. Apareció Sonja embarazada, y con un hombre inmenso a su lado, sería Akon, supuso. Guau, parecía uno de los Inmortales: Adam y Sonja juntos. La mirada de Adam era un poema. Allí había amor por ella, respeto y adoración. Y una sonrisa auténtica. Ruth sintió un mazazo en el estómago, uno que hizo que se obsesionara un poco más con él mientras veía el cariño que resplandecía en esas fotos y que era tan real que traspasaba la pantalla.

Noah, Sonja, también As, y sobre todo los pequeños, eran los protagonistas de todas ellas. Se le saltaron las lágrimas al pensar en cómo tuvo que sentirse Adam al perder a su hermana gemela. Él se responsabilizó de sus sobrinos, y estaba haciendo un trabajo excelente. Pero la muerte de su hermana le había quitado la alegría. Se veía en sus ojos negros llenos de tortura y padecimiento. Y ella... ella quería hacerlo sonreír. Después de todo, quería devolverlo a la vida. Adam era muy peligroso para ella, pero en su fuero interno sabía que ya estaba perdida, porque desde el primer momento en que lo vio se enamoró de él. Un flechazo. ¡Zas! No tuvo tiempo a reaccionar.

Por su culpa lo había pasado muy mal. Saber que la odiaba de ese modo, la destrozaba. Pero ahora tal vez tendrían una oportunidad de arreglar las cosas. En ese momento sí que podía pensar en lo que podía hacer por él y por ella. Se gustaban, ella a él le gustaba, ahora lo sabía. Pero, ¿cómo hacer que sintiera algo tierno hacia su persona? ¿Cómo hacer que la quisiera? Ella quería ayudarlo, sentía que era su responsabilidad, y quería, por encima de todas las cosas, ser parte de ese marco de fotos. Estar en su vida.

Desconectó la pantalla y se quedó pensando, sentada en el sofá y con la mirada perdida. ¿Cómo iba a castigarlo ella? Adam tenía a Liam y a Nora, y ellos lo adoraban. ¿Cómo iba a humillarlo de esa manera? No lo castigaría, ni hablar, le daría algo en lo que pensar, algo en lo que él pudiera desahogarse. Le daría su cuerpo y lo arrullaría con su corazón. Se lo daría desinteresadamente y haría lo imposible por ganarse su amor y su cariño. Decisión tomada. Iría a por todas y si luego la cosa no resultaba, al menos nunca podría decir que no lo había intentado.

De repente el timbre de la casa sonó y como no se habían disparado las alarmas supuso que era alguien a quien la entrada estaba permitida.

Corriendo, subió las escaleras, pues estaba en la planta inferior y acudió a abrir la puerta.

—¿Hola? —Descolgó el interfono y observó la pantalla del comunicador. Los rizos rubios de Gabriel se movieron al girarse para encarar al visor—. ¡Hola! —exclamó contenta al saber que era él.

—Ábreme ahora mismo —ordenó.

Abrió la puerta y Gabriel entró como un rayo. Llevaba algo en la mano... ¡un bate!

—¿Dónde está? —gritó como un loco.

—Gabriel, cálmate. —Levantó las manos para tranquilizarlo—. Estoy bien.

—¿Bien? ¡Y una mierda! ¿Es que todos los gilipollas de aquí se creen que pueden tratar a mis amigas como les dé la gana? —Bateó una estantería y todo lo que había en ella salió por los aires—. ¿Dónde está?

—Aquí —Adam apareció en la entrada en posición relajada.

A Ruth lo impactó verlo, como siempre. ¿Dónde había estado todo el día? ¿Por qué había tardado tanto?

—¡Te vas a enterar! —gritó Gab.

—¡No! —Alarmada, Ruth corrió y se interpuso entre los dos. Adam lo miraba divertido y Gabriel estaba muy cabreado—. Gab, por favor, escúchame.

—¡Métete con alguien de tu tamaño, cabrón! —Gabriel alzó el bate y Adam lo detuvo antes de que, sin querer, golpeara a Ruth.

—Tú no eres de mi tamaño. —Partió el bate en dos ante los ojos del joven humano—. No voy a pelear contigo.

—¡Malditos seáis todos! —Gabriel se iba a tirar encima de Adam.

—¡Gab! —Ruth lo abrazó con todas sus fuerzas, intentando inmovilizarlo.

—Ruth, suéltame, no quiero hacerte daño —advirtió Gab respirando agitadamente—. No puede quedar así. Te ha secuestrado y...

—Gab, escúchame. —Lo apretó más—. Estoy bien. No me hizo nada. —Lo miró a los ojos. Los de ella implorantes y ambarinos, los de él azules oscuros—. Estoy bien.

Gabriel empezó a temblar y de repente se abrazó a ella.

—Lo que daría por tener colmillos ahora mismo y darle una paliza a este desgraciado.

La tocó por todos lados para asegurarse de que su mejor amiga estaba tan bien como decía. Luego la besó en la frente y la volvió a abrazar. Adam cogió a Ruth del brazo y la apartó de Gabriel de un tirón.

—No la toques —la voz de Adam bajó una octava y sus ojos se volvieron amarillos. La colocó detrás de él.

Ruth, anonadada, lo apartó de un empujón. No iba a ignorar ese detalle de posesión, pero con sus amigos no tenía derecho a ser así.

—¡No se te ocurra volverlo a hacer! —Corrió hacia Gabriel y volvió a abrazarlo. Miró a Adam por

encima del hombro—. Es mi amigo. No te acerques, Adam.

Adam se quedó tieso como un palo. Inmóvil. Sus extremidades temblaban mientras veía como Gabriel volvía a besar a Ruth, le acariciaba el pelo, y masajeaba su espalda. Y Ruth estaba ahí, tan feliz y tan relajada... ¡Y sólo con ese albornoz que él le había dejado! Las piernas de esa mujer eran espectaculares, y el culo que tenía, para hacerle un monumento. Lo estaba volviendo loco al verla en brazos de otro hombre. Un humano. Un bebé a su lado.

—Ruth —gruñó como un animal.

—Ni una palabra —lo amenazó con el dedo para luego ignorarlo como si nada. Puso las manos sobre las mejillas de Gabriel y lo miró con ternura—. Mi principito... Estoy bien.

—¿Qué mierda eres? Aileen me ha dicho que eres como una médium.

—Sí —asintió ella apartándole un rizo rubio de la cara—. Estoy intentando acostumbrarme a esto. Todavía es muy extraño.

—Aileen es una híbrida, y tú una mujer que habla con los espíritus. ¿Qué seré yo? ¿Un puto Gremlin?

Ruth se echo a reír.

—¿Y por qué te tienes que quedar aquí? —prosiguió Gabriel—. Pensaba que ibas a quedarte en casa de As. Aquí, no. Ven a casa conmigo.

Adam gruñó. Su cara estaba perlada en sudor y sus manos apretadas como puños.

—¡Chitón! —lo avisó Ruth otra vez—. No puedo. Debo quedarme aquí. He hecho un pacto. He dado mi palabra.

Gabriel miró al berserker y sonrió.

—¿Lo tienes domesticado?

—Más o menos —asintió Ruth censurando al berserker y advirtiéndole con la mirada de que no dijera nada.

El joven miró alrededor, intentando asimilar la situación de su amiga.

—¿Necesitas que te traiga algo? Lo que sea. Traje tus trastos y tu ropa. Tu teléfono. —Se metió la mano en el bolsillo trasero del pantalón y le entregó el iPhone blanco—. Mantenlo encendido y cárgalo por las noches. Siempre se te olvida y luego estás ilocalizable. Y otra cosa. —De otro bolsillo sacó el mando de su coche—. Tienes a tu bomboncito en el jardín. Por cierto, corre mucho.

—¡Mi bomboncito! —exclamó feliz y con una sonrisa de oreja a oreja—. Sí, corre muchísimo. Lleva un motor que no es el suyo. Pero no se lo diremos a nadie —estaba orgullosa del motor trucado de su coche.

—Pórtate bien.

—Sí, papá —dijo Ruth tomándole el pelo.

Gab la volvió a mirar preocupado.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, pesado. Me encantaría explicártelo todo pero ahora no puedo. Quiero coger mis cosas, cambiarme y sentirme yo misma. Además, no estaré aquí por mucho tiempo. Cuando todo esto acabe podré irme — Adam la observaba sin perder detalle y ella estaba nerviosa ante tal estudio de su fisionomía—. Mañana podremos hablar, ¿vale? No te preocupes por mí.

Gabriel asintió resignado. La volvió a abrazar y se giró para encarar a Adam.

—No sé si os habéis pensado que por ser inmortales y tener más músculo que cerebro, podéis tratar así a mis amigas, pero ésta es la última vez que lo repito. Tócala, hazle daño, y te juro por lo que más quiero que te mato.

Adam aceptó la amenaza y sintió un profundo respeto por Gabriel. Era humano, mortal, tenía músculo y altura, pero con un solo golpe de sus puños podría matarlo, y aun así estaba plantado delante de él, dispuesto a pelear. Era admirable.

—No te preocupes, Gabriel —asintió Adam solemne—. Ruth está en buenas manos.

—Y una mierda —contestó él—. No olvides lo que te he dicho. Con esas palabras se dispuso a irse.

—Espera —lo detuvo Adam—. Pídele a Noah que te lleve a Notting Hill, está esperándote en el Hummer.

Gabriel miró hacia fuera y vio como Noah lo saludaba con una mano, sonriendo divertido por la escena.

El humano salió en su busca y dejó a Adam y a Ruth solos.

—¿Noah está aquí? —preguntó Ruth caminando hacia él—. ¿Puedo verlo?

Adam inspiró profundamente y se sintió bien al oler la fragancia corporal de Ruth. Melocotón jugoso.

—Lo verás esta noche. Tus cosas están en el jardín, en esa especie de Micromachine que conduces. Ordéname que me mueva, Ruth.

Ruth se detuvo a un centímetro de su cuerpo. Desprendía tanto calor... Estudió el pañuelo negro que llevaba como un modelo parisino, y sonrió sintiéndose poderosa.

—Así que el collar es realmente un sublevador —musitó orgullosa. —Ya lo sabes. Ayer me porté muy bien contigo, hice todo lo que me pediste.

—¿Te puedo ordenar cualquier cosa que yo quiera y tú me harás caso? Es fascinante. —Dio una vuelta a su alrededor—. Sabes que me voy a aprovechar de esto, ¿a que sí?

—Ya lo estás haciendo. —La tenía a la espalda y no le gustaba que lo rondaran de esa manera. ¿Es que esa mujer no tenía sentido del peligro?

—Uy, pero si todavía no he hecho nada —murmuró poniéndose delante de él de nuevo. Tenía un brillo de triunfo total en su cara y Adam se sintió extrañamente bien al contemplarla. Fascinado.

—Seguro que lo quieres patentar —comentó divertido.

—Vaya, vaya, perrito. Empiezas a conocerme —asintió—. Ve a recoger mis maletas. —Palmeó puñetera—. Rapidito.

Adam se movió y la miró por encima del hombro.

—Eres una negrera.

Ruth obvió la pulla y salió al jardín. Suspiró agradecida al ver su Smart Roadstar negro y naranja que adoraba con todo su corazón. Una de sus más preciadas posesiones, después de sus amigos, claro. Cuando lo conducía y el viento le golpeaba en la cara se sentía libre y viva.

—¿Cómo puedes conducir con eso? Un soplido y el viento se lo lleva. Ignoró a Adam. Presionó el mando, y las luces del cochecito parpadearon cuando se abrieron las puertas.

—¿Intentas tener una conversación? —lo miró por encima del hombro mientras sacaba las maletas—. Estamos avanzando en nuestra relación.

Adam se adelantó y rozó con sus manos las de ella. Ambos se quedaron mirando, sorprendidos ante la electricidad que habían notado en ese nimio contacto. Ruth miró sus nudillos un poco ensangrentados. Ella no sabía que estaban así por los puñetazos que se había dado con Limbo. Adam había ofrecido al berserker mentiroso un *tête á tête.* Limbo había aceptado a regañadientes porque sabía que era imposible vencer al chamán, y así había sido, se llevó una buena tunda.

—¿Con quién te has pegado? —preguntó tomándole la mano realmente preocupada.

—No es nada —contestó seco apartándola—. Se lo merecía.

Ruth se envaró ante la respuesta cortante de él y lo dejó hacer. Pero inmediatamente, le entró la risa al ver el cuerpo enorme de ese hombre intentando maniobrar dentro de su coche.

—Es el coche ideal para Frodo y su tropa de hobbits —comentó él medio gruñendo.

Ruth sonrió.

—No me lo puedo creer —negó con la cabeza—. Si hasta tienes sentido del humor... Me estás sorprendiendo.

—Te lo digo en serio. —Cargaba con dos maletas Louis Vuitton enormes en cada mano–. Este coche es de chiste.

Ruth echó chispas por los ojos. Pero ¿qué se había creído?

—Y tú llevas ese Hummer que pregona a los cuatro vientos: ‹‹Llevo este carro enorme porque mi polla es pequeña››.

Se dio media vuelta y entró en la casa, dejando a Adam ahí plantado con la boca abierta. Nadie se metía con su bomboncito. Nadie.

Más tarde, cuando Ruth estaba ya instalada en su habitación y enchufaba su ordenador portátil a la red wifi de su casa, Adam merodeaba como un perro nervioso, mirando cada dos por tres a la planta superior, donde se encontraba la Cazadora.

Qué extraño era tener a una mujer en casa. Qué perturbador era tenerla a ella, haciendo y deshaciendo como si siempre hubiera vivido con él, como si formara parte de cada pared, de cada rincón. Y qué incómodo era estar empalmado continuamente siempre que olía su perfume.

En una hora iría a buscar a los niños y luego visitarían a As, para interrogar a Julius y averiguar lo que en verdad sucedía. La verdad era que no le apetecía que ella se encontrara de nuevo con ese traidor. No le gustaba nada cómo la miraba.

Limbo había dicho que no sabía nada de eso. Sí que había notado un comportamiento extraño en el berserker, pero nunca había pensado que estuviera involucrado en levantamientos ni rebeliones. Resultó que Limbo estaba tan sorprendido como ellos, y además se había prestado a ayudarlos en lo que fuera posible. Había participado en la mentira de Julius, pero por lo demás, nunca había dado motivos para sospechar de él por nada. Aunque tampoco Julius.

Si todo iba bien, Limbo sería su hermano político. Harían lo posible por llevarse bien.

Gruñó malhumorado al darse cuenta de que la berserker no lo ponía ni la mitad de caliente que la huésped que tenía viviendo con ellos. Pero si tuviera que elegir, sabría cómo hacerlo. El deseo era una debilidad, él tenía más responsabilidades además de las suyas. Y miraría por sus gemelos y por su seguridad antes que por su propio bienestar como hombre. Recogió lo que Gabriel había tirado de la estantería. Libros y más libros. Literatura de todo tipo. Desde *Ivanhoe* y *Ben-Hur* a *La Historia interminable* y *Momo,* pasando por ensayos filosóficos y autobiografías. No soportaba el desorden. Necesitaba que todo tuviera un ritmo, una escala de colores, un orden alfabético. Era un poco maniático.

—Siento que Gabriel te destrozara la estantería. Por cierto, tu librería tiene carencias.

Adam se giró para ver a Ruth a su espalda. Se había cambiado.

Llevaba un pantalón tejano muy corto de cintura baja, y un top negro de tirantes que le quedaba dos dedos por encima del ombligo. Su diamante brillaba reclamando atención, tan orgulloso era. Y sus pequeños y delicados pies estaban enfundados en unas zapatillas negras y planas. Las uñas pintadas de granate lo pusieron a mil. Y aquel glorioso pelo suelto y brillante enmarcaba sus rasgos de duende en un halo rojizo y lleno de pasión. Se había puesto rímel y lápiz de ojos negros y ahora su mirada era más gatuna que nunca. Ésa era Ruth. Ni más ni menos.

—¿Ah, sí? ¿Qué le falta?

—El mejor género de todos. El que hace soñar de verdad. Libros románticos paranormales.

—¿Para gente normal?

—Ja. Ja. Qué gracioso —dijo ella colocándose delante de la estantería—. Léete a Sherrilyn Kenyon, Christine Feehan, Charlaine Harris, Kresley Cole...

—¿Por qué iba a leer los libros de estas mujeres?

—Porque sus teorías sobre vampiros y su relación con la mitología y las leyendas es muy interesante, y además, seguro que aprenderías algo. Es más, ahora mismo creo que todo lo que dicen en sus libros es verdad.

—¿Porque nos conoces a nosotros?

—No —negó con la cabeza—. Porque siempre estáis cachondos igual que sus personajes.

El berserker se esforzó por parecer indiferente, pero fracasó porque ella miraba asombrada el bulto que tenía en los pantalones.

—Creo que se te ha subido la sangre a la cabeza —y le señaló el paquete en un movimiento sexy de barbilla.

Él gruñó y levantó las cejas.

—¿Y qué hago con ella, *barnepike?* ¿Alguna idea?

Ruth tenía muchas, pero antes había otras prioridades.

—Luego te las digo, pero quiero que dejemos claras unas cositas antes. He decidido que quiero intentar perdonarte, así que voy a dejar que te expliques primero —se dirigió al sofá de piel blanca y le dio unos golpecitos con la mano indicando que se sentara a su lado.

—¿Es una encerrona? —preguntó incómodo.

—No —contestó con sinceridad.

—¿Y ese cambio de actitud? —agradecido, tomó los dos libros y se sentó a su lado—. ¿A qué se debe?

Ruth se retorció las manos nerviosa. ¿A qué se debía ese cambio de actitud? A que no podía odiarlo y desearlo a la vez como una mujer bipolar. Le propondría el trato, lo trataría tan bien que nunca la dejaría marchar y luego lo liberaría. Si él volvía a ella después de eso, todo el sufrimiento habría valido la pena.

No podía perderse la posibilidad de estar con el único hombre que realmente le volvía loca, anulaba su sentido común y hacía que su corazón se acelerara con sólo mirarlo. Intentaba odiarlo, pero fracasaba cuando le venía a la cabeza el modo en que abrazaba a sus sobrinos y los miraba, el modo de quererlos y cuidarlos. Ojalá que a ella la mirara igual. Para conseguir tamaña proeza, tenía a su favor la atracción de la que muchas otras parejas carecían, y además, no era inmune a ella. Si podía sacar provecho de eso, lo haría. No iba a tener escrúpulos. Eso sí, iría con mucha cautela y no se declararía ni le demostraría que él era su única debilidad. No jugaría en desventaja.

—A las fotografías que hay en tu casa —confesó con humildad. El berserker estaba muy quieto, dedicándole toda su atención—. Te han hecho humano a mis ojos. En todas ellas, sales con Liam y Nora y ellos se ríen y te miran como si fueras su héroe. Yo no puedo tratarte mal delante de ellos. Soy incapaz de hacerles daño, por mucho que te lo merezcas —señaló—. Pero ellos no lo merecen y les haría daño si yo abusara de este trato que hemos hecho y te perjudicara en algo. No lo haré. Sonja te respeta y quiero creer en ella también. No lo alargaré mucho, Adam. Sólo lo justo para conseguir lo que quiero —se puso roja como un tomate.

Adam no osaba mover un músculo. No esperaba tanta consideración, ni tanta sensibilidad respecto a los pequeños.

—Quiero... quiero hacer un trato contigo —añadió mirándole de reojo.

—¿De qué se trata? —preguntó él con voz ronca. Estar cerca de esa mujer era un martirio.

—Sé que no soy el tipo de mujer que quieres en tu vida. No estoy ciega y no soy tonta —le dejó

claro—. Sé que hay algo en mí que no te gusta. No sé lo que es, pero sea lo que sea lo que no te gusta de mí, no lo voy a cambiar —lo miró fijamente. Dios, esos ojos negros deberían estar censurados—. Soy así, te guste o no. Yo he aprendido a aceptarme.

—Ruth, yo no he...

—No me cortes. —Alzó una mano—. Sabiendo esto y teniendo las cosas claras, quiero pedirte algo a cambio y juro que te liberaré. Nunca te humillaré, no me reiré de ti ni te obligaré a hacer cosas que no quieres hacer. Cuando haya aprendido lo que necesito saber te dejaré en libertad.

—¿Qué quieres aprender, *katt?* —¿A qué venía tanta intriga? Ruth cerró los ojos con fuerza y se puso en tensión. Pero inmediatamente relajó los hombros y lo encaró directamente.—A la mierda el decoro. Enséñame a intimar con un hombre.

Adam no supo cómo reaccionar. Una bofetada no lo habría sorprendido tanto.

Aquella mujer de olor a melocotón, ojos de gata y sonrisa pícara le estaba pidiendo que se acostara con ella sin ningún tipo de obligación de por medio. No se hubiera esperado eso jamás. Ruth siempre acababa sorprendiéndole. Por supuesto que aceptaba. Estaría más que encantado de enseñarle a esa chica cómo era la intimidad con un hombre que la supiera tratar bien.

—¿Sin compromisos? —preguntó queriéndose asegurar.

A Ruth le dolió que él quisiera aclarar ese aspecto, pero lo aceptó. Saldrían ganando los dos.

—Sin compromisos —aclaró Ruth.

—¿Podré hacer lo que quiera?

Un brillo de alarma apareció en las profundidades ámbar de la joven. —Yo llevaré el control. Si hay algo que no me gusta, lo detendré, ¿de acuerdo? —aclaró ella.

—Te va a gustar todo —sentenció él mirándola de arriba abajo y relamiéndose los labios—. ¿Por qué me ofreces ese privilegio? No te caigo bien, me odias, y no confías en mí.

—No negaré nada de lo que has dicho. —Se encogió de hombros—. Pero me fío de esto. —Rozó el *hallsbänd* ante su mirada atónita—. Un hombre en el estado en el que tú te encontrabas ayer noche no se hubiera detenido jamás con una mujer desnuda en su cama. Pero este collar debe tener mucho poder para doblegar a un berserker como tú a su voluntad. Nadie me ha tocado jamás así. No me harás daño, ¿verdad? —preguntó queriendo confiar en él.

Adam se derritió al ver la vulnerabilidad de Ruth. ¿Quién había sido el cretino que le había hecho daño?

—Nunca. Sólo dímelo cuando estés asustada. ¿Te gustó lo que te hice? Ruth asintió y se relajó apoyando la espalda en el sofá. Sólo negocios, eso eran.

—Me alegro —dijo él—. Pero quiero que entiendas algo, Ruth. Me detendré no porque tú me lo pides, si no porque yo decido detenerme, no porque el collar me obligue a hacerlo. ¿Queda claro?

—Clarísimo.

—¿Me liberarás cuando haya cumplido con lo que quieres? —levantó una ceja pareciendo así un poco incrédulo—. ¿Así de fácil?

—Sí. Tú y yo no estamos hechos para compartir nada más. Sólo necesito unas lecciones, Adam, para sentir y aprender, y con eso tendré suficiente —sentenció segura de sí misma, segura de sus palabras y de su decisión—. De aquí a seis días seré inmortal. Tendré una vida larguísima para disfrutar, pero antes quiero aprender con alguien que sé que no se aprovechará de mí. Y ni siquiera sé si tendré tiempo para intimar con nadie más. —Se echó el pelo hacia atrás—. Voy a estar muy ocupada cazando almas.

Adam permanecía sentado, mirándola maravillado ante su valentía y su declaración tan llana, tan falta de engaños y entresijos. Pero él sabía que el *hallsbänd* no se abriría así porque sí. Debería haber

una vinculación por parte de los dos, sobretodo de ella, para que el collar cediera. Una emoción fuerte y pura, un perdón real y una aceptación total de su persona. Y Ruth no lo sabía.

¿Sería ella capaz de perdonarlo sinceramente?

—Bien. Ahora que está todo claro entre nosotros, ayúdame a entender por qué me has odiado todo este tiempo —Ruth se arrellanó en el sofá y esperó una explicación convincente.

Sin querer pensar más en lo acordado, procedió a explicarle lo que indicaban los libros.

—La última profecía habla de mi hermana Sonja y de ti. Mi padre profetizó cuándo moriría Sonja, y no falló. Luego profetizó que su hijo mayor moriría siete años después de la muerte de su hermana. Ayer se cumplía el séptimo aniversario de Sonja. Ayer se suponía que yo debía morir.

—Léeme qué dice —ordenó ella, más interesada de lo que desearía. Adam procedió a la lectura de una manera solemne. Cuando finalizó, Ruth permanecía recelosa y en silencio.

—¿Lo entiendes ahora? Todo indicaba que me ibas a matar, que tú...

—Nada de lo que dice aquí menciona que yo vaya a matarte, Adam.

—Menciona que voy a morir ese día. Una Eva disfrazada de Cazadora, esa eres tú. Y luego unes esto al sueño recurrente que llevo teniendo desde hace mes y medio y...

—¿Dónde ves aquí que ponga Ruth? —se levantó furiosa y resopló como un caballo—. ¡Maldita sea! Yo no interpreto nada de lo que tú dices en esa profecía. Creo que la has interpretado a tu manera. —Caminó alrededor del islote de la cocina—. Creo que tu odio y tu repulsión hacia mí te ha nublado un poco el juicio.

—Ni te odio ni me repugnas —afirmó tajante—. No ahora. Ruth lo miró sin creerse ni una sola palabra de aquella afirmación.

—Es verdad —reafirmó Adam cuadrándose de espaldas. Explicárselo todo iba a ser más difícil de lo que se imaginaba—. No te odio, Ruth. Llevo soñando contigo durante cuarenta y cinco noches seguidas. Ya te lo dije. Te veía perfectamente disparándome una maldita flecha, disfrazada de caperucita roja. Te odiaba por eso.

—¿Eh? —levantó sus cejas en un arco perfecto—. ¿De caperucita? Ahora todo es más creíble.

—Ahórrate el sarcasmo. No sé por qué te veía así. —Se pasó la mano por la cabeza en un gesto de impotencia—. Pero te juro que he sentido cómo me matabas cada noche. ¿Cómo no iba a creer que eras tú esa Eva disfrazada de Cazadora? No iba a sentir cariño por ti, precisamente.

Los exuberantes labios de Ruth dibujaron una fina línea. ¿Sería verdad? ¿Realmente Adam estaba tan malditamente convencido de que ella iba a matarlo?

—No he fallado en mi sueño. Mi padre, como has visto, no falló en la profecía de Sonja. Yo posiblemente iba a morir esta noche. —Se encogió de hombros—. Ayer por la noche, cuando te vi apuntándome con el arco y la flecha, pensé que se estaba cumpliendo todo, y entonces deseé haberte matado. Me odié por haber sido misericordioso contigo. Pero lo que yo no sabía era que tenía a Julius y a los demás detrás de mí, esperándome para acabar conmigo, y mucho menos me imaginaba que tú les dispararías a ellos para salvarme. Lo interpreté todo mal— se irritó consigo mismo—. Me salvaste. —La miró queriendo atravesar su alma, con tanta intensidad que incluso la joven se estremeció—. Salvaste a mis sobrinos. ¿Por qué lo has hecho realmente? —Se acercó a ella hasta que se tocaron las puntas de los pies.

—Son niños, Adam. —Ella no se alejó, levantó la barbilla y aguantó su mirada oscura—. No tienen culpa de que su tío sea un chamán que ha perdido un tornillo.

La boca de Adam se curvó en una sonrisa divertida para luego volver a ponerse serio.

—Me descolocas —confesó cansado—. Podías haberte vengado entonces de toda la vergüenza y el dolor que te he causado.

—¿Vengarme dejando a la merced de unos asesinos a unos niños inocentes sólo para verte sufrir?

¿Qué clase de monstruo crees que soy? Eres mi esclavo, Adam. ¿Qué mejor venganza que eso?

—No. —La miró con ternura—. No hay ni un ápice de maldad en ti. Ánimo de revancha, puede que sí. Pero no hay malicia, nada comparado con lo que un berserker haría si se encontrara en tu situación. Yo no tendría piedad contigo.

—Aún puedo cambiar de opinión así que no me desafíes, Adam. — Alzó la nariz de manera insolente—. No necesito saber lo que tú harías. Ya lo he vivido en mis carnes.

Él se acercó hasta casi rozar sus piernas con las de ella. Negó convencido.

—Te odiaba porque ibas a separarme de ellos. De esos niños que están a mi cargo. Los ibas a dejar solos matándome. Me importa muy poco lo que a mí me pueda pasar —levantó una mano y enrolló en sus dedos un mechón de pelo caoba de Ruth—, pero no soportaría que ellos sufrieran por mi culpa. Ellos significan tanto... Mi vida no es muy bonita, ellos son mi única luz. Mi don es una maldita condena, ¿entiendes? Mi padre aprendió como nadie que la vida es una auténtica mierda y que sólo puedes confiar en ti mismo. Él me recordó eso, es una lección bien aprendida.

Ruth sintió a regañadientes que algo se le oprimía en el pecho al oír la súplica y el dolor de las palabras de Adam. Era un hombre acosado y torturado por el pasado de su familia, y se estaba abriendo a ella por primera vez. ¿Y los violines y las rosas?

—No confías en nadie. —Observó su mano enorme y morena acariciarle el pelo con suavidad. ¿Cómo era posible? Aquel hombre tan fascinante era un guerrero y tenía una fuerza extremadamente brutal, y sin embargo, era capaz de tocarla con suavidad. Como ahora. Como lo había hecho durante toda la noche.

—¿Acaso tengo algún motivo? Dices que Sonja ha hablado contigo y que mi madre está detrás de su muerte y con seguridad detrás de todo lo que está pasando ahora. Hacía siglos que no sabíamos de ella ni de Strike, y ambos han vuelto de nuevo para atormentarme. Julius, y algunos berserkers más, están compinchados con ellos. No confiaré en nadie. Como chamán es lo que me toca hacer. —Soltó su pelo y dio un paso atrás con humildad—. No puedo relacionarme mucho con la gente porque si establezco vínculos emocionales puede que mis sueños se alteren y dejen de ser objetivos. Hasta que no regrese mi capacidad de hablar con el espíritu, sólo me queda la adivinación onírica.

—Entonces, ¿te está fallando el don?

—No exactamente, sólo está aturdido. Regresará.

—Pero tú no tienes ningún vínculo emocional conmigo. ¿Por qué me juzgaste así, entonces? Soñaste lo que pensaste de mí. Lo que veías de mí. Tus juicios. Tus sueños —concluyó un poco desanimada. No era que le importara, en absoluto. Sólo sentía curiosidad. ¿Y qué era ese desazón que sentía en el corazón?

—No quieras que te explique lo que soñaba cada noche —aseguró Adam a punto de darle la espalda—. No te lo he explicado todo. —Ya me lo has dicho. Soñabas que te mataba —frunció el ceño.

—Pero antes soñaba otras cosas —se encaminó hacia las escaleras que subían a las habitaciones. Tenía que borrar el mural de Ruth. Algunas imágenes eran lascivas, demasiado insinuantes. No quería que ella viera lo obsesionado que había estado con ella.

—¿Cosas? ¿Qué cosas? Te estoy hablando, ¿a dónde vas?

—No quieres saberlo, créeme —le dijo por encima del hombro. —Te ordeno que me lo digas — corrió detrás de él y lo siguió a su habitación.

—Voy a borrar unas cosas... No entres aquí —le advirtió con un brillo peligroso en la mirada—. No lo hagas, Ruth.

—No me des órdenes. —Se detuvo delante de él. Adam tenía una espalda grande y musculosa—. ¿Es tu habitación? ¿Qué hay ahí adentro?

—Ruth, por favor —rogó él visiblemente nervioso.

¿Qué pasaba en esa habitación para que Adam se viera sonrojado e inseguro?

—Cuéntame antes el sueño completo. —Sentía tanta curiosidad que podía rascarse físicamente de lo que le picaba.

—Estás jugando con fuego. No digas que no te he avisado. —Adam, ¿por qué crees que tengo el pelo de este color? —se señaló—. Me gusta el fuego y no me das ningún miedo, perrito. Ahora enséñame lo que hay ahí adentro.

Ruth era desafiante y valiente. Una combinación muy mala para Adam, porque no esperaba que alguien así fuese el tipo de mujer que lo volvía loco y le aceleraba el corazón. Un hombre de su tamaño y con su carácter vapulearía a cualquiera que no fuera lo suficientemente fuerte. Pero la pequeña Ruth era su igual. Y pelearían como tal. Él no iba a darle cancha, ella tampoco a él. ¿Por qué no podía ser berserker?

Sonrió de un modo que a Ruth le recordó a un lobo.

—No digas que no te he avisado. —La compuerta de su habitación se abrió y él se apartó para dejarla pasar.

Cuando Ruth entró en la habitación del berserker se quedó prácticamente sin aire en los pulmones. Habían unas diez réplicas exactas de ella en la pared, al óleo. Estaba en muchas posiciones diferentes, y todas tenían un brillo pícaro y seductor en la mirada. Caminara en la dirección que caminara los ojos de la pared la seguían.

Uno de los retratos que la ilustraban estaba apoyada en un árbol y ofrecía sus caderas de manera juguetona. Otro lo apuntaba con una flecha mientras le guiñaba un ojo. En otra pintura estaba prácticamente en ropa interior, estirada en el césped e indicando al observador con el dedo índice que se acercara. No entendía muy bien ni el conejo que se estaba comiendo la zanahoria, ni tampoco las braguitas estampadas con corazones, pero todo lo demás era claro y explícito.

Se sonrojó por completo. Ella no era así de seductora, ni tampoco le había provocado nunca de ese modo. ¿Por qué la había dibujado así?

—¿Qué es esto? —Se giró hacia él, furiosa y humillada.

—Te dije que no entraras —se excusó.

—¿Por qué estoy dibujada en la pared como si quisiera que alguien se me echara encima? —apretaba los puños y temblaba de indignación—. Parezco una fulana.

—Así te veía yo en mis sueños, Ruth.

El labio inferior de Ruth empezó a temblar. ¿Por qué pensaba de ella lo peor? ¿Por qué era tan duro juzgándola? Estuvo a punto de salir corriendo de la habitación, pero Adam la tomó de la cintura y apoyó su espalda en su pecho.

—Suéltame.

—No me has entendido. No me pareces en absoluto una fulana, *katt.* Mírate bien. —La giró hacia los dibujos sin dejar de susurrarle al oído—. Eres una mujer tan sexy y tan bonita, que a veces siento que se me doblan las rodillas. Pero ahora que te he visto mejor —acercó su pelvis a ella y la rozó insinuante— creo que no te he hecho justicia en absoluto.

Adam se estaba rozando con ella, marcando a fuego la zona baja de su espalda. Ruth sintió una llama que tomaba vida en su interior, como si alguien hiciera contacto con sus cables internos y de repente se encendiera como el motor de un coche.

—Quiero que los borres —le ordenó en voz baja e implorante.

—No lo haré.

—¡Esto es el colmo! —pateó el suelo como una niña pequeña intentando apartarse de él sin éxito. Adam la cogía de la cintura con fuerza—. ¿De qué sirve el pacto *slavery* si no me obedeces? El collar es un fraude.

—No quiero borrar esos dibujos. Me gustan. He fantaseado mucho con ellos. Contigo —ronroneó detrás de la oreja—. Me alegra que no seas una asesina. Y todavía no sé por qué, puesto que tú y yo no tenemos ningún futuro, ¿no?

—No. No lo creo. —Se intentó apartar ésta vez más suavemente, pero él le dio la vuelta y la obligó a mirarle a la cara—. Me has ignorado y me has despreciado desde el primer instante en que nos conocimos. ¿Por qué actúas ahora como si fuera algo más que una obligación para ti? —Su voz dolida la sorprendió incluso a ella—. No tienes que fingir conmigo. Los dos sabemos lo que hay. Somos maduros.

Adam apretó la mandíbula.

—Estás equivocada. Cuando te salvé del lobezno, la primera vez que nos vimos, mi cuerpo reaccionó a ti como si fueras un maldito caramelo y yo un hombre hambriento y con hipoglucemia. Luego empezaron los sueños.

Hubo un interminable silencio entre ellos. Adam pensaba que le había dicho demasiado, y sin embargo, él mismo estaba sorprendido sobre la verdad que suponía esas palabras. La deseó desde el primer momento en que la vio.

Ruth se sentía tan sensible que toda la piel se le puso de gallina ante la declaración. La habitación de Adam, que era amplia y masculina, pareció achicarse.

—Al principio del sueño veía a mi madre —prosiguió Adam acariciándole el lateral del cuello con la nariz—. Revivía el día que nos abandonó y que avergonzó a mi padre con Strike —susurró hundiéndole el rostro en el cuello y rodeándole la cintura en un abrazo demasiado íntimo. Sabía que debía alejarse pero no podía.

Demasiado cerca, pensó Ruth. Demasiado íntimo. Demasiado, todo demasiado.

—Adam, ¿qué... qué estás haciendo? —intentó apartarse.

—Luego estaba haciéndole el amor a una mujer desafiante y desinhibida. ¿Sabes quién era? —Levantó el rostro para mirar la expresión de la joven—. Eras tú.

—Mientes —gruñó empujándole el pecho—. Estás mintiendo.

—No miento, maldita sea. —La zarandeó levemente—. Te hacía el amor salvajemente, con rabia, pero muerto de deseo —sonrió avergonzado—. Y después de eso y de estar a punto de correrme, te veía a ti en el Tótem, disparándome una flecha mortal. Con esto quiero decirte que te he odiado, gatita, pero también te he deseado con una obsesión completa y absoluta, no me importa admitirlo. Te sigo deseando, Ruth. Y te juro que la droga no es la culpable de que me sienta así. No sé qué es lo que tienes, no sé qué me pasa contigo, pero influyes de alguna manera en la química de mi cuerpo, y aunque quiero, no puedo detenerlo.

Deseo. Ruth tragó saliva compulsivamente. ¿Por qué se sentía agradecida por esa confesión? El deseo podía convertirse en amor, ¿verdad?

—¿No vas a decir nada? —preguntó él orgulloso de haber dejado a una mujer como ella sin palabras.

Ruth intentó vocalizar y lo único que le salía eran sonidos estúpidos de su boca. Se aclaró la garganta.

—Entonces nada de esto va a ser desagradable para ti. No va a ser ningún tipo de castigo. Vaya mierda de trato *slavery* que he hecho. —Intentó apartarse de él.

—No deberías pitorrearte. Deberías tenerme más respeto. —La evaluó con sus ojos negros—. Soy un berserker.

Adam estaba tan impresionante, ahí cuadrado de brazos y piernas, que por un momento deseó olvidar quién era él y lanzarse a su cuello. Temerosa de que él adivinara sus pensamientos, apartó la mirada.

—Quiero ser justo contigo y dejar dos cosas claras. Tú y yo tenemos una cuenta pendiente que se resolverá, si Odín quiere, en la cama. Nos gustamos, y sé que ambos lo deseamos. Es atracción animal. Pero somos conscientes de que nuestra relación no pasará de ahí, ¿verdad? Ruth no esperaba tantas barreras, pero ella las sortearía.

—Claro —mintió haciéndose la desenfadada.

—Te seré sincero. Aspiro a emparejarme con una berserker. Toma puñalada. No supo cómo reaccionar a eso. Ni siquiera se movió, pero intentó disimular el desgarro que sintió cerca del corazón.

—No... no somos novios todavía —murmuró inseguro—, pero cuando acabe el pacto me comprometeré con ella.

—¿Es Margött? —preguntó con voz ahogada.

—Sí.

Ruth levantó las dos cejas caobas y lo miró incrédula.

—Guau, Adam. Y... ¿sabe Margött que ayer te acostaste conmigo y que has aceptado enseñarme las habilidades del mundo carnal? —estaba dolida y decepcionada. Ayer, Adam la tocó como nadie lo había hecho antes y mientras lo hacía, tenía en mente a otra mujer. ¿Qué mierda pasaba con ella que nadie la elegía nunca?—. ¿Todavía no se ha convertido en reno? Porque en mi tierra eso se llama ser una cornuda.

—No lo sabe. No es necesario. Margött y yo jamás hemos tenido nada, soy un hombre libre —aclaró preocupado por la palidez de la cara de la joven—. Puedo hacer lo que quiera ahora, pero seré fiel cuando esté con ella. Margött es la mujer que he elegido para mí. Cuando todo esto acabe, me iré con ella y será mi *kone.*

‹‹Muy bien, Ruth. Indiferencia. No le muestres tus cartas, no le enseñes el corte de cirugía que ha hecho en tu corazón››, se repetía como un mantra.

—¿Tu qué? —no asimilaba bien lo que decía Adam.

—Mi mujer. Mi *kone.*

Fantástico. Tenía ganas de llorar. Sin embargo, él no había estado nunca con Margött. ¿Cómo sabía que era ella la que lo completaría? Ahí había algo raro.

—No la quieres, ¿verdad? Es imposible que la quieras y puedas tocarme a mí como me tocaste ayer, como me has tocado ahora. Imposible —lo desafió a decirle lo contrario.

—¿Qué tiene que ver el amor en todo esto? —gruñó frustrado. Ruth quedó en *shock.* ¿Que qué tenía que ver el amor? ¿Cómo? Menudo zoquete cabezón. No podía hablar en serio.

—¿Me tomas el pelo?

—Y del mismo modo que te he dicho que despiertas en mí algo muy animal—continuó Adam—, también te diré que no pediré perdón otra vez por lo que hice. No voy a seguir dándote explicaciones sobre por qué te traté así, ya te lo he explicado una vez. No funciono así. Es más, no soy humano. Recuérdalo. Las disculpas se acabaron ayer por la noche, cuando estuve entre tus piernas durante más de cinco horas, dándote placer. Cuando todavía me duelen los huevos porque ni siquiera me tocaste, o cuando he accedido a algo tan humillante como el pacto de esclavitud. No me rebajo más —negó vehemente pero sin perder ese porte altivo ni esa frialdad disfrazada de educación—. Acostúmbrate.

No necesitaba que fuera tan explícito.

A Ruth le brillaron los ojos de la rabia y la impotencia que sentía en ese momento. Era un poco dictador y un hombre tan duro... Si supiera pedir perdón con humildad o si como mínimo la tratara con un poco más de delicadeza... Si le diera una oportunidad. Maldito fuera por inspirar esos sentimientos de posesividad y pertenencia en ella. Adam era oscuro, sombrío, amenazador y

carroñero. Su palabra era ley y estaba acostumbrado a que le obedecieran. Él siempre decía la última palabra. Era un estirado y no sabía divertirse. Y aun así, ella sentía que ambos encajarían bien. Puede que no sexualmente, pero sabía que si Adam fuera miel ella se convertiría en abeja. Era su complemento perfecto.

Recordó los problemas que había tenido Aileen con Caleb al principio de su relación. Se había jurado a sí misma que nunca tendría relaciones con hombres tan dominantes y tan posesivos. Por mucho que de todo aquello surgiera algo maravilloso entre ellos después. No iba a sufrir así por nadie. Ya tenía suficiente de todo eso. Ahora controlaba su vida, era la Cazadora y no iba a permitirse sentirse mal por esas palabras ni por las preferencias del berserker. ¿Que quería a otra mujer? Pues que se empachara de ella. No iba a llorar delante de él. No iba a permitirse ser débil ante un hombre que tenía menos delicadeza que un cactus. Así que cuando las lágrimas se le escaparon de los ojos, y Adam la observó aturdido, enseguida se las limpió con un golpe seco de su mano.

—Me ha quedado claro —dijo finalmente con voz fría.

—Entonces... —Se maldijo al verla llorar. Se acercó a ella con miedo de que echara a correr, de que huyera de él—. ¿Por qué lloras?

—Tus palabras me habrán emocionado. —No esperó a ver como él se quedaba de piedra ante su ironía, y le asestó otro golpe—. Ha sido poesía para mis oídos — se burló—. Sin embargo, Adam, también quiero dejarte algo claro. Mientras tengas ese collarcito que dejo que camufles, recuerda que en el medallón pone ‹‹Ruth›› —Chasqueó la lengua con frialdad, haciéndole creer que nada de lo que le había dicho le importaba y que estaba más que dispuesta a desafiarlo—. Mientras yo sea tu ama, nunca digas nunca, perrito.

En el Hummer, de camino al colegio de Aileen, todavía pesaban entre ellos las palabras de Adam, la propuesta de Ruth, y su abierto desafío.

La joven quería creer que ya no le importaba lo que nadie pensara de ella, que no prestaba atención de los juicios o prejuicios hacia su persona, pero en su interior seguía teniendo en cuenta lo que Adam veía cuando la miraba. Y lo que él veía no le gustaba, de eso estaba segura. Y eso le dolía porque ella no había dejado de pensar en él desde que se conocieron. Y no era un capricho pasajero. Ni siquiera era un capricho. Sentía cosas por ese hombre. Cosas que la descolocaban y la dejaban temblando e insegura. Vulnerable.

Noah conducía y los observaba divertidos. Adam miraba a Ruth cuando ella no lo hacía, y ella lo miraba a él cuando él se despistaba.

Cuando llegaron a recoger a los gemelos, Liam y Nora enseguida se encaramaron contentos en el coche, uno a cada lado de Ruth, y se pusieron a hablar con ella de sus increíbles experiencias en su primer día de escuela.

Adam se sorprendía ante la repentina conexión y cercanía que sentían los niños con ella. Nora le explicaba que había un niño vanirio que había estado molestándola todo el día y que le tiraba de las coletas. Liam contaba que habían tocado un ordenador, se habían metido en algo llamado Google y habían visto medio mundo a través de su pantalla.

—La señorita Aileen es muy buena —explicó Nora tomando de la mano a Ruth.

—Claro que lo es. Es la mejor —añadió Ruth orgullosa—. Cuando se enfada se le ponen los ojos lilas más claros, ¿verdad?

—¡Sí! —los gemelos se echaron a reír. Liam apoyó su cabeza en las piernas de Ruth y Nora hizo lo mismo, sólo para imitar a su hermano—. ¿Vendrás mañana a la escuela? Los niños dicen que se lo pasan bien cuando vienes tú.

Ruth acarició con naturalidad sus cabecitas y sonrió.

—Me encantaría. Iré sin falta. ¿Iremos? —miró a Adam a través del retrovisor.

Él asintió a regañadientes. Ruth era experta en manipularlo delante de los pequeños. Y de todas maneras no le importaría acompañarla, es más, ahora era su obligación cuidar de ella.

—¡Bien! —exclamaron los pequeños—. ¿A dónde vamos?

—Vamos a ver al abuelo As —contestó Adam girándose con una sonrisa —. Tiene muchísimas ganas de veros.

Ruth giró la cara para no encararlo, y miró por la ventanilla. A Adam no se le pasó ese gesto de no querer mirarlo a los ojos. Malhumorado, se dio la vuelta y volvió a mirar al frente.

Noah negó con la cabeza y apretó el acelerador. Cuanto antes llegaran a casa de As, antes podrían salir de ese coche en el que empezaba a hacer frío, y eso que él no había puesto el aire acondicionado.

CAPÍTULO 15

En casa de As parecía que iba a celebrarse una fiesta, pero nada más lejos de la realidad. Los miembros del consejo de los vanirios, las sacerdotisas, y los hombres de confianza de As estaban reunidos en el jardín, y lo último que querían era festejar nada. El objetivo de la reunión era saber qué pasaba con Strike y Lillian, y qué pintaba Julius en todo aquel embrollo.

Liam y Nora no encajaban en ese ambiente así que las tres ancianas, Tea, Dyra y Amaya, les acogieron y se los llevaron a jugar dentro de la casa.

En cuanto María vio a Ruth corrió a abrazarla. En sus ojos azabaches se reflejaba la más absoluta preocupación.

—Te perdono —se adelantó Ruth tranquilizándola.

—As me lo ha contado todo. La propia Nerthus te inició —confirmó asombrada—. Eres muy importante. ¿Te das cuenta?

—Os pusisteis en contacto conmigo en el Tótem, ¿verdad? ¿Podéis hablar mentalmente con las personas? ¿Por eso yo también puedo? María se encogió de hombros.

—No es fácil. Somos un canal muy bueno de comunicación para los telépatas, pero si nosotras queremos ser las emisoras del mensaje no podemos hacerlo solas. Por eso nos unimos, cuatro antenas son más potentes que una. Sin embargo, tú eres una constante y tienes esa facultad muy bien desarrollada, Ruth, eres muy fuerte mentalmente.

Ruth levantó una ceja orgullosa y miró a Adam de reojo. Éste evitó sonreír pero le tembló la comisura izquierda del labio. María los miró a ambos.

—¿Cómo lo lleváis? —les preguntó mortificada mirando el pañuelo negro de Adam.

—Fantásticamente bien —contestó Ruth con una sonrisa—. Adam me hace mucho caso. —Le guiñó un ojo.

Ruth intentaba quitarle hierro al tema slavery y María se sintió muy orgullosa de su benevolencia. Esperaba sinceramente que Adam también agradeciera la actitud de la chica.

Los allí presentes se saludaron uno a uno. Aileen, Caleb, Beatha y Gwyn, Inis e Ione... estaban todos ahí. Ruth abrazó con fuerza a Daanna y observó que los ojos verdes de su amiga habían perdido algo de brillo.

—¿Qué te pasa? —le preguntó mirando a los alrededores. Buscaba a Menw, la sombra de Daanna, y no lo encontraba por ningún lado—. ¿Dónde está tu guardaespaldas?

Daanna se envaró y cuando estaba dispuesta a dar una respuesta airada, apareció Cahal con su altura y su belleza exótica y desenfadada. Rubio, de cejas perfectas, un hoyuelo en la barbilla prominente, los pómulos altos y los ojos azules muy claros, era el hombre más asombroso que había visto nunca, y además, sacaba pecho orgullosa porque era su amigo. No sabía por qué ambos se habían caído en gracia. Siempre que se veían Cahal no paraba de coquetear con ella y bromear constantemente. Esta vez estaba más serio y no dejaba de repasar con la mirada a Adam. Y era un mirada de amigo-no-te-pases ni-un-pelo. Después de comprobar que Ruth estaba bien, le sonrió y la levantó por las axilas para luego darle un beso sonoro y enorme en los labios.

—¿Cómo está mi chica favorita? —preguntó abrazándola.

Adam gruñó para sus adentros. ¿Pero qué pasaba que todos los tíos la tocaban así?

—Hola, bombón —lo saludó ella cariñosamente.

—¿Me has echado de menos?

—Cada día —asintió Ruth rotunda.

Cahal se sintió orgulloso de aquella respuesta. Era arrogante y presumido, un ligón empedernido, pero valoraba muchísimo que una chica como Ruth lo quisiera y respetara como amigo. Tenía en alta estima su amistad. Miró a Adam de nuevo y lo atravesó con la mirada.

—Measte fuera de tiesto, chucho.

—Oye, Cahal —Noah se encaró con el vanirio—. ¿A quién buscas las cosquillas?

—Chúpamela —contestó Adam dando un paso hacia el vanirio con los ojos amarillos y desafiantes.

Ruth le barró el paso a Adam y Noah detuvo al vanirio.

—No —le rogó Ruth—. Por favor.

Adam la miró con rabia y se detuvo al instante.

—Me detengo por ella —le advirtió Cahal con los colmillos desarrollados—. Por ella, chucho.

—¡Cahal! —Caleb cogió a Cahal del brazo y lo apartó de allí—. No venimos a pelear. Céntrate.

Cahal perdonó la vida a Adam con la mirada y éste se llevó la mano al paquete y le envió un beso. Ruth nunca había visto a Adam perder la compostura de esa manera.

—Cálmate —le ordenó Ruth mirándolo angustiada.

—¿Por qué te abrazas con todos? —le gruñó. No quería golpear a Cahal por insultarlo, quería hacerlo por besar a Ruth en la boca y abrazarla tan íntimamente.

Ruth se quedó de piedra. No le gustaba cómo la juzgaba por actuar así con sus amigos.

As se acercó para poner paz. Tomó a Ruth de la barbilla y saludó a Adam cogiéndole del antebrazo.

—¿Habéis averiguado algo? ¿Julius ha abierto la boca? —preguntó Adam.

—Nada. No podemos sacarle la flecha de la garganta, pero tampoco habla con nadie. El otro berserker que no conozco tiene una flecha clavada en el cráneo y creo que le atraviesa el cerebro. Está babeando y además bizquea. No creo que podamos sacarle ninguna información. Tienes una puntería mortal, Cazadora.

Ruth sonrió agradecida por el cumplido.

—Sólo hablará con ella —aclaró María—. Sólo contigo, Ruth, la energía de las flechas responde a ti. Pero nosotros te acompañaremos.

—Entonces, vamos —dio un paso al frente y siguió a As y a María, con Adam siguiendo sus pasos.

Bajo aquella impresionante mansión victoriana, más grande incluso que la de Aileen, As tenía una auténtica mazmorra acorazada. Allí, encadenados a la pared, estaban los dos berserkers que habían sobrevivido de la emboscada fallida del Tótem, Julius y el otro que se había quedado parapléjico.

Julius estaba empapado en sudor, con los pantalones desgarrados y el torso al descubierto, seguía bajo el influjo de la energía de las flechas iridiscentes de Ruth. Tenía la mirada completamente ida y enloquecida. Cuando apareció Ruth y la miró, se puso de rodillas y le rogó con los ojos llenos de lágrimas:

—Cazadora, libérame, te lo suplico. No... no lo soporto. No soporto lo que soy, lo que he sido... ¡libérame, maldita sea! —De repente se levantó para atacarla. Adam lo agarró por el pelo y le dio un cabezazo con todas sus fuerzas. Cayó de espaldas, en una posición un tanto incómoda, ya que sus manos estaban encadenadas a la pared y no pudo detener el impacto. Se relamió los labios y palpó la sangre que manaba del corte que le había producido Adam en el tabique nasal. Rio como un hombre poseído.

Ruth dio un paso atrás, asustada ante ese comportamiento. De alguna manera sentía la oscuridad que manaba de su alma y no le gustaba. Era repulsivo, y su maldad la golpeaba en el estómago hasta llegarle a producir náuseas.

—¿Estás bien? —Adam se acercó a ella y le levantó la barbilla para comprobar el estado emocional de Ruth. Ésta asintió incómoda y lo apartó ligeramente para avanzar hasta el traidor.

—Pregúntale, Ruth. ¿Qué tiene que ver con Strike? ¿Qué planean? Ruth se enfrentó a Julius.

—Estás para que te coman, Ruth —sonrió Julius con lascivia.

—Escúchame —le ordenó con serenidad. Al momento tenía toda su atención—. ¿Quién está tras la emboscada que hicisteis en casa de Adam?

—Strike y Lillian.

Adam apretó la mandíbula. Ya lo sabía, pero oírlo en labios del que había sido su compañero de batallas le afectó.

—¿Qué pretendían yendo a casa de Adam?

—Matar al *noaiti*—contestó Julius con gesto evidente.

—¿Por qué?

Julius sonrió y negó con la cabeza.

—Porque se acerca otro tiempo. Otro tiempo en el que nosotros recibiremos lo que nos pertenece. Pero para ello debemos anular el don de profecía de Adam y recibir el de Strike. Él nos llevará al nuevo amanecer.

Al nuevo amanecer... Ruth ya había oído eso. Sus padres, fervientes evangelistas, decían que el nuevo amanecer llegaría un día a la tierra y se llevaría toda la maldad con su luz. ¿Es que la locura llegaba por igual a seres ancestrales y humanos?

—Así que Strike quiere mi legado —Adam hizo crujir los nudillos. Quería golpear algo.

—¿Qué hace Strike con las almas? ¿Cómo las controla? —preguntó Ruth recordando las palabras de Sonja—. Sonja dijo que las almas de luz no pueden regresar al caldero, y sin embargo las almas de la oscuridad siguen aquí. ¿Cómo las confunde? ¿Cómo las encarcela?

—Con algo que tú no utilizarás jamás —miró a Adam con desprecio—. Magia. Con magia *seidr*[24]. Loki le enseña, Loki está en contacto con todos nosotros.

—Strike se ha convertido en brujo oscuro —As y Adam se miraron entendiéndolo.

—¿Qué es el *seidr?* —Ruth necesitaba entender de qué estaban hablando.

—Es magia, un tipo de magia que sólo es utilizada por las diosas vanirias —explicó Adam—. Es muy poderosa, y si la ejecutan las manos equivocadas puede ser muy destructiva, se convierte en magia negra. Freyja enseñó el *seidr* a Odín y éste lo utilizó alguna vez para adivinar el futuro. Loki lo acusó de marica ante todos los dioses por utilizar una magia que era destinada sólo a las mujeres, pero lo hizo por rabia y despecho pues deseaba ese conocimiento para él. Una vez, Loki, que tenía la entrada prohibida en el *Asgard,* apareció ante Freyja con la imagen de Odín y recibió de ella las lecciones sobre el *seidr.* Es un transformista, un mentiroso y un traidor. Ahora, Strike es su *Seidmadr*[25]. Su marioneta. A través de él moverá todos los hilos. Hechizará, adivinará y jugará con los muertos a su antojo.

—¿Qué es eso, el *Seidmadr?* —susurró Ruth.

—El chamán negro. Mi... antagonista.

—No hables así de mi señor. —Julius intentó arrancarse las cadenas de las muñecas pero no podía—. Es más hombre y más digno de su poder que tú del tuyo. Y él al menos no nos ha dado la espalda. ¿Cuántas veces has visto a Odín? ¿Y a Thor? ¿Y a Tyr? ¿Cuántas? —le espetó desdeñoso—. Ni una, ¿verdad? Nos han dejado aquí, abandonados en una lucha estúpida. ¿Quién quiere salvar a los humanos si entre ellos se están destruyendo? ¿Cómo podemos vivir sublevados prácticamente

[24] Seidr: magia hechizante que tiene origen en las diosas Vanir.
[25] Seidmadr: nombre que se le da al practicante del seidr.

por ellos? Esta vez ha salido mal la jugada pero no sabéis la que os espera... —rezó esperanzado.

—¿Qué va a pasar? —Ruth se frotó los brazos.

—Vendrán del *Jotunheim*[26] y acabarán con todos —sentenció Julius.

—¿Dónde están Strike y Lillian?

—No lo sé. Yo sólo recibo sus órdenes a través de los sueños. No los he visto todavía.

Adam palideció. As se apretó el puente de la nariz, y María, que hasta ahora no se había pronunciado, pues escuchaba atentamente cada palabra del berserker, hizo negaciones con la cabeza.

—Así que Strike contacta astralmente con los miembros del clan... — susurró preocupada.

—Se está creando un ejército —asintió Julius con solemnidad—. Uno grande. El mal llega al *Asgard...* —canturreó—. Se acaba el tiempo. Tres, dos, uno y... ¡*boom!* —exclamó divertido.

—¿Limbo está involucrado en la rebelión? —preguntó Ruth leyéndole la mente involuntariamente a Adam.

—¿Limbo? —levantó las cejas con incredulidad—. Limbo no tiene ni puta idea de lo que pasa a su alrededor. Déjalo con sus antigüedades y sus tonterías de maricón, suficiente tiene con eso.

Adam se quedó algo más tranquilo al comprobar que Limbo estaba limpio.

Ruth ya había oído demasiado. Era la Cazadora, Julius un traidor e iba a demostrarle quién mandaba ahí. Se acercó a él, se acuclilló y agarró la flecha que atravesaba la garganta del berserker. Éste empezó a temblar presa de miles de convulsiones.

—Dices que Strike utiliza el *seidr.* Que os envió a matar a Adam. Pues muy buen adivino o brujo no podía ser si no vio que la jugada os iba a salir mal. Ahora me vas a escuchar a mí. Ya he oído muchas estupideces y tu estado es peor que el de Jack Nicholson en *El resplandor.* Esa película me da grima así que acabemos con esto pronto.

Adam abrió la boca como un pez al ver el brío y la seguridad con la que Ruth controlaba la situación. Iba a babear ahí mismo, delante de As y María. La Cazadora era de armas tomar.

—¿Las órdenes eran sólo matar a Adam? También veníais a por los pequeños. Liam y Nora. ¿Por qué?

—No sé por qué —gritó Julius lleno de dolores—. Lo juro, Cazadora. No sé por qué quieren a los niños, pero la noche no salió cómo esperábamos. Apareciste tú, y contigo no contaba nadie. Suéltame, ¡joder! —Puso los ojos en blanco cuando Ruth presionó más fuerte la flecha—. ¿De dónde coño has salido? No... no pensamos en la Cazadora. Strike no te vio —gruñó y se removió como una serpiente—. Por tu culpa no he cumplido con lo que me mandaron y ahora habrá represalias —se quejó—. Te llevaste a los niños contigo y eso nos retrasó. Tampoco contábamos con Noah, pero por lo visto ahí estaba también. El *seidr* le había dicho a Strike que iba a estar Adam solo con los niños, no contaba con vosotros.

Claro que estaba, pensaba Adam. Noah se encargaba de proteger a Ruth de él mismo.

—La orden era matar a Adam y apresar a los pequeños. Uno lo utilizaríamos, el otro debía ser sacrificado. Pero tú, putita, ¡lo has jodido todo!

Adam se abalanzó sobre Julius y lo arrancó de las cadenas con toda la rabia del mundo. As corrió a liberarlo, todavía no habían acabado con el interrogatorio, no podían matarlo aún.

—Escúchame, *noaiti* —le susurró al oído intentando llamar su atención, calmando la furia berserker—. Deja que nos cuente lo que falta y luego podrás acabar con él.

Adam tenía los ojos completamente amarillos, había crecido en altura y en anchura, los incisivos se le habían alargado y el pelo le había crecido hasta los hombros. Había sido una transformación

[26] Jotunheim: la tierra de los gigantes. El origen de todo mal.

frenética y explosiva. Ruth cayó al suelo por el impulso asesino de Adam. Impresionada, veía cómo lo estaba estrangulando con las propias cadenas. Oía unos extraños chasquidos y sintió que se mareaba un poco cuando entendió que era la tráquea de Julius la que se partía poco a poco. Los pies del agredido temblaban espasmódicamente.

—¡Adam! —gritaba As. Era imposible desengancharlo de su amarre—. ¡Ruth, ayúdame!

Ruth reaccionó, se levantó y tomó a Adam de la cara. El rostro de ese hombre transformado era desafiante y todo un espectáculo.

—Suéltale —le habló con suavidad. Entendía perfectamente cuál era el sentimiento y la necesidad de protección hacia sus sobrinos. Le acarició la cara levemente y Adam prestó atención—. Ahora.

Adam mantuvo la cadena tres segundos más, pero cuando obedecía a Ruth casi hipnotizado por aquella repentina comprensión que veía en sus ojos, el collar le prodigó una descarga que lo dejó barrido por completo.

Alarmada, fue a socorrerlo. Su berserker estaba sufriendo y no sabía cómo ayudarlo. Corrían hilitos de sangre por debajo del pañuelo y manchaba su garganta y la camiseta púrpura que llevaba.

—Ahora no, Ruth —As la levantó y la puso delante de Julius—. Rápido, ¿cómo encontramos a Strike?

Ruth se lo preguntó a un Julius que hacía esfuerzos por respirar.

—No lo sé. Ya te lo he dicho. Él viene en sueños. Nos... nos busca en sueños. Loki lo acompaña.

De repente, la boca de Julius desapareció de su cara y todos los orificios de su rostro se taparon como por arte de magia. El otro berserker de piel oscura, que no decía nada, fue víctima de la misma reacción. Los ojos de Julius transmitían pánico y rogaban ayuda.

—¿Qué coño...? —As se apartó perturbado y alejó a María y a Ruth de él. Adam se levantó para acabar con la faena y acabar de rematar a Julius, pero cuando vio el percal se quedó de piedra.

—Magia negra. *Seidr* —dijo Adam asombrado. Olió a carne quemada pero allí no había ninguna barbacoa, y como un flash, una imagen se materializó en su mente. Era el rostro de Ruth y María con quemaduras profundas y aparatosas—. ¡Cubre a María! —le gritó a As.

Sin tiempo para reaccionar, Ruth se vio en el suelo cubierta por el enorme cuerpo de Adam. La había sumergido por completo en su piel, y le sostenía la cabeza sobre su pecho. Podía oler la menta que desprendía su aroma y el latir acelerado del corazón del berserker. Estaba tan bien... no oyó la explosión de la carne, no vio cómo los cuerpos reventaron naturalmente, ni tampoco la autocombustión de los pedazos esparcidos. Sólo olió la carne chamuscada. Únicamente sintió que aquellos brazos la rodeaban y la apretaban como si fuera valiosa para él.

—¿Qué...? —susurró aturdida—. ¿Qué ha pasado?

Adam se incorporó lo suficiente como para comprobar que a Ruth no le había rozado uno de esos desechos. Revisó su cara, en busca de una reacción desagradable, de un gesto que denotara repulsión hacia él. No estaba orgulloso de cómo se había comportado, de su pérdida de control. Sin embargo, no vio nada, ningún reproche por parte de ella. Sólo... agradecimiento.

—¿Cómo sabías que iba a pasar eso? —As se había levantado y mantenía a María abrazada, muy pegada a su cuerpo—. Joder, la explosión podría haberlas desfigurado —se cercioró de que María estaba bien y volvió a abrazarla.

—Lo presentí —explicó él—. Yo sólo... lo presentí —repitió aturdido. Una premonición instantánea. Hacía siete años que no tenía una. Siete malditos años. Y ahora, con Ruth a su lado, lo había sacudido una de las buenas. La última que había tenido era la de la muerte de Sonja, segundos antes de que le atravesaran el corazón con un puñal. Segundos insuficientes para salvarla.

—Vayamos afuera. —Adam se levantó y se llevó a Ruth con él. Le peinó el pelo con los dedos, expulsó el polvo invisible de la camiseta y de los pantalones tan cortos que llevaba. Y en cada roce

nada impersonal, se aseguraba de que no tuviera ni un rasguño. Algo muy raro había sentido al ver a Ruth herida de ese modo, pero no pensaría en eso. La cogió de la mano y la arrastró con él.

Ruth perdió la noción de lo que había a su alrededor. Los trozos de carne seguían ardiendo en el suelo, olía a barbacoa y a churrasco, todo a la vez y bien mezclado, pero ella sólo podía centrarse en el calor que desprendía la mano de Adam y en cómo sepultaba a la suya.

Una vez en el jardín, bajo la luz de las antorchas que rodeaban el lugar donde los dos clanes estaban reunidos, As y Adam habían contado lo sucedido dentro.

Ruth estaba un poco aturdida todavía. Los cuerpos habían explotado, literalmente, y luego habían ardido como si fueran propiedad de los infiernos.

Aileen y Daanna se habían sentado alrededor de Ruth, dándole calor y protegiéndola de todo aquello que estaba viviendo. Pero ella ya no necesitaba nada de eso. Ella sólo quería que Adam volviera a agarrarla de la mano. Lo que vivía no la asustaba, ni siquiera le daba miedo. Sin embargo, lo que realmente la aterraba era lo que empezaba a sentir por ese hombre. Y cuanto más tiempo pasaba con él, más claro lo tenía.

—¿No hay ningún modo de evitar que Loki y Strike intercedan astral-mente con los miembros de los clanes? —preguntó Daanna.

—No importa cómo contacten con los demás —opinó Cahal apoyándose en un árbol y cruzándose de piernas—. El problema es que Loki sabe con quién puede contactar, a quién puede tentar y convencer. Y lo hará de un modo o de otro. Lo más importante ahora es averiguar dónde están sus marionetas escondidas.

—Podrían estar en cualquier lugar —expresó Daanna.

—Intentaré encontrarles —dijo Adam—. Loki necesita a un ejecutor para el *seidr,* y mientras tenga a Strike podrá hacer y deshacer a sus anchas. Está controlando a las almas a través de él.

—¿No puede hacerlo él solo? —preguntó Ruth.

—Loki no está encarnado físicamente. Es una entidad mental. No se puede tocar y muy pocas veces lo han podido ver —le explicó As—. Nuestra lucha no sólo es contra aquellos que se han revelado, ni contra los humanos que están de su parte, sino que también es contra una entidad invisible, pero sin lugar a dudas, real.

—Están preparando el *Ragnarök* —sentenció Noah muy tenso. Sus ojos amarillos echaban rayos—. Montan sus filas. —Miró a Caleb y a As—. Si ya tenemos suficiente con los vivos, ¿cómo vamos a enfrentar a un montón de almas negativas? ¿Cómo se arregla esto?

—Peleando —Caleb se cruzó de brazos. Para él era así de sencillo. Uno no podía rendirse por muy negro que se presentara el futuro—. Nos guste o no, hemos venido aquí a proteger, y eso haremos.

—Un momento —Ruth se levantó y se colocó al lado de Adam—. Tu hermana me dijo que pudo escapar de las garras de Loki, que a ella no pudieron capturarla. Si ella pudo, debe de haber un modo de escapar, de evitarlo. Las están engañando y hay que averiguar cómo.

—Contacta con Sonja, Ruth —As le puso las manos sobre los hombros—. Habla con ella y averigua lo que sucede. Tú eres la Cazadora.

Se sintió el centro de atención. Todos la miraban esperando una respuesta afirmativa que ella no iba a negar.

—Lo haré —se giró hacia Adam—. Pero no aquí. En tu casa, Adam.

Adam inspiró profundamente, y al exhalar, algo dentro de él se rompió. Era gratitud y respeto por aquella chica. Porque le estaba dando la oportunidad de tener intimidad con su hermana, de tener un reencuentro privado y familiar, no a la exposición de todos, y para alguien como él, tan reservado, tan poco dado a expresar sus emociones, el detalle de Ruth era grandioso. Y ella lo sabía. No iba a permitir que Adam se sintiera avergonzado ante todos por sacar a relucir sus sentimientos.

—Entonces, vamos. —La cogió de la mano y no tiró de ella, esperó a que Ruth caminara con él.

‹‹Sí —pensó ella ilusionada—, vamos a casa››.

En el Hummer, Liam y Nora hacían todo tipo de preguntas a su tío y a Ruth. Adam se sorprendía de la facilidad con la que Ruth contestaba a las cuestiones más enrevesadas, y lo mejor era que no les mentía. Les decía siempre la verdad.

—¿Vamos a ver a mamá de verdad? —Nora se levantó y rodeó con los brazos el cuello de Ruth en un abrazo un poco extraño, porque el asiento del copiloto estaba interponiéndose entre ellas.

—Sí, la vais a ver. Haré lo que esté en mis manos para ello.

—¿Podré hablar con ella? —Liam tenía los ojos negros tan abiertos que se le iban a salir de la cara—. ¿Podré tocarla?

—No creo que podáis tocarla —dijo Adam—. Mamá ahora es como un fantasma, ¿lo entendéis? No es de carne y hueso como nosotros.

—¿Y por qué sigue aquí? La gente cuando se muere se va al *Asgard.* — Nora quería entender lo que le pasaba a su madre.

Ruth y Adam se miraron.

—A veces no pueden irse tan rápido porque se les ha olvidado algo aquí —explicó la Cazadora.

—¿A nosotros? —susurró Nora con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Se ha olvidado de nosotros?

Adam tragó saliva. Por Odín, si iba a haber un encuentro, sería muy duro para todos, y tenían que prepararse.

Dejaron el coche en el aparcamiento y los cuatro se adentraron en el bosque. Ruth buscaba el lugar perfecto para invocar a Sonja. Quería un claro en el que los rayos de la luna cayeran libremente, y lo encontró enseguida. La propiedad de Adam estaba rodeada por un bosquecito sacado de historias de hadas y duendes y estaba plagado de rincones llenos de encanto y misticismo.

—¿Estás segura, Ruth? —preguntó él un tanto impresionado por la cara solemne de la chica.

—Se lo he prometido esta mañana a Liam y a Nora, y no podemos retrasarlo más —contestó ella en voz baja. Lo estudió y lo vio nervioso—. ¿Estás... seguro tú?

Adam dio un respingo, uno que enseguida disimuló asintiendo con fingida frialdad.

—Bien —sonrió comprensiva. Estaba hecho un flan y era tan tierno que quería abrazarlo y decirle que todo iba a salir bien.

Ruth se colocó bajo el rayo de la luna, cerró los ojos y alzó la cara al cielo. Levantó los brazos y gritó:

—Oh, espíritus del más allá, venid a mí... pero que no venga ni uno feo, o si no del susto yo me meo —abrió un ojo y les sacó la lengua—. Estoy bromeando.

Liam y Nora se petaban de la risa, pero Adam la miraba enfadado. No era seria para nada.

—Es la primera vez que hago esto —se excusó ella intentando hacerle sonreír—. No sé cómo va a salir. Dame un poco de cancha, Adam —se secó las manos húmedas en el pantalón y resopló.

Al ver que el berserker seguía imperturbable, lo dejó por imposible. Relajó los hombros y cerró los ojos de nuevo.

—Sonja, ven a mí —susurró dulcemente.

Las copas de los árboles se mecieron bailando al son de una melodía invisible. El pelo de Ruth se movió azotado por un aire dulce y lleno de cariño. Ruth sonrió y supo que Sonja ya estaba ahí. El rayo de la luna bañaba su cuerpo y se sentía acariciada y querida por aquella energía extraña que rodeaba el claro en el que estaban. Adam sintió cómo le pateaban el estómago al ver a Ruth como una ninfa

del bosque. Su cuerpo brillaba y transmitía una luz etérea y especial. Como si fuera un faro. ¿Por qué no había podido verla antes? Era inconfundible.

—Brilla... —susurró Nora embobada acercándose a ella a menos de medio metro.

Ruth sintió que alguien le ponía una mano ligeramente eléctrica y liviana en la espalda.

—Sonja. —Se giró y vio el rostro de la hermana de Adam.

—Hola, Ruth. —Sonja no la miraba. Sólo tenía ojos para la niña pequeña que tenía en frente—. No me puede ver —notó apenada—. Pensé que... Pensé...

—¿Hablas con mami? —preguntó Nora.

Ruth supo lo que tenía que hacer.

—Espera —la tranquilizó Ruth.

Adam miraba la escena entre el pánico y la estupefacción. ¿De verdad iba a ver a Sonja?

—Dame la mano, cariño —le dijo Ruth a Nora.

La pequeña la tomó sin dudarlo un minuto y miró inmediatamente donde miraba Ruth, a aquel punto invisible a su derecha. Allí... no había nada. No... ¡Un momento! Nora abrió la boca al comprobar que la silueta del cuerpo de una mujer empezaba a formarse como bruma, como humo invisible que se arremolinaba haciendo formas caprichosas, hasta que Sonja apareció en él completamente visible a los ojos de la pequeña.

—¿Mamá? —exclamó Nora con la voz llena de lágrimas.

Sonja se arrodilló ante su hija y se echó a llorar. Nora dio un paso y alargó la mano hasta tocarle la cara. La estaba tocando. Sus dedos tocaban piel. La mujer se quedó de piedra al sentir el roce cariñoso de su hija en su mejilla. Un mejilla que había sido inmaterial, etérea y transparente desde hacía siete años. Y ahora su hija la acariciaba con tanto amor que pensaba que iba a ir al *Asgard* directamente.

Nora soltó un sollozo y abrazó a su madre como siempre había soñado, rodeándole el cuello con un brazo, ya que el otro estaba ocupado manteniendo el contacto con la Cazadora. El calor, el amor incondicional, el vínculo más fuerte del mundo, fue expresado en ese abrazo desesperado. Un abrazo lleno de holas y adioses, lleno de te quieros y lo sientos.

—Por Odín... Nora, mi niña. Nora...

Liam que miraba la escena alucinado, se soltó de la mano de Adam y primero, algo inseguro, arrastró los pies hacia su madre, pero luego corrió al grito de mamá como si fuera un grito de guerra.

—¡Liam! —gritó Sonja llorando a lágrima viva. Consiguió tocarle y abrazarle también. Era un sueño. Alzó la mirada hacia Ruth y vio que la joven lloraba emocionada.

—Lo... lo siento... —Ruth se secó las lágrimas con la mano libre—. Es que estoy sintiendo todo lo que sentís vosotros... Es... es tan bonito.

—Gracias. Gracias —repetía una y otra vez Sonja con la voz rota—. Gracias.

Ruth asintió. Era lo que tenía que hacer. Sonja se merecía estar con sus hijos aunque fuera por unos minutos.

—Escuchad —Sonja los apartó y los miró con adoración—. Quiero que sepáis que os quiero con todo mi corazón. Que he visto cómo crecíais y cómo volvíais loco a vuestro tío.

—Pero ahora estás aquí —susurró Liam con churretones en la cara—. No tienes por qué irte.

—No puedo quedarme, cariño —contestó Sonja sintiendo cómo el corazón que había dejado de latir unos años atrás todavía le dolía—. Debo encontrar a vuestro padre. Éste ya no es mi sitio.

—¿Papá? —Liam miró a todos lados buscándolo.

—No, cariño. Él no está aquí. Por eso tengo que encontrarlo, debemos irnos juntos, ¿entiendes?

—¿Por qué? —Le tembló la barbilla—. ¿Por qué no os quedáis?

—Porque no nos toca estar aquí. Ruth me ha dado la oportunidad de tocaros, de veros, de hablar con vosotros, pero mi lugar está arriba, si los dioses quieren.

Liam y Nora agacharon la mirada y hundieron los hombros. Lo entendían pero eso no quería decir que estuvieran de acuerdo.

—Sois unos niños fantásticos y estoy orgullosa de que seáis hijos míos. Y recordad esto, aunque no pueda estar físicamente con vosotros, siempre estaré aquí —puso las manos en el pecho de los pequeños, sobre sus corazones diminutos que corrían acelerados llenos de una vida que ella ya no tenía y que le habían robado—. Ahí siempre os acompañaré.

Los niños volvieron a abrazarla. Y ella se empapó de la energía y del incondicional cariño de sus hijos. Finalmente, y gracias a la Cazadora, se había sentido madre de verdad. Pero no podía abusar de aquel regalo desinteresado que le ofrecía Ruth, no abusarían de ella.

—Necesito hablar con tío Adam, no tenemos mucho tiempo. —Sonja miró a Ruth preocupada. La energía que utilizaban para tocarse la sacaban de ella, del manantial interno de la Cazadora.

—No te preocupes por mí —dijo Ruth con la voz renqueante—. Estoy bien.

No lo estaba. Empezaba a cansarse y sentía el cuerpo flácido. Pero Adam necesitaba hablar con su hermana y ella iba a darle ese regalo.

—Adam, ven aquí. —Ruth alargó la otra mano hacia él, indicándole que se acercara.

No iba a salir de allí de una pieza y eso era algo que Adam ya sabía cuando dio el primer paso hacia la estampa que hacían sus sobrinos, Sonja arrodillada, y Ruth ahí de pie, manteniendo la mano de Nora en la suya.

Se colocó ante su hermana, y ésta se levantó mientras lo miraba a los ojos con tanta emoción que iba a salir volando. Liam y Nora observaron a su tío y se apartaron de su madre, a regañadientes. Al momento, se agarraron a las piernas de Ruth. Si seguían manteniendo el contacto con la Cazadora, ellos podrían verla todavía. Ruth lo tocó con su mano y él pudo ver al fin a su hermana.

—Mi hermano... Adam —susurró Sonja—.

—Son... —cayó de rodillas y tomó la mano de su hermana para llevársela a la cara y dejarla en su mejilla. Iba a llorar como un niño pequeño. ¿Y a quién le importaba? Estaba con su familia. Necesitaba esa liberación.—. Joder... mi hermana... —los hombros le temblaron y ocultó los ojos en la mano de Sonja. Lloraba.

Ruth se movió ligeramente y se colocó tras él. Le puso las manos sobre los hombros e intentó darle apoyo y calor.

—Lo siento, Sonja. Lo siento tanto...

—Chist... No fue culpa tuya, *bror*[27]. Deja de culparte, por favor. Llevo sintiendo tu dolor estos siete años atrás y me está rompiendo el alma, y ahora es lo único que tengo —dijo haciendo una broma.

—Si hubiera llegado antes...

—Hubiera muerto igual, mi corazón ya no latía.

—La premonición me llegó tarde, Sonja... —le apretó la mano con más fuerza y se secó las lágrimas como pudo. El pelo que ahora tenía más largo cubrió su rostro lleno de dolor.

—Tu don no viene cuando tú quieres, Adam. —Lo miró con adoración—. Acéptalo, *bror.* Hiciste más de lo que jamás me pude imaginar. Te quedaste con lo mejor de mí —sus ojos negros miraban emocionados a sus hijos—. ¿No son un milagro?

Adam se obligó a tranquilizarse.

—Lo mejor —asintió él—. Pero tú también eras lo mejor de mí. Sonja... ¿qué está haciendo Strike? ¿Intentó cogerte?

[27] Bror: en noruego significa “hermano”.

—No es Strike quien atrae a las almas. Es nuestra madre, Adam. Strike la ayuda.

—¿Cómo? —preguntó. No llegaba a comprender qué era lo que hacía Lillian ahí. No era sólo su pareja, entonces.

—No lo sé. Es como si fuera un falso faro. Iba hacia ella después de morir. Iba directa. —Miraba un punto fijo en el horizonte—. Madre llevaba puesta una túnica negra y sostenía una vara metálica con una bola rojiza de cristal en la parte superior. La bola se iluminaba y lanzaba destellos dorados, y las almas íbamos hacia allí, creyendo que era la vuelta a casa. Se queda con las almas buenas y se las lleva a algún lugar, no sé a dónde, Adam. Vi cómo se llevaba a Akon, le engañaba y le hacía pasar a través de una especie de puerta dimensional. Iba delante de mí, yo le grité que no fuera, pero no me oyó. Cuando me tocaba a mí hacer la transición, Lillian me sonrió diabólicamente. Me esperaba. Me indicó que me acercara y miró a mí alrededor. «¿Dónde están? —me preguntó—. ¿Y tus hijos?». La muy zorra sabía que yo había muerto y esperaba a las almas de Liam y Nora. Sabía que estaba embarazada, Adam, lo sabía y creía que mis gemelos también habían muerto.

»Alargó el brazo para zarandearme, pero algo se lo impidió. Había como una barrera invisible que no la dejaba avanzar. Lillian se extrañó y vino hacia mí con el rostro lleno de rabia, quería atacarme. «¿Dónde están?», gritaba como una mujer desesperada. Intentó arañarme, intentó agarrarme, pero no podía. Entonces sentí que me picaba la parte baja de la espalda —Adam y Ruth escuchaban con atención todo lo que decía su hermana—. Tú me protegiste, Adam. La runa.

—El tatuaje —entendió él. Su hermana tenía la runa *Eohl* tatuada sobre el sacro. La runa simbolizaba una mano levantada en señal de protección y defensa del mal. Otros lo veían como las garras de un halcón y eso relacionaba a la runa con dioses y planos superiores. Fue un regalo suyo, ocho años atrás, antes de quedarse embarazada de Liam y Nora. Él mismo se lo hizo, para que estuviera protegida de todo mal.

—Me tatuaste la runa porque era una protección contra la oscuridad, me protegiste entonces, Adam, sin ser consciente de lo vital que iba a ser eso para mí.

Adam no podía estar más confuso de lo que estaba.

—La runa me alejó de la magia negra de Lillian y no me deja acercarme a ella. Por eso tampoco sé lo que están haciendo ni lo que traman. Es un repelente de la energía negativa. Pero vi lo suficiente como para saber que ella se está haciendo pasar por una falsa Cazadora, y no sé cómo lo hace. Lo que Lillian no sabe —ya no la llamaba madre—. Es que Ruth está aquí ahora. Y su luz es cegadora.

Ruth sonrió. Así que era deslumbrante...

Todo tenía una razón, pensó Adam. Incluso el detalle más sencillo e insignificante tenía su efecto en el tiempo.

—¿Sabes que en la emboscada de ayer venían a por mí y a por los niños? —preguntó Adam.

Sonja miró a los pequeños con tristeza pero también con esperanza, porque ella iba a estar con ellos el tiempo que pudiera estarlo.

—Sí, lo sé. Sé que los niños no pueden estar en mejores manos. Sé que mi muerte no fue fruto de una batalla justa. Fue un asesinato, Adam. Estaba embarazada de ellos, a punto de parir —murmuró por lo bajo—. Mis hijos son importantes para ellos y no sé por qué —contestó frustrada—, pero sé que lo averiguaréis y se hará justicia. No dejes que se los lleven, Adam.

—Jamás.

Adam notó cómo las manos cálidas de Ruth empezaban a enfriarse y dejaban de apoyarse en él. Estaba perdiendo fuerzas.

—Ruth... —susurró preocupado—. Aguanta un minuto —le dijo dulcemente.

Ruth estaba pálida y él se sintió mezquino por pedirle un sobreesfuerzo como aquel.

—Dejaré entrar al espíritu e intentaré invocar la posición de Strike — aseguró Adam—. Lo intentaré. ¿Algún consejo?

—Lleva al *Eohl* contigo. Y que los pequeños también lo lleven. Hazles un sello a cada uno, y a Ruth también. Ella lo necesitará más que nadie. Yo volveré en cuanto pueda. Ahora debes dejar descansar a la Cazadora. Tiene trabajo.

Ruth miró a su alrededor, cuando sintió un cosquilleo en la nuca. ¿Cómo que tenía trabajo? Pues sí que tenía trabajo. En el claro había unas veinte almas mirándola deslumbrados como si ella fuera un ángel, esperando a que ella les diera la señal, el billete de vuelta a casa.

—Dios mío... —murmuró Ruth.

—Deja de tocar a mi hermano, Cazadora, o te desmayarás. —Adam se levantó inmediatamente y sonrió a Sonja avergonzado—. Yo estaré con vosotros, justo aquí. Os ayudaré en lo que pueda. Además, necesito a Akon. Tenemos que regresar juntos, él es mi pareja —se estaba desvaneciendo—. Nuestras almas están anudadas. Por cierto, Adam, no sigas las lecciones de papá. Era un hombre atormentado y sus últimos años estaban llenos de oscuridad. Tienes que eliminar de ti todo aquello que intentó inculcarnos. No era objetivo. Recuerda quién eres, eres el *noaiti,* el Señor de los animales de nuestro clan —miró a Ruth, le guiñó un ojo, les mandó un beso a sus hijos y desapareció.

Liam y Nora sorbieron por sus naricitas. Estaban cogidos de la mano. Adam los abrazó con fuerza y ellos se apoyaron en él.

—No se ha ido —murmuró Nora contra su hombro, asegurándose de que su madre volvería de nuevo—. Ha dicho que estará por aquí.

Adam asintió y se levantó con ellos en brazos. Se giró para mirar a Ruth, que no sabía qué hacer con todas aquellas almas que la rodeaban.

—Cazadora —el tono de Adam era diferente, lleno de reverencia y respeto, y eso hizo que saliera de su asombro y se centrara en él—. Llévalos a casa.

Ruth tragó saliva y asintió. El señor de los animales era Adam. La Cazadora siempre llevaba con él a su señor, eso le había dicho Nerthus. Adam y ella tenían más que un vínculo. Estaban predestinados. ¿Lo sabría él?

—¿Eres el Señor de los animales? ¿Tú? —preguntó temblorosa.

—El *noaiti* es conocido en el clan con ese título —asintió—. No por nada en especial, es un segundo nombre. Mueve ficha, Cazadora. Lleva a toda esta gente a casa —y sus ojos negros brillaron con admiración y destellos de ternura.

Adam se alejó para darle espacio, y las almas de hombres, mujeres y niños, fueron hacia ella. Ruth sintió la necesidad de aquellas entidades y dejó la revelación de Adam en la sección mental ‹‹revisar más tarde››. Miró a las almas una a una. Sabían que estaban muertos, que lo único que querían era paz. En algunos ojos había desesperación, en otros tormento y en muchos otros había pena por dejar a seres queridos atrás. Sin embargo, algo los unía a todos. No luchaban contra lo que iba a pasarles. Se iban, lo aceptaban, y simplemente, se dejaban llevar.

Ruth se secó las lágrimas y cerró los ojos cuando un remolino de luz se abrió a sus espaldas, y el portal de vuelta a casa se iluminó. Las almas fueron hacia ella.

Strike odiaba perder. No soportaba la sensación de fracaso y era justamente lo que sentía en ese momento. Durante más de tres horas había practicado el cántico *seidr.* Ataviado con un manto azul sobre el cuerpo y una mezcla de piel de cordero negra y piel de gato blanco en la cabeza, los mantras que repetía no le decían nada sobre aquella mujer que había echado por tierra su plan. Lo peor era la energía que había necesitado para aniquilar a Julius y Kröm antes de que aquella joven les sacara más información. El *seidr* tenía tanta fuerza que consumía la energía de sus músculos y sus huesos y lo dejaba debilitado, y las flechas de la Cazadora untadas con la energía de la Diosa eran tan potentes que necesitó toda su energía para manipular a los berserkers. Y ahora estaba sencillamente agotado.

Lillian, sentada en frente de él, no estaba menos preocupada. Las almas de luz no venían a ella. Llevaba un moño rubio en lo alto de la cabeza, y la piel pálida y brillante le daba el aspecto de una muñeca de porcelana.

—El espíritu de la Cazadora se ha reencarnado —murmuró Lillian tamborileando con sus uñas rojas y largas sobre el brazo de madera del sillón en el que estaba sentada.

Strike abrió los ojos y salió del trance.

El piso de diseño en el que estaban tenía todas las comodidades que ahora necesitaban. Nadie se imaginaba dónde se hallaban y sabía que en caso de contraatacar jugaban con el elemento sorpresa.

—La he visto a través de los ojos de Julius. —Strike se levantó inquieto y dio vueltas alrededor de Lillian con aspecto meditabundo.—. Es joven.

—Inexperta.

—Sí. Pero ya nos ha fastidiado el primer plan, la profecía no se ha cumplido, y según Loki se nos está acabando el tiempo. Necesitamos a los niños —sonrió incrédulo—. Yo que creía que Odín y las *nornas* no participaban en esta guerra y ahora resulta que han añadido una variante que ha alterado nuestro destino.

—No sólo el nuestro. —Lillian se cruzó de piernas y apoyó la cabeza en el respaldo del inmenso sillón orejero—. Es la Cazadora, mi opuesta.

—Lo sé querida, tú también estás en serio peligro —sonrió sin ápice de ternura.

—¿Y tú no? —levantó las cejas rubias y finas—. ¿Sabes lo que supone que el *noaiti,* el Señor de los animales, haya encontrado a la Cazadora? Es una simbiosis perfecta. Si llegan a encajar de alguna manera, nos podemos dar por muertos.

—Entonces tendremos que acelerar el proceso —contestó Strike yendo al mini bar del salón. Se sirvió un whisky para él y otro para ella—. Loki nos encomendó la misión de secuestrar a los mocosos y acabar con tu hijito. La Cazadora es una sorpresa, pero acabaremos con ella también. Sólo necesitamos aprovechar la oportunidad perfecta. Hace mes y medio, Samael y Mikhail fracasaron en su intento de secuestrar a todos los niños de los clanes de la Black Country, pero Loki sólo quiere a los gemelos... Newscientists tiene suficientes críos con los que investigar, pero nosotros sabemos lo importantes que son tus nietecitos. No podemos volver a fallar. Y no podemos permitir que Adam y esa chica se conecten, o lo van a joder todo de nuevo. Para que el *Ragnarök* llegue necesitamos aniquilar algunas variantes que puedan hacer la ecuación diferente. Hay que matarlos, querida. La Cazadora y el chamán tienen que desaparecer, y así los pequeños quedarán desprotegidos. Debemos invocar la oportunidad perfecta.

Se acercó al sillón y le ofreció la copa a Lillian. Ella la aceptó y sonrió.

—¿En qué piensas, bruja? —La miró por encima de su copa—. No te veo nada preocupada.

Cuando los ojos negros de Lillian reflejaban tanta oscuridad era porque su cerebro maquinaba algo.

—Sé cómo conseguir que llegue esa oportunidad perfecta. —Bebió un sorbo de whisky—. Si Odín y las *nornas* creen que con sus sorpresitas van a pararnos los pies, es que están locos. Haré un par de llamadas.

CAPÍTULO 16

Adam se acercó al sofá del salón donde Ruth yacía dormida. Después de ver cómo las almas pasaban por su lado y desaparecían por el portal de luz, Ruth cayó desmayada en redondo al suelo. Llevaba dormida desde entonces.

No dejaba de contemplarla. Sus labios sonreían mientras dormía, y el arco elegante de sus cejas era un imán para sus dedos. Las había repasado ya unas cien veces. Las pestañas caobas le rozaban los pómulos sonrosados. Era adorable y era también un tetris difícil de encajar en su vida.

Su padre lo había educado en contra del amor, de la debilidad. No era que estuviera enamorado de ella, ¿verdad? Era que le inspiraba sentimientos que no sabía ni etiquetar ni tener bajo control. Y él necesitaba el orden y el control, ya no sólo por él mismo, sino por Liam y Nora.

Le acercó el tazón de té verde y menta a la nariz y dejó que el vapor le llenara los orificios nasales. Ruth hizo un movimiento con ella que incluso la propia Samantha de *Embrujada* envidiaría.

—Mmmm... qué bien hueles, Adam —ronroneó todavía con los ojos cerrados.

Él sintió que le quemaba la piel al oír el ronco gemido que había emitido al oler el té. Sonrió al suponer que Ruth olía la menta en él. ¿Sabría que para él ella olía a melocotón?

Menta y melocotón. Muy diferentes. No encajarían nunca.

—Despierta, dormilona. —Le retiró el pelo de la cara.

Ruth buscó la caricia levantando el rostro pero recuperó la conciencia a tiempo de ver lo que hacía. Tenía un tazón blanco con té delante de sus ojos, detalle insignificante comparado con el hecho de que los dedos de Adam le colocaban un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Buenas... noches —lo saludó ella aturdida—. ¿Y los niños? Adam podía imaginarse a Ruth desperezándose cada mañana así entre sus brazos. Pero eso no podía ser.

—Durmiendo. Han tenido un día muy largo. Necesitan descansar.

—¿Los oiremos si se despiertan?

—Yo lo oigo todo. —Sonrió señalándose la oreja—. ¿Sabes que he tenido que convencerlos de que el coche que había en la entrada de casa no era de ellos?

—¿Qué coche? ¿Mi coche?

—Sí, ese llavero que tomas por coche. Se creían que era para ellos, como es tan pequeño...

—Pobrecitos —murmuró divertida.

Se lo quedó mirando fijamente. El señor de los animales. Su Señor. Por el amor de Dios, quería que la besara, ahí mismo. Cuando hablaba de Liam y Nora, los rasgos severos de Adam se suavizaban y su mirada se llenaba de cariño. Ese hombre la cautivaba. La dejó en *shock* la primera vez que se vieron y él la protegió, pero ahora que podía estar más tiempo con él y que podían hablar, conversar como adultos en vez de tirarse los cuchillos y los platos a la cabeza, ya no se trataba de sentirse cautivada. Se trataba de que se le estaba colando bajo la piel, que se le metía en su sangre y que hacía que su corazón bombeara revolucionado cuando él la miraba. Y sólo llevaban dos días juntos. Sabía lo que pasaría si pasara más tiempo con Adam. Que acabaría enamorándose perdida e irrevocablemente de él. Era tan distinto a ella, ella era un Ying y él era un Yang. Un blanco y un negro. ¿Era eso malo? Necesitaba estar con él de nuevo. Necesitaba sentirlo encima de ella, que la acariciara y la calmara como la noche anterior. Pero ahora no había afrodisíaco y aunque las ganas de tocarlo estaban ahí, no se sentía lo suficientemente valiente. Había un trato entre ellos, pero esperaba que Adam diera el primer paso y esta vez no iba a obligarlo a nada. Se acostarían de nuevo, pero Adam tendría que seducirla porque ella se sentía torpe e insegura con un ejemplar de hombre como ése. ¿Qué haría él? ¿Se atrevería? ¿Tomaría la iniciativa?

—Te has vuelto a rapar el pelo —observó desviando la vista a su cabeza.

Adam se pasó la mano por ella.

—Sí. No... no me gusta llevar el pelo largo. Es más cómodo llevarlo así.

—Ah, claro. —Con sonrojo, miró alrededor desorientada—. ¿Me desmayé, verdad? En el bosque.

Él asintió e hizo una mueca divertida con los labios.

—Sip.

—¿Caí bien o fue realmente dramático? —Se incorporó y tomó la taza.

—Estuvo bien —sonrió y se rascó la nuca—. Sobre todo cuando una de las zapatillas que llevabas salió volando al caerte desplomada hacia atrás.

—Qué poca clase, ¿no? —Tomó un sorbo de té y dejó que el líquido caliente y renovador le quemara la garganta—. Está buenísimo.

Adam era incapaz de dejar de mirarla. Ella sí que estaba buenísima, era realmente magnética para él.

—¿Te apetece comer? Puedo preparar una ensalada...

—¿Tú cómo estás? —preguntó preocupada—. Hoy has visto a tu hermana después de...

—Siete años.

—Es mucho tiempo. Siento muchísimo lo que pasó. —Se sentó sobre sus talones y dejó la taza de té sobre la mesita de madera. A Adam le iba a dar un infarto cuando viera la marca que iba a dejar.

—¿Qué sientes? —se extrañó.

—Lo que os hizo tu madre. Lo que hizo tu padre contigo. La muerte de Sonja. Lo que quieren hacer Strike y Lillian... siento que tuvieras que presenciar y sufrir todo eso. Siento que vivieras esas cosas, Adam. Nunca lo hubiera imaginado.

Él también lo sentía. ¿Era auténtica preocupación lo que veía en los ojos de Ruth?

—Quiero que sepas que puedes hablar de ello conmigo siempre que quieras. Lo digo en serio. —Ruth le entregó su amistad a ciegas. Miró de reojo la taza que había dejado sobre la mesa, Adam siguió su mirada y le palpitó un músculo en la barbilla.

Hizo una prueba mental. ¿Cuánto tardaría Adam en levantarse e ir a por un posavasos? Ni medio minuto. Se fue a la cocina corriendo.

Ruth dejó caer la manta al suelo y fue tras él, descalza. Adam no perdía detalle de nada.

Aquella chica era una desordenada, una despreocupada de su salud. Abrió un cajón y agarró un posavasos.

—¡Lo sabía! —exclamó ella señalándolo con una sonrisa—. Eres un maniático obsesivo de la limpieza y el orden.

Él pasó por su lado, puso los ojos en blanco y dejó el posavasos en la mesita para colocar el tazón sobre él.

—No lo has podido evitar, ¿eh? ¿Te gusta ponerme a prueba? Ella lo dejó por imposible y empezó a rebuscar comida en la cocina.

—Seguro que te iba a dar una apoplejía cuando has visto que dejaba la taza ahí. Eres tan controlador... —Abrió la nevera doble y sacó una lechuga, un par de tomates, un aguacate y queso parmesano—. Tienes toda tu casa en un orden tan estricto y lineal que sorprende que en ella vivan niños. ¿Por qué no te relajas un poco?

—Liam y Nora tienen su propio espacio para jugar. Les construí un parque en el bosque, sólo para ellos —dijo con orgullo—. No tienen por qué jugar como salvajes dentro de casa y dejarlo todo perdido. Y respecto a lo otro... no. No me puedo relajar. Tenemos muchos problemas, ¿sabes? —la miró por encima del hombro y se quedó de piedra al verla moviéndose con tanta gracia por su casa. Abriendo los cajones con independencia, buscando y encontrando todo lo que necesitaba.

Frunciendo las cejas si veía algo que estaba ordenado por colores, o sonriendo si leía las etiquetas de los botes de conserva de cristal. Fue hacia ella y le dejó las zapatillas al lado—. Cálzate, podrías constiparte.

Ruth miró sus pies y movió los dedos.

—No eres inmortal todavía —le aclaró él, mientras cogía un paquete de nueces, una manzana y soja natural. Ruth movía los dedos con agilidad y él sintió una oleada de cariño hacia ella. Con aquel pelo, el rostro sonrosado por el sueño y los diminutos pies moviéndose despreocupados, parecía una niña pequeña—. Puedes enfermar. Te quedan cinco días para ser inmortal, ¿no?

—¿Llevas la cuenta? Qué tierno...

Ruth se sentó sobre la mesa de la cocina y se apoyó sobre los codos.

—Pónmelas, esclavito —le ordenó coqueta levantando un pie—. No tardó ni dos segundos en calzarla de manera mecánica e impersonal.

Se deshinchó un poco. Adam lanzaba mensajes contradictorios y quería ponerle un poco nervioso. Le había dicho que tenía muchos problemas y que no se podía relajar. Ella tenía un problema enorme y muy ordenado también.

—Ahora no seas bebé y bájate del islote de mi cocina. —Le quemaban las manos por agarrarla de la cintura y hacerla descender poco a poco rozando su cuerpo—. No es higiénico.

—¿Quién eres tú? ¿La Kely?

—¿Kely? —repitió sin comprender.

—La-ke-limpia, tonto. —Y se echó a reír como una descosida mirándolo incrédula ante la poca reacción de ese hombre—. Adam, los humoristas están en paro desde que llegaste a esta ciudad, ¿verdad?

Estaba hipnotizado. No era seriedad, era sorpresa. Ruth era una máquina de bromear y sonreír y él hacía tiempo que no recordaba cómo hacerlo. Sólo sus sobrinos conseguían sacarle una sonrisa auténtica, pero aun así no lo hacía con asiduidad.

Ruth puso los ojos en blanco.

—Mira, es fácil. —Colocó sus dedos en las comisuras de los labios de él y los estiró hacia arriba, creando una curva ascendente un poco amorfa. Adam no sabía qué hacer. Cómo moverse. Cómo replicar.

Ruth lo estudió con un gesto de aceptación y dulzura.

—Ya sé por qué no sonríes —aseguró ella negando con la cabeza—. Eres muy feo cuando lo haces.

¿Feo? ¿Qué él era feo? Eso sí que no se lo esperaba. Y entonces sonrió. Sonrió de verdad, completamente relajado. Pero se ocupó de que Ruth no lo viera.

La chica, resignada, se colocó al lado del berserker para preparar la ensalada.

—¿Liam y Nora no cenan antes de irse a la cama? —lavó y peló los tomates.

Adam miraba extrañado lo que hacía Ruth. Ni a Liam ni a Nora le gustaba la piel de los tomates y él siempre tenía que pelarlos para las ensaladas. Ella hacía lo mismo. Sonrió secretamente, otra vez.

—Venían dormidos en el coche y ya no les he querido despertar. Pero por supuesto, cenan todas las noches. ¿Crees que no los alimento?

—Imposible. —Bufó ella cortando la lechuga con habilidad y rapidez—. Con lo estricto que eres veo poco probable que os saltéis una comida.

—No soy estricto. Soy responsable —se defendió pasándole el rallador para el queso parmesano.

—Gracias. —Tomó el rallador y procedió a pasar el queso por él—. Es verdad. —Lo miró y enseguida apartó los ojos—. Eres responsable, y no doy cumplidos gratuitos nunca, Adam. Creo... creo que has hecho un trabajo increíble con ellos. Sonja está muy orgullosa de ti.

Palabras mágicas. Ruth decía palabras mágicas y sanadoras para sus oídos y cada vez se sentía mejor con ella.

—Lo que tú has hecho hoy en el bosque sí que ha sido memorable.

—¿Desmayarme? —se echó a reír.

—Eso también, pero sobre todo llevar a las almas a casa. Permitir que mis sobrinos vean a Sonja, permitírmelo a mí... —Se aclaró la garganta.

—De nada, chamán. —Sabía que él no le iba a dar las gracias, pero sonrió agradecida por aquel reconocimiento lleno de admiración—. No ha tenido que ser fácil criar a Liam y a Nora—supuso.

—No lo ha sido, y sin embargo, ellos dan sentido a mi vida. No podría vivir sin ellos —se sinceró, sorprendido de que con ella se le fuera la lengua de esa manera.

Ruth lo miró y sus ojos brillaron de adoración. Peló y cortó los aguacates en rodajitas y Adam salteó las nueces y la soja en la ensalada. Se compenetraban y no les pasaba inadvertido a ninguno de los dos.

—Eres vegetariana.

—No estricta. —Salpimentó la ensalada y la mezcló con las cucharas—. A veces como poll...

—No seas grosera —le advirtió levantándole el dedo.

Ruth frunció el cejo. ¿De qué estaba hablando? Abrió la boca horrorizada cuando supo a qué se refería Adam.

—¡Eres un pervertido! Iba a decir pollo.

Adam sonrió. Estaba bromeando con ella. ¡Aleluya!

—¿Me estás tomando el pelo? —Ruth se rio también y continuó mezclando la ensalada—. El pollo tiene muchas proteínas y muy pocas grasas.

—Claro, claro... Eres fácil de provocar, Cazadora.

—Seguro —susurró ella sintiendo el calor corporal del berserker—. ¿Tienes...? —Se aclaró la garganta. Estaba emocionada por la camaradería que había entre ellos. Si se trabajara con mimo, seguro que algún día podría llegar a más. Algún día como, por ejemplo, ya mismo. Eso era lo que ella anhelaba—. ¿Tienes módena caramelizada?

Él le guiñó un ojo, todo chulesco, y Ruth se tuvo que agarrar a la isleta central de la cocina para no caerse desmayada, ahí en medio, como una *groupie* medio loca.

—En mi casa, sólo lo mejor. —Meneó el botecito de líquido oscuro.

—¿Dónde la consigues? —preguntó asombrada.

—Cerca de Picadilly hay un colmado de alimentación mediterránea. Voy mucho por allí. No es fácil comprar buena comida en Londres. ¿Quieres vino? Tengo Chardonnay.

—Claro, ¿por qué no? Hoy estamos de celebración —exclamó ella.

—¿Celebración? Explícamelo.—Tomó dos copas de cristal azulado—. Siéntate.

Ruth se sentó y Adam sorprendentemente también se sentó a su lado. Muy, muy cerca de ella. Madre mía, él era tan grande que se sentía rodeada por él. Observó que sólo había cogido un tenedor.

—¿Tú no vas a cenar?

Adam se extrañó al comprobar que sólo había cogido un cubierto. Su instinto quería alimentar a Ruth y que comieran los dos del mismo plato. Como las auténticas parejas.

—Comeremos los dos de aquí —contestó encogiéndose de hombros. No podía darle tanta importancia a ese gesto que tenía con ella. Pinchó un poco de todo de la ensalada y se la ofreció. Sus ojos brillaban de diversión y también de expectación por ver cómo reaccionaba ella.

Ruth abrió la boca sin dejar de mirarlo y se metió el tenedor, saboreando con placer los distintos matices de lo que estaba masticando. Él ronroneó de gusto y a ella se le erizó el vello de todo el cuerpo. Aquello era un coqueteo en toda regla y si no que bajara Dios y lo viera.

—Loki se hace más fuerte. Strike y mi madre han aparecido en escena. Ayer estuvieron a punto de matarme y de raptar a mis sobrinos. Ellos están en peligro, ¿te das cuenta de eso? Julius ha explotado y Sonja no puede regresar a casa porque Akon está encerrado en algún lugar con un montón de almas perdidas. Se acerca el *Ragnarök* y el fin del mundo. Explícamelo, ¿por qué estás de celebración, Ruth? —Era una de las cosas que no le gustaba de ella. Su incapacidad para asumir las situaciones y actuar de una manera responsable con ellas—. ¿Por qué no estás asustada? No te entiendo.

No le gustó el tono frío y acusador de su pregunta. Tenía muchas cosas que celebrar pero él no lo veía así.

—Seguimos vivos, ¿no? —lo encaró.

—Creo que no eres consciente de lo que pasa —aseguró lamentando ese hecho—. Es el único modo de entender tu actitud tan despreocupada.

—¿Despreocupada, dices? —Alzó las cejas y se secó la boca con la servilleta de papel—. Te daré varias razones que hacen que esté contenta. Por orden: no estoy loca, soy la Cazadora. Ayer te ibas a morir y yo te salvé. Ayer se iban a llevar a tus sobrinos y yo me los llevé antes. Hoy has visto a tu hermana y has podido tocarla y hablar con ella y además te ha dicho que si llevamos con nosotros el *Eohl* la oscuridad del *seidr* no podrá tocarnos. Liam y Nora también se han encontrado con su madre y ha sido emocionante. Sabemos lo que está pasando y tenemos una oportunidad para solucionar las cosas, para afrontarlas; es el poder que nos da el conocimiento. He guiado a un montón de almas que necesitaban descansar a ese lugar llamado hogar. Y lo he hecho solita, ¿sabes? —Golpeó con el dedo índice en su musculoso pecho y sus ojos brillaron furiosos—. Y tú, gruñón estirado aguafiestas, no me vas a estropear este momento ni vas a hacerme sentir mal por saber que voy a dormir bien y a gusto conmigo misma por primera vez en mi vida.

Increíble. Adam estaba tan excitado y tan asombrado que podría aporrear clavos si se lo propusiera. Ruth le había girado la tortilla y lo había dejado sin argumentos. Y además, había visto en sus ojos aquel fogonazo de ira y fuego ambarino que despedían cuando alguien la llevaba contra las cuerdas. Y ahora sentía unas ganas enormes de avivar las llamas en ellos.

Ruth le quitó el tenedor de la mano.

—Ve a por el tuyo —dijo enfurecida.

Se arrepintió de haber roto la tregua que habían hecho. Resignado, fue a por otro cubierto.

—Y sí estoy asustada, Adam —susurró débilmente con la cabeza agachada, jugueteando con la comida.

Quiso abrazarla en ese preciso momento. Pero se quedó paralizado, no controlaría lo que podía pasar después si entraba en contacto con el suave cuerpo de aquella mujer.

—Pero llevo viviendo con miedo toda mi vida y ya se acabó. —Alzó la barbilla con dignidad—. Si me quieren coger, si me quieren asustar o herir, que me atrapen si pueden. Pero no me voy a esconder ni voy a rechazar quién soy. No me importará morir hoy o mañana si es luchando por una causa mayor. Tú confundes mi aceptación con indiferencia ante todo lo que me rodea y sucede —y aunque le dolía aceptar eso, ya se había hecho a la idea—. Estás equivocado, chamán.

Comieron en silencio.

¿Por qué había tenido tanto miedo Ruth? ¿Qué le habían hecho?

¿Estaba él equivocado? La chica le había dado una respuesta que era incapaz de replicar. ¿Lo estaba mezclando todo? ¿Tenía prejuicios porque confundía la alegría de Ruth con el desinterés y la fiesta eterna?

—Ya he acabado. —Se levantó, dispuesta a recoger la cocina y dejarlo a él solo, comiendo y tragándose todas sus acusaciones a ver si le sentaban tan mal como a ella.

Adam miró su plato. No comía nada. Comía como un pajarillo. La agarró de la muñeca y la detuvo.

—Ni siquiera has...

—Ya no tengo apetito. —Intentó soltarse de su amarre. No sólo estaba enfadada, si no que se sentía avergonzada por el modo que tenía Adam de juzgarla—. Suéltame.

La soltó inmediatamente y él recordó que llevaba el collar. Ruth no se aprovechaba de ello y muy pocas veces tenía que hacer algo que realmente no quisiera. En realidad sentía que no llevaba ninguna cruz al cuello.

—Discúlpame, por favor —su voz sonó ronca—. Gracias por la cena. Estoy cansada y sólo necesito...

La cocina dio vueltas a su alrededor. Una mano la agarró de la nuca y otra le acarició en la mejilla. Sintió algo frío en la espalda y se dio cuenta de que estaba aprisionada contra la nevera.

Adam y sus ojos de rubíes la sostenían, la inmovilizaban y le miraban la boca como si no hubiera nada más en el mundo.

—Perdóname tú, Ruth. —Acercó sus labios a los de ella y la besó con una intensidad que los hizo arder a ambos.

Los berserkers eran seres de instintos salvajes, de impulsos eléctricos y siempre, siempre, aceptaban desafíos. Pero aquello no tenía nada que ver con su naturaleza. Ver a Ruth alejarse de él, sabiendo que había sido el culpable de su distanciamiento, lo medio enloqueció. Ruth le había dado una lección.

CAPÍTULO 17

Estaba en el cielo y en el infierno, si se podía estar en los dos lados a la vez. Adam acopló su boca a la suya y la obligó con una dulce insistencia a aceptar su beso. Le estaba haciendo el amor con labios, lengua y dientes y ella no sabía si sus pies tocaban el suelo porque creía flotar. Un beso de verdad debería ser siempre así, como una droga.

Él estaba enfadado, pero no con ella, si no con él mismo. Estaba tan aturdido o más que Ruth por las sensaciones que despertaban el uno en el otro. Quiso gritar de alegría y de miedo al ver que su cuerpo entraba en combustión y que una extraña energía pasaba entre ellos y los hacía elevarse. Una energía conectora. No imaginaba que pudiera excitarse de esa manera con un beso de aquella chica.

Él también conocía la leyenda del Señor de los animales y la Cazadora. No se lo diría a Ruth, por supuesto. Adam no creía en ellos. Sólo creía en lo empírico, en lo probable. Y Margött era el clavo seguro al que amarrarse, no esa chica que reducía su estado emocional y su raciocinio hasta esos niveles en los que apenas se reconocía, ya no sabía ni quién era. Pero, por Odín, cómo besaba esa mujer.

Ruth gimió y le devolvió el beso con la misma necesidad. Se agarró a sus hombros y se puso de puntillas para acoplarse mejor a su cuerpo. Metió la lengua en su boca y acarició la suya. Eso es lo que ella necesitaba. Lo que quería y deseaba. Que él la hiciera arder, que hirviera su sangre y le mostrara lo mucho que la necesitaba. De un modo o de otro, la necesitaba. Y no se podían negar eso. Era lo más auténtico entre ellos. Lo real, aunque no se pudiera palpar. Sólo sentir.

La aplastó más contra la nevera, le deslizó las manos por la espalda y amasó sus nalgas hasta agarrarla y levantarla. Rozó repetidas veces su lengua con la de ella. Así cogida se la llevó al sofá y él se sentó, dejándola a horcajadas sobre su pelvis, encima suyo. La luz que había en el salón provenía del resplandor de la cocina, creando un ambiente cobijado e íntimo.

Sin dejar de besarse, Ruth le acarició la nuca y la cabeza, profundizando el beso. Querían comerse el uno al otro y no eran conscientes de ese deseo primitivo. Su pelo rapado le hacía cosquillas en las palmas. Le daba placer tocarlo. Asustada por el calor que recorría su cuerpo, se apartó, sólo para comprobar que Adam tenía los ojos rojos todavía más claros que antes y los incisivos superiores desarrollados.

—¿Estás asustada ahora? —preguntó él inclinándose y pasándole la lengua por los labios.

Ella tenía las pupilas dilatadas, un cerco amarillo las rodeaba, y le había vuelto el colorete natural de la excitación. Pegó sus pechos al torso de él y le rodeó el cuello con los brazos. Negó con la cabeza. Deseaba aquello. Necesitaba todo lo que Adam pudiera ofrecerle.

—No. En esto sí que soy una inconsciente. No me das miedo. —Le soltó el pañuelo del cuello y lo hizo como si le estuviera desnudando—. No te he ordenado que me besaras. ¿Por qué lo has hecho, Adam? —preguntó acariciándole los labios con los dedos y resiguiendo su garganta para luego rozar el *hallsbänd.*

—Ni idea, Cazadora —reconoció sorprendido—. No sé por qué te he besado. No lo puedo controlar. Llevo todo el día pensando en hacerlo y es frustrante tener tanto control. Me... me atraes.

Los ojos de Ruth brillaron de alegría al escuchar esas palabras. El rostro de Adam reflejaba su confusión pero también un deseo descarnado por ella, sólo por ella.

—¿Lo estás haciendo por lo que te he dicho esta mañana sobre nuestro trato?

—Lo hago porque quiero. Pero el trato también está presente —dijo él sincero, para no sentirse tan desnudo ante ella. Pasaba del trato, él quería eso y punto, pero no se lo diría.

Ruth asintió inhalando el aire, concentrada y meditando sus palabras. El trato estaba ahí, pero aquello había sido iniciativa suya. Eso estaba bien. Era esperanzador.

—Si no quieres que siga —continuó él tragando saliva—, ya sabes lo que tienes que hacer.

Ordéname que pare y me detendré. Pero si sigues adelante, si ahora mismo dices que sí, entonces eres mía. Esta noche no te vas a escapar. Tenemos que acabar con esta tensión lo antes posible o no nos la quitaremos de encima —aseguró acariciándole las nalgas y gimiendo—. Y yo necesito paz mental. Lo de ayer no me sirvió de nada. Fue un aperitivo y yo quiero el menú completo.

Ruth agradeció la sinceridad del berserker. No la había engañado, no le regalaba los oídos, decía lo que había y punto. No la besaba porque la respetara ni su corazón le obligara a ello. Era deseo, instinto incontrolable.

¿Tendría suficiente con eso? Nunca. Pero por ahora, era un paso. Además, ella necesitaba experimentar lo que era hacer el amor con él. Lo necesitaba como el aire para respirar, para seguir viva.

—No quiero que pares —susurró en su boca.

Adam gruñó y enredó los dedos en sus suaves ondulaciones caoba, echándole la cabeza hacia atrás para conseguir mejor accesibilidad a su cuello y a su boca.

—Deberías tener miedo, *katt.* Deberías tener miedo de mí. —Le pasó la lengua por el cuello y le dio un mordisco dulce y suave, con la presión suficiente como para notar que a Ruth se le habían puesto los pezones de punta—. ¿Crees que el collar te lo va a hacer más fácil? Nunca he estado con alguien como tú. Eres muy pequeña.

Ruth sonrió. Ella no era la primera pero esperaba ser la última para él. Iba a conquistar el corazón de Adam e iba a hacer que olvidara cualquier pensamiento de enlazarse o emparejarse con esa tal Margött. Era la Cazadora y él su Señor de los animales. Se lo iba a demostrar. Podían encajar.

—No puedo ser muy diferente del resto, ¿no? Ni tampoco puedo ser distinta a una berserker —aguantó la respiración cuando sintió las palmas de sus manos por debajo del sostén, amasando y pellizcando sus pezones.

—Ayer estaba todo en su sitio —se rio él. Movió la pelvis y eso hizo que Ruth se impulsara más hacia arriba—. Veamos si hoy sigue todo igual.

Adam deslizó las manos hasta la costura de la camiseta y se la sacó por la cabeza. Se le secó la boca. Ruth tenía un sostén negro con topos rosas con cierre frontal. Se pasó la lengua por los colmillos.

—Arriba. —Le palmeó el culo.

Ella se colocó de pie entre sus piernas. Adam hundió el rostro en su estómago y mordió el diamante de su ombligo.

—Poco a poco... —murmuró él recordando que ella era más frágil.

—¿Qué dices?

—Esto me vuelve loco —admitió, metiéndole la lengua y tirando del diamante—. Es muy sexy. —Llevó las manos a la cinturilla del pantalón, desabrochó el botón, le bajó la cremallera y lo deslizó por aquellas piernas largas y esbeltas. Llevaba las braguitas a conjunto con el sostén. Ruth dejó las zapatillas a un lado. Lo miraba fijamente. Ella también tenía hambre, pensó orgulloso. Llevó las manos a sus pechos y le desabrochó el sostén. Las copas de color nata de Ruth se liberaron y él estuvo a punto de aullar cuando vio que los pezones rosados apuntaban erectos hacia él—. Eres... eres muy hermosa, Ruth.

Ella se sonrojó, pero no apartó la mirada.

—No tengo experiencia, Adam —reconoció finalmente—. Yo... yo sólo lo he hecho dos veces y llevo cinco años intentando olvidarlas. Yo... —se quedó a medias cuando Adam se abalanzó sobre sus pechos para comérselos literalmente. Ruth sintió que le ardía el sexo, y que cada lametazo de Adam, cada succión, cada leve mordisco la lanzaba a la búsqueda de la liberación. Le rodeó la cabeza y lo animó a que mamara todo lo que le diera la gana—. No sé... ay, Dios... muy bien cómo se hace esto.

—Ya lo sé —asintió él metiéndose un pezón en la boca y pellizcando el otro con los dedos—. Me gusta eso, Ruth. Me gusta que no sepas nada sobre buen sexo y que sea yo quien te lo enseñe. —Alzó los ojos rojos hacia ella y apoyó la barbilla en el valle de sus senos. La abrazó por la cintura y le metió las manos dentro de las braguitas para acariciarle los globos de sus nalgas. Luego colgó los pulgares en las costuras y se las bajó por completo. Ya la tenía desnuda delante de él y se apartó un poco para contemplarla—. No sé por dónde empezar —susurró maravillado.

Ruth tragó saliva.

—Lo digo en serio, Adam. Me parece que no sé hacerlo bien. No se me da bien esto...

—Tonterías. Eres jodidamente perfecta. Yo te enseñaré. —Se apartó de ella y se acomodó en el respaldo del sofá–. Ven a por mí, preciosa. Dime qué quieres.

Y de repente, sus dudas, sus inseguridades sobre el sexo, desaparecieron. Se armó de valor. Subió al regazo de Adam y se sentó a horcajadas sobre su miembro. Si él no sabía por dónde empezar, a ella le sucedía lo mismo. Adam era un hombre tan grande.

—¿Por qué te gusta que yo no sepa mucho de esto? —preguntó deslizando un dedo por su barbilla masculina.

—No lo sé —reconoció él admirando sus pechos—. Todo lo que tiene que ver contigo es raro y confuso. Pero me fío de mi cuerpo. Mi cuerpo está como loco de aleccionarte. Quiere estar dentro del tuyo, muy adentro, ahora —bajó el tono.

Ruth tembló sobre su regazo. Oh, qué bien. Su cuerpo no era el único que quería esas cosas.

—Quítate la camiseta —ordenó ella con voz ronca.

En un segundo, Adam estaba con su impresionante pecho al descubierto. Ruth deslizó las manos por encima de él, por su fascinante tatuaje de dragón. Le gustaba mucho. Resiguió los ojos y las escamas verdes, las garras y la lengua de fuego. Lo acarició con fascinación. La noche anterior no lo había hecho.

Adam cerró los ojos y dejó que lo tocara a sus anchas.

—¿Te gusta? —esperaba que ella dijera que sí. El dragón era grande y se había convertido en una parte de él.

—Me gusta mucho, Adam —contestó ella apreciando los diferentes colores del animal—. Brilla por la noche.

—Sí, es fosforescente.

—¿Por qué un dragón? ¿Significa algo para ti?

—Se llama *Nidhug.* El dragón simboliza la lucha y el orden. Un juez y un guardián en otras culturas. Los antiguos vikingos adornaban las proas de sus barcos con dragones porque se creía que así alejarían a los espíritus malvados. Sin embargo, es un símbolo dual. También es un ser del inframundo que bebe del *Yggdrasil.*

—El fresno sagrado que extiende sus raíces a través de los nueve mundos. —Lo volvió a acariciar, fascinada por su piel dorada, por aquella dureza disfrazada de suavidad.

—Has estudiado —reconoció él complacido.

—¿Cómo no hacerlo? Vivo prácticamente con vosotros, tengo que saber quiénes sois. Además, Gabriel es experto en mitología nórdica, él nos ha explicado muchas cosas. —Volvió a acariciar la lengua del dragón que rozaba el pezón izquierdo de Adam—. Si es un símbolo del mal, ¿por qué lo llevas?

—Porque quiero recordar contra quién lucho. Quiero recordar contra quién llevo siglos peleando. Cuando tienes la eternidad por delante, a veces puedes olvidar por qué razón estás aquí. —Puso su mano sobre la de Ruth y la deslizó hasta sus abdominales—. Más abajo, *katt.* —Levantó su pelvis de nuevo y eso hizo que los pechos de la joven bailaran de un lado al otro. No eran grandes, pero eran

perfectos.

Ruth, que se sentía atrevida, bajó la cinturilla de sus pantalones hasta que vio el nido de rizos negros de Adam, y continuó tirando de él hasta que aquella inmensa vara salió disparada hacia el ombligo, sobrepasándolo.

—Acaríciame. —Adam estiró los brazos y los apoyó en el respaldo del sofá—. Hazme lo que tú quieras. No quiero que tengas miedo de mí.

—No lo tengo. —Era verdad. Nunca se había sentido tan segura de su propia sexualidad y sensualidad. Llevó la mano al pene de Adam y se quedó alucinada al comprobar que no podía abarcarlo por completo. Era grueso y muy grande—. No voy a poder contigo, Adam —susurró preocupada—. Ayer no pude.

—Yo sí que voy a poder contigo, Ruth. —Le cogió la mano y le indicó cómo tenía que acariciarlo. De arriba abajo, presionando un poco en la punta y luego deslizando la mano de nuevo hasta la base.

—¿Te gusta así? —preguntó insegura, hipnotizada por el movimiento.

—Ggrrrrrr... —gruñó él en éxtasis.

Ruth sonrió y se envalentonó prodigándole caricias cada vez más descaradas.

Adam tenía los labios entreabiertos, los blancos colmillos asomaban de entre el labio superior, y sus ojos eran dos rendijas rojas que no dejaban de observarla y controlarla. Porque no se engañaba. Adam podía estar en una posición sumisa ahora, pero era él quién mandaba en todo momento. Lo apretó más fuerte y lo acarició con brío hasta que lo oyó gemir.

—No has tocado así a nadie, ¿verdad? —preguntó él con un brillo de posesión en la mirada.

Ruth se envaró.

—No. ¿Lo estoy haciendo mal?

—Diablos, no —gruñó de nuevo—. Me podría correr por la expresión de tu cara, Ruth. Por cómo miras lo que me estás haciendo. ¿Ves el placer que me estás dando?

Ella tragó saliva. Se estaba humedeciendo. Estaba ardiendo. —Adam...

—Chist. —Se incorporó un poco y se quitó los pantalones—. Tú mandas, Ruth.

—¿Podríamos hacer... hacerlo así?

—¿Así cómo? —preguntó aguantándose la risa.

—Tocándonos.

—Quiero algo más que tocarte, Ruth. —Y era muy cierto. Quería algo más. —Ayer ya me torturaste. —Quería sentirla a su alrededor, abrazada a él, estallando en mil pedazos y saber que luego podría calmarla y mimarla, y seducirla de nuevo. Le echó el pelo hacia atrás y expuso los pechos a su escrutinio. Ya tenía marquitas de las succiones de su boca. Sintió unas ganas primitivas de dejar su marca ahí, lo que le hizo pensar en el mordisco de la nalga. Llevó las manos a su trasero y la acarició suavemente. Fue recompensado con un gemido de placer—. ¿Todavía te escuece? —preguntó ligeramente arrepentido.

—Fuiste un bruto —le recriminó ella—. Pero no me duele, sólo a veces, bueno... siento que me están acariciando ahí.

Adam apoyó la frente en el hueco entre el hombro y el cuello de Ruth. Cada vez que él pensara en ella, si era una auténtica marca de dominación, ella sentiría su caricia ahí. Cuando la mordió no quería imprimir su marca en ella, simplemente quería devolver el mordisco. Pero ahora ya estaba hecho y de nada servía lamentarse.

—Te marqué un poco. Te marqué sin querer.

—¿A qué te refieres con marcar? —le acarició la nuca, cerrando los ojos ante la caricia de sus manos.

—Imprimí mi marca en ti. No controlé mi instinto. No imprimí mi marca lo suficiente como para que otros sepan que estás realmente marcada, pero sí lo bastante fuerte como para que los berserkers sepan que hueles a mí. Lo suficiente como para que cuando pienses en mí, o yo piense en ti, sientas mi toque en ella.

Ruth se incorporó y se acarició la señal de la nalga. Era rojiza y un poco grande, pero no había morado alguno. Ya no.

Así que la había marcado ‹‹inconscientemente››. Eso no se lo tragaba. —Juegas sucio, chamán —murmuró sin dejarlo de tocar—. ¿Así que me marcas sin mi permiso?

Adam sabía que no estaba enfadada. Lo olía. Ruth sentía curiosidad por el verdadero móvil que había hecho que la mordiera. Ella no creía sólo en el instinto. Confiaba en que hubiera algo más y eso era peligroso. Tenía que desviarla de esos pensamientos o alguien saldría herido, y de paso, él mismo tendría que convencerse de ello.

—No pienses lo que no es, Cazadora. Se me fue la mano.

—Se te fue la boca —puntualizó ella acercándose a él de nuevo y besándole en los labios—. Pero ya no estoy enfadada. Y no pienso nada. Lo hecho, hecho está.

Y encima era sincera. No iba a ocultarle nada. Debería sentirse mal por estar así con ella sabiendo que en algún momento escogería a otra mujer. Otra mujer con la que hacer lo que iba a hacer con Ruth.

—Escucha, Adam. —Captó todo lo que él sentía y no quiso presionarlo. Adam iba de frente con ella, se merecía el mismo trato por su parte—. La marca se me irá. Sin obligaciones, ¿vale? Éste era mi trato. Enséñame. Tú también estás marcado por mí, injusta o justamente. Llevas el collar —asumió con tristeza—. Te ata a mí involuntariamente.

Involuntariamente. ¿De verdad iba en contra de su voluntad? Adam se sentía como el hombre más afortunado de la tierra. Podía acostarse con Ruth, sin ningún tipo de compromiso. Para muchos hombres eso sería sinónimo de noche de suerte o lotería. Pero había un código en él, algo interno y personal que le decía que aquello no era justo para ella, para ninguno de los dos. Al menos, se encargaría de darle el mejor sexo de su vida y de que ambos disfrutaran de ello. Era lo único que podía ofrecer.

—Ven aquí, Ruth —gruñó como un lobo al borde de su autocontrol—. Déjame enseñarte cómo encajamos tú y yo.

No le dejó tiempo ni para que ella contestara. La besó agarrándole la cara y acomodándola sobre su estómago. Él estaba semi estirado y se frotaba rítmicamente contra su entrepierna. Qué suave era, qué caliente estaba...

Deslizó una mano entre las piernas de Ruth hasta que acarició la lisa piel y la cremosa prueba de su deseo. La frotó dulcemente y ella se movió sobre su mano mientras no dejaba de besarlo. Poco a poco, le introdujo un dedo y lo movió de un lado al otro, de arriba abajo para moldearla. Se hizo sitio y entró hasta los nudillos. Ruth gimió y movió las caderas hacia delante y hacia atrás.

—¿Estás bien? —la miró preocupado.

Ruth cogió la mano que hurgaba en su intimidad y la mantuvo ahí apretada a ella. Midiéndola.

—Es... es bueno... —cerró los ojos y se mordió el labio.

Adam ronroneó, le acarició el clítoris con el pulgar y Ruth explotó con su dedo en su interior. Convulsión tras convulsión, aprisionaba el dedo rogando para que no saliera de ahí. Se dejó caer encima de él, impresionada por la manera tan rápida en la que alcanzaba el orgasmo con Adam.

—Muy bonito, Ruth... —Le acarició el trasero con la otra mano. Él también estaba sobrecogido—, pero acabamos de empezar. —La besó en el lateral del cuello—. Probemos algo más.

—Más... —murmuró Ruth agarrándose al respaldo del sofá. Adam introdujo un segundo dedo. No era fácil, pero los músculos de Ruth cedían a su invasión controlada.

—¿No has hecho nada en cinco años? —preguntó inclinándose sobre uno de sus pechos y besándolo mientras conseguía meterle el segundo dedo también hasta los nudillos.

Ruth se quejó un poco, pero aceptó el movimiento y el ardor que acompañaba a la fricción. Negó con la cabeza.

—¿Nada de juguetitos?

—¿Juguetitos? —abrió los ojos y lo miró divertida.

—Ya sabes —movió los dedos hacia el interior y masajeó sus paredes—. Joder, me voy a correr en nada... Esos juguetitos que utilizáis las chicas para daros placer.

—No. Sin juguetitos —sonrió ella cerrando los ojos de nuevo, cegada por el placer. Se mordió el labio y suspiró. —. ¿Eso te gusta? ¿Los juguetitos?

¿Le gustaba? Con ella le gustaría todo probablemente.

—Eres muy estrecha. Nadie me ha conseguido engañar tanto como tú, gatita. Pareces alguien muy diferente. Tu pose, tu carácter... das señales equivocadas.

—Eso es lo que tú quieres ver, Adam. —Abrió los ojos, le acarició la mejilla y lo besó. Tenía esperanzas de que después de hacer el amor ambos se mirarían de otro modo. Sabía que no debía esperar nada, pero la esperanza era lo que nunca perdía Ruth. Adam era un hombre difícil, uno que no confiaba en las mujeres y uno muy sectario que sólo daba su amor y su cariño a personas privilegiadas. ¿Podría ella estar dentro de ese grupo?—. Me miras, pero no me ves. Eres tontito.

Un beso dulce, algo para otros insignificante, pero para Adam fue como quitarle la anilla a una granada. Iba a estallar.

—Hazme el amor, *noañi* —susurró—. Quiero estar contigo. Joder, sí.

La levantó un poco, quitó los dedos de su interior, se cogió la base del pene y muy lentamente dirigió la cabeza de su miembro al portal de Ruth, frotándolo y acariciándolo para que se abriera a él. Ella agrandó los ojos y se intentó apartar.

—No, Ruth. —La mantuvo en su sitio. Sus manos eran hierros que marcaban sus caderas—. Déjame entrar, gatita. —Movió sus caderas hacia abajo y él se impulsó en los talones para moverse hacia arriba. La estiró y jugó con el peso de Ruth para adentrarse con fuerza —. Qué caliente...

—Adam, por favor, no creo que... —Gimió y echó la cabeza hacia atrás al sentir como Adam seguía avanzando en su interior, haciéndose hueco a empujones, hasta lugares que ella no sabía que tuviera—. Me duele...

—Chist, lo sé, ven aquí. —La abrazó con fuerza y dejó que su cabeza reposara sobre el hombro de él. Sabía que le dolería. Él estaba muy bien dotado y Ruth era como una virgen sin himen. Podía controlar eso. Podía controlar su transformación con ella y lo intentaría para no asustarla y no lastimarla de ningún modo. No se podía correr bajo ningún concepto. No se vincularían. Siguió meciéndose en su interior, con empujes potentes e insistentes, hasta que Ruth con un quejido albergó toda su longitud. El cuerpo de esa chica era increíble. Ella intentaba moverse para no sentirse tan incómoda, pero él la mantenía en el lugar. Le acarició el pelo con una mano mientras con la otra la cogía del trasero y la obligaba a mantenerse ahí, ensartada en él—. No te muevas, *katt*. Acostúmbrate a mí, no luches. Relájate.

Ruth se abrazó a su cuello y ocultó el rostro en él. Era tan íntimo, tan especial estar así con él. También se sentía irritada y colmada, pero era intenso y el dolor empezaba a desaparecer. Adam desprendía ese olor a menta tan característico de él. ¿Cómo iba a luchar contra él si parecía que su cuerpo y su alma habían nacido para estar unida a su cuerpo?

—¿Tú estás bien? —preguntó ella con la boca pegada a su cuello. El cuerpo de Adam tembló de la risa.

—Estoy en el infierno. Me quemas como el demonio, Ruth. Eres puro fuego. —Se meció un poco en su interior—. Así, bonita —susurró besándola en el cuello, en el hombro, sobre la cabeza—. Así,

muy bien. —Se impulsó más adentro y Ruth le clavó las uñas en la espalda, murmurando palabras de asombro—. Ahora estoy dentro de ti de verdad. ¿Quieres mirarnos?

Ruth se despegó de su cuerpo como pudo. Moverse era enviar un relámpago de deseo y de sensaciones enloquecedoras a través de su espina dorsal. Lo sentía clavado dentro de ella. El miembro de Adam presionaba en el cuello de su matriz, como si quisiera entrar allí también. Como si no la hubiera machacado ya por dentro.

Él la miró a los ojos y le secó las lágrimas con los pulgares sintiéndose como un bruto por hacerle daño.

—No quería lastimarte. Perdóname. Tengo que recordar que eres... diferente.

¿Diferente? Vamos, hombre, que no le iba a doler a nadie menos a ella. Menuda tontería. Adam era un animal en todos los sentidos. Espectacular.

Ruth miró a sus cuerpos unidos. Estaba tan metido en su interior, que notaba los testículos de Adam golpeando en su entrada.

—Agárrate donde sea, nena. —Se incorporó y movió las piernas de Ruth para abrirlas más y facilitar el contacto y la invasión.

Ruth gimió cuando sintió como se movía el miembro de Adam en su interior. Se miraron a los ojos. Se estudiaron. Los de él rojos con el iris negro, los de ella ambarinos y humedecidos por las lágrimas.

—Cabálgame. Tienes el control, Cazadora. Vamos, muévete y agárrate a mí bien fuerte.

Ruth obedeció y se movió de arriba abajo. Era devastador. Al principio se movía tímidamente, pero luego, Adam la acarició entre las piernas y le frotó ese capullo de placer divino y ella se descontroló. Sentía que las entrañas le quemaban, que los pezones le picaban y que el dedo de Adam hacía auténticos estragos en su cuerpo. Se movía con fuerza, sin importarle si dolía o no, agradeciendo el umbral del dolor porque venía acompañado con el placer más salvaje y un deseo exponencial sublime. Estaba desbocada y decidida a conseguir el orgasmo más maravilloso de su vida.

—Vamos, Cazadora —la animó agarrándole de las nalgas y la pegó más a él, deslizándose hasta quedarse acostado en el sofá, obligándola a estirarse encima de su cuerpo y a mantener el contacto de piel con piel.

—Adam —gritó Ruth arañando la piel del sofá—. No puedo... no...

La inclinó todavía más y agarró su cabeza, pegándola a su garganta para acallar sus gritos desesperados mientras embestía una y otra vez, y otra vez, golpeando sistemáticamente su clítoris con su pubis. Una de cal y una de arena. Dolor y placer.

—Yo te llevo. Estás conmigo, *katt* —murmuró en su oído mientras golpeaba en su portal sin ningún tipo de control. Los colmillos inferiores también se le desarrollaron y sintió cómo empezaba a nacer el orgasmo, uno diferente a ninguno que hubiera sentido con anterioridad. Nacía en la parte baja de la espalda, las venas se le hincharon, su cuerpo tembló, y oía el corazón de la Cazadora que se adaptaba a los latidos del suyo. Quería que ella llegara con él. La embistió como un toro, con más dureza, sin oír los gemidos de éxtasis de Ruth y sintió cómo llegaban los temblores de los músculos internos. La mordió en el cuello de un modo agresivo y dominante y la mantuvo ahí mientras se corrían a la vez.

Ruth gritó cuando los niveles de placer se mezclaron con el dolor. La estaba mordiendo. El orgasmo iba de dentro hacia fuera. Se concentraba entre las piernas y luego ascendía hasta el ombligo, el torso y los pechos. Y cuando estalló, lo hizo en todo su cuerpo y en su mente, donde vio luces de todo tipo y fuegos artificiales.

Adam era incombustible. Cuando ella lo apretaba él se metía todavía más adentro. No recordaba jamás en sus trescientos años de edad un cuerpo que le diera el cobijo tan profundo que daba Ruth. Demonios, era perfecta, joder.

—¿Adam? Adam... por favor... no puedo más.

Pero Adam no la oía, hacía muchísimo rato que no la oía. Seguía penetrándola profundamente, pero cada vez con más lentitud. Ruth no quería ordenarle nada. No quería detenerlo y que él obedeciera por llevar el *hallsbänd.* Necesitaba controlar a Adam en su naturaleza. Si no, jamás podría hacerlo. Ella lo había aceptado, había dejado que le hiciera todo lo que le había hecho porque él era un berserker y ella había accedido a acostarse con él. Quería demostrarle que podía hacerlo, que también podría ser su mujer. Pero Adam estaba como ido, gemía y hacía sonidos guturales salvajes con la garganta.

—Adam... tienes que parar, por favor... —sollozó deslizando una mano entre ellos y poniéndola sobre la base de su pene, intentando detenerlo en vano.

De entre los estertores del orgasmo interminable y poderoso que había tenido, oyó la voz melódica de aquella mujer que tenía encima, abrazada a él, y sudorosa por todo lo que habían compartido. Su cuerpo estaba sometido al de ella. Quería más. No quería detenerse. Desclavó los dientes de su cuello y miró su impresión, su marca. Era suya. Una marca real. ‹‹Mía. La Cazadora es mía››, pensó. Volvió a oír la voz dulce y suplicante de Ruth en la lejanía y focalizó todo aquello que lo rodeaba como si hubiera salido de un sueño, recuperando la conciencia poco a poco.

¿Cuánto tiempo había pasado? Había perdido el control como nunca jamás lo había hecho. Miró a Ruth aterrorizado. Ella le devolvía la mirada con el pelo rojo alborotado altrededor de su rostro, los ojos dilatados y llorosos, los labios magullados y un mordisco de un animal salvaje en el cuello. ¿Su mordisco?

—Necesito que me sueltes el culo, chamán —le pidió con la voz llena de lágrimas, las mejillas sonrosadas y la barbilla temblorosa.

Se había corrido cinco veces seguidas desde que Adam se había descontrolado, pero no iba a poder hacerlo otra vez. Llevaban demasiado tiempo así y se iba a desmayar como él no se detuviera.

Adam no se había dado cuenta, pero todavía la tenía agarrada de la nalga donde tenía la marca, y la tenía cogida tan fuerte que le habían salido moretones con las impresiones de los dedos. Despegó sus dedos uno a uno y la miró aturdido, sin saber qué era lo que lo había poseído.

—Deja de moverte, por favor —pidió suplicante agarrándolo suavemente del miembro–. Cinco minutos, sólo déjame cinco minutos y luego seguimos —susurró sobre su hombro.

Adam se detuvo consternado y sintió pesar al ver cómo Ruth soltaba un suspiro de alivio al detener sus acometidas.

¿Qué había hecho?

—Ruth... —intentó explicarse, pedirle perdón por su falta de control, pero no sabía qué decirle—. Lo sien...

—No te atrevas a disculparte —dijo ella asustada—. No te atrevas. — Lo besó con ternura en la barbilla y descansó la cabeza sobre su pecho—. Ha sido increíble.

Adam no entendía nada. Miró hacia abajo y sintió que se le caía el mundo encima. Se había corrido hasta quedarse seco, y lo había hecho con Ruth, dentro de Ruth. Él siempre controlaba su orgasmo, nunca se derramaba dentro de nadie porque eso era una señal de vinculación, una anudación única entre compañeros. Pero eso no era lo peor. Lo peor era que había compartido su *chi* con ella. Y había sido su polla, no su mente, quien había decidido hacerlo, como si ella fuera su pareja, su *kone.* Había hecho el amor con ella como si fuera su compañera.

Se incorporó intentando no lastimarla, aunque viendo las marcas que tenía en el cuerpo ya era demasiado tarde.

—¿Qué haces? —preguntó ella relajada por completo, quedándose sentada a horcajadas sobre él—. Quedémonos así un ratito más. —Acarició su erección con sus músculos internos y siseó de lo sensible que estaba—. Pero no te muevas, podríamos descansar unos segundos...

Adam la miró de nuevo de arriba abajo y quiso pegarse un tiro por su estupidez. Tendría que haberlo sabido. Hacer el amor con Ruth iba a ser un desastre, lo había drenado como a un adolescente y había hecho que entrara de cabeza en el frenesí berserker. Era humana, le había hecho daño, estaba magullada y amoratada, y encima, le había entregado su *chi.* ¿Y ahora qué?

El *chi* se reserva a la pareja, joder. Y Ruth no era su pareja. No lo sería nunca. Una cosa era el estúpido trato que habían hecho, que él le enseñara cosas sobre el placer, pero la otra era perder el norte de ese modo. Sentía terror por lo que le hacía Ruth y se asustó. Necesitaba alejarse de ella. Ruth podría dominarlo.

La cogió de las axilas y la levantó, desclavándola de él. Ella soltó un gritito de incredulidad y también de dolor, pero él la ignoró. Estaban empapados y no era para menos. Su miembro, que aún seguía hinchado, cayó a un lado entre la maraña de pelo púbico negro. Quería más.

—Mierda, menudo desastre. —Se tapó la cara con las manos y se frotó los ojos.

Ruth sintió que un cuchillo cercenaba sus entrañas. Un desastre. ¿Había dicho menudo desastre? La experiencia más alucinante de su vida, había sido un desastre para él. No sabía qué decir ni qué hacer. No se podía mover porque sentía los huesos de gelatina y aún recorrían por sus entrañas reflejos orgásmicos. Quería gritarle por ser tan idiota, por estar tan ciego. Y quería golpearse contra la pared por haber sido tan tonta al creer que aquello podría cambiar algo entre ellos. No lloraría más delante de él.

—No pasa nada, Adam. No te voy a pedir que te cases conmigo, tranquilo.

—¿Que no pasa nada? —gritó él descontrolado—. Me he metido entre tus piernas como un animal, Ruth. —La agarró de los brazos y la zarandeó.

—Lo habrás hecho otras veces —aseguró ella, sin mirarlo a los ojos, quitándole trascendencia al acto. Cómo dolía todo eso—. No es para tanto.

—No entiendes una mierda. Te he dejado mi impresión en el cuello. — Le apartó el pelo de mala manera y miró la marca disgustado—. Me he corrido dentro de ti, te he entregado mi *chi.* Mi *chi* no es para ti, joder. — La soltó como si tocarla le diera asco—. Soy un maldito estúpido.

Ella tragó el nudo que tenía en la garganta.

—No sé de qué me hablas. Tú hablarme raro. —Intentó sonreír, queriendo gastar la misma broma de la noche anterior, quitarle hierro al asunto.

—Intenta ser seria un maldito momento, guapa. No me hace ni puta gracia —gruñó él mirándola con los ojos amarillos.

Ruth se apartó de él. Adam estaba muy enfadado. Estaba furioso con ella. ¿Por qué? ¿Había hecho algo mal? Ella aprendería. Si Adam le explicara y le enseñara, ella podría ser lo que él necesitaba en la cama y también fuera de ella.

Quiso contestar lo más dignamente posible.

—Adam, ten un poco de paciencia, no sé mucho de vuestras costumbres... —Iba a ponerle una mano en el hombro.

—No me toques, Ruth. Necesito que ahora no me toques. —La atravesó con los ojos—. No es para menos que no sepas nada. Ni siquiera te has esforzado en saber cómo somos. Qué pérdida de tiempo para ti, ¿verdad?

—Eso no es cierto —se defendió ella indignada—. Sé mucho sobre vosotros, lo que pasa es que no tengo ni idea de lo que os supone tener relaciones sexuales. Te aseguro que en los libros de mitología os nombran poco o nada y no van a hablar sobre esto, y yo no tengo amigas berserkers que me expliquen...

—Eres humana. No sabes una mierda de nada. No sabes nada de mí. —Apoyó los codos sobre las rodillas y se pasó las manos por el cráneo en un gesto atormentado—. Olvidé ese detalle mientras te follaba. Esto ha sido un error. Pero después de hoy no volverá a pasar. Ya nos hemos cata-do, se supone que hemos matado la curiosidad que tenías. ¿He cumplido, Ruth? ¿Has aprendido lo que querías?

Ruth se movió y se cubrió con la manta, colocándosela rápidamente alrededor del cuerpo.

—No hay necesidad de ser grosero.

—No soy un caballero, ni tampoco veo a ninguna dama por aquí — contestó cortante—. Ruth, esto no puede volver a pasar.

Las palabras de Adam la dañaban y le hacían palidecer. Ignoró el dulce dolor que sentía entre las piernas, y los músculos maltratados de los muslos, la espalda y las nalgas. Ignoró la vergüenza y el despecho, y se levantó del sofá temblando. Necesitaba pegarle. La cólera corroía su sangre y se concentraba en su pecho. Miró el *hallsbänd,* y se dijo que ahí tenía todo lo que necesitaba para vengarse de él en ese momento.

—Levántate, *slave.*

Adam se levantó como si tuviera un resorte. Estaba grandioso en su desnudez, y todo húmedo ahí abajo... a Ruth se le hacía la boca agua. Sus ojos, ahora amarillos, la miraban con desconfianza. Ella era peligrosa.

—Sabes que puedo ordenarte lo que quiera, ¿verdad? —observó como Adam movía un músculo de la mandíbula—. Si ahora te ordeno que me toques y que me vuelvas a hacer todo lo que me has hecho en el sofá, lo harás y me obedecerás. Si te ordeno que te toques hasta acabar delante de mí, lo harás. Si te pido que camines a cuatro patas, lo harás. Nunca digas nunca conmigo, Adam.

Adam no pestañeó. Pero la ira amarilla de sus ojos se apagó, y tras ella, apareció su mirada oscura.

—Gracias por la lección, *slave.* —Lo dejó ahí de pie y se dio media vuelta. Agarró el pantalón y las zapatillas que estaban en el suelo y caminó con el porte de una reina, intentando mantener la dignidad, subiendo las escaleras sin mirar atrás—. No se me va a olvidar, ha sido muy educativo. Pero recuerda que lo que ha pasado entre nosotros lo has hecho tú. Yo no te he ordenado nada. No te he obligado. Lo que has hecho ha salido de ti, de tu voluntad, no de la mía. Asúmelo de una vez. Buenas noches.

—Ruth... —murmuró Adam maldiciéndose por su brusquedad—. Vuelve aquí.

Pero Ruth lo ignoró haciendo oídos sordos a sus órdenes. Se cerró en su habitación y se metió en el baño para lavarse de cualquier olor que recordara a Adam, para eliminar cualquier prueba de contacto con él. El agua eliminaría las lágrimas y la sensación de sentirse utilizada y poco valorada. El agua calmaría sus músculos doloridos y sus irritaciones. Pero el agua jamás haría olvidar el dolor y el desprecio que Adam había demostrado después de haberse acostado con ella.

Reconsideró su objetivo. Ese hombre era inconquistable y nunca la querría por lo que ella era. Nadie la había querido por quien era, no sabía de qué se sorprendía. Y para Adam, el simple hecho de ser una humana, más joven que él y algo más desenfadada, la eliminaba de su lista, aunque fuera una humana que en cinco días se convertiría en inmortal. Aunque fuera la Cazadora, no era suficiente para él. No era suficientemente buena para él y su familia. Se había implicado emocionalmente con él, pero le había dejado clara su postura y nunca se imaginó que después de acostarse con ella la humillaría de ese modo. Había sido peor disfrutar en sus brazos que todas sus demás experiencias, porque al menos con ellos no esperaba nada, pero con Adam sí.

Cuanto antes se lo sacara de la cabeza, antes podría ser más útil para los demás. Se centraría sólo en su labor como Cazadora. Lo ayudaría con su hermana y con los pequeños mientras necesitara su ayuda, pero no podía pasar de ahí su relación. No podía acostarse con él de nuevo. Mañana, sin embargo, haría algo sorprendente. Lo dejaría con la palabra en la boca.

—Que te aproveche, Margött. —Se dejó caer en el suelo de la ducha, con su pelo rojo empapado y su cuerpo marcado por él, se abrazó a sí misma y hundió la cara en sus rodillas. Al menos podría llorar a solas y lamerse sus heridas. Y a lo mejor el agua le limpiaría la cara y se llevaría su corazón roto con ella, porque esa noche Ruth le había querido entregar su corazón y Adam lo había ninguneado y se lo había devuelto muy agrietado.

Adam pasó por delante de la puerta de la habitación de Ruth y se quedó escuchando los sollozos timidos y reprimidos de aquella humana tan adictiva. Nunca había sentido nada igual. Jamás se había entregado así a nadie. Llevaba mucho tiempo sin hacer el amor con nadie, y las veces que lo había hecho —todas mujeres de pago—, nunca, nunca se había derramado dentro de ninguna mujer. Para él, mantener la energía era muy importante, la necesitaba para controlar su don. Pero con ella había sido imposible. Se había cegado. Había entrado en frenesí, y con ello había perdido la noción de todo lo que le rodeaba, excepto su cuerpo cálido, cariñoso y lleno de suaves curvas. *Mía.*

Ahí estaba su instinto de nuevo. Ruth no podía ser suya. Era inviable. Una mujer humana, que no sabía luchar, que no podía defenderse, que debía hacerse cargo de dos niños que eran muchísimo más fuertes que ella... ¿Cómo iba a defenderlos si alguna vez pasaba algo? Sí, iba a ser inmortal, pero la inmortalidad no le iba a dar una fuerza sobrehumana, ni la capacidad de detener a un vampiro o a un lobezno, ya que un golpe de ellos la mataría al momento. ¿Qué dificultad encontrarían en arrancarle el corazón o en rebanarle el cuello? Apretó los puños cuando oyó como se sorbía la nariz. Tenía que dejar de llorar o iba a volverlo loco. Escuchó cómo se frotaba la piel enérgicamente, intentando anular su esencia, su olor de ella. Adam gruñó y apoyó la frente sobre la puerta. Ruth quería eliminar cualquier prueba de lo que habían hecho. ¿Y cómo hacía él para borrar de sus fosas nasales, de su piel, y de su paladar, el olor a melocotón dulce que desprendía esa chica? La podía saborear otra vez. Siempre lo haría.

Salió de ahí corriendo antes de cometer una locura, como entrar en su habitación, cargársela sobre el hombro y hacerla suya durante toda la noche, para asegurarse de que nunca olvidara a qué olía él.

CAPÍTULO 18

Ruth se levantó muy temprano. No podía dormir más. Se sentía plena de energía, vale, con el corazón lleno de tiritas, pero físicamente su estado era muy vital y fuerte. No había remordimiento ni arrepentimiento por lo sucedido la noche anterior. Nada que reprochar. Después de meditar y recapitular sobre lo sucedido, lo entendía. Al parecer, había llegado tarde con Adam. Todo había ido mal desde un principio, el Destino estaba en contra de ellos, y una sucesión de malentendidos había privado que ambos se conocieran a fondo y que ahora se vieran forzados a permanecer juntos, en contra de su voluntad, no tanto en contra de la de ella como la de él. Sin embargo, no contaban con la atracción fatal que ardía entre ellos, no imaginaban que sus cuerpos se atrajeran de ese modo, que el deseo los llevara a su terreno como las olas que chocan contra las piedras una y otra vez en una marea. Pero era sólo deseo. Algo físico. Un impulso químico de sus cuerpos, nada más. Punto y final. Si Adam quería hablar de lo sucedido, no se lo iba a permitir. Él volvería a decirle que quería a otra, y a ella sencillamente le entrarían ganas de vomitar.

Él quería a otra mujer. Su... ¿Cómo lo había llamado? Su *chi* no era para ella. Si eso no era para ella, sería para otra. La que él había elegido. Estaba bien, lo comprendía, y aunque algo en su interior gritaba y no admitía la derrota, ya había tomado la decisión final. No era masoquista. Lo que tenía que hacer iba a ser una prueba total de desapego y de perdón. Lo hacía para no sufrir más, esa era la verdad, porque estar atada a Adam, de algún modo, la dejaba sin fuerzas y con una pena interior que no entendía. Era como sentirse rechazada a todas horas, y ella tenía dignidad y amor propio como para permitir que nadie la tratara así, aunque daba la impresión de que él lo hacía sin ser muy consciente de ello. El berserker era sincero, simplemente; su franqueza llegaba a veces a ser insultante, pero ella prefería las verdades antes que la hipocresía. El problema era suyo al sentirse ofendida por las preferencias de Adam. No podía ponerle un cañón de pistola en la sien y exigirle que le diera una oportunidad, que se fijara en ella, que la viera bien. Pero él no la veía. Siempre le había pasado lo mismo con los hombres, se equivocaba al reclamar atención y amor por parte de ellos. Siempre la habían usado, y ella, además, había ido a recoger sus migajas, pidiéndoles que la quisieran. Adam era el tercero en discordia en el grado de sucesión de tíos que la habían utilizado. Sin embargo, todo entre ellos había sido diferente de lo que había vivido con los otros dos.

No lograba encontrar palabras para describir lo que sentía hacia él. No era amable, era un estirado, crudo en sus formas y le costaba sonreír. Pero a ella la cautivaba. Con sus ojos negros, esa sonrisa que intentaba ocultar y que ella advertía con facilidad, el trato protector y paternal que daba a sus sobrinos, y luego, su manera total de tocarla y perder el control... la volvía loca. Su modo de querer a su hermana... Ese hombre quería a pocas personas pero se entregaba a ellas con devoción. Sin embargo, no quería tener nada que ver con ella y se lo dejaba claro una y otra vez.

¿Cuántas veces le había preguntado algo sobre su vida? No le interesaba lo que ella había pasado años atrás, ni si sus padres estaban en contacto con ella o no. Joder, ni siquiera le había preguntado por qué razón se había cambiado el apellido. No. A ese hombre le importaba menos que una mierda, su trato la rebajaba.

Y aun sabiendo eso, había algo en él que la atraía enormemente, y no era sólo una atracción física. Algo en él, no sabía el qué, encajaba con ella a la perfección. Algo de él era sólo de ella, y lo había sabido desde el primer momento en que se vieron. Era tan frustrante. Era como si Adam tuviera unas cadenas invisibles que tiraban de ella hacia él, el control siempre era suyo, y Ruth estaba harta de acabar cediendo las riendas, por mucho que se hubiera conjurado para no hacerlo. Y peor aún era saber que no podía abusar del collar porque no quería denigrarlo a ojos de los pequeños, y sobre todo, ella tampoco quería herirlo de ningún modo. Adam también sufría aunque no lo quisiera reconocer.

Cuando lo viera haría lo que tenía que hacer. Esa situación debía finalizar. Habían pasado cosas entre ellos, habían vivido situaciones desagradables y momentos realmente emotivos, un poco de

todo. Una vida juntos, corta, pero muy intensa. Todo eso los vincularía de por vida, era inevitable. Sonrió con tristeza. Se mirarían y recordarían lo que les había pasado. Lo que habían hecho. Puede que Adam no quisiera recordar que había estado más de un hora taladrándola entre las piernas, poseyéndola sin remisión, sin descanso... Dios, todavía estaba dolorida. Pero al menos les quedaría eso, el recuerdo de la intimidad y la pasión. O mejor dicho, ella se quedaría con eso ya que dudaba de que él quisiera mencionarlo alguna vez. A Ruth le gustaban las emociones fuertes, no tenía miedo a sentir, ni a verse sobrepasada por la intensidad de sus experiencias, pero no iba a sufrir gratuitamente, ni por él, ni por nadie. Cuando se vieran fingiría indiferencia, como si la noche anterior él no le hubiera hecho el amor y luego la hubiera rechazado. Como si no la hubiera mordido de nuevo y marcado como algo suyo, mientras gemía y se corría en su interior. Finalmente, había captado el mensaje. Adam no la elegiría nunca, no sólo por ser humana, si no porque no estaba entre sus preferencias. A cada minuto que pasaba, ardía en deseos de conocer a la tal Margött, y aunque sabía que Adam tampoco la amaba a ella, seguro que tendría cualidades excelentes para ser su pareja. Unas cualidades de las que ella carecía. Zorra.

Eran las seis de la mañana. Necesitaba ejercitarse, su cuerpo se había acostumbrado a ello y corría cada mañana nada más levantarse unos diez kilómetros diarios. Se colocó su pack Nike ipod, conectó su música y se puso a The Veronica's y su *I can't stay away.* La cancioncita iba con su estado emocional. Ella no podía estar alejada de Adam. Cuando llegara, practicaría tiro con arco en el jardín. Gabriel se lo había traído con sus maletas, y ella necesitaba apuntar a algo e imaginarse que eran Adam y Margött besándose. Sería su manera de mantenerse en forma y concentrada, su método para meditar sobre lo que comportarían sus acciones futuras.

Aceptaba lo que pasaba con Adam. Lo aceptaba, de verdad, pero... ¿a quién quería engañar? Estaba tan celosa que quería arrancarle el pelo a esa mujer, que seguro, seguro, sería un adefesio. Se apretó los cordones de su calzado deportivo con rabia y con fuerza, como si en cada nudo descargara la impotencia que sentía. Salió de la casa y se puso a correr por los terrenos de Adam. Aquel bosque privado que colindaba con su hogar era maravilloso. Los berserkers, al menos As, Noah y Adam, tenían sus casas alrededor de esos bosques, y el Tótem se erigía soberbio en el centro de estos. Se podía llegar hasta él desde cualquiera de las casas, sorteando vegetación, rocas, arbustos y pequeños riachuelos. Dudaba de que los habitantes de Wolverhampton supiera que tenían un tótem de origen milenario en sus bosques.

Olía a humedad, a limpio, a campo abierto. La ciudad no tenía tantos matices. Sólo el verde de la naturaleza lograba mezclar tantos perfumes, y olerlos le hacía sentirse libre.

Llevaba unos veinte minutos corriendo cuando sonó *Holding out for a hero* de Bonnie Tyler. Ésa era su canción. Nunca se lo había dicho a nadie, pero ella creía en los héroes, y no necesariamente en los que se jugaban la vida por otros. Para ella, un héroe era esa persona capaz de ayudar a otro a salir de cualquier hoyo.

Definitivamente, Ruth necesitaba un héroe.

I need a hero/ I'm holding out for a hero 'till the end of the night/ He's gotta be strong and he's gotta be fast and he's gotta be fresh from the fight...[28]

Qué curioso. Antes, nunca prestaba atención a aromas, ni a texturas, ni a colores. Ahora los apreciaba y los observaba anonadada. Maravillada por sus sombras y sus luces. Por sus tonalidades. Por su vida. Todo, hasta el objeto más ínfimo, vivía, tenía un ritmo y una forma, un color y una manera de coexistir con todo lo que lo rodeaba. ¿Alguna vez se había dado cuenta de eso? Los pájaros volaban de rama en rama, una ardilla se cruzaba en su camino, un par de mariposas bailaron a su alrededor mientras ella, azuzada por tanta belleza, corría cada vez más rápido.

[28] «Necesito un héroe/Estoy esperando a un héroe hasta el final de la noche/Él tiene que ser fuerte/Tiene que ser rápido/Y tiene que salir inmune de las peleas...»

I need a hero, I'm holding out for a hero 'till the morning light/He's gotta 6e sure and it's gotta 6e soon/And he's gotta 6e larger than life, larger than life…[29]

Se iba a agotar antes de tiempo, pero sabía escuchar su cuerpo y el momento exacto en el que debía bajar el ritmo para no disparar sus pulsaciones.

Saltó por encima de un charco de agua y esquivó una roca en el camino. Corrió sobre un tronco caído y evitó una zona fangosa. Inconscientemente, sus piernas iban hacia un lugar en concreto. Recordaba ese camino, hacía dos noches, llena de estimulante hasta las cejas, Liam y Nora la habían llevado a cuestas hasta allí. De pronto, se encontró a unos veinte pasos de aquella figura que hacía culto al dios lobo, a los berserkers, a Odín. Sus pies se anclaron en esa pequeña cima desde donde veía el Tótem. Había alguien apoyado en su base, en posición de loto. Adam.

Ruth cayó de rodillas, respirando a duras penas, ocultándose entre los matorrales. Desconectó la música y escuchó. Adam estaba meditando, cantando algo extraño y lleno de armonía... Su voz era tan bonita. No llevaba camiseta y sólo unos pantalones negros, largos y anchos, que le caían por debajo de la cintura. Era como un rapero y estaba como un tren. Se le hizo la boca agua. No quería molestarle, no quería interrumpir lo que fuera que estaba haciendo. La verdad es que no quería que la mirara de nuevo como la noche anterior, con esos ojos fríos y amarillos llenos de desprecio. No le iba a molestar, pero iba a espiarlo.

Tenía los ojos cerrados, y alzaba la cara en dirección al amanecer, al sol. Los rayos le daban directamente en el rostro, acariciando sus ángulos duros y marcados. Sobre sus pies cruzados albergaba un pequeño tambor, y a veces lo golpeaba o lo frotaba dando percusión rítmica y constante a sus mantras. Estaba tan concentrado y tenía tanta convicción en lo que hacía que Ruth sólo quería acercarse a él, acariciarlo y besarlo en la frente. Delante de él había una pequeña hoguera, y sobre ella una cazuela de barro que hervía plantas de todo tipo, y olía fuerte, como a romero, menta y marihuana... era un olor agradable. Al parecer, había bebido de ello, a tenor del vaso de cristal que yacía tirado en el suelo con todavía un poco de ese extraño mejunje de color verde marronoso que todavía bullía en el cazo.

Ruth cerró los ojos y se dejó llevar por el sonido hipnótico de la voz de Adam. Quería ir hacia él, sentarse sobre sus muslos y acurrucarse para dormir y respirar en paz. Y con un poco de suerte él la abrazaría y apoyaría la barbilla sobre su cabeza, contento por tenerla ahí con él. Adam no sólo era belleza irresistible, sino que era pura protección. Su porte así lo decía. «Ven conmigo y alejaré todas tus pesadillas», así era él. Estar cerca de él le hacía anhelar cosas. Despertaba sus deseos. Estimulaba sus instintos.

Se abrazó a sí misma, abrumada por las emociones que avivaba el berserker con su sola presencia. ¿Qué hacía? ¿Por qué cantaba? Observó que frotaba los dibujos y los símbolos del instrumento de percusión con sus largos dedos morenos meciéndose de un lado al otro como si estuviera en trance.

De repente cesó la música y todo se sumió en el silencio.

—Ruth —dijo él.

Era inevitable no olerla. No oírla. Había notado su presencia desde que había salido corriendo de su casa. El melocotón flotaba en el aire, y mientras había estado interiorizado en su meditación había sonreído y se había dejado arropar por ese perfume dulce de mujer. No había dormido en toda la noche, pensando en ella.

—¿Te gusta Bonnie Tyler? —preguntó alzando la voz finalmente.

—¿Puedes oír la música de mi iPod? —Ruth se levantó avergonzada y caminó hacia él hasta colocarse en frente. Se limpió las rodillas sucias de tierra—. Tu oído es espectacular.

[29] «Necesito un héroe/Estoy esperando a un héroe hasta la luz de la mañana/Él tiene que estar seguro/Y tiene que ser pronto/ Tiene que ser más longevo que la propia vida...»

Allí estaba esa mujer, con una coleta alta de amazona y ropa de *running* de color negro y muy extremada. Deslizó los ojos por sus piernas y sonrió cuando vio las bambas fucsias. ¿Quién llevaría unas bambas tan chillonas para correr? Sólo ella.

Ruth apoyó las manos en sus caderas y dibujó una sonrisa de me importa-un-bledo-lo-que-haya-pasado-entre-tú-y-yo que lo irritó y le divirtió a partes iguales. Le irritó porque él no podía sacarse de la cabeza cómo le había hecho el amor la noche anterior. No lo olvidaría jamás. Y por otra parte, le divirtió porque Ruth lo desafiaba abiertamente y él quería jugar con ella en ese sentido, lo hacía volver a la vida. Pero no podía.

Caramba, pero qué guapa que era. Le pareció imposible que alguna vez estuviera fea, ni siquiera al despertarse, momento que no habían compartido aún. Los primeros rayos del sol dibujaban su preciosa silueta y creaban un halo rojizo alrededor de su cabeza. Era un hada.

—Soy medio perro, ¿no? —se encogió de hombros y se levantó un tanto aturdido por la meditación y por la visión de aquella hembra. Se le fue la vista a su cuello y vio el mordisco que le había dado durante su encuentro apasionado en el sofá. No se lo había cerrado, y era su obligación hacerlo. Un berserker siempre cuida de la mujer. La había marcado de nuevo, y encima, no había cauterizado el mordisco con su saliva. Tenía la marca amoratada y se le veían las incisiones de los dientes. La había hecho sangrar, y seguramente ella se habría dado cuenta de ello al mirarse en el espejo, cuando había huído de él la noche anterior. Él también habría huído de sí mismo si hubiera podido, sin embargo, pasó toda la noche aguantándose, aguantando su mala leche y su rudeza, y aguantando también las ganas locas de irse a por ella de nuevo y sumergirse en su cuerpo hasta el amanecer. Seguro que se había sentido horrorizada por su comportamiento, porque él no se sentía nada orgulloso con ello. Se había portado mal.

Ruth se aclaró la garganta, incómoda al ver que él no apartaba sus ojos de su cuello.

—¿Te duele? —preguntó Adam con arrepentimiento.

Ella negó con la cabeza y se cruzó de brazos, un gesto de protección. Le escocía y le hormigueaba, exactamente como el mordisco de la nalga, pero no era dolor lo que sentía.

—Espero que no tengas la rabia —comentó ella con desenfado—. Sólo es un mordisco.

No. No sólo era un mordisco.

—Ruth, anoche yo...

Ella alzó la mano y lo detuvo.

—No tienes que decir nada más, Adam. Está todo muy claro entre tú y yo. Has cumplido el trato, me has enseñado lo que necesitaba saber. Él la evaluó con un brillo posesivo en sus ojos.

—Si te herí de algún modo, te pido disculpas. Me... me descontrolé. Estaba... aturdido.

Ruth tragó saliva, pero recuperó rápido la compostura.

—Estoy bien.

Ella no se lo creía, él tampoco.

—Me corrí dentro —dijo guturalmente.

Ruth se estremeció al recordarlo. Adam era tan directo, tan natural, tan poco fino.

—No te preocupes. Está todo bien.

—¿De verdad? —había un tono de retintín en la pregunta.

—Sí.

Adam no se había podido dominar. Había necesitado tocarla, tenerla entre sus brazos y besarla. Quiso saber cuál era el sabor de su lengua y de sus labios. Anheló rozar su piel con la suya. Y lo que necesitó, quiso y anheló, lo tomó sin preámbulos y sin tener en cuenta si ella iba a estar preparada o no. Eran necesidades primitivas y dominantes. Ahora mismo las sentía, con sólo olerla se despertaban, y le hacían sudar por el deseo y la apetencia. Apetitos que expresaban físicamente los

berserkers sólo con sus compañeras. Y él ya no sabía lo que hacer. Si Ruth era su compañera, iba a estar perdido por completo, porque esa chica le hacía sentir por primera vez en mucho tiempo, y él no quería ser un títere en sus manos como le había pasado a su padre con su madre, así que lo mejor era alejarla. Y ahora estaba completamente alejada de él. Había un muro invisible entre ellos. Debería estar contento, pero se sentía como una colilla pisoteada.

Si decidiera quedarse con ella, le haría tantas cosas... compartirían tantas experiencias... Se excitaba al pensar en cómo sería el frenesí berserker con ella en luna llena. ¿Qué haría mientras se acoplaran en cuerpo y alma? ¿Gritaría? ¿Lo animaría a que le diera más? ¿Lo arañaría? ¿Le diría que se detuviera? ¿Lo miraría horrorizada? ¿Le daría... asco? Por suerte eso no iba a pasar, porque Ruth y él ya no se iban a acostar más, a no ser que ella se lo ordenara. Y era lo que se merecía, merecía estar en esa situación de total subordinación y sometimiento con ella. Demasiada paciencia había tenido esa chica con él. Pero la humana ignoraba el collar, no le sacaba provecho y eso sólo podía hablar bien de sus principios y de su moralidad.

Era fantástica. Habían hecho el amor. Ruth lo había montado con decisión y una entrega total y absoluta, abandonada por completo a sus caricias y a todo lo que él quisiera hacerle. Se había confiado a él. Su suavidad, su atrevimiento y su decisión le habían dejado tan ciego que se había anclado a su cuerpo con brutalidad y desidia, y lo había hecho para no perderse. Y después de la intensidad compartida la había desdeñado sin miramientos, una reacción muy cobarde por su parte. Ruth estaba poniendo en duda todo aquello que creía saber sobre sí mismo.

Se acercó a ella hasta casi rozarse, y llevó los dedos a la marca que le había dejado grabada en su cuerpo. Ella se retiró asustada de su roce y echó un vistazo al fuego, las hierbas y el tambor. Si Adam se acercaba tanto, ¿cómo iba a ser fuerte para ignorarlo? ¡Y que alguien le diera una camiseta, por Dios!

—¿Qué estabas haciendo? —preguntó mientras tomaba con decisión el tambor ovalado y tamborileaba con sus pequeños dedos. Necesitaba poner distancia entre ellos, simular que no pasaba nada extraño, que no había tensión, y que ella no estaba dolida ni avergonzada por su culpa. «Prefiere a otra —se obligó a recordar—. No dejes que te toque, no seas débil».

Adam apretó los puños y aceptó su distanciamiento. El alma de Ruth se mecía siguiendo un *blues* de tristeza y rechazo, y él podía escucharla porque ahora estaban conectados. La Cazadora se había metido en su sistema sanguíneo, él la había metido allí al morderla y al compartir un poco de su *chi* con ella. Todavía estaba sorprendido ante su falta de control. Él decidía cuándo su energía fluía al exterior, cuándo decidía compartirla, pero con Ruth había sido inútil. Estar en su interior, sentir cómo lo rodeaba y calmaba su ansiedad, percibir sus miedos, su inseguridad hacia el futuro, había sido la experiencia más fascinante de toda su existencia. Y no podía hacerlo otra vez porque se podría convertir en un dependiente de esa energía, de esa unión, y él no podía depender de nadie más que de él mismo. No se arriesgaría a ello. Así que en el momento en que se acostara con otra mujer y se completara el ritual de luna llena, la conexión con Ruth desaparecería, ya no estarían vinculados. Faltaban dos noches para eso. Hasta entonces no podría volver a tocarla y rezaba para que ella no lo obligara a nada raro. Aunque ese había sido el pacto entre ellos, esperaba que Ruth se sintiera lo suficientemente decepcionada con él para que no quisiera que la tocara de nuevo. Él era fuerte y no le iba a costar alejarse de ella, pero la carne era débil y si Ruth se lo proponía, seguro que conseguiría que le arrancara la ropa de cuajo, porque en realidad no era tan fuerte ante ella. Obligándose a serenarse, tomó el tambor de sus manos, rozando ligeramente sus dedos. Ambos saltaron ante la sensación eléctrica que atravesó su piel. Siempre les pasaba lo mismo. Cuando menos se lo esperaban.

—Mi padre Nimho me ayudó a perfeccionar algunas técnicas de adivinación —explicó acariciando el tambor—. El tambor es el instrumento principal del chamán. Éste era de él y me lo legó a mí.

Ruth estudió el semblante de Adam mientras se frotaba los dedos «electrocutados» contra el muslo.

—¿Estabas intentando adivinar algo?

—Intentaba hacer que el espíritu entrara en mí para que me diera la información que necesito. Como *noaiti,* tengo la obligación y la capacidad de contactar con los nueve mundos. Pero para ello debo dejar que un espíritu me elija y me guíe a través de ellos.

—Vaya —sonrió interesada—. Y yo que pensaba que era rarita.

—No lo puedo hacer siempre, ni cuando me dé la gana —aclaró—. De hecho, hacía siete años que no me encontraba con fuerzas para hacerlo, y cuando lo había intentado, mi cuerpo no estaba preparado para ello. No estaba equilibrado.

—¿Equilibrado? —alzó una ceja.

—La muerte de mi hermana afectó a mi energía. No me sentía capacitado para ello —confesó humildemente—. Y me siento como si hubiera fracasado durante su ausencia.

Ruth descruzó los brazos. Ese hombre padecía un profundo dolor. Tenía muchas cicatrices por dentro, y demasiadas responsabilidades hacia sí mismo y hacia los demás. Le entraron ganas de abrazarlo y darle consuelo.

—No sé por qué te explico esto —murmuró incómodo.

—A lo mejor porque nadie más te aguanta. —Adam no se abría. Era como un muro. Ruth exhaló y entornó los ojos—. Se llama hablar, Adam. Diálogo, charla, cháchara, darle a la sin hueso... Dicen que es liberador y que sana nuestro espíritu.

—¿Por qué te interesa?

«Porque eres tú. Se trata de ti, zoquete», se dijo, pero contestó:

—Porque me gusta saber acerca de las personas que me rodean. Ayer me fui a la cama contigo, hemos compartido la máxima intimidad entre dos personas. ¿Es peor eso que hablarme? No puede ser tan difícil.

Adam frunció el ceño. ¿Cómo «peor»? ¿Creía Ruth que lo que pasó entre ellos había estado mal? ¿Que no había sido bueno?

—Además, tu hermana me ha contado algunas cosas —añadió como si aquello no fuera importante—. Aunque no lo creas, sé escuchar, Adam.

No dudaba de ello. Ruth se daba a las personas con abandono y muy poco egoísmo. Si había una persona con la que podría abrirse, sería ella. Jamás pensó que pudiera necesitar hablar de su vida con nadie, pero por lo visto, esa chica con cara de gata estaba convencida de que poner palabras a todo lo que sentía sería bueno para él.

—Era mi gemela. ¿Has oído hablar sobre el vínculo entre gemelos?

—Sí —contestó ella conmovida. ¡Por fin!

—Sentí que me extirpaban una parte de mi cuerpo cuando... cuando ella murió en mis brazos. Tener a la persona que más quieres en tus manos mientras se le va la vida es... —negó con la cabeza, todavía queriendo eliminar esa imagen de su mente—. Te destruye, Ruth. El dolor que sentí se llevó mi capacidad de invocar al espíritu, de predecir. Sólo lo hacía astralmente, y la adivinación astral no es tan fiable porque a veces intervienen los prejuicios del chamán onírico. Las predicciones astrales son poco concisas. Pude cometer un error terrible contigo, Cazadora — reconoció incómodo—. Por culpa de mis prejuicios. Eso me avergüenza.

—Todos cometemos errores, Adam. —No le gustaba verlo así. Afectado—. Lo importante es reconocer que nos hemos equivocado, y luego, tener la capacidad de hacer algo para solucionarlo. Además, la noche de las hogueras acertaste, y también tuviste claro que yo misma iba a disparar flechas, aquí mismo, hace dos días. Tu hermana dijo que tenías un don muy puro. Creo que es cierto.

—Pero me equivoqué. Vi cosas en ti que no eran reales.

—Lo hiciste, chamán —le recordó ella—. Pero bueno, teniendo en cuenta lo que había escrito tu

padre en sus profecías, era normal que pensaras así de mí. Si unes eso al concepto que puedas tener de mi persona, era normal que me vieras como si fuera el maligno.

Adam la contempló largo rato. Parecía imposible que, después de todo, fuera Ruth quien hablara con él de lo sucedido, y lo ayudara a perdonarse. Lo intentó de nuevo.

—Tras la muerte de mi hermana y mi cuñado, me quedé tullido emocionalmente. Invoqué al espíritu para que me hablara de ti, Ruth, y fracasé, no di con él. —Esperaba algún tipo de recriminación por ello, que ella lo denunciara por su falta de eficacia y responsabilidad hacia su clan, pero en sus ojos dorados no había repudio de ningún tipo. Sólo comprensión.

—No tendría nada que contarte —contestó ella sin darle importancia—. No busques en mí a alguien que te acuse de todos los males del mundo, Adam. No voy a condenarte. Nerthus me dijo que había dormido mis dones y me había camuflado hasta ahora para que nadie me persiguiera ni me hiciera daño. ¿Qué te iba a decir el «espíritu»? Así que, ya ves, chaval, soy muy importante. —Y sonrió agachándose para coger aquella taza de ritual.

Adam sintió que algo florecía en su interior al verla sonreír. No lo podía negar. Era una chica especial y una pieza indispensable para los dioses. Puede que él no la quisiera como pareja pero se encargaría de velar siempre por su seguridad. ¿Quién sería el afortunado que se la llevaría? Sintió un nudo amargo en el estómago al pensar en ello.

—¿Qué bebes? —preguntó Ruth observando la cazuela ritual.

—Son plantas que abren el tercer ojo.

—¿El ano? —se echó a reír—. No sabía que te gustara eso, chamán. — Le guiñó un ojo.

Adam soltó una carcajada ronca, y a continuación negó con la cabeza. ¿Cuánto hacía que no reía así? Aquel sonido les sorprendió a ambos, por lo sencillo y franco que había sido.

—Las utilizo para que se abran mis sentidos. —Se aclaró la garganta y se agachó. Olió la taza poniendo cara de asco—. No huelen muy bien.

—Cierto —Ruth estaba tan a gusto que sólo quería maullar y frotarse contra el suelo como una gata. ¿No podrían estar así siempre?—. ¿Qué son esos símbolos marrones que hay alrededor del tambor?

—Son figuras y letras rúnicas. Es un mapa.

—¿Un mapa?

—Sí. Cuando el *noaiti* está en trance entre los mundos, se guía de las marcas rúnicas trazadas sobre la piel de reno del tambor. Es mi manera de volver a la consciencia. Toco los símbolos adecuados y ellos me regresan a este plano. No tengo pérdida.

—¿Qué cantabas? —Sentía tanta curiosidad por el mundo de Adam. Quería aprenderlo todo sobre él. Meneó la taza y se fijó en el movimiento del líquido en su interior—.

—El canto *joik*[30]. La percusión del tambor y los mantras repetitivos del *joik* son indispensables en mis rituales. La cadencia monótona y repetitiva del canto, me ayuda a entrar en trance para abandonar mi cuerpo y acceder al mundo en el que deseo entrar. Hacía tiempo que no lo ponía en práctica. Es como cantarle a la vida. Sirve para recordar personas, animales o tiempos pasados. A través de mi voz y mi canto, yo los invoco.

—Es bonito —susurró Ruth.

Adam la miró de reojo y se sonrojó.

—Necesito entender lo que sucede, por eso he querido entrar en el mundo inferior, para que me dijeran cómo detener todo esto, pero no he podido. —Hundió los hombros—. El espíritu no ha entrado en mí, no me ha elegido pero me ha dicho algo, el eco de su voz repetía un frase...

[30] Joik: canto originario Sami que evoca a las almas.

—¿Qué te decía? —Lo miró con los ojos abiertos de par en par y llenos de interés.

—No estoy seguro. Me ha dicho que no estoy completo todavía. Ruth lo repasó de arriba abajo.

—¿Te falta algo que yo no sepa?

—No se refería a eso —contestó él aguantándose la risa—. Es algo interno, de dentro. Tengo que averiguar lo que es.

Ruth hizo un gesto de conformidad.

—Averígualo pronto, chamán. Te necesitan. —Nunca diría que ella también lo necesitaba. Probó un poco del líquido de la taza y lo saboreó. Estaba asqueroso—. ¿Cómo puedes beber esto?

Adam se la quitó de las manos y la dejó dentro de la cazuela. Luego, sin previo aviso, la miró con ternura y le limpió la comisura de los labios con los pulgares.

—No bebas de eso. No te gustará —murmuró dulcemente. Se quedó estupefacto ante aquel acto espontáneo. ¿Qué estaba haciendo? Retiró las manos como si se hubiera quemado y se dio la vuelta para recoger todos los bártulos.

Ruth se tocó los labios donde todavía sentía la caricia de Adam. ¿Por qué le hacía eso? ¿Quería volverla loca?

—¿Por qué hoy, después de tanto tiempo, te sentías con fuerza para volver a contactar con el espíritu? —Se arrodilló a su lado y lo ayudó a recoger. No debía darle importancia a esos gestos.

Adam no sabía qué responderle. Desconocía que aquella mañana iba a levantarse con tanta energía y con la seguridad de que algo grande le sucedería. Había algo dentro de él, algo lleno de luz que irradiaba de dentro hacia afuera. Se sentía extraño.

—No lo sé. Hoy me sentía con fuerzas y punto —contestó cortante.

—Pero no has conseguido nada —le recordó ella—. A lo mejor necesitabas más tiempo...

—Puede que si no me hubieras interrumpido...

—Sí, claro, ¡ahora la culpa es mía! —se levantó furiosa—. Te despistas muy rápido, chamán.

—Hueles muy bien —murmuró a regañadientes, alzándose cuan alto era. No permitiría que Ruth pensara que le molestaba su presencia—. Te he olido y he regresado.

Ruth detuvo toda la retahíla de insultos que tenía en la punta de la lengua. ¿Ella olía bien? Él sí que olía bien. Ayer por la noche creía que sólo era menta helada, como un Halls, pero después de estar con él descubrió que era hielo dulce y preparado para deshacerse con el calor. Menta y chocolate a la vez. *Aftereight.*

—¿Te gusta cómo huelo? —preguntó llevándose la mano al cuello y acariciando la marca inconscientemente.

Adam se quedó paralizado al ver como ella se frotaba su mordisco. Y al momento, sintió que la caricia de la mano de Ruth se extendía a su miembro. Se giró para ocultar su erección.

—Sí. —contestó sincero.

Ruth respiró más tranquila. Además del diamante de su ombligo, también le gustaba cómo olía. Vaya, iba sumando enteros.

—Entonces me cambiaré el perfume —decidió sin hablar en serio—. No queremos que te enamores de mí, ¿a qué no, chamán?

Adam la miró de reojo. ¿Hablaba en serio? Siempre olería así. Era su esencia. Y no quería que se echara perfumes raros ni nada por el estilo... Espera un momento. No tenía derecho a exigirle nada. No era suya.

—Como quieras —dijo él guardando la olla y la bolsa de plantas en el orificio de la roca que hacía de base del Tótem. Ruth acercó la taza y él la tomó para esconderla con todo lo demás.

—Cuando salí a correr pensé que todavía estabas durmiendo —le explicó ella—. Nora y Liam están

solos en la casa. Deberíamos ir para allá.

El berserker se sintió bien al ver la auténtica preocupación de Ruth por sus sobrinos.

—Están seguros. —Se acercó a ella y la invitó a que caminara delante de él—. El sistema de seguridad es muy fiable. No entrara nadie que yo no quiera. Además, hemos añadido unas pequeñas modificaciones. Si alguien quiere entrar a menos de un kilómetro de mi casa, y no está insertado en el sistema de reconocimiento facial, sufrirá una buena descarga eléctrica. Y se quedará aturdido el tiempo suficiente como para que vayamos a por él. —Aquella chica que caminaba delante de él tenía un culo espectacular.

—¿Has incluido a todos nuestros amigos? —ella lo miró por encima del hombro.

Adam estaba centrado en el movimiento de esas dos nalgas simétricas y prietas. ¿Había dicho «nuestros»? Ruth y él compartían amigos. Los compartirían siempre a partir de ahora.

—Adam, deja de mirarme el culo. —Esquivó la rama de un árbol demasiado baja y la tensó lo suficiente como para que le rebotara a él en el pecho.

—¡Oye! —se quejó divertido—. ¿Qué quieres? Ese pantalón de atletismo que llevas es muy bonito.

Ruth puso los ojos en blanco.

—Todos sois iguales —murmuró por lo bajo.

Adam levantó la comisura de sus labios y sonrió satisfecho.

—Sí que he incluido a todos. A los colmillos y a los nuestros. —Y a Gabriel también, ¿no? —se giró preocupada—. Una descarga de esas lo puede matar.

—Sí, al principito también. Tranquilízate. Nunca vas a estar más segura, Ruth. El peligro está fuera de aquí.

—Gracias. —Asintió y siguió caminando. Si él se lo decía, lo creería—. Aileen me dijo que hasta su llegada nunca os habían atacado en vuestro territorio.

Adam retiró una rama para que ella pasara por debajo y no le molestara. Un gesto de caballero.

—Aileen te dijo la verdad. Wolverhampton estaba vetado para lobeznos y vampiros. Cuando sucedió lo de Caleb y Aileen sufrimos la primera intrusión y salimos victoriosos. No nos habían atacado de nuevo en nuestra casa hasta hace dos noches.

—Pero también salisteis victoriosos —añadió ella orgullosa.

—Porque nadie contaba contigo, Cazadora. Has sido una variante espectacular.

—¿Por qué soy una variante?

—El resultado de una ecuación se altera según la variante que le añadas. Strike y Lillian tenían su propia ecuación, y un resultado único que les favorecía. Pero tú apareciste y añadiste un valor distinto que acabó en otro resultado diferente al que ellos tenían planeado. El juego del destino. Capricho de los dioses.

—O pura física cuántica.

—Puede ser —admitió reconociéndola, observándola con otro prisma.

—Nerthus me dijo que en realidad el destino lo modificábamos nosotros con nuestras acciones, que gozábamos del libre albedrío. Supongo que el destino fatídico del que habláis también se puede modificar con variantes espectaculares, ¿no? Todo está en movimiento, todo se modifica. La vida tiene tanta plasticidad como nuestro cerebro. ¿Y si el destino de la tierra no acaba como todos predecís? ¿Y si el destino también está dotado de plasticidad? ¿Y si lo podemos moldear a nuestro gusto? ¿Y si el *Ragnarök* no llega?

Adam la estudió detalladamente. Esa chica no sólo era un melocotón andante, además, era inteligente. Pero tenía que borrarle de la mente esos ideales románticos. El futuro del *Midgard* se iba ir a tomar por culo si ello dependía de las erradas decisiones que tomaban los humanos, porque el

libre albedrío les había dado demasiada manga ancha para hacer lo que les diera la gana y, lamentablemente, se habían equivocado demasiadas veces. Había pocos humanos como Ruth. Valientes, atrevidos y que decidieran agarrar al toro por los cuernos.

—El destino de la tierra cambiará por completo, Ruth. Sólo tienes que mirar a tu alrededor. En la tierra, en vuestra realidad, hay dos frentes abiertos, uno que veis y otro que no veis. El primero es el frente que habéis creado como raza dentro del universo. El ser humano es destructivo por naturaleza, una paria, y vais de cabeza a convertir vuestro mundo en una gran nube de polvo. El segundo frente es el que abre la existencia de unos dioses creadores, algo en lo que no creéis y, quienes creen hacerlo, no entienden lo que eso comporta realmente. Soy un berserker, un ser que ha sido moldeado en las manos de un dios llamado Odín. —Abrió los brazos y dio una vuelta sobre sí mismo—. ¿Qué crees que supone esto? Desafía todas las leyes físicas que asumís como dogmas.

»Mi teoría es: o bien os destruís vosotros o lo harán los dioses —sentenció sombrío—. Si el destino de los dioses llega a su ocaso real, modificará el curso de la humanidad para siempre, y todo parece indicar que va a ser así. Afectará al equilibrio de la tierra sí o sí. Así en el cielo como en la tierra. Así es arriba como es abajo.

—Un principio universal. —Entendió Ruth.

—Sí, señorita. Un principio universal. Los siete principios universales se pueden aplicar en vuestro mundo, todos los puedes aplicar al curso que está tomando la humanidad. Loki ha jugado con dioses y humanos. Juega con todos. A vosotros os ha hecho débiles y materialistas, os ha rodeado de un mundo en el que la evolución se mide según las armas y la tecnología que desarrolléis. La culpa no es sólo de Loki, es vuestra, por tener esa naturaleza codiciosa y avara. Pensáis únicamente en el dinero, en el poder y en vuestra seguridad material. Os ha hecho creer que podéis controlar las cosas, que podéis manipular el curso de la vida, y por ello os habéis convertido en monstruos. Y con su rebelión no os ha jodido sólo a vosotros, sino que, además, ha puesto en jaque a los dioses. Se está haciendo más fuerte. Vampiros, lobeznos, espíritus y humanos se atreven a ponerse de su parte sin ningún complejo... El *Ragnarök* será mayor o menor dependiendo de lo preparados que estemos. Una cosa será consecuencia de la otra. Pero llegará, tenlo por seguro.

Ruth oía la voz de Adam y no se lo podía creer. ¿Es que ese hombre no tenía esperanza? Vale, el ser humano hacía las cosas mal, pero no todos tenían una venda en los ojos.

—Pero se supone que estamos aquí para detenerlo, ¿no? Vosotros, digo. ¿Acaso no estáis aquí para evitar el maldito Apocalipsis?

—Y en caso de que podamos evitar el ocaso de los dioses, *katt,* el Apocalipsis que mencionas —destacó—, en caso de que podamos detener a Loki, ¿quién os salvará del ocaso de la humanidad? ¿Quién os salvará de vosotros mismos? El *Midgard* está en serios problemas.

Ruth se detuvo y lo estudió como si fuera un bicho raro.

—Tu optimismo es contagioso.

—Eres muy sarcástica —gruñó él admirando sus pechos y sus piernas.

—Y tú un negativo y un pesimista. Pero no te preocupes, chamán — asintió decidida, sin dejar de mirar el espléndido tatuaje que cruzaba su pecho derecho. Cuánto más miraba el dragón, más le gustaba—. Yo mantendré la esperanza por ti. Alguien tiene que hacerlo.

Ruth se colocó a su lado y caminaron juntos. Caramba con el lobito que no le quitaba los ojos de encima hablaran de lo que hablaran. Lo mejor era moverse. Era eso, o dejar que la devorara con los ojos. Y ella no era fuerte para ignorar el calor de esa mirada llena de embrujo. Adam tuvo ganas de agarrarla de la mano y entrelazar los dedos con ella. Poder caminar tranquilos, disfrutando de la compañía del bosque y el uno del otro, ¿sería tan agradable como parecía? ¿Lo haría sentirse bien?

—Me gusta preceder a las damas, Ruth. Ve delante —le soltó él, incómodo por los derroteros que habían tomado sus pensamientos.

—Pero tú y yo sabemos que aquí no hay ninguna dama, ¿verdad? — contestó sin dejar a relucir lo afrentoso que había sido para ella ese comentario la noche anterior. Si se dio cuenta del respingo que dio Adam, lo pudo disimular muy bien. Él fue a contestarle, pero ella no le dejó—. Cuéntame algo: ¿cómo te eligieron chamán? ¿Cómo os elegís entre vosotros?

—Eres una humana muy curiosa, gatita.

Ruth no quería que la llamara así. Le hacía recordar sus cuerpos sudorosos y a Adam manteniéndola agarrada del cuello, con sus blancos y puntiagudos dientes hundidos en su piel, mientras la penetraba hasta convertirla en un flan.

—Ya te lo he dicho. Me gusta enterarme de las cosas.

—Ya veo. —La miró con algo parecido al afecto, y comprobó con orgullo cómo ella se sonrojaba—. El don del *noaiti* pasa de padres a hijos. Después de la muerte de mi padre, era normal que yo adoptara su papel.

—¿Y Strike no intervino para poner en duda esa elección? Él también era chamán, ¿no?

—Es un brujo, no un chamán. Además —añadió deteniéndose delante de un inmenso charco en el camino—, desapareció cuando se llevó a mi madre con él, y luego nunca supimos nada más hasta ahora.

—Ah. —Ruth miró el charco estupefacta—. Antes no he venido por aquí, este charco es inmenso. No quiero ensuciarme las bambas. —Miró su calzado con tristeza.

—No lo harás. —Sin más, la alzó por la cintura y la cogió en brazos como una niña pequeña—. Yo me ensuciaré por ti.

—Uy, eso es lo más bonito que me has dicho desde que nos conocemos

—murmuró Ruth con los ojos fijos en ese mentón obstinado.

Su cuerpo entró en combustión. Adam gruñó por lo bajo y la acercó más a él. Si Ruth le rodeara la cintura con esas piernas de infarto, él podría arrancarle el pantalón y hacerle el amor así, en esa posición. Y la volvería del revés, y la haría ponerse a cuatro patas y después...

—¿Sabes que cuando piensas en guarradas los ojos te cambian de color?

—soltó Ruth queriendo provocarlo—. Se vuelven rojos, como ahora.

—¿Estás pensando en mí, lobito?

Los labios de Adam dibujaron una sonrisa.

—¿Sabes que eres muy bruja? —se obligó a serenarse, pero le parecía un imposible con ella en sus brazos, hablando con él como si fueran amigos, o más que amigos. La noche anterior se habían acostado y... tenía que dejar de pensar en ello—. ¿Quieres que te hable del don del *noaiti?*

—Claro.

—Pues cállate la boquita, preciosa. —Cuando cruzaron el charco se dio prisa en dejarla en el suelo y la invitó a que continuara caminando—.

—Eres muy mandón.

—Cuando Odín otorgó el *ol*a los *einherjars,* que eran los guerreros inmortales, concedió sólo al elegido el furor estático y la inspiración de profecía, que es el estado que acompaña a la adivinación y al contacto con los muertos de todas las dimensiones. Mi padre, miles de años atrás, había sido humano. Un originario de los samis, ¿sabes quiénes son?

—¿Los lapones?

—No digas eso —la riñó—. Es una palabra muy peyorativa. Significa «inculto», «tonto» y otras cosas como por ejemplo, «ropa de mendigo». La gente los llama lapones sin saber que los están insultando, pero es normal, se sabe tan poco del pueblo sami.

—Lo siento, esa palabra está hasta en los atlas, no sabía que era un insulto.

Ahora entendía por qué Adam lucía esa piel bronceada y esos ojos negros y salvajes. Lo había visto con el pelo largo y podría haber sido un indio perfectamente, uno arrebatador y que quitaba el sentido. Los samis que vivían en las costas árticas escandinavas eran de ese estilo, pelo muy negro y liso, y piel curtida y morena. Ojos oscuros como los suyos.

—Era el chamán de su tribu. Los samis hace más de once mil años eran animistas o chamanistas, como quieras llamarle. Ahora, en la actualidad, hay samis que son hasta luteranos y algunos, hasta ortodoxos rusos. Sin embargo, yo vengo de los antiguos. Para nosotros hay vida en todo, en los animales, en las plantas, en los elementos... Mi padre convivió con los vikingos normandos que habitaban en las costas bálticas y el mar del Norte. Luchó con ellos, codo con codo. Al morir en la guerra defendiendo a su pueblo, las *valkyrias* lo recogieron y lo llevaron al *Valhalla*[31].

Cuando un guerrero es recogido por las *valkyrias,* lo convierten en guerrero inmortal. Un *einherjar.* Odín se lo llevó de ahí como a muchos otros y le otorgó el *ol,* la furia berserker, y el don del *Druht*[32]*,* ya que mi padre sabía de adivinación y profecías. El *Iruht* es el don que otorga el estado alterado de conciencia, el que se necesita para ver el futuro. Cuando los berserkers creados por Odín descendieron a la tierra, era necesario crear un *comitatus*[33]*,* una familia de honor entre ellos, ya que no había vínculos sanguíneos entre los originales, y necesitaban una estructura, algo que los identificara como grupo. El jefe del *comitatus* era As. La votación unánime del *comitatus,* decantaría la elección del *noaiti.* En realidad no era necesaria ninguna votación, ya que Odín había sido quien le había regalado el don a mi padre, pero Strike, que también venía de una familia de magos y brujos normanda y aria, exigió que se celebraran unas elecciones auténticas. La votación fue unánime, menos uno que votó en blanco.

—Strike, por supuesto.

—Por supuesto. Supongo que siempre odió a mi padre, lo envidió porque gozaba de un respeto que él no tenía. Strike era muy manipulador y necesitaba la admiración de los que le rodeaban. Un autentico ególatra.

—Me lo imagino —resopló.

—Pero se equivocó. Mi padre siempre me decía que era más importante ganarse el respeto que la admiración de las personas. De ese modo siempre te toman en serio. La admiración puede convertirse en aversión. El respeto, una vez lo ganas, es para siempre.

Caminaron en silencio un tramo más.

—¿Qué más me quieres preguntar? Venga, suéltalo. —Adam la miró entornando los ojos.

—¿Cómo murió tu padre?

Él se quedó perplejo ante la pregunta. Su padre... ¿Cómo iba a explicarle eso? Era todo tan oscuro y tan deprimente a su alrededor cuando pasó. Hacía ciento cincuenta años de aquello, y en algunas cosas todavía parecía que hubiese sido ayer, porque el dolor seguía siendo el mismo.

—¿Qué versión quieres? —preguntó con frialdad.

—No te entiendo.

Adam aceleró el paso. Sacar el tema lo ponía nervioso. Nadie, nunca, le había preguntado qué había sucedido. Nadie jamás supo lo que realmente había pasado. Sólo As y Noah, sus más allegados. Ni siquiera Sonja supo la verdad, porque Adam se había encargado de ello. Y ahora Ruth quería que hablara de él... y él necesitaba hacerlo. Caramba, necesitaba desahogarse.

—Se suicidó.

Ruth se detuvo en el camino de arena y lo agarró del antebrazo para que él se quedara con ella.

[31] Valhalla: las tierras del Asgard donde residen las valkyrias
[32] Druht: el don de profecía que sólo puede otorgar Odín.
[33] Comitatus: nombre que se le daba al grupo de guerreros que se reconocían como familia, sin lazos de sangre.

—Repítelo.

—Lo que has oído, Ruth. Mi padre se puso en bandeja a los vampiros.

—¿Cómo? ¿Por qué? —La revelación la había dejado aturdida.

Adam apretó la mandíbula y cerró los ojos para ver si así las imágenes de su muerte desaparecían, pero seguían ahí, grabadas en el lóbulo temporal de su cerebro.

—Cuando un berserker se empareja y su mujer muere, o peor, lo abandona, su energía mengua, queda dividida. Afecta a nuestro equilibrio mental y emocional.

—Supongo que como con los humanos. Cuando alguien nos rompe el corazón, también quedamos desvalidos durante un tiempo. Algunas veces nos cuesta recuperarnos toda una vida de ello, pero lo hacemos, o al menos lo intentamos.

—Mi padre no lo hizo. Después de que Lillian lo abandonara por Strike y lo ridiculizara se convirtió en un muerto andante, Ruth. Dejó de ser él mismo. En sus ojos no había ni brillo, ni vida, ni... ni amor. Cuando mi hermana y yo alcanzamos la edad de la conversión a los veintidós años, él se quitó un peso de encima. No tenía nada para darnos, todo se lo había llevado Lillian. Envejeció con rapidez.

—¿Por qué envejeció?

—Cuando un berserker es abandonado por su mujer, parte del caudal de su energía se va con ella y sólo puede ser restituída por su *kone.* Es muy difícil abrirnos a una pareja nueva, a no ser que la anterior que habíamos tenido no fuera realmente nuestro reflejo. Nuestro *reflekt*[34]*.*

—Reflejo. —Se mordió el labio sin entender.

—Es uno de los nombres que le damos a nuestra mujer. Es nuestro reflejo. Lo que somos, en los ojos que nos miramos. ¿Entiendes?

—Qué tierno —murmuró con los ojos brillantes—. Pero As perdió a Stephenie y él ahora está con María, y la verdad es que están genial.

—As perdió la vinculación con Stephenie porque se deshizo el nudo naturalmente al morir ella. No es lo mismo la muerte que el abandono. Muchos berserkers mueren con el tiempo al morir su pareja. Pierden las ganas de vivir. Otros se suicidan. Depende de la fortaleza del berserker. As es poderoso. También lo pasó mal con la muerte de su mujer y la desaparición de Jade, pero aprendió a superarlo y ahora se ha anudado a María. Mi madre, en cambio, sigue viva, y mi padre dependía de ella para poder mantenerse en forma porque el vínculo seguía ahí, el nudo no se había deshecho. No puedes engañar al cuerpo —remarcó—. Lillian se acostaba con Strike y ambos intercambiaban su energía, así que a ella no le afectó porque además de seguir siendo inmortal, no estaba enamorada de mi padre, él no era su *mann,* su hombre, por lo tanto no le dolió en ningún momento dejarlo. Mi padre se acostaba cada noche con la rabia y la desesperación. Se envenenó y se debilitó.

»Se desvinculó de nosotros. Éramos sus hijos, pero mi padre estaba vacío ahí donde antes rebosaba cariño y amor. La mentira de mi madre se lo arrebató todo. Se convirtió en un hombre oscuro, sin esperanzas, frío en la lucha e inmisericorde. As, que era su mejor amigo, a veces tenía dificultades para detenerlo en las reyertas. Mataba a todo lo que se cruzaba en su camino, y a veces no hacía diferencias. Si era un vampiro le cortaba la cabeza, si era un lobezno lo torturaba y lo quemaba hasta morir, y si era un humano y él ese día no tenía mucha paciencia, pues también lo sacaba de en medio. Ya no quería vivir. —Los ojos de Adam se humedecieron, pero retiró la cara para que Ruth no lo viera en ese estado de vulnerabilidad—. Una noche, As, Noah, mi padre y yo salimos a patrullar por la zona que ahora es Segdley. De repente, en las cercanías, olimos a un grupo de vampiros, y seguimos su rastro hasta llegar a una calle sin salida. Estaban atacando a un grupo de mujeres. Las iban a destrozar. ¿Sabes quién era una de las mujeres?

—No.

[34] Reflekt: en noruego significa “reflejo”.

—Stephanie. Ahí se conocieron ella y As.

—Vaya...

—Mi padre fue hacia ellos, Ruth. Como un loco descontrolado, que era en lo que se había convertido. Tiró su *oks*[35] y corrió hacia su muerte gritando como un energúmeno, sin intención de defenderse, sin ánimos de luchar. Se entregó a ellos y le cercenaron la cabeza, así sin más. No nos dio tiempo a detenerlo. Nos sorprendió a todos. Me acuerdo de ese momento, sin embargo, no recuerdo lo que sucedió después. As y Noah me explicaron que entré en cólera, y que maté con mis manos a los ocho lobeznos que lo habían matado. Y después colapsé.

Ruth estaba horrorizada de oír la historia que contaba Adam. ¿Su padre se mató porque no superó lo que Lillian le había hecho? Empezaba a entender un poco a Adam. Sus reservas y sus dudas, su desconfianza, todo aquello en lo que él ya no creía. Había una razón de peso para ser como era, pero, ¿era motivo suficiente para cerrarse en banda y negarse una vida en la que pudiera ser feliz?

—Un año antes de morir, mi padre me dijo que Loki lo estaba tentando. Le hablaba en sueños, y no se veía con fuerzas de luchar contra él, de negarlo. Estaba tan abatido... Fue entonces cuando escribió las profecías. La de su muerte y la de sus hijos.

—Es terrible, Adam. Siento de verdad lo que le pasó a tu padre. — Intentó acercarse a él para darle apoyo, pero Adam se retiró, no estaba dispuesto a recibir su consuelo. Ruth apretó los puños. Cada vez que ella se acercaba, él la rechazaba—. ¿Y tú quieres ser como él?

—¿Cómo dices?

—Que si quieres ser como tu padre —gruñó enrabietada—. Vivir ofuscado, sin permitirte la vida que necesitas, sin que entre un rayo de felicidad en tu casa. Viendo todo tan negro como al final estaba el corazón de Nimho. ¿Eso es lo que quieres? Las profecías de tu padre son deprimentes, hablan de ira y destrucción. No hay posibilidad de salvación en ninguna de ellas porque él había renegado ya de ella. Son fatalistas. Él estaba perdido.

—No sabes de lo que hablas. —Aceleró el paso y la dejó atrás. No quería escucharla—. No te he contado nada de esto para que me sermonees, Cazadora.

—¿Ah, no? —Ella corría detrás de él. Como siempre, él huía y ella lo perseguía. Se sentía patética—. No te estoy sermoneando, chamán. Es una observación. Estás lleno de pesimismo, y cargas solo con el peso de muchas responsabilidades. Tienes a tu cargo a dos niños pequeños que no son hijos tuyos, eres el chamán del clan y siempre debes estar a punto y afinado para recibir al espíritu, te culpas de la muerte de tu hermana y encima te has prestado a ser mi esclavo para redimirte. ¿Quieres que te hagan santo? ¿Adam el mártir? ¿Eso quieres? ¿Cuándo harás algo por ti? ¿Cuándo dejarás que otros hagan algo por ti? ¿Cuándo empezarás a vivir?

Adam se detuvo en seco, se giró, y Ruth chocó contra su pecho. La tomó por la parte superior de los brazos sin mucha ternura y la miró fijamente a los ojos.

—No necesito nada de lo que me dices, Ruth. Tengo todo lo que quiero. Tengo un puesto de honor en el clan, unos sobrinos que me quieren y me adoran, el recuerdo de Sonja que era una mujer maravillosa, y las lecciones de mi padre que son auténticas y están basadas en la experiencia.

—Su experiencia, no la tuya.

—Cállate.

—Dices que tienes todo lo que quieres, pero no tienes todo lo que necesitas. Lo veo, Adam. Lo veo en tus ojos. Puede que nos conozcamos desde hace muy poco tiempo pero la calidad de ese tiempo ha sido brutal, he visto cosas buenas y malas, y sé cosas de ti que otros no saben. Te estás ocultando, te escondes.

[35] Oks: en noruego significa “hacha”.

—¿Y qué mierda necesito?

Ruth quería contestarle, pero no se atrevió. Se mordió la lengua. Adam la zarandeó y volvió a preguntarle:

—Vamos, no te cortes ahora, Ruth. ¿Qué necesito?

Ruth lo miró a los ojos. Esos ojos negros que reflejaban tormento y pedían que lo quisieran. Unos ojos a los que, por lo visto, él no prestaba atención cuando se miraba en el espejo.

—Si no lo sabes tú porque estás ciego, yo...

—¿A ti? ¿Va de ti la cosa, Ruth? ¿Siempre va de ti todo? —volvió a zarandearla—. ¿Crees que te necesito? ¿Crees que puedes darme algo que me haga falta? Yo también sé lo que quieres, Cazadora. Eres transparente y lo que me dicen tus ojos es que...

—No me cabrees, Adam. —Intentó soltarse—. Yo sólo...

—Sé lo que te pasa. Me atacas porque estás enfadada por lo de ayer. A ver si dejamos las cosas claras de una puta vez. Lo que necesito de ti es esto. —Deslizó las manos por su espalda y las bajó hasta agarrar su trasero. Ruth se quejó porque estaba convencida de que tenía el culo amoratado por el modo de agarrarla la noche anterior—. Ayer lo tuve. Como te dije, tengo lo que quiero. Y no quiero más que esto.

Ruth intentó zafarse de él. Adam estaba enfadado y ella sabía el motivo. Le había tocado un punto sensible, algo que por lo visto nadie hacía, pero eso no le daba derecho a tratarla con desprecio.

—¿Por qué me hablas así? —Intentó empujar sus hombros pero él no la dejó que se soltara. La alzó del suelo, cogida como la tenía, y Ruth gritó de la rabia—. ¡Para, Adam!

Adam se detuvo al instante y la miró furioso. Ruth no tocaba con los pies en el suelo.

—El collar te ha dado un poder ficticio. No me ordenes que me calle y déjame decirte lo que en verdad pienso. —Sus ojos estaban amarillos.

—No he abusado del collar. Nunca lo he hecho aunque te lo has merecido más de una vez —le recordó ella preparada para oír lo que él tuviera que decirle. Preparada para recibir el golpe—. Te escucho, suéltalo rápido.

—Es sexo, Ruth. Sé lo que quieres, sé cómo me miras. Te conozco. Permanecerás conmigo mientras lleve el collar, y nos acostaremos las veces que tú quieras porque la verdad es que eres genial en la cama y no me puedo resistir a ti. Pero no te necesito, ¿de acuerdo? Liam, Nora y yo estamos bien solos, y en caso de que quiera a alguien en mi casa y en mi vida, no puedes ser tú. —Cuando vio que la luz de los ojos de Ruth se apagaba, sintió un dolor físico en el corazón, una punzada terrorífica que hizo que le temblaran las rodillas, pero lo aguantó con estoicismo—. No eres mi compañera, no encajas en mi vida. No sabes luchar, no sabes pelear ni puedes lidiar con alguien como yo. No puedes responsabilizarte de unos niños, no de los míos. Necesitan otro tipo de compañía. Protección. ¿Se la brindarás tú? Si hasta hace tres noches no sabías ni quién eras...

—Seré inmortal, gilipollas. Soy la Cazadora. —Levantó la barbilla, manteniendo el orgullo que Adam quería arrancarle con sus palabras. Se le llenaron los ojos de lágrimas sin derramar—. He aprendido muchas cosas contigo, no hace falta que me las recuerdes. Sé que no soy tu compañera, si no nunca me tratarías así. Tampoco soy tu amiga. Un amigo se interesa por la vida del otro. Aún espero que me hagas una sola pregunta sobre mí. Y hoy, ahora mismo, dejo de ser tu ama. —Llevó las manos al cierre del collar ante la mirada desconfiada de Adam. Lo hizo con agilidad—.

—¿Qué coño haces, Ruth? —gruñó desconcertado.

—Ya te dije ayer por la noche que tengo claro cuál es mi papel, aprendí la lección, ¿no? Lo iba a hacer de todas maneras, pero quería que los niños estuvieran delante. —Alzó las manos y Adam retiró la cara pensando que le iba a dar una bofetada. Eso indignó más a Ruth—. Pero como siempre contigo, todo sale del revés. Y puedo cuidar de los niños. Los pequeños no necesitan protección física, sólo la verdadera protección que les da el cariño. Y tampoco espero que te cases conmigo sólo

porque nos hayamos acostado, idiota presuntuoso. Es obvio que no me conoces. —Acto seguido el collar se abrió sin ningún esfuerzo—. Como no soy ni tu compañera, ni tu amiga, ni tu ama, tampoco seré tu puta. No quiero ser nada tuyo, ya he tenido suficiente. Me tengo más respeto.

Adam abrió los ojos y las palabras se le quedaron atoradas en la garganta. Ruth miró el collar que ahora yacía en sus manos y lo lanzó al suelo porque estaba quemando sus manos. El *hall stand* vibró y se iluminó para, acto seguido, desaparecer ante la estupefacción de los dos.

—Bájame —ordenó ella, afectada por las palabras que le había dedicado el berserker—. ¡Bájame hora mismo, Adam! —le tembló la voz—. Y quítame tus manos de encima.

Adam no se podía creer lo que había pasado. La bajó al suelo y la soltó. ¿Lo había liberado? No era posible.

—Se acabó el pacto. Supongo que estarás contento. —Observó su cuello. El tatuaje de letras rúnicas había desaparecido y sintió una profunda tristeza al ver que se esfumaba de su piel como si nunca hubiera existido.

Adam observaba el lugar en donde había caído el collar. Era libre. Libre de Ruth. Ya podía...

—Tu obligación conmigo acaba aquí. El pacto que teníamos tú y yo, también. Ayer por la noche aprendí lo que necesitaba saber. —Lo miró con los ojos llenos de lágrimas—. Ojalá que encuentres lo que sea que estás buscando. Todos merecemos tener la posibilidad de ser felices. Date esa posibilidad, chamán, no por los niños, sino por ti. Y dásela a la chica que has elegido. Margött, ¿no?— Se limpió las lágrimas de un manotazo—. ¿No es ella a la que quieres?

Adam focalizó toda su atención en la joven de pelo rojo y aspecto indefenso que tenía en frente. Ruth le había quitado el collar. Ya no necesitaba pagar con nada, en caso de que hubiera pagado algo —que lo dudaba— por estar en esa situación con ella. ¿Sabría ella lo que significaba liberarlo? ¿Lo que eso implicaba? Aquello lo humillaba. Se esforzó por que le saliera la voz.

—No hace falta que...

—No, no hace falta nada más. Ya está todo dicho. —Miró desorientada a su alrededor—. Seguiré corriendo, si no te importa.

Adam no se encontraba bien. Algo sucedía en su interior. Como si un muro se hubiera roto y de repente tuviera la capacidad de sentir mucho más que antes. Ya no era esclavo de esa mujer, ya no era nada de... ella. Escuchó un grito interno de reproche y de represalia, uno que venía del instinto, pero lo acalló.

—¿Dónde... dónde está mi iPod? —lo buscó nerviosa y desesperada por el suelo—. No puedo correr sin música, yo no puedo... —soltó un sollozo y se restregó las manos por los ojos—. Da igual.

Como Adam no contestaba, ni la ayudaba a buscarlo, asintió con la cabeza y pasó corriendo por su lado, pero se detuvo al oír la pregunta de Adam:

—¿Por qué?

—¿Por qué a qué?

—¿Por qué me has liberado después de todo lo que te he dicho? ¿Después de cómo te he tratado?

—Precisamente por todo lo que me has dicho, Adam. Tu padre te ha enseñado que es mejor el respeto que la admiración de las personas. No tengo ninguna de las dos cosas a tus ojos. Como no me lo vas a preguntar por qué no creo que te importe, te diré lo que aprendí con mis padres; el dolor es inevitable, pero el sufrimiento es opcional.

Después de eso, Ruth arrancó a correr con el amor propio por los suelos y el corazón definitivamente en estado crítico. ¿Cómo se iba a recuperar de eso? ¿Y por qué se sentía como si todo su mundo se hubiera ido al garete?

Mientras tanto, Adam divisó en el suelo fangoso un auricular blanco hecho pedazos. Lo había pisado él mientras alzaba a Ruth del suelo. Se le habría caído cuando forcejearon. Estaba todo manchado de barro y la pan-talla del reproductor rojo se había partido. Lo acarició como si a cada pasada de su dedo pulgar pudiera reparar la grieta del cristal. Como si pudiera reparar el daño que le había hecho a Ruth. Se dejó caer de rodillas en el suelo, y permitió que ese sentimiento erróneo de querer hacerla regresar lo invadiera por completo.

—¿Estoy perdido? ¿Perdido como mi padre? —susurró agachando la cabeza y hundiendo los hombros.

¿Así que de eso va todo?

Levantó la cabeza y miró al frente. Su hermana lo miraba con desaprobación y compasión en sus negros ojos. Su pelo rubio estaba reluciente. Podía verla. Podía verla sin necesidad de que Ruth estuviera en contacto con él. ¿Cómo era posible?

—¿Sonja? Puedo verte —comentó asombrado.

—Bien por ti. Estoy decepcionada contigo, Adam. ¿De eso se trata?

—¿De qué hablas? —genial, ahora recibía una de los rapapolvos históricos de Sonja.

—De que tienes miedo —le recriminó.

—No tengo miedo —contestó rotundo con el iPod todavía en las manos.

—Engaña a otro, cariño. A mí no. Soy tu hermana gemela. ¿Crees que porque no tenga cuerpo físico, no tengo la capacidad de sentir?

Adam se levantó furioso y miró al espectro directamente a los ojos. Ese rostro intimidaría a cualquiera, pero su hermana se limitó a poner los ojos en blanco.

—No me das miedo, hermanito. Eres un gallina.

—Perra.

—Claro, lo que tú digas. ¿Es que no vas a ir tras ella? —preguntó exasperada.

Adam apartó la mirada.

—¿Por qué? Las cosas son así, Sonja. Le estoy evitando un dolor mayor. Hoy veré a Margött y nos emparejaremos oficialmente. Si Ruth, incomprensiblemente, siente algo por mí...

—¿Si Ruth siente algo por ti, dices? ¿En condicional? Te ha liberado del *hallsbänd* pedazo de memo. El collar se abre cuando hay un perdón auténtico y una vinculación entre la *barnepike* y el *slave.* El amor. ¿Te dice algo eso? ¡Hombres! —levantó los brazos y miró al cielo—. Sois topos sobre dos patas. Ruth siente algo por ti pero, como nunca lo ha sentido, está confusa y asustada. Es igual de cabezota que tú y tampoco quiere reconocerlo, aunque al menos ella es más sensata y admite que le importas y que es débil contigo.

—Debe de ser un error... —murmuró Adam mirando al frente.

—Escúchame, porque sólo te lo voy a repetir una vez. No puedes elegir a otra mujer cuando hace un momento estabas con alguien que podría ser tu *kone,* Adam. Es un ultraje. ¿Es que estás ciego? ¿Vas a pisar ese regalo que te dan las *nornas?*

—¡Ella no es mi *kone!*

—Sigue negándotelo, hermanito, y a lo mejor, al final, hasta te lo crees. —Sonrió pitorreándose de él.

Adam se frotó la cabeza rapada con las manos.

—No quiero ver que eliges mal, Adam. —Sonja se acercó a él y le puso una mano incorpórea sobre el hombro—. Mereces algo bueno. Piensa bien lo que vas a hacer y cómo vas a actuar a partir de ahora, porque esa chica que se ha ido corriendo de tu lado ya no quiere saber más de ti. La has ahuyentado.

Esas palabras fueron como puñaladas en su corazón.

—¿Cómo lo sabes?

—Soy mujer, yo haría lo mismo. —Se encogió de hombros—. ¿Cuánta paciencia crees que podemos tener? ¿El mordisco que luce es tuyo? Él agachó la cabeza avergonzado. Su hermana era peor que la KGB.

—Eres un hipócrita. —Se dio la vuelta y se cruzó de brazos, enfadada, irritada con el comportamiento de su gemelo—. ¿No es tu mujer y la marcas así? No tienes derecho a hacerle eso si luego no la vas a reclamar. No está bien.

—¡Maldita sea! ¡Ya lo sé! —Adam estalló. Era demasiada presión, demasiadas sorpresas y una cosa venía detrás de la otra cuando estaba con Ruth. Y ahora que lo había liberado, ahora que ella ya no quería tener nada que ver con él, ahora, sentía un vacío en el estómago, incómodo y doloroso.

—De todos modos, creo que es lo mejor para ella —comentó su hermana mirándose las uñas–. Es mi heroína, y no quisiera que acabara con alguien tan oscuro, pesimista y cegato como tú. Encontrará a otro.

Adam gruñó y quiso alcanzar a Sonja con las manos, pero ella desapareció y apareció de nuevo tras él con una sonrisa de oreja a oreja.

—Soy un espíritiu —se echó a reír—. No me puedes tocar si no estás en contacto con la Cazadora. Y no estás en contacto con ella, ¿verdad? No. La has tratado como un trozo de carne con ojos. ¿Sabes algo de ella? ¿Sabes quién es? ¿Lo que le gusta? ¿Lo que no? ¿Su color favorito? ¿Su canción predilecta? Es normal que no quiera saber nada de ti.

No había modo de sentirse peor. ¿Alguna vez había demostrado tanta falta de interés hacia alguien? Jamás. Ruth lo asustaba. Era cierto. No quería involucrarse más con ella. No quería quedarse enganchado y eso sería lo que iba a pasar si seguía conociéndola, porque, hasta ahora, todo lo que había aprendido a su lado, lo había hecho caer un poco más en sus redes.

Y la maldita verdad era que le gustaba muchísimo. Lo transformaba en algo diferente a lo que solía ser. Le arrancaba sonrisas y ganas de ser un caballero, aunque luego, en realidad, se comportara como un hombre arrogante y duro sólo para mantener las distancias emocionales. Emociones. ¿Cuándo se habían despertado?

—Papá y Lillian no estaban predestinados. Se vincularon porque creyeron que era el momento. —Sonja quería hacer entrar en razón a su hermano a toda costa—. La libertina de nuestra madre creía sólo en el poder, en las apariencias. Pensó que atándose a papá el título le haría feliz. Pero tenía un tic nervioso entre las piernas, ¿verdad? Siempre quiso más de lo que tenía. —Formó dos puños con las manos—. Y esa es nuestra historia. Crecimos con unos padres que no se querían. Millones de humanos viven con ese drama, pero la mayoría sobreviven a ello y se hacen mejores.

—No sé por qué me dices esto.

—Adam, abre los ojazos. Mira nuestro clan. Es muy difícil encontrar a nuestra verdadera pareja entre nosotros, y no podemos esperar a los hijos de nuestros compañeros y hacer matrimonios de conveniencia como hasta ahora. Queremos algo más, Adam. La necesidad de amar locamente a alguien no es exclusiva de los sueños de los humanos, es una necesidad universal. La mayoría de los humanos además no respetan a sus parejas, buscan ese amor loco y posesivo, pero luego lo adulteran. Estar contigo no será fácil para Ruth, pero ¿y qué? Nosotros nos entregamos en cuerpo y alma, Adam. Para siempre. Además, nos hemos relacionado muy poco con esta raza y no nos hemos dado la oportunidad de buscar el verdadero amor entre ellos. ¿Y si Ruth es tu verdadera pareja? ¿Y si es «ella»?

—No quiero equivocarme, Sonja. Liam y Nora...

—Liam y Nora estarán felices mientras tú estés con ellos. Margött es una mujer respetada, pero nunca ha habido nada entre vosotros. No lo forcéis.

—Esa decisión la tomaré yo.

—Sin duda. Pero no metas a mis hijos en esto, ¿me has oído? —La cara de Sonja reflejaba un rictus serio y poderoso—. Si un día eres infeliz y desdichado como fue papá, no quiero que los culpes a ellos. Para que Liam y Nora crezcan alegres y seguros necesitan a su tío feliz y agradecido con la vida. Es lo único que necesitan.

—No lo haría jamás —replicó indignado—. Nunca los culparía a ellos si...

—Eso espero —le cortó ella—. Ahora que todavía estoy aquí, y que puedes verme, quiero dejártelo claro y darte un último consejo de hermana. Me queda poco tiempo aquí. He luchado hasta el final, llevo muchos años perdida en un mundo de sombras e invisibilidad. Y quiero irme a casa. Mi energía se desvanece, Adam. Parece que ahora, después de haber hecho mi trabajo y después de veros y tocaros por última vez, mi espíritu, mi esencia, quiere dejar este plano. No sé cuánto tiempo tengo hasta que me vaya. Espero que, para entonces, la Cazadora haya vencido a Lillian —dijo con esperanza—. Y así, podré irme con mi marido.

—¿Por qué puedo verte, todavía? —Era una maravilla estar en frente de Sonja de nuevo, aunque lo pusiera de los nervios.

—Es otro de los muchos regalos que te ha dado la Cazadora. Supongo que al acostarte con ella y al intercambiar el *chi,* ella también intercambió su energía contigo. Te ofreció sus dones para compartirlos contigo. Igual que tú le entregaste tu energía.

Fantástico. Sencillamente fantástico. Ruth le entregaba cosas de incalculable valor y él seguía sin valorarla. ¿Se podía ser más estúpido?

—Tienes que releer las profecías de papá. Hay una segunda lectura en ellas. Te lo dije anoche. Estaba sumido en la oscuridad y lo que veía e interpretaba se teñía de tinieblas y se salpicaba de su propio dolor. Léelas, por favor. ¿Lo harás?

Adam asintió y suspiró cansado.

—¿Algún consejo más?

—Sólo pasa una vez, Adam.

—¿El qué? —preguntó aturdido.

—El amor —le dijo con ternura—. Es un tren de un solo viaje. Puedes conformarte con trenes de cercanías si quieres, pero no te llevarán a donde realmente quieres ir.

—¿Adónde crees que quiero ir? —preguntó a regañadientes.

—A casa. Todos queremos ir a casa. Yo encontré mi casa en mi pareja, era mío y por eso no puedo irme de aquí sin él. Por eso sigo aquí. Si dejas ir a esa chica, ojalá me equivoque, nunca podrás volver a casa. Y si hay una persona en el mundo que merece el cariz y el calor de un hogar, ése eres tú.

CAPÍTULO 19

Cuando Adam recibía un escarmiento, no le gustaba el regusto amargo que le quedaba en la lengua. Las emociones mutan el agua del cuerpo, y la lengua recibe el sabor de la saliva, de ahí que Adam tuviera esa sensación en la boca. Aquella era una de las primeras lecciones que les enseñaban a los pequeños berserkers. Saborear y oler las emociones. Sin embargo, su nuevo estado de ánimo también tenía connotaciones agridulces. Era su hermana quien le había dado el consejo, una hermana que hacía siete años que no veía, la hermana que siempre llevaría en el corazón. La vida le había dado una oportunidad para despedirse de ella y puede que para reconciliarse con él mismo. Y Ruth... esa chica había compartido su don con él.

¿Tenía razón Sonja? ¿Había dado en el clavo Ruth? ¿Cuánto tiempo llevaba negándose la felicidad? ¿Cuándo empezó a agriarse? El problema es que no se recordaba a sí mismo divirtiéndose de verdad. No tenía recuerdos de él haciendo locuras, sólo se visualizaba manteniendo siempre la compostura y haciéndose responsable de todos y de todo, incluso de las muertes que se habían producido a su alrededor. ¿Se había ofuscado durante ese tiempo?

Mientras esperaba en el salón a Liam y a Nora para llevarlos a la escuela, meditaba sobre las palabras de las dos mujeres que en ese momento estaban interviniendo en su vida. Una estaba decepcionada con él porque se había anulado por completo, la otra porque había tenido un comportamiento nefasto con ella. Una ya había muerto, la otra seguía viva pero ya no quería saber nada de él. Que Ruth le hablara o siquiera lo mirara era un milagro, y sin embargo la Cazadora le había preguntado si necesitaba ayuda con los pequeños o si quería que ella los llevara al colegio.

—Puedo acercarlos yo, si te parece —había sugerido al llegar de correr—. Vamos al mismo lugar, y hoy sí que doy clase, así que... —Yo los acercaré, gracias. —Había sido su respuesta.

—Como quieras. —La chica se había encogido de hombros y había subido a ducharse.

Y Adam estaba ahora deseando seguirla corriendo escaleras arriba, entrar en

su habitación y meterse en la ducha con ella. Si hiciera eso, Ruth le daría una patada estupenda en el culo.

Estaba muy cabreado consigo mismo. Estaba tan empecinado en apartarse de ella y lo había hecho tan bien que ahora la distancia era casi insalvable.

—Adam. —Ruth lo llamó mientras bajaba la escalera. Ya se había duchado y secado el pelo. Se había cambiado y volvía a estar para comérsela. ¿De dónde sacaba esos trapitos tan sexys? Llevaba una minifalda, muy corta y descosida por las costuras, una camiseta ajustada con motivos muy llamativos de Custo Barcelona, que se ataba al cuello, un pañuelo de lentejuelas negras que le cubría la garganta y unos zapatos de tiras negras, abiertos por delante y por detrás y que se anudaban a la pantorrilla. La suela de corcho tenía un poco de plataforma, y la hacía más alta y de piernas interminables—. ¿Has recibido el mensaje? —le enseñó su iPhone.

Sí que lo había recibido. Esa misma noche, As los había citado a todos en el Dogstar, un local de vida nocturna en Brixton. Por lo visto, tenía que comunicar cuál era el plan de acción a emprender contra la nueva rebelión que se les venía encima.

—Sí —contestó mirándola fijamente.

—¿Vas a ir?

No había nada que le afectara más que la indiferencia de esa mujer. No le gritaba, no le apartaba la cara, no lo golpeaba, ni siquiera lo insultaba. La había humillado de nuevo con su trato en el bosque y ella estaba ahí plantada delante de él, guapa como la novia del demonio, demostrándole que no le importaba lo que él pensara de ella. Qué chica más fascinante.

—Sí. Encontraré a alguien que se haga cargo de los pequeños. Ruth asintió pensativa.

—¿Sabes qué? Creo que las sacerdotisas harían un buen trabajo con ellos. El otro día estuvieron

juntos en casa de As y se lo pasaron muy bien.

—¿Las tres ancianas? —arqueó las cejas incrédulo.

—Sí, las que son un cruce entre las chicas de oro y Gandalf. Adam soltó una carcajada y luego otra, hasta que se puso las manos en el abdomen de tanto reír.

—No te rías de ellas. —Ruth sonreía y negaba con la cabeza. Era tan impresionante cuando Adam se soltaba.

—¿Yo? Has sido tú la que has hecho que les pierda el respeto —se limpió las lágrimas de los ojos.

—Tienen poderes. Pueden hacerse cargo de ellos. Además, yo las vi encantadas con los gemelos.

—Es que mis gemelos son un encanto.

—Sí, menos mal que se parecen a tu hermana. La naturaleza es sabia — puso los ojos en blanco.

Ruth lo iba a volver loco con esa pose de suficiencia que intentaba aparentar con él. Olía a dolor y le estaba haciendo polvo.

—Los iba a dejar en la casa-escuela con Mär... —se interrumpió al darse cuenta de que nombrarla delante de Ruth estaba mal—. Siempre los he dejado allí cuando me he encontrado en este tipo de situaciones.

Ruth se tragó la amargura.

—Como tú veas. Son tus sobrinos.

—Sí. ¿Estás bien? —terminó preguntándole.

—Perfectamente. —Frunció el ceño—. ¿Y tú?

Quería decirle que no. De ninguna manera iba a estar bien si ella ni siquiera lo miraba.

—Genial. —Menudo falso.

—Por cierto —soltó como si se le hubiera olvidado—, he pensado que mañana me iré de aquí.

El corazón le dejó de latir por unos segundos. ¿Se iba? Alarmado dio un paso cauteloso hacia ella. No, no. Ella no podía dejarlo.

—¿Por qué?

Ruth dibujó una sonrisa tensa y fingida.

—Porque no hay razón para que esté ocupando una habitación en tu casa si ya tengo la mía.

—Estás bajo mi protección.

—En Notting Hill también me protegen. Caleb me vigilará. Tengo a muchos vigilantes alrededor. Más que aquí —puntualizó ella—. Creo que Liam y Nora necesitan más protección que yo —susurró para que los pequeños no la oyeran—. Y tú no puedes dividirte entre mi seguridad y la de ellos.

—Pero...

—Deja de fingir que te importa —lo cortó sin interés alguno en lo que él pudiera argumentar—. Recupera la vida que tenías, Adam. Te he liberado del pacto. Se terminó.

—¿Tío Adam?

Ahí estaban los dos seres diminutos que le habían robado el corazón a Ruth. Los miró y sintió que se deshacía por ellos.

Ruth había enseñado a Nora a no pintarse para ir al cole, porque era muy pequeña todavía. Le había puesto cacao en los labios y coloretes, y con ese vestido blanco con margaritas en los tirantes y sus zapatillas a conjunto parecía una muñequita. Miró a Ruth y sonrió, mostrando orgullosa su diente mellado y su pelo rubio suelto.

Liam era un niño tan hermoso y exótico que era imposible no mirarlo, como su tío. Cogía de la mano a su hermana y siempre, siempre, se adelantaba dos centímetros por delante de ella para marcar territorio, para protegerla de cualquier cosa que pudiera sucederle. Ambos estaban llenos de

bondad, y despertaban en Ruth la necesidad de cuidar de ellos y el instinto de quererlos incondicionalmente. En fin, si ya los quería con todo su corazón.

—¿Vienes con nosotros? —preguntó Nora esperanzada.

—No... no puedo, cariño.

Los ojos de Nora se llenaron de desasosiego.

—Nora, cielo. —Ruth se acercó y se agachó para hablar con ella, cogiéndole las manos con dulzura—. ¿Recuerdas lo que hemos hablado antes? —Mientras Liam estaba con Adam, ella la había ayudado a elegir ropa y a peinarla, y mientras tanto habían hablado de muchas cosas.

—Sí.

—¿Lo harás?

—Sí —se le escapó la risa.

Ruth la abrazó con fuerza.

—Yo me voy. Tengo que preparar lo que vamos a hacer hoy en clase, y además... —su teléfono vibró y miró la pantalla. La alegría inundó su cara—, nos vemos después, ¿de acuerdo? —Besó a los gemelos en la mejilla y se despidió de Adam con un gesto impersonal mientras contestaba al teléfono—. ¡Hola, rubio!... ¿esta noche?... ¡claro que sí!... Nos vemos allí. —Se petó de la risa—. Eres un salido...

—¿No nos espera? —Liam tiró de la mano de su tío, que estaba absorto en la conversación de Ruth.

—No. —La siguió con los ojos hasta que cruzó la puerta de la entrada de su casa. Cuando la puerta se cerró creyó sentir como un puño se hundía en su estómago. ¿Con quién hablaba Ruth? ¿Qué había pasado ahí? Y súbitamente, sin avisar, la soledad y la tristeza sobrecargaron su alma. Quería que regresara y que se metiera en el coche con él, a su lado. Él la llevaría a la escuela y luego le pediría que lo acompañara esa noche para disculparse por todo. Y si Ruth lo rechazaba, cosa probable, iría directamente a visitar a Gabriel. Porque Gabriel era su mejor amigo, algo que él no sería en la vida si seguía comportándose como un estúpido. Aileen seguramente lo mataría cuando Ruth le contara lo que había pasado. Y Gabriel, aunque sólo fuera por el hecho de ser hombre como él, lo compadecería, y si tenía buen corazón le ayudaría para sacarlo del hoyo en el que él solito se había metido. La decisión estaba tomada. Sólo tenía que actuar con el instinto y encontrarse por la noche con Ruth. Se arrastraría por el suelo si era necesario, porque odiaba sentir que ella no lo tenía en cuenta, que no quería ni su protección ni su compañía. Había hecho falta que Sonja regresara de entre los muertos para que él se diera cuenta de que tenía miedo. Y lo peor era que tenía que experimentar el amargo trago de ver cómo Ruth se alejaba definitivamente de él para entender lo mucho que la necesitaba.

Aileen entró en el aula para saludar a Ruth que había llegado dos horas antes de que empezara su clase, pero se detuvo en el umbral de la entrada. Su amiga estaba sentada delante de su ordenador, cansada y ojerosa, con la mirada perdida y los brazos lánguidos y caídos. ¿Qué le pasaba?

—¿Ruth?

Ruth no contestó. Cerró los ojos como si lo que fuera que viese en el ordenador le hiriera de alguna manera.

—¿Ruth? —repitió.

—¿Crees que soy incapaz de cuidar a unos niños? —Levantó los ojos hacia ella y vio como Aileen se estremecía.

—¿Te ha dicho eso? ¿Él? —gruñó y corrió a sentarse a su lado.

—Cree, entre otras cosas, que no puedo hacerme cargo de Nora y Liam. No me ve responsable. No cree que tenga mi lado maternal y protector desarrollado.

—Cretino. Le cortaré las pelotas, te juro que...

—¿Tiene razón? —La miró desesperada, buscando consuelo en los ojos lilas de su amiga, rastreando la aparición de la duda o la vacilación en su respuesta.

—¡No! ¡Claro que no! No te conoce, Ruth, y encima es tonto del culo. Si no supieras tratar con niños no estarías ayudándome. Ellos te adoran. ¿Cuándo te ha dicho eso?

—Esta misma mañana. Ha sido el último de los miles de piropos que me ha dedicado estos días —contestó abatida, borrando la pantalla del ordenador.

—Se va a arrepentir.

—Te aseguro que sí. Si cree que me puede tratar así después de acostarse conmigo por segunda vez...

—¡Alto! —rugió Aileen con los ojos como platos—. Tienes que explicarme muchas cosas y estos días no hemos tenido tiempo para hablar.

—No tiene importancia, Aileen. Millones de hombres y mujeres tienen relaciones sexuales cada hora. Lo que él y yo hicimos no tiene nada de especial.

—Lo tiene Ruth. Tú eres mi mejor amiga y él es un berserker enorme y con muy malas pulgas. ¿Fue todo... bien? ¿Te encuentras bien? —su hermoso rostro la estudió preocupada.

—Estoy hecha polvo. —Apoyó los codos sobre la mesa y se cubrió la cara con las manos—. Tengo morados en zonas del cuerpo que no sabía ni que existían. Y mira. —Se quitó el pañuelo del cuello y señaló el mordisco de Adam—. Me hace esto y luego va y me dice que no soy lo que quiere. —El temperamento de Ruth tenía un límite y empezaba a rebasarlo.

—Menudo animal. Te has puesto maquillaje y te lo cubres con un pañuelo que, por cierto, es precioso... —observó la manufacturación de la prenda y carraspeó–. A lo que vamos. Le estás tirando en cara a un berserker que no quieres llevar su marca.

—¡Tengo otro mordisco en el culo, Aileen! —explotó indignada—. ¡¿Qué importa que me cubra el cuello si resulta que toda yo soy un mapa andante por su culpa?! Y después de manosearme por todos lados, se atreve a decirme que no le interesa nada más de mí. Pero esto no va a quedar así. —La furia la hizo levantarse de la silla—. ¿Crees que cubrirme su mordisco es ofensivo?

—Se lo merece —asintió Aileen cruzándose de brazos y aprobando su decisión.

—Pues te aseguro que se va a cagar cuando esta noche me vea con Cahal, porque voy al Dogstar con él. Sé que... sé que a Adam le gusta lo que ve cuando me mira. Pero no confía en mí como humana, como raza inferior, como... mujer.

Aileen también se levantó como un resorte.

—No, Ruth. Ni hablar.

—¿Ni hablar? —arqueó las cejas y se echó el pelo rojizo hacia atrás, desafiándola a contradecirla.

—Esta noche no necesitamos problemas. Cahal es muy protector contigo y además le encanta coquetear. Si a Adam le importas...

—No te equivoques. A Adam le importo menos que una mierda, Aileen. Sólo quiere mi cuerpo, no necesita nada más, y me lo ha dejado bien claro. —Los ojos se le humedecieron pero enseguida lo disimuló—. Pues esta noche le voy a enseñar que lo único que le gusta de mí, no lo va a catar más.

Y después de eso se dejó caer en la silla y apoyó la frente sobre el pupitre.

—Estoy tan enfadada con él —lloriqueó—. Y estoy enfadada conmigo misma por... por haberme enamorado de un tío así.

—¿Enamorado? Tú nunca te enamoras. —Le pasó un brazo por encima y apoyó la frente sobre su nuca.

—Creo que estoy enamorada de él desde el día en que lo vi. Raya la obsesión, es un sentimiento enfermizo. Necesito que me mire, que me toque, que me hable, que me sonría... Lo necesito. Adoro

su forma reservada de ser, y sobre todo, adoro la manera que tiene de tratar a Liam y a Nora —exclamó a punto de derrumbarse—. Cuando me toca... Aileen, cuando ese hombre me toca tengo la sensación de que voy a morir ardiendo en sus brazos. Es como si... Maldita sea, mira como estoy debido a él —se lamentó avergonzada—. Qué vergüenza... ¿Y quién diablos es Margött? Me la echa en cara a la mínima que puede. Dice que la ha elegido a ella.

Aileen frunció el cejo.

—Dime que es gorda, coja, bizca y uniceja —soltó Ruth implorando esa contestación como una niña pequeña.

—¿Nena, has visto algún miembro de los clanes que sea feo? —le acarició el pelo caoba.

—Mierda.

—Sí. Una de las grandes, además. Margött es muy guapa. Un poco altiva para mi gusto. —Arrugó la nariz—. Es la hermana de Limbo.

—Ferpecto. —Porque peor que perfecto era ‹‹ferpecto››.

—Ferpectísimo. —Aileen miró la pantalla del ordenador—. No creo que peguen. ¿Qué estabas mirando?

—Quería saber lo que era el *chi,* y por qué razón Adam no me lo quiere dar.

—Es la energía esencial de los berserkers. La entregan a su pareja para conectarse y vincularse a ellas, y en caso de que la mujer fuera humana, el *chi* intercambiado las mantiene jóvenes y les da la longevidad necesaria para compartir la vida con él. Podrías habérmelo preguntado.

—Bueno, ahora ya lo sé. Gracias —añadió sarcástica—. Todos tenemos el *chi.* Incluso yo tengo eso aunque Adam crea que el mío no vale. Tenemos centros de energía en nuestro cuerpo, y está formado de nuestra propia energía electromagnética. ¿Sabías eso? Me lo ha explicado Cahal esta mañana. También me ha dicho que podemos elegir no liberar nuestra energía si practicamos el celibato o si aprendemos a controlar nuestros orgasmos y en vez de explosionar, implosionamos. Creo que Adam se sorprendió mientras hacíamos el amor porque por lo visto él quería controlar su orgasmo y te juro que él explotó, y Aileen, ese hombre explotó por todos lados. —Aseguró con una medio sonrisa.

—Nena, tienes que contarme eso —dijo con sumo interés, acercándose más a ella—. ¿Son tan salvajes los berserkers como nos había dicho Daanna? Y... ¿Lo hiciste a pelo?

Ruth asintió con ojos pícaros.

—No pasa nada. Me tomo la píldora y él no tiene enfermedades. Pero con todo y con eso, creo que se obligó a inhibirse. No estaba liberado del todo. Intentó protegerme de su verdadera naturaleza, de su fuerza y sus necesidades. —Porque era mujer y tenía un sentido adicional para esas cosas, lo supo. Supo que Adam se refrenó con ella.

—¿Por qué crees que lo haría?

—Porque no soy lo que él quiere. Si lo fuera, seguro que lo que fuera que no me dejó ver de él mientras nos acostábamos, me lo hubiera enseñado. —A lo mejor tenía miedo de asustarte.

—Miedo de asustarme... —meditó incrédula mirándose los pies—. Suena redundante.

—Puede que sí.

Ruth se hundió en la silla y se abrazó las rodillas.

—¿Está mal? —preguntó con un hilo de voz.

—¿El qué?

—Sentir que necesitas a esa persona que te ha menospreciado, que te ha insultado, que no te valora y que encima, te ha mordido como a un bistec —Aileen se echó a reír—. ¿Está mal sentir esa necesidad? Yo no conozco a Adam como a ti o a Gabriel, que os llevo viendo desde que somos unos renacuajos. Sin embargo sentí que yo era de él desde el primer momento que entró en mi vida.

—¿Por qué está mal? —preguntó Aileen retirando una lágrima rebelde de la mejilla de Ruth—. ¿Porque nos han enseñado que antes del enamoramiento hay que conocerse, que citarse veinte veces por lo menos? ¿Que primero va el amor y luego el sexo? ¿Quién demonios se atreve a decir lo que es el amor de verdad? No se puede ver, ni tocar, sólo sentir. ¿Quién se atreve a definir el amor en base a unas reglas a seguir? Es absurdo. —Aileen tomó la cara de su amiga y sonrió con dulzura, viendo en Ruth las mismas dudas que ella había tenido una vez respecto a su relación con Caleb—. Cariño, si hay algo que he aprendido desde que estoy aquí, es que, en el amor no hay orden. Todo es caos. El amor de verdad no es ciego, ¿sabes? El amor de verdad te muestra los errores y los defectos de esa persona, pero tú, aun así, lo sigues amando, porque es algo absolutamente redentor. ¿Si creo que es una locura sentir por Adam lo que sientes? —Alzó las cejas y negó con la cabeza—. No, amiga. Lo ridículo sería ignorar lo que sientes por él porque crees que no sigue las reglas que nos han inculcado desde que somos unos mocosos. Soy una híbrida, Ruth, pero tengo una estructura mental muy humana al respecto, y es ahora, cuando he vivido el verdadero amor con mi *cáraid,* que empiezo a ver las lagunas que hay en todo aquello que nos han enseñado como correcto o verdadero. No es malo ser lo suficientemente humilde como para expresar lo que sientes, como para admitir que tienes la necesidad de estar con una persona en concreto, sólo una. La única. Y si es Adam, pues es él, ¿qué se le va a hacer?

—Que es un drama, eso es lo que es. —Resopló.

—No hay nada perdido, Ruth, nada. No te rindas todavía.

—No tengo ganas de rendirme. Sólo tengo ganas de hacérselo pasar mal y de ponerlo celoso, si es posible.

—Inténtalo —la animó Aileen—. En el amor y en la guerra, todo está permitido.

Ruth miraba con adoración a Aileen. Su amiga, que estaba titulada en pedagogía, era una excelente oradora. Desde siempre. Cuando Aileen hablaba, lo único que se podía hacer era callar y escuchar. Era el tono de voz que empleaba, un sonido lleno de azúcar y abrazos, eso era lo que hipnotizaba a la gente. O puede que fueran sus ojos lilas claros llenos de vida y aceptación. No lo sabía, pero agradecía a lo que fuera que había allá arriba, el haber tenido la oportunidad de conocer a alguien como ella.

—¿Te casas conmigo? —preguntó Ruth agarrándola de los hombros y abrazándola con fuerza—.

—Caleb es un poco posesivo —se apartó y sonrió arrugando la nariz.

—Somos dos mujeres. Se pondrá cachondo perdido.

—Depende...—fingió que se lo pensaba y de repente se le iluminaron los ojos como si hubiera recordado algo—. ¿Antes has dicho que Cahal te ha explicado lo del *chi?* ¿Por eso has venido tan temprano? ¿Has venido con él?

—No. —Se relajó—. He venido temprano porque he hecho un informe para Caleb y As. Tu novio ‹‹el nazi›› me lo pidió muy educadamente. Ya sabes: ‹‹Hola, Ruth. Te llamo porque hoy por la noche tenemos reunión en el Dogstar y quiero un informe con todas las localizaciones de los miembros de los foros a los que hemos hecho un seguimiento especial. Lo quiero para ya››. Como me lo ha pedido tan educadamente yo no he podido negarme, ¿sabes?

Aileen rio y de repente se tapó la boca con la mano.

—‹‹Ferpecto›› —le susurró una voz de hombre al oído.

Caleb, con toda su estatura, su cuerpo, su belleza, sus ojos, su presencia de adonis, en fin, con toda aquella inaguantable ‹‹ferpección›› vaniria que desprendía, estaba ahí con ellas y ni siquiera lo había oído entrar.

—¿Dejas que tu amiga hable así de mí? —rodeó a Aileen con los brazos y le dio uno de esos besos que no se emitirían por la televisión hasta las diez de la noche.

—Lo dice con cariño. ¿Le mandas trabajo después de todo lo que está haciendo? —replicó ella

sonriéndole.

—Todos estamos superados por los conflictos y la situación, amor. Tenemos que dar más de lo que podemos y Ruth es uno de los nuestros. Aquí no se mima a nadie.

—Qué bien —dijo la aludida sin ánimo. Sacó un dossier de tapas negras de su bolso y se lo entregó al guerrero.

Caleb lo tomó y lo ojeó rápidamente, asintiendo mientras revisaba su trabajo.

—¿Está todo?

—Es un informe exhaustivo, amo.

—Así me gusta, esclava —contestó sin mirarla, leyendo una de las páginas del dossier—. No he podido evitar la conversación que has tenido con mi *chailin*[36]*.* Por cierto, ¿quieres que patee el culo del chucho?

Ruth se sintió agradecida por el ofrecimiento. Caleb, en realidad, era muy protector con la gente que le importaba, y sabía que él la apreciaba, no sólo por ser la mejor amiga de la mujer de su vida, sino porque, a su manera, bromeaba con ella y dejaba de ser el dictador rudo y amenazador que era con los demás.

—Gracias, pero ya se lo patearé yo.

—Como digas, Ruth. Me voy, nena. Necesito hablar con tu abuelo sobre unos asuntos —agarró de la cintura a Aileen y volvió a besarla—. ¿Necesitas algo? ¿Estás bien? ¿Tienes hambre? —le susurró al oído y un brillo sensual deslumbró en sus ojos verdes.

—Estoy bien —le acarició el largo pelo negro. Desde que Caleb podía salir bajo la luz del sol, su piel estaba adquiriendo un tono bronceado enloquecedor. A Aileen la volvía del revés cada vez que lo miraba. —. Vete ya, mango con patas. —Y le dio una cachetada en el culo.

—Nos vemos de aquí a un ratito. —Le guiñó un ojo y sonrió a Ruth como gesto de despedida. Salió por la ventana y echó a volar.

—¡Caleb! ¡No puedes hacer eso a plena luz del día! —lo regañó Aileen medio divertida—. Estos McKenna pasan de las reglas de una manera... pero se lo perdono. Está tan bueno —murmuró acariciándose el labio.

—Estás enferma. —Ruth se levantó y sacó de su bolso la película de DVD *Avatar.* Luego tomó una bolsa de plástico llena de gafas 3D.

—¿Sesión de cine con los niños? —Aileen cogió unas gafas y se las puso.

—Primero, redacción con el teclado. Quiero que me escriban cada uno a qué le temen. El otro día me escribieron una poesía sobre la alegría. Tienes que ver como controlan la mecanografía, apenas les veo los dedos de lo rápido que teclean. Aprenden rápido esos granujas —afirmó orgullosa—. Y luego, he decidido que hoy, los pequeños terroristas vanirios y los nuevos berserkers, Liam y Nora, van a aprender que los seres se pueden amar incondicionalmente se venga del planeta que se venga, o seas de la raza que seas. ¿Lo ves bien?

—Es una buena idea —aprobó la híbrida—. ¿Sabes qué?

Ruth colocó las gafas sobre cada uno de los pupitres.

—¿Qué?

—Sé lo que nos hace falta —murmuró acercándose a ella y tomándola de los hombros para que la mirara.

—¿Un *tuppersex?*

—No, loca. Un Berkeley con las chicas.

[36] Chailin: en gaélico significa “dama”.

CAPÍTULO 20

La mañana lluviosa pasó rápidamente. Los niños quedaron encantados con la película, muchos lloraron emocionados y otros, como Liam, aguantaban los pucheros como podían. Era muy importante para los niños de los clanes aparentar fortaleza, y aguantarse las lágrimas era vital de cara a las niñas. Ruth sintió ternura y lástima por ellos. La educación tenía estructuras parecidas a la de los humanos, rígidas y sexistas. Los hombres debían siempre ser fuertes y aguantar todos los chaparrones sin derramar una lágrima. Eso, seguramente, también había hecho al mundo lo que era ahora. La debilidad era símbolo de fracaso.

Ruth se guardó todas las redacciones en un *pen drive* y les prometió que a la semana siguiente les diría lo que le habían parecido y si estaban bien construidas o no. También era una manera de entender a Liam y a Nora, y de conocer más a esas dos personitas que ella ya quería incomprensiblemente como si fueran suyas. Los niños se habían adaptado bien a la clase, pero Nora estaba preocupada porque Jared, el vanirio de diez años, no dejaba de incordiarla. El pequeño estaba entusiasmado con Nora, pero la niña no iba a entender nada de eso, así que Ruth le había dado el consejo de que lo ignorara y de que cada vez que él le dijera algo, Nora repitiera: «Oigo el zumbido de una mosca». Y la criatura lo había puesto en práctica con una eficiencia brutal y devastadora para el pobre vanirio.

Al mediodía comió con Aileen. Si Adam fue a recoger a los gemelos, ella no lo vio, ya que se cuidó de no encontrarse con él. A las cinco y media se reunieron con María y Daanna en la puerta del hotel de lujo The Berkeley, en el corazón del Knightsbridge de Londres. Ruth salió de su Smart Roadstar y se guardó sus gafas Carrera rojas en el bolsillo trasero de su mini falda. Llovía de nuevo, un clima espléndido y acorde con su humor. Admiró encandilada la fachada de aquel lujoso y popular hotel. El Berkeley no podía estar en mejor zona. Harrods estaba a apenas veinte pasos, y la avenida donde se encontraba estaba poblada de encantadoras, caras y bohemias tiendas de antigüedades. Se colgó su bolso Escada negro al hombro y se adentró en el hotel.

En la recepción esperaban María y Daanna, que la recibieron con una gran sonrisa. Aileen llegó medio minuto más tarde, las abrazó a todas y las animó a que entraran.

—¿Qué hacemos aquí? ¿Habéis reservado mesa? —preguntó Ruth en voz baja.

—Nos vamos a tomar un té Fashionista. —Explicó Aileen agarrándola del brazo.

—‹‹Prêt à Porter›› —corrigió Daanna mirando fijamente al recepcionista.

Ruth se miró las ropas. Allí, en el té de la tarde de Berkeley, había normas de vestimenta. No estaba muy segura de que ellas las cumplieran. Daanna iba con una camiseta negra ajustadísima de lentejuelas y unos jeans de pitillo arrapados, acompañados con unos tacones de vértigo. Por Daanna ella podría hacerse lesbiana, pensó, admirando la belleza de la vaniria. Ruth celebraba la hermosura de sus amigas. Eran increíbles y llamaban mucho la atención. Aileen y María llevaban vestidos: el de la sacerdotisa blanco y vaporoso que resaltaba su piel aceitunada y su pelo negro y brillante; y en cambio Aileen lucía uno de esos vestiditos de diseño que tanto le gustaban y que decían: se mira pero sólo lo toca uno.

—Tranquila, pequeña —murmuró Daanna viendo la inspección que Ruth estaba haciendo a las ropas que llevaban—. Tenemos reserva. Mira y aprende. —La deslumbrante vaniria agitó su melena azabache y miró al pobre George, el recepcionista, a los ojos. Sus labios gruesos dibujaron una sonrisa y sus ojos verdes eléctricos se dilataron—. Soy Daanna McKenna, y tenemos hora a las cinco y media en el Caramel Room.

—Por supuesto, *milady.* —Salió de la recepción y él mismo las guió a una mesa apartada en una de las esquinas del salón.

Daanna sonrió orgullosa. Se había aprovechado por primera vez de su don. Nunca se había permitido infringir las leyes ni los códigos de los vanirios, pero estaba cansada, harta y triste, todo a la vez, y había decidido romper con todas esas normas.

—¿Daanna? —Ruth la miró de arriba abajo—. Lo has traumatizado. ¿Sabes a dónde va el pobre George ahora?

—¿A dónde? —preguntó María tomando asiento.

—A cascársela como un mono. Vaniria, ¿no deberías reprimir un poco ese *sex-appeal?*

Ella tuvo el detalle de sonrojarse y negar con la cabeza.

—Lo siento.

—No lo sientas —la corrigió Ruth—. No puedes pedir disculpas por ser una beldad. Incluso yo me liaría contigo.

María arrancó a reírse y Aileen resopló como un caballo.

—Chicas, un poco de moderación —advirtió María cuando pudo coger aire para hacerlo—. No es el mejor lugar para exteriorizar barbaridades. Por cierto, Madonna está dos mesas a vuestra derecha, ¿la habéis visto?

Ruth y Daanna se miraron la una a la otra ignorando el comentario de María sobre la celebridad. La vaniria le sacó la lengua burlona y la Cazadora bizqueó.

El té de la tarde formaba parte de la tradición inglesa por excelencia. Muchas de las personas que estaban ahí reunidas, seguramente se habían pasado la tarde de compras en las tiendas del Knightsbridge, y para descansar los pies habían decidido gastarse unas cuarenta y ocho libras por cabeza, si querían añadir champán al momento del té. Era toda una experiencia ostentosa. El té de Berkeley no se trataba sólo de un poco de té servido en la mejor porcelana china y acompañado con un trozo de bizcocho. No señor. Aquello era todo un placer. Algunos hoteles, como era el caso, amenizaban la estancia con música en directo como aquellos músicos de *jazz* que tocaban el piano y el saxo en el pequeño escenario dedicado a ello en el Caramel Room.

Mientras les servían en porciones diminutas los *éclairs* de chocolate y los bizcochos inspirados en las últimas colecciones de moda, otro camarero les servía el té, y el siguiente les llenaba las copas de champán. Durante el té, bombardearon a Ruth con todo tipo de preguntas. Hablaron sobre cómo era Nerthus, sobre su excelente puntería con el arco y sobre lo que había sido su iniciación. Por lo visto había un pacto para no sacar el tema de Adam por ningún lado.

—¿Has utilizado tu don? —preguntó María sorbiendo la copa de champán.

—Ayer noche. No te imaginas la de almas que había en el bosque. Fue increíble —explicó emocionada—. Reuní a la hermana de Adam, Sonja, con sus hijos y con él mismo. Lloré tanto al verlos juntos.

—Adam debe de estar tan agradecido —supuso María entrecerrando los ojos.

Aileen, que veía por dónde iban los tiros de María quiso echar un guante a su amiga cambiando de tema.

—Bueno, Ruth. ¿Ya no se presentan las almas de sopetón, entonces? — preguntó.

—Las percibo antes. Pero sobretodo debo convocarlas por la noche. Es la manera de no volverme loca. Si no, imagínate, estaría hablando con vosotros y con veinte muertos más. No, gracias. —Mordió un bizcocho y miró a María. Sus ojos dorados rezumaban auténtico interés—. ¿As intercambia su *chi* contigo? Tienes un aspecto increíble.

La elegante mujer se secó la boca pulcramente con la servilleta. Los ojos negros azabaches le brillaban como nunca y los rasgos se le habían suavizado devolviéndole parte de la juventud que, inevitablemente, se perdía con los años mortales.

—As hace muchas cosas conmigo. Y sí, comparte su *chi* desde el primer día y yo le doy el mío. ¿Sabes ya lo que es el *chi,* hermanita? —María podría formar parte de la Inquisición si quisiera.

—No sé hasta qué punto me apetece oír nada de esto —comentó Aileen disgustada.

—Pues a mí sí. —Daanna puso cara de interés—. ¿Qué hace As contigo?

—¿Te has acostado con Adam? —contraatacó la sacerdotisa ignorando a Daanna.

—No puedes contestar a una pregunta con otra. —Ruth la señaló con el bizcocho—. Yo he preguntado primero.

—Hueles a berserker. Hueles mucho. —Daanna tomó un sorbo de té. Ruth puso los ojos en blanco y se rindió.

—Sí. Me he acostado con él, pero él no quiere nada conmigo.

—No hace falta que quiera. Tiene el collar —María se señaló el cuello.

—María es una dominatrix —murmuró Aileen sin podérselo creer. —Ya no —contestó Ruth—. Se lo he quitado esta mañana.

—¿Cómo? —exclamaron las tres a la vez.

—Odio ese collar. Lo odio. No me gusta. Al principio pensé que sería divertido poner a Adam entre las cuerdas, pero es una maldita arma de doble filo. Es peligrosa. Así que para que Adam viera que no tenía que sentirse obligado conmigo, lo liberé.

—Estás enamorada de él —sentenció María.

Daanna y Aileen comieron a la vez otro *éclair* de chocolate. Aquellos pastelitos eran una delicia. La traducción al castellano era ‹‹relámpago›› y los llamaban así porque el glaseado que llevaban por encima los hacía brillar como rayos. Se parecían a las lionesas, pero en vez de ser redondos, eran alargados.

—¿Cómo lo sabes? —¿Tanto se le notaba?

—Porque, Ruth, el collar no se abre si no hay amor de por medio. Es la única manera de obtener la redención total. Me lo explicó As. Todos los berserkers lo saben.

Mierda. Ahora Adam sabía también que ella tenía profundos sentimientos hacia él. No podía humillarse más.

—¿Te gusta desde hace tiempo?

—Desde que lo vi. Debo parecer patética. Voy a beber. —Se bebió la copa de champán de golpe y el camarero inmediatamente le llenó la copa de nuevo.

—No me puedo creer que Adam te muerda así y no te reclame... — dijo Daanna disgustada—. Todos los hombres son unos cerdos.

—No todos —contestaron Aileen y María mirándose con complicidad.

—Dentro de dos noches es luna llena. —María tomó a Ruth de la mano, transmitiéndole las fuerzas que le faltaban a la joven—. Si te reclama entonces, serás de él para siempre. Y prepárate, pequeña, porque te aseguro que no habrás visto nada parecido en toda tu vida.

Aileen se tapó los oídos y empezó a tararear como una demente.

—Ignórala, en según qué cosas todavía es una niña —le dijo Ruth haciendo referencia a Aileen y centrándose en la sacerdotisa—. Adam no me va a reclamar. No me quiere.

—Cuando un berserker marca a una mujer como él ha hecho contigo, hay un interés profundo, hermana. La noche que el lobezno te arañó en el estómago, fue él quien te socorrió. ¿Sabes por qué sanaste tan rápido?

—Porque es especial —aseguró Daanna.

—No. No es por eso. —Le retiró un mechón de pelo caoba de la cara—. Adam te ofreció su *chi.* Lo hizo consciente o inconscientemente, no lo sé. As y yo hemos hablado de esto a menudo. Él te dio su

energía para que te curaras. Hace dos noches, cuando contactamos contigo mentalmente en el Tótem y te dimos nuestros ánimos, percibí las heridas físicas que tenías. Mírate ahora. No tienes ninguna.

—Es por la ambrosía que me ofreció Nerthus para hacerme inmortal.

—No —aclaró María—. La ambrosía hace el efecto al séptimo día, Ruth. Sigues siendo mortal hasta que no pasen cuatro noches más. Te curas porque él te entrega su energía. No lo puede evitar.

Ruth se quedó de piedra al oír eso.

—Pero él me ha dicho que no me ha elegido a mí.

—Es su decisión, pero se equivocará si no te escoge, porque su cuerpo y su instinto ya te han elegido. Sería una traición absoluta si se va con otra mujer.

—¿Crees que no me siento ya traicionada? ¿Que no me duele cómo él me rechaza? —Se acongojó y arrugó la servilleta en una mano—. No lo soporto.

Daanna se compadeció de Ruth y le acarició la pierna.

—Entonces dale una lección —la animó la vaniria.

—Eso tengo planeado. No me quiere como *chi*ca suya —hizo la marca de las comillas con los dedos.

—Uy, menuda *chi*spa que tienes, Ruth. —continuó la broma Aileen. —Vaya, te ha salido un *chi*ste —murmuró Daanna sonriendo.

—Pues si yo fuera tú, hermana —comentó María—, esta noche haría que Adam se a*chi*charrara nada más verte.

—Eso si antes no le corto la *chi*storra —dramatizó Ruth.

Dos de las señoras de la mesa de al lado mandaron a callar a las chicas, escandalizadas con lo que, muy a su pesar, oían.

Daanna las fulminó con la mirada y ambas mujeres dejaron caer el cuello hacia delante y hundieron sus regordetas y maquilladas caras en los respectivos platos de bizcochos y chucherías.

—*Chi*smosas —susurró Daanna entre dientes.

—¿Las has matado? —preguntó Aileen horrorizada.

—Sólo están echando una siestecita —contestó Daanna comiéndose el séptimo *éclair.* Irritada, miró como la híbrida se partía de la risa viéndola comer—. No me mires así, Aileen. Tengo hambre. Siempre tengo hambre. Es uno de los fabulosos dones de la zorra de Freyja.

Ruth no pudo aguantarse la risa. Los vanirios siempre tenían un hambre voraz y comieran lo que comieran nada los saciaba. Algunos enloquecían por esa necesidad y al final acababan bebiendo de la sangre de los humanos, de la cual se volvían adictos y enfermaban. La enfermedad se llamaba vampirismo y era irreversible.

—Ya lo sé —contestó Aileen comprendiendo a su cuñada—. ¿Dónde está Menw?

—¿Por qué siempre que me sacas el tema del hambre me preguntas por Menw?

—¡Ésa la sé! —exclamó Ruth emocionada.

—Cállate, Cazadora. —Daanna le metió un bizcocho en la boca a Ruth—. Para vuestra información, esta noche he quedado con Gabriel.

—¿Con Gab? ¿Por qué? —preguntó Aileen.

—Es mono. Divertido. Me hace reír.

Ruth y Aileen se miraron alarmadas. ¿Daanna y Gabriel?

—Gab es todo eso porque es un cielo de hombre. Pero no hace que se te alarguen los colmillos, ¿verdad? —señaló Aileen.

—Y en cambio tú sí que haces que a él se le alargue otra cosa —puntualizó Ruth bebiendo otra copa de champán—. No juegues con él.

—Nunca he jugado a nada con nadie. No soy así —gruñó Daanna.

—Parecemos cuatro verduleras. Menos mal que estoy yo aquí para controlaros un poco. ¿Nadie os ha enseñado protocolo? —María pidió la cuenta al camarero.

—¿Verduleras, dices? Fíjate en esas vacas con narcolepsia —Daanna se cruzó de brazos, molesta por la advertencia—. Aún mantienen las pamelas en la cabeza. ¿Dónde está el protocolo ahí?

Las tres miraron a las pobres mujeres víctimas de los poderes mentales de la vaniria. Y sin poder, ni querer evitarlo, disfrutaron de un sonoro ataque de risa.

Cuando Adam dejó el Hummer en la calle paralela de Coldharbour creía tener todo planeado para ganarse a Ruth. La conversación con Gabriel había sido fructífera. El joven intentó ser poco conciliador con él, pero su naturaleza bondadosa acabó haciéndolo ceder. Adam estaba seguro de que eso no le hacía sentirse orgulloso de sí mismo, pero lo que el humano había hecho, seguro que haría muy feliz a su amiga. En aquel momento, era la única que importaba. Ruth y lo que ella quisiera de él.

La vida de Ruth no había sido un lecho de rosas como él había erróneamente creído. ¿Cuánto margen podría tener Adam para equivocarse de nuevo con ella? Seguro que ya no le quedaba porque era lo que se había dedicado a hacer desde que se conocieron. Cagarla una y otra vez.

—¿Por qué no le preguntas tú lo que necesitas saber? —le reprochó Gabriel.

—Porque no va a hablar conmigo. Las cosas se han puesto un poco feas entre nosotros.

—¿Es que hay un ‹‹entre vosotros››? —El humano hizo que lo siguiera hasta la cocina—. Veo que no llevas el collar.

—Hay un ‹‹algo›› —contestó Adam. Era mucho más que eso, pero no estaba preparado para admitirlo ante nadie ni ante sí mismo—. Ruth me ha liberado de él.

—Ruth es demasiado buena para ti.

—Puede ser —contestó con humildad.

Después de esa confesión, hablaron toda la tarde sobre lo que su amigo conocía de la Cazadora.

—Cuando Ruth oía las voces —le había explicado Gabriel mientras le lanzaba una cerveza y se sentaban en las butacas alrededor de la barra americana de su casa—, sus padres pensaron que estaba poseída por el demonio. Son evangelistas, muy fanáticos y forman parte de una secta. Están locos. Llevaban a sus amigos de la secta, rodeaban a Ruth y hacían exorcismos cuando todavía era una niña. ¿Le has visto las marcas?

Adam ni siquiera abrió la cerveza. Se quedó mirando la lata, y una bruma roja lo cegó. Su cuerpo tembló y a punto estuvo de entrar en cólera cuando oyó lo que sus padres habían hecho al pobre cuerpo de Ruth. Aguantó estoico lo que le explicaba Gabriel sobre los tratamientos poco ortodoxos que empleaban para con ella, para sanarla y purificarla, para eliminar a Satán de su piel. Maldita sea, sólo era una niña. Una niña lo suficientemente sensible como para oír a las almas que todavía seguían en el plano físico.

No había visto las marcas. Joder, no se había fijado, no se había tomado la molestia de verla bien y de inspeccionar su piel. Se imaginó a Ruth, tan pequeñita, llorando con sus fantásticos ojos dorados, sin poder defenderse. Atada a... tragó saliva, le entraron ganas de vomitar, de gritar, de desgarrarse la camiseta ahí mismo y destrozar la casa. Si alguna vez tenía la oportunidad de encontrarse con aquel dechado de virtudes de padres se iba a encargar de ellos personalmente. Lenta y meticulosamente, como todo lo que habían hecho con su chica. ¿Su chica? *Suya.*

Por eso, Ruth, cuando había alcanzado la mayoría de edad, se había cambiado los apellidos. No quería tener nada que ver con ellos. Su familia, que tenía raíces inglesas, la había rechazado, y ella los había rechazado a ellos. Gabriel le había dicho que el inglés era el idioma materno de Ruth, pero eso

él ya lo había descubierto antes. Sus padres la habían maltratado y ella los había negado ante la justicia. Causa y efecto, otra vez.

Él mismo la había menospreciado, y ahora seguramente no querría volver a estar con él nunca más. Y ese efecto en especial era desolador. Debido a eso, también, cuando se discutieron en la cocina de la casa de Aileen y él le dijo que si quería unos azotes, Ruth palideció. No lo hizo a propósito. Él no sabía nada de ella entonces.

Gabriel era un tío honesto y leal que se encargaba lo mejor que podía de cuidar de sus amigas. Pero ahora Aileen ya tenía quien cuidara de ella, y Ruth... Ruth también. Los recelos respecto a ellos dos, a su relación con ella, no habían desaparecido del todo, porque seguía teniendo miedo de equivocarse y de perder, de fracasar y de salir engañado, pero si no lo intentaba se lo iba a echar en cara toda su vida. Y era una vida muy larga como para cargar con sus desaciertos.

Ahora, cansado de sí mismo y de su ceguera, se iba a encontrar con ella en el Dogstar. Mañana hablaría con Margött y le diría que no había futuro para ellos. En ese momento su prioridad era la Cazadora, y lograr que lo escuchara iba a ser difícil, pero no imposible.

El Dogstar era uno de los pubs más importantes y originales de la capital, y creaba tendencia siempre. A As le encantaba porque decía que tenía un espíritu que iba mucho con la esencia berserker. A Adam siempre le había encantado ir a ese local a tomar unas copas con Noah. Le gustaban mucho los DJ' s que allí pinchaban. Massive Attack y The Order, entre ellos.

La verdad era que la decoración del lugar puede que pegara ese día más que nunca con su estado emocional. Las paredes, que estaban pintadas en tonos grises oscuros y rojos, contrastaban con el mobiliario blanco que era el color de las chimeneas y los marrones claros de la decoración en general. Le recordaba a su casa, aunque su hogar era más de diseño. El local estaba dividido en tres plantas inspiradas en ART DECÓ. Marcos de todo tipo y tamaños lucían colgados en las paredes. A él le gustaban particularmente dos cuadros. Uno enorme circular en el que se reflejaba la cara de un doberman y otro, que fue un regalo de As al dueño del pub, que era un escudo berserker. El escudo de guerra berserker era un símbolo de casta y valentía. Tenía tonos dorados y plateados, dos *oks* auténticos lo atravesaban, en el centro se veía tallada en acero la cara de Odín y había un pequeño lobo aullando en el medio y que se apoyaba en las piernas traseras. Lo habían colgado en la planta VIP, que era donde ellos iban a estar para celebrar la reunión.

Todos los salones tenían su propia decoración. Algunos lucían sillones de piel roja y marrón, otros, mesas de madera clara tapizadas con manteles rojos. Era variopinto, pero sí que mantenía una esencia de antiguo y moderno que bien podría ir con lo que era el berserker. Un ser más bien hogareño y protector de lo suyo, pero que, dado el caso, podría reinventarse para hacerse más accesible a los demás.

Cuando entró en el pub se encontró a su mejor amigo tomando unas copas en la barra y hablando con el barman. Noah llevaba una camiseta de color borgoña muy ajustada y unos tejanos negros anchos y bajos de cintura. No entendía cómo ellos dos se llevaban tan bien. Adam era la noche y Noah el día. El carácter extrovertido y amistoso de su amigo rubio, no tenía que ver con el introvertido y más bien seco de él. Pero Noah era un pilar para él, su hermano por elección de corazón, por *comitatus.*

La música del grupo finlandés HIM sonaba de fondo. A él personalmente no le gustaba mucho, pero era el grupo favorito del *leder,* así que tenía que aguantarlos. Adam hubiera preferido otro tipo de música. Algo como Eminem, One Republic, Linkin Park... Ése era su estilo. Sus sobrinos lo obligaban a escuchar Tokio Hotel porque Nora estaba enamorada de su cantante, que él estaba seguro que era hermafrodita. Y pocas veces podía poner a tope a sus grupos favoritos. Pero cuando iba solo en el Hummer, que también era algo que pasaba pocas veces, entonces se desmadraba.

—¿Qué pasa, chamán? Me han dicho que ya no llevas el collar —le susurró Noah.

—Joder con las noticias, vuelan rápido. Ponme un cubata de tequila con melocotón, Gio. Con hielo —le pidió al barman.

—Ruth no ha llegado todavía —murmuró Adam. No olía a melocotón, sólo al de su bebida, por tanto, ella no estaba ahí. Sacó su iPhone y la llamó.

—Ten paciencia, tío. La verdad es que faltan algunos por llegar todavía. Caleb y Aileen están arriba, pero todavía no he visto ni a su hermana, ni al sanador, ni al druida, así que ellos también llegarán en cualquier momento.

Adam gruñó cuando entendió que Ruth no iba a cogerle el teléfono. Tomó su cubata y bebió un sorbo largo.

Noah silbó.

—Vaya, vaya, chamán. Te veo un poco nervioso...

—Que te den.

La puerta se abrió y aparecieron Gabriel y Daanna hablando y riéndose de algo que les había sucedido. Gab mantuvo la puerta abierta para ella. Quien los viera vería algo inevitable. A él enamorado de la vaniria, y a la vaniria, que lo apreciaba como a un amigo. Los saludaron al entrar. Daanna le echó una mirada de desprecio capaz de convertir a una persona en piedra, pero él no era una persona cualquiera. A continuación, la vaniria saludó con respeto a Noah. Adam se fue hacia ellos.

—¿Dónde está Ruth? —preguntó. Su humor se volvía cada vez más negro. Algo en él estaba incompleto y el pecho le oprimía provocándole una sensación de ansiedad muy desagradable.

—Estará al llegar. Me ha llamado hace cinco minutos y me ha dicho que ya venía hacia aquí —contestó Daanna con frialdad.

El berserker se tranquilizó y volvió con Noah.

—Limbo me ha llamado. Me ha dicho que esta noche no podía venir porque quería averiguar algo relacionado con el paradero de Strike. Me ha pedido que mañana nos reunamos con él, solos tú y yo. Nos enviará un correo durante el mediodía con todo lo que ya tiene para adelantarnos información.

—¿Dónde nos reuniremos con él? —se frotó el pecho a ver si así la opresión se relajaba.

—En su casa, por la tarde.

—Allí estaremos.

La puerta del pub se abrió, y Adam se quedó de piedra cuando se encontró con Margött, que lo miraba fijamente, con una sonrisa lobuna en su exuberante boca.

—La loba ha llegado... —murmuró Noah dándole un golpe de apoyo en el hombro y desapareciendo de allí.

—¿Qué haces aquí, Margött? Pensaba que te quedabas en la casa-escuela con los pequeños —dijo incómodo.

—No te preocupes, los he dejado a cargo de Rise, están en su casa. Mi hermano me ha dicho que hiciera una excepción y viniera hoy aquí en su lugar, que él estaba ocupado. Como sabía que ibas a estar tú aquí, no he podido negarme. Si voy a ser tu mujer puedo estar a tu lado, ¿verdad? — se acercó a él y le pasó la mano con posesión por el pecho. Él la agarró de la muñeca con determinación—. Te echaba de menos —se acercó a él y lo besó en la barbilla.

—Margött, quería hablar contigo... —se apartó ligeramente.

—Hola.

Adam hizo a un lado a la berserker y no le hizo falta levantar la mirada para saber quién había entrado. Atormentado y furioso consigo mismo, observó a Ruth, el increíble melocotón que él había rechazado, y que ahora estaba allí de pie, precedida por Cahal. Por Odín, qué mujer más sexy. Llevaba un vestido corto y negro, vaporoso, con un escote de palabra de honor, y unos zapatos rojos

de tacón peligroso. Sus ojos de gata permanecían abiertos, mirándolos de par en par, un poco pálida. Herida. A la Cazadora no le gustaba nada lo que estaba viendo. Y a Adam tampoco le gustó lo que vio reflejado en sus ojos. Cahal apretó los puños y mató al chamán con la mirada. Agarró a Ruth de la mano, le besó los nudillos y dijo:

—Vamos arriba, muñeca.

Ruth apenas podía moverse, hasta que el druida tiró de ella delicadamente. Aquella mujer despampanante estaba tocando a Adam, y lo hacía con propiedad como si fueran una pareja de verdad. Le dolía el corazón, le dolía de verdad.

Cahal tiró de ella hasta llegar a la planta superior, y cuando llegaron al rellano y se alejaron de la vista de todos, la tomó de la cara.

—Escúchame, bonita —le dijo dulcemente—. Sé perfectamente que ese tipo de ahí abajo te gusta. Lo noto en el olor, lo noto en todo.

—Ni siquiera la quiere. Él ni siquiera...

A Ruth se le llenaron los ojos de lágrimas y no le hizo falta parpadear para que se derramaran por sus mejillas. Intentaba prestar atención a las palabras de Cahal, pero sentía un vacío infinito en el pecho. Aquel rubio era lo más sexy que había visto en su vida, y sin embargo, ella sólo pensaba en el moreno de corte militar que había en la planta de abajo.

—Utilízame, Cazadora —le ordenó Cahal con sus ojos azules y claros centrados en ella—. Úsame para darle celos a ese cretino.

¡Qué manía tenían los hombres con que los utilizara!

—¿Por... por qué iba él a sentir celos? —no lo entendía—. Ha dejado claras sus intenciones. Me la está pasando por los morros. ¿No lo ves? Cahal le secó las lágrimas con los pulgares.

—Chist... hoy, ahora, eres el caramelito más intocable que hay en Londres. Y eres preciosa. Todos te protegen, todos cuidan de ti, y el único que, por lo visto, no lo ha hecho es Adam. Demuéstrale lo que se pierde.

—Pero, ¿has visto a esa mujer? —susurró ella sintiéndose cada vez más pequeña—. Ha salido de la revista *Elle.* Y lo estaba acariciando como si... —se tragó el nudo que tenía en la garganta y se rindió. Sólo había intentado querer de verdad a dos hombres en su vida. Uno era su padre y el otro era Adam. Ninguno de los dos la había querido. Los dos la habían rechazado por lo que creían que era. No la veían.

—Tú eres bonita. Eres única como tienes que ser. Esa mujer parece una Barbie, tú eres auténtica, de verdad.

—Le odio, Cahal —exclamó dejándose abrazar por él. Sollozando contra su pecho duro como el granito y cálido como el sol.

—No. No es verdad, monada. —La meció con suavidad—. Pero vamos a asegurarnos de que él me odie a mí.

Los berserkers y el grupo selecto de vanirios estaban juntos en la sala VIP del Dogstar. De entre los vanirios, se encontraban las tres parejas que representaban a los condados de Walsall, Segdley y Dudley. Aileen y Caleb, Gwyn y Beatha e Inis e Ione. Noah, Adam y As eran los representantes más pesados del clan berserker de Wolverhampton. Ellos llevaban todo el peso de los clanes. Gabriel, Ruth y María hacían acto de presencia como humanos colaboradores. Ruth ahora tenía relevancia como pieza importante en el desarrollo del posible *Ragnarök,* y eso, pese al dolor que sentía por ver a Adam con Margött, la hacía alzar la barbilla orgullosa.

La rubia berserker la miraba con interés, mientras se cogía al brazo de Adam como si fuera un pulpo. Esa mujer marcaba el territorio como una perra. Adam, por su parte, no quitaba los ojos de encima a Cahal, que a su vez lo retaba con la mirada a que diera un paso adelante por la Cazadora. Menudo lío.

Ruth no estaba cómoda. Era tan violento ver cómo aquella rubia lo tocaba. No la envidió por los atributos físicos que sin duda tenía; se parecía mucho a la actriz Katherine Heighl, toda exuberante y atrevida. La envidiaba por esas cualidades de las que ella carecía. Rasgos y particularidades que Adam valoraba. No sabía cuáles eran y eso la frustró todavía más.

As hablaba sobre el dossier que había redactado Ruth aquella mañana, mientras disfrutaban de un bufet libre y selecto que les habían preparado especialmente.

Según el informe de Ruth, la gente que contactaba con el foro procedían de Chicago, Escocia y Rumanía. Sólo había tres contactos fiables de todos ellos, que mostraban más interés y más conocimiento que el resto sobre mitología celta y escandinava. Sin embargo, al rastrearles, no habían logrado fuentes fiables, y las IPs desde las que conectaban eran dinámicas, excepto una IP fija de un Starbucks de Chicago.

El foro y la web era un modo lento y poco certero para ponerse en contacto con todos los miembros desperdigados, fueran vanirios o berserkers, pero les había dado como mínimo tres referencias sobre posibles ubicaciones de los miembros de los clanes. Sin embargo, era frustrante no tener más apoyo externo mientras Loki y su séquito se hacía cada vez más grande.

—Nos están machacando por todos lados —afirmó As con contundencia—. Vamos a por todas, aunque sea a ciegas. Necesitamos a alguien que se desplace a estos lugares y ver si realmente hay vanirios y berserkers allí.

—¿Por qué creéis que estarían dispuestos a ayudaros en caso de que los encontrarais? —preguntó Ruth cobijada bajo el musculoso brazo de Cahal—. Por lo que yo sé, tenéis traidores en vuestros propios clanes, gente que juró proteger a la humanidad y que ahora se vuelve contra su propio juramento.

—Pasa lo mismo con vosotros, los humanos. Os matáis y os traicionáis los unos a los otros, ¿no? El mundo está al borde del caos, Cazadora, no te digo que no tengas razón —contestó As solemne—. Pero incluso en el caos hay equilibrio.

—Ruth ha dado en el clavo. Vosotros permanecéis inalterables a vuestros códigos porque habéis estado juntos todo este tiempo —opinó Gabriel con tranquilidad—. Durante siglos habéis adoptado ese comportamiento tribal. Sin embargo, otros se han rebelado, como por ejemplo Julius o por ejemplo Samael, en el caso de los vanirios. El poder de Loki es incalculable respecto al vuestro. Los vanirios y los berserkers pueden convertirse en vampiros y lobeznos si ceden al dios manipulador. ¿Y si se han convertido ya? ¿Qué esperanzas hay de que sólo los miembros de Black Country puedan detener al Mal?

—Todos somos libres de tomar nuestras propias decisiones —entendió As—. El camino fácil es ceder, el otro es permanecer inalterable. El poder no puede contra una conducta disciplinada, y si nosotros hemos podido, no hay que dudar de que otros no lo hayan logrado.

—No creas que es fácil, Cazadora —aseguró Caleb entrelazando los dedos con Aileen—. Ahora mismo da la sensación de que los dioses nos han abandonado. El dios del Mal es Loki y está presente aquí, en esta tierra que nos toca defender. ¿Dónde están los nuestros? ¿Qué sabemos de Frey, Freyja y Nj6rd? ¿Qué sabemos de Odín, Tyr y Thor? ¿Dónde coño están? Loki puede jugar sucio y hablar con los que se rebelan, y sin embargo, Odín es incapaz de bajar y echar una mano al plan que él creó.

—Creo que no os dejaron tan abandonados —musitó Ruth—. Creo que han dejado ases en la manga, justo aquí, lo que pasa es que todavía no es el momento para que se desvelen.

—¿Te gusta el póquer, muñeca? —susurró Cahal.

Estaba convencida de que todos habían oído el gruñido animal de Adam, incluso Margött, pero habían hecho oídos sordos. Ella lo miró de reojo y él apretó la mandíbula desviando la mirada.

—Yo lo veo como una jugada de póquer, sí —contestó Ruth alzando la voz con seguridad—. Creo que hay que ver las cartas al final. Es un pulso entre nosotros y ellos. Nerthus me inició hace tres

noches. Nadie contaba conmigo, y ahora estoy aquí, y os prometo que haré lo posible con esas almas perdidas o secuestradas o lo que sean, y patearé a los malos tal y como vosotros hacéis. Lo que pase ahora o lo que deje de pasar tendrá consecuencias directas en el *Ragnarök.* De eso se trata. Todo tiene que ver con el final de los tiempos, cualquier movimiento que hagan Loki y su séquito tiene como objetivo prepararse y provocar el jodido fin del mundo, la

Diosa me lo dijo. Debemos ir paso a paso. Claro que hay que contactar con los miembros perdidos alrededor del mundo, pero por ahora, la Black Country es como la boca del infierno.

—Muy bien dicho, *Buffy*—Cahal se acercó más a ella–. Tú has sido nuestro as en la manga.

—Y tenemos que centrarnos en el aquí y en el ahora —continuó Ruth intentando ignorar el cuerpo caliente del vanirio—. Strike quería acabar con la vida de Adam y quería llevarse a Liam y a Nora.

—Muy bien, doblaremos la seguridad en la escuela. Liam y Nora necesitan protección doble. ¿Tienes idea de por qué van en busca de tus sobrinos? —As masticó un pincho lleno de verduras y tofu.

—No. —Los ojos de Adam regresaron a Ruth, no sólo porque no podía dejar de mirarla, sino porque lo que había dicho era muy relevante—. Y no creo que tenga que ver con la organización Newscientists. El motivo por el que fueron a mi casa era otro. Los gemelos sólo tienen siete años, son inofensivos.

—Y aún así sólo venían a por ellos —aclaró Ruth—. Algo poseen que ellos quieren. Son especiales. Si Loki está tan interesado en ellos será por algo.

—Bueno, también querían matarme, ¿recuerdas? —preguntó Adam con más veneno del que pretendía escupir—. Lo intentaron.

Ruth lo miró inexpresiva.

—Un daño colateral.

—¡Un daño colateral, dice! —Adam estaba que echaba chispas. ¿Si él hubiera muerto a ella le habría importado?

As puso paz.

—Hace mes y medio, el plan de Samael y Mikhail era secuestrar a los pequeños de los clanes y unirlos. Un plan asqueroso de procreación — explicó levantándose del sillón de piel y dirigiéndose a observar el escudo berserker que colgaba en la pared—. Uno de los objetivos de Newscientists sigue siendo ese. Crear una hibridación capaz de sustentar a los vampiros y devolverles la capacidad de salir bajo la luz del sol. Aileen es la prueba de que su sangre ha permitido que Caleb camine bajo ella. Pero también quieren crear una raza inmortal, ver la genética de nuestra sangre y traspasarla a los humanos que elijan. Hacerles invencibles prácticamente. Strike y Lillian pueden buscar algo completamente diferente. Trabajan con los espíritus. Hummus también forma parte de Newscientists y él podría tener otro objetivo.

—Y Lucio y Seth —añadió Caleb—. Estos vanirios, si es que todavía lo son, también están en la cúpula de la organización.

—Sea cual sea el motivo por el que ellos también se han rebelado, lo que está claro es que el objetivo final es provocar el terror —dedujo Gabriel pasando una mano por sus rizos rubios—. Un terror que puede desencadenar el fin de los tiempos. No importa cómo se consiga. Es el motivo principal por el que Loki manipula a los miembros de los clanes y a los humanos. A los hechos me remito: espíritus malignos que toman nuestros cuerpos; almas que no pueden regresar al cielo y que rompen así el ciclo de reencarnación; ejércitos mutados con sangre de razas inmortales; vampiros, lobeznos y humanos que venden sus almas por el poder... es el Apocalipsis. Sabe muy bien lo que hace. Las profecías más populares hablan de ello.

—Limbo me ha dicho que está averiguando cosas sobre el paradero de Strike y Lillian —comentó

Noah.

—¿Mi hermano? —preguntó Margött horrorizada. Se giró hacia Adam y lo agarró de la camiseta—. No sabía nada de esto. Prométeme que no le pasará nada, chamán. ¿Es eso lo que estaba haciendo? ¿Por eso no ha podido venir? ¿Por eso me ha enviado a mí?

Adam miró de reojo a todos, incómodo por aquella muestra de desesperación de la berserker.

—Sí, era por eso. Pero tranquilízate, Margött. —Adam retiró uno a uno los dedos como garras de la mujer—. Te prometo que no le pasará nada.

—¿Dónde está él ahora? —le preguntó preocupada.

—No lo sé. Nos ha reunido mañana por la tarde en su casa —dijo en tono tranquilizador.

—¿Hay algún motivo por el que no haya asistido hoy el sanador? — preguntó As de repente.

Caleb giró la cabeza hacia Cahal y este se removió en la silla.

—Me ha dicho que vendría inmediatamente. Está trabajando con unas nuevas fórmulas...

—¿Fórmulas para qué? —María y As eran tal para cual. La pura Inquisición.

Daanna se inquietó. ¿Por qué Cahal rehuía a mirarla? ¿Dónde estaba Menw? Él nunca faltaba a esas reuniones. El estómago se le encogió.

Beatha y Gwyn se miraron el uno al otro, preocupados, y Aileen también percibió esa tensión.

Ruth frunció el ceño. ¿Qué era ese frío repentino?

—Para una vacuna contra el mordisco del vampiro y... algo que pueda paliar el vampirismo y que ayude a soportar la abstinencia de la sangre humana sin necesidad de entregar el alma a Loki.

—Pero yo tenía entendido que Loki los mutaba —intervino Gabriel confundido—. Pensaba que él os convertía en vampiros.

—En realidad no es así exactamente —contestó Caleb con un deje de vergüenza—. Prueba a pasar cada segundo de tu inmortal vida con un hambre famélica e insaciable. ¿Crees que es sencillo?

—Me imagino que no es fácil —opinó Ruth.

—Loki te da la opción de no sentir nada cuando te rindes a la sangre. El vanirio puede vivir sin sangre, pero es una lucha continua porque la necesidad de ella la tenemos, pero sólo de nuestras parejas, está en nuestra memoria genética, en la que los dioses nos mutó. Ahora, prueba a decirle eso a tu mente, que cuando ya está desesperada y se ha rendido a la necesidad bebe sangre humana por primera vez y descubre la ambrosía. Como no es la de tu pareja sigues queriendo más y más, empieza la adicción y tu cuerpo sufre los cambios. El vanirio se transforma en vampiro, bebe sangre humana a diestro y siniestro. No creas que se sacia, el impulso es cada vez más fuerte. La sangre es más jugosa cuando la adrenalina de la víctima se dispara, y eso sucede cuando está a punto de morir. Entonces el vampiro no puede parar, no se detiene. Se convierte en un asesino. El vampiro es como un drogadicto y Loki es su camello. Él viene y te ofrece una eternidad sin responsabilidades ni cargos de conciencia. Puedes beber sangre y matar tantas veces como quieras sin que la vida que te llevas te suponga ningún trauma. ¿Dirás que no? —Mordió una zanahoria asada y le ofreció la mitad a Aileen.

—Y es cuando se suman a sus filas —comprendió Ruth—. Él se lleva sus almas y asunto resuelto. Entonces sólo queda un cuerpo frío y con colmillos, pero sin corazón. Cero remordimientos.

—Exacto.

—Si el vanirio es honorable, buscará la muerte antes —continuó Menw en el umbral de la puerta de la sala VIP. Vestido todo de negro y con aire peligroso, llevaba el pelo rubio suelto y salvaje. Su rostro se cobijaba tras las sombras de la habitación. Sus ojos, tan azules como el cielo despejado, lucían peligrosos y depredadores. Su cuerpo fibroso rezumaba una agresividad controlada por los pelos. En el suelo, a cada lado de sus piernas, reposaban desmadejadas dos enormes bolsas militares de piel negra—. Y si no lo es, siempre estará dispuesto a escuchar los cantos de sirena de Loki, hasta que al final caiga y ya no haya salvación, ni para él ni para los que le rodeen.

Daanna botó ligeramente en el sofá. La frialdad en la voz de Menw le puso la piel de gallina. Su estómago se encogió de hambre y de incertidumbre por la actitud del vanirio. Gabriel colocó el brazo en el respaldo del sofá, por encima de Daanna. La vaniria lo miró alarmada. Menw ya no tenía ese aire melancólico en los ojos, ni siquiera la pose era serena y segura de sí misma como siempre había sido, ahora ladeaba la cabeza lentamente y miraba a Gabriel como si estuviera viendo a una rata que había que exterminar.

—Tu hermano nos ha contado lo que estás haciendo —As lo estudió con atención—. Es honorable. Pero el vampirismo no tiene cura, Menw.

—Eso, líder As —contestó sin apartar la vista de Gabriel y de Daanna—, lo decidiré yo. ¿No te parece? Loki cree que puede jugar con todos, pero yo le meteré sus suposiciones por el culo.

—*Bráthair*[37] —Cahal se levantó dejando sola a Ruth—. ¿Qué llevas ahí? —le puso una mano en el hombro para hacerlo volver en sí. Su hermano se había quedado bloqueado al ver a Daanna tan cerca de otro hombre. Un humano, además.

—He traído nuevos botiquines. Me han contado que agotasteis los últimos hace poco —explicó Menw recuperando parte de la serenidad—. Pensé que estaría bien aprovechar y traerlos hoy ya que nos reuníamos todos aquí.

—Está bien, muchas gracias, Menw. —As ayudó a Cahal a repartir los botiquines, todos ellos con inyecciones de choque, desodorantes y antídotos contra aquellas drogas y artefactos que utilizaban los miembros de Newscientists contra ellos—. Vamos a contactar definitivamente con esta gente de los foros y a esperar qué dice Limbo sobre el paradero de Strike.

—Yo también tengo algo que repartir —dijo Adam—. Abrió una bolsa de terciopelo rojo y vertió su contenido sobre su palma—. Sonja me contó que el símbolo rúnico *Eohl* nos protege contra las almas negativas, contra la oscuridad. Yo he hecho anillos de oro y acero para todos con el símbolo grabado en su interior. Tomad uno cada uno y llevadlo con vosotros.

Todos aceptaron el detalle del berserker y les dieron las gracias. El berserker se plantó delante de Ruth y le dio el anillo de manera impersonal y desinteresada. Ése no era el que tenía para ella, había hecho otro más bonito para Ruth y lo llevaba en el bolsillo en una bolsa de terciopelo, pero no podía entregárselo porque no quería humillar ni avergonzar a Margött. Necesitaba hablar con ella antes y explicarle las cosas bien antes de lanzarse a por la Cazadora.

Ruth miró el anillo, no le dio ni las gracias. Se lo probó, pero le iba tan grande que al final lo colocó en la cadena de su collar.

—¿Liam y Nora tienen el suyo? —preguntó ella en voz baja. Adam tragó saliva. Ruth, con su interés y su preocupación, lo hacía sentirse como un hombre horrible.

—Sí. Se lo di cuando fui a recogerlos para llevarlos con Margött. Ruth miró a Margött. La berserker no le quitaba los ojos de encima. —Ya veo cómo los cuida.

—Está aquí en calidad de...

—Tu pareja. Ya lo sé.

Le dio la espalda y se fue con Cahal, dejando a Adam con la palabra en la boca.

—Ahora, lo más importante de esta noche. —As se aclaró la garganta y le ofreció la mano a María para que se levantara con él.

María, sonrojada, aceptó la mano del líder. As había rejuvenecido con ella. El pelo lucía largo y rizado, igual que el de ella, negro, sólo con algunas canas. Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, muy alto, de espaldas muy anchas. Vestía una camisa negra y pantalones de pinzas del mismo color. Un macho de ojos verdes claros, ahora llenos de luz, y cara de irlandés travieso que había recuperado la sonrisa.

[37] Bráthair: en gaélico significa “hermano”.

—María, en medio de este mundo de guerra y odio, en el que cada día me juego la vida sin saber si voy a volver o no a ti, tú eres lo único que me da fuerzas para no rendirme. Una vez perdí todo lo que me importaba y estuve a punto de pagar muy caro mi abandono. Pero, como dice Ruth — la miró y sonrió—, parece que los dioses tienen cartas escondidas en esta partida. Hace poco llegó a nuestras vidas mi nieta Aileen y me devolvió parte del corazón que había perdido —Aileen se acongojó—, y con ella llegaste tú, para devolverme la otra mitad que jamás creí reconstruir. Eres mi *kone.* Mi amor, mi corazón, mi alma, mi vida y mi energía te pertenecen. ¿Aceptas casarte conmigo?

María se mordió el labio, lo besó y lo abrazó con fuerza para susurrarle al oído:

—Sí. Sí, claro que sí.

Ruth no lo pudo evitar y se echó a llorar en silencio. Lloraba de alegría por María y As, y de pena por ella misma. As había puesto la carne en el asador por su pareja, por una humana sacerdotisa como ella. Adam no apostó por ella en ningún momento. No creyó en ellos y eso la desgarró.

Todos aplaudieron ferozmente y felicitaron con entusiasmo al líder de los berserkers.

Gabriel, apoyado en el sofá, también sonreía incrédulo, y observaba maravillado con un ojo como Caleb y As se abrazaban, mientras que con el otro, controlaba que el vanirio que acababa de entrar no lo cortara en pedazos.

Por supuesto que los dioses no los habían abandonado. Era imposible afirmar algo así si, cuando más acechaba la oscuridad, los peores enemigos conocidos como vanirios y berserkers se aliaban para combatirla. ¿No se daban cuenta de que algo movía los hilos? Los dioses que los habían creado vivieron confrontados siempre. Eran dioses antagónicos. Los Vanir y los Aesir. Y esa enemistad la tenían tan profundamente arraigada que la trasladaron a sus creaciones, vanirios y berserkers. Él, que había estudiado mitología escandinava, sabía que la primera grieta entre los dioses se creó cuando los Aesir tomaron a Gullveig, una diosa Vanir, y la quemaron tres veces y la masacraron con lanzas porque decían que despertaba la vanidad y las malas artes en las mujeres. Los Vanir, que eran los dioses de la magia, no permitieron que tal ultraje quedara impune, así que les declararon la guerra. La primera guerra la ganaron ellos, según el poema de la *völva:* ‹‹con sus artes, los Vanir dominaron el campo››.

Entonces decidieron hacer un pacto de paz, ya que al ser las principales familias del panteón nórdico debían mostrar unidad de cara a los hijos de Heimdall, los humanos. Intentaron no luchar más, y para ello, se intercambiaron rehenes los unos con los otros, intercambios beneficiosos para ambos clanes. Los Vanir entregaron al dios Nj6rd, a su hijo Frey y al más inteligente de su tropa, Kvásir. Además, Freyja pasaba largas temporadas en el *Asgard* con los Aesir y así fue cómo le enseñó la práctica del *seidr* a Odín. Los Aesir entregaron a un hombre llamado H6nir, que decían merecía tener un rango de autoridad entre los Vanir, y también a Mímir, un hombre muy listo y erudito. Resultó que H6nir no era tan listo como creían y sin los consejos de Mímir era un inepto. Los Vanir se enfadaron, le cortaron la cabeza y se la enviaron a Odín. El dios Aesir, que ya sabía utilizar el *seidr ,* ungió la cabeza con hierbas para que no se corrompiese y a través de un hechizo le dio vida y el poder de hablarle de cosas que nadie más sabía.

Aquella había sido la primera guerra conocida, la guerra entre Aesirs y Vanirs que se había solventado con la paz, todo un acontecimiento mitológico, todo un suceso que ahora sabía que era real.

Luego venía la muerte de Balder, el querido hijo de Odín, a manos de los tejemanejes de Loki. Y ése había sido el punto de inflexión. El punto que la *voluspä* tomaba como inicio de lo que iba a ser el fin del mundo, la guerra entre el Bien y el Mal. La batalla final en la que dioses, *jotuns* y humanos perecerían. Era tan increíble lo que Gabriel vivía en aquel momento, que no le importaba morir, porque sabía que aquello para lo que él había vivido, aquello por lo que él había invertido tantas horas de su tiempo, la mitología escandinava, era verdad.

Odín temió a la profecía, y decidió castigar a Loki por todos sus pecados. Pero el tiro le salió mal, y Loki descendió a la Tierra. Y ahora Loki quería provocar el *Ragnarök* desde el *Midgard.*

Miró a Daanna de reojo. La vaniria estaba delante de la ventana, con la mirada perdida, abrazándose a sí misma. Con el pelo suelto y vestida toda ella de cuero negro, pensó que sólo le faltaban un par de dagas ancladas a los muslos y una espada colgada a la espalda para ser la perfecta guerrera amazona. Era impresionante. Intimidante. Y estaba profundamente encaprichado con ella.

—¿Estás bien? —se colocó a su lado y echó un vistazo al cielo encapotado—. A veces creo que esperas ver a Superman cuando miras al cielo de esa manera.

Daanna negó con la cabeza.

—Perdona. Sólo estoy preocupada. —Preocupada porque en los ojos de Menw ya no había ningún tipo de calor. Y eso todavía tenía el poder de afectarla.

—¿Me lo quieres contar?

Se giró hacia él. ¿Cómo iba a hablar con Gabriel de Menw? ¿Cómo? Menw los miraba con atención asesina. ¿Qué debía hacer? ¿Acercarse a Gabriel y besarlo para demostrarle que ella no era nada de su propiedad? ¿Eso debía demostrarle a Menw? No podía. El simple toque de otro hombre la asqueaba. Pero estaba segura de algo. Una noticia como el compromiso de As y María había que celebrarla de algún modo. En tiempos de guerra era cuando el verdadero amor surgía y se alzaba por encima de todo. Y el amor de María y As brillaba más que nunca.

—Me apetece bailar. ¡Hay que celebrarlo! —exclamó sacando fuerzas y vigorosidad de donde ya no le quedaban. Empezaba su nueva vida y Menw tenía que aceptarla, como ella aceptó lo que sucedió siglos atrás entre ellos.

Todos acogieron con alegría la propuesta de la vaniria. Caleb y Aileen la miraron extrañados, pero en general todos tenían ganas de pasarlo bien.

—¿Qué dices, muñeca? —le preguntó Cahal a Ruth—. ¿Quieres mover el esqueleto?

Adam, que no había dejado de mirarla desde que As le había pedido a María que se casara con él, se tensó al oír la proposición. Ruth tomó aire y se armó de valor.

—Me muero de ganas de mover el esqueleto contigo, guapo. Pasó por delante de la rubísima Margött y miró de reojo a Adam. «Donde las dan, las toman», pensó rabiosa.

CAPÍTULO 21

Tenso. Ésa era la palabra que podía describir el ambiente que había entre todos los que se encontraban en el Ministry of Sound. Era la primera vez que Ruth salía a bailar desde la noche de las hogueras, y ella adoraba bailar, y sin embargo, sentía el cuerpo engarrotado, poco flexible y nada dado al movimiento. Sus ojos intentaban no desviarse a espiar a Adam y a Margött, pero mientras Cahal le contaba alguna cosa sobre su nueva moto intentando llamar su atención, ella no hacía otra cosa que verlos a ellos.

La rubia se acercaba a Adam, le sonreía y le murmuraba palabras al oído, luego le aplastaba las tetas en el brazo y le dibujaba circulitos con el dedo índice en su pecho. Y él estaba tan guapo que daba rabia. Con esa camiseta negra que hacía que se le marcaran todos los músculos de su cuerpo, esos músculos de acero y fuego, con la cara dorada de un lobo mirando fijamente al frente. Sólo ella sabía que el auténtico lobo era Adam. Ella y Margött, claro. Llevaba unos pantalones que le hacían un culo demasiado irresistible y que caían por encima de su calzado negro, dejando visible sólo las puntas de aquellas Bikkembergs negras y doradas. Pensó, no sin melancolía, que Adam era negro y dorado. Negro de carácter y actitud, pero brillante como el oro. Como era su corazón, por mucho que quisiera tratarla mal. Cuanto más los miraba, peor se sentía. Él controlaba en todo momento los movimientos de Margött, pero no la apartaba de un empujón como Ruth deseaba ver, no. Adam la soportaba y la dejaba hacer. No la alejaba como había hecho con ella. A Margött la respetaba, a ella no. Ésa era la diferencia.

—Y entonces metí la cabeza en el culo de la vaca y le dije: ¡la de mierda que hay aquí! —comentó Cahal mirando a Ruth fijamente. Eso hizo que Ruth prestara atención.

—Perdona, ¿qué has dicho? —preguntó Ruth avergonzada.

—No estás aquí conmigo y eso hace polvo a mi ego —entornó melodramático sus ojos azules.

—Tienes un ego enorme como para que algo lo mengüe —contestó ella.

—*Touché.* Deja de mirarlo. Habíamos dicho que lo pondríamos celoso.

—Ya me dirás cómo. ¿Te das cuenta de que tiene a siete buitres alrededor?

Cahal ni le prestó atención.

—Si Margött lo ignorara —continuó—, esas chicas irían a por él como orcos de Mordor.

—¿Hasta dónde estás dispuesta a llegar conmigo? —Se acercó a ella y la tomó de la cintura—. Estás en el Ministry of Sound, muñeca, con un vanirio rubio e irresistible. Inmortal —alzó las cejas repetidas veces—. ¿No quieres averiguar a qué sabe el pecado?

Ruth tragó saliva y tuvo la decencia de sonrojarse. Se alzó de puntillas, ya que con todo y llevando taconazos Cahal era demasiado alto y ancho de espaldas como para privarle la visión. Miró por encima de su hombro, buscando a Adam, pero éste ya no estaba.

—El pecado sabe a *after eight* —murmuró desilusionada—. ¿Pero dónde...?

—Está bailando con la berserker. Ella ha detectado a las ‹‹orcos›› y se lo ha llevado a su propia ‹‹comarca›› como una buena mujer territorial.

Ruth apretó los dientes y se clavó las uñas en las palmas de las manos. Era verdad que estaban en el sexto club nocturno más importante del mundo, en el 103 de Gaunt Street, y allí estaba ella con cara de palo. El MoS, como era conocido el local, tenía cuatro plantas a cual de ellas más espectacular. Como era viernes, estaban pinchando en la sala The Box un Dj de trance de primera línea, John Askew. Y para colmo era la noche del amor. En el techo había miles de globos rojos y plateados en forma de corazón con el logotipo del Ministry grabado en el centro. Dispararon confeti de muchos colores y activaron las luces azules y los rayos fosforescentes. Era un celebración por todo lo alto, una fiesta. La gente se movía, aplaudía, alzaba los brazos y gritaba excitada. Había tantísima gente que parecía increíble que cupieran todos en esa sala. En la barra, el barman hacía malabares

con las botellas al ritmo de la música, y, sobre sus cabezas, había una mujer rubia que se balanceaba sobre un inmenso columpio anclado al techo, lanzando besos y tirando condones a la multitud.

Miró a su alrededor. Gabriel se movía al lado de Daanna, que tenía al menos a diez tíos revoloteando como abejas detrás de la miel a su alrededor, pero ella no miraba a ninguno. Sólo buscaba a Menw.

María y As se movían abrazados muertos de la risa. As hacía el tonto, un tonto enamorado, y María se descoyuntaba a base de carcajadas. Era bonito verlos.

Más allá, cobijados por la multitud, Caleb abrazaba a Aileen y la alzaba a dos palmos del suelo, con los pies colgando. No dejaba de besarla, y su amiga sonreía encantada mientras lo agarraba del pelo. Menuda adicción la de esos dos.

Beatha y Gwyn, los dos rubios y altos se fundían el uno en brazos del otro e Inis y Ione bailaban meciéndose entre ellos como si fueran uno. Ajenos a todo y a todos, sólo a ellos mismos. Los vanirios eran muy sensuales y vivían para sus parejas, cuando finalmente las encontraban.

Noah, sin embargo, miraba a todos los allí presentes, buscando cualquier señal de peligro o de amenaza, ignorando a las tres chicas que prácticamente se iban a levantar la falda para llamar su atención. Realmente tenían buen gusto. Con ese pelo rubio platino, la tez morena, el diamante negro de su oreja y esos ojos extraños y amarillos permanentes, una tenía que ser de piedra para no fijarse en él. Era hermoso como eran todos los miembros de los clanes pero también era el más diferente. Él no amenazaba. Siempre tenía una sonrisa dulce para todos los que hablaban con él. Transmitía bondad. Una bondad ajena al mundo en el que vivía, ajena a la naturaleza de los seres que protegía. Un ángel. Sí, sonrió orgullosa. Noah era como un ángel.

No veía a Menw por ninguna parte. ¿Qué le pasaba a ese vanirio? ¿Qué lo traumatizaba? Estaba tan cambiado... Daanna y él no se hablaban. Tampoco se hablaban antes, pero al menos, cuando lo hacían, saltaban chispas. Ahora no había chispas. Sólo hielo y frío. Una distancia inabarcable para ninguno de los dos.

Los vanirios y los berserkers eran guerreros inmortales, y luego hombres. Hombres que daban la cara cada día por todos los que allí bailaban desenfadados, por todos los que desconocían la naturaleza de la realidad en la que vivían, por todos los que ridiculizaban y se reían de seres de otros planetas o de otras dimensiones. Si Odín existía realmente, ¿qué no existiría entonces? Se le llenó el pecho de un agradecimiento sincero hacia sus nuevos amigos, que de manera anónima, defendían y luchaban por los mismos que se reían de su posible existencia.

Y entonces miró a Cahal. Llevaba una camiseta donde lucía la frase: «¿Me das un mordisco?». ¡Venga ya! ¡Era un provocador! ¿Quién no iba a querer morder a ese hombre tan bello? El problema de Cahal era que su *cáraid,* si es que la tenía, debería ser fuerte y tener un par de razones de carácter para ponerlo en su lugar. Menudo desafío suponía el suyo.

Y mientras el DJ versionaba el *Bad Romance* de Lady Gaga, allí estaba ella, amargándose por culpa de un hombre que ya había dicho todo lo que tenía que decirle. Era un tronco que no se movía, cuando bailar la desestresaba más que nada. Muy bien, Adam ya había dicho su última palabra, pero no sabía una cosa; a Ruth nadie la dejaba con la palabra en la boca.

—¿Quieres saber hasta dónde estoy dispuesta a llegar sin hacer el ridículo, muñeco? Sígueme si puedes.

Agarró a Cahal del cinturón del pantalón y siguiendo el ritmo de la música lo guió hacia la multitud que se movía extasiada, ignorando que en ese lugar, en aquel local fantástico, no sólo se hallaba la magia de la música, sino que también se encontraba la magia de los dioses.

Margött se estaba volviendo pesada y, por educación, Adam no le había dicho que lo dejara en paz y tranquilo. Nunca en su vida se había encontrado en esa situación. Con ganas de empujar a una mujer y sacársela de encima como si fuera una mosca. Tenía que hablar con ella de sus nuevas ‹‹no›› intenciones para con ella, porque no podía soportar ver cómo Ruth sonreía a Cahal, cómo lo miraba,

con cuánta confianza. A él también lo había mirado así mientras hacían el amor, antes de que él la hubiera herido con su torpeza y su arrogancia. Menudo gilipollas había sido. A él también le gustaba la música, bailar a su manera, aunque nadie lo imaginara. Sus pies querían moverse, pero no con Margött. Margött no tenía el pelo caoba y los ojos dorados. No tenía una sonrisa dulce y permanente en los labios, y no alzaba la barbilla y lo retaba como había hecho su Cazadora.

La tomó de los hombros y con sólo una mirada la obligó a que dejara de tocarlo. Ella frunció el ceño.

—¿Qué haces?

—Quería hablar contigo antes, pero no he podido.

—¿Sobre qué? —preguntó reflejando duda por primera vez en su voz.

—Te dije que iba a emparejarme contigo.

—Sí. —Sonrió recuperando la confianza y acercándose a él de nuevo para tocarlo y sobarlo—. ¿Lo hacemos público ya?

—Me equivoqué. Yo... —La miró arrepentido—. Me equivoqué.

—¿Qué? —soltó un grito un poco agudo.

—Te respeto, Margött. Eres una mujer que mereces que te quieran, no que sólo te respeten. —Los ojos negros lo miraban con frialdad, pero también con una extraña aceptación.

—Me has engañado.

—No —negó con la cabeza—. No te he mentido en nada. En todo caso me he engañado a mí mismo. No sé qué quiero en mi vida, todavía, Margött. Pero sé qué es lo que no quiero. No quiero conformarme con el respeto. Creo... creo que puedo optar por más —buscó entre la multitud a ese más que él necesitaba tocar de nuevo—. Y tú también deberías optar por más.

—Ya, chamán —contestó con tono desafiante—. Pero yo sí que sé qué es lo que quiero, y te quiero a ti. —Se abalanzó sobre él y le metió la lengua en la boca en el momento en que Cahal y Ruth pasaban por su lado. La Cazadora los miró como en cámara lenta, mientras él, sorprendido, todavía seguía con los labios de la berserker aplastados en los suyos. Ruth dejó caer los ojos y cerró los párpados, algo que él hacía cuando no quería recordar aspectos dolorosos de su vida. Apartó a Margött con la fuerza suficiente como para hacerla trastabillar, y se limpió la boca con el dorso de la mano. Lo había mordido y ahora tenía una gota de sangre en el labio inferior—. No quiero hablar más contigo, Margött. Ahora no.

—Esto no va a quedar así. No puedes jugar conmigo y luego decidir que ya no quieres hacerlo más.

—Lo siento. —Se pasó la lengua por la herida. Mierda. Él no quería acabar así—. Hablaremos de esto mañana, ¿de acuerdo?

—Sí, mejor hablamos en otro momento, cuando tú veas las cosas desde otra perspectiva. Recapacita esta noche, chamán.

En el momento en que Margött se alejó de allí, Adam sintió que el peso del mundo abandonaba sus hombros y también se dio cuenta de una cosa: Margött nunca lo llamaba por su nombre. Sólo era el chamán para ella.

Irritado y preocupado a partes iguales por permitir que Ruth viera ese espectáculo de *femme fatale* de Margött, decidió ir en busca de la gata que le había comido la razón. Mientras sonaba la música pegadiza, tuvo que sortear a un grupo de personas que rodeaban y vitoreaban a alguien que estaba bailando, y muy bien, por lo visto. El corazón se le paró cuando detectó el olor a melocotón en el centro de aquel grupo. Era Ruth. Ruth y Cahal. Un Cahal que era el objeto de deseo de aquella Sherezade que con su espléndido pelo del color del vino tinto y el movimiento de sus caderas no sólo tenía a Cahal hipnotizado, sino también a todos los hombres y mujeres que los miraban excitados.

El vanirio la tomó de las caderas y arrambó sus nalgas a su cuerpo mientras imitaba el movimiento circular que Ruth ponía en práctica, que recordaba a danzas antiguas e inconfundibles de seducción.

I want your ugly/ I want your desease/ I want your everything as long as gets free/ I want your loz'e/ Loz'e-loz'e-loz'e /I want your loz'e...[38]

Ruth sonrió cual hechicera cuando Cahal hundió su nariz y su boca en su pelo, y le murmuró algo mientras sus cuerpos se movían perfectamente acoplados, siguiendo el ritmo a la perfección.

Adam lo vio todo rojo. Se cegó. Era imposible que ese vanirio no oliera su marca en la piel de Ruth. Una marca que no se reflejaba en su cuello porque la joven se la había maquillado. Estaba allí plantado, mirando con cara de palo, excluído de ese baile que se suponía debía ser para él, cómo la chica que él quería reclamar estaba poniendo cachondo al vanirio. Y estaba cabreado. La furia lo carcomió cuando vio las manos de Cahal, tocando una piel que era suya. ¡Suya! Tenía las manos sobre los muslos de Ruth. ¡Suyos, joder!

Entonces Ruth lo miró a él y pareció detenerse tanto ella como el tiempo. Lo miró con odio. Con rabia. Con desdén.

You know that I want you/ And you know that I need you/ I want a bad your bad romance...[39]

La chica apretó la mandíbula y sus ojos se tornaron desafiantes y se clavaron en Adam.

Mientras se frotaba de nuevo contra Cahal, permitiendo que él la guiara en ese baile de caderas y movimientos pélvicos. No perdió el contacto con los ojos negros de Adam mientras dejaba que el vanirio la meciera y la tocara.

Coño, había olvidado cómo bailaba Ruth. Si en la noche de las hogueras volvió locos a los hombres de los clanes, ¿qué no provocaría bailando enfadada, demasiado sexy y despechada en medio del Ministry? Pues una auténtica conmoción en todos los que allí miraban. Él mismo estaba conmocionado. El sudor frío del miedo y del arrepentimiento cubrió su piel. Había estado dos noches con ella. Dos noches en las que él la había aleccionado sobre el sexo. Él no la aceptaba como mujer en su vida, le había dicho ella. Y después de lo de esa mañana seguro que iba a poner en práctica todo lo aprendido. No. Ni hablar. De ahí no iba a pasar.

I want your loz'ing/ And I want your revenge/ You and me could write a bad romance/ I want your loz'ing/ All your loz'e xs rez'enge/ You and me could wrxte a 6ad romance...[40]

—¿Cómo lo permites? —Menw se colocó a su lado, mirando con desagrado el espectáculo que brindaban Ruth y su hermano. Se bebió medio cubata de golpe.

Adam apenas lo oyó. Sólo quería entrar ahí y descuartizar a Cahal lentamente, y luego secuestrar a Ruth y marcarla durante toda la noche. Le daría una buena zurra en ese trasero travieso que movía provocador. Si quería su venganza de verdad, la iba a tener. Toda entera.

—No lo entiendo. —El vanirio lo volvió a increpar—. ¿Por qué dejas que siga sin comprender que te pertenece? Los perros sois muy territoriales —miró su cubata con interés—. Esa chica huele a ti.

[38] Quiero tu fealdad/ Quiero tu enfermedad/ Quiero todo lo que tengas mientras sea gratis/ Quiero tu amor/ Amor amor amor/ Quiero tu amor...

[39] Tú sabes que te quiero/ Y sabes que te necesito/ Quiero un falso, tu falso romance...

[40] Te quiero como amante/ Quiero tu venganza/ Tú y yo podríamos escribir un falso romance. Te quiero como amante/ Todo tu amor es venganza/ Tú y yo podríamos escribir un falso romance.

¿Por qué dejas que...

No lo vio. No le dio tiempo a ver qué Adam lo había empujado contra una de las columnas de la sala a una velocidad supersónica. Lo tenía levantado por el cuello de la camiseta y hablaba entre dientes, gruñendo como un animal salvaje.

—No me molestes. —Lo zarandeó.

Menw lo estudió divertido, todavía con el cubata en la mano, que por lo visto no podía soltar. Alzó la mano para tranquilizarlo.

—Te estoy diciendo lo que todos vemos. No dejes que te haga creer que no le importas. Le importas.

—Ya lo veo. Ya veo cómo le importo —se burló—. Le importo tanto que se está rozando con tu hermano como si fuera una gata. —Lo bajó y se pasó la mano por la cara—. Tu hermano es un cabrón, eso es lo que es.

—Mi hermano no tiene reparos en bailar con una chica bonita. —Se encogió de hombros—. Sólo te está dando un escarmiento. Ambos te lo están dando.

Adam olió a sangre, y se tensó. Miró el cubata de Menw y levantó una ceja.

—¿Qué pasa colmillos? ¿Te gusta mezclar?

Menw parpadeó como si no hubiera oído nada.

En el cubata del vanirio no habrían más de tres o cuatro gotas de sangre, pero eran suficientes para que él las oliera. ¿Qué mierda estaba haciendo el sanador?

De repente, aquella maldita música que siempre odiaría cesó. El DJ cogió el micro e hizo callar a todos los ahí presentes.

—Hoy hay una persona aquí que quiere hacer un regalo a alguien muy especial. No es la primera vez que nuestra María canta en esta sala.

Los chicos se miraron los unos a los otros extrañados. Aileen, Caleb y los demás se acercaron al pódium donde estaba la mesa de mezclas con curiosidad. Cahal llevaba a Ruth de la mano y Adam sintió por primera vez el afilado corte de los celos, porque ese gesto sí que le parecía más íntimo que todo lo demás. La agarraba de la mano, como si fuera su hombre y ella su mujer. Menuda mierda.

La gente, entre los que se incluían los guerreros, rodearon la plataforma. Asombrado, vio como la nueva mujer del *leder* subía al escenario, y entre vitores y aplausos, habló a través del micro con su voz serena:

—Hola a todos. —Estaba sorprendida de ver a tanta gente reunida allí—. Caramba, sois demasiados. Veréis, hoy el hombre al que amo me ha hecho un gran regalo, entregarme su corazón —miró a As y le mandó un beso. La gente aplaudió y las chicas suspiraron—. No todo el mundo se atreve a hacerlo, ¿verdad? —Y de repente sus ojos de gitana se clavaron en Adam con desaprobación, para luego ignorarlo—. Yo quiero hacerle un regalo también. Una vez me dijo que lo que más deseaba en la vida era verme cantar en directo. Mi pareja quiere una actuación para él, y yo se la voy a dar. Hace tiempo que no hago esto... pero hoy, por él, vuelvo a estar aquí. Así que, amor —miró a As—, esto va por ti. Considéralo un regalo de bodas.

As se hinchó como un gallo, orgulloso de que una mujer como ella le diera eso delante de todos. Y miró a todos los hombres presentes como diciéndoles: «¿Habéis visto? Es mía».

—Pero antes, necesito una ayudante. ¡Ruth!

Ruth dio un respingo e intentó esconderse tras Cahal. Él la señaló y todos la localizaron señalándola a su vez. Ruth negaba con la cabeza. A ella le gustaba cantar, pero a solas, no ante tantos oyentes.

Cahal la alzó de la cintura y la subió al escenario. Los hombres empezaron a vitorearla y a piropearla. Adam ya había rebasado su límite, pero ahí estaba Menw para tranquilizarlo con su peculiar sentido del humor:

—¿Vas a matarlos? Seguro que tienes muchas ganas de hacerlo. Adam lo miró de reojo.

—He visto a Gabriel morreándose con Daanna —le soltó para molestarlo.

—Que te follen —le escupió reventando el vaso de cristal que tenía en la mano—. Yo lo sabría.

—Y una mierda.

—¿Queréis que cante Ruth? —preguntó María al público.

—¡Y que me enseñe ese culo! —gritó el tío que estaba delante de Adam.

Adam no necesito más. Le dio un puñetazo en la cabeza, a lo Bud Spencer, y lo tumbó. Una vez en el suelo, le dio una patadita en las costillas para asegurarse de que estaba inconsciente. Se sintió bien cuando el hombre ni se quejó.

—No me hagas esto —murmuró Ruth en voz baja a María.

—Es sólo una canción —le quitó importancia y le dio un micro—. Toma, Cazadora. Sé que cantas estupendamente. Tú haces la primera voz y yo la segunda. Cambiamos la letra y en vez de ella es él, ¿vale?

—¿Qué canción?

—Seguro que te suena, ayer lo estuviste practicando con el *noaiti.* —Le guiñó un ojo—. Enséñale lo que has aprendido, a ver si así mueve la colita.

—María —cubrió el micro con la mano y gruñó—. Por favor, yo... —Venga, ¿me vas a dejar sola?

La miró a los ojos, a aquella mujer que sólo le había dado su apoyo, su protección y su amistad, y comprendió que no le podría negar nada. Buscó a Adam entre la gente y cuando lo vio, el ruido de la sala desapareció como si fueran meras cacofonías. Sólo quedaron sus ojos negros como topacios que la miraban esperando a ver qué era lo siguiente que hacía esa noche para torturarlo. Y sí que lo iba a torturar. Y lo haría de la peor de las maneras.

—Dale, María —ordenó Ruth.

María sonrió, le dio la orden al DJ con un gesto de la cabeza y empezó a sonar el *You shook me all night long* de ACDC. Y en ese momento, Adam se perdió en la Cazadora y comprendió, muy a su pesar, que iba a estar perdido por la eternidad. El dúo que hicieron Ruth y María esa noche en el Ministry of Sound sería recordado en los anales del tiempo. Ruth volvía loca a la gente con su manera de bailar y de seducir. Se alborotaba el pelo, miraba a la gente por encima del hombro retándolos a que subieran al escenario y la tocaran. Coqueteaba y sonreía a todos los hombres que casi habían hecho un cerco de babas por ella. El estribillo de la canción hablaba de paredes que vibraban, la tierra que temblaba mientras dos personas hacían el amor.

Adam estuvo a punto de subir allí y secuestrarla. Él y ella. La Cazadora cantaba sobre ellos, y por Odín, cómo cantaba.

And knocked me out and then you shook me all night long/ You had me shakin 'and you shook me all night long...[41]

Ruth con una voz espléndida, limpia y de altos y agudos impensables animaba a la gente a seguir la canción con palmas y a que cantaran con ella. María era la voz grave, pero se ganaba a la gente con su simpatía y su elegancia. Con lánguidos y estudiados movimientos.

[41] Me noqueaste y luego me tuviste trotando toda la noche/ Me sacudiste y me tuviste trotando toda la noche.

Adam quería llevarse a Ruth de allí. Odiaba ver cómo otros se excitaban por ella. Pero como decía la canción, como decía el estribillo de Ruth: ella era única, y era suya y nada más que suya. Y él no quería aplausos por eso, sólo otra tanda más con ella. Quería que lo devorara y que esa misma noche volviera a por más. Él se lo daría, pero antes debían hablar.

Ella le daba pavor. Ruth, con su fuerza y su naturalidad, era como un huracán que pasaría por su vida y, seguramente, dejaría su casa temblando. Su casa y su corazón. Pero su hermana Sonja se había arriesgado a amar y había encontrado su hogar en su pareja. Adam quería un hogar también, y aunque tendría que marcar a Ruth en algunas cosas, se sentía posesivo con ese hogar que ella podría ofrecerle. La Cazadora pensaba que le había cerrado la puerta definitivamente, pero él era un berserker muy cabezón y le demostraría esa misma noche que tenía las llaves de su casa. Justo después de machacar a todos esos moscardones que se atrevían a decirle groserías.

Cuando la canción finalizó, María y Ruth se abrazaron riendo. La gente enloqueció y las dos sacerdotisas se llevaron una ovación interminable. As le echó los brazos a María y la ayudó a bajar. Cahal subió al escenario, agarró el micro, y cargó a Ruth sobre su hombro como si fuera un saco de patatas.

—Me llevo a esta preciosidad. ¿A que soy un hombre con suerte? — preguntó mirando al público.

Todos allí gruñeron, lamentando no estar en el lugar de aquel rubio enorme. Sin embargo, el vanirio envidiado se quedó con la mirada fija en un punto de aquella multitud. Sus ojos de depredador se clavaron en alguien. Gruñó como si hubiera visto un manjar apetecible.

Menw se puso en alerta al ver la reacción de su hermano. No era normal en él ese comportamiento primitivo. Cahal era un vanirio muy controlado, que adoraba el juego y la caza, únicamente por la diversión que comportaba a su vida llena de excesos y depravada. Entre la multitud había una mujer rubia, alta y esbelta, que lo miraba a su vez con sumo interés. Sus ojos grisáceos y azulinos sonreían y lo desafiaban a que fuera a buscarla. Menw frunció el ceño y volvió a mirar a su hermano. A Cahal los ojos azules se le oscurecieron como la noche y supo, por la posición tensa de su cuerpo, que los colmillos le habían estallado en la boca. Menw se preocupó, porque ya era malo que él se hubiera perdido por culpa de una mujer, pero era peor todavía presenciar en directo cómo su hermano correría la misma suerte.

Adam ya no lo pudo soportar más, y cuando vio que Cahal se iba con Ruth a cuestas como si fuera un trofeo arrancó a correr y les cortó el paso. —Suéltala —su voz sonó cortante.

Cahal levantó una ceja rubia y arrogante.

—Bájame, tonto —ordenó Ruth sintiéndose muy mala. Cuando tocó de pies en el suelo se giró hacia Adam y se echó el pelo hacia atrás. Lo miró como si fuera transparente—. ¿Te apartas?

—No.

Adam dio un paso hacia ella y la agarró de la muñeca.

—Ven conmigo, ahora —una orden inflexible.

—No —se rio de él y se soltó con un movimiento furioso.

Cahal veía la batalla de voluntades con interés, pero con una atención media. Su cabeza estaba volteada hacia atrás, sin perder de vista a esa mujer magnética que había despertado en él al animal. La chica lo miró a su vez y sonrió por encima de su bebida. Tenía una cara revoltosa muy delatora. Por lo visto, ella estaba disfrutando con ese intercambio de miradas tanto como él.

A Adam, mientras tanto, se le ponían los ojos amarillos.

—Me importa un pimiento que te enfades —le aseguró ella advirtiendo el cambio de color.

—Yo tenía razón —le dijo él de golpe.

—¿Razón en qué?

—Eres una niña muy fresca.

Ruth dio un paso adelante y le dio una bofetada en toda la cara. ¿Cómo se atrevía? Él era el que estaba morreando a otra delante de sus narices. Cahal aplaudió divertido, dividido entre lo que pasaba entre esos dos, y lo que le transmitían los ojos de aquella obra de arte.

Se veía a simple vista que era una mujer de armas tomar, que no le temía a nada y que podía igualar perfectamente toda su temeridad. Inhaló profundamente hasta que detectó su olor personal. Su cuerpo se quedó de piedra. Olía a fresón. Cahal apretó los puños y pensó mentalmente: *mía.*

Adam ni se inmutó cuando Ruth reaccionó con tanta agresividad.

—No vuelvas a insultarme nunca más —le señaló la nariz con el dedo índice.

Un músculo en la barbilla de Adam bailaba sin control. Se lo merecía. Se merecía su reacción y se había ganado la torta a conciencia.

—*Fel cwn a moch*[42]—comentó Cahal riéndose.

—Ya van dos, Ruth. A la tercera, te la devuelvo.

—¿Quién te has creído que eres? —ella explotó siseando como una serpiente—. ¿Crees que puedes decidir algo en mi vida? ¿Crees que...?

De repente se calló. La gente a su alrededor bailaba y seguía el son de la música nueva que pinchaba el Dj. Ruth miró hacia atrás, el vello de la nuca se le erizó y supo que allí había algo raro. Adam frunció el ceño y colocó a Ruth detrás de su cuerpo, mirando al frente.

—Yo también lo he sentido —le dijo él para tranquilizarla.

Cahal controló a la rubia y también miró a su alrededor. Algo raro se estaba gestando. Él era un druida poderoso, también podía sentir ese tipo de energías. En aquella selecta sala, no sólo había humanos, vanirios y berserkers. Había algo más.

La chica se fue de la sala con unas amigas de aspecto muy masculino. Muy guapas ellas, delgadas y altas, pero con el pelo corto a lo chico y algunos piercings en aquellas caras de porcelana y de mirada dura, femeninas y frías.

—Encárgate de Ruth de una puta vez, tío —le dijo Cahal a Adam con cara de pocos amigos, para desaparecer más tarde tras la de la melena dorada.

Cahal la siguió mientras su corazón saltaba revolucionado en su pecho. ¿Era ella? ¿Era ella por fin? Salió por la puerta de emergencia. El druida, extrañado, miró por encima del hombro a la puerta principal que de repente se cerró. Intrigado, siguió a las chicas. Se oía el taconeo de los zapatos mientras bajaban las escaleras. Salió a la calle y no había ni rastro de ella. Las amigas le daban igual, únicamente estaba interesado en aquella enigmática mujer que había estimulado sus sentidos.

Preocupado, se dio la vuelta y la vio. Se acercaba a él caminando sobre sus tacones altos con elegancia, moviendo las caderas de izquierda a derecha y con las manos en los bolsillos de su pantalón de pinzas negro. Llevaba una americana cerrada y entallada del mismo color, y debajo, nada. Nada de nada. Lucía un colgante de perlas que se apoyaba en el cálido valle entre sus pechos. Cahal no prestaba atención a nada que no fuera cada centímetro del cuerpo de esa beldad. Sus caderas, sus larguísimas piernas, su cintura de avispa... su cara.

—¿Dónde has estado todo este tiempo, *mo dolag*[43]*?* —preguntó él acercándose a ella repentinamente.

La chica se asustó al ver que podía moverse a esa velocidad, pero tampoco parecía sorprendida. Aquella niña tenía los ojos más inteligentes que había visto en su vida.

—No me hables en gaélico. No me gusta —dijo ella con una voz sexy y ronca.

[42] Fel cwn a moch: expresión gaélica que significa “como el perro y el gato”.
[43] Mo dolag: expresión gaélica que significa “mi muñequita”.

Cahal ardía por poseerla. La ropa le quemaba. Levantó la mano y acarició su mejilla. Las mujeres eran fieras o cervatillos. ¿Qué era ella? Él conocía perfectamente las necesidades de todas ellas. Entraba en sus mentes y les daba lo que necesitaban, aunque ninguna de ellas le devolviera el favor.

—¿Cómo sabes que hablo gaélico, preciosa?

Sintió una punzada en la nuca, se la frotó con la mano y detectó un pequeño dardo. Lo sacó algo aturdido y lo estudió mientras entornaba los ojos.

—¿Qué es...?

—¿Qué es qué, guaperas? —el tono de la chica sonó brusco. Cahal se desplomó al instante, mientras luchaba por mantener los ojos abiertos. ¿Qué estaba pasando?

—Date prisa —dijo una de las chicas morenas que aparecía tras un contenedor con una mini-cerbatana de acero—. Sólo tenemos media hora para cargarlo.

¿Cargarlo? ¿Adónde lo llevaban? No podía pasarle eso a él.

—¿Quién... cómo te llamas? —su instinto quería saber de esa chica de pelo rubio y brillante que lo miraba y lo giraba con mucho esfuerzo poniéndolo de cara al suelo. Tenía cara de elfa, pero de las de verdad, a excepción de que no tenía las orejas puntiagudas. Mientras lo ignoraba, le puso unas esposas de acero en las muñecas y en los pies.

—Llama al señor Cerril —ordenó la chica.

¿Cerril? ¿Patrick Cerril? Su mente, que dejaba de funcionar sometida a las drogas tan potentes que le habían inyectado, luchaba por hilvanar los pensamientos sobre ese nombre. Patrick Cerril y Sebastian Smith eran los humanos que junto a Mikhail Ernepo, el hombre que se había hecho pasar por padre de Aileen, controlaban la organización Newscientists. Cahal luchaba contra las esposas y el sueño. Sintió una mano que le agarraba del pelo y le tiraba de la cabeza hacia atrás.

—Recuerda mi nombre, vampirito —siseó en su oído—. Mizar.

Ruth sabía que la oscuridad se cernía sobre ellos. Se detuvo a observar las caras de las personas que estaban allí, y de repente, se oyó un grito. Alguien había sacado un cuchillo y había apuñalado a otro. Dos de los chicos que bailaban delante de ellos se giraron y los encararon. Sus caras eran demoníacas. Los ojos pálidos y el rostro sin expresión. Corrieron hacia Adam y Ruth. Estaban poseídos.

—¡Cuidado! —gritó el chamán protegiendo a Ruth.

Noah y As, el cual llevaba a María de la mano, se atrincheraron junto a ellos.

—Noah, saca a María y a Gabriel de aquí. Saca a la Cazadora —lo espoleó As entregándole a María y empujando al rubio de rizos hacia él.

—Sé luchar —le informó Gab, mirando de reojo a Daanna—. Me quedo.

—¡Me importa una mierda que sepas luchar! ¡Sácalos de aquí!

—*¡Silfyngir!* —El arco de los elfos se materializó en las manos de la Cazadora. No llevaba el carcaj encima y no sabía de dónde iba a sacar las flechas, lo que no se imaginó era que se iban a materializar entre sus dedos, quemándola con su frialdad y dándole pequeñas descargas eléctricas. Le dio igual el dolor. Si tenía que disparar, disparaba y punto. Armó la flecha y disparó contra uno de ellos. Le dio en medio del pecho y colapsó—. Yo me quedo, As.

As apretó la mandíbula y asintió.

Adam saltó sobre el siguiente que se avalanzaba sobre ella, le golpeó con el codo en la cara y le torció un brazo.

—¡No los mates! ¡Son humanos, Adam! —le pidió Ruth.

—¡Detrás de ti! —le gritó él saltando a aplacar a un chico rapado con un cristal roto y desigual en la mano. Alcanzó en el pecho a Adam y este rugió, le agarró la cabeza con las dos manos y le dio un cabezazo que le rompió el tabique nasal—. ¡Tengo que protegerte! ¡Me da igual si son humanos o

putos extraterrestres!

—¡Adam, no los mates! ¡Están poseídos! —advirtió Ruth repitiéndose. Eran humanos en esencia y solo estaban bajo el influjo de almas negras. No podían matarlos.

Ruth podía ver los espectros volando sobre el techo de la discoteca y cómo caían como meteoritos, introduciéndose en los cientos de personas allí presentes, quisieran o no, estuvieran podridos o no. Se peleaban entre ellos como salvajes, con sus puños, con navajas, con cristales que recogían de los vasos que caían al suelo.

—¡Gabriel! —gritó Daanna dando un codazo en el plexo a una chica que quería arrancarle los pelos—. ¡Cúbrete, Gabriel!

Al momento vio como Aileen se lanzaba sobre el chico con cresta y *piercings* en la cara que iba a atacar al humano. La vaniria respiró más tranquila.

—¿Alguien me cuenta qué está pasando? —preguntó la híbrida.

—¡Llévatelos de aquí ahora mismo! —dijo el jefe berserker mirando a Noah.

Éste se llevó a María y a Gab, y salió corriendo de la sala desatracando la puerta de entrada que habían dejado trabada. Cogió carrerilla, saltó y le dio una patada voladora. La puerta se rompió en varios pedazos. Protegió a María y a Gab mientras los sacaba de aquella batalla campal.

—¡Están poseídos! Son humanos poseídos —explicó Ruth. Olía a azufre. Sintió náuseas y un caudal de energía negra, que como un agujero de putrefacción expulsaba a todos esos espectros y almas negativas que alguna vez había absorbido para que convirtieran el Ministry en el mismísimo infierno—. ¡Salen de algún sitio! —se movió por la sala, buscando el origen de tanta maldad.

La música era atronadora, *I have a feeling*de Black Eyed Peas retumbaba e imposibilitaba la comunicación a viva voz, habían alzado el volumen y prácticamente era imposible hablar o escuchar nada. Adam se posicionó a su lado, como un guardián.

—Hay vampiros y lobeznos. Esto va a ser una carnicería. No te separes de mí... por favor.

Cuando Ruth lo miró vio una orden y también un ruego. Adam estaba muy preocupado por su seguridad.

—Salen de algún sitio. Lo puedo sentir —le explicó ella adelantándose y haciendo señas—. Si sé de dónde vienen tal vez podría hacer algo...

Adam placó a un loco que saltó sobre Ruth. Cuando Ruth se giró a verlo, se dio cuenta de que el loco tenía garras enormes y la cara huesuda y con inmensos colmillos amarillos. Se asustó y se echo a temblar, porque algo igual a eso que Adam estaba golpeando en el suelo la había arañado en el estómago hacía mes y medio.

—Cúbreme —le pidió ella entornando los ojos y agarrando el arco con más fuerza.

—Eso hago —gruñó noqueando al lobezno, y hundiendo la mano en el pecho hasta arrancarle el corazón.

—Necesito ir al pódium —señaló aguantando las ganas de gritar al ver cómo maniobraba Adam—. Desde allí arriba podría ver...

Caleb bloqueó a otro con su cuerpo y lo lanzó contra la pared.

—¡Esto está infestado! —gritó defendiéndose.

—¿Al pódium? —preguntó Adam—. Muy bien, agárrate a mí —le pidió alzándola de la cintura.

Ruth recordó la misma frase en otro contexto completamente diferente. Tragó saliva y se apoyó en sus hombros. Adam asintió agradecido y de un salto pasó por encima de toda la trifulca, a varios palmos de las cabezas que casi se golpeaban las unas a las otras. Finalmente, se encaramaron a la plataforma.

—Date prisa, Cazadora —la urgió él. Iban a por ella. Los poseídos iban a por Ruth, pero él se encargaría de que nadie le rozara un pelo.

Desde aquel lugar más alto pudo ver cómo tres tíos gordos rodearon a Daanna, y como Menw fue uno por uno, golpeándolos y pasándoselo bien mientras los mordía y se relamía los labios. Daanna lo miraba entre el asombro y la incredulidad, con los ojos llenos de miedo y tristeza. Pálida. Menw se giró hacia ella y le dijo algo, algo que fue como una bofetada para la vaniria porque retrocedió y se llevó una mano temblorosa al corazón. Esos dos se estaban discutiendo y por lo visto no se decían cosas bonitas porque Daanna estaba llorando.

Caleb, por su parte, lanzaba a unos y a otros por los aires, ayudado por Aileen, y los noqueaba. A otros simplemente los empujaba con la mente. Los miembros del consejo de Segdley y Dudley también repartían lo suyo. Pero eran cientos de personas contra ellos diez. ¿Saldrían de ésa?

Barrió visualmente la sala y vio a alguien extraño, separado de todo aquel estado de guerra, como un observador. La capucha cubría su rostro, pero dejaba ver parte de su barbilla. Era un hombre, y estaba susurrando algo. Llevaba una vara en la mano y sobre la vara, una bola negra que lanzaba destellos rojos. De esa bola, a cada destello, emergía un humo negro que al elevarse, se convertía en un espectro. Ruth abrió la palma de la mano y una flecha apareció sobre su piel, siseó para aguantar el dolor, la tensó con maestría en la cuerda del arco, y apuntó. Aquel hombre estaba en trance, no se imaginaba que ella pudiera verlo.

—¿Lo ves? —le preguntó Ruth—. Ese hijo de puta está ahí —dijo con rabia.

Adam miró hacia donde ella miraba, mientras daba una patada voladora a otro suicida que quería matar a su Cazadora. No podía verlo bien, pero lo que Ruth al parecer veía con claridad, él solo vislumbraba sus formas borrosas. Era un hombre encapuchado, un hombre rodeado de magia negra. *Seidr.*

—¡Es Strike! —exclamó con furia—. ¡Está aquí!

As oyó el grito de Adam y corrió a localizar al berserker traidor. Con un rugido se transformó y fue hacia el lugar donde Adam y Ruth miraban.

Ruth dejó ir la flecha, que como un obús, cruzó la plataforma, y sobrevoló la sala Box hasta clavarse en el pecho del causante de aquel regreso de las almas. Le había dado a Strike. Fue entonces, cuando la flecha lo alcanzó, que As pudo ver al que había formado parte del *comitatus* miles de años atrás. Pero cuando, furibundo, fue a agarrarlo de la capucha, la imagen se movió como si fuera humo. Parecía un holograma, incorpóreo, inalcanzable, hasta que, finalmente, se esfumó.

Se oyeron gritos extraños provenientes de la ultratumba, y el Señor de los animales y la Cazadora observaron cómo los espectros simplemente se desvanecieron.

Los humanos que habían sido poseídos, se desmayaron, cayendo en redondo al suelo húmedo de sangre y alcohol, de sudor, y repleto de cristales rotos. Muchos de los allí presentes quedaron en *shock.*

Adam ayudó a bajar del pódium a Ruth. Menw se acercó a As, con Daanna pisándole los talones. Caleb y Aileen, con restos de sangre ajena, también se reunieron con ellos.

—Había nosferatums —comentó Caleb con la cara manchada de la sangre de uno de ellos.

—Ruth ha visto a Strike. Lo ha podido ver y le ha dado con una de sus flechas —explicó orgulloso—. Él ha traído a las almas posesivas aquí.

—¿Lo has matado? —preguntó Aileen acercándose a inspeccionar a su amiga.

—No. Estoy bien. —Se miró el vestido negro que todavía llevaba con dignidad y los zapatos de tacón rojos. Sí, al menos se mantenía en pie muy bien—. Strike no estaba aquí físicamente. Creo que era una proyección.

—Pero se ha llevado un recuerdo tuyo. —Adam la miró con un brillo especial en sus ojos que todavía resplandecían amarillos—. No era una proyección. La flecha se ha clavado en él. Ha venido aquí en un viaje astral, ha trasladado su alma hasta aquí, pero tus flechas alcanzan a las almas. Las flechas de la Cazadora sólo las puede tocar la Cazadora, así que puede que cuando regrese a su

cuerpo todavía la tenga clavada. Sufrirá.

—Eso es verdad —apoyó As mirando el destrozo que se había producido en aquel señalado local—. La flecha se ha ido con él. Caleb —se dirigió al líder de los vanirios—, nadie puede saber lo que ha pasado aquí. Tenéis que hacerles una lavadita de cerebro a estos humanos. ¿Podréis?

—Por supuesto —asintió Caleb—. Recogeremos esto, As. Tú ve con tu mujer. Es tu noche de compromiso.

—¿Ha pasado ya el peligro? —preguntó Ruth estremecida.

—Nunca pasa el peligro —aseguró él—. Estaremos en guardia, como siempre.

—Como siempre.

Ruth no podía entender lo que era vivir así. Cada día, cada noche, patrullando por las ciudades, y luchando contra vampiros, lobeznos y demás... ¿Cómo podían seguir viviendo con normalidad?

—Lo hacen —le dijo Aileen—. No queda otra, Ruth. Para los humanos hay un tiempo para la guerra y otro para la vida. Para vanirios y berserkers son una cara de la misma moneda. Ellos simplemente han aprendido a vivir sin disociarlo —se encogió de hombros.

—Fuera de mi cabeza, friki —le dijo agradecida por la explicación de su amiga—. Gracias.

Aileen sonrió y abrazó a su amiga.

—Estás hecha una amazona —la felicitó.

—Habían trabado la puerta de entrada. Estábamos encerrados —dijo Menw sin atender a Daanna, la cual seguía pálida y lo miraba como si no lo conociera—. ¿Y mi hermano?

—Lo vi salir por la puerta de emergencia —Adam se acercó a Ruth para darle apoyo. Ella lo necesitaba por el modo en que había permanecido en medio de aquella batalla. Era admirable, porque por muy mal que fueran las cosas, esa chica no se quejaba nunca. Estaba ahí, y si tenía que ayudar, lo hacía.

—Adam —As se acercó a él—. Acabo de recibir una llamada de María. Liam y Nora están en nuestra casa.

—¿Cómo? Estaban con Rise —su mirada lucía aterrorizada.

—Por lo visto... ha habido problemas.

—¿Qué tipo de problemas?

Ruth, preocupada por los pequeños, salió disparada del Ministry y sin decirle nada a nadie se encaramó a su Roadstar. Liam y Nora eran niños, nadie podía jugar con ellos así. Si les habían hecho algo no sabía lo que sería capaz de hacer. Le dio al botón de encendido y apretó el acelerador, y en ese momento una figura enorme se colocó ante ella privándole la visión.

—Sal de ahí ahora mismo —le ordenó Adam.

—Aparta, chucho. Quiero ir a ver cómo están los pequeños.

Un brillo de agradecimiento refulgió en las oscuridades impenetrables del berserker.

—Están bien. Las tres sacerdotisas los fueron a buscar antes de que pasara nada. Ahora ya ha acabado todo. Sólo ha sido un susto —intentó tranquilizarla—. Sal de ahí.

—¿Qué ha pasado?

—Al parecer entraron a robar en casa de Rise y la golpearon. Está malherida.

—¿Entraron a robar? ¿Y tú te crees eso? ¿Y cómo sabían las sacerdotisas que...? ¿Y los gemelos no han sufrido ningún daño? —le tembló la voz.

Adam, en cambio, tembló por la necesidad de sacarla de ese ridículo vehículo y abrazarla. Ruth quería a sus sobrinos. Los quería con el corazón, y él se deshizo al darse cuenta de ello.

—Yo no me creo nada. Lo único que importa es que ellos están bien. Me importa una mierda todo lo demás —gritó dando un golpe en el capó del coche—. Quiero que salgas de ahí o te saco yo, y no te gustará lo que pasará luego.

Ruth miró el capó y se horrorizó al ver que estaban golpeando a su bombón. Si las miradas matasen, Adam estaría muerto.

—Prométeme que los gemelos están bien.

—Sí, lo están. Yo sería el primero en ir a buscarlos, pero pasarán la noche con As, María y Gabriel. Tú y yo necesitamos esta noche para...

En un acto reflejo la joven aceleró, algo que en realidad no debería haber supuesto nada grave, pero su bomboncito tenía un motor muy potente que no era el de origen, así que el pequeño bólido arrasó a Adam y lo hizo volar por los aires.

CAPÍTULO 22

Tenía la adrenalina disparada, y la tensión, seguramente, por las nubes. Pero le dio igual. Adam no le iba a gritar más, no iba a zarandearla ni a humillarla, y ni mucho menos iba a decirle lo que tenía que hacer. No había un ella y él, así que lo mejor era intentar recuperar el proyecto de vida que se había montado en Notting Hill.

Mientras salía del barrio de Camberwell a más de ciento veinte kilómetros por hora, no pensó en multas de velocidad ni en su conducta absolutamente temeraria. En su mente sólo había un objetivo, dejar de sentir miedo, y dejar de temblar por culpa del berserker.

Las ruedas chirriaban, el motor trucado de su Smart estaba encantado con el trato que le daba Ruth, ya que así todos los ingleses podrían comprobar lo bien que ronroneaba. No se dio cuenta de que estaba llorando hasta que empezó a perder visibilidad, y aun así, siguió conduciendo como una kamikaze hasta llegar a aquel barrio pintoresco que ella había aprendido a adorar. Su Notting Hill y su espléndida casa *typical tigrith,* de ladrillos rojizos, jardines permanentemente cuidados y habitaciones altas y de muchos metros. Su cuerpo parecía autónomo, iba por libre, hacía cosas que ella no mandaba, como por ejemplo, derrumbarse. Frenó delante de la puerta de su casa, en el pequeño aparcamiento privado que tenía en su jardín de propiedad. Estaba a punto de sufrir un ataque de pánico. Se forzó a respirar y a controlar el llanto, pero nada podía detener aquel torrente.

Miró al cielo y suspiró derrotada. ¿Qué había pasado en esa discoteca? ¿Cuántos habrían muerto? ¿Cuántos estarían gravemente heridos? ¿Qué podía cambiar ella? Y lo peor de todo, ¿por qué Adam no la valoraba?

Los focos de un coche que iba pasado de vueltas la cegaron y frenaron a menos de un metro de sus piernas. Llevaba la música a todo volumen, sonaba el *Numb* de Linkin Park. Un guardabarros enorme y plateado la deslumbró. El Hummer amarillo de Adam estaba en su jardín, y supuso, cómo no, que él saldría de allí enfurecido y la volvería a humillar.

Ya estaba bien. Lárgate de aquí ahora mismo —le señaló la salida.

Adam apagó las luces, bajó del coche con un soberano cabreo y cerró de un portazo.

—Me has atropellado.

—No te pasa nada, eres de goma prácticamente. Fuera de mi casa.

—¿De goma? ¡Los huevos! —se señaló la ropa destrozada y el rasguño que tenía en el brazo.

—¡Ponte una tirita!

Ruth se giró y corrió a abrir la puerta de su casa, pero cuando la abrió Adam la retuvo, girándola para encararla.

—¿Adónde te crees que vas? —La cogió por la parte superior de los brazos—. Tú y yo tenemos que hablar de esta noche. Nunca más vuelvas a huir de mí así, ¿me oyes? —sabía que le estaba gritando y que no estaba bien, porque Ruth tenía una conmoción, pero cuando lo había atropellado, un miedo atroz a perderla de vista y a que alguien la hiriera en ese intervalo se apoderó de su voluntad. Y no necesitaba más sustos, ya tenía suficiente con saber que Liam y Nora habían podido sufrir daños mientras él estaba festejando que As y María se habían comprometido. Ahora mismo sólo quería... sólo quería... joder, todavía seguía temblando. Y comprobó, no sin arrepentimiento, que ella también lo hacía.

—No me toques.

—¿Por qué huyes? —la soltó suavemente y abrió los brazos sin comprender su comportamiento, dándole un falso espacio, un espacio que él no iba a ceder.

—No quiero nada más de esto. Estoy saturada. No quiero más de ti.

—Pues lo vas a tener, niña.

—¡Qué no! —estalló—. No quiero hablar contigo, perro insensible. Tu ego y tu soberbia no caben en mi casa, así que vete... ¡zorra! —le gritó en la cara, con las lágrimas que salían descontroladas y se deslizaban por sus mejillas como cascadas—. ¡Vete con ella! ¡No te quiero aquí!

—¿Zorra? —Adam no supo cómo encajar ese insulto. Nadie lo había llamado nunca zorra. A Ruth le encantaba insultarlo como si él fuera una chica.

—Estoy cansada de que me vapulees y te rías de mí, y te juro que lo que no necesito esta noche es más comportamiento autoritario ni más mi-*chi*no-es-para-ti. —Lo empujó con la fuerza del despecho y de la impotencia—. Así que lárgate y vete a consolar a la perra que tenías enganchada como una lapa al brazo durante toda la noche. Ella seguro que lo merece más que yo, porque ella es de respetar, ¿verdad? A ella la quieres cuidar, porque ella es una dama. —Lo miró con desprecio pero él no reaccionaba—. ¡Que te largues! —Lo empujó de nuevo con todas sus fuerzas.

Adam rugió y la tomó de las muñecas. Venía a castigarla, a darle su merecido, a hacerse el único propietario de su cuerpo y de todos sus deseos. Pero Ruth estaba herida, asustada de él y de ella, de lo que habían hecho esa noche, de lo que podría suceder entre ellos a partir de ese momento. Y él era un auténtico volcán a punto de estallar.

Se estaban empapando. La lluvia caía furiosa sobre ellos, igualando la rabia y el desdén que sentían el uno hacia el otro.

—Estás a punto de cruzar una línea muy fina, Ruth. —Sus manos eran esposas de fuego alrededor de sus muñecas delicadas.

—¿Ah, sí? ¿Esto es pasar la línea? —dio un paso al frente y se alzó de puntillas para mirarlo directamente a los ojos, y ni así podía igualarlo. Sus cuerpos se rozaban—. Eres un hipócrita. Tengo todo el cuerpo marcado por tu boca y tus manos y te permites el lujo de fingir que no te importa lo que ha pasado entre nosotros. Me marcaste. ¡A mí! —le gritó—. No a ella. Permites que otro me toque y te da igual —sollozó limpiándose las lágrimas con el hombro, ya que Adam no la liberaba—. Y dejas que otra te acaricie. Eres como el perro del hortelano, que ni come ni deja comer.

—No he visto que sufrieras mucho, Cazadora —se cernió sobre ella—. El colmillos y tú os lo habéis pasado muy bien juntos. Alguien debería haberos traído una cama para que acabarais la faena en directo.

—¡Yo esperaba que nos la trajeras tú! —Se soltó al empujarlo con el hombro, como un jugador de rugby. El dolor y la impotencia se asomaban a sus ojos. Se retiró el pelo mojado de la cara con un movimiento de cabeza.

—No me provoques, Ruth. No lo hagas... por favor. —La tomó de la nuca y la acercó a él rápido para abrazarla con fuerza y que no le diera tiempo a rechazarlo—. Te has maquillado mi marca. La has camuflado, bruja. Estoy tan enfadado contigo.

—¡Y yo a ti te odio! ¡Suéltame! —Forcejeó, dando patadas y puñetazos. ¿Su marca? ¿Qué se pensaba? ¿Que iba a enseñar orgullosa un chupetón enorme en el cuello de alguien que la rechazaba? Luchó, de verdad que peleó para no rendirse ante él, pero tan rápido como explotó, acabó cediendo al verse rodeada del calor del berserker. Se desplomó y con un sollozo quebrado empezó a llorar, como una guerrera vencida a la que no le gustaba perder. Adam también se rompió por dentro al ver la pena y la dejadez con la que lloraba.

—Chist. —Hundió su cara en su cuello, sintiendo que la joven estaba rompiéndose por su culpa, por su ceguera, porque él no había querido ver lo que los demás tenían claro. Que aquella mujer de carácter temperamental y suaves curvas era de él. Había estado a punto de rechazarla. Lo había hecho, y no una vez. De su boca surgió un lamento, y maldiciéndose por su ineptitud la sostuvo contra él, ofreciéndole el calor que no le había dado—. Soy idiota, Cazadora. Soy un puto cobarde, tienes razón. Chist... verte llorar me rompe el corazón.

—Vete, por favor. —Ella no lo abrazaba. Su comportamiento era arisco y reservado como el de los gatos desconfiados. La pobrecita no dejaba de hipar como una niña pequeña.

Adam olió el pelo caoba de su recién descubierta y reconocida compañera, y sintió cómo su alma se llenaba de luz y de una paz que hacía años que buscaba. Era un maldito afortunado. La vida, el destino, las *nornas...* ya daba igual quién o qué le había regalado eso, lo importante era que le habían traído a su compañera. Sin embargo, estaba cabreado también. No había sido el único que había jugado con fuego esa noche. No había sido el único que por despecho lo habría echado todo a perder. Él se había limitado a enseñar sus cartas, como ella. Pero todavía quedaba la última mano.

—Vengo a reclamar lo que me pertenece —le murmuró rozándole el cuello con la nariz, abrazándola todavía con fuerza para transmitirle que esa vez no la iba a soltar.

—Entonces debiste tomar el desvío a la Black Country —murmuró con voz débil—. Eso que buscas está en Wolverhampton.

—No —gruñó él—. No es verdad. Hoy le he dicho a Margött que ella y yo no tenemos futuro.

Ruth lo volvió a empujar con fuerza y se liberó.

—¿Y eso cuándo ha sido? ¿Cuando tenías su lengua en la garganta? ¿Cuando te estaba sobando como si fuera un pulpo?

—¡Yo no la besé! —se defendió él a grito pelado—. En cambio, tú has puesto cachonda a media discoteca con tu bailecito con el colmillos y tu manera de cantar. Me has estado provocando toda la puta noche porque...

—¿No me digas que estabas celoso? Te recuerdo que yo no soy lo que tú quieres —gesticuló con las manos.

—No estaba celoso.

—Entonces, ¿a qué vienes? ¡Vete al infierno!—Lo empujó y se adentró en la casa con el corazón herido de muerte. Al cerrar la puerta se encontró con el pie del berserker que la trababa y la abría de nuevo de par en par, dejando que el pomo se clavara en la pared.

—Ya estoy en él, gatita. Desde que te conocí que estoy en él —la arrinconó contra la pared y le puso una mano a cada lado de la cabeza—. He venido a por ti. A darte una buena zurra por ser tan condenadamente sexy y por volverme la cabeza del revés desde que nos conocimos. Y a dejarte unas cuantas cosas claras, como por ejemplo, que ahora sé lo que quiero. No soy celoso, Ruth. Soy posesivo con lo que es mío. —La agarró de la cintura y unió su pelvis a la de él—. Vete acostumbrando.

Ruth agrandó los ojos. ¿No había una especie que se llamara *Erectus Permanentis?*

—Yo me pertenezco a mí misma. No soy de nadie. Y menos de ti. — Apartó la cara, indignada porque Adam se atreviera a decir con tanta ligereza una verdad que se había convertido en su vergüenza.

—Escúchame. —Le alzó la barbilla temblorosa que se arrugaba haciendo pucheros—. Por Odín, nena, no me hagas esto... —La abrazó de nuevo y esta vez le acarició la espalda de arriba abajo. Ruth y su vulnerabilidad lo humillaban—. Sé que no tengo derecho a pedirte nada, pero ten paciencia conmigo. —La besó en el hombro. Un beso dulce y cautivador.

Ruth no se atrevió a moverse. No intentó disfrutar de ese gesto cariñoso y voluntario que él le había prodigado. Odiaba descontrolarse. No soportaba demostrar a Adam lo mucho que le afectaba todo lo que había pasado entre ellos, y sin embargo, no lo podía controlar.

—No hagas eso —se quejó retirando el hombro.

—No estoy acostumbrado a temblar y a volverme loco con nadie. Sólo me pasa contigo, Ruth. Sólo tú. —Le tomó la cara con sus inmensas y morenas manos y juntó su frente a la de ella—. *Kone.*

Ruth no podía creer lo que estaba pasando. ¿Adam se estaba declarando? ¿Era eso? Tragó saliva.

—No juegues conmigo, Adam. No lo hagas...

—Chist —Le acarició la cara y pasó hipnotizado su dedo pulgar por sus labios rojos—. Tu boca me

enloquece. —La bruma roja apareció en su mirada y apretó todo su cuerpo contra el de ella, aplastándola contra la pared—. Yo... no me gusta perder el control, y tú niña mala, haces que lo pierda constantemente. No te imaginas cómo se siente. Me da miedo no volver a ser el mismo, me asusta perderme en ti, y soy muy consciente de que tienes ese poder, Ruth. Puedes subyugarme.

Ella alzó los ojos y lo miró aturdida. ¿Podía creerle?

—Adam, si me vas a rechazar otra vez cuando hayas conseguido lo que sea que quieres de mí esta noche, me vas a matar. Lo sabes, ¿no? —Le tomó de la cara y le obligó a que la mirara a los ojos—. Prefiero que me dejes claras las cosas como esta mañana a que me hagas creer que te importo de verdad. Yo... no tengo poder —se rio cansada—. Yo... Adam. — Negó con la cabeza, dejó caer las manos y sonrió como si lo que iba a decir era lo más evidente del mundo—. Te entregué mi corazón el primer día que te vi. No tuviste que hacer nada para ganártelo, sólo aparecer y protegerme. Has sido responsable de él todo este tiempo. —Y porque era verdad, y estaba agotada, no le importó confesarlo. La liberación era algo agradable que la llenaba de paz—. Hasta ahora me lo has pisoteado bastante y creo que ya es suficiente. No me digas cosas que no sientes. Si vienes aquí a echar un polvo sólo porque Margött y tú os habéis...

—¡No! —rugió, y golpeó la pared haciendo un boquete—. Vengo aquí sólo por ti. Llevo tiempo sin saber cómo tratar contigo, mi cabeza ha estado luchando con lo que me nace aquí —se golpeó el pecho con el puño—. Y yo... joder, Cazadora... yo quiero que bailes conmigo. Con nadie más, sólo conmigo. —Desesperado, su boca cayó sobre la de ella con una fuerza brutal.

Ruth entró en un mundo paralelo, uno que convertía sus sueños y sus anhelos en realidad. ¿Adam la estaba besando otra vez? Se veía completamente necesitado de su contacto, de su cuerpo, de todo lo que ella estaba dispuesta a entregarle, y temblaba. Dios, cómo temblaba ese hombre. Pero ella ya se lo había dado todo, y ahora intentaba recomponerse. Intentó apartarlo, pero él no la dejó. La confinó entre la pared y su cuerpo caliente. Sus manos enormes le recorrieron la espalda y bajaron hasta sus nalgas, se colaron debajo de la falda negra de su vestido y las sujetó con intensidad. El calor de sus palmas traspasó la tela de su ropa interior. Con posesividad.

Ruth gimió y él tragó su quejido. Le introdujo la lengua en la boca y la sedujo hasta que ella salió a su encuentro. Después de comerse el uno al otro, Adam cortó el beso para recuperar aire.

—Todo lo que tú tengas para dar es para mí, ¿entiendes? Mío. Tócame, *katt*—le pidió, cogiendo sus puños apretados que todavía mantenía a cada lado de sus caderas, y se los colocó sobre los hombros, acuciándola a que fuera cariñosa con él.

Ruth lo miró con los labios hinchados por sus besos. Sus ojos dorados relampaguearon, sus puños permanecían cerrados y continuaba con la espalda apoyada en la pared. Tenía miedo de entregarse a él. No iba a ceder. ¿Y si lo hacía y luego él la tiraba como un trapo viejo?

Adam lo entendió y lamentando todos sus errores se dejó caer de rodillas ante ella. La joven respiraba agitada, mojada por la lluvia. Bajó la mirada lentamente y lo vio a él vacilante por primera vez. Inseguro. Necesitaba una redención que sólo ella le podía otorgar. Su bárbaro pedía clemencia.

—Ruth... perdóname, por favor. —Se abrazó a ella, rodeando sus caderas y hundiendo el rostro en su vientre, frotándolo con la nariz y traspasando la tela fina con su aliento—. Perdóname por todo. Por negarte, por herirte, por... Me entrego a ti, nena. Estoy en tus manos. Lo siento tanto...

Emocionada, pensó que esa estrategia la había aprendido de los gemelos, fijo.

Adam no iba a continuar con su seducción si ella no le correspondía. Le ardían las manos por tocarlo, y no lo soportó, abrió las manos, alzó una temblorosa, y se la puso sobre la cabeza rapada. Luego colocó la otra y le acarició la nuca.

El berserker levantó la mirada incrédula, esta vez llena de rojo deseo y de necesidades impronunciables para él. Ruth se quedó hipnotizada con sus blancos colmillos que asomaban entre

los labios. Se engañaba a sí misma. No podía decirle que no, pero al menos se había resistido, o como mínimo, había hecho el intento.

—Dime qué quieres bailar conmigo. Dime que aceptas todo lo que tengo para darte —le ordenó él asegurándose de que ella aceptaba estar con él—. Dime que sí.

—Adam... Sí.

Sonrió como un diablillo, gesto que seguramente había copiado de Liam, o al revés. Ya daba igual. Sonrió lentamente, como siempre. Su sonrisa siempre tardaba en subírsele a esos ojos rojos, y para cuando lo hacía, ella ya le había entregado su alma y ondeaba sus bragas en la mano como si fueran una bandera.

El berserker se movió rápido, le deslizó las manos debajo de la falda y le arrancó las braguitas rojas. Se las arrancó sin esfuerzo sólo tuvo que tirar de la tira lateral, y su ropa interior de cien libras se había ido a tomar viento.

Ambos estaban muy excitados. Adam le subió la falda y se la aguantó con los antebrazos sobre el vientre.

—¿Quieres hacer el amor conmigo? —le metió la lengua en el ombligo y jugueteó con él—. Dime que sí.

¿Estaba loco?

—¿Es una pregunta?

—Sí.

—No va a ser como antes —gruñó el besándole la cadera—. Esta vez lo quiero todo de ti, ¿entiendes eso?

Ruth tembló cuando la boca de Adam descendió al interior de sus muslos. Primero le mordió uno suavemente, y luego le hizo un chupetón en el otro. Ruth lo agarró de la cabeza y tiró de él para apartarlo y obligarlo a que la mirara.

—No soy de cristal. Puedes hacerme lo que quieras.

Los ojos de Adam enrojecieron por completo y sonrió como un depredador. El cerco negro exterior era muy fino, y sus iris refulgían como dos ónix.

—Mierda, Ruth. He estado famélico por esto. —Le acarició con los dedos la entrepierna—. Te veo perfectamente. Veo quién eres. —Sonrió acariciando con la nariz la marca de la sacerdotisa—. Me gustas mucho.

Ella cerró los ojos y apoyó la cabeza en la pared. Estaba hiperventilando.

—Melocotón —susurró él. Se inclinó sobre el sexo de Ruth, lo abrió con los pulgares y se lo comió. La lengua de él la acarició de arriba abajo, de dentro hacia fuera e hizo los mismos movimientos mecánicos una y otra vez.

Ruth tiritaba, tiritaba de gusto como respuesta a ese caudal de energía que recorría su sangre y su piel. Aquella zona lisa era ultrasensible y la lengua de Adam lo sabía. En ese momento sólo existía la boca del berserker.

Adam gruñó. La mantuvo quieta con sus brazos. Los labios succionaron, los dientes rozaron y mordieron ligeramente y ella estaba abierta, a punto de correrse. Le acariciaba la cabeza como si fuera un niño bueno. La verdad era que se estaba portando muy bien, pensó maliciosa. Se le cortó la respiración cuando él volvió a por más e introdujo la lengua otra vez en su interior, como si ella fuera plastilina y él un artista que le daba forma. A Ruth la volvían loca los ruiditos que él hacía. La estaba degustando como si su esencia fuera un manjar para él. Ronroneaba y gemía mientras la paladeaba. Y entonces, en una de las incursiones más largas, una que la llenaba, ella se tensó, y simplemente explotó arqueando la espalda. Adam rio orgulloso mientras seguía chupándola y la mantenía cautiva de sus brazos. Ruth estuvo a punto de deslizarse hasta el suelo, conmocionada y sin fuerzas para

sostenerse, pero él la cogió en brazos y como conocía la distribución de su casa por la visita anterior que le había hecho a Gabriel, la colocó sobre la barra bar del salón, sentada. Ruth lo abrazó sin querer soltarse, respirando con dificultad, intentando recuperarse del clímax.

Adam sonrió enternecido y la apartó ligeramente para retirarle el pelo de la cara. Llevó sus manos al vestido y lo rasgó de arriba abajo, dejándola desnuda sobre la tabla de madera.

—Dichoso vestido. —Lo miró con ojos asesinos—. No me gustan tus envoltorios, caramelito —le dijo pasando las manos por la espalda suave y elegante de la chica, acercándola a él y colocándose entre sus piernas. Desabrochó el sostén de copa rojo y lo tiró al suelo.

—Mentiroso, te gustan —contestó colando las manos por debajo de su camiseta negra y dorada, descansando sobre su pecho después de sentir el éxtasis. El corazón de ese hombre iba demasiado deprisa—. Te has puesto enfermo al verme ahí arriba, cantándole a los demás.

—Vas a pagar por eso.

—Y tú pagarás por besar a Margött —lo encaró dolida—. No me ha gustado. No me ha gustado nada. Lo que yo he hecho ha sido algo muy diferente de lo que tú has hecho.

—¿Celosa? —Alzó una ceja vanidosa.

—Me ha hecho daño, Adam. —Se lo dejó muy claro, con los ojos impregnados de dolor y despecho. No podía recordar esa escena sin sentir un retorcijón en el corazón.

La miró fijamente y se odió por haberla humillado así.

—Te prometo que no la besé yo. —La cogió de la cara y acarició sus mejillas con los pulgares—. A mí me hizo daño que lo vieras. Te lo prometo, *katt.* Ojalá pudiera borrar ese recuerdo. —La besó en los labios y en los ojos cerrados y se frotó intensamente contra su entrepierna, imitando lo que más tarde iban a hacer. Ella lo aceptó y gimió.

—Os hubiera matado a los dos. De hecho, estoy planeando asesinarla lentamente. —¿Desde cuándo era tan posesiva? Menuda revelación—. Poco a poco.

Adam sonrió y masajeó su nuca. Era relajante y excitante a la vez tener a Ruth para él solo.

—¿Estás asustada, *katt?* Esta vez la unión no será como las anteriores. Mi cuerpo te reconoce como algo mío y me voy a dejar llevar. Sufriré algunos cambios —clavó su mirada en ella—. ¿Es pronto para ti? Eres humana, y nos conocemos de hace muy poco, pero mi instinto te ha elegido. ¿Tú estás de acuerdo?

—Llevamos más de catorce citas.

Adam frunció el ceño.

—¿Una cita normal cuánto puede durar? ¿Tres horas? Tú y yo hemos vivido juntos estos días. Cuarenta y ocho horas. Ahí van catorce citas. Y en esas horas que hemos pasado juntos, hemos visto lo peor el uno del otro y puede que también lo mejor. —Se encogió de hombros y le acarició el pecho con concentración—. Ya no me cuestiono si es o no coherente, porque me han educado según las estructuras mentales y los comportamientos de los humanos, y eso no va con vosotros, tampoco va conmigo. Lo aprendí con Aileen y Caleb. Con vosotros no sirven las horas , ni los días. El tiempo no es relevante, sólo vuestros instintos. A mí me vale, Adam. Pero, ¿lo estás tú? ¿Estás de acuerdo con esto? —replicó ella alargando las manos hasta el cinturón del pantalón sin perder el contacto visual—. Sé muy bien lo que quiero. Y ahora quiero esto, porque aunque no sea una berserker y no tenga instintos como los vuestros, sé que yo te he elegido a ti. Nos gustamos. Nos atraemos. Ahora sólo debemos preocuparnos de eso. —Y se lo dijo así porque aunque su corazón era de él, entendía que para Adam, alguien tan poco predispuesto a mostrar debilidades, reconocer que había algo más que atracción sería demasiado—. ¿Tú me tienes miedo?

—Sí. Mucho. Pero estoy harto de resistirme a ti —se quitó la camiseta y la tiró al suelo—. Una vez porque pensé que eras mala, la otra porque no quería engancharme a ti. Eres adictiva. Puede que seas mi perdición, Cazadora, pero me importa un bledo. Lo quiero.

—¿Quieres perderte? —le tembló la voz.

—Contigo.

—¿Por qué haces esto ahora? —preguntó indefensa, sonrojada al darse cuenta de que ella estaba completamente desnuda y él a medio vestir. Había algo demencial en esa imagen. Algo sexy y prohibido—. ¿Qué hay ahora en mí que hace que me prefieras más que esta mañana? Soy la misma.

—Sí, eres tú. —Adam se cernió sobre ella y se colocó entre sus piernas. La agarró del pelo y le echó la cabeza hacia atrás—. Eres la misma que me volvió loco hace mes y medio. Eres la misma que me ha abierto los ojos esta mañana. Eres la misma persona que me ha torturado esta noche, mostrándome lo que me perdía si elegía a otra. Y si no fueras tú, si no fueras la misma, no estaría aquí.

—¿Entonces esto va en serio? —preguntó insegura, con la cabeza echada hacia atrás—. ¿Quieres algo conmigo? ¿Lo intentamos?

¿Algo? Lo que Adam tenía en mente no era algo, sino todo. Caramba con su subconsciente. Cuando había aceptado finalmente que Ruth era su compañera, cuando por fin había repasado todas las señales, cuando él mismo lo había reconocido, entonces, se volvía un egoísta territorial. Ruth no iba a escapar de él, jamás. ¿La amaba? Pues no lo sabía, porque, para empezar, Adam no creía en el amor. ¿Qué era amor y qué era pertenencia? ¿La conocía suficiente como para enamorarse de ella? La chica le gustaba, eso seguro. Sentía algo dentro cuando la veía, algo burbujeante. ¿Era eso amor?

—Quiero lo que me puedas dar. —Lamió su cuello.

—No puedo competir con una berserker —susurró—. Y no soportaré que me compares. Si lo haces, me harás sufrir y entonces me iré.

—No eres una berserker —le dijo él hundiendo los dedos en su pelo, masajeando su cuero cabelludo—. Eres única y creo... no, sé —se corrigió—, que eres mía. Mía para hacer contigo lo que me venga en gana. —Tiró del cuero cabelludo con dominación—. Mía para protegerte y para cuidarte. Mía para compartir contigo todo lo que tengo. Puede que sea pronto, pero así es nuestra naturaleza y ya la he negado lo suficiente.

—Me dijiste que tu *chi* no era para mí —su voz se quebró y apoyó la frente en su pecho y luego lo golpeó con todas sus fuerzas por haberle dicho algo tan horrible.

—Lo dije para hacerte daño y alejarte —se defendió él, obligándola a retroceder y a estirarse sobre la barra de madera—. Mi *chi* sólo puede ser para ti. Te he dado parte de él sin necesidad de estar dentro de ti. Una, cuando te salvé del lobezno. Otra, la primera noche que tuvimos sexo oral bajó la voz—. Y la última vez, ayer, mientras hacíamos el amor. Eso quiere decir algo, Ruth.

Ruth puso cara de asesina.

—Pensé que sólo foll...

Adam le tapó la boca con la mano.

—No lo digas. Me doy asco cuando recuerdo las cosas que te he dicho para alejarte de mí. Y también me doy cuenta de las cosas que ha decidido mi cuerpo y mi energía, antes que mi cabeza. Otra cosa es que las acepte o las reconozca. Me asusté. ¿No tengo derecho a asustarme, Ruth?

—preguntó él dolido—. Soy un guerrero inmortal, pero también soy un hombre. Incluso los hombres son ciegos a lo obvio.

Adam se liberó de los pantalones. Llevó los pulgares a los calzoncillos blancos Armani ajustados que llevaba. Con lo moreno que era y el blanco del algodón, el contraste era demoledor. El tatuaje brillaba en la oscuridad. El dragón parecía sonreírle con complicidad. Adam no sólo era un hombre, era pura luz para sus sentidos.

—Espera. —Lo detuvo ella incorporándose y agarrándolo de la goma de su ropa interior—. Yo. Te los quito yo.

Adam asintió, se agarró a las caderas de Ruth sin dejar de mirarla y estuvo a punto de marearse cuando ella rozó intencionadamente su erección con el dorso de los dedos. Bajó el elástico y su pene saltó sobre sus manos, grueso, oscuro, venoso y pesado, liberándose por fin.

—Intimidas —lo tocó con delicadeza.

Adam creció ante su mirada y su roce, pero le retiró la mano porque de no hacerlo aquel encuentro no iba a durar nada. Aprovechó para sacarse los calzoncillos por los pies y darles una patada alejándolos de allí. Agarró a Ruth por debajo de las rodillas y la abrió para él. Ella soltó un gritito. La altura de la barra americana sería alta para cualquiera que deseara practicar sexo en ella, pero para Adam, con su uno noventa y cinco de altura, era perfecta.

—Tú... tú no crees en el amor, ¿verdad? —afirmó ella tragando saliva, expuesta ante los ojos de Adam.

—Creo en ti, por ahora. Creo en lo que sientes por mí y me siento... bien por ello. Me liberaste. ¿Sabes lo que significa?

Sí que lo sabía. Que estaba enamorada de él, porque el collar se abría cuando había un sentimiento de disculpa auténtico, uno que sólo otorga el verdadero amor.

—Y creo en mí, en las sensaciones que se despiertan cuando estás a mi lado —prosiguió cubriéndole los pechos con las manos, amasándolos y pasando los pulgares por los pezones—. ¿No puede ser suficiente por ahora?

Sus ojos negros rogaban atormentados que lo aceptara. ¿Era suficiente? Ella estaba enamorada de él. Lo sabía. Ambos lo sabían. Y Ruth lo aceptaba sin miedo, pero no quería decir nada en voz alta si no iba a ser correspondida con una respuesta similar. No quería mendigar el amor de nadie. O se entregaba libremente o no se entregaba. Así que se conformaba con él y con lo que pudieran experimentar a partir de ese momento. Tarde o temprano llegaría el amor. Ella le enseñaría.

—Por ahora, Adam —contestó cubriendo sus manos con las suyas—. Por ahora.

Sus miradas se encontraron, sabiendo que iban a exigirse más, que su relación no iba a quedar así. En algún momento uno pediría. Adam lo aceptó, no estaba preparado para nada más, aún. Pero sí que estaba preparado para decirle con su cuerpo lo que no sabía decir con palabras, porque no podría saber si eran ciertas o no, pero sí que confiaba en las sensaciones de su cuerpo. Él se había conjurado contra el amor. Entonces, ¿cuál era su naturaleza? Estaba agradecido por encontrar a Ruth. Una mujer capaz de turbarlo y de volver su mundo del revés. Había tantas diferencias entre ellos, y sin embargo, la naturaleza los había unido, sus instintos básicos chocaban cuando estaban juntos, se llamaban el uno al otro, y eso jamás le había pasado con nadie. Ruth era la mujer que más cerca había tenido y su *chi*le pertenecía. Abrumado por sus pensamientos, se inclinó sobre sus pechos y sustituyó las manos por la boca, la lengua y los dientes. Sometió a Ruth a una dulce tortura. Era lento y meticuloso con lo que hacía. No dejó ni una parte de sus senos por besar, mordisquear o mamar. Había ultrasensibilizado sus pezones y parecían piedras de lo duros que estaban.

Ruth no lo aguantaba más.

—Creo que me puedo correr si sigues estimulándome así —dijo ella agarrándolo de la cabeza—. Me escuecen...

Él sopló sobre un pezón para aliviarla. Y luego lo retuvo con los dientes y tiró de él, para calmar a continuación la abrasión con la lengua.

—¿Me quieres dentro de ti? —Deslizó una mano desde su pecho hasta su entrepierna y le acarició la entrada con los dedos. Ruth lloraba por él. Su erección creció y decidió tantearla introduciéndole dos dedos hasta los nudillos.

Ella abrió los ojos y echó la cabeza hacia atrás para lamentarse... de gusto.

Adam se inclinó sobre ella, con la cara de alguien que necesitaba con urgencia esa liberación. La miró a los ojos y esperó a que lo mirara y le hiciera algo. Le gustaba ver cómo reaccionaba a su contacto. Movía los dedos en su interior y la torturaba con su pericia.

—Dame un beso —le ordenó él agresivo.

Ruth abrió los ojos dorados y lo miró a su vez.

—Te he dicho que iba a ser diferente —le recordó como si fuera su amo y señor—. Vamos a intentarlo, pero quiero ver cómo reaccionas a mí. Yo sabré en todo momento lo que necesitas, cuidaré de ti. Mis necesidades son primitivas. Potentes. ¿Vas a ser capaz de darme la réplica?

Ruth se debatía entre la curiosidad y la excitación. Así que eso era ser dominante, y así se jugaba a la sumisión. Se alzó ligeramente y acarició los labios con los suyos, en un beso volátil y poco profundo. Jugando, tanteando la paciencia del berserker.

—Quiero tu lengua —dijo él con voz ronca—. Bésame de verdad.

Ella levantó una ceja y apresó su labio inferior con los dientes, muy suavemente para no hacerle daño. Adam lo agradeció. Luego se lo lamió para aliviar el sutil pellizco, y lamió también con un gemido la herida que le había hecho Margött, y a continuación, en un arrebato de posesión, le metió la lengua en la boca. Ligeramente, con lentitud y parsimonia. Con dulzura. Acarició la de él varias veces.

El pecho de Adam rugía como el motor de un coche. Pensó que el cielo debía de sentirse como un beso de su chica.

—Me gusta besarte, Adam. Es como calmar a un perro malo y grande. Me siento poderosa —susurró besándolo de nuevo, entrelazando sus manos detrás de su cuello y profundizando sus envites.

—Ya no llevo el collar —le comentó mientras suspiraba de placer a cada beso que ella le daba. Le introdujo los dedos muy adentro y en su interior los curvó—. Hoy no me detendré. Eres mía. Mi juguete. —Sus ojos rojos relucieron dominantes.

Ruth asintió feliz, mientras movía las caderas. Alargó una mano y lo agarró del pene, mientras lo besaba y lo mantenía cogido del cuello con la otra mano. Sintió cómo palpitaba y cómo a cada caricia de su mano se engrosaba. Cuánto poder tenía en sus manos. Adam había sido su profesor en ese aspecto, él le había enseñado a acariciarlo.

El berserker retiró su mano con delicadeza.

—Luego.

Agarrándola de los muslos, la acercó más al extremo de la mesa que hacía de barra americana. Observó orgulloso el cuerpo de esa chica. Sus pezones erectos que miraban al techo, enrojecidos por sus besos, sus pechos inflamados, su entrepierna húmeda e hinchada. Pero lo más espectacular de aquel templo que él adoraría era su cara. ¿Hada? ¿Gata? ¿Cazadora? Ruth. Era Ruth, su *kone.*

Acercó la cabeza de su miembro a su entrada y la acarició de arriba abajo con ella, como si fuera su lengua. Levantó sus piernas con determinación y las colocó sobre sus hombros.

—Lo vamos a hacer así —anunció con tono autoritario.

Ruth pensó que era una posición extraña.

—Me vas a sentir hasta las entrañas, gatita. Y me vas a aguantar, y lo vas a soportar porque es lo que yo quiero. ¿Entendido? Yo me haré cargo de ti.

Ruth asintió hipnotizada por su voz dictatorial. Ella no iba a decir que no.

Se inclinó sobre ella y ese movimiento hizo que la penetrara lentamente. La agarró de los muslos y la arrastró hasta que sus nalgas sobresalieron de la mesa.

—Tómame entero, Ruth —le ordenó él mientras movía sus caderas y se introducía más.

Ruth no se atrevía a moverse, no podía. Aquella posición era extrema para ella, sometida. Pero no le importó sentir cómo Adam la dominaba, cómo se metía en su interior lenta e inexorablemente. Una lentitud disfrazada de potencia, eso era.

—¿Te duele? —le preguntó él acariciándole los muslos de arriba abajo, mientras seguía haciendo presión con las caderas—. Ábrete, *dyrebar*[44]. Así...

—Sí, Adam —siseó—. Así...

Ruth comprendió que la naturaleza de su berserker era dominante y sexualmente agresiva. Ella no tenía mucha experiencia, pero jamás podría comparar a los dos chicos con los que había estado en su adolescencia. A esas dos patéticas y únicas veces. Delante de ella tenía a un hombre. Un hombre hermoso y exigente. Un vikingo forjado en la guerra, duro fuera de la cama, y duro dentro de ella. Adam podría partirla en dos si le diera la gana, pero aunque sus movimientos eran potentes, cuando la tocaba lo hacía con delicadeza y calor, demostrándole que se podía coger a él, que él cuidaría de ella.

—¿Sí? —asintió él con una sonrisa de placer—. Joder... caliente. Estás ardiendo, Ruth. —Cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia atrás cuando la penetró por entero, oyendo con gusto el sollozo de Ruth.

Ruth intentó mover las piernas. Desde su posición veía sus rodillas sobre los hombros de Adam y a él mirando hacia abajo, al punto donde se unían, con los ojos rojos y brillantes, y los colmillos largos. Se sentía rellena como un pavo, colmada.

Adam gruñó y se movió con un ritmo devastador que los quemó, los renovó y les hizo renacer de sus cenizas. Ruth no podía gritar, sólo atinaba a coger aire y a tensar los músculos de su estómago. El dolor y el placer tejían un manto sobre ellos. Levantó las manos por encima de la cabeza y se agarró al lateral de la barra. Adam la tenía cogida de las caderas y la machacaba como un pistón insaciable. El interior de Ruth lo acogía perfectamente. Era estrecha, lo apretaba, sus músculos luchaban por acomodarse a él, pero lo hacían y le dejaban espacio. Ruth también le dejaría un espacio en su vida, pensó orgulloso y perdido en el cuerpo de su compañera. El pelo caoba, la piel bronceada por el sol y rosada por la excitación, sus pechos, su sexo, su boca seductora y sus ojos, todo era suyo. Y él tuvo ganas de ser de ella igualmente. Podría hacer lo que le diera la gana con su cuerpo. Los berserkers veían el sexo como una vinculación sagrada, como un medio de expresar sus emociones y de mostrar quiénes y qué eran. Sus compañeras tenían la dualidad de someter y ser sometidas. El acto para ellos era un momento de rendición y aceptación total. Un acto de vinculación suprema.

Ruth lo aceptaba, vaya si lo aceptaba. Lo había acogido por entero. Oyó un quejido y supo que era su *kone,* que estaba a punto de culminar otra vez. Le imprimió más velocidad, haciendo que ella suplicara por la liberación.

—Suplícame.

—Dios mío, Adam...

—Aquí no hay dioses, cariño —gruñó—. Suplícame.

—Por favor... por favor, Adam...

Alargó una mano y le rozó el clítoris para estimularla y darle el placer que necesitaba, hasta que Ruth levantó la espalda de la mesa dibujando un arco perfecto, empalándose más. Gritó y sollozó clavando las uñas en la madera de la mesa, corriéndose con Adam tan adentro que lo sintió en las entrañas, tal y como él le había dicho. El berserker aprovechó las convulsiones de Ruth y se clavó en ella todavía más profundamente. Le bajó las piernas de los hombros y se las colocó alrededor de su cintura. Ruth lo apretó como él deseaba, y le rodeó con los brazos como ella quería y anhelaba. Lo abrazó y le acarició la nuca y la cabeza mientras la sometía, y él, agradecido, la cubrió a su vez con una fuerza avasalladora, queriendo fundirla con su piel, con su cuerpo y sus huesos.

[44] Dyrebar: en noruego significa “preciosa”.

—Sostenme, *katt* —suplicó él echándose encima de ella y colocando los antebrazos a cada lado de su cara, aplastándola y retirándole el pelo con dulzura. La besó ardientemente, introduciendo y sacando la lengua, imitando lo que hacían sus sexos—. Más. Más. ¡Hasta el fondo, Ruth!

Adam era un hombre grande. Un guerrero furioso con genes de lobo. Y allí estaba ella, aguantando su fuerza y sus embestidas. Disfrutándolas como nunca se imaginó que podría disfrutar del sexo. Pero aquello no era sólo sexo. Ella lo sabía. Cuando Adam gritaba que lo acogiera entero, estaba pidiéndole algo más. Pedía una aceptación total de su naturaleza, de sus necesidades. Pedía que lo aceptara a él.

Lo miró a los ojos y lo tomó de la cara. No quería decírselo. No podía decírselo. Y tenía que luchar contra ese sentimiento y esas palabras que querían volar para iluminar la vida de ambos. Él apenas había aceptado que entre ellos había algo fuerte. Si le decía lo que sentía, lo asustaría, y entonces Adam huiría. Ella era su *kone,* había dicho. Eran compañeros. Sería suficiente por el momento, por ahora, le había asegurado. Pero Ruth, que era una impaciente, no iba a aguantar muchos días sin una auténtica declaración, porque ambos se pertenecían desde que se vieron. Ella lo había esperado durante todo ese tiempo. Lo había deseado, anhelado, necesitado secretamente, y él la había alejado incluso creyendo que era una asesina, pero la había deseado y la había protegido hasta el último momento. Era injusto. Ambos habían soñado el uno con el otro durante todas esas noches que se obligaron a permanecer separados. Ella ahora estaba dispuesta a decirle lo que sentía su loco corazón. El hecho de que lo liberara del collar ya demostraba lo mucho que le importaba, pero no contaba con la vida personal de Adam y con lo cerrado que iba a estar a una opción como la del enamoramiento.

No. No iba a ser suficiente para ella porque ella quería más. Quería la historia de amor completa. Quería que le entregara voluntariamente esa parte que había guardado bajo llave desde que era niño, ese trozo de él que no había entregado a nadie. Mirándose el uno al otro, ella rozó sus labios con los dedos. Él abrió la boca y se los metió dentro. Chupándolos y jugando con la lengua a su alrededor.

«Se está enamorando de mí y ni lo sabe —pensó enternecida—. Lo veo en sus ojos, no están fríos. Yo estoy enamorada de ti, Adam. ¿Me puedes sentir? Me gusta todo lo que eres y lo que representas. El gruñón, el bárbaro, el amante, el padre, el amigo... me gustas. Te quiero».

Adam hundió la cara en el cuello de Ruth, refugiándose en el hueco perfumado detrás de la oreja, buscando cobijo y protección por todo lo que estaba sintiendo. Ruth se abría a él como un libro y le contaba todo lo que él quería escuchar con sus ojos ambarinos. La generosidad de aquella chica para entregarle su alma era apabullante. Miró la marca de su cuello, la acarició con los labios y la volvió a morder en el mismo sitio.

Ruth abrió los ojos, se le desorbitaron, y no pudo gritar cuando la azotó el tercer orgasmo. Adam chupó, besó y cerró la herida con mimo y dedicación. La miró de nuevo a la cara, sin parar los envites diabólicos de su pelvis. Ruth lloraba. Estaba llorando de placer.

—Tranquila, *katt*—susurró él hundiendo los dedos en su pelo.

Él la hacía llorar y se sintió poderoso porque eran lágrimas de delirio, de placer y gusto.

—¿Qué me estás haciendo? —preguntó ella mientras se recuperaba de la última explosión.

Adam rio, le dio un beso dulce en los labios y juntó su frente a la de ella.

—Ahora, Ruth —sus movimientos se hicieron frenéticos mientras la miraba fijamente—. No te asustes. Dame todo lo que tienes.

Ruth se mordió el labio y frunció el ceño cuando notó cómo Adam crecía en su interior. Estaba dilatada y muy mojada, pero aquello era demasiado. El berserker crecía a lo ancho y a lo largo, lo suficiente como para asustarla. ¿Los lobos no hacían eso también? Sintió un líquido preseminal que salía como a chorros de su pene y la llenaba, preparándola, dilatándola para la penetración absoluta.

—Para —lloró ella.

—No lo puedo parar —dijo él sorprendido a su vez—. No puedo... — movía las caderas, haciéndose sitio como un saqueador—. Relájate, *kone.*

—Adam, es demasiado... —se quejó ella hundiendo el rostro en su pecho.

—Sólo tómame, Ruth —dio tres sacudidas potentes hacia delante, tres envites que levantaron a Ruth de la barra—. Me voy a ... —echó la cabeza hacia atrás y gritó impresionado mientras se liberaba en el interior de la mujer, la aprisionaba contra la mesa y la tomaba de las nalgas, acompañando así sus movimientos. Una energía dorada fluyó a través de ellos. El *chi* de Adam entró en Ruth, y el *chi* de Ruth en el de Adam. Sus esencias bailaban un tango de reconocimiento mutuo, de alegría por poder complementarse, y de sorpresa por haberse encontrado al fin. Un arcoiris de colores atravesó el centro de ambos y los dos se mecieron con su melodía. La Cazadora conoció mejor a su señor, y el señor reconoció al fin a su Cazadora. Todo cuadraba en ellos, todo era perfecto y liberador. Sus pieles brillaban, centelleaban chispitas doradas sobre ellos.

Ruth no se lo creía. Con el cuerpo del berserker encima de ella, y con aquello aterrador moviéndose y llenándola con una presión enloquecedora entre las piernas, había alcanzado el cuarto orgasmo. Cuatro interminables orgasmos. Era una locura. Las piernas le temblaban. Se quedaron así un buen rato, hasta que Ruth le dijo:

—¿Adam? —Oía cómo respiraba agitado en su oreja.

—¿Mmm? —rozó su marca con la nariz.

Le acarició el cuello y la espalda, calmándolo y fortaleciéndolo, y le besó la mejilla manteniendo los labios pegados a su piel para susurrarle: —Adoro cómo bailas.

CAPÍTULO 23

El berserker tembló de la risa encima de ella y la incorporó, todavía en su interior, como un niño feliz. Ruth se tensó ante el movimiento, aquello la clavaba todavía más y estaba muy sensible. Adam le acarició las nalgas. Ella recostó la cabeza en su hombro y se dejó mecer por él.

—Mira —dijo él suavemente. Pasó dos de sus dedos por su pecho y luego se los ofreció para que los degustara—. Pruébate en mí.

Ruth abrió la boca y se introdujo los dedos. No podía ser, sabía a melocotón.

—Sabes a melocotón —dijo ella asombrada.

—Es la esencia de tu *chi.* Eres tú, *katt.* Así sabes. Ahora estás imprimada en mí porque nos lo hemos intercambiado.

Ruth sonrió fascinada. Se llevó dos dedos a sus pechos y los frotó en su piel. Luego se los ofreció con gusto. Adam abrió los labios, la tomó de la muñeca y absorbió sus dedos en su lengua y en su boca.

—Menta, Adam —dijo ella apoyando su cabeza en su hombro mientras Adam todavía tenía sus dedos en la boca—. Eres menta y chocolate.

El berserker la besó en la sien y la levantó de la barra, procurando que Ruth rodeara su cintura con las piernas.

—¿Dónde está tu habitación, preciosa?

—Arriba. La puerta de la derecha al final de las escaleras.

Adam subió las escaleras con ella en brazos. Abrió la puerta de su habitación y se sintió demasiado grande y torpe al entrar en ella. Territorio Ruth. Su *kone* era una mujer femenina y se notaba en los tonos pastel de las paredes, en el olor de su ropa, en la disposición de su habitación, en las flores en los balcones y en el inmenso vestidor personal del que disponía. La colcha fucsia estampada con corazones negros lo hizo sentirse incómodo. Él rompería esa cama durante la noche cuando volviera a saquearla de nuevo. Estaba en su habitación y todo olía a ella. A ese melocotón jugoso que tenía en brazos. Sobre el escritorio reposaba un bote de colonia de Nina Ricci, *Les Belles.* Y en una estantería tenía un iPod conectado a un gran altavoz blanco. Era un lugar cálido y acogedor. Como ella.

—¿Ya has repasado toda mi habitación? —preguntó ella divertida. Se apoyó en sus hombros para mirarlo—. Seguro que quieres ordenar los libros por colores y no te aguantas por entrar a mi vestidor y dejar libre a tu trastorno obsesivo del orden —bostezó y se volvió a apoyar en él mimosa—. Me juego lo que quieras a que quieres comprobar si tengo etiquetas en mis cajones y si mi zapatero sigue una regla de tres.

Adam la miraba embobado mientras ella hablaba. Ruth lo conocía muy bien. Se echó hacia adelante y cubrió la distancia que los separaba con un beso, mientras la mecía muy lentamente. Ruth lo recibió y él gritó interiormente al sentirse aceptado. ¿Dónde iba a estar mejor? ¿Cuándo se había sentido tan bien?

—¿Y el baño, gatita? —rozó su nariz con la de ella.

Ella tardó en reaccionar y le señaló la puerta blanca colocada a la entrada del vestidor. Un baño de mujer, con toallas, jabones y demás, en tonos lilas, fucsias y negros. La pared revestida de piedra y el suelo de parqué *wengé.* La bañera de Ruth era muy grande, cabían por lo menos cinco personas estiradas completamente. Adam se sentó en un extremo, con Ruth encima de él, y empezó a llenarla de agua caliente. Cuando estuvo lo suficientemente llena, entró con su chica en brazos y poco a poco se salió de su interior, de su cuerpo.

—Con cuidado —susurró él.

Ruth se sintió vacía cuando la verga de Adam salió de su cueva. Soltó un tímido quejido. Él se estiró en la bañera y la tomó de la mano para que se colocara entre sus piernas. Ruth lo obedeció y apoyó la espalda en su pecho. El agua les cubría por completo.

—¿Has tenido esta bañera para ti sola y no me has invitado ni una vez? —le preguntó él besando y lamiéndole la marca.

—No querías nada de mí —lo acusó ella—. No iba a decirte que vinieras a que me frotaras la espalda.

Adam gruñó y la rodeó con los brazos.

Ruth se sentía en el cielo, pero no quería hacerse ilusiones.

—Los berserkers os hacéis más grandes cuando os corréis —dijo ella apoyando la cabeza en su hombro.

—Sip —contestó distraído. Agarró el jabón y se untó las manos con él. Luego las posó sobre los pechos de la joven—. Lo hacemos cuando entregamos nuestra energía conscientemente. Cuando Odín nos otorgó el *od,* también nos ofreció parte de la genética de su animal favorito. Así que nos hinchamos como los lobos cuando se anudan a sus parejas. Y no nos podemos salir de ellas hasta que no baja la marea. —Le capturó los pezones con el pulgar y el índice—. Si me hubiera salido entonces te podría haber hecho daño.

—Los lobos tienen una lengüeta en el pene, como una segunda erección —se mordió el labio para no gritar—. ¿Tú también?

—No. Nosotros sólo nos hinchamos.

—Mucho —aseguró ella.

Adam dejó de atormentar uno de sus pechos para deslizar la mano de nuevo a su entrepierna. Allí la mantuvo presionada hasta que la abrió con los dedos.

—El agua te calmará, *kone.* —Se sintió culpable por haberla lastimado de alguna manera. ¿Qué pasaría cuando la reclamara definitivamente en luna llena?—. Siento haberte hecho daño.

—¿Daño? No me has hecho daño. —Agarró su mano y la mantuvo ahí, en su sexo—. Ha sido increíble.

—Tú eres increíble. —Y lo decía con sinceridad, acariciándola entre las piernas.

Se quedaron en silencio un rato, embelesados por la intimidad que había nacido entre ellos, por el vacío cómodo de palabras que se instalaba entre ellos. Adam le tomó una mano y la comparó con la suya.

—Eres tan pequeña. Tan frágil —susurró apoyando la barbilla sobre su cabeza—. ¿Quién diría que eres auténtica dinamita? Pura pólvora, Ruth.

—Yo soy normal. Tú eres el que tiene problemas de acromegalia. Lo increíble es que estés tan bien compensado.

Los dos se echaron a reír. Sus manos eran tan diferentes. La de él más morena, de largos y gruesos dedos. La suya más pequeña, era verdad, con la manicura francesa en sus uñas, y más pálida.

—Estuve hablando con Gabriel. —Se lo soltó de sopetón porque quería que ella supiera lo que él sabía. Sintió que se quedaba tensa y muy quieta—. Hablé de muchas cosas con él. Quería que me contara todo sobre ti. En el bosque me abriste los ojos y me dijiste muchas verdades, entre ellas, que no te conocía. Aileen me hubiera cortado las pelotas, y pensé que Gabriel podría ser más comprensivo y que podría echarme un cable contigo para explicarme todas esas cosas que no sé de ti.

—Hum.

—Sé que te cambiaste los apellidos porque no querías tener nada que ver con tus padres. Sé que ellos forman parte de una secta evangelista y que su núcleo principal está aquí, en Londres. Sé que

no has tenido contacto con ellos desde que cumpliste los dieciocho. Pero no sé las cosas horribles que te hicieron como para que rechazaras sus apellidos, su sangre. Gabriel no me lo ha querido contar porque me ha dicho que era algo demasiado personal y que ni siquiera a ellos les contabas lo que te hacían. Me lo vas a contar a mí.

Ruth intentó moverse, correr, huir. Era un sistema de defensa que adoptaba cuando se sentía acorralada. Estaba expuesta con él. Adam le rodeó la cintura y la pegó a él.

—No te vas a ir. Cuéntamelo.

—No, Adam... —dijo asustada. Avergonzada.

El berserker se sintió indignado por su reacción y la tomó de la barbilla.

—Escúchame, *katt.* Vas a tener que hablar de esto con alguien, y no va a ser con nadie más que conmigo, ¿me entiendes? No tengas vergüenza conmigo, por favor.

—¿Y si no quiero hablar?

Adam gruñó.

—Lo harás.

—¿Por qué iba a querer explicártelo? —le temblaba la barbilla y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Porque quiero saber por lo que pasaste. Tú sabes cómo fue mi infancia, sabes lo que hicieron mis padres con nosotros. Sabes cuáles son mis responsabilidades, y sabes que perdí a un padre enloquecido por el desamor, que mi madre es una zorra asesina y que por su culpa perdí a una hermana gemela que quería mucho. Tú me has preguntado y yo te he contestado, siempre. Mejor o peor, pero lo he hecho. Ahora que yo soy el que te pregunta, ¿me vas a negar tu respuesta? Eso no es justo, Ruth. —Hizo una amago de levantarse de la bañera e irse.

—Por favor, no te vayas. —Le agarró de la muñeca. No debía olvidar que Adam no era manipulable. Le gustaban las cosas claras y tenía un carácter igual o más volcánico que el suyo. Ruth sentía pánico ante la idea de que él la dejara allí con sus recuerdos. Ahora que los había evocado, ahora que había abierto la herida de nuevo, volvían a aterrarla como cuando era más pequeña.

Adam se sentó inmediatamente y la sentó a ella sobre sus muslos, abrazándola y transmitiéndole calor. La chica lo agradeció y apoyó la cabeza en el hueco entre el cuello y el hombro del chamán.

—Habla, *kone.* —Era una orden, pero también una demanda emocional. Acarició su pelo húmedo y le masajeó la nuca. Adam necesitaba saber qué la asustaba y era su obligación, su necesidad, liberar parte del dolor de su compañera. Él lo absorbería.

—Para mucha gente, el hecho de que otras personas oigan voces que ellos no pueden escuchar puede ser señal de dos cosas: o bien que son esquizofrénicos, o bien que están poseídos por el demonio. Mis padres son más de la segunda opinión —dijo sin más dilación—. Ellos sólo creen en Dios, y cualquier manifestación extraña y sobrenatural que se precie es obra del Demonio. Pero llevaron su fe más lejos todavía, la llevaron al extremo y se convirtieron en sectarios.

—¿Tú crees en Dios?

—Creo en que hay un dios dentro de cada persona y que se manifiesta en la compasión y en el perdón. Para mí, ésa es la máxima representación de ese Dios todopoderoso y creador misericordioso que nos vende la Iglesia. Creo en la bondad, Adam. —Tomó la pastilla de jabón y, para relajarse, empezó a frotar el pecho del berserker, a lavarlo y a masajearlo—. Mis padres traían a los seguidores de su iglesia particular a casa. Yo era una rareza, el demonio se quería comunicar conmigo, según ellos, y ellos se autoproclamaron como mis salvadores. Hacían rituales y exorcismos conmigo —tragó saliva.

Adam detuvo la mano de Ruth.

—¿Qué te hacían?

Ella apartó la vista.

—Ruth. —La tomó de la barbilla—. Mírame, cariño. ¿Qué te hacían? Ruth hundió los hombros al darse cuenta de que Adam no iba a parar hasta que ella lo soltara todo.

—Venían todos a por mí, tapados con túnicas negras y capuchas demasiado holgadas. No les podía ver la cara, pero sabía, yo sabía quiénes eran. Eran los mismos que iban cada domingo a misa y a la iglesia, que se sentaban en la misma fila que mis padres y que decían adorar a Dios. Cuando venían a casa yo siempre me escondía, pero ellos siempre me encontraban. Me ponían sobre un altar, en nuestra capilla particular del jardín de nuestra casa. Me ataban de pies y de manos, y me obligaban a beber litros de agua bendita. Mi padre me agarraba la cabeza y mi madre me metía un embudo por la boca, hasta la garganta, y dejaba que el agua entrara en mi cuerpo. Yo luchaba —dos inmensos lagrimones cayeron entre sus pestañas—. Luchaba contra eso. El embudo me hacía daño en la garganta, me dañaba y me ahogaba, mis padres lo veían, pero ellos decían que era por mi bien. —Adam la abrazó con más fuerza—. Y mientras una niña de siete años gritaba y lloraba indefensa, los demás, alrededor, repetían sistemáticamente una serie de palabras en arameo. Un cántico. — Cerró los ojos intentando olvidar—. Cuando vieron que el agua no funcionaba, utilizaron otro tipo de métodos conmigo. Me... me azotaban con pequeñas cadenas de oro y plata, y las mojaban con agua bendita y sal. Si mi piel sangraba, el demonio saldría a través de la herida y me liberaría. No podía acallar las voces, Adam. Te juro que no podía, y no nos enseñan a creer en espíritus y contactos telepáticos o del más allá. Somos simples en nuestra educación, ¿sabes? La realidad es sólo lo que ves, y si no lo ves es porque no existe. Yo no sabía lo que me pasaba y al final, entre latigazos y otro tipo de tratamientos que utilizaban conmigo, asumí que estaba enferma, que tenía un problema. Me medicaban para tranquilizarme y dejar de oír al demonio. Drogada como estaba, a él no le servía de nada, según mis padres. Pero en realidad, nadie me pudo curar. Luego cuando me hice mayor, me descontrolé un poco, y me emborrachaba casi siempre que salía, porque el alcohol me relajaba y hacía callar a las voces. No era alcohólica ni nada de eso, simplemente me gustaba pasarlo bien y olvidar, sobre todo olvidar.

—¿Cuánto... —no le salía la voz— durante cuánto tiempo sufriste a manos de esos hijos de perra?

Ruth exhaló el aire trémulamente.

—La última vez fue cuando cumplí dieciocho años. Ese mismo día no volví a casa y aceleré los papeles para el cambio de apellidos. Los denuncié. Denuncié a mis padres y renegué de mis apellidos y de mi sangre. Nunca más pudieron tocarme.

—¿Cómo lo hiciste? ¿Cómo te mantuviste? Eras muy joven.

—Mi abuela dejó una herencia para mí. Yo podría utilizar sólo el tres por ciento de ella hasta que cumpliera los veinticinco años, edad en la que heredaría la totalidad de lo que ella me legó. No la llegué a conocer, o como mínimo no la recuerdo. Yo tenía dos años cuando murió. Por lo visto, se llevaba muy mal con mis padres—sonrió orgullosa—. Lo que les dejó a ellos era irrisorio comparado con lo que me dio a mí.

—Entonces, ¿eres una rica heredera?

—Lo seré a los veinticinco, ahora sólo sé que no me preocupo por el dinero —se encogió de hombros—. Además, Caleb se pasa con el sueldo que nos da a Gab y a mí. Regresando a lo de mis padres: pagué a un abogado que me representara, al mejor. Y gané. Dictaminaron que mis padres no podían acercarse a menos de mil metros de mí, ni vivir en la misma ciudad que yo. Traje pruebas que verificaban el maltrato al que fui sometida, fotos que yo misma me hacía. Mis padres jamás me llevaron a un hospital, no querían informes médicos ni pruebas de ningún tipo, pero no contaban con mi rebelión. Los sorprendí y encima tuvieron la cara de hacerse los dolidos por mi reacción, hipócritas asquerosos.

—¿Tu abuela era una Mawson? —le retiró el pelo del cuello y le acarició la marca con cariño. Sus

gestos pretendían ser suaves, pero por dentro estaba indignado, furioso, a punto de explotar.

—Sí.

—Ese apellido proviene de familias antiguas de Inglaterra. Familias de mucho poder.

—Supongo.

—Hum. Entonces has ido tirando de ese tres por ciento hasta ahora. Ruth asintió y lo miró a los ojos.

—¿Cómo descubriste que mi apellido era una tapadera?

—Simplemente investigué. Hice una llamadas a España y me lo solucionaron. ¿Crees que Caleb es el único *hacker?*

Ruth lo miró preocupada.

—¿Quién más lo sabe? No descarto que mis padres hayan vuelto a Inglaterra, Adam. No sé nada de ellos desde entonces.

—Tranquila. Sólo yo lo sé —dijo él—. Nadie más. No quería revelar nada. Yo... creo que no quería creerme ni las profecías, ni mis sueños... As tenía razón. Te protegí todo el tiempo.

La chica alzó una mano húmeda y le acarició la barbilla, pegándose más a él.

—En el fondo, muy en el fondo, eres bueno, chamán.

—No. No soy bueno —dijo rotundo—. ¿Cuando mate a tus padres pensarás lo mismo? Cuando los reviente, ¿pensarás que soy bueno?

Ruth no pudo articular palabra, ni supo qué contestar.

—No me importa que te hayan dado la vida, Ruth, porque es lo único bueno que han hecho, pero nadie, nadie maltrata lo que es mío y se va de rositas. —La tomó de la cara y la acercó a él para darle un beso tierno y protector—. No soporto que te hayan hecho eso, me arde dentro, Ruth. Los buscaré y los mataré.

Aunque era horrible lo que decía Adam, Ruth se sintió bien por su comportamiento apasionado y demente, porque era así por ella.

—¿Crees que me importa? —ella le rodeó el cuello con los brazos y se sentó a horcajadas sobre él—. No siento absolutamente nada por ellos. Y no sé si eso me convierte en alguien vacía y sin emociones.

—Tú eres la última persona en el mundo que podría decir eso, Ruth. No hay nadie más cálida y emotiva que tú.

—Me refiero a que son mis padres. Me educaron, me dieron de comer y me tuvieron bajo su techo... pero no me aceptaron tal y como yo era. No tengo amor para ellos. Sólo indiferencia.

—No te equivoques, te dieron un techo pero no te cobijaron bajo su ala. No te protegieron, al contrario, te maltrataban, Ruth, te hacían cosas horribles. Creo que tener la capacidad de hacer hijos no lo convierte a uno en padre ni en madre. Los odio, *kone,* y te juro que me los cargaré.

—Tranquilízate, Adam. —Lo abrazó con fuerza—. Deja las cosas como están.

Esa joven estaba loca si creía que él iba a olvidar eso.

—Los encontraré —le prometió— y hablaremos largo y tendido. ¿Se han vuelto a poner en contacto contigo de alguna manera?

Ella negó con la cabeza.

—Bien.

—Creo que hay cosas más importantes que hacer antes de buscar a mis padres, ¿no te parece? —dijo suavemente—. Quiero encontrar a Strike y a Lillian, y quiero esa vara que llevan con ellos. Creo que si nos hacemos con ella y la rompemos, las almas se liberarán.

—¿Estás segura de eso?

—Sí, lo sentí así en el Ministry. Esa vara era la misma que describió Sonja, la misma que llevaba tu madre cuando ella murió y la atrajo hacia sí. Tiene que ser eso.

—Una vara de *seidr.* La vara del *Seidmadr* —murmuró pensativo—. Creo que puedes tener razón, Ruth.

—Sí —coincidió Ruth—. Me gustaría hacerlo, me gustaría reventar esa bola de cristal negra con destellos rojizos sólo para liberar al marido de tu hermana y permitir que sean felices juntos donde quiera que vayan después. Somos los buenos, tenemos que ganar.

—Mañana me reúno con Noah, iremos a ver a Limbo. Creo que ha descubierto algo sobre el paradero de Strike y la zorra de mi madre.

—¿Hablas así de la perra de mi suegra? —sonrió ella—. Eso no está bien. Oye, ¿cómo llegaron a parar Liam y Nora con las sacerdotisas?

—De camino a tu casa, me llamaron y hablé con los niños por teléfono. Dyra tira las runas, las echó ayer al mediodía y por lo visto leyó en ellas que Liam y Nora estarían en peligro. Los gemelos tienen un teléfono móvil que yo les regalé, y se ve que antes de ayer por la noche se intercambiaron los números con ellas. Por la tarde, las tres se pusieron de acuerdo para ir a buscarlos a la casa escuela, pero como Margött les había dejado los niños a Rise, no los encontraron allí. Llamaron a los pequeños y ellos les dijeron dónde estaban. Veinte minutos después de que las sacerdotisas recogieran a los niños, entraron a robar a casa de Rise y la atacaron. Rise está en coma, no sabemos si se recuperará, tiene un balazo en la cabeza. No se merecía eso, era de los nuestros, joder —gruñó—. La próxima vez, *kone,* aceptaré tus sugerencias sin rechistar. Esta mañana me dijiste que dejara a los gemelos a cargo de las sacerdotisas, y no hice caso de tu intuición.

—Claro que no me hiciste caso. Para ti, la única mujer que se puede hacer cargo de ellos y que tiene voz y voto respecto a tus sobrinos es Margött —no pretendía sonar resentida cuando lo dijo, pero no fue así.

—Ruth, yo...

Le tapó la boca con los dedos.

—Chist, Adam. Está bien, no quiero discutir. Sé que tienes mucha confianza con ella, aunque no me gusta —reconoció—. Pero ella se ha hecho cargo de los gemelos todo este tiempo y yo sí que no puedo competir con eso. Así que si quieres contar con Margött para que te eche una mano, tú mismo. Sé que no confías en mí para eso. Sólo espero que algún día lo hagas.

El berserker gruñó disgustado, porque ella había dado en el clavo y, por supuesto, le estaba demostrando de nuevo que podía estar equivocado. Esa noche su orgullo se había revolcado por el lodo una y otra vez. Sí que confiaba en ella, en eso Ruth erraba. Pero Margött era fuerte porque era berserker, podría protegerlos si se daba el caso. Aunque Ruth también estaba demostrando que era una auténtica guerrera, la verdadera preocupación de Adam era que la hirieran. No quería hacerle daño, porque aunque estaba seguro de lo que había entre ellos, cualquier cosa que tuviera relación con sus sobrinos era más delicado, por mucho que Sonja le hubiera dicho que no, que no tenía que involucrarlos entre él y Ruth. Los pequeños eran suyos y él se encargaba de darles el apoyo y el cobijo que necesitaban para crecer en paz. Ruth ahora también era suya. Sabía que la hería con sus recelos sobre que se hiciera cargo de los gemelos, pero era algo que no tenía claro. Y también sabía que Margött se había portado muy bien con ellos, que adoraba a los pequeños y que estaba enamorada de él. Con él ya no tenía posibilidades, pero eso no quería decir que no pudiera tratar con Liam y Nora, ¿o sí? Estaba hecho un lío, las emociones nuevas que sentía respecto a la joven humana que tenía sobre él eran perturbadoras y complicadas. Se iba a volver loco de tanto pensar.

Adam se levantó de la bañera con ella en brazos y los cubrió a ambos con una toalla. Entró en la habitación y se sentó en su cama, secándola con dedicación y con suavidad, como si fuera algo delicado. Primero los pies, a continuación las piernas, luego entre ellas, las caderas, el estómago, los

pechos y los hombros... La peinó. Y aquello era tan íntimo y personal que a Ruth le entraron ganas de llorar. En silencio, y ambos maravillados por aquella comodidad y cercanía, Ruth lo dejó hacer.

—Tienes un pelo precioso, *katt.* Es un rojo parecido al vino.

—Es caoba. —Gimió cuando sintió los dedos de Adam masajeando sus hombros.

—Ggrrr... —rugió Adam quitándole la toalla de encima—. Mi color favorito, *katt.* El caoba y el ámbar. ¿Sabes qué haremos ahora?

Ruth se apoyó en él mientras él la colocaba sobre la cama y se estiraba sobre ella.

—Voy a hacerte el amor. Lentamente. Vamos a explotar juntos varias veces. Y luego te dejaré dormir un rato.

—¿Un rato? —preguntó ella mientras se quedaba sin respiración cuando él cubrió un pecho con su mano.

—Sí, un rato. Porque luego te despertaré otra vez y me meteré dentro de ti hasta que me supliques, Ruth.

—Yo no suplico, Adam —le recordó ella.

Adam sonrió, sí que había suplicado antes. Por Odín, cómo le gustaba esa mujer.

Hizo exactamente lo que le prometió. Por la mañana, de madrugada, se levantó de la cama dejando a Ruth dormida y saciada, con una sonrisa en los labios, y ella, esa vez, no suplicó. De nuevo le volvía a pasar. Sentía el cuerpo rebosante de energía, y necesitaba canalizarla de alguna manera. Se dirigió al jardín interior de la casa y se sentó en posición de loto. No tenía sus hierbas, no tenía su tambor, pero no le importó. La energía estaba en él. Y sabía de dónde nacía. Nacía del intercambio de *chi* entre Ruth y él. Él era su señor, así lo había sentido mientras le hacía el amor con brío y sin ápice de control. Lo sabía, porque era lo que transmitía Ruth y era lo que sentía en su interior.

Madre mía, era pensar en ella y ya se le aceleraba el corazón. Necesitaba meditar. Necesitaba invocar al espíritu por sí solo, sin necesidad de estimulantes ni tambores. Después de estar con aquella mujer siempre se sentía pletórico y alineado con su energía, con la energía de alrededor. Necesitaba hacerlo porque sabía que había un mensaje para él. Una visión. Su intención estaba superdesarrollada. Se sentó en el banco de piedra del jardín, se cruzó de piernas y apoyó las manos sobre las rodillas. Estiró la espalda y tensó la columna hasta estar completamente recto. Cerró los ojos y se dejó llevar. Esperando, esperando... la paciencia era una de sus virtudes y la iba a explotar. Pasaron los minutos, horas hasta que el espíritu entró en él para susurrarle algo que sólo él oiría. El espíritu no habló, pero sí que le ofreció una imagen. Una visión que lo atormentaría siempre.

Mientras tanto, Ruth se despertaba plácidamente. Echó la mano a la almohada de Adam y no lo encontró. Era sábado, no iría a correr, tocaba descansar. Sonrió y recordó con alegría la noche que había pasado en sus brazos. Se había quedado con ella. La había abrazado como si fuera su caparazón. Había colocado una de sus piernas inmensas por encima de las suyas y la había apretado contra su torso y envuelto con sus brazos mientras no dejaba de olerle el pelo y, de vez en cuando, besarle la marca del cuello. Dos horas atrás la había despertado para volver a hacer el amor. Adam quiso revisar su cuerpo por entero y detectó, para su consternación, algunas de las marcas blancas y finas que tenía debido a los azotes de sus padres. La había puesto bocabajo de cara al colchón y había besado cada una de las señales, había calmado su espalda de arriba abajo. Lamiéndola con dedicación y pasando los labios dulcemente por encima, susurrándole todo tipo de palabras cariñosas. Luego había mordido con delicadeza la marca de la nalga y la había besado, recreándose en ella largo rato. Luego le había masajeado los glúteos y se había estirado encima de ella con su erección que se movía entre sus nalgas. Le había abierto las piernas con suavidad y con un ruego lleno de permiso la había empalado desde atrás. Se habían mecido con una lentitud excitante y desesperante a la vez, y hasta que Ruth no alcanzó el climax él no se dejó ir, demostrándole que primero iría siempre ella antes que él. Primero las necesidades de ella y luego las suyas. Se miró el anillo que él le había entregado esa mañana. Era diferente al resto. La gema brillaba de color rojo, y

en su interior refulgía el *Eohl* como si estuviera lleno de los rayos del sol. Los demás sellos que él había dado a todo el mundo no tenían piedras. Sólo eran círculos metálicos de plata y de oro. El suyo no. El suyo era diferente y lo había hecho para ella. Ojalá se lo hubiera dado delante de Margött.

Se duchó y se miró en el espejo. Esa noche sería luna llena. Esa noche Adam la reclamaría por completo. Un nudo de nervios se le asentó en el estómago. Se echó el pelo hacia atrás y se lo recogió con una diadema fina y llena de piedrecitas brillantes. Se puso un vestido negro con estampados de colores y unas zapatillas negras y planas. Se sentía femenina y a gusto con su cuerpo. Le gustaba su aspecto. Faltaban tres días para que se convirtiera en inmortal. Ella sería inmortal. Se llevó las manos a la cara. Seguiría siendo la misma, pero la misma para siempre. La misma para Adam.

Agradecida con la vida por haberle traído a alguien como el berserker, aprovechó para repasar las redacciones de los pequeños. Sacó el *pendrive* y lo conectó a su portátil Mac.

Los niños vanirios y berserkers tenían sus propios miedos y no diferían de los miedos de cualquier niño humano, excepto que se ajustaban a su propia naturaleza.

Jared tenía miedo a que se le cayeran los colmillos.

Reno, el hermano de Jared —ambos hijos de Inis e Ione—, se preocupaba por los sobrecitos llenos de polvo rojo que le daban cada día. Ruth sonrió con ternura. Los niños vanirios sufrían muchísimo porque no tenían modo de controlar el hambre. Menw había descubierto que los complementos de hierro calmaban su hiel. Todos bebían tres tomas diarias, con las comidas. Aunque en realidad comían a todas horas, pobrecitos.

Nayoba y Lisbet, las pequeñas rubias de pelo rizado tenían seis y siete años respectivamente, y tenían miedo de desaparecer, como habían hecho sus hermanos, los hijos de Beatha y Gwyn. Los niños habían sido secuestrados por hombres de Newscientists y nadie sabía si seguían vivos o no. Habían oído llorar a sus padres a hurtadillas, y las niñas decían que eso les rompía el corazón y las entristecía. Ruth se acongojó. ¿Cómo podía haber gente que utilizara a los niños de aquella manera? En el mundo de los humanos, también se abusaba de los niños de otros modos igualmente terroríficos y depravados.

Allí faltaba la redacción del pequeño Enok, de tres años, un niño encantador y que ya hablaba por los codos, aunque la mayoría de veces no lo entendiera. Menos mal que Aileen se comunicaba con él mentalmente para expresar sus necesidades. Con tres añitos, el pequeño Enok no podía escribir todavía, pero con lo precoces que eran, seguramente en un año lo conseguiría.

Y los pequeños berserkers no eran diferentes a ellos. Liam temía a que los pies no le dejaran de crecer nunca, y se preocupaba por no encontrar las cosas. Ruth frunció el ceño.

—¿Qué cosas no encuentras, pequeño? —murmuró la Cazadora.

Nora tenía miedo de perder sus pinturas. Ruth soltó una carcajada. La necesidad de poseer cosas para sentirse más seguros no era algo exclusivo de los niños humanos, por lo visto. Siguió leyendo. Y además, la pequeña y rubia niña, también tenía miedo a soñar. Ruth se estremeció. Algo de lo que no decía Nora en su sincera y sencilla redacción la asustó. Ruth estaba desarrollando su intuición, y sabía que ahí había un mensaje entre líneas, uno cifrado y complicado. No se trataba de que la pequeña tuviera sólo pesadillas.

Hablaría con Adam sobre ello. Liam y Nora tenían algunos miedos comunes y otros no tanto.

Adam entró en su habitación como si hubiera escuchado el pensamiento sobre él. Parecía ansioso, angustiado. Su pecho desnudo brillaba por el sudor, el dragón también sudaba. Su berserker sólo llevaba los pantalones de la noche anterior. Ruth se levantó y fue hacia él alarmada.

—¿Estás bien? —lo tomó de la cara y lo estudió—. ¿Qué te pasa?

Adam tragó saliva y la miró a los ojos. Sí que estaba atormentado. El espíritu le había traído noticias, y no tenía ganas de hablar de ello. Sólo quería refugiarse en los brazos de su *katt.* Cuando la

vio allí sentada sobre su cama, leyendo con interés lo que ponía en la pantalla de su ordenador, tan bonita y femenina, se olvidó de todo lo que le habían dicho.

—Quítate el vestido —le ordenó.

Ruth levantó las cejas.

—Ahora, *katt.* —La besó mientras la abrazaba y la alzaba del suelo—. Fuera la ropa, Ruth. Sólo tú y yo. Tu piel y la mía.

Se dejaron caer sobre la cama, él encima de ella.

Ruth lo besó a su vez con hambre. Cuando Adam la tocaba ella se deshacía en sus manos.

—¿Iremos a por los gemelos? —le preguntó sin resuello por lo que estaba haciéndole la boca de Adam en el cuello—. Creo que deberíamos hablar con ellos.

—Sí. Mmm... luego. —Le arrancó las bragas.

—Con estas ya van dos, Adam —se quejó ella divertida—. No puedes hacerme polvo la ropa interior.

—En cambio sólo puedo echarte un polvo sin ellas, preciosa. —Se colocó entre sus muslos abiertos y la tanteó—. Joder, nena... Sólo... sólo necesito esto.

—¿Qué te pasa? —dijo preocupada.

—Nada. No me pasa nada. Te deseo. Ya hablaremos luego, ¿vale? —la empaló con lentitud.

Ruth cerró los ojos y se dejó llevar. Ya hablarían más tarde.

CAPÍTULO 24

Cuando regresaron a por los gemelos, Liam y Nora salieron como balas de la casa de As y se lanzaron a los brazos de su tío, y luego a los de Ruth. Le explicaron lo que había pasado. Las sacerdotisas los hicieron entrar. Gabriel estaba sentado charlando con Dyra, Amaya y Tea sobre la utilización de las runas. As y María servían un poco de té con pastas, y los niños parloteaban sin cesar sobre las historias que les había contado Gabriel sobre los dioses nórdicos.

—¿Y sabías que? —le decía Liam tomando de la mano a Ruth para que se sentara con él—. Había un caballo con alas, y unas vacas que tiraban del un carro de una diosa.

—Y también había un hombre malo —le contaba Nora a Adam—. Uno que se disfrazaba y se hacía pasar por bueno. Y había una mujer que tenía un collar de perlas con poderes...

—¡Sí! —gritó Liam—. Y una lanza que si alguna vez se clava en el suelo, entonces habrá una guerra...

Adam miró a Gabriel y medio sonrió.

—¿Les has hablado de todos?

—Sólo de algunos —dijo Gab haciendo un gesto sin importancia con la mano—. Pero los niños son como esponjas, aprenden enseguida.

Ruth, sin embargo, echaba chispas por los ojos cuando miró a su amigo.

—Eres un bocazas —le dijo recordando que había sido él quién había hablado con Adam sobre el maltrato al que la habían sometido sus padres. Gabriel se encogió de hombros y mordió una pasta.

El berserker agradeció a Gabriel la atención que había dispensado a sus sobrinos y también los secretos revelados. Luego miró a las sacerdotisas.

—Gracias.

Ellas asintieron y le sugirieron que tanto él como Ruth las acompañaran a la cocina. Una vez dentro, la delgada y pequeñita Tea se cogió de las manos y meneó la cabeza preocupada.

—No fue un atraco, Adam. Cuando ayer por la tarde Dyra echó las runas, lo leímos todas perfectamente. El mensaje hablaba de la posibilidad de que, al caer el sol, dos niños iguales perdieran sus vidas a manos de la traición. No es críptico, es muy claro. Se trataba de Liam y Nora. Los fuimos a buscar antes del crepúsculo. Pero pensábamos que estaban en la casa-escuela y nos dio un vuelco en el corazón cuando allí no encontramos a nadie. Llamamos a sus móviles y conseguimos que Nora hablara con Rise para que ella nos diera la dirección. Los fuimos a buscar enseguida y le dijimos a Rise que por nada del mundo abriera la puerta ni dejara entrar a nadie, y que si veía algo extraño nos llamara inmediatamente.

—Pero no os llamó —la cortó Adam.

—No. No creo que le diera tiempo —murmuró Amaya con sus mejillas tan rellenas y sonrosadas.

—O a lo mejor no veía nada extraño como para llamaros —opinó Ruth—. El mensaje de Dyra habla de traición. ¿Y si los que visitaron a Rise eran conocidos? ¿Y si ella no vio ningún peligro hasta que ya fue demasiado tarde?

—Joder —Adam se apretó los ojos con los dedos.

—Creo que lo mejor es enviar a Liam y a Nora a un lugar seguro — repuso As apoyado en la puerta—. Están en peligro.

—¿Y dejarán de estarlo si están lejos, *leder?* —refutó Adam—. ¿Crees que será más fácil para ellos? Venga lo que venga lo encararemos. Pero los niños se quedan.

As asintió y respetó la decisión del berserker.

—Necesitarán protección constante.

—Yo se la daré. —Noah entró en la cocina, abrió la nevera y agarró una cerveza. Mientras la abría sonrió a Ruth—. Nosotros les protegeremos, ¿verdad, Cazadora?

Por fin uno que la creía competente para estar con los niños y cuidar de ellos. Se sintió agradecida.

—Por supuesto.

Adam murmuró algo parecido a que quien necesitaba protección real era la humana. Ruth se envaró y lo miró a los ojos.

—Echaré una mano en lo que pueda, Adam.

Él tragó saliva y por primera vez entrelazó sus dedos con los de ella delante de todo el mundo. Le besó el dorso.

—Lo sé, Ruth. Pero temo por ti —susurró.

—Pues deja de hacerlo. Soy fuerte.

—No lo eres. No contra lo que nos enfrentamos. ¿Qué crees que harán tus flechas contra cinco lobeznos? ¿Te podrás defender de ellos si estás sola? No podrás huir porque no eres veloz. Podrían hacerte cosas peores que matarte. Te torturarían. Sin nombrar lo fácil que sería para ellos acabar con tu vida.

—¿Y para qué mierda estás tú, berserker? —preguntó una indignada María llevando las galletas y los tés hasta allí. María nunca hablaba así, siempre medía sus palabras, pero la actitud de Adam con Ruth la ofendía—. ¿No estás para protegerla?

Adam parpadeó y miró a Ruth, que agachaba la cabeza avergonzada.

—No pasa nada, María. Ya me estoy acostumbrando a escuchar que soy débil y fácil de matar —dijo ella apenada—. Sé protegerme.

—Para empezar, ni siquiera eres inmortal —le espetó Adam. Él no quería verla en una situación en la que pudiera salir herida o peor, asesinada. Su visión había sido muy clara.

—Todavía, no —gruñó Ruth.

—¿Y qué pasará cuando lo seas, eh? No podrás luchar como hacen Aileen y Daanna.

Ruth sintió el golpe en su interior, en el corazón. No quería preocuparlo y sentía que de alguna manera a él no le gustaba su debilidad, no le gustaba que no supiera luchar.

—Basta, Adam —dijo Noah al percibir el daño que le estaba haciendo a Ruth.

—Yo he visto a esta chica luchar como la que más sin que ni siquiera la rozaran —dijo As—. Sé que es preciada ahora mismo, que es muy importante, pero en todo caso creo que Ruth sabe protegerse muy bien solita.

—Gracias, *leder* —contestó ella.

El móvil de Adam rompió la tensión. Era Margött que lo llamaba. Se soltó de la mano de Ruth y atendió el iPhone.

—¡Adam! —exclamó con la voz llena de lágrimas—. Mi hermano... — sollozaba sin parar—. Mi hermano... lo he encontrado... decapitado en su casa.

—¿Margött? ¿Dónde estás? ¿Estás bien?

Todos escucharon atentos la conversación de Adam. Ruth sintió incertidumbre al ver cómo él se preocupaba por la berserker, pero inmediatamente ella también se preocupó por la rubia.

—¡No estoy bien! —gritó histérica—. ¿Qué está pasando? Primero Rise, ahora él... No estoy bien... —hipó y no dejó de llorar.

—Margött, sal de ahí y vete a tu casa. Nosotros vamos para allá ahora mismo. Enciérrate y no abras a nadie.

—Pondré al clan y a Caleb en alerta. Esto no me gusta nada —dijo As.

Adam se llevó a Ruth con él, después de que ella le insistiera, y Noah también los acompañó. En el coche nadie cruzó una sola palabra. Ruth se sentía fría, y Adam incómodo por el pequeño debate en la cocina y por saber que Margött lo estaba pasando tan mal. La berserker era sobre todo su amiga y no se merecía ni el trato que él le prodigó la noche anterior, ni tampoco la suerte que había sufrido su hermano.

Primero pasaron por el piso de Limbo, tenían que recogerlo todo. Un cadáver humano era noticia, pero un cadáver de otra raza era un nuevo descubrimiento para la humanidad, y eso no lo podían permitir. Mientras Noah fregaba y limpiaba el suelo, Adam pedía a Ruth que no pasara de la entrada de la casa. Ella no tenía por qué ver aquello, pero, para variar, Ruth no le hizo caso. Había señales de lucha por todos lados. Algunos cuadros estaban en el suelo, otros colgaban torcidos en la pared. Había boquetes del impacto de los puños en la pared maestra. El cuerpo desmembrado de Limbo la afectó, pero se estaba acostumbrando a la violencia que rodeaba la vida de los berserkers. Intentó no mirarlo, pero la sangre era llamativa y también olía.

—¿Qué vais a hacer con el cuerpo? —preguntó Ruth acercándose a Adam.

—Nos lo llevaremos y le daremos una despedida como merece. Lo quemaremos.

Ruth se estremeció. Adam le pasó el brazo por encima y la besó en la cabeza.

—Es un entierro honorable, Ruth. Lo haremos esta noche.

Cuando Noah acabó de limpiarlo todo, se fueron de allí. Nadie más oiría hablar de Limbo. Nadie, excepto los berserkers, sabría que había muerto y que nunca jamás volvería.

Cuando llegaron a la casa de cuento de hadas de Margött ella abrió la puerta. Tenía los ojos rojos de tanto llorar y se echó a los brazos de Adam, hundida. Ruth lo entendió, pero no le gustó. Y no le gustó porque entre los dos hablaban en escandinavo y Adam utilizaba un acento ronco que con ella no había pronunciado nunca. La abrazaba con fuerza y Ruth y Noah se quedaron mirando con perplejidad esa postal que hacían los dos amigos.

La Cazadora se vio fuera de lugar y se apartó un poco hasta que Noah la agarró del codo y la colocó delante de él, a sólo un par de centímetros de ellos. El berserker rubio carraspeó y Adam enseguida cortó el abrazo, dejando a Margött desilusionada.

—Lo... lo siento, por favor, pasad —dijo ella amablemente.

Ruth no se atrevía a mirarla. Cuanto más la miraba más diferente la veía de ella. Era alta, era fuerte de presencia, y era... era una berserker, eso lo resumía todo. Los berserkers no podían transformar a otros en berserkers. Adam nunca la podría cambiar a ella. No podría modificarla, no podría mutar su condición.

Se sentaron en el salón. Adam se colocó al lado de Margött y la cogió de la mano.

—Fui a verlo esta mañana para ver qué tal estaba. Le llevaba un estofado que yo misma había preparado porque a él le gustan... —se corrigió mientras se limpiaba las lágrimas con un pañuelo blanco—. Le gustaba mucho cómo cocinaba... Le iba a explicar cómo fue la reunión de ayer noche. Yo... yo quería hablar con él sobre lo que me dijiste... —se sonrojó—. Podía hablar con él de todo. Tenía llaves de su piso. Cuando entré, él estaba... estaba... —dijo una especie de blasfemia en escandinavo—. Lo han matado... —Y se echó a llorar de una manera desgarradora que incluso hizo daño a Ruth.

Adam le pasó el brazo por los hombros mientras la intentaba calmar.

—Limbo había quedado hoy con nosotros para darnos información sobre el paradero de Strike —dijo Noah—. ¿Sabes algo tú de eso? ¿Te dijo algo tu hermano?

Margött negó con la cabeza y se puso el pañuelo en la nariz mientras dejaba que Adam la calmara.

—Lo siento, Margött. —Soltó de repente Ruth. La miraba con sinceridad, la pérdida de un ser querido era algo devastador.

La rubia alzó la mirada y sonrió agradecida.

—Gracias, Ruth —le dijo. Adam colocó su mano sobre la de Margött y no vio cómo la humana apartaba la vista—. Lo siento, Adam —dijo implorando su perdón—. Dejé a Liam y a Nora a cargo de Rise. No pensé que correrían peligro. Fue un acto irresponsable por mi parte. Y mi amiga podría morir y tú nunca más volverás a confiar en mí.

—No te preocupes, Margött —la calmó él—. Sé que nunca permitirías que les hicieran daño. Esas cosas pasan.

—Por supuesto que no. No volverá a pasar, Adam. Lo prometo. Quiero a esos niños como si fueran hijos míos y los protegeré siempre.

Adam sonrió agradecido, como si aquella fuera la mejor noticia que le hubieran dado nunca. Nadie vio cómo Ruth perdía un poco de la luz de sus ojos, y más que nunca, se sintió como una intrusa.

As había declarado el estado de alerta en toda la Black Country. Los niños permanecían en sus casas bajo la protección de sus mayores. Todos los programas de reconocimiento facial de los cuatro condados estaban conectados los unos con los otros. La atención debía ser máxima.

Sin embargo, aun estando bajo tanta presión, los sábados por la noche eran noches de guardia, ya que vampiros y lobeznos se movían por las zonas de más actividad. Por la noche organizarían las patrullas y saldrían a vigilar sus respectivas zonas. Los puntos calientes. Sólo los vanirios, ya que en luna llena, los berserkers desaparecían. La amenaza sobre los clanes cada vez era mayor y, sin embargo, no olvidaban su quehaceres para con los humanos. Eran protectores. Protectores costara lo que costase.

Adam había dejado a Noah en su casa, y regresaban ahora con los gemelos.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Adam en el coche—. Estás muy callada.

Liam y Nora miraban el paisaje a través de las ventanas del Hummer.

Ruth carraspeó. No quería incordiarlo con lo que pensaba de Margött. Había algo en esa mujer que no le gustaba. Pero si se lo decía a Adam, él, seguramente, le echaría a la cara que estaba celosa, y ella no lo podría rebatir, porque era verdad. Margött ocupaba un lugar en la vida de Adam. Un lugar que Adam no le dejaba suplantar porque no la veía capacitada.

—En que... Pienso en Liam y Nora. Son los únicos berserkers que hay ahora en la escuela. ¿Cuando vendrán el resto de niños?

Adam la miró de reojo.

—No tardarán. A veces cuesta romper las costumbres.

—¿Todavía creen que soy una mala mujer? —preguntó riéndose.

—Tú no eres mala, Ruth —soltó Nora indignada.

Ruth sonrió a la niña agradecida por su apoyo.

—Gracias, princesita.

—Vendrán. —Aseguró Adam entrelazando los dedos con ella. Ruth se mordió el labio.

—¿Qué te ha pasado esta mañana? —preguntó focalizando toda su atención en él—. ¿Por qué estabas tan... tan necesitado?

Adam pensó en decírselo. Ruth y sus ojos ámbar podían hacer que perdiera la cabeza con facilidad. Pero decirle lo que había recibido del espíritu no solucionaría nada. Ahora sólo quedaba estar alerta.

—Nada. Sólo quería estar contigo. —La miró a través de sus largas pestañas negras y le dio un beso en el centro de la palma de la mano—. Yo necesito muchas cosas de ti. A todas horas —sonrió como un lobo.

—No me despistes, berserker. Espero que me lo cuentes tarde o temprano. ¿Me llevas a mi casa?

Adam perdió la relajación de su rostro y la miró ceñudo.

—No. Te vienes a mi casa. Conmigo.

Ruth sonrió por dentro. Era adorable cuando se ponía tan mandón.

—Tengo la mía propia. Gabriel está en ella y...

—Pero yo no lo estoy, *kone.*

—¿Qué me estás insinuando? —Miró de reojo a los niños.

—Que tu lugar es a mi lado a partir de ahora. Siempre. Te lo dije ayer por la noche —le susurró malhumorado—. Mi compañera se queda conmigo, que es donde mejor puedo protegerla. Lo siento, Ruth. Ayer tomaste una decisión y ya no te puedes echar atrás.

Si había algo que molestaba a Ruth era que le planificaran la vida, por muy bonita que se la pintara Adam. El berserker quería que viviera con él, pero primero tenía que pedírselo, y luego ella decidiría. Porque si iba a vivir con él y no iba a poder ocuparse de Liam y Nora, porque él no confiaba en ella, entonces iban listos los dos. Los cuatro. Adam venía en un paquete de tres, y Liam y Nora eran parte de él, y ella los adoraba. Si él la apartaba de ese vínculo que había entre ellos, aquello no funcionaría.

—María me dijo que el reclamo se hace oficial en luna llena. La anudación se completa en luna llena. Tú y yo no hemos...

—No me cabrees, gatita.

—No. No me cabrees tú a mí —susurró con rabia—. Me ordenas que me vaya a vivir contigo y no me estás escuchando. No debería haberte liberado del puto collar. —Se enfurruñó y se cruzó de brazos—. Llévame a mi casa.

—Estás loca —se mofó.

—Adam, llévame. Quiero un poco de espacio, necesito pensar sobre algunas cosas.

—No. Has tenido tres días para pensártelo, no me jodas. Soy un berserker, tú querías esto, pues ahora atente a las consecuencias. Ruth echaba humo por las orejas y fuego por la boca.

—Tío Adam, ¿por qué no la escuchas? —le preguntó Liam enfadado con él—. La vas a poner triste.

Adam miró a su sobrino por el retrovisor.

—Son cosas de mayores, Liam. No te preocupes.

—Gracias, compañero. —Ruth le guiñó un ojo al pequeño—. Tienes más sentido común que tu tío.

—Es un hombre —suspiró Nora.

Adam puso cara de asombro ante lo que oía. Sus sobrinos se ponían de parte de la Cazadora.

—Ruth se viene con nosotros. No hay más que hablar. Está en peligro, todos lo estamos, y debemos cuidar los unos de los otros.

—Quédate, Ruth —le pidió Liam echándole los brazos al cuello y abrazándola—.

Ruth palmeó con cariño la mano del pequeño y miró a Adam furiosa.

—Esta noche no me vas a tocar un pelo, lobito —dijo entre dientes. Adam sonrió con malicia y sintió que los colmillos se le alargaban.

—Cuidado, Ruth. Nunca desafíes a un berserker. Nos encanta.

CAPÍTULO 25

Cuando llegaron a la casa, lo primero que hizo Adam fue conectar todas las alarmas. Encendió las dieciséis pantallas que tenía escondidas en una falsa pared de la entrada, las cuales grababan en tiempo real cada habitación y rincón de su mansión. Sabía que ahí, en su casa, no iban a entrar más, su sistema no lo permitiría.

Adam preparó la comida, mientras los niños y Ruth estaban sentados en el sofá, viendo al equipo de fútbol de Wolverhampton que hacía sus partidos de pretemporada. Los gemelos jugaban a los peinados y Ruth era su clienta favorita. La Cazadora no hablaba con él y el berserker se sentía muy molesto por ello.

¿Qué más quería Ruth? Vivía con ellos, y la cuidaba, cuidaba de ella, y además le gustaba hacerlo. Él, mejor que nadie, podría hacerse cargo de su protección. Podría vigilar a los tres a la vez. A sus gemelos y a su *kone.* Mientras los veía en su salón pensó que no había estampa más bonita que la de Ruth con los pequeños. Liam estaba sentado entre sus piernas. Ruth le estaba haciendo una cresta, intentando poner tieso ese pelo lacio y negro tan bonito que tenía. Nora estaba de pie sobre el sofá, y le hacía trenzas a Ruth. Hablaban en voz baja y se contaban sus secretos. Secretos que él oía a la perfección, por supuesto.

—Niños, ¿sabéis qué? —dijo Ruth—. He leído vuestras redacciones y son excelentes.

Los gemelos se hincharon orgullosos por la valoración de Ruth. Ella quería hablar con ellos de aquellos miedos que tenían. Desde que lo había leído que sentía curiosidad.

—Ahora sé que a Nora le da miedo perder sus pinturas —la miró con dulzura.

—Es una niña muy presumida —dijo Liam entre risas.

—Y sé que a Liam le da miedo que sus pies no dejen de crecer. Nora estalló en risas y señaló a su hermano.

—Tienes miedo de convertirte en Frodo —lo acusó Nora. ¿Qué le pasaba a esa familia con *El Señor de los anillos?* Siempre hacían referencias a ello. Y a ella se le estaba pegando esa costumbre. —Yo os diré cuál es mi miedo, es lo justo.

—Sí, Ruth. ¿Tú tienes miedo? —preguntó Nora cogiéndola de la cara. Era algo que siempre hacía, la pequeña reclamaba la atención y necesitaba que la miraran a los ojos cuando hablaban con ella.

—Mi miedo ridículo es que me dan miedo las iglesias. No me gustan.

—Buff... pues vaya sorpresa. A mí también me dan miedo. —Liam puso los ojos en blanco—. Están llenas de figuras de muertos dentro de cajas de cristal, y además hay un hombre ensangrentado y clavado a una cruz que dicen que es un salvador. ¿Cómo va a salvar a nadie si está clavado ahí? Pobrecillo.

Qué razonable era Liam. Para él era todo o blanco o negro.

—Tienes mucha razón. —Aplastó la cresta y se la engominó—. Y también sé que Liam tiene miedo de no encontrar las cosas.

Liam se puso serio y miró hacia otro lado. Nora se echó a reír y Ruth le pidió que dejara de hacerlo con los ojos.

—Nora, en cambio, tiene miedo a soñar.

Nora dejó de reír al instante y la miró enfadada.

—Y yo les tengo miedo a mis padres —dijo rápidamente Ruth para demostrarles que las confesiones eran de todos para todos.

Los dos niños se giraron asombrados por aquella revelación.

—¿Por qué? —preguntó Nora.

—Porque hay padres buenos y malos, cariño.

—Pero se supone que los padres son buenos siempre, ¿no? Son padres.

—Tener un piano no te convierte en pianista —murmuró Ruth—. Supongo que hay de todo en el mundo. Los míos eran malos y no me querían.

—Eran tontos —gruñó Liam sentándose en las piernas de Ruth. Nora dejó la trenza que estaba hilando y se sentó en la otra pierna de la Cazadora.

—No hay que tener vergüenza de nuestros miedos —dijo ella—. Sólo hay que afrontarlos. Sólo hay que cambiar lo que no te gusta y hacerlo a tu gusto. ¿Por qué no me cuentas, Liam —miró al niño—, qué es lo que tienes miedo de no encontrar?

—Yo... yo no estoy seguro. Sé que cuando sueño oigo una voz que dice que busque... pero no sé lo que tengo que buscar.

—¿Y qué ves en tus sueños, Liam? —le colocó bien la cresta y le sonrió—. ¿Ves algo?

—Sólo veo una bola muy grande. Yo floto. Y veo una bola muy grande de color azul y verde bajo mis pies. Miro y miro y no sé qué tengo que ver. La voz me dice que busque y que encuentre, pero yo no sé qué tengo que encontrar. —La miró desorientado—. ¿Tú lo sabes?

Ruth no entendía nada. Ojalá lo supiera porque el niño se veía angustiado.

—No. Pero lo puedes dibujar, Liam. Puedes dibujar lo que sueñas. A veces, en los dibujos, podemos ver muchas cosas.

—Yo lo hago —soltó Nora mirando a su hermano—. Siempre. Como tío Adam. Tío Adam escribe en su cuaderno cuando sale de su meditación. Y también dibuja lo que sueña, como te dibujó a ti en su habitación. — Miró a Ruth—. Yo dibujo en mi cuaderno los sueños que me han dado miedo y todo lo que he visto en ellos.

—¿Y qué te da miedo? —le preguntó Ruth—. ¿Qué te asusta? —Yo... es que... hay un señor en mis sueños.

—¿Un señor?

—Sí. Yo lo encuentro siempre, a veces sin querer. Él no quiere verme. Siempre sale corriendo cuando lo encuentro, y siempre hace cosas malas. Y luego veo a unas personas y siempre que las veo me despierto porque ellos me quieren coger, pero yo siempre escapo.

—Sí, es verdad. Nora se despierta cada noche al menos una vez —dijo Liam.

—¿Qué personas? —preguntó la Cazadora—. ¿A quiénes ves en tus sueños?

—Es que... no las conozco, no sé quiénes son. Lo que sé es que no me gustan.

—¿Por qué no me habéis contado nada de eso? —Adam estaba detrás de ellos. Con un trapo de cocina en las manos y mirando a sus sobrinos con preocupación.

Liam y Nora se miraron entre ellos con sus caritas llenas de vergüenza.

—No pasa nada —les dijo Ruth—. Está bien. No tenéis por qué avergonzaros, ¿entendido?

—No queríamos preocuparte, tío Adam. No queríamos que supieras que tenemos miedo, porque nosotros somos fuertes —explicó Liam sacan-do pecho, pero sin poder evitar que le temblara la barbillita—. Fuertes como tú.

Adam no lo podía creer. Llevaba siete años viviendo con esos niños y nunca le habían contado nada de eso, y de repente se lo contaban a Ruth con total confianza, a esa mujer que parecía un confesionario para ellos. Se sentía fatal. Sentía que les había fallado.

—Entiendo. —Apretó los labios—. Nora, quiero ver tu cuaderno de dibujos. Liam, vas a dibujar a partir de ahora todo lo que veas en tus sueños. ¿De acuerdo? —Se dio la vuelta y sirvió la mesa.

Vivía con ellos y pensaba que se lo contaban todo, que los conocía. Y resulta que los niños tenían pesadillas y que él no sabía nada.

Ruth lo siguió y les dijo a los gemelos que se lavaran las manos antes de sentarse a cenar. En poco tiempo, Ruth se había ganado un rol dulce y a la vez autoritario con ellos. Le hacían caso y la respetaban. La Cazadora se puso las manos en la cintura y observó a Adam. Ya lo conocía y sabía qué le estaba pasando por la cabeza. El *chi* les había conectado a otros niveles.

—Te sientes culpable. Te sientes mal.

Adam no le contestó.

—Crees que deberías haber sabido eso —se acercó a él—. Oye, no te tortures.

—Para ti es fácil decirlo. Sólo tienes que acercarte a esos niños y ellos te adoran al instante. ¿Qué mierda tienes, Ruth? ¿Por qué eres así? ¿Por qué me confundes?

Ruth entrecerró los ojos. Adam se sentía juzgado por ella.

—Así que te confundo... —entornó los ojos—. ¿Por qué? ¿Porque sigues dándome por sentada? ¿Estás confundido porque no me creías capaz de entenderme con ellos? —Apretó los puños—. Lo que he hecho con Liam y Nora se llama conversar, ya te lo dije una vez. ¿Sabes cuál es tu problema? Qué crees que con protegerlos ya lo haces todo, pero no es así. Hay que escucharlos, Adam. Tienes que oír lo que tienen que decir. Y no lo sabrás si permites que sigan creciendo con otra gente.

—¿Cómo dices? —se ofendió.

—Lo que oyes. Los niños te quieren, te adoran. Para ellos eres un héroe, Adam. Pero incluso los héroes tienen debilidades. Y tú no dejas que ellos vean eso. Incluso los héroes tiene puntos débiles. Tu punto débil es que no hablas. Sólo ordenas. Eres intransigente y autoritario, pero con ellos no te ha hecho falta reflejar ese aspecto tuyo. Te obedecen y tienen miedo a decirte que no, no se atreven a llevarte la contraria. Los quieres, los amas con todo el corazón, los proteges, pero no los conoces. Controlas todo y a todos, pero, sin embargo, esa perfección que irradias ha hecho que tus sobrinos se avergüencen de sus propias debilidades. Quieren ser perfectos como tú. Y no lo son. Porque tú tampoco lo eres.

—¿Y tú sí eres perfecta?

—Ni mucho menos —negó.

—¿Crees que mi vida es fácil? ¿Crees que lo ha sido? Soy un guerrero, Ruth. Un guerrero que se ha encontrado con dos niños pequeños en su camino. Y los adoro. Son el motor de mi vida. Hemos estado bien tal y como hemos estado, nunca hemos tenido ningún problema. Margött y su casa-escuela les han dado la educación y el cuidado que yo no he podido darles en según qué momentos. Y si no llega a ser por ella y por Noah, yo... no creo que... —se interrumpió y la señaló con un dedo acusador—. Tú no vas a decirme cómo debo cuidar a mis sobrinos sólo porque nos hayamos acostado.

Una bofetada no le habría hecho más daño.

—Te van los golpes bajos, ¿eh, chamán?

Adam se arrepintió al instante de lo que le había dicho. Estaba enfadado. Enfadado porque ella no le hablaba, porque se había negado a estar allí con él y porque cuando se dignaba a dirigirle la palabra era para darle lecciones de educación.

—No quería decir eso.

—Claro, Adam. Nunca quieres decir lo que quieres decir. Lo sé. Sé que no quieres que tenga nada que ver con Liam y Nora, y eso sí que es algo que no quieres decir nunca, y en cambio siempre me lo das a entender. Déjame decirte algo, algo que sí quiero decirte sin subterfugios. Sé que no crees que sea capaz de proteger a tus sobrinos. No crees que pueda cuidarles y darles la protección física que por lo visto necesitan más que otras cosas. Me da igual lo que pienses —le dijo dolida—. Yo espero que la gente que me importa confíe en mí del mismo modo que yo confío en ellos. Me he puesto en tus manos, Adam, porque creo en lo nuestro y me fío de ti. Tú no confías en mí y me duele. —Se llevó una mano al corazón—. ¿Entiendes eso, chamán?

—Ruth... —dijo impresionado por lo duras que sonaban esas palabras en su boca femenina.

—Pero Liam y Nora me importan, y no me puedo hacer la indiferente con ellos. Mientras tú sigues encargándote de darles esa protección y esa falsa seguridad a los gemelos, yo me encargaré de darles la mejor seguridad que se le puede dar a un niño. Les daré el cariño y la aceptación total de quiénes son. Los querré con todo mi corazón, Adam, y aunque sé que tú le das más importancia a lo que pueda hacer Margött con ellos, porque ella es una berserker y los puede proteger porque es fuerte, yo procuraré darles otro tipo de cuidados. Y si me quieres aquí contigo, vas a tener que aguantar eso, porque en esta casa no sólo estás tú, egocéntrico. Liam y Nora ahora son parte de mí. ¿Sabes por qué? —Adam permanecía mudo, mirándola con los ojos entre sombras—. ¿No? Son parte de mí porque forman parte de ti, y yo los quiero por eso. Si tú no quieres que yo forme parte de ellos, dímelo ahora mismo y muy claramente, y me iré. Me iré porque me estarás dando a entender que no quieres compartir esa parte de ti conmigo, pero por encima de todas las cosas lo haré porque no aceptas ni quieres que comparta esa parte de mí con vosotros, no la quieres. —Le tembló la voz—. Te dije que si me comparabas con algo que yo no era me harías daño y me iría. Pues por si no te has enterado, memo, me has hecho daño. Así que piensa bien qué es lo que realmente necesitas. No sólo voy a ser la mujer que te caliente la cama, quiero que cuentes conmigo para todo. Piénsatelo bien; si me quieres a mí como compañera o si prefieres a Margött, porque no me gustan los juegos y me ofende que pienses que soy una incompetente para atender a unos niños. Dices que soy tu compañera pero prefieres seguir dejando a los gemelos a cargo de esa mujer, menospreciando esa parte de mí. Esta noche es luna llena, ¿verdad? Te pido que no te acerques a mí. Me merezco que me des el tiempo para pensar si quiero seguir con esto o no. No es tarde para rectificar.

Adam no era un hombre fácil. No era un hombre que supiera aceptar sus propios errores y no encajaba bien que lo pusieran en su sitio, eso era algo que tenía muy asumido. Había tenido siglos para perfeccionar su autocontrol y su manera de actuar. Se había ganado el respeto de todos con su modo de proceder. No hablaba más de la cuenta si no era necesario. Prefería callar y escuchar, observar y estudiar a la gente. Y si hablaba, siempre era después de meditar mucho sus palabras. Entonces decía algo contundente y todos lo acataban como si fuera una verdad. Aquella chica había echado por tierra toda aquella fachada que él creía tener asumida, y las emociones que sentía y que eran nuevas para él le estaban pasando factura. En la figura de Ruth confluían todos los anhelos que él alguna vez había tenido, pero que había enterrado a fuerza de voluntad. Sin anhelos no había decepciones. Ruth había descorchado la botella de sentimientos, miedos, pensamientos, inseguridades y sueños que él había lanzado al mar de su corazón. Lo que no sabía era que la botella todavía flotaba sobre las olas y que de repente, como una explosión, había escupido todo lo que se hallaba en su interior. Así se sentía él. Rebasado. Superado. Tocado y hundido.

Las palabras de Ruth habían supuesto un correctivo, como casi todo lo que salía de su dulce boca. Se había quedado sin respiración, le había asestado un buen puñetazo en la boca del estómago y ahora le dolía el corazón al ver a su *kone* herida e insegura por su culpa.

Tenía razón. Ella tenía razón. No sabía qué decirle. Ruth había alzado el muro nuevamente, y esta vez, no podía reprocharle nada, había dado en un punto que escocía mucho, un punto orgulloso y femenino.

—Perdóname —le dijo arrepentido, acercándose a ella.

—No te acerques —levantó una mano para apartarlo—. Te perdono, pero ahora no quiero que te acerques. ¿Cuántas veces crees que puedes pisotear mi orgullo, chamán? —los ojos le brillaban de rabia. Adam la ofendía.

—No sé qué decir... yo pensaba que... no me acostumbro a...

—Haznos un favor a todos. Deja de pensar —se dio media vuelta pero Adam la agarró de la mano y la acercó a él.

—Ruth... —gimió y se inclinó para oler su cuello con ternura, su manera de tocarla ya era una

disculpa—. Hablaremos más tarde, ¿de acuerdo?

—Si yo quiero —le dijo ella tirando de su mano, haciéndole ver que la última palabra la tenía ella.

—Será como tú quieras, Ruth —susurró besando su garganta y acariciando el pulso de su muñeca—. Hoy hacemos la ceremonia de Limbo, su despedida con todos los honores. Luego hablaremos y arreglaremos nuestras diferencias.

—¿Estás seguro? —contestó de mala gana y zafándose de su amarre. Se fue a lavar las manos, dejando a Adam con sus propios y ofensivos pensamientos.

La comida había transcurrido entre ruido de platos y cucharas, sorbos de agua y zumos, y silencio. Muchísimo silencio. Los gemelos no tenían ganas de hablar, miraban a Ruth de vez en cuando esperando que ella iniciara la conversación, pero Ruth estaba muy seria, apática y deprimida. Se limitó a tomar su sopa de melón y su arroz con verduras. Adam no dejaba de mirarla de reojo, incómodo por ver que ella no estaba a gusto allí con él. Esa situación cambiaría, se juró.

De camino a Cornualles, el lugar ceremonial donde harían la despedida de Limbo, tampoco hablaron mucho. Liam y Nora se pusieron una película en la parte de atrás del coche. Ruth les había dejado *Avatar* porque a los pequeños les había fascinado un mundo como aquél. Un mundo de pieles azules y gigantes llenos de bondad, que protegían su tierra y lo que era suyo. Y los humanos que al principio venían con intenciones de destrucción, luego se unían para protegerlos y luchar junto a ellos.

El cielo se teñía de colores naranjas y amarillos, un atardecer lleno de melancolía y sabor a pomelo. Algo agridulce. Llegaron a la playa y se apearon del Hummer.

Había hombres y mujeres vestidos con ropas oscuras y violetas. Eran los colores de las despedidas en el clan berserker. Los hombres corpulentos, las mujeres muy altas. Ellas llevaban unas túnicas con capucha de color violeta, y ellos vestían con pantalones negros y camisas moradas. Ruth sentía que era la única que desentonaba allí, aunque cuando la vieron aparecer con Adam y los gemelos la recibieron inclinando la cabeza con respeto, a modo de saludo. Había una mujer rubia al lado de un altar de madera con símbolos rúnicos y lleno de heno y piedras. Era Margött. En su interior supuso que estaría el cuerpo de Limbo. Margött lloraba, se secaba la lágrimas con un pañuelo blanco, tenía los ojos rojos e hinchados y se le caían los mocos, pero aún permanecía serena y hermosa. Ruth sintió una punzada de compasión y pena por ella, pero también otra de envidia femenina, porque ni entonces su belleza disminuía. As y Noah la escoltaban, ambos con las manos cruzadas a las espaldas y las cabezas gachas.

Adam se detuvo y observó a Margött. Se pasó la mano por la nuca y miró a Ruth.

—Tengo que ir. ¿Te puedes quedar con ellos? —La miró como pidiéndole un favor.

—Claro. —Ruth se quedó allí sin mirar en ningún momento a Adam.

El berserker dudó sobre lo que debía hacer, su lugar también estaba con Ruth, su *kone,* y presentarse en la ceremonia de adiós con ella era confirmar que estaban juntos a los ojos del clan. Ella y él tenían cosas pendientes que hablar, pero en ese momento debía ir con Margött. La berserker le dio su apoyo cuando murió Sonja, estuvo con él. Se lo debía. Limbo y Margött por lo visto estaban muy unidos, tanto, como él y su hermana, y perder a alguien tan cercano era algo que destrozaba el corazón y quebrantaba el alma.

Se fue hacia la berserker y dejó a Ruth con Liam y Nora cogidos de la mano y mirando a su alrededor. Allí había más niños también, niños que Ruth no había visto todavía. Niños que iban a la casa-escuela de Margött. Los padres la miraban con curiosidad, las madres con un poco de recelo y los niños saludaban a Liam y a Nora con la mano y les sonreían, ajenos a toda aquella inspección adulta. Para ellos todo era más sencillo, no tenían prejuicios. Simplemente iban donde decían sus padres. Obedecían.

Miró al frente, se alzó con orgullo y miró a los ojos a todos los que la observaban, obligándoles a apartar la mirada azorados. Todo le daba igual. Ella sólo veía cómo Adam se iba con Margött a consolarla y a acompañarla en su duelo. Aquel gesto no debería tener importancia, era el de un amigo consolando a otro, pero no le sentó nada bien cómo Margött se giró al notar el contacto de su chamán y se echó a sus brazos abrazándolo y manchando su camisa morada con sus lágrimas. Todos allí parecieron suspirar enternecidos y se emocionaron. Ruth se sentía enferma. Supuso que en realidad el clan berserker también esperaba que la profesora y el chamán tuvieran su historia y su emparejamiento. Por lo visto, ella allí era «la otra», encarnaba a la mujer que había usurpado el trono a Margött.

—Margött... —le dijo Adam abrazándola—. Siento lo ocurrido. De verdad que lo siento.

—Esto es tan duro —murmuró sobre su pecho—. Debería haberme ido con él, él era mi única familia aquí —sollozó.

—Estamos todos contigo, Margött. No estás sola.

—¿Tú... tú vas a estar conmigo? —preguntó limpiándose las lágrimas con el pañuelo blanco—. Rise era mi mejor amiga y sigue muy mal. Está así por mi culpa —se le quebró la voz—. Y ahora Limbo...

—Sí. Yo te ayudaré. Y no debes culparte por nada, ¿me oyes?

Noah que estaba a su lado, gruñó y miró hacia atrás para localizar a Ruth, que soportaba como una campeona todas las miradas que le estaban echando. Luego miró a Adam y a Margött, y los vio tan equivocados juntos que carraspeó.

—No te preocupes, Adam. Nosotros cuidaremos hoy de ella. Adam lo miró y frunció el cejo. Su amigo lo miraba a su vez severamente, como si no estuviera de acuerdo con lo que él estaba haciendo.

—Sé por lo que está pasando, Noah. Puedo ayudarla a que se calme. No es fácil ver como tu hermano desaparece de tu vida para siempre.

—Gracias, chamán. — Margött se abrazó a él con más fuerza y arrancó a llorar violentamente.

Noah miró al frente, a las olas del mar embravecido. Se obligó a permanecer inexpresivo ante el comportamiento de Adam. Era honorable, pero Adam se sentía obligado con Margött porque le recordaba a él y no quería que ella lo pasara mal cómo él lo pasó. El problema era que en esa playa, en ese entierro, en ese lugar plagado de berserkers, había alguien que lo estaba pasando peor, una humana que aguantaba el chaparrón de una manera estoica y llena de dignidad. Noah era un ser empático, alguien que podía percibir y calmar las emociones con su sola presencia. Se había colocado al lado de Margött para ver si así la joven se tranquilizaba, quería aligerar su dolor, incluso la había tocado en el hombro para darle su calor y su energía, pero no había sucedido nada. No paraba de llorar, así que la dejó por imposible.

El viento se agitó, y Noah vio cómo Liam y Nora se agarraban a la túnica violeta de Ruth, una prenda que había pertenecido a Sonja. Estaban tan repeinados y tan guapos sus sobrinos. Sonrió enternecido y miró a la Cazadora. Sus rizos caoba se movían alrededor de su cabeza, ella también miraba al frente, pero ya no observaba a Adam, ahora estaba pensativa admirando el chocar de las olas contra las rocas. Noah percibió el estado emocional de Ruth. La joven humana sentía frío por dentro. Abandono.

Sin pensarlo dos veces, se dirigió a ella y dejó a As preparando el funeral y a Adam consolando a Margött.

—Hola, Ruth.

—Hola, Noah. —Lo miró intentando disimular una sonrisa—. No deberías acercarte a mí mucho, creo que todos nos miran.

Noah sonrió.

—No me importa. María está por aquí, ha ido a por su chal. Hace viento y tiene frío —sonrió—. ¿Tú no?

Ruth lo miró de reojo y negó con la cabeza.

—No. Estoy bien, gracias.

Noah asintió.

—¿No vendrán los vanirios?

—Caleb y Aileen son los únicos que están invitados a asistir. Aileen es la nieta de As y parte berserker, así que tienen que venir. Margött quería una ceremonia puramente berserker.

—Entonces no contaba conmigo.

—Ni contigo ni con María. Pero sois las parejas de As y de Adam, así que venís con ellos, sois parte de ellos. Parte de nosotros —recalcó amablemente.

—Si tú lo dices.

Ruth miró al frente y observó aquel pequeño barco de madera que se sostenía sobre una pira y ocultaba el cuerpo de Limbo.

—¿Lo van a quemar? —preguntó señalando con la cabeza.

—Sí. Es nuestro rito de la muerte. Nosotros hacemos dos tipos de despedidas. O la incineración, como es el caso, o la inhumación. En este caso, quemamos a Limbo.

—¿Por qué?

—Porque es la única manera de que su alma, que ha sido inmortal, regrese al origen a través de la purificación del fuego. Y es el barco que nosotros lanzamos al mar el que se lo lleva y el que lo guía a casa. ¿Entiendes? Es un medio de transporte.

—Bueno, al menos no se mareará... —murmuró Ruth un tanto cínica.

Noah sonrió y meneó la cabeza.

—Es increíble lo rápido que te has amoldado a todo esto.

—Me adapto rápido. Adaptarse o morir.

—Eres valiente, Ruth. —La miró con respeto—. No imagino compañera mejor para mi hermano. Adam es afortunado.

—Supongo que eso es un cumplido y tengo que darte las gracias, pero todavía no soy su compañera.

Noah chasqueó la lengua y miró al cielo nublado.

—Esta noche, *nonne*[45]. Esta noche lo serás. Aunque para mí —miró la marca del cuello de Ruth, luego a los gemelos que estaban cogidos a la túnica violeta de la Cazadora, y le guiñó un ojo—, ya lo eres.

Ruth agradeció la complicidad y la amistad que le brindaba Noah.

—Gracias.

Divisó a María que se situaba al lado de As, con un chal morado alrededor de los hombros. As le dijo algo a Margött y ella asintió mientras se liberaba a regañadientes del brazo de Adam. El berserker miró por encima del hombro y fijó sus ojos topacios en ella. Ruth pensó que Adam iría con ella para estar a su lado, porque se suponía que era lo que tenía que hacer, ¿no? Pero no. El berserker con mirada arrepentida, se quedó con Margött. Ésta dejó un medallón dorado dentro de la barca y besó la madera.

—Antiguamente, el cuerpo del difunto permanecía más tiempo a la vista para que todos se pudieran despedir de él. El barco y la pira que ves se mantenían intactos diez días; es el término de

[45] Nonne: apelativo cariñoso noruego que significa “hermanita”.

tiempo que esperábamos antes del sepelio. Pero a Limbo le han cortado la cabeza y su cuerpo se descompondrá rápidamente —explicó Noah poniéndole una mano sobre el hombro para aligerar la tristeza de su nueva hermana—. Por eso debemos incinerarlo rápido. Margött acaba de dejarle un objeto preciado dentro de la barca, para que viaje con él. También le ha dado su *oks* personal y lo ha vestido con la muda de guerra berserker, por si tiene que hacer una última mutación antes de regresar a casa.

—Vuestros rituales son bastante poéticos —dijo con más calma.

—¿Ves lo que hace ahora As? Está encendiendo la antorcha porque él es el líder del *comitatus* y el que debe proceder para quemar el cuerpo del guerrero de su clan. Ahora la barca está en llamas, y As y Adam ayudarán a empujar la barca para que las olas del mar la acepten y se la lleven.

—¿Limbo no tenía... *kone?*

—No. Y si la hubiera tenido, ahora su compañera se hubiera subido al barco con él y se habría sacrificado para acompañarlo en su viaje al más allá.

Ruth sintió un escalofrío.

—No es fácil vivir sin la vinculación berserker.

Ruth miró a As y se frotó los brazos.

—As perdió a Stephanie y él no se sacrificó con ella. No la acompañó —señaló confundida.

—As tenía una labor por encima de todas las cosas. Liderarnos. Eso le dio fuerza suficiente como para continuar. Es su razón de vivir. Es por lo que él está aquí.

—Lo veo tan enamorado de María... —comentó sin ser muy consciente de que lo decía en voz alta—. Con sólo verlos, a una le entran ganas de llorar de alegría.

Noah los observó y apreció lo que Ruth veía en ellos. As cubría a María con su cuerpo, se apoyaba en ella tanto como ella lo hacía en él. Qué sorprendente era ver a su *leder* feliz de nuevo.

—¿Qué papel tiene Adam en todo eso? —preguntó Ruth de repente. Noah apretó los labios.

—Adam es el guerrero más allegado a la familia de Margött. Y Margött ha pedido que sea él quien empuje la barca junto al *leder.*

—¿Y es allegado porque...?

—Porque se suponía que Adam y ella iban a emparejarse.

Ruth sintió que el ácido de esas palabras corroían sus entrañas.

—Humph.

—La barca se va —susurró Nora mirando el fuego hipnotizada.

—Sí —Ruth prestó atención a la pequeña y le acarició la cabeza—. Se hundirá en el mar.

—Y entonces todo habrá acabado. El rito de la muerte finaliza cuando el barco se hunde —narró Noah.

Ruth se focalizó en Noah porque ver cómo el estúpido chamán compartía duelo con Margött como si fueran pareja la hundía en la miseria.

—¿Crees que no noto lo que has hecho? —le dijo ella.

Noah levantó una ceja.

—¿Qué he hecho?

—Eres un calmante. Tienes el mismo efecto que un Tranxilium.

—¿Qué es eso?

—Una de las muchas drogas que mis padres me daban cuando estaba «alterada». ¿Haces eso, Noah? ¿Calmas a la gente?

Noah se encogió de hombros, se puso las manos en los bolsillos y contestó con indiferencia. Puede que haga algo de eso.

—¿Quién eres? Eres todo un misterio. —Ruth lo analizó. ¿Qué sabía de él? Adam confiaba en Noah a ciegas, el clan lo respetaba, para As era como su hijo y los niños lo adoraban. No tenía pareja, ni tampoco hermanos de sangre. Irradiaba una energía diferente al resto. Inclusive su físico. Noah era como un tigre bengala. Con ese pelo rubio casi blanco, la tez muy morena y los ojos amarillos, era un felino de casta distinta a los berserkers que los rodeaban. Y para ella era muy fácil advertir esas diferencias. Estaba en la pose, en la actitud, en aquella mirada limpia, y en su voz ronca y profunda. Se reflejaba en el rictus de su cara, era luz salvaje, y bondad contagiosa—. Pero aunque no te conozca mucho, me encanta que estés aquí hoy conmigo. Es agradable.

Una de las comisuras de sus gruesos labios se alzó de manera insolente. El viento azotó el mar y la arena, y Ruth se tuvo que retirar los pelos de la cara.

—Supongo que eso es un cumplido. —Noah repitió lo mismo que Ruth le había dicho antes.

—Y no los da gratuitamente —dijo la voz de Aileen a su espalda.

Ruth se giró y sonrió a su amiga, sintiéndose más protegida y cobijada que antes. Caleb, a su lado, le guiñó un ojo burlón y miró por encima del hombro a todos los berserkers, sintiéndose superior y, probablemente, siéndolo. Los miembros del clan no se acostumbraban a que un vanirio pudiera salir cuando todavía el sol estaba en alto, y menos fuera de la Black Country, donde la polución y las expulsiones de las minas habían creado una capa rojiza en el cielo que impedían que los rayos del sol llegaran con la fuerza habitual. Pero la sangre de Aileen había obrado el milagro.

—¿Y tu lobito? —le preguntó Aileen al oído.

Ruth lo señaló con la barbilla.

—Ahí, con la loba de pelo rubio —contestó Ruth.

Aileen levantó ambas cejas.

—Pues más te vale que marques territorio ya mismo, Ruth —le dijo ella—. Porque la rubia se piensa que es suyo. Y no lo podemos permitir, Cazadora —la azuzó.

—Niñas, silencio —las regañó Noah—. Margött va a hablar. Todos allí escucharon la plegaria de Margött, pero como hablaba en noruego, ni Ruth ni Aileen se enteraron de nada de lo que decía.

—Está rezando por el alma de su hermano —les explicó Noah—. Pide a Odín, a Thor y a Tyr que lo acepten. Que su hermano era honorable y que había luchado siempre en favor de los hijos de Heimdall.

—Los humanos —asintió Ruth.

—También le pide a Egir, el dios del Mar, que si el alma de Limbo va a él primero, lo envíe a Odín y le diga que ahí va un guerrero orgulloso que le ha servido durante mucho tiempo.

Después de eso, todos los berserkers entonaron un cántico ritual. Una melodía dramática e inentendible que erizaba la piel de Ruth. Adam estaba allí en calidad de la pareja que podría haber sido de Margött, y Ruth estaba aguantando la humillación de verse desplazada por él. ¿Pero es que ese hombre estaba ciego? ¿Es que no sabía cómo debía comportarse? ¡Ella era su pareja! ¡Ella! Y no Margött.

Se habían discutido, él no confiaba en ella, y además, ella le había dicho que necesitaba tiempo para pensar y que esa noche no se acercara a su cuerpo. Ahora, viéndolos juntos, casi igual de altos y atractivos, de la misma raza ambos, Ruth tuvo miedo de que Adam no se acercara a ella ni esa noche ni nunca. Ruth era para él un dolor continuo de cabeza, alguien que lo molestaba constantemente, y Adam era muy dominante, necesitaba a alguien más sumiso, a alguien como Margött que por lo visto estaba deseosa de servirle y complacerle.

Sintió una desazón a la altura del corazón.

Cuando acabaron los cánticos, los berserkers se fueron cabizbajos, cada uno a sus respectivos coches. María se acercó a saludar a Ruth y a Aileen, conversó con ellas un rato y charló con los pequeños. Mientras tanto, As hablaba a Caleb y a Noah de lo poco que habían descubierto sobre lo que había sucedido con Limbo.

—Limbo era muy controlador. Y aquél era su edificio. Hemos estado indagando y nadie sabe nada ni vio nada raro.

—¿Y sobre Rise? —preguntó Caleb—. ¿Realmente fue un atraco? Un balazo en la cabeza no es un robo común.

—No hay ni una prueba al respecto. No hay olores, ni nada que nos pueda explicar qué sucedió. La única manera que tenemos de averiguar lo que realmente pasó es que Rise se recupere de ésta o bien que la Cazadora convoque al alma de Limbo.

Todos miraron a Ruth y ella puso los ojos en blanco.

—Lo haré. Pero esperad a esta noche. Tengo mis propios horarios. Además, Limbo ya debería haber venido a verme.

Aileen se aguantó la risa y los niños se abrazaron a Ruth, como protegiéndola de As y Caleb. Finalmente, y después de darle un último abrazo a Margött, Adam se acercó a ellos.

—*Leder*—le dijo a As—. Nosotros nos vamos a ir ya.

—¿Nosotros? ¿Quiénes? —preguntó Ruth con mirada asesina.

—Tú, los gemelos y yo. Nos vamos a casa. —La miró fijamente.

—¿Margött no viene?

—No. Vámonos.

—¿Ahora tienes prisa? —Soltó sin mirarlo a la cara.

Adam clavó los ojos en ella mientras un músculo le bailaba en la mandíbula. No había sido fácil para él dejarla a ella para acompañar a Margött. Pero debía devolverle el favor a la berserker. Ella había estado para él en la muerte de Sonja. Ella... bueno, joder, ella estuvo allí como cualquier otra persona, esa era la verdad, pero Adam se sintió obligado a echarle una mano con la ceremonia. Era lo menos que podía hacer por Margött después de avergonzarla y de rechazarla.

Pero eso era algo que Ruth no entendía. A Ruth le valían los gestos y las palabras, los hechos, y no las razones. Intentó ponerse en su lugar y se sintió igual de mal que ella al verse reflejado en sus ojos. Ruth era su *reflecta.* Una prolongación de lo que él era, su reflejo. Y lo que Ruth reflejaba era enfado y también abandono. Eso era lo que él le había provocado. La relación con la humana le estresaba.

—Los niños necesitan descansar —usó la baza de los pequeños porque sabía que Ruth era sensible a ellos y a sus necesidades.

Ruth acarició las cabecitas de los gemelos, una rubia y la otra morena, y sonrió con dulzura.

—Entonces, a casa —les susurró, pero al levantar los ojos para encarar a Adam no había candidez. Ruth lo iba a matar porque sabía de qué pie calzaba el berserker.

Adam y ella se despidieron de todos. Cuando pasó por el lado de María, la sacerdotisa le dijo:

—Cariño, esta noche hay un reclamo para ti. —Y sonrió con picardía. Ruth resopló. No tenía ganas de bromear, no tenía ganas de sonreír. Lo que había visto en ese entierro marítimo, si se podía llamar así, era una verdad que no se había dignado a ver. Adam y Margött tenían su propia historia juntos, y ella se había interpuesto entre ellos, como Glenn Close en *Atracción fatal,* a diferencia de que Ruth no era una loca psicópata y que esa misma noche iba a dejarle el camino libre a Margött. Todos creían que Adam la iba a reclamar, ella apostaba todo su orgullo y su corazón roto a que iba perder esa apuesta en favor de la berserker. Además, ¿por qué iba a querer estar con ella? No la amaba, tampoco amaba a Margött, pero tenía más en común con la berserker que con ella. Aquello era lo correcto, lo que debía ser. Lo que estaba escrito. La historia del Señor de los animales y la Cazadora

era muy bonita, pero... no era la de ellos.

Preparada para soportar el último rechazo de Adam, se metió en el coche y se obligó a aguantar estoicamente. Cuando Adam reclamara a la otra, a la mañana siguiente, ella podría irse de su casa y de su vida.

CAPÍTULO 26

—Manipulador —le soltó Ruth cuando llegaron a su casa de Wolverhampton. Salió del coche y dio un portazo—. Los niños necesitan descansar... —lo imitó con Nora dormida en sus brazos.

Adam salió del Hummer con Liam apoyado en él, dormido también.

—Míralos, están hechos polvo. —Se excusó él mirando el vaivén de las caderas de Ruth.

—Tienes prisa. Tienes prisa por dejarlos acostaditos, eso es lo que tienes.

Adam asintió y sonrió más relajado.

—Veo que lo entiendes, Cazadora. Pensaba que tendría que explicártelo cuando todo el mundo ha visto lo evidente.

Ruth esperó a que Adam abriera la puerta. Él lo estaba reconociendo, maldito fuera.

—Si es lo que quieres... —se le quebró la voz mientras dejaba a Nora en su cama. Le quitó la ropita y la cubrió con la sábana—. Yo... yo estaré en el bosque. Necesito... bueno, estaré guiando a las almas.

Bajó la cabeza y salió de la habitación. Descendió las escaleras dejando un reguero de lágrimas a su espalda y salió al bosque, corriendo con la furia que su amor propio no le dejaba expresar. ¿Qué debía decirle a Adam? ¿Que la quisiera? ¿Que la respetara? ¿Que se quedara con ella? Y lo peor de todo, ¿por qué? ¿Por qué iba a querer Adam estar con ella cuando tenía a alguien más adecuado al alcance?

Corrió hasta llegar al Tótem y allí se sentó, rendida. Las piernas le temblaban y no dejaba de sollozar. Ella lo quería. Ella lo quería de verdad. ¿Por qué Adam no aceptaba su amor? ¿Por qué?

—Estás llorando —dijo Sonja. Había aparecido sentada a su lado—. ¿Qué ha hecho mi hermano esta vez?

—¿Dónde has estado? —dijo Ruth ignorando la pregunta.

—Recuperando energía. Después del contacto con mis hijos y mi hermano, no es fácil volver a materializarse. He estado presente pero no podía hacerme ver. Hablé con Adam ayer por última vez.

—Yo le he pasado parte de mi don —asumió Ruth.

—Tenía que hablar con él... sobre unas cosas.

—¿Y sirvió de algo que hablarais de esas cosas? —preguntó inquisitiva. —Ayer se plantó la semilla. Hoy deberá empezar a florecer.

—¿Por qué crees que ha sido culpa de él que yo esté llorando? —Se enjuagó las lágrimas desesperada y miró al espíritu a la cara.

—Intuición femenina.

—Pues la tienes muy afinada.

—Ha sido él, por supuesto. Ruth... Es luna llena. —Sonja alzó las manos al cielo y cerró los ojos con una sonrisa de placer—. Nuestros hombres vienen a nosotras por fin. Vienen a rendirse y a someter. Vienen a entregarse y a reclamar. Vienen a ofrecerse y a robar. Ángeles y diablos al mismo tiempo. Es la esencia del berserker. ¿Estás preparada?

—No. No lo estoy. —¿Quién estaba preparada para que la rechazaran?

—Es increíble que Adam vaya a hacerlo por fin. Una luna llena en la que podrá reivindicar y reclamar lo que le pertenece. Se merecía encontrar a su pareja. Merece creer en el amor, ¿no crees, Ruth? Ha estado ahí todo el tiempo y no lo ha visto porque no sabe que el amor no se ve. Sólo se siente.

—Me gusta mucho hablar contigo, Sonja. —Ruth se levantó como un resorte y se limpió la mancha inexistente de la falda—. Pero tengo trabajo.

Sonja la miró de arriba abajo.

—Mi hermano no tiene mucha paciencia. Te está dando tiempo para que lo asimiles, ¿entiendes? Te respeta.

—Ahora mismo, puede meterse el respeto por el culo, Sonja. No quiero su respeto. —No. Quería su amor. Sonja le estaba dando a entender que Adam iba a por Margött y la estaba preparando para el golpe.

—Después del respeto, vendrá lo demás —le aseguró Sonja—. Recuerdo cuando mi compañero me reclamaba a mí. Disfrutaba de su fuerza y de sus caricias, de su agresividad y su...

—Basta. —Ruth se presionó el tabique nasal con los dedos. Se imaginaba a Adam haciendo todo eso con la berserker rubia.

—Ruth... *nonne...* Sólo te aviso. Él viene a por ti. —Sonrió como lo haría una amiga que le ofrecía un regalo inconmensurable—. Sólo a por ti, tonta.

Ruth tragó saliva y palideció.

—¡No! No viene a por mí.

—¿Ahora te echas atrás? ¿Tienes miedo? —le dijo Sonja compasiva—. Tú también tienes inseguridades, miedos y corazas. Puede que esta noche ambos os liberéis de ellas. Sacudíos. —Sonja desapareció de repente y le dijo adiós con la mano.

Ruth miró al espacio vacío que había donde antes estaba la hermana de Adam. No quería creer lo que le había dicho Sonja, el miedo lo nublaba todo. Claro que tenía miedos. Tenía muchos. No ser lo suficientemente buena para él. Decepcionarlo. Una parte miserable y cobarde de su ser había querido que Adam se fuera realmente con Margött para no fracasar, para no aceptar el desafío que suponía estar con el berserker. No podía fracasar con lo único que le había importado en su vida. Adam estaba en su interior, bajo su piel. La tocaba interiormente como nada lo había hecho antes. Cuando la miraba, parecía que no había nadie más en el mundo, y ella había tenido miedo de acostumbrarse a eso, de necesitarlo y de no ser nunca más autosuficiente como era. Para Ruth, el amor era un lujo. Existía, por supuesto. Lo veía en los ojos de María, y en los de Aileen. Lo veía en los ojos de Nora y Liam cuando miraban a su tío. Pero ella también tenía miedo de ese amor, porque lo había reclamado durante mucho tiempo y se lo habían denegado. Valoraba la amistad de Aileen y Gabriel. Y valoraba su inteligencia y su independencia. Había tirado con eso. Pero el amor... Las personas que deberían haberla amado más que a nada en el mundo, la habían castigado por ser como era. Y Ruth se conocía. Tenía carácter, y era un carácter muy explosivo y desafiante. Adam y ella iban a estar todo el tiempo discutiendo. Eso podía llevar a la destrucción. Pero ella lo amaba. Lo había amado desde el momento en que la tocó. Así, de manera incondicional e irrevocable. Porque Adam había pasado a ser suyo nada más verlo. Su intuición se lo había confirmado.

Y ahora cabía la posibilidad de que él finalmente la reclamara esa noche. María le había dicho que a partir de ahí, no había marcha atrás.

Sin querer pensar más en ello, se obligó a convocar a los espíritus. Por supuesto que estaba asustada. ¿Y si no estaba a la altura? Pero primero había que ver si Adam, finalmente, daba ese paso por ella. Si él lo daba, ella saltaría al vacío, porque estaba harta de esperar. Se acabaron las máscaras.

Adam se agarró al marco de la puerta. La luna llena le daba de pleno en el rostro. La noche se aclaraba para él y para ella, su *kone.* Ruth. *Suya.*

¿Cómo controlar a la bestia despiadada que tenía en su interior? ¿Cómo acercarse a ella sin asustarla? En aquel momento sentía todas las dudas que sentía Ruth hacia ellos. En su cabeza se repetía la letra de una de sus canciones favoritas: *I'm not afraid,* de Eminem. Sus miedos, sus inseguridades. Ruth era de él y era su reflejo. Podía captar todo lo que pasaba por su cabeza, todo lo que estremecía su corazón. Ella estaba asustada, tenía miedo de lo que sucedía entre ellos. La mente

racional de Adam lo entendía, porque él estaba igual de asustado. Nunca se había sentido tan obsesionado por nadie, tan necesitado de una sonrisa, de una mirada, de una palabra. Ruth creía que él era frío, que era de piedra, pero estaba equivocada. El miedo alejaba a las personas no sólo de otras, sino también de ellas mismas. Pero esa noche, bajo el influjo del astro de la noche, él quería encontrarse a sí mismo. No quería a Margött, ni antes, ni ahora, ni nunca. Porque ella no era Ruth. Margött podría ser apta para cualquiera pero no para él, para él sólo la Cazadora. Había una leyenda sobre el Señor de los animales y la Cazadora. El *noaiti,* era conocido como el Señor de los animales. Pero si había alguna dueña y señora allí mismo, en su hogar, en su tierra, en su corazón, era Ruth.

¿Es que ella no podía sentirlo a él? ¿No podía sentir que también estaba asustado? Aquella mañana había contactado con el espíritu, un espíritu del futuro, Skuld. Y lo que le había mostrado lo había dejado entumecido. Había estado en el entierro de Ruth. En su entierro. Aileen lloraba, Caleb lloraba, Daanna, Cahal... María lloraba e incluso los gemelos lo hacían, con tanta tristeza, que se le había partido el corazón. Cuando salió de la visión, él estaba llorando con tanta pena y dolor que le costaba respirar. Ruth no estaba. Era Ruth a la que enterraban. Por la mañana había corrido a verla para asegurarse de que seguía allí con ellos. La había amado. La había tocado con desesperación. Era su deber protegerla, no iba a permitir que le pasara nada. Nunca. Si era una profecía, ésa no se iba a cumplir. Él sólo quería cuidar de ella. Y necesitaba que ella le dejara hacerlo. Pero esa chica era rebelde y contestona, con un temperamento de mil demonios. Bueno, él también lo tenía, y eso le hizo sonreír. Nunca se aburrirían.

¿Era eso amor? ¿La capacidad de sentirse pleno y a rebosar de la esencia de alguien? Era la primera vez que él se sentía así, no tenía modo de averiguarlo. Era su primera luna llena con su compañera. Aquella noche se desvirgaría con ella. Nunca se había transformado con nadie, y resultaba que la bestia, el frenesí, estaba a punto de tomar el mando en su mente y en su cuerpo, y él debía dejarse ir. No había manera de controlar el frenesí. Ya le había pasado hacía dos noches con ella. Había perdido las riendas al acostarse con Ruth y se había ido un poco. La noche anterior, sin embargo, tuvo más autocontrol para no lastimarla. Pero esa noche... esa noche era imposible. Los colmillos habían salido insolentes en su boca, como diciéndole que ya estaban ahí. Se había arrancado la camiseta como un salvaje y ahora el pantalón le ardía y quemaba sobre su piel. Con un gruñido, Adam se despojó de ellos y se quedó en calzoncillos. En unos calzoncillos negros y arrapados, de seda. También se los quería quitar pero no iba a aparecer ante ella desnudo como un salvaje. Lo era, era un salvaje, pero haría lo posible por disimularlo.

Cerró la puerta de la casa, conectó todas las alarmas, y se dirigió al Tótem, porque de allí venía el olor a melocotón.

Corrió como un lobo y llegó al lugar donde Ruth guiaba a los espíritus. Se ocultó tras un árbol. Su compañera tenía la cabeza echada hacia atrás. Llevaba la misma túnica violeta que había llevado en el entierro de Limbo. La capucha violeta de la túnica se le había caído y su pelo rojo y ondulado caía largo y espeso hasta más abajo de sus omoplatos. Debajo, Ruth sólo llevaba su ropa interior lila clarita con lacitos negros. Él mismo la había vestido esa tarde para ponerle la túnica y había escogido el conjunto, Ruth lo había apartado, enfadada como estaba. Ahora sabía que tras la túnica sólo había piel y las diminutas prendas de tela que él se encargaría de rasgar.

Ruth cerró los ojos, orgullosa de su cometido, sabiendo que había hecho un buen trabajo. Ni rastro de Limbo. Pero ya no importaba, el portal se estaba cerrando a su espalda. Adam gruñó de placer, orgulloso a su vez de tener a una compañera como ella.

Ruth oyó el gruñido y se giró asustada.

Ambos se miraron fijamente y no se atrevieron a moverse.

Ella lo encaró. Adam se apartó ligeramente del tronco del árbol y se mostró de cuerpo entero, los cuerpos de ambos bañados por la luna. Aquello era una partida de ajedrez. ¿Quién iba a ser el atrevido que marcara su jugada? Ella lo miró de arriba abajo y suspiró. La piel de Adam irradiaba luz,

¿o era la luz de la luna que se reflejaba en su piel? Daba igual, de lo que sí que estaba segura era de que no podía apartar la vista de su cuerpo. Sus ojos rojos y brillantes se la comían, y la adoraban. El pecho musculoso y enorme, el dragón que ella había aprendido a aceptar entre ellos, los hombros anchos y perfectamente esculpidos. Adam era un dios. Los brazos tensos a cada lado de su cuerpo, los puños apretados y las piernas abiertas, con aquellos muslos poderosos y perfectamente marcados, tal y como él marcaba el territorio. Y su erección... iba a desgarrar la seda.

Ruth se sintió estúpidamente agradecida por verlo allí. Por verlo así por ella. Por ella.

—Has perdido la ropa por el camino —señaló levantando una ceja. Adam dio un paso hacia ella.

—¿No te dije que quería que me dejaras espacio? —susurró con la voz quebrada.

Adam la miró a los ojos con arrepentimiento.

—No puedo, *kone.* —Gruñó casi pidiendo perdón por ello, sacudiendo la cabeza.

—¿Por qué estás aquí? —se atrevió a preguntar.

—Porque eres mía. Siento lo que sientes, Ruth. —Se acercó a ella poco a poco—. Sé que crees que Margött es mejor que tú. Creías que podría reclamarla a ella esta noche en vez de a ti, niña cobarde. Pero no es verdad.

—¿Ah, no? —sollozó.

—No, *katt.* —Caminaba hacia ella como un auténtico depredador.

—¿Por qué?

—Porque ella no es tú. Ella no tiene tu carita ni me desafía constantemente. Sólo una desvergonzada podría hacerlo. Mi tunanta.

Ruth lo estudiaba, pero también revisaba los alrededores por si tenía que arrancar a correr. Le encantaba lo que oía, para qué iba a negarlo.

—A Nora y a Liam no les gusta Margött, ¿lo sabías? —Preguntó él reclamando su atención—. No les cae bien.

A Ruth le tembló la barbilla.

—Sí.

—No me lo dijiste. No te apartes —le ordenó.

Ruth dio un paso hacia atrás.

—No me des órdenes —le advirtió—. No hacía falta que los niños me dijeran nada. Sólo hay que ver cómo la miran. Margött será muchas cosas, pero tiene el instinto maternal de un cactus. Pero tú no te fijas en eso, ¿verdad?

Adam le enseñó los colmillos al ver que ella no le obedecía, se estaba apartando de él en todos los aspectos y eso le hacía daño. Ruth tenía razón. No. No se había fijado en eso. Él había valorado la casta de Margött por encima de todas las cosas y había ignorado todo lo demás. Estaba avergonzado.

—*¡Sylfingir!* —exclamó Ruth. Al momento el arco de los elfos se materializó en la palma de su mano y, con una celeridad digna del mejor arquero, colocó una flecha en la cuerda y apuntó a Adam con ella—. ¿Me ves débil ahora? —preguntó furiosa—. ¿Crees que soy incapaz de protegerme?

Adam levantó las manos en señal de indefensión. Todos sabían del poder de las flechas de la Cazadora, él no iba a desafiarla.

—Me merezco que me dispares por mi estupidez.

—No me has contestado. ¿Me ves indefensa?

Lo que estaba era preciosa. Y lo volvió loco. Allí parada, Ruth parecía de todo menos incapaz de defenderse y de luchar.

—No, Ruth. Te confiaría mi vida ahora mismo.

—Hoy me has dejado de lado en ese entierro —le recriminó ella sin poder evitar un puchero real.

Seguía apuntándole con la flecha iridiscente.

—Y tú me has dicho que no querías saber nada de mí. Que necesitas tiempo y que esta noche no querías que me acercara a ti.

La sonrisa de Ruth no le llegó a los ojos.

—Gracias por respetarme.

—No me jodas, Ruth. Lo que quiero saber es: y ahora que estoy aquí, que voy a reclamarte, que te necesito, ¿qué vas a hacer tú, gallina? Te veo asustada. Pero yo también lo estoy —reconoció humildemente—. Esto es nuevo para mí. Baja la flecha, pequeña. Sólo estoy tan confundido como tú por lo que sientes por mí.

Aquello enfureció a Ruth. ¿Se pensaba que ella no tenía claro lo que sentía por él? ¿Pero qué más tenía que hacer para demostrarle que estaba enamorada? Además, ¿qué sentía él por ella? Nunca se lo había dicho, y mientras ella se deshacía en sus brazos varias veces, él permanecía como un búnker, solemne y silencioso. Protegiendo sus emociones con paredes de grueso hormigón. Irrompible.

—¡No estoy confundida! —gritó ella—. ¡Tengo muy claro lo que siento, estúpido! Lo que estoy es aterrada porque sé que me harás daño —se le humedecieron los ojos e hizo desaparecer el arco en cuanto lo soltó—. Porque eres un bruto y no entiendes las señales que te envío. ¡No cuidas de mí!

Adam gruñó. Al animal en él lo ponía terriblemente enfermo que lo provocaran. Y Ruth era una provocadora. Era agresiva cuando se sentía vulnerable. Pero él único animal agresivo que había allí era él.

—Ni siquiera entiendo por qué debemos seguir juntos, por qué me muero de ganas de que me abraces si tú no confías en mí. ¡Explícamelo! ¿Tú lo entiendes? Y estoy cansada de tener esta discusión. ¿Siempre va a ser así?

La voz derrotada de Ruth lo hundió en la miseria.

—No. Aprenderé, Ruth. Te lo juro. Es mucho tiempo el que llevo con este comportamiento rígido y ha tenido que llegar una humanita como tú para abrirme los putos ojos. Maldita sea, ven aquí y deja de apartarte.

Ruth dio dos pasos más hacia atrás.

—Quiero que esto salga bien, Adam. No quiero que vuelvas a ver a Margött, no quiero que te toque más —le pidió con los ojos llenos de lágrimas—. Siento mucho lo que le ha ocurrido a su hermano, pero la quiero lejos de nosotros. No me gusta. —Y lo dijo sin más, con toda la rabia y los celos que había acumulado por ella—. Puedo aprender a esperarte, Adam, pero no me gusta compartir nada. Soy celosa. —Ya lo había dicho—. Y te odio por permitir que ella se abrazara a ti y tú dejaras que te tocara... —Sus ojos descendieron por su pecho—. Liam y Nora estarán bien conmigo, no con ella.

Adam ronroneó. Ruth también marcaba territorio y eso lo cautivó. Incluso las humanas tenían esos instintos.

—No hay más Margött —le juró—. Nunca la ha habido en realidad. La utilicé desde que entraste en mi vida hace tan sólo cinco días. Pensaba escudarme en ella para evitar tener que enfrentarme a ti, a lo que tenemos. No he sabido lidiar muy bien con ello. —Se frotó la nuca.

Los ojos ámbar de Ruth llamearon con interés.

—Y yo también soy celoso. Tú me pones así. No me gusta verte con otros. No me gusta que nadie ronde a lo que me pertenece. He sentido celos de Noah cuando le he visto acompañándote. Ocupando mi lugar — gruñó acercándose a ella más agresivamente.

—No te ha importado. Estabas con la loba. ¿La vas a anteponer siempre a mí porque te sientes obligado a ayudarla? ¿Siempre estará antes ella que yo?

Adam dio un respingo y la observó con atención.

—¡No digas eso! —gritó ofendido—. Tú eres mi compañera, no ella. El apoyo que le he dado a Margött ha sido un compromiso. Esta noche vengo a ti, Ruth —le dijo más dulcemente, y ese tono hipnotizó a la joven—. Con lo que soy, con lo que tengo. Necesito estar contigo. Por favor... —susurró agachando la mirada—. ¿No me vas a aceptar?

Ruth gimió. Los rayos de la luna alumbraban la cabeza gacha de Adam y ella tuvo ganas de acercarse a él y abrazarlo.

—¿Me voy? ¿Quieres que me vaya?

Ella se quedó de piedra. ¿Le estaba dando la posibilidad de elegir? Él, que era un hombre inflexible y mandón, le estaba ofreciendo una salida. A regañadientes y con dificultad, pero se la ofrecía. El frío que horas atrás había sentido se deshizo y fue arrasado por una ola de calor.

—No te vayas. Yo también quiero estar contigo —confesó ella dando otro paso hacia atrás.

—Entonces... —Levantó la mirada y la paralizó con su determinación. Qué bravucón era—. No des un paso más. Ruth, no puedes jugar con un depredador al gato y al ratón. Me pone condenadamente duro y estoy haciendo esfuerzos por no asustarte.

—Deja de controlarte —gruñó ella—. Basta de control. No quiero eso esta noche.

Los ojos rojos de Adam brillaron peligrosamente.

—¿Entonces qué quieres? —extendió los brazos con impotencia—. No me atrevo a decirte nada más porque tengo miedo de que no sea cierto. Yo no digo nunca nada que no es cierto. Sólo la verdad. Me importas, me preocupo por ti, me gustas y me vuelves loco. Me muero de miedo al pensar que pueda pasarte algo, Ruth, esas son mis reservas. Y confío en ti, voy a hacerlo. Eso son verdades, Ruth. Sinceras, y te las digo desde lo profundo de mi corazón.

Ruth se mordió el labio y un lagrimón se deslizó por su mejilla. Adam la quería, lo sabía. Pero como no sabía reconocer ese sentimiento, no se atrevía a admitirlo. Pero ella lo sentía en su interior. Se veía en los esfuerzos que hacía por no arrinconarla, por no presionarla. No era sencillo para ninguno de los dos admitir que se encontraban cara a cara con el compañero que querían para el resto de su vida.

—Pues yo sí que te lo voy a decir, Adam, porque lo siento de verdad. Te quiero. —Estudió su reacción, vio como él se estremeció profundamente y como su cara de ángulos pronunciados y masculinos se inundó de esperanza y de ternura—. No espero respuesta, no eres como yo, y eres muy reservado. Te quiero desde que te vi, ya te lo dije ayer. Estoy perdidamente enamorada de ti. No es fácil de entender. Pero para mí no hay nada más sencillo que entenderlo. Mi mente racional ha dejado de darle vueltas. Las cosas son como son.

—Ruth...

—Me querrás. Sé que lo harás. Tú y yo formamos parte el uno del otro de nuestro destino. Siento que te conozco desde siempre. Mi Señor —se acercó a él hasta que sólo un centímetro separaba sus pieles—, yo soy tu Cazadora.

—Sí —gimió él temblando de manera furiosa—. Mía. Ruth...

A Adam le creció el pelo hasta los hombros. Pelo liso, negro y brillante. Los ojos cobraron vida, la marea roja se movía en su interior. Se hizo más alto y más musculoso. Se transformó ante ella, sin grandes aspavientos, simplemente dejó fluir lo que él era.

—Ruth —su voz ronca. Respiraba con dificultad—. No te muevas. La joven levantó una ceja. Sus ojos dorados sonrieron. Lo estaban desafiando.

—*Kone...* Deja que me calme, por favor —rogó él—. No quiero lastimarte o...

—Demasiado tarde, lobito. Ven a por mí. Cázame si te atreves.

Con ese desafío, Ruth se alejó de él corriendo como una loca con el corazón a mil por hora. La luna iluminaba el bosque, y a veces acariciaba su cuerpo. La capucha trotaba a su espalda y su pelo era

una estela rojiza que atravesaba el aire. Ruth escuchó un rugido y pudo visualizar a Adam echando la cabeza hacia atrás y sonriendo pletórico, porque por fin iba a tener una buena caza. Porque por fin podía encontrar lo que había encontrado su hermana y su *leder.* Su alma gemela.

Ruth se excitó. Saltó por encima de una roca y atravesó el riachuelo, pero cuando llegó al otro lado, un cuerpo enorme se cernió sobre ella y la blocó hasta que ambos cayeron al suelo. Todo el cuerpo de Adam había recibido el impacto, él la había protegido.

Se incorporó, la colocó de rodillas delante de él, cara a cara. La agarró del pelo y la besó con ganas mientras con la otra mano le quitaba la túnica morada. Ruth gimió y se agarró a sus hombros con desespero. Se arrambó a su cuerpo muchísimo más grande y notó que Adam quemaba.

—Eres una hoguera —susurró ella.

Adam la hizo callar con otro beso y no paró hasta que la tuvo en ropa interior. Dejó la túnica tirada en el suelo, a modo de cama improvisada. Le arrancó las bragas y el sostén y la dejó desnuda ante él. Ruth tembló ante la expectativa. Nunca se había sentido tan deseada. Adam la iba a devorar. La tiró al suelo y se colocó encima de ella. Agarró sus muñecas con un mano y las colocó por encima de su cabeza inmovilizándola. Bajó su boca hasta su pecho y jugó con él como le dio la real gana. Lo lamió, y lo mordió. Lo mamó haciendo todo tipo de ruidos excitantes y lo succionó. E hizo exactamente el mismo ritual con el otro pecho. Ruth también sentía su frenesí. Ahora mismo eran uno. Ambos se sentían el uno al otro. Ella intentó moverse para tocarlo.

—No, *kone*—gruñó él castigándola con un ligero mordisco en el pezón y calmándolo al momento siguiente con un lengüetazo poderoso.

Ella gimió y tembló. Adam torturó su pezón con los dedos mientras el otro era sometido al poder de sus labios y su lengua.

—Eres mi presa, *katt* —prometió él.

Deslizó una mano por el estómago y llegó hasta aquel lugar liso, caliente y húmedo que sólo Ruth tenía. Por él. La abrió con los dedos, jugó deslizándolos arriba y abajo. Descendió por su cuerpo y hundió la cabeza entre sus piernas. Marcó el interior de sus muslos con sus dientes y sus succiones, y luego se alimentó con su entrepierna. Se bebió los fluidos de Ruth y le hizo el amor con la boca. Ruth lo agarró del pelo y alzó las caderas, siguiendo el movimiento y los envites de la lengua de Adam. La iba a devorar. Adam detuvo el movimiento de sus caderas con un brazo y la clavó al suelo. Ella podía sentir la hierba húmeda en su espalda, el olor a bosque, el olor a menta de su berserker. Ruth cerró los dedos entorno a la melena negra de Adam y también lo dominó como él hacía con ella. Si no la dejaba moverse, ella tampoco iba a dejar que se moviera de donde estaba. Gemía y sollozaba. Gritaba y se quejaba. Estaba a punto de que el orgasmo más increíble de su vida la barriera. Dejó caer la cabeza hacia atrás y alzó los ojos a la luna que asomaba entre alguna nube solitaria. Sintió los primeros temblores de su orgasmo, lo sintió muy a dentro, a la altura del ombligo, pero cuando estaba a punto de liberarse, Adam se apartó.

—¡No! —dijo Ruth.

Adam se arrodilló en el suelo y le sonrió como un niño malo. Sus labios y sus colmillos brillaban. Pasó la lengua a través de ellos. Dios mío, parecía un vikingo moreno. El *nidhuj* relucía a la luz de la luna. El dragón sacaba su lengua y la miraba. Adam respiraba acelerado y le pedía algo con su mirada pirata de lava turbulenta.

—¿Me quieres? —le preguntó con un gruñido—. ¿De verdad me quieres? ¿Me aceptas tal y como soy, preciosa?

Ruth tragó saliva y se incorporó lentamente, arrodillándose ante él, echando la cabeza hacia atrás para mirarlo a la cara. Adam la levantó por la cintura, ambos rendidos y demostrando pleitesía el uno al otro. La alzó hasta que ella le rodeó el cuello con los brazos, y entonces Ruth lo besó con una dulzura que deshizo al hombre enorme que pedía cariño y al animal que necesitaba ser domado. Lo besó con más intensidad, jugando con su pelo, acariciándole la cara.

—Sí —susurró sobre sus labios, con las mejillas sonrojadas y los labios hinchados—. Te quiero y te acepto, Adam.

Adam le mordió el labio inferior y tiró de él mientras la animaba a jugar con él.

—¿Me aceptas tú a mí? ¿Tal como soy? —susurró ella a su vez.

—Mi familia y yo te aceptamos como eres, Ruth, con todo nuestro corazón—le aseguró él abrazándola y dejando que ella lo besara por toda la cara—. Mmm... qué dulce.

Ruth quería llorar de alegría. Adam se veía tan sincero, tan auténtico bajo la luz de la luna. Pero lo que la convenció fue la dulzura y el tormento que vio en su cara cuando le dijo que la aceptaba. Estaba aterrado porque era vulnerable ante ella. Se había desnudado en todos los sentidos, en el físico y el emocional.

—Demuéstramelo, *kone.*

Ruth se apartó y lo miró a los ojos. La ternura y la dulzura habían desaparecido de su rostro. Ahora había determinación, sensualidad y deseo. También felicidad. Adam la volvió a dejar de rodillas en el césped. Ella pasó las manos por sus hombros, por el pecho. Se inclinó y besó al dragón en la boca, una boca que mordía el pezón de Adam. Ella también lo mordió y luego lo besó dulcemente. Adam estaba tenso, observaba cada uno de sus movimientos. Ruth siguió bajando, besó la tableta de chocolate del estómago de su compañero y le metió la lengua en el ombligo mientras introducía los dedos en la goma de los calzoncillos. Ruth lo miró a los ojos mientras le bajaba la prenda negra y entonces tiró fuerte de ellos hasta romperlos. Adam gruñó con satisfacción.

—¿Eres mío? —le preguntó mientras llevaba las manos al miembro tieso y caliente de Adam. Por el amor de Dios, si antes ya era grande, ahora, transformado como estaba, era... *suyo.*

—Sí, *kone.* Tuyo. —Le acarició el pelo y se lo recogió con una mano, instándola a que lo probara—. Demuéstrame, gatita.

Ruth descendió y lamió la punta del pene. Era increíblemente venoso y estaba húmedo. Era salado y refrescante, como él. Sin pensarlo dos veces se metió la cabeza entera en la boca mientras lo acariciaba con las dos manos. Nunca había hecho eso, y sin embargo, no concebía no hacerlo con él. Una mano se dedicaba a jugar con sus testículos, la otra masajeaba con sensualidad la vara ardiente. Seda y acero. Succionó y relajó la garganta para poder acogerlo como ambos querían. Adam se impulsó hacia delante varias veces, hasta que notó que Ruth se tensaba igual que él. La miraba mientras lo tomaba, y pensó que incluso la vida, para un hombre como él, podía tener rayos de luz y esperanza. Ruth era todo eso. Agradecido y abrumado por la pasión de aquella mujer, le levantó la cabeza y la besó en la boca. Su niña estaba temblando de deseo.

Sin aviso, le dio la vuelta y la colocó a cuatro patas delante de él. Ruth lo miró por encima del hombro. Adam clavó los ojos en su entrepierna, se acercó a ella y la tomó de las caderas.

—Te va a doler, pequeña —le dijo preocupado.

Ruth negó con la cabeza. Sabía que tomaría todo lo que él le diera, porque estaban hechos el uno para el otro.

—Dale, Adam.

Adam rugió como un felino, la obligó a ponerse en una posición más sumisa todavía cuando la inclinó e hizo que tocara el suelo con los hombros. Colocó la punta de su miembro en su portal, y empujó con cuidado. Ruth cogió aire y se intentó incorporar, pero Adam se lo impidió al caer encima de ella cubriéndola con su cuerpo. Su pecho estaba pegado a la espalda de su compañera. Empujó con fuerza, y miró a la luna mientras la empalaba. Las penetraciones eran potentes y dolorosas, pero Ruth lo estaba disfrutando. Disfrutaba del poder y la magia de Adam. De su energía, de cómo sus cuerpos se comunicaban.

—Ábrete para mí —le ordenó él hundiendo la nariz en su cuello.

Ruth sonrió y echó el cuello hacia atrás. Adam la estaba sacudiendo, el césped raspaba sus rodillas y acariciaba sus pechos. Adam se internó todavía más hasta que Ruth lo sintió en la boca del estómago y gritó sorprendida. Se quedó quieto, dejando que ella se acostumbrara. Por nada del mundo le haría daño. Los berserkers eran agresivos en el frenesí, y a veces se podían pasar de la raya, pero nunca podría abusar de Ruth en ese sentido. Ella confiaba en él y él no iba a romper esa confianza.

—¿Estás bien, *katt?* —La besó en el lateral del cuello, en la nuca y en la mejilla—. Dime que sí, por favor.

—Sí. Adam, sí... ¡no pares!

—¿Me sientes? ¿Muy adentro? —se apartó ligeramente para ver cómo estaban unidos. Le pasó los dedos por la marca de su trasero, por la unión de las nalgas y le dio una caricia atrevida allí—. Vas a ser toda mía, ¿lo sabes? Esta noche no habrá un lugar de tu cuerpo que yo no haya probado. —Impulsó las caderas hacia delante y ambos oyeron cómo los testículos chocaban contra el clítoris de Ruth.

—Dios... —murmuró contra la hierba. Agarrándose a ella como si fuera su único amarre—. Me quema, Adam. Haz algo.

—Es el frenesí. —Adam pasó una mano por la barriguita de ella y le dio calor allí—. Soy yo, haciendo estragos en ti. Me voy a hinchar... — apretó los dientes y empujó varias veces en su interior.

—No te detengas...

Adam se echó a reír encima de ella. Apoyó los puños en el césped a cada lado de la cabeza de Ruth y la poseyó como un salvaje. El bosque se llenó de ruidos íntimos, y Adam y Ruth bailaron la danza más antigua del mundo. Ruth gritó y suplicó por la liberación. Adam no se la daba y era exigente, le pedía más y más. De repente hizo descender la mano hasta el sexo de Ruth y la acarició allí, entre los labios y en el clítoris. Golpes maestros destinados a enervar y a excitar, a desesperar y a enloquecer. Entonces, ella explotó. Se incorporó y se pegó al pecho de Adam mientras sus músculos temblaban y alcanzaban la liberación. Adam la sentó sobre sus rodillas, y se empezó a mecer lentamente en su interior sin dejar de acariciarla.

—Mira nuestra luna, nena —le dijo al oído—. Es testigo de nuestra unión. Tú y yo, juntos para siempre. —La mordió en el cuello, en su marca, y Ruth sollozó, entonces él se corrió en su interior. Nunca una comunión fue tan profunda, nunca una conexión fue tan grande. Parte del alma de Adam se metió en Ruth, y parte de la de Ruth en Adam. Una energía dorada les rodeó, y pequeñas partículas de luz tocaban sus pieles y se fundían con ellos. Él la abrazó con fuerza, mientras se vaciaba en su interior, y cuando acabó, hundió la cara en el hombro de Ruth.

—¿Ad... Adam? —preguntó una llorosa Ruth. Aquello había sido místico. Adam le había entregado algo especial aquella noche, algo que sólo iba a ser de ella y que iba mimar y a cuidar para siempre—. ¿Estás bien?

Adam no contestaba. Las manos le temblaban, el pecho vibraba y traspasaba la piel de Ruth.

—¿Estás llorando? —Ruth, emocionada, se giró y lo tomó de la barbilla—. Mírame.

Adam lloraba como un niño pequeño. Y su rostro, Señor..., era el reflejo del agradecimiento y el amor en persona. Entonces supo que aunque Adam nunca le dijera que la amaba o que la quería, no importaba. Ella ya sabía la verdad. Y él también.

Ruth lo besó, acariciándole el pelo y la cara.

—Mi chico hermoso —le susurró ella—. Me encantas.

Adam le dio la vuelta y la penetró de nuevo. Con rapidez y desesperación.

—Suave, Adam... —le dijo ella agarrándose a sus hombros.

—Ruth... —La abrazó y dejó que ella le diera consuelo—. Ruth... — repetía como un mantra—.

Ruth.

—Adam, no me rompas el corazón. Cuida de él. Y yo cuidaré del tuyo para siempre.

Ruth lo meció y le acarició la espalda. Enredó los dedos en su pelo, y lloró con él. Por aquella conexión divina y espiritual. Adam no dejaba de besarla y de frotar sus mejillas en su pecho. Y ella estaba maravillada. Aquel hombre amenazador, con un *piercing* peligroso en la ceja que a veces le recordaba a un perro de caza, ahora estaba llorando a lágrima viva, emocionado por lo que habían compartido, por haberse dejado llevar. Por haberse entregado el uno al otro sin condiciones.

Y así, enlazados en el bosque, cara a cara, cuerpo a cuerpo, de corazón a corazón, el Señor de los animales y la Cazadora se convirtieron en uno.

CAPÍTULO 27

Al amanecer, Ruth y Adam todavía retozaban en la cama. Él no la había dejado descansar y ella estaba impresionada con la manera de amar del berserker. ¿Cómo se podían hacer tantas cosas con los cuerpos? No es que fuera muy elástica, pero, caramba, Adam la presionaba y la desafiaba a jugar con él, y ella no tenía más remedio que acceder. Tenía agujetas en las ingles, le dolían los muslos y estaba irritada. Lo que Adam tenía entre las piernas cuando le entraba el frenesí podía dar muchísimo placer, pero no era fácil acostumbrarse a ese poderío físico. Sin embargo, lo que más le gustaba a Ruth de Adam y su frenesí era lo descarnado que se volvía. Las emociones a flor de piel, la belleza salvaje en su rostro, la posesividad en su manera de tocarla y lo dominante que se volvía. Una mujer debería de ser amada así por un hombre, al menos, una vez en la vida. Debería ser como un mandamiento, un derecho. Sonrió pletórica, porque sabía que ella podría tenerlo siempre que quisiera. Como en ese momento, que lo tenía hinchado en su interior, encima de ella y en el que, además, el pobrecito estaba dormido, echando una cabezadita. Debía estar agotado porque ella estaba muerta, gloriosamente saciada y muerta. Ruth lo besó en la garganta y rodeó su cintura con sus piernas. El pelo de Adam era precioso. Lo peinó con los dedos y lo acarició. Sin embargo, le gustaba más con el pelo bien corto, como un militar, con sus rasgos bien marcados y aquel rostro intimidante y arrebatador.

Acarició su espalda y pasó los labios por su hombro izquierdo. Aquel guerrero se había anclado en su corazón de manera definitiva, del mismo modo que estaba anudado a su cuerpo. Cómo le gustaría que levantara la cabeza y le dijera: «Te quiero, Ruth». Pero Adam no era de esos, necesitaba estar muy seguro de ello para decirlo. Pero por encima de todas las cosas, necesitaba perder el miedo a esas palabras. Creer en ellas nuevamente. Y eso, de alguna manera, enorgullecía a Ruth. Estar con alguien tan leal a sus sentimientos, tan decidido a hacer siempre lo justo, a no engañar, por mucho que ella supiera la verdad reflejada en sus ojos y en su voz, por mucho que él fuera transparente para ella, la hacía sentirse valorada, lo suficiente como para que se mereciera siempre la respuesta más sincera y honesta.

—¿Peso mucho, gatita? —murmuró él con la voz enronquecida de quien ha estado durmiendo.

—Mei[46]

Adam levantó la cabeza y se apoyó en los antebrazos.

—*¿Mei?* —La miró con diversión y alegría y a ella le dejó de latir el corazón—. ¿Hablas noruego?

Ruth se sonrojó.

—Hace mes y medio que estoy aprendiendo el idioma. No sé mucho, casi nada. Estudio a través de un curso por internet.

La miraba con atención y de manera solemne. Se inclinó y la besó. Un escalofrío les recorrió la piel a ambos. Sus labios ya se reconocían.

—Me dejas sin respiración, nena. —Pegó su frente a la de ella—. ¿Aprendes noruego por nosotros?

—No. Sólo por ti y por los gemelos. —Le tocó la barbilla y le dio un toquecito en la nariz—. Quiero aprender a discutir en tu idioma. Me hará falta —sonrió.

Adam soltó un gruñido exagerado y empezó a hacerle cosquillas en el estómago. Ruth empezó a reír hasta descoyuntarse e intentó sacárselo de encima hasta que Adam la tomó de las muñecas y la inmovilizó.

Ruth necesitaba coger aire, pero cuando abrió los ojos se ahogó en la ternura de la cara de ese hombre. Él empujó con sus caderas y mordió su barbilla con suavidad.

[46] Nei: en noruego significa “no”.

—No voy a tener suficiente nunca de ti, Ruth.

Ella se mordió el labio y se concentró en las sensaciones que despertaba Adam en su interior.

—Eso espero —susurró echando el cuello hacia atrás para darle mejor acceso a su garganta.

—Dentro de un rato desayunaremos juntos e iremos a buscar a tu bomboncito para tenerlo en nuestra casa. Y si no, podemos decirle a Gab que lo traiga, y de paso —le mordió el hombro suavemente—, después nos iremos al carnaval de Notting Hill los cuatro juntos, y Gab también, si quiere.

A Ruth le parecía un plan fantástico, nunca había estado en esa fiesta tan popular. Por lo visto duraba tres días y estaba considerada como una de las mayores fiestas del mundo. Un desfile constante de ritmos, gente y bailes caribeños que celebraban la gran inmigración que hubo en Londres por parte de miembros de las comunidades de Trinidad y Jamaica. En esos tres días, pasaban más de un millón y medio de personas por allí. Sería bonito verlo juntos, como una familia. Sin embargo, tenía en cuenta la amenaza de Strike y Lillian. Para ella era más importante darles caza y averiguar su paradero.

—No pienses en eso ahora —le dijo él adivinando sus pensamientos—. Vamos a divertirnos un poco. El peligro siempre estará a nuestro alrededor, ya sea aquí o en la calle. Tenemos que aprender a vivir con ello.

Tenía razón.

—Vaya, Adam, te estás desmelenando.

—No soy tan estricto y tan serio como crees.

Ruth levantó una ceja y él sonrió. Aquel gesto pirata y juguetón la volvía loca.

—Estando conmigo no nos pasará nada. Además, tú me protegerás, ¿verdad, *kone?*

Ruth soltó una carcajada.

—Por supuesto. Yo cuidaré de vosotros.

—Y yo cuidaré de ti —le dijo él moviéndose en su interior—. *Er det vondt*[47]? —la penetró con embestidas lentas, como si tuvieran la vida por delante.

—¿Si me duele? —siseó—. No voy a poder caminar, sólo arrastrarme. Haré el baile de la serpiente en el carnaval.

Adam se echó a reír y la besó con agonía.

—No, cariño. Mejor deja de bailar en eventos multitudinarios. Los despistas.

—A ti te gusta verme bailar.

Adam suspiró. No lo iba a negar. Apoyó la frente en la de ella, mirándola fijamente a los ojos. Le gustaban tantas cosas de ella, si sólo fuera eso... Le encantaba la voz ronca que emitía cuando estaba en sus brazos, la actitud maternal y protectora que empleaba con los pequeños, el carácter desafiante y femenino que ponía en práctica con él. Todo lo que ella era, todo, lo encantaba y despertaba su admiración. Y ahora se sentía mal por haber dudado de ella en algunos aspectos. Pero la resarciría, sería su objetivo en la vida.

—*Jeg er glad, katt. Jeg er klar.*

Ella intentó entender lo que significaba esa última frase, pero no lo logró.

—No sé qué has dicho, Adam. No he aprendido tanto.

—Cuando lo sepas, gatita, quiero que me lo digas y que me preguntes para qué.

—¿Para qué?

[47] Er út vondt?: en noruego significa "¿Te duele?"

—Ahá —asintió él moviéndose más rápido—. Ahora, déjame darte los buenos días como te mereces.

Y sucumbieron al placer.

Se ducharon juntos, haciéndose todo tipo de carantoñas y prodigándose caricias llenas de complicidad. Ruth se ofreció a raparle el pelo, aunque le confesó que tampoco le importaba si se lo dejaba largo.

—¿Cómo le gusta a mi chica? —preguntó él sentado en una silla en el baño y tomándola de la cintura, colocándola entre sus piernas.

—Me gustas de todas maneras, Adam —confesó con la máquina en la mano—. Pero creo que el otro corte te hace más... tú. Más Adam. Me da más morbo.

—¿Te gusta el corte al uno? —Le abrió el albornoz y metió las manos dentro para tocar sus pechos.

Ella se sonrojó, pero un brillo de diversión cruzó su mirada.

—Contrólate, lobito.

—Me pides algo imposible. —La acercó más a él y hundió la cara en su estómago.

—Oye, berserker, ¿nos centramos un poco? Voy a raparte.

Adam abrió la bata hasta que apareció el sexo de Ruth. Tan liso, tan dulce y tan vulnerable. La luna la marcaba como un talismán para su clan, como un símbolo de propiedad suyo. El Señor de los animales y la Cazadora.

—Dime —pasó un dedo por encima de la marca de la Diosa—, supongo que te depilan chicas, ¿verdad?

—Uy, no. Una horda de hombres en bata verde.

Adam sonrió, pero le dio una cachetada en el culo.

—Sí. —Asintió ella mordiéndose el labio. Encendió la máquina y se centró en el pelo de Adam mientras él la acariciaba con los dedos de manera superficial.

—Es tan suave... —murmuró hipnotizado.

Una tira de pelo cayó al suelo, y luego le siguió otra y otra más.

—¿Eres abajo del mismo color que arriba? ¿Caoba?

—Sí. —Cerró los ojos y asintió—. No me puedo concentrar en nada más cuando me tocas, Adam.

—Cuando te crezca el pelo de aquí... seré yo quien te lo quite. Ruth abrió los ojos y frunció el ceño.

—No.

—¿No?

—No.

—Por favor —pidió como un niño pequeño.

Lo miró a los ojos, admiró su nuevo corte, apagó la máquina y se sentó encima de él. ¿Cómo iba a decirle que no a ese hombre?

—Ya veremos.

Adam gruñó y la atacó como un hombre hambriento, que era a lo que lo reducía Ruth.

Desayunaron los cuatro juntos en la cocina. Ruth ayudaba a poner la mesa y Adam, que era el chef oficial de la casa, hacía el desayuno. Liam y Nora charlaban y reían con Ruth. El desayuno estaba compuesto de zumos, frutas, cereales y otros dulces menos saludables. Ruth pensó que Adam se sentaría a su lado, pero hizo algo sorprendente. La levantó de su silla, se sentó él en ella y luego hizo que Ruth se sentara sobre sus piernas. Ella agrandó los ojos, él sonreía complacido consigo mismo.

—Tú conmigo, *kone.* —Le retiró el pelo y la besó en la mejilla—. Así.

—¿Así? —Ruth quería llorar de alegría.

Los gemelos los miraban divertidos y Nora suspiraba como si estuviera enamorada.

—¿Te quedas con nosotros? —preguntó Liam con sus ojos negros a rebosar de esperanza.

—Por supuesto —contestó Adam—. ¿Verdad? Niños, Ruth y yo somos pareja, y quiero que viva aquí con nosotros. ¿Qué decís vosotros? ¿Os gustaría?

Los niños corrieron a abrazarla dando gritos de alegría. Ruth se emocionó ante tanta efusividad.

—Quédate con nosotros, *kone* —le pidió Adam con los ojos brillantes de ternura y emoción.

Ruth levantó las cejas y le rodeo el cuello con los brazos. Ay Dios, se iba a desmayar.

—Pssse... pero sólo porque me caen bien tus sobrinos.

Los niños se echaron a reír y Adam la pellizcó en la nalga.

—Oye, no deberías hacer esas cosas delante de ellos —susurró al oído del chamán.

—¿Por qué no? —preguntó Nora—. A mí me gusta.

—Es asqueroso —gruñó Liam—. A Nora le gusta porque es una niña. Y a las niñas os gusta el amor... —Puso los ojos en blanco—. Y el amor apesta, ¿verdad, tío Adam?

Ruth levantó una ceja y miró al involucrado en la pregunta. Adam puso los ojos en blanco e imitó a Liam.

—Apesta, tío. ¡Buah! —Puso cara de asco—. Somos hombres, Liam. — Le ofreció el puño al niño y él lo chocó con orgullo.

—Los hombres son muy tontos —soltó Nora riéndose de ellos.

Ruth dejó caer la cabeza hacia atrás y empezó a reír a carcajadas. Era increíble poder estar así con ellos, con el hombre que le había robado el corazón y con los niños que iba a querer como si fueran suyos.

Ring. Ring.

Alguien llamó a la puerta.

Adam y Ruth se levantaron extrañados.

El berserker fue a ver quién era y se tensó al encontrarse a Margött. La rubia llevaba un vestido largo y negro, y unas zapatillas del mismo color. Su pelo suelto brillaba como el sol y sus oscuros ojos lo miraban con cara de pocos amigos.

—Hola, Margött —la saludó con calma.

—¿No me invitas a entrar?

La berserker no esperó ningún permiso. Entró como un vendaval y se quedó paralizada al ver a Ruth y a los niños comiendo juntos en la mesa.

—Hola, Margött. —Ruth se limpió las comisuras de los labios con extrema delicadeza. Se levantó y miró a Adam. El berserker se colocó a su lado—. ¿Qué buscas, Margött? —preguntó ella mirándola a su vez con los brazos cruzados, marcando territorio. No iba a permitir más muestras descaradas de afecto y seducción por parte de la berserker. No hacia Adam.

Levantó una rubia ceja sardónica y murmuró:

—No has perdido el tiempo, chamán.

—¿En qué podemos ayudarte? —preguntó Ruth.

—Tú en nada. —Le espetó ella asomando su verdadera cara. Adam se quedó impactado por aquella reacción, y Ruth, sin embargo, se sintió estimulada. Por fin iban a ponerse las cartas sobre la mesa.

—Un momento —Ruth levantó la mano y les dijo a Liam y a Nora que se fueran al salón superior a

jugar. Los gemelos asintieron obedientes pero los dos le echaron una mirada recelosa a la berserker—. No pasará nada, id tranquilos.

—¿Por eso no viniste a por mí ayer noche, Adam? ¡Te la estabas tirando! —gritó la rubia.

Los niños corrieron hasta desaparecer por las escaleras.

—Cuidado, Margött. —Adam dio un paso al frente y la amenazó con su pose—. Ruth es mi compañera y si la insultas de alguna manera me insultas a mí. Y cuida el lenguaje delante de mis sobrinos.

—Ya no te mereces mi respeto. Ellos tampoco —le contestó ella con desdén—. ¿Te gustan las humanas? ¿Ya te ha dicho que no cree que puedas cuidar ni proteger a sus sobrinos? —La mirada envenenada de Margött la traspasó.

—Margött —advirtió Adam—, si vienes a buscar problemas ya te puedes ir de aquí.

—Adam quiere a alguien fuerte para hacerse cargo de los cachorros. ¿Tú eres fuerte? Es el chamán y necesita a una mujer que lo complemente, que conozca las tradiciones berserkers, que sepa lo que tiene que decir y hacer en todas las situaciones. Que lo obedezca. Pensé que te quedarías conmigo. —Lo miró dolida—. Puto traidor mentiroso.

Un músculo palpitó en la mandíbula del *noaiti.*

—Ya te dije que fue un error proponerte nada —le explicó él—. Pensaba en la amistad y en lo cómodo que hubiera sido para mí estar contigo. No pensé en lo que yo realmente quería. Ni pregunté a mis sobrinos qué querían ellos. Ahora vete, Margött. Estás incomodando a mi compañera.

—Ya la has vinculado a ti. Ya os habéis emparejado. ¿En qué pensabas, chamán?

Margött estaba atacando directamente a las inseguridades de Ruth, pero ella no iba a dejarse intimidar.

—En mí. Pensaba en mí, obvio. —Ruth se colocó entre ella y Adam—. Y ahora, rubita, si me disculpas...

—No te perdono.

A Ruth le entraron ganas de reír.

—Margött, no conoces las tradiciones humanas. Cuando te digo «si me disculpas» no te estoy pidiendo perdón. Te estoy diciendo: Apártate de mi vista, zorra.

Margött palideció. Adam desencajó la mandíbula pero se recompuso con facilidad. Una ola de orgullo lo barrió y lo dejó casi a los pies de la humana. Menudo carácter.

—Lo decepcionarás. Ya lo verás. Ya lo veréis los dos. —Agitó la mano desquiciada.

—Tienes un trozo de pienso entre los dientes —Ruth se señaló la boca—. Enjuágate el hocico en uno de los charquitos del bosque.

Margött centró su mirada en ella. Una mirada negra y vacía, alterada y llena de odio y de celos.

—Disfrútalo mientras puedas. Que no será mucho tiempo. Y tú — señaló a Adam—, sí, tú. Volverás a mí, y puede que te perdone, pero tendrás que arrastrarte.

—¿Llamo a la perrera? Lárgate. —Ruth señaló la puerta y Adam se colocó a su lado y le pasó el brazo por encima de los hombros.

—Ya has oído a mi *kone.* Entiendo que estás de duelo y estás alterada, pero...

—Entiendes una mierda, chamán.

—Siento que esto acabe así —lamentó Adam—. Pero no puedo permitir la falta de respeto en mi casa. Fuera.

—No hace falta que me acompañéis.

—Tranquila, sólo lo hacemos con las visitas bienvenidas —apuntilló Ruth.

Margött se dio media vuelta con altivez. Ruth y Adam no se relajaron hasta que oyeron el portazo de la puerta de la entrada.

La joven se encaró con su chamán.

—¿En qué pensabas cuando tuviste la brillante idea de proponerle un emparejamiento a esa chiflada? ¿No sabías que estaba loca? ¿No sabías que...?

No pudo decir nada más porque se encontró con la lengua de Adam en su boca. La rodeó con los brazos, la levantó del suelo y la besó durante un largo rato.

—Nada me ha preparado para verte en acción, Cazadora. Tengo suerte si no hago un agujero en los pantalones. Eres una deslenguada y... me fascinas. —La abrazó con fuerza y la meció mientras volvía a besarla.

—No me has contestado. —Abrió los ojos y parpadeó—. ¿Fue un momento de enajenación?

—Más bien de desesperación. Tú te comías mi espacio y mi mente. Y no quería caer en tus garras. Pero aquí me tienes, jovencita. Disfrutando de ti como un niño con su primer juguete.

—Me gusta que le hayas dicho que soy tu compañera. Ya era hora de que le pararas los pies.

—Se lo diré a todo el mundo. Sea del clan que sea. Sobre todo se lo recordaré a Cahal —sonrió con malicia.

—Él ya lo sabe. Por cierto, no sé nada de él desde el Ministry of Sound. ¿Alguien sabe dónde está? Debería llamarlo.

—Ni hablar. Estará con alguna mujer. Ya sabemos qué reputación tiene el vanirio.

Ella sonrió y lo tomó de la cara, acariciándole las mejillas con los pulgares. Lo besó en la mejilla y acarició su nariz con la de él.

—¿Se ha ido la bruja? —preguntó Nora en lo alto de la escalera.

—No nos gusta. No nos ha gustado nunca —dijo Liam rascando con sus deditos la madera del pasamanos de la escalera—.

—Ya lo sabemos —aseguró Adam—. Siento no haberme dado cuenta antes.

—Es porque ella finge —dijo Nora—. Finge ser buena con nosotros y lo hace por ti. Pero nunca nos hizo caso en la escuela, nunca nos enseñó nada, no como hace Ruth —y miró a la humana con adoración—. Margött sólo nos ponía la televisión y los dibujos, y así nos hacía callar.

Adam los escuchaba con atención. Había estado ciego. Su mente cuadrada le había impedido ver la realidad tal y como era. Menudo palurdo estaba hecho.

—Bajad y acabemos de desayunar.

Se dirigió a la mesa con ella en brazos. La volvió a sentar sobre sus piernas y le dio de comer un trozo de manzana.

—No es culpa tuya no haber visto a la psicópata mentirosa patológica que había detrás de esa mujer —Ruth lo quiso tranquilizar a su manera—. Y tampoco es culpa tuya haber estado ciego conmigo y no haberte fijado en lo maravillosa y fantástica que soy. —Masticó la manzana que él le ofrecía y le guiñó un ojo—. Son tus ojos. Miran pero no ven. Te compraré unas gafas.

Mientras, Adam la miraba realmente como si no hubiera nada más en el mundo. No sólo pensaba en las gafas que iba a comprarle Ruth, sino también en lo mágica que era ella para él. Y en lo imprescindible que iba a ser en su vida.

La canción *Authomatic* de Tokio Hotel sonó fuertemente. Ruth sonrió y tarareó la canción con los gemelos que, por supuesto, después de oírla varias veces, ya se la sabían.

—Dime, Noah.

—Estoy en casa de Limbo.

—¿Qué haces ahí?

—Esta noche, mientras meditaba, a diferencia de ti —carraspeó—, intenté recordar lo que vimos cuando estuvimos limpiando la casa y recogiendo el cuerpo. Me vino a la mente su ordenador y una pequeña caja negra que tenía sobre su torre. Tenía una pegatina en la parte trasera con el nombre Flexwatch.

—Video-vigilancia por internet —comentó Adam levantándose de la silla y cediéndole a Ruth su lugar.

—Sí. Ahora que estoy aquí, he localizado todas las cámaras que tenía dispuestas en el techo como si fueran ojos de buey, por eso no las vimos, se camuflan con las luces. Si encontramos el modo de ver lo que grabaron las cámaras, podremos saber quién mató a Limbo.

A Adam le entusiasmó la idea. Por fin se aclararían algunas cosas.

—Pero no sé cuál era la contraseña de su ordenador. He llamado a Margött para preguntarle, pero tiene el móvil desconectado.

—No me hables ahora de ella...

—¿Problemas?

—No —miró a Ruth divertido—. Ruth me protege.

—Bien por ti. Bueno, ¿qué hacemos?

—Llamaré inmediatamente a Caleb. Es el *hacker* que ahora mismo tenemos. Él podrá entrar en el ordenador de Limbo. Espérame que voy para allá.

—Ok, tío.

—Hasta ahora. —Colgó el teléfono. Miró a sus sobrinos y a su mujer, sentados, desayunando en la mesa como una familia. Su familia. Sintió una gran emoción en su corazón oscuro—. ¿Te puedes quedar aquí cuidando de ellos, *kone?*

Ruth sintió un nudo en la garganta y sus hombros se liberaron de la tensión que había albergado días atrás. Por fin.

—Por supuesto. Ve tranquilo.

—Luego echaremos un vistazo a esos dibujos y borraremos de un plumazo las pesadillas —les dijo a los pequeños. Se acercó a Ruth y la cogió de la nuca para darle un beso en los labios—. No me puedo ir más tranquilo, gatita. No abráis a nadie. As está a poca distancia de aquí, si entrara alguien que el sistema no reconoce, vendrían a protegeros. Aunque ya sé que eso a ti —le acarició los labios con el dedo pulgar— no te hace falta. Eres toda una guerrera. Recuerda lo que te he dicho esta mañana, y cuando sepas lo que quiere decir, pregúntamelo. Pregúntame para qué, ¿de acuerdo?

—Sí, berserker. Ve. Corre. —Lo besó en los labios por última vez y dejó que Adam saliera por la puerta de la casa, llamando a Caleb a través del iPhone.

CAPÍTULO 28

Caleb abrió el ordenador de Limbo en menos de diez minutos. Introdujo un CD con una imagen ISO del programa Ophcrack, y esperó pacientemente con sus ojos verdes eléctricos observando la pantalla con atención.

—Este programa —les explicó— es uno de los favoritos de los *hackers.* No está nada mal. Craquea las contraseñas. Tiene mucha potencia, y se basa en el seguimiento del diccionario. Prueba letra por letra hasta que la contraseña aparece. Todas las posibilidades —chasqueó con la lengua—. Ya lo tenemos. La contraseña es Materialman.

—Hombre superficial. Propia de Limbo —dijo Noah.

Caleb se frotó las manos mientras se abría el sistema operativo del ordenador y aparecía ante sus ojos el escritorio del berserker fallecido. Sonrió como un niño pequeño.

—Es ese icono —Adam señaló el Flexwatch.

—Bien. Vamos a reventarlo —los dedos del vanirio tecleaban tan rápido que apenas se veían—. Es el modelo FW5450 —miró debajo del escritorio y encontró el aparato negro complementario del sistema de grabación que estaba conectado al ordenador—. Bien. Vamos a entrar como usuario y ahora... *voilà.* —Ya estaban dentro del grabador.

—Cojonudo, colmillos —le dijo Noah.

—Gracias, chuchos. ¿Qué cámara vemos y qué horas?

—Veamos esta cámara, la que pone recepción y salón —indicó Adam—. ¿Podemos acelerar el proceso? ¿Pasarlo rápido?

—Claro —contestó Caleb.

—Al mediodía, antes de comer —le dijo Adam—. Pon desde las diez de la mañana a las dos del mediodía.

Los tres miraban la pantalla expectantes. No pasaba nada hasta que vieron a Limbo abriendo la puerta a una mujer rubia con una olla llena de comida.

—Margött dijo que le traía un estofado a su hermano... —Adam frunció el ceño sin entender nada—. Pero dijo que cuando llegó ya estaba muerto...

Caleb pasó la imagen a tiempo real, y a continuación puso el altavoz en alto.

Los tres mantuvieron silencio mientras veían cómo Limbo besaba a su hermana y la invitaba a entrar. Margött le sonreía con cariño y cerraba la puerta a su espalda. Se oía la voz de Limbo:

—No sabes lo que he descubierto. Ya sé donde están Strike y Lillian y es increíble que no me haya dado cuenta.

—¿Ah, sí? —Margött dejó el estofado sobre la mesa—. ¿Dónde están?

—En mi puto edificio.

—¿Qué? —Margött preparó la mesa para los dos y sirvió dos platos de estofado—. Siéntate, *soster.*

Limbo y su hermana comían cara a cara mientras él le explicaba lo que había descubierto.

—Están aquí. Es increíble. No lo he sabido hasta ahora. El sobreático está alquilado por una pareja de mediana edad muy adinerada, el Sr. y la Sra. Mawson. Es una pareja de humanos muy estirada. Sólo saben decir hola y adiós —sorbió la cuchara—. Este estofado está excelente como siempre, Margött. Gracias.

—De nada —sonrió orgullosa—. Continúa, por favor —lo animó con la mano.

—Tengo cámaras en todas las instalaciones de mi edificio. Esta pareja es muy sosa, nunca ha traído a nadie a su casa. No tienen hijos y no follan. Son aburridos.

—¿Cómo? —preguntó horrorizada.

—No te hagas la estrecha ahora. Me gusta mirar, ya lo sabes.

—Eres un voyeur asqueroso.

—¿Quién fue a hablar? La cuestión es que hace tres días mis cámaras detectaron a los señores Mawson dejando entrar a una pareja joven y atractiva. No les pude ver la cara, ambos iban encapuchados y eso ya era extraño y me hizo sospechar. Así que pensé: ¿Qué coño? ¿Se van a montar una orgía? Pero no se trataba de eso. Nunca se retiraban la capucha y conversaban mucho entre ellos, a veces meditaban durante horas. Hasta que ayer noche vi un puto ritual. En el ritual participaban el señor y la señora Mawson, seis personas más, la mujer encapuchada y el hombre. Ese tío conjuraba algo con una palma de la mano hacia arriba y en la otra sostenía un bastón negro con una bola roja que brillaba en su extremo. Todos cantaban, cánticos antiguos, Margött. —Se metió otra cuchara llena de estofado en la boca—. El tipo desapareció durante una media hora.

—¿Desapareció?

—Sí. Los otros seguían cantando y haciendo cosas raras, pero el tío desapareció. Al cabo de media hora, el cuerpo de ese hombre se materializó en el centro del círculo, atravesado con una flecha luminosa de color azul en el hombro. Se sacó la capucha enfurecido y pude ver su rostro demudado en un rictus de dolor. Era Strike.

—Increíble... —murmuró con la mirada perdida.

—Entonces la mujer que lo acompañaba se apartó la capucha horrorizada e intentó socorrerlo. ¿Imaginas quién era?

—Lillian —contestó afligida—. Dios mío. ¿Qué vas a hacer?

—Alertar al clan. As debe saberlo, yo sólo no puedo contra ellos, necesito ayuda. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Julius fue un traidor, yo no lo seré —se levantó orgulloso.

—¿Qué harás? —Margött se levantó con él, algo inquieta.

—Les prometí a Noah y a Adam que les mandaría un mail con lo que había descubierto. Antes los llamaré.

—No te precipites... — Margött lo detuvo por el brazo.

—Adam estará orgulloso de ti y de mí, y te aceptará. Mira la reputación que tengo ahora por lo que pasó con la humana. Necesito limpiar mi nombre.

—Adam me aceptará lo quiera o no —dijo esta vez con la voz más fría—. No mandes nada.

—¿Qué? —Limbo sacudió la cabeza y se frotó los ojos—. Me estoy mareando un poco...

—Siéntate —le ordenó ella.

—Me... mareo... —Se tambaleó y chocó contra la pared.

—Lo siento —dijo con la voz monótona—. Lo siento, de verdad, pero me obligas a hacerlo.

—¿Qué mierda... me has? ¿Me has... drogado?

—Limbo, me obligas a hacer esto.

Vieron como a Limbo se le cerraban los ojos y como Margött corría a abrir la puerta. Entonces entraban Strike y Lillian. Strike se veía cansado y ojeroso, encorvado con la mano en el hombro. La flecha que le había disparado Ruth le atravesaba el pecho y la espalda.

—Buen trabajo —le dijo Lillian a Margött—. El *seidr* nos había dicho que tu hermano nos había descubierto. ¿Alguien más sabe que estamos aquí?

—Iba a enviar un mensaje a tu hijo, pero al final no ha podido hacerlo. Quería hacerse el héroe.

—Eres una chica mala, Margött —murmuró Strike mirándola con lascivia y respirando con dificultad.

—Espero que cumplas tu promesa —le dijo a Lillian ignorando al brujo—. He matado a mi

hermano por ella, ¿entiendes? Quiero al chamán. Y lo quiero esta noche. Esta noche tiene que venir a mí. Ayer ya os lo dejé todo en bandeja en el Ministry y no salisteis adelante. La Cazadora sigue viva, y As también. Os lo dejé en bandeja con Rise porque no quería que me involucraran en nada y también fallasteis. Yo sólo quiero al chamán y estoy harta de dejarlo todo listo para vosotros y no ver ninguna recompensa a cambio.

—Esta noche vendrá y te reclamará. Ayer por la mañana cuando contacté contigo, te prometí que si nos ayudabas tendrías al *noaiti* —le aseguró Lillian sin darle mucha importancia. Adam ya sabía que estaba mintiendo. Nadie podía obligarlo a nada, y menos la magia *seidr* ya que tenía el anillo *eohl* y le protegía. Su cara era delatora, pero Margött no la conocía. Lillian mentía—. Así lo conjuraremos. Y tú, a cambio, nos darás a mis nietos —le ordenó Lillian con sus ojos fríos y sin alma—. Esos niños son muy importantes. Los queremos.

—Así será. Después de esta noche, cuando Adam me deje a solas con ellos en algún momento os los traeré. Adam confía en mí.

—Tráenos a la Cazadora, también. Ya sabes que está viviendo con ellos, ¿no? Nuestro señor estará encantado de darle su merecido —sonrió Julius reflejando toda la maldad de su alma—. Y yo también.

El video reflejó cómo Strike, con el brazo herido, sacaba su *oks* y le cortaba la cabeza a Limbo. Margött ni se inmutó. Se dio media vuelta y se fue de allí.

Los tres inmortales veían anonadados la pantalla del ordenador. Se lo habían tragado todo. La pareja de traidores se había asegurado de no dejar pistas delatadoras ni pruebas que pudieran inculparlos a ninguno de los tres. Habían dejado la escena del crimen como si hubiera habido un forcejeo y una pelea. Pero habían obviado el hecho de que Limbo era un voyeur que espiaba a los inquilinos, y que también era celoso de su seguridad. Adam tenía las palmas de las manos frías, y eso que él nunca tenía frío, pero saber que había metido al traidor en casa lo carcomió.

—¡Me cago en la puta! ¡Zorra! —Se pasó las manos por la cabeza y lanzó un grito al aire. ¿Era casualidad que la pareja de inquilinos de Limbo se llamaran Mawson? ¿Eran los padres de Ruth?—. Caleb, registra el sobreático y ve a por ese par de indeseables. Noah, alerta a As y dile lo que hemos descubierto. —Adam corrió hacia la puerta.

—¿Adónde vas tú? —preguntó Noah siguiéndolo.

—A mi casa. El sistema de seguridad todavía reconoce a Margött como persona grata.

—Joder. Corre, *noañi* —gritó Noah palideciendo—. ¡Corre!

Ruth estaba recogiendo los platos y limpiando la cocina. Mientras tanto, Nora y Liam dibujaban en sus cuadernos todo lo que ellos veían en sus sueños. Ruth sonreía y permanecía en una nube. Por fin Adam se había posicionado, y se lo había dejado bien claro a Margött. Los ojos negros de su berserker le habían sonreído con adoración al despedirse de ella. Ya era hora que reconociera lo que sentían el uno por el otro. Y ella había creído volar e iluminarse de dentro hacia fuera cuando había visto tantas cosas por expresar en su mirada.

Liam y Nora se levantaron de sus sillas como impulsados por un muelle invisible. Liam se puso en posición de defensa, colocó a su hermana detrás de él y se puso en frente de Ruth para protegerlas a ambas.

Ruth se limpió las manos con el trapo y miró hacia la entrada de la casa, que era donde los gemelos tenían clavados sus ojitos.

—¿Qué pasa? —preguntó ella asustada.

—Hay alguien en casa —contestó Liam.

Ahí estaba Margött con un *oks* en la mano, pasándoselo entretenida de una mano a otra.

—Adam tiene la mala costumbre de dejar a la vista sus armas —dijo ella pasando un dedo índice por la punta del hacha vikinga—. Y vosotros tenéis la poco protocolaria manía de no acompañar a

vuestras visitas a la puerta cuando se despiden de vosotros. Eso puede hacer que entiendan que no tienen por qué irse. Esta casa es muy grande, y las berserkers podemos ser muy sigilosas si nos lo proponemos. Me escondí y esperé. No pensaba tener tanta suerte, no pensaba que él os dejaría aquí solos esta mañana. Mi plan era quedarme por aquí, rociarme con el desodorante que Hummus y Newscientists tienen para nosotros y esperar a veros dormir.

Liam y Nora gruñeron enseñándole los dientes. La berserker se adelantó y agarró a Liam por el pelo, poniéndole la hoja del *oks* bajo el cuello.

—¡No! ¡No! —suplicó Ruth, que era más lenta que la berserker—. Suéltalo.

—No intentes jugar a los telépatas, puta. Soy berserker, y aunque no puedo comunicarme telepáticamente con nadie sé cuando alguien lo hace. Sentimos un ligero pinchacito en el entrecejo. Así que contente. Porque como vea que intentas comunicarte con la zorra de la híbrida o cualquier otro colmillos, rebano la garganta del mocoso. ¿Me has oído? —le gritó.

Ruth se echó a temblar y asintió. Instintivamente protegió a Nora con su cuerpo, mirando a Liam aterrada pero intentando transmitirle una confianza que no sentía. El niño tenía las pupilas dilatadas por el *shock* y estaba pálido. Ruth ni siquiera había pensado en su don telepático, la impresión de ver a Margött con esa arma en la mano le había robado la capacidad de razonar. Sus instintos no estaban tan desarrollados.

—¿Qué quieres, Margött? —la voz le temblaba.

—¿Qué quiero? ¿Qué te parece si te digo que quiero lo que tú me has robado? —Se encogió de hombros—. La verdad es que mi intención era quedarme con el chamán, matarte a ti y regalar a los gemelos —Liam se removió y ella lo apretó por el cuello. Se sintió orgullosa al ver cómo Ruth se estremecía ante su frialdad.

—¡Lo vas a ahogar! —gritó con los ojos llenos de lágrimas—. Yo me voy contigo si quieres, pero déjalos a ellos aquí, por favor.

—No es momento de suplicar, ya lo harás luego. —Soltó una carcajada vacía—. Ahora mis prioridades han cambiado. Ya ni siquiera quiero al chamán. Ayer por la noche lo esperaba. Esperaba que me reclamara. Y no lo hizo. No me imaginaba que realmente se iba a anudar contigo. Ha sido un golpe bajo. Así que, viendo que ni la dichosa magia *seidr* puede con él, lo mejor es vengarme. No aguanto las humillaciones, y quiero que me devuelvas mi orgullo. ¿Sabes qué haré?

—No. —Ruth necesitaba pensar, ganar tiempo. Tenía su iPhone en la mesa con lo que ni siquiera podía hacer una llamada rápida. Si amenazaba a Margött de alguna manera, si conjuraba a su arco, no sabía cómo podría reaccionar la berserker, y ya sabía que era muy veloz. No podía arriesgarse con Liam y Nora bajo su responsabilidad. No soportaría que la tomara con ellos. Aquella mujer tenía la locura reflejada en su rostro. No entendía cómo alguna vez pudo haberla visto hermosa. Era el puto Belcebú.

—Tú vas a morir. Resulta que todavía eres una estúpida mortal, ¿verdad? —se echó a reír—. Los cachorros creo que también morirán. No sé exactamente lo que tienen planeado Lillian y Strike para ellos, pero te aseguro que no es nada bueno. Vamos a atraer a Adam, vosotros seréis el señuelo. Tú tendrás que ver cómo ese hombre se pliega a mis deseos, tendrás que aguantar cómo te mirará por haberle fallado, porque, que no te quepa duda, Ruth, le estás fallando de una manera atroz. Fíjate, una mañana que te deja con sus gemelos, su tesoro más preciado, y los pones en peligro.

—No le hagas caso, Ruth —murmuró Nora hundiendo su cara en la pierna de la Cazadora y arrancando a llorar—. ¡Eres mala, Margött!

—¡Silencio! — Margött se adelantó y amenazó a la niña con el *oks* en la mano, arrastrando a Liam con él—. Estoy harta de vuestras impertinencias. Sois dos malcriados, eso es lo que sois, y no os he aguantado nunca.

—¡Ya lo sabíamos! —Liam quería matarla.

Margött se rio de él.

—¿A quién vas a defender tú, niño tonto? —se mofó ella—. Tu papi no pudo proteger a tu mami y por su culpa ambos murieron.

—¡No es verdad! ¡Te odio!

—Basta, Margött. ¿Qué quieres que hagamos? —Ruth la miró odiándola profundamente por herir a los niños así.

La berserker alzó la barbilla y se dirigió a la puerta. Sonó su teléfono y lo cogió sin perder de vista a nadie. Entonces contestó:

—Ya vamos para allá. Esperadme donde dijimos... ¿Tu hija? —la miró sabiendo lo que eso provocaría en Ruth—. Aquí la tenemos. Nos vemos ahora.

Ruth sintió que se mareaba. El cuerpo empezó a temblarle. ¿Con quién hablaba Margött? No podía ser cierto. Sus padres la habían encontrado.

—Venid conmigo —abrió la puerta sin darle la espalda—. Los papis esperan. Y no hagas trucos estúpidos. No intentes conjurar al arco ese que dicen que llevas contigo, porque interpondré el cuerpo de Liam entre la flecha y yo.

Ruth asintió obediente y caminó con Nora agarrada fuertemente a su mano. Nada era peor para ella que encontrarse de nuevo con ellos. ¿Qué tenían que ver ellos en todo eso?

—¿Ves? —le dijo Margött cuando ella pasó por su lado—. Yo siempre me aseguro de echar a la mierda de mi casa.

Ruth se envaró al mirar al frente y negó con la cabeza.

—¿No, qué? —preguntó Margött dándole un golpe con el extremo del *oks* en los riñones.

Ruth cayó de rodillas doblada por el dolor. Le faltaba el aire y Nora se abrazaba a ella intentando consolarla.

—Mi tío te matará —le gritó la niña.

Margött levantó la ceja y abofeteó a Nora, tumbándola con la fuerza del golpe. Pero la niña la miró desafiante. Ni una lágrima derramó.

—Tu tío no está aquí.

Cerró la puerta y cuando se dio la vuelta no esperó encontrarse a alguien que le barriera el paso.

—Pero yo sí —dijo Gabriel apuntándola con una pistola en la mano.

Todo sucedió muy rápido. Gabriel disparó a Margött pero la berserker fue lo suficientemente rápida para torcerle la muñeca y esquivar la bala. Ruth conjuró al arco de los elfos.

—*¡Sylfingir!* —gritó. Había visto a Gab antes que Margött y le había dicho que no con la cabeza porque temía por la vida de todos.

No fue lo suficientemente rápida como para evitar que aquella mujer consumida por el odio y la enajenación levantara la otra mano contra su mejor amigo y le desgarrara la garganta con sus garras.

Ruth creyó verlo todo en cámara lenta. La ansiedad acentuaba los instintos de supervivencia y los ponía en alerta. No supo que estaba gritando hasta que las cuerdas vocales le ardieron y se quedó ronca. No entendió que el movimiento que percibía eran sus piernas corriendo hacia ellos dos para salvar a su amigo. No supo que había atravesado a Margött con diez de su potentes flechas hasta que la vio tumbada con el rostro completamente pálido y agrietado de luz azul. Se estaba convulsionando.

Y no entendió que eran sus manos las que taponaban la garganta de Gabriel, y que lo que salía de allí eran ríos de sangre.

—¡Gab...! —susurró Ruth—. Gab, por Dios, te decía que no te metieras, ¿qué has hecho, tonto?

Gabriel no podía respirar, salían borbotones de sangre por su boca y aquel rostro querido por ella perdía color. Su pelo se manchaba de rojo y la sangre descendía hasta sus orejas y su nuca.

—He... traído... tu cochecito... Adam... Adam... me lo... pidió... hace un ra... rato...

Ruth entró en contacto telepático con Aileen y Daanna. Sobre todo con Daanna, que sería la que podría ayudarlo. La vaniria no estaba emparejada, Aileen sí y no podría cederle su sangre para salvarlo. Pero Daanna podría hacerlo y convertirlo en vanirio. Ella podría. Era un pensamiento egoísta, pero no le importaba, sólo pensaba en salvar a su amigo. Sabía que ponía en un dilema a su amiga, pero ella también debía decidir lo que hacer con su vida. Las decisiones debían tomarlas todos, y sin titubear.

—Aún hay tiempo, Gab... —sollozó y gritó como si le arrancaran el corazón.

—Ruth, mi sueño... —murmuró Nora temblando y zarandeándola por el hombro—.Vienen hacia aquí y debemos irnos. ¡Ruth, por favor!

—Gab... —murmuró Ruth con un quejido y besándolo en la boca. Le acarició las mejillas manchadas de lágrimas—. Gab, te quiero... Aguanta. ¡Prométemelo! ¡Tienes que aguantar! Ellas ya vienen. Ya las he avisado.

Las lágrimas de Ruth se mezclaban con las de Gabriel. Él parpadeó dándole a entender que lo intentaría.

—No te preocupes... te... buscaré... Cazadora. Nos veremos... otra vez.

Ruth hundió la cara en su pecho y lloró agarrándose con desesperación a su camiseta en la que lucía un mensaje: «¿Quién dijo que los ángeles no existen? Mírame a mí».

Cuando Ruth se giró vio a Liam empuñando el *oks,* alzándolo para cortarle la cabeza a la berserker. Ruth lo detuvo agarrándolo de la muñeca, el hacha era más grande que él. Liam la miró haciendo pucheros, con los ojos también arrasados en lágrimas.

—No, cariño —le dijo ella mirando con desprecio a la rubia.

—Pero...

—Date la vuelta —le ordenó al pequeño—. No miréis.

Liam y Nora se cogieron de las manos y obedecieron a la Cazadora.

—Esto es por Gabriel. —Con el rostro inexpresivo levantó el *oks* que pesaba muchísimo y le cortó la cabeza a la traidora. Luego lanzó el arma al suelo como si le quemara.

Se montó en el Roadstar, y Liam y Nora se sentaron en el asiento del copiloto. Ruth les abrochó el cinturón de seguridad. Acababa de matar a Margött. Gabriel se estaba muriendo por haberla protegido. No tenía tiempo para desmoronarse. Sus padres estaban ahí afuera y Nora decía que los que le perseguían iban a ser muchos. Los gemelos eran importantes para Loki, importantes para Lillian y Strike, importantes para el Mal. No importaba si a ella la mataban. Liam y Nora no podían llegar a manos de esos desechos, nunca. Rezó por Gab, rezó porque Adam pudiera salvar a los niños. Ella haría lo posible por protegerlos, y si tenía que entregar su alma a cambio lo haría.

Cuando salió con el coche e incursionó en la carretera con violencia, tres todoterrenos negros la siguieron inmediatamente. Los estaban esperando, pero seguro que no esperaban que saliera Ruth con los niños. Esperaban a Margött con ellos tres como trofeos. Se iban a joder.

Ella correría con el coche hasta que el motor gritara basta. Miró por el retrovisor para vislumbrar a sus padres detrás del volante de uno de ellos, pero los vidrios estaban tintados, así que no pudo verlos. Sin embargo, sólo imaginarse que estaban allí hacía que tuviera ganas de llorar y ocultarse en un rincón de sí misma.

Pero no lo haría. Aquellos guerreros inmortales le habían enseñado que todo lo que pasaba estaba muy por encima de las individualidades, que todo tenía un propósito mayor, y ella se haría responsable de ello. Gabriel se había lanzado a defenderla, sabiendo que la berserker era mucho más

fuerte que él. Rezó por el alma de su querido amigo y porque nunca tuviera que ser ella quien la recibiera. Rogó que Daanna llegara a tiempo de salvarle la vida.

Cuando Adam llegó a su casa se encontró con Aileen arrodillada ante Gabriel, taponando su cuello abierto y desgarrado. Lo sintió muchísimo por él, porque no tenía buena pinta. Uno de los zapatos del humano se había caído de su pie y Aileen lloraba con tanto dolor que a él le desgarró el alma. Pero no los atendió, miró el cuerpo de Margött decapitado y su propio *oks* en el suelo manchado de sangre. Se agachó y lo cogió con fuerza hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Echó la cabeza hacia atrás y gritó hasta que su cuerpo mutó. Se transformó y miró con decisión a Aileen. Se le saltaron las lágrimas sólo de saber que ni Ruth ni sus sobrinos estaban allí.

—Aileen.

La híbrida se levantó.

—No puedo... no puedo darle mi sangre...

—Yo lo haré —dijo Daanna cubierta con una gabardina larga y negra. El día era soleado, en pleno agosto, y la vaniria tenía fiebre y los ojos rojos, pero cuando vio el cuerpo de su amigo desmadejado sintió que era su responsabilidad salvarlo, si se podía.

Adam levantó el cuerpo de Gabriel y lo entró al salón.

—Os dejo a cargo de él —dijo Adam depositándolo en el sofá. Se dio la vuelta para salir de allí corriendo e ir en busca de su familia—. Aileen... ¿Tienes idea de...?

—No sabemos dónde pueden estar —gritó Aileen—. Intento ponerme en contacto con Ruth y no puedo. Está demasiado alterada para dejar que nadie entre en su cabeza. No sabemos dónde están.

Adam gruñó. Tenía la sangre helada. Él era un hombre fuerte, inmortal y ahora se veía impotente para salvar a las personas que quería. María y las sacerdotisas entraron con As precediéndolas.

—Ruth está muy nerviosa —dijo María—. La sentimos. Está muy alterada y la están persiguiendo. Pero no podemos entrar en contacto con ella, es como si se hubiera alejado para no poner en peligro a nadie más.

—Tiene miedo de que otros lean su mente y sepan dónde se encuentra.

Él también podía percibir eso, no era ningún secreto. Pero no podía establecer contacto mental, no todavía. Si hubiera intercambiado el *chi* con ella antes, ahora tal vez podrían, pero por su estupidez y su negación no lo había hecho y el *chi* compartido no había sido suficiente para su vinculación mental.

—¿No habéis averiguado nada sobre Liam y Nora? —preguntó Tea con gesto de preocupación.

Adam entonces se iluminó. Se dirigió a la mesa de la cocina y encontró las libretas de sus sobrinos. Había dos dibujos nuevos sobre la repisa, y los rotuladores todavía yacían destapados sobre la mesa. Por lo visto los habían hecho en su ausencia.

Uno de los dibujos eran Liam y Nora ocultos bajo el tronco de un árbol. Un hombre y una mujer les sonreían y parecían contentos de haberlos encontrado, ambos morenos y de pelo largo. Eran Caleb y Aileen, se le veían los rasgos perfectamente. Detrás de ellos, había un ciervo que bebía de una ciénaga. Sintió un estremecimiento que le subía por la columna vertebral.

—En el edificio de Limbo no hay nadie. —Caleb entró y se paró frente a Adam.

—Tú y Aileen debéis encontrar a mis sobrinos —murmuró enseñándole el dibujo de Nora—. Es el dibujo de mi Nora, tiene un don, como yo. Si hay un bosque con ciénagas y ciervos, tiene que ser el New Forest. Se dirigen allí.

Adam salió con la libreta en mano corriendo por la puerta, y Caleb y Aileen lo siguieron. Los vanirios se echaron a volar dirigiéndose al bosque de Inglaterra que se encontraba entre las áreas urbanas de Southampton y Bornemouth. Adam arrancó a correr como lo que era, un hombre deses-

perado, un animal con instintos protectores hacia los suyos. Iría mucho más rápido como un berserker que con el coche. Pensó en Ruth y le intentó transmitir calor a su compañera, pero no se habían anudado lo suficiente como para esa conexión tan profunda. Se sintió fatal por ello. Era culpa suya que las personas que amaba estuvieran en peligro. Él y su ceguera serían los culpables si a ellos les sucediera algo.

CAPÍTULO 29

Daanna se abrió la muñeca y le dio de beber a Gabriel. Seguía con los ojos abiertos y sin parpadear. Sus ojos azules oscuros miraban a un punto fijo en el techo. María y las sacerdotisas veían lo que la vaniria se negaba a reconocer. Gabriel había muerto y la sangre no entraba en su organismo. Daanna ya había hecho tres intercambios con él bebiendo de la sangre inerte de Gab.

Era una escena triste, muy triste. Las sacerdotisas rezaban en silencio por Gabriel, María se enjuagaba las lágrimas y negaba con la cabeza. Daanna lo zarandeaba, tenía los labios manchados de su sangre, los colmillos untados de su esencia y las dos muñecas abiertas, pero el humano no reaccionaba a ella.

Él era su amigo, la había hecho reír, le había mostrado la alegría de estar viva. Sabía que él estaba enamorado de ella, y ella se había sentido honrada por ello. Sentía agradecimiento hacia él. La había hecho bailar, le había contado chistes y anécdotas que le habían devuelto la sonrisa espontánea, la había tratado como una mujer, y, sin reservas, le había entregado su amistad. Daanna se levantó mirando el cuerpo de su amigo humano muerto, y luego se secó las lágrimas de un manotazo. Cuando se giró para encarar a las sacerdotisas, sus ojos verdes se quedaron fijos en Menw.

El vanirio llevaba una gorra negra. El pelo rubio se escondía debajo de ella. Estaba cubierto de pies a cabeza por ropa oscura, y el poco sol que le había dado en el cuerpo le había quemado la piel. Menw inclinó la cabeza hacia un lado y la observó detenidamente con sus ojos azules y claros, cada vez más claros. Había sentido el momento en el que Daanna, desesperada, había intercambiado su sangre con otro que no era él. Daanna estaba untada con la sangre de otro hombre. Un hombre muerto. No importaba si era Gabriel, daba igual que él estuviera ayudando a los clanes. Ella había bebido de otro cuerpo que no era el suyo. Sintió ganas de aullar, el corazón se le rompió en mil pedazos.

Daanna percibió su dolor y de repente sintió cómo la única puerta que permanecía abierta entre ellos dos, la del perdón, se cerraba para siempre. Habían pasado muchas cosas entre ellos, había pasado muchísimo tiempo de aquello, pero ahora, mirándose a los ojos el uno al otro, se abrían nuevas y antiguas heridas, y percibió físicamente como Menw se alejaba de ella definitivamente. Lo que ella había pedido antes hasta la saciedad ahora lo tenía, lo había conseguido. Pero no llegó esa liberación tan deseada y sí el vacío, también una pena profunda y deliberada, pero no la ansiada libertad.

—Menw...

—*Erg well er gwaeth. Er da new er drwg. Am byth*[48]*...*—proclamó con toda la frialdad de la que era capaz.

Daanna se quedó sin respiración y lo miró horrorizada. Menw había pronunciado los votos de matrimonio celtas. Como si ella y Gabriel se hubieran casado y hubieran cerrado el pacto con el ritual vanirio.

—Eso no es justo —gruñó ella.

—Ya no importa —contestó él encogiéndose de hombros.

—Él era mi amigo... y... no tiene importancia, tenía que hacerlo. — No importaba lo que dijera. Menw ya no la miraba con ningún respeto. —A ti te importó —le dijo él con voz peligrosa.

—No es lo mismo.

—¡No lo sabías! —el grito de Menw reventó los cristales de las estanterías de Adam—. ¡Nunca me lo preguntaste! Pero ya no importa — carraspeó y se serenó—. Ya se acabó. Gracias, mujer.

[48] Erg well er gwaeth. Er da new er drwg. Am byth: votos gaélicos del matrimonio. Se traducen como: En la salud y en la enfermedad. Para lo bueno y para lo malo. Para siempre.

A Daanna le tembló la barbilla y se mordió el interior de la mejilla con el colmillo para sentir otro tipo de dolor que no aquel tan duro y afilado que se clavaba en su alma. ¿Podía un corazón inmortal volverse helado de golpe? Daanna creyó que sí, porque el suyo dejó de latir. El hielo cristalizó a su alrededor.

—¿Gracias por qué?

—Por ser tan hipócrita. Por facilitarme las cosas. Por dejar que me vaya sin remordimientos. Se acabó el castigo para mí. Ya no miraré atrás nunca más.

La vaniria se clavó las uñas en las palmas. Las sacerdotisas se levantaron nerviosas ante tanta tensión. María estaba destrozada por la muerte del joven humano, pero la pena de Daanna también llegó a ella y la hundió todavía más.

—*Byth eto*[49] —repitió Menw dándole la espalda. Se cubrió del sol tanto como pudo y entró en el Cayenne. Las ruedas chirriaron y el coche de Menw desapareció por el camino cementado que daba a la casa de Adam.

Daanna arrancó a llorar como una niña y se dejó caer de rodillas al suelo. María, asombrada por el modo en que aquella mujer elegante y altiva se derrumbó, corrió a consolarla, sin entender nada de lo que allí había pasado.

Ruth consiguió alejar a los tres coches que la perseguían. Entró con su pequeño Roadstar dentro de un bosque que colindaba cerca de Southampton. Abrió la guantera y sacó una de esas riñoneras llena de todo tipo de productos que Menw había preparado para los clanes. A ella también le habían dado una. Cogió el desodorante, lo destapó, y roció a Liam y a Nora con el spray.

—¿Tú no te echas? —preguntó Liam preocupado.

—No. Yo tengo que despistarlos —dijo Ruth mirando por el retrovisor—. Venga, salgamos de aquí.

Nora se quedó parada y miró el lugar intentando recordar algo de su sueño. Sabía que ese lugar lo había visto antes.

—Vamos —les tomó de la mano y corrieron bosque a través.

Giró a la derecha y se encontró con una ciénaga. Los mosquitos revoloteaban sobre el agua, el sol alumbraba el estanque y un pequeño ciervo los miraba con curiosidad con las orejas levantadas en señal de alerta. Por lo visto no captó el peligro que ellos llevaban consigo ya que los ignoró completamente y siguió comiendo hierba.

Había un enorme tronco caído y hueco por dentro.

—Allí. —Los llevó hasta el tronco y los obligó a adentrarse en él—. No os mováis de aquí. Prometédmelo.

Liam y Nora la abrazaron con fuerza.

—¿Dónde vas a estar tú?

—Tengo que ocultarme lejos de vosotros. Si hay berserkers, lobeznos o vampiros con ellos mi olor les atraerá. Y si no, iré dejando un falso rastro detrás de mí. Les guiaré hasta donde yo quiero.

—Ten cuidado —le pidió Nora abrazándose a su cuello—. Quiero que te quedes con nosotros, Ruth. En nuestra casa. Con tío Adam, con Liam y conmigo. Te quiero, Ruth.

A Ruth se le llenaron los ojos de lágrimas. Puede que aquella fuera la última vez que viera a esos críos que habían entrado en su vida y en su corazón.

—Os quiero. —Los abrazó, les besó en la cabeza—. No salgáis de ahí hasta que yo vuelva.

Ella no iba a volver, lo sabía, pero les daría a esos niños el tiempo que ella ya no tenía. Corrió como una loca, los pulmones le quemaban por el esfuerzo que estaba haciendo, los músculos de las piernas le escocían. Corrió como jamás lo había hecho. Si supiera escalar árboles se ocultaría en la

[49] Byth eto: frase gaélica que significa “Nunca más”.

copa de uno de ellos y dispararía sus flechas desde allí. Pero ella no era la mujer pantera, ni era una berserker, no era inmortal, podría morir en cualquier momento. Sólo le quedaba una opción. Esconderse y verlos venir.

Vislumbró unas piedras de caliza blanca y grandes que estaban colocadas de manera estratégica, como piezas de ajedrez en el suelo. Se escondió tras una de ellas. Cerró los ojos.

—*¡Sylfingir!* —conjuró. Observó el arco que sólo ella podía tocar, y admiró la belleza del arma. La vida le había dado una oportunidad, la había hecho especial, y aunque al final la cogieran y todo saliera mal ella iba a hacer honor a esa credibilidad que habían dispuesto sobre su persona.

—¿Ruth?

Las manos de Ruth temblaron y todo su cuerpo se sacudió de miedo. No le asustaban los berserkers, ni los vampiros, ni siquiera Loki... lo único que podía asustarla de ese modo era la escalofriante voz de la paranoica de su madre.

—¿Cariño? —Su padre, un hombre canoso de unos sesenta años, estudiaba las piedras y buscaba entre ellas—. Sabemos que estás aquí. Te pueden oler.

Genial. Eso significaba que los acompañaban una de las dos ramas de guerreros inmortales. O los traidores o los mutados por Loki. Seguramente los dos.

Se dio la vuelta para observar con un ojo cuántos habían allí buscándola. Su madre seguía como siempre, alta, esbelta, pelirroja y con la cara de una muñeca de porcelana, igual de inexpresiva. Y su padre seguía igual. Igual de dominante. Alto, trajeado y con los ojos color whisky inspeccionando el bosque. Ellos eran los causantes de sus traumas infantiles y de todos los miedos que había desarrollado más tarde.

—Está allí. —Era Strike. Estaba muy desmejorado, por lo visto la flecha estaba haciendo estragos en él—. Traédmela.

Tres berserkers fueron a por ella. Ruth armó el arco con dos flechas y atravesó con ellas a dos de los que iban en su busca. El otro miró a sus dos compañeros, rugió transformándose y corrió hacia ella. El berserker la iba a coger, no podría hacer nada contra él. Pero sí que podía hacer algo por ella, por su bienestar emocional, por todas aquellas veces que no pudo hacerlo porque estaba indefensa.

Apuntó con dos flechas a sus padres, estaban demasiado separados, sólo podía darle a uno de ellos. ¿Quién? ¿Quién había infligido el dolor más grave? ¿Quién la había golpeado más?

Su madre. Rebecca Jones. La odió por no haber confiado en ella, por no haberla querido, por no haber protestado ni una vez en su nombre. Ruth siempre creyó en la sensibilidad de la mujer, en que realmente el sexo femenino era más emotivo y no tan dado a la maldad como el masculino. Su madre le demostró que la maldad no entendía de sexos. O eras un hija de puta o no lo eras. Y ella lo era. Disparó la flecha con toda la mala idea de la que fue capaz, antes de que el berserker la lanzara por los aires y ella se golpeara la cabeza contra un árbol. Oyó un terrible chasquido en el interior de su muslo.

Pero no la dejaron desmayarse. En seguida, el berserker la cargó sobre el hombro y una mujer despampanante y muy sexy le puso un botecito lleno de amoníaco bajo la nariz.

Lillian la agarró del pelo.

—¿Dónde están?

Ruth le escupió en la cara y Lillian la abofeteó partiéndole el labio.

—¡Rebecca! —gritaba su padre desconsolado—. ¡Le has dado en el estómago, hija de Satanás!

—No es tan malo ser hija tuya, pedazo de...

Otra bofetada, esta vez de Strike, le cruzó la cara. Ruth gimió. La echaron en el suelo, y rápidamente dos humanos más le ataron los pies y tensaron sus piernas atando los extremos de las cuerdas a dos estacas. Se pusieron alrededor de ella.

—Hagamos el ritual rápido —sugirió Lillian.

—Vosotros dos —les dijo Srike a dos lobeznos—, buscad a los mocosos, no pueden estar muy lejos. Tendrás que sacarme esto, Cazadora. —Se señaló la flecha iridiscente que atravesaba su hombro—. No puedo practicar el *seidr* con esto dentro. No puedo tocar mi vara con esto —miró el bastón que sostenía Lillian.

Ruth negó con la cabeza. Si Strike tomaba otra vez el maldito bastón, podría liberar de nuevo a las espectros. Strike agarró las manos de Ruth y la obligó a agarrar la flecha. Ruth las cerró fuertemente.

—Espera —lo detuvo Lillian. Con una mano presionó el muslo de Ruth y tocó el hueso roto. Ruth gritó con todas sus fuerzas. Se acercó a susurrarle al oído de Ruth—. Mataré a Adam rápido o lentamente, depende de cómo te portes. A ti puedo dejarte vivir, sólo si colaboras.

Ruth se echó a llorar pero negó con la cabeza. Alguien le puso un esparadrapo en la boca para que sus gritos no se oyeran.

—Esto te viene grande, Ruth. Él se siente decepcionado. Le has fallado. ¿Qué importa ya si colaboras o no? Nosotros podemos dejarte vivir. Podemos darte una vida inmortal. Loki puede hacerlo.

Ella negó con la cabeza.

—Ya. Entonces te diré cómo va a ir todo —dijo Lillian cubriéndose su larga melena rubia con la capucha—. Encontraremos a Liam y a Nora, mis nietos. Tendremos que matar a Nora porque ella tiene un don. Un don que por lo visto no sabéis cuál es, nosotros tampoco, pero Loki sí lo sabe, y la quiere muerta. Nosotros obedecemos a nuestro propio dios. Así que la mataremos. —Se sacó una daga de la túnica y jugó con la punta de la daga sobre el escote de Ruth—. Luego utilizaremos a Liam, porque es un buscador, ¿sabes? Loki nos dijo que él nos ayudaría con la llegada del *Ragnarök,* él nos dijo que Liam sabría dónde y cuándo se originaría. Cuando matamos a Sonja ya sabíamos esto, pero resultó que sólo murió ella ya que Adam mantuvo su cuerpo vivo hasta poder sacar a los gemelos.

El *sexir* nos dijo que debíamos esperar al tiempo adecuado para ir a por ellos de nuevo. La siguiente vez que fuimos en su busca tú te entrometiste, y por tu culpa esto se ha demorado. El destino puede cambiar según las fichas que participen en él. ¿No es sorprendente?

Ruth frunció el cejo. ¿Era eso lo que tenía que buscar Liam? ¿Un lugar?

—Los niños son muy importantes. Los dioses saben jugar sus bazas, y también tienen sus estrategias —dijo Strike rompiéndole la camiseta y desgarrando el sostén. Cogió la muñeca de Lillian y la colocó en el centro de su pecho—. Adelante.

Lillian asintió y agarró el mango del puñal con las dos manos.

—No me mires así. ¿Crees que soy una mala madre? ¿Una mala mujer? ¿Quién dijo que tener hijos la hace a una mejor persona? —le hizo una incisión ligera pero dolorosa en el pecho—. Yo no quería niños. Supongo que hay mujeres que nunca deberían usar su aparato reproductor aunque lo tengan en pleno funcionamiento. Ups, lo siento, se me ha ido la mano —continuó pasando un dedo por la herida de Ruth y disfrutó con su dolor—. Mira a tu madre. No fue difícil localizarla. En cuanto te vi a través del *sexir,* hicimos un hechizo para localizar a tu familia. Quería castigarlos por lo que hacías, quería castigarte a ti, pero resultó que tus padres han sido tu peor pesadilla desde que eras una niña. Entonces el destino empezó a hilar su manto. Loki quiso que fueran una de las parejas que se hospedaban en el edificio de Limbo. Entramos en contacto con ellos y les dijimos que te habíamos encontrado. ¿Sabes una cosa? —Se inclinó para susurrarle al oído, retirándole un pelo de la cara—. Ellos creen que el Demonio te ha poseído. Les dijimos que practicábamos exorcismos y en seguida se

unieron a nosotros. Quieren acabar contigo, y no les gustó nada que te alejaras y desaparecieras de su vista. ¿Te das cuenta de cómo es el destino, Cazadora? Te vienes a Inglaterra a vivir y resulta que tus padres ingleses están viviendo en Coldsall. —Agitó la cabeza muerta de la risa—. Qué ridículo tan grande has hecho. —Le cortó por puro placer debajo del ombligo y a Ruth se le distendieron los orificios de la nariz y dos lagrimones cayeron por las comisuras de sus ojos. Cómo dolía, ¡la Virgen!—. La cuestión es que yo nunca quise a mis hijos. Tu madre tampoco te quiso a ti. Yo no los quise porque no soy maternal. Tu madre no te quiso porque no aceptaba lo que tú eras. Margött nos ha sido de gran ayuda. Detecté que estaba obsesionada con Adam y la embauqué para que colaborara con nosotros. Ambas éramos iguales. Sólo queríamos el respeto y el título que te daba ser la pareja del chamán en el clan berserker. No quisimos ni a Nimho ni a Adam. Pero, tú sí quieres al tontito de mi hijo, ¿verdad? ¿Por qué lo quieres?

—Padre e hijo eran igual de soplapollas —soltó Strike poniendo los ojos en blanco—. ¿Sabes lo que te van a hacer tus padres? —se puso de cuclillas y levantó una parte de la camiseta desmadejada de Ruth. Miró su pecho y sonrió—. Muy bonitos, humana. Verás, tu padre te va a arrancar el corazón y se lo va a ofrecer a Loki. El espíritu de la Cazadora nunca más se reencarnará, pero para ello tiene que ser un humano quien lleve a cabo el sacrificio. Eso daría a entender a los dioses que la humanidad rechaza el don de la Cazadora y nunca más podría reencarnarse en el *Axitari.* Es el mensaje de Loki a Odín y los suyos. Lillian podrá seguir guiando a las almas hasta su ardid, y yo podré convocarlas y sacar a los espectros siempre que me plazca. El infierno en la tierra. *Ragnarök.*

—Mi hijo se arrepentirá de haberte confiado a sus sobrinos. Morirá creyendo que fuiste un error. Porque van a morir todos. Margött ya no lo podrá disfrutar, pobrecita, pero mejor, íbamos a matarles a los dos. Así son las cosas. El *sexir* nos lo ha dicho. Podemos ver el futuro: tenemos a la Cazadora en nuestras manos y también al chamán. Encontraremos a los gemelos y abriremos las puertas del *Ragnarök.* Adelante, Paul.

Strike y Lillian se apartaron y el padre de Ruth se arrodilló ante ella. Tomó la daga con las dos manos y miró a su hija como si fuera un trozo de carne transparente. Ruth no veía en él a ninguna figura especial. Sólo un donante de semen, eso era él para ella.

—Es algo que deberíamos haber hecho hace tiempo —dijo Paul—. Si te matamos a ti, matamos al Demonio y el nuevo amanecer llegará a la tierra. Dejemos que la nueva luz nos ilumine. —Cerró los ojos y clavó el puñal en el vientre de Ruth, por debajo del ombligo—.

Ruth abrió los ojos y un grito impronunciable resonó en su garganta. Le costaba respirar y sentía que habían atravesado sus órganos. Su padre giró el puñal y lo retorció, haciendo que Ruth se encorvará buscando una protección que no podría alcanzar.

—Esto por lo que has hecho a mi mujer —dijo con los ojos velados de sadismo—. Y ahora... —Alzó el puñal y con rabia clavó el puñal en el plexo de Ruth.

Ruth puso los ojos en blanco y sintió cómo se le escapaba la vida.

De repente el cuerpo de Paul, cayó a un lado en posición amorfa y su cabeza salió volando hacia otro. Un *oks* volador rasgó el cielo. Adam y Noah saltaron a por los lobeznos y Strike y Lillian corrieron a esconderse. Strike no podía desmaterializarse con la flecha de la Cazadora en su cuerpo y Lillian tampoco podía hacerlo sin el *Seidmadr* a su lado.

—¿Qué hacen aquí? —gritó ella aturdida. Miró a la Cazadora de reojo y corrió a acabar la faena que Paul no había hecho.

Noah arrinconó a Strike, y As mató a los otros dos humanos que intentaban huir.

—Os equivocasteis de bando —les dijo rompiéndoles el cuello.

Adam miró a Ruth, herida e indefensa, y dejó que el frenesí lo barriera. Se volvió loco. Se hizo más grande. El pelo le creció hasta la cintura, sus músculos explotaron, todo él estaba iluminado por una

bruma roja. Cogió a dos lobeznos que intentaban barrarle el paso y les atravesó los pechos con los puños. Les arrancó el corazón y los mordió para luego escupirlos al suelo. Tenía la cara salpicada de sangre. Vio cómo Lillian tomaba el puñal que seguía atravesado en su mujer y de un salto se encaramó sobre ella. Empujó a Lillian y la lanzó por los aires. Él la siguió y con la fuerza del impulso la agarró de la garganta y le atravesó el cuello con una de las ramas de los árboles. Le enseñó los dientes y mordió la carótida de su madre hasta desangrarla. Lillian lo miraba aterrorizada. ¿Ése era Adam?

—Hola, madre —le dijo en tono burlón—. ¿Sabías que soy vengativo? ¿No me esperabas?

Lillian negó con la cabeza, aturdida y asustada, con el cuello abierto y repleto de sangre.

—Ya ves. La Cazadora ha cambiado las cartas. Gracias a ella he podido encontrarte. Me hizo ver que Nora tenía sueños extraños y que los dibujaba en su libreta. Gracias a eso os he podido encontrar, os dibujó en este mismo bosque haciendo daño a Ruth, estaba en su libretita. Los gemelos están bien, a salvo, Caleb y Aileen cuidan de ellos. Y gracias a esos dibujos os he podido encontrar a vosotros. Nora os veía. Os encontraba en los sueños. Igual que hacía con Loki —gruñó—. Increíble, ¿verdad? La niña es un radar. Localiza a Loki y a los practicantes de *seidr.* —Hundió el puño en el pecho de Lillian y cerró la mano en torno a su corazón—. Gracias por darme la vida. Gracias por dársela a mi hermana. Gracias a ti, puede que Loki no gane esta batalla.

Lillian intentó articular algo, pero fue imposible. Adam le arrancó el corazón y lo mordió con los ojos amarillos echando chispas de odio hacia ella. Dejó el cuerpo de la mujer que le había dado a luz clavado en el árbol, sin vida.

Dio otro salto abismal y cayó de rodillas al lado de Ruth. La joven tenía el pelo caoba suelto a su alrededor, estaba desnuda de la parte de arriba y tenía un puñal clavado en el pecho y otra puñalada en el vientre, además de algunos cortes profundos y heridas aparatosas en la cara. Y su muslo... Adam aulló muerto de dolor. El dolor de su *kone* era el suyo. Arrancó el puñal de su piel y taponó la herida con su mano. Cubrió a Ruth como pudo, la desató y la cogió en brazos. El cuello de la muchacha colgaba hacia atrás, sus brazos a los lados sin vida bamboleaban de un lado al otro. Adam la apretó contra su torso y colocó su mejilla sobre su cabeza.

—Te tengo, gatita —le susurró—. Vas a ponerte bien.

El resto del mundo desapareció para él. Sólo le importaba ella. Ruth todavía respiraba, aunque débilmente. El poco *chi* que habían compartido podría salvarla o podría ser insuficiente. En las horas siguientes sabría si él había sido el culpable de la muerte de su compañera.

—Adam —dijo Noah reteniendo a un Strike sin fuerzas contra el árbol—. Adam, ¿qué quieres que haga con él? Es Strike.

Sí, era Strike. El berserker traidor. El brujo. El *seidmadr.* El que había conjurado a los espectros y quería crear el caos en la tierra.

—Hundió a tu padre —le recordó As, con la cabeza de un lobezno en la mano.

—No. Mi padre se hundió solo. —Ruth le había enseñado eso—. No aceptó que se había equivocado al elegir a Lillian. Se obcecó. Mátalo. Ni siquiera se merece mi venganza.

As asintió, orgulloso de Adam. Noah agarró su *oks* dorado y le cortó la cabeza a Strike.

—No me tengas rencor por esto —murmuró divertido pateando la cabeza de Strike como si fuera una pelota de rugby.

El bastón de los espectros cayó al suelo, pero antes de que la bola rebotara en él, As lo cogió en sus manos.

—Esto me lo llevo. Quiero saber qué tipo de bastón es éste. Puede que las sacerdotisas lo sepan.

—Oye, ¿y con la señora Jones? —le gritó Noah—. ¿Qué quieres que hagamos?

Adam se detuvo. Agarró su hacha y con paso metódico se dirigió a la mujer que no podía respirar del dolor que le producía la flecha en su estómago.

—Así que no pudiste evitarlo, ¿eh? —Adam miró a Ruth, que permanecía pálida e inconsciente—. Abra los ojos, desgraciada —gritó a la mujer del suelo.

Rebecca Jones intentó moverse, pero sufría demasiado como para hacerlo. Abrió los ojos a regañadientes.

—Usted, loca psicópata, ha hecho daño a mi compañera.

Rebecca negó con la cabeza, pero incluso ese movimiento la debilitaba.

—¿Sabes quién es tu hija?

—El... Demonio.

—No. Será quién ayude a salvar a la humanidad de personajes como tú. Tiene buena puntería, ¿verdad? Mi Ruth ahora no puede moverse.

—Está muerta.

No. Aquella palabra no constaba en el diccionario de Adam. Su Ruth no iba a morir. Ni hablar.

—No, señora. Pero tú sí. Y mueres muy rápido a mi parecer. —Alzó el *oks* y cortó la cabeza de Rebecca—. Nadie hace daño a mi *kone.* Nadie.

Adam se dio la vuelta con la joven que amaba con todo su corazón en brazos. As y Noah quemaron los cuerpos que allí se encontraban y luego utilizaron las cenizas como abono. Nadie diría que en el New Forest había sucedido una batalla entre seres inmortales. Ni que las piedras de ese lugar se habían utilizado para rituales de ningún tipo. Porque, ¿quién creería en ese tipo de cosas?

CAPÍTULO 30

Adam se encerró en su habitación con el cuerpo herido y desmadejado de Ruth en sus brazos. Menw había echado un vistazo a las heridas de la joven Cazadora. La chica vivía y todavía no entendían por qué, ya que su cuerpo había sido maltratado con severidad, pero daban gracias a los dioses por ello. El *chi* de Adam todavía la mantenía respirando, ésa era la verdad. Las horas siguientes serían críticas y sólo aptas para los corazones más resistentes. Menw tuvo que cerrarle las heridas del vientre, muy aparatosas. La puñalada en esa zona había sido muy delicada, y podría dejar muchas secuelas en Ruth. La puñalada en el plexo había partido parte del esternón, y había agujereado un pulmón. Le habían partido el fémur. Menw había hecho todo lo médicamente posible por ella. Cuando salió, Adam lo miró preocupado.

—¿Cómo está?

Menw se limpiaba las manos en un trapo blanco manchado de sangre, intentaba disimular que los colmillos le picaban a rabiar y que los ojos le cambiaban a un azul claro progresivo. Negó con la cabeza secamente. Era una lástima, para él la humana también era preciada.

Daanna y Aileen dieron un respingo ante su gesto. Aileen quiso entrar en la habitación pero Caleb la retuvo por los hombros.

—Esa chica va a a necesitar un milagro para salvarse —dijo el sanador—. Alguien podría darle su sangre desinteresadamente y puede que eso la ayudara a aguantar las siguientes horas, pero el intercambio implica vinculación —miró las muñecas vendadas de Daanna con absoluta indiferencia—. Muchos querrían vincularse con ella. Podríamos hacer un llamamiento y...

—¿Eres idiota, colmillos? —espetó Adam abalanzándose sobre él—. Ruth es mi compañera. Mía, ¿entendido? Yo cuidaré de ella.

—¿Cómo has hecho hasta ahora? —le dijo Menw con rabia, apartándolo de un empujón.

—Tiene que aguantar —susurró Aileen con la voz rota y afectada—. Tiene que hacerlo.

—Sólo necesita pasar esta noche y la siguiente, y será inmortal —contestó Adam apretando los puños.

—¿Tú le vas a ayudar a superar la transición? ¿La sostendrás antes de que muera? Porque, Adam, no lo digo para desanimarte, pero está muy débil, puede morir —le recordó Menw.

Aileen se giró, y hundió la cara en el pecho de Caleb. La abrazó embargado por la triste noticia.

—Ella también, no... por favor... ella también, no —lamentó Aileen. El berserker tragó saliva. Noah y As miraban pensativos a través de la ventana.

—No morirá —aseguró Daanna igual de asustada que la híbrida—. Ruth es más fuerte que todos nosotros juntos.

—Nosotros podemos darle nuestra energía. Lo que necesite, será para ella —le aseguró Noah.

—María y las sacerdotisas están reunidas, haciendo una cadena de irradiación para Ruth. Le transmitirán su apoyo y su energía.

Adam se acongojó y apretó la mandíbula. ¿Cuándo había sentido tanto calor? ¿Cuándo había oído tantos latidos de corazones funcionando sólo para ayudarlo? Porque era verdad que lo hacían por Ruth, pero si salvaban a su chica, lo salvaban a él. Por ella era que ahora respiraba. Todo eso lo había provocado Ruth. Su Cazadora despertaba lo mejor en los demás.

—Yo se la daré —asintió Adam—. ¿Ya puedo entrar?

Menw lo dejó pasar y se hizo a un lado, y luego miró a Caleb e ignoró a Daanna.

—¿Dónde está tu hermano Cahal? —preguntó el líder vanirio.

—Ni idea, Cal. Desde el Ministry que no sé nada de él. Su móvil está desconectado. No logro comunicarme con él mentalmente. Ha desaparecido.

Caleb se inquietó. Todos allí lo hicieron. Daanna dio un paso al frente. Menw estaba sufriendo por su hermano. Ambos eran uña y carne, siempre lo habían sido.

—No es propio de él. Ya sé que es un poco alocado pero siempre se ha comunicado conmigo, estuviera donde estuviese. Y mañana hará ya tres días que no sé nada de él.

—¿Alguna referencia?

—La última vez que lo vi se fue persiguiendo a una rubia que era un cañonazo —explicó Menw—. Es lo único que sé.

Daanna alzó una ceja y ese comentario le sentó como una patada en el estómago. ¿Qué era eso de «una rubia como un cañonazo»? ¿Desde cuándo Menw hablaba así? Nunca antes nombraba a otras mujeres, jamás delante de ella. No le gustó ni pizca.

—¿Ah, sí? —preguntó Daanna.

Menw la ignoró. Para él era como si no existiera, y eso enervó a la vaniria.

—Te estoy hablando.

—Ya me he dado cuenta. —La miró como si el cuerpo de Daanna fuera transparente.

Daanna sintió frío y dio un paso atrás. Aileen los observó a ambos y frunció el ceño.

—Me voy. No tengo nada más que hacer aquí —dijo el sanador tirando el trapo de sangre a la basura que había en el recibidor.

—Podrías quedarte apoyando moralmente a Adam —sugirió la vaniria con tono mordaz.

—No. Voy a apoyar moralmente al cadáver de Gabriel —contestó él igual de hiriente—. Hay que prepararlo. ¿Lo harás tú? ¿Acaso no eras su pareja?

Daanna palideció y se dio la vuelta para que nadie viera sus lágrimas. Ella era la amiga de Gabriel, no su novia, no su pareja. Lo que había hecho con él abajo había sido un intento desesperado por salvarle la vida, y sabía que, de haberlo conseguido, los daños colaterales habrían sido insalvables, pero no le importaba, porque aquel humano dulce y cariñoso la había liberado. Ahora él estaba muerto. Ella avergonzada. Y Menw... Menw no sentía nada. Era un bloque de hielo.

—Voy a tomar el aire —dijo ella sin convicción.

El sanador bajó las escaleras siguiendo a Daanna, y ella se giró para encararlo, pensando que podrían hablar, que tendrían su cara a cara como cuando las cosas se desmadraban entre ellos, pero ésta vez Menw la ignoró y pasó de largo.

La vaniria jamás se había sentido tan desgraciada. Ese comportamiento era nuevo en él, y también en ella. Que Menw la viera mordiendo a Gabriel y ofreciéndole su sangre la había afectado muchísimo. Cuando se encontró con sus ojos tan claros y azules deseó que se la tragara la tierra. Y ahora, a solas en el salón de Adam, se obligó a admitir la verdad a sí misma. Y la verdad era descarnada. Sólo por una vez, había intentado vengarse de Menw, haciendo lo que todos sabían que había hecho con otra mujer, una mujer que no había sido ella. Pero ahora se sentía mezquina y mala. Asqueada consigo misma porque ni siquiera aquel gesto había sido por Gabriel. Ella ya sabía que Gabriel no iba a sobrevivir, lo había hecho para saber lo que se sentía cuando se traiciona a alguien a quien se había jurado amar toda la vida.

Menw y ella eran ahora desconocidos. Fríos. Distantes. Llenos de dolor. Víctimas de su propio comportamiento. De su falta de misericordia y comprensión. Ambos eran animales heridos y culpables de su propia historia pasada, y había llegado el momento de romper con todo. De renunciar y alejarse. Menw lo había hecho ya.

Pero si eso era lo que ella anhelaba desde hacía siglos, esa paz mental y espiritual, saberse libre de ser perseguida por él... ¿por qué ahora que ya lo había logrado se sentía tan deprimida y tan muerta?

Adam se cubrió a sí mismo y a Ruth con la manta del chamán. Llenó la habitación de ollas hirviendo llenas de plantas medicinales con olor a menta, romero e incienso. Abrazó a su Cazadora y

la meció adelante y hacia atrás. Con su cuerpo la arropó, con su cántico la guiaba a través de las sombras, estuviera donde estuviese él la sacaría de allí. Con su canto *joik* evocaría a Ruth y la mantendría con él.

—Mi pequeña guerrera. —Besó sus labios pálidos—. Sé que te han hecho daño. Sé que yo no he podido evitarlo. No te merezco, preciosidad. ¿Por qué un hombre tan oscuro como yo recibe un rayo de sol como tú si no es para cuidarla y respetarla, honrarla y mimarla? Y yo no he hecho nada de eso contigo. —La besó en la frente.

Tararéo sus cánticos noales, hilando el alma inmortal de él con la de ella, uniéndolas, sosteniéndola con su propia vida, con su energía.

Ruth respiraba con mucha dificultad. Su piel se enfriaba pero él hacía por mantenerla caliente. La desnudó por completo, untó su cuerpo con cremas medicinales cuyos olores renovaban el alma. Masajeó sus piernas llenas de cardenales y heridas, ahora cosidas e intervenidas. Su fémur roto. Acarició su vientre hinchado y enrojecido por la cicatriz. Besó la cicatriz que lucía entre los pechos. El puñal había estado a punto de atravesar su frágil y mortal corazón. Un corazón tan valiente y puro que debía estar hecho de rayos de luz.

Después de ese ritual, la envolvió otra vez con la manta y la cogió en brazos para mecerla mientras seguía cantando. Se sentía desesperado, pero no perdía la esperanza en la fortaleza de su *reflekt.* Ruth tenía que vivir para reírse de él, para señalarlo y decirle que había caído de rodillas ante ella y que se había convertido en su esclavo eterno.

Amaba a esa mujer. ¿Cómo no hacerlo? El amor no era un sentimiento fácil de reconocer y menos para un hombre como él. Tampoco era algo que llegaba con facilidad. Pero aquella mujer con sus ojos dorados y su sonrisa revienta braguetas, lo había cazado. Lo había cazado de verdad.

Entonces recordó la profecía de su padre:

«En el séptimo aniversario de la muerte de la hija del *noaiti,* su hijo varón será cazado como lobo por una Eva disfrazada de Cazadora. Ella usará sus flechas envenenadas como Cupido. Ambos lucharán por el único poder que puede equilibrar la balanza entre el bien y el mal. De su lucha, sólo quedará uno. Y si no es así, los lobos nacerán muertos y los que vivan bailarán con el Diablo sumiendo al *Midgard* en la oscuridad.»

Ruth lo había cazado. Ella era la Cazadora. ¿Quién si no iba a poder conquistar su alma ofuscada? Sólo ella. Había usado sus flechas y él se había enamorado. El amor había sido un veneno para su padre, pero para él suponía la salvación. La lucha que habían tenido entre ambos no era otra que la de la supervivencia por no rendirse ante lo evidente, porque da miedo rendirse a ello, da miedo rendirse al amor. Una persona se pierde cuando se enamora. Eso fue lo que le pasó a su padre. Pero Adam y ella lucharon y pelearon por lo que sentían. Y de esa lucha sólo podría quedar uno. Adam y Ruth debían convertirse en uno para ganar esa pelea. Si ellos dos permanecían juntos, lo demás se arreglaría. Y así había sido. Adam había ido en su busca porque no quería perderla, esa jovencita era la dueña de su corazón, ¿cómo iba a dejarla huir? Estando juntos, al compartir el *chi,* al convertirse en uno, Adam recuperaba su don de profecía, se inspiraba, y el espíritu llegaba a él, aunque aún no le había hablado con claridad ya que para él, la visión recibida no podía ser real.

Ruth le había abierto los ojos respecto a sus sobrinos, y si no hubiera sido por sus indagaciones nunca habría sabido nada sobre los sueños de Liam y Nora. Así de estúpido había sido. Sólo una mujer inquisitiva y curiosa como ella podría lograrlo, y él la amaba por eso. La amaba por no haberse dejado doblegar ni por él, ni por su agresividad. La amaba por su frescura y la ternura que prodigaba como mujer, tanto con niños como con adultos. Ella era cariñosa, algo que a él le costaba aceptar porque no le gustaba tanto mimo indiscriminado. Pero así era ella. Y la amaba. Y no la podía perder.

—No te atrevas a rendirte, *katt.* Sé que me estás oyendo. Sé que te duele, sé cuánto estás luchando por salir a flote, pero si me dejas, si te vas, te llevarás toda la bondad que ha nacido en mí desde que te conozco. Y seré un puto monstruo, ¿me oyes?

La noche dejó paso al día. Ruth no mejoraba, respiraba muy superficialmente y a Adam se le rompía el corazón cada vez que miraba su carita pálida. Las venas azules se le transparentaban a través de los párpados. El berserker esperaba que ella abriera esos ojazos que tenía, le sonriera pícaramente y le dijera: «Eh, lobito, ya estoy aquí».

Pero la cosa empeoraba. El *chi* de Adam no era suficiente para mantenerla con vida. Así, pendiente de un hilo, todos esperaron la llegada de la última noche de Ruth. Esa noche, si Ruth seguía viva, el alma de la Cazadora pasaría a ser inmortal. Adam no había dejado entrar a nadie, necesitaba la máxima concentración para que su energía vital pasara a la de Ruth y le diera las fuerzas suficientes para pasar el trance de la inmortalidad.

—No te atrevas. No me desafíes, Ruth. Me iré contigo donde quiera que vayas y te sacaré de allí. Te lo he dicho muchas veces. Nunca desafíes a un berserker —le repetía, pero al ver que las horas pasaban y que Ruth seguía sin reaccionar, el ruego de Adam se volvió desesperado—. Ruth... no me dejes. No nos dejes. Tienes que despertarte para darme la lección que me merezco. Tienes que echarme en cara lo equivocado que he estado con Margött, lo equivocado que he estado respecto a tu capacidad para cuidar de mis sobrinos. Tienes que castigarme. Por favor, lucha. Si me pudieras ver ahora... —Se secó las lágrimas con la punta de los dedos—.

Seguro que te lo pensarías dos veces antes de abandonarme. Liam y Nora no hacen más que preguntar por ti. Están muy afectados, porque te quieren y quieren que te pongas bien. Tus amigos están al otro lado de la puerta demostrando los valores de la auténtica amistad, eres afortunada por tenerlos, somos afortunados —se corrigió—. ¿Y qué me dices de Gabriel? No se sentiría nada orgulloso si tú también te vas con él. Él murió defendiéndote, no lo jodas ahora.

Había visto el vídeo que grabaron sus cámaras. Ruth había peleado con Margött. La había visto sacar su arco y atravesar el cuerpo de la traidora berserker con diez flechas. Era una depredadora. Había aguantado el tipo, esperando el momento adecuado hasta que vio que Liam y Nora ya no corrían peligro. «¿Quién te crees que soy? ¿El jodido Robin Hood?», le había dicho una vez. Y luego había cortado la cabeza de Margött con el *oks* familiar. Demasiada mujer para él. Eso era Ruth. Entonces la besó en los labios y arrancó a llorar como un niño pequeño.

—Quédate aquí y hazlo por mí, aunque sé que no lo merezco, Ruth, pero hazlo por mí, *kone*...

Emergieron las lágrimas que no había derramado cuando su madre se había ido, las que no había derramado cuando su padre Nimho murió, las que faltaron por derramar cuando su hermana gemela Sonja se fue de su lado... ahora todas esas lágrimas que él se había guardado porque eran síntoma de debilidad, todas y cada una de ellas, rodaron por sus mejillas, y lo hicieron por Ruth. Empaparon la cara de la Cazadora y se secaron en su piel cetrina y sin vida.

El sol le daba en la cara, pero no notaba su ardor. Sólo la iluminaba. Una ligera brisa removió su vestido blanco y vaporoso, y varias flores de almendros, bailaban sobre su cabeza. Algunas acariciaban su piel distraídamente. Su larga melena caoba se agitó, pero ella se retiró los pelos de la cara para poder ver aquel trono de mármol blanco y jade que tenía enfrente. En él, una mujer de inconmensurable belleza reposaba con una pierna cruzada sobre la otra, y la estudiaba con la cabeza apoyada en una de sus manos. Su pelo era rubio platino, casi blanco, como el pelo de Noah, y lo tenía rizado. Llevaba un recogido alto, un moño un tanto exótico, y algunos de sus rizos rebeldes se escapaban de él y caían sobre sus hombros, hasta el canalillo de su vestido rojo y completamente transparente. Completamente.

La mujer la miraba con interés, de arriba abajo.

—Acércate —le dijo. Su voz era pura música celestial, pero sus ojos grises y brillantes eran peligrosos y amenazadores. ¿Cuántos años tendría? ¿Veinte? ¿Treinta? Era muy hermosa y también muy distante, demasiado joven para aquella muestra de poderío. Sin embargo, su mirada era muy sabia, mayor. Como si aquella chica de piernas larguísimas y piel marfileña, hubiera visto nacer al mundo tal y como lo conocemos.

Cuando Ruth se acercó a ella, las panteras más grandes que ella había visto en su vida salieron de detrás de su trono. Una se sentó a su lado y dejó que ella le acariciara la cabeza, la otra se estiró a sus pies, protegiéndola y mirando a Ruth con cara de aburrimiento.

—Mis gatitos no te harán nada. Ya han comido —puntualizó con una sonrisa lobuna.

Esa cara ya la había visto antes, o al menos una muy parecida. Nerthus. Nerthus se parecía a ella, o ella se parecía a Nerthus. Un momento. Aquella mujer de pelo rubio y aspecto inalcanzable estaba acompañada por dos «gatos» enormes. ¿De qué le sonaba?

—Soy Freyja, Cazadora —gruñó la diosa levantándose y acercándose a ella—. No sé por qué me esmero en dotar a mis apariciones de algo de teatralidad si luego nadie me reconoce.

—Ponte un cartelito —murmuró Ruth levantando la cabeza para mirarla—. Eres altísima.

—Soy una diosa —sonrió altiva.

—¿Dónde estoy?

—Estás en el *Sessrúmnir.*

—¿Dónde está eso?

Freyja alzó las comisuras de sus labios.

—Ya veo que tendré que explicártelo todo. Estás en el *Asgard,* en las tierras de Folkvang. Mis tierras. Éste es mi palacio, Sessrúmnir. En esta sala que tienes el honor de pisar acojo a todas aquellos hijos de Heimdall que han perecido en la guerra contra Loki y sus *jotuns.* En realidad me reparto las almas con Odín, pero las que son mías por derecho propio vienen directamente aquí.

En aquella sala no había paredes. Era una plataforma circular que levitaba en alguna parte del cosmos. Miles de estrellas flotaban a su alrededor y brillaban iluminando el cielo de tonos naranjas y pasteles, como si fuera un atardecer. Uno de los «gatitos» de Freyja bostezó y luego ocultó la cara entre sus enormes patas delanteras.

—Eres la hija de Nerthus. Freyja la Resplandeciente —entendió.

—Sí. Deseada por todo y todos, ni siquiera Odín se libra de mi influjo. —Y le guiñó un ojo.

—Pero no supiste retener a tu esposo Od, el único al que verdaderamente has amado —le recordó ella con frialdad.

—Mi madre me pidió que te salvara. Ella ya no puede hacerlo, has salido de su jurisdicción. Pero yo sí, así que no me cabrees y no hagas que cambie de parecer. No amo a Od. Él simplemente me dio en el orgullo — susurró con más pena de la que hubiera deseado mostrar.

—Claro, y te importaba tan poco que dotaste a los vanirios de una gran debilidad relacionada con sus parejas.

—Al contrario. Les he dado la oportunidad de encontrar el amor auténtico. El de verdad.

—Lo que tú digas. —A esas alturas, a Ruth ya no le importaba nada. Le daba igual que aquella belleza fuera la diosa más poderosa del panteón nórdico. Ella sólo quería dejar de sentir dolor. Lo único que recordaba era la puñalada de su padre, Paul—. ¿He muerto?

—Estás en medio de la transición. ¿Tanto te ha costado mantenerte viva durante una semana? —preguntó irritada—. Eran sólo siete noches, Ruth. Y vas y la medio palmas antes siquiera de alcanzar la sexta noche.

—¿Pero todavía sigo viva? —sus ojos ambarinos y cansados se llenaron de lágrimas.

—Sigues viva, porque hay un berserker que no deja de entregarte su *chi.* —Un brillo de admiración cruzó por sus ojos brumosos—. El *noaiti.* Así que he aprovechado para hablar contigo y darte una serie de directrices mientras él te mantiene en vida. Tendrás que vivir.

Ruth cerró los ojos y dos enormes lágrimas se deslizaron por su cara. Adam la estaba salvando. Después de todo, la estaba salvando. No había podido proteger a sus sobrinos, seguramente habría muerto mucha gente por su culpa. Sus instintos no estaban desarrollados para notar que Margött

estaba en el interior de su casa. Había fallado estrepitosamente. Lillian tenía razón, incluso la berserker traidora también la tenía. Adam no había fallado en sus reservas hacia ella. Se sentía tan mal que deseó morir. Y lo peor era que Gabriel podría haber muerto al protegerla, si Daanna no hubiera intercambiado su sangre con él. La sangre vaniria era poderosa y seguramente Gabriel ahora estaría mejor. Pero aquello no era una buena noticia. ¿Qué pasaría ahora entre Menw y Daanna? La vaniria la odiaría por haberla puesto en un compromiso como ese. Su amiga Aileen también, por no haber luchado ni haberse defendido tan bien como ella. Adam ya no la respetaría. Todos tenían razón respecto a su vulnerabilidad.

—¡No es tiempo de hacerse la víctima, Cazadora! —gritó la Diosa—. Ya te lamerás las heridas en otra ocasión, si todo va bien, tendrás la inmortalidad para hacerlo.

—¡¿Qué mierda quieres, entonces?! —gritó presa de la frustración y la decepción hacia sí misma.

—Cuidado, humana —siseó Freyja. Sus ojos se volvieron completamente negros.

—Ya no me asustas. Si me quisieras muerta me matarías, pero me necesitas —levantó la barbilla.

Freyja se serenó, para luego sonreír con autenticidad.

—Eres una atrevida.

—Ya no tengo nada que perder —se encogió de hombros.

—Si quieres mirarlo así, tú misma. Lo primero que debes hacer cuando despiertes es romper el bastón de los espectros. Ahora lo tiene As, pero Odín ya le ha dicho que debe entregártelo a ti porque eres la única que puede romper el cristal y liberar a las almas que han sido engañadas y apresadas por la magia *seidr.*

—Si no le hubieras enseñado el *seidr* a Loki, nada de esto habría pasado.

En un abrir y cerrar de ojos, Freyja agarró a Ruth de la barbilla y la levantó del suelo. Mientras la atravesaba con sus ojos de pozos negros e insondables, la mantuvo en vilo.

—¿Crees que sabía que era él? —le gritó—. No me pierdas el respeto o te haré pasar la eternidad en mi salón limpiando cada baldosa con la lengua. Eres una sacerdotisa, Ruth. No permito que ninguna de vosotras me hable mal, ¿me oyes? —le zarandeó—. Sí, Loki se hizo pasar por Odín, yo no vi el cambio. Somos poderosos pero también se nos puede engañar. Como a vosotros. Ese dios del Timo que tenéis manipulando vuestro planeta, es el engendro del mal y más vale que lo tengáis presente. Ya no vale mirar hacia atrás, lo que pasó, pasó. Ahora sólo queda luchar. —La bajó al suelo y la empujó.

Ruth estuvo a punto de caerse, pero en última instancia aguantó el equilibrio.

—Como te iba diciendo, romperás el bastón y abrirás un portal para que las almas regresen al origen. ¿Entendido? Pídeselo a As, es él quien lo tiene.

Ruth decidió apartar la rabia y la tristeza que la laceraba por dentro. Lo había intentado, y había fracasado. Ni siquiera pudo cuidar el don que le había dado Nerthus. La inmortalidad se le escapaba de las yemas de los dedos, y si no fuera por Adam, ya estaría muerta. ¿Cómo iba a mirarlo a la cara?

—¿As ha hablado con Odín? ¿Tiene contacto con los dioses? —preguntó frotándose la barbilla y acercándose a ella.

Freyja se sentó de nuevo en el trono y alzó una rubia ceja ante la pregunta.

—Por supuesto, pero sólo en ocasiones especiales. Es el líder del *comitatus.*

As los había engañado. El otro día, en el Dogstar, habían hablado sobre el abandono al que eran sometidos por parte de los dioses, pero ahora resultaba que As sí que tenía contacto, y nada más y nada menos que con Odín.

—¿Cuándo ha tenido contacto?

—Ésta es la cuarta vez que Odín se ha presentado ante él.

La Cazadora frunció el ceño.

—As nos ha mentido.

—Tiene sus motivos para deciros tal cosa. El primer contacto fue para entregarle el bastón del concilio. Dicho bastón serenaba los ánimos y animaba a dialogar entre los clanes, en vez de reventarse las cabezas los unos a los otros. Siempre que As iba con el bastón, se aseguraba un encuentro pacífico. La segunda vez... —Se frotó el labio con el dedo índice y mostró una sonrisa llena de secretos—. No te la diré. La tercera vez fue hace poco, después de la llegada de la sorprendente híbrida. Aileen ha resultado ser más poderosa que el bastón. Ah, y tampoco te diré para qué. Y la cuarta vez, fue antes de ayer.

—Estoy hasta aquí de vuestro secretismo. —Alzó la mano por encima de su cabeza—. No habláis claro. No lo hacéis. Y nos tenéis a todos pendiendo de un hilo muy fino en el que ya no sabemos quién tiene las tijeras para cortarlo, si vosotros o Loki. ¿El *Ragnarök?* —se mofó de la palabra—. Por supuesto que llegará. No tenemos ayuda.

—La tenéis. —Una manzana verde y brillante se materializó en la mano de Freyja—. Sólo tenéis que ver las señales, pero no repetiré lo mismo que te dijo mi madre. Hablarás con As y le pedirás que reúna a sus ejércitos.

—Lo estamos haciendo, pero por el momento...

Freyja capturó la mirada con la suya.

—No estoy hablando de vuestra poco fiable búsqueda informática —la cortó—. As ya sabe cómo hacerlo. Ya sabe a quién tiene que contactar para lograrlo. Ella es la única que puede conseguir reunirlos a todos, pero para que se despierte su don necesita hacer su pequeño sacrificio.

¿De qué estaba hablando Freyja? ¿Había alguien que podía contactar con los miembros de los clanes perdidos? ¿Cómo? ¿Y qué sacrificio debía hacer?

—¿Por qué no lo ha hecho antes? ¿Por qué no ha hablado con esa persona antes de que todo esto se volviera insostenible?

Freyja exhaló, como si aborreciera todas las preguntas que Ruth le hacía.

—Porque debe ser así. Tenemos las piezas distribuidas a placer, y sólo las accionamos y las ponemos en funcionamiento cuando es el momento adecuado. Como pasó contigo. Si llegas a despertarte antes, Loki te habría matado en un suspiro. Sufriste por un bien mayor. Esta persona también debe sufrir. No podía despertarse antes. Ahora, para hacerlo, tendrá que sacrificarse. Fue mi decisión. Cuando creamos a los vanirios, ofrecimos un don particular a cada uno de ellos, uno que se despierta sólo cuando se encuentra a la pareja de vida, a sus *cáraids,* la llaman ellos —sonrió saboreando la palabra gaélica en sus labios.

El cuerpo de la Cazadora rugió destilando odio.

—¿Cuánto más hay que sacrificar? ¿Cuánto, hasta que vosotros creáis que ya es suficiente? ¿Qué dones tienen?

—Ni ellos lo saben.

—¡Eres una manipuladora!

Freyja tuvo la osadía de estremecerse ante las palabras de Ruth. Se veía realmente afectada.

—Todos debemos hacer sacrificios para conseguir aquello que queremos. —Frotó las orejas de la pantera blanca que sentada a su lado parecía tan diosa como la propia Freyja—. Donde no hay sacrificio, no hay amor. Caleb dejó a un lado su odio y consiguió a Aileen. Aileen es el don del líder de los vanirios, el que le permite caminar bajo el sol. Los demás tendrán que encontrar sus dones, ¿no te parece? Dones que pueden estar en su interior, o dones que encontrarán en sus parejas. Pero nada es gratuito, Ruth. Tú lo sabes mejor que nadie. Ya has hecho tu propio sacrificio.

—¿Qué ha sido? ¿Fracasar y echar mi dignidad por tierra? ¿Ponerlos a todos en peligro?

—No te flageles, humana. No es tu estilo. Deberías tener la cara en alto. —Se levantó y con aire

más dulce le ofreció una manzana.

—No la quiero. —Ruth apartó la cara.

—No sólo te he hecho venir a mi palacio porque prácticamente te hayas inmolado ante tus padres, Strike, y Lillian. Tu sacrificio ha sido arriesgar tu propia vida en nombre de los demás. Arriesgar tu propio cuerpo, Ruth. Pero no sólo has hecho eso. Vienes de una familia que te tenía miedo. Tus padres no lo hicieron bien contigo. Hay un refrán que dice: «Mata a tus padres y serás libre». Por supuesto —puso los ojos en blanco—, se refiere a que tienes que enterrar todas aquellas enseñanzas y valores que ellos te dieron creyendo que eran verdaderos, porque están basados en sus experiencias y en sus valores, no en los tuyos propios. Ellos querían exorcizarte del demonio, pero tú te has exorcizado de ellos. Te has tomado el refrán al pie de la letra —sonrió divertida—. Literalmente. ¿Te sientes mal? Disparaste a tu madre.

Ruth no lo dudó al responder:

—No. Ni siquiera un poco.

—El *noañi* se cargó a tu madre. Mejor dicho, ella y tu padre perdieron la cabeza por él. ¿Tampoco te sienta mal?

—Si Adam estuviera aquí le daría un beso en la boca como señal de agradecimiento. No me siento mal, Freyja. Esas dos personas no eran nadie para mí. Sólo dolor y sufrimiento.

—Bien. Estaban locos. Sólo te dieron a luz, nada más. Tú te has liberado, has hecho el sacrificio. Los has matado, has acabado con ellos. Ahora te toca reencontrarte, Ruth. Y eres nuestra, eres de las nuestras. Estás en algo demasiado grande como para dudar de ello.

Freyja la miró de arriba abajo y fijó sus ojos, que de nuevo eran grises y extrañamente dulces, en su vientre.

—¿Qué es lo que no me dices?

—Tu padre te clavó un puñal en el vientre cuando sacrificaste tu cuerpo.

Ruth apretó los dientes al recordarlo.

—Sí.

—Cuando despiertes como inmortal, no podrás tener hijos, te será muy difícil concebir. Paul te hizo demasiado daño con ese puñal ritual —murmuró apesadumbrada.

Ruth palideció. ¿Cómo que no podía tener hijos? A ella... a ella le encantaban los niños. Quería tenerlos y quería tenerlos con Adam si alguna vez él la perdonaba por poner a Liam y a Nora en peligro. ¿Por qué se lo decía? Ruth se tapó la cara con las manos y arrancó a llorar. ¿Qué más podía pasarle?

Freyja puso una mano sobre su hombro, dándole consuelo.

—Haré una concesión contigo, Ruth. Ya has hecho tus propios sacrificios, no necesitas uno más.

La joven la miró entre los dedos abiertos.

—¿Qué... qué quieres decir?

—Que no soy tan bruja como crees. Prométeme que harás lo posible por ayudar a nuestra causa, que es también la vuestra. Dime que lucharás y ayudarás en cualquier momento que seas requerida. Y yo a cambio, te daré el don de la fertilidad.

Ruth recordó que Freyja era, entre otras muchas cosas, la Diosa de la Fertilidad.

—Y prométeme que guardarás el secreto que As te revelará cuando te entregue el bastón.

Ruth la miró a los ojos. Todo a cambio de algo, siempre, así eran los dioses. ¿Qué secreto?

—Lo prometo.

—La promesa de una sacerdotisa es inviolable.

Se inclinó hacia Ruth, le alzó la cara con ambas manos y la besó en los labios. Aquella mujer alta, magnética y rubia, le estaba dando un beso con la boca abierta. Aquello era un morreo en toda regla.

Cuando la soltó, Ruth tenía las mejillas rojas y los labios húmedos. Freyja sonrió, le pasó el pulgar por el labio inferior y luego se llevó el dedo a la boca.

—Los humanos sabéis bien. —Agarró la mano de Ruth y le puso la manzana brillante y apetitosa. Luego sonrió, dio media vuelta y se sentó en el trono—. Dale tres mordiscos y regresa a tu hogar, Cazadora. — Distraídamente acarició el cuello de la pantera y cerró los ojos como si le tocara hacer la siesta—. Ah, y por cierto: Me encantan las canciones de amor, así que espero que Adam elija una bien bonita para ti.

Ruth miró la manzana, luego a aquella impulsiva y algo alocada diosa, y mordió la fruta del pecado original tres veces.

Los rayos del sol del amanecer, bañaron la piel pálida y el cuerpo de la Cazadora. Abrió los ojos para descubrir que se encontraba en la habitación de Adam. Los retratos que había hecho de ella la miraban. En ese mural se veía enérgica y llena de vida y desafío, y ahora, se sentía vulnerable y débil, aunque sabía a ciencia cierta que ya era inmortal. No le dolía nada, al contrario, físicamente sabía que gozaba de una excelente salud. Intentó moverse, pero se vio enrollada en una manta llena de motivos rúnicos que le impedía tal objetivo. Alrededor, inciensos encendidos escampaban hilillos con su aroma, inundando la habitación. Estaba enrollada como si fuera un canelón. Dio varias vueltas sobre sí misma, como si se rebozara sobre la cama, y se zafó de aquella cárcel de piel y olor a hombre. A Adam. ¿Dónde estaba él? Se puso a temblar. No tenía ganas de enfrentarse a su mirada negra. No ahora, cuando había pasado tanto. Se levantó y se cubrió el cuerpo con la sábana de la cama.

No aguantaría que Adam la acusara de haberle fallado. De fracasar. Y sabía perfectamente que cuando se trataba de la seguridad de los pequeños, él se convertía en alguien sin escrúpulos. La destrozaría si ahora la increpaba con eso.

—Dios mío... —Aileen entró en la habitación arrastrando los pies lentamente, con sus ojos lilas completamente incrédulos y llenos de lágrimas—. Dios mío... ¡Ruth! —La híbrida se acercó a ella como si fuera un fantasma y la abrazó con fuerza—. ¿Estás viva? —sollozaba y no podía controlar el temblor de su barbilla.

Ruth se deshizo en un llanto desgarrador.

—Sí —susurró ella, abrazándose desesperada a su cuerpo—. Sí, estoy viva.

—¡Nunca más me hagas esto! ¡Nunca! —le gritó fervientemente entre hipidos y ruegos.

—Lo... lo siento... es que...

—Hay que avisarlos a todos —añadió frenética y con manos temblorosas—. Te dimos por muerta... Adam no quería enterrarte, no quería hacer nada contigo, no te sacaba de su habitación. Se peleó con As, con Caleb, con todos... no permitió a nadie que entrara a verte. —La tomó de la cara y tocó todo su cuerpo—. Y ahora soy yo la que tiene ganas de matarte. — Se echó a llorar de nuevo y volvió a abrazarla—. Idiota, pensé que también te había perdido. Y no lo podía aguantar. Han pasado dos días después de la última noche en la que debías convertirte en inmortal, Ruth. Todos hemos sufrido mucho.

Las manos de Ruth se quedaron inmóviles en la espalda de Aileen. Dos días. ¿Dos días? Procesó las palabras de su mejor amiga.

—¿Quién? ¿Pensaste que también me habías perdido? ¿A quién hemos perdido?—preguntó llena de miedo. Su mayor miedo era que a Adam le hubiera pasado algo, pero sabía que no podía ser ya que él la había sostenido y le había dado su *chi* para que ella viviera. ¿Liam y Nora? No, por favor, ellos no. Apartó a Aileen con desesperación.

Aileen se puso la mano sobre los labios y negó con la cabeza.

—Gab.

Lo primero que cruzó la mente de Ruth fue la camiseta que llevaba su amigo cuando arriesgó su vida por ella. No sabía por qué, pero era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera el mensaje que había en ella escrito. Miró a todos lados, le sudaron las manos y se sintió mareada.

Por su culpa. Gabriel, su querido amigo, había muerto por su culpa. Adam no estaba, no había permitido que la enterraran. La quería allí en su habitación, sin entierros dignos ni ofrendas a su alma. Seguramente la odiaba por ser tan inepta. No había estado a la altura. Entendería perfectamente que él no la perdonara, porque ni siquiera ella se perdonaba a sí misma.

—¿Dónde está Adam?

—Está meditando. Dijo que quería encontrar al espíritu. Tienes que verlo. Ese hombre está desesperado desde que...

—No. —Levantó su mano—. No, por favor. Sácame de aquí —rogó a su amiga, con la cara llena de derrota—. Sácame de aquí. No... no quiero que me vea. Necesito pensar, Aileen. Necesito hacerme fuerte.

Aileen la intentó tranquilizar.

—Ruth, tranquila... chist. —La cogió de la cara y la obligó a mirarla—. No sé lo que piensas ahora, pero sea lo que sea está mal...

Ruth le apartó las manos con rabia.

—¡No! Si eres mi amiga tienes que sacarme de aquí ahora y no dejar que él me vea así. No dejar... —entonces se tapó las manos con la cara y se derrumbó—. Estoy destrozada, Aileen. Dame cobijo, por favor. Ocúltame unos días. No quiero hablar con nadie.

Aileen lo hizo.

La muerte de Gabriel la había llenado de culpa a ella también, y ellas debían superar ese luto. Como fuera, pero debían hacerlo. Por ellas y por su amigo. Y luego, Ruth debía hablar con Adam cuando se encontrara más entera, porque el berserker se había vuelto loco desde que todos creyeron que ella había muerto.

CAPÍTULO 31

Una semana después...

No dormía desde hacía siete noches. No comía. No sonreía. No hablaba, excepto para dar órdenes. Adam se había encerrado en sí mismo y había decidido desfogar su energía en crear algo para que Ruth volviera a él. Algo superficial, que no podría equilibrar el daño que le había hecho, pero al menos podría templarla. Aquella mujer de ojos dorados que corría por su sangre como lava ardiente, lo abandonó. Y no podía culparla.

Por su culpa, por su dejadez, por su arrogancia, por creer que lo controlaba todo, su compañera había estado a punto de morir. Y él había muerto un poco debido a la impresión, al miedo de no volverla a ver. La mañana que Ruth lo había abandonado, sintió por una parte una profunda tristeza, pero su lado más cobarde experimentó alivio. Alivio por no tener que enfrentarse a su mirada reprobatoria. Si él hubiera sabido sobre Margött, si hubiera hablado antes con sus sobrinos... Habían tantos síes, tantas cosas mal elegidas. Y ella se las había señalado una a una.

Por Odín, la libreta de dibujos de Nora era increíble. En ella se reflejaban muchas de las cosas que habían pasado entre ellos. Incluso había el ataque en el Ministry, incluso había dibujado a Strike y a Lillian en el New Forest, con Ruth atada en el suelo. Gracias a eso él supo hacia donde tenía que dirigirse para salvarla.

Habían tantas cosas que había hecho mal. Tantas. Y las peores, las más hirientes, las había recibido Ruth. Ya no sabía cuántas veces había visto el vídeo en el que Ruth y Margött se enfrentaban.

¿Cómo no había percibido la ambición y la soberbia en los ojos de Margött? ¿Cómo no había visto lo dorada y bella que era Ruth a su lado? Ni punto de comparación. Y ahora la Cazadora los había abandonado.

Caleb habló con él. Él era el único que lo informaba sobre cómo estaba ella, ya que Ruth estaba en casa de la pareja.

—Necesita tiempo, Adam —le había dicho el vanirio en la puerta—. Ya sé que es difícil darle ese espacio, pero ella lo necesita. Han pasado muchas cosas.

—Sé que no quiere verme, y seguro que no me lo merezco, pero... Necesito verla, aunque sólo sea una vez.

—Lo siento, chamán —había contestado con pesar—. Deja que acepte lo que ha pasado y seguro que volverá a ti.

Volver a él. Ojalá volviera, aunque estuviera todo un año castigándolo, toda una eternidad haciéndole pagar las pérdidas que había sufrido en la semana que había pasado con él. Los gemelos querían que regresara Ruth, la adoraban y la necesitaban. Él la necesitaba para poder respirar sin aquella opresión asesina y asfixiante que sentía en el pecho. La amaba. Estaba listo y preparado para su amor.

Su ofrenda para conseguir su perdón ya estaba acabada. Miró orgulloso lo que había hecho para ella, sus manos estaban en cada esquina, en cada color, en cada matiz. Una semana trabajando con seres inmortales y poderosos obraban muchos milagros, y no tenía palabras para agradecerles la ayuda prestada. Eso sí que podía conseguirlo. Pero lo que él más anhelaba lo obligaba a arrodillarse y a redimirse por todo, lo obligaba a rogar perdón. Y por Ruth haría lo que fuera.

Por la tarde, enterrarían definitivamente a Gabriel y le harían la ceremonia mixta del adiós. Vanirios y berserkers estarían allí por el humano que los había estado ayudando. Ruth estaría allí. Y él también. Después de tanto dolor, de tantas heridas sin cicatrizar, de lágrimas derramadas, a lo mejor

algo hermoso como lo que él tenía preparado para ella podría suavizarla. Algo que ella valorara, algo que él también quería hacer para todos.

Se había cansado de darle tiempo, no era un hombre paciente, y no estaba acostumbrado a padecer los dolores del amor. Ruth había despertado al ser egoísta y carroñero que pedía «o todo o todo». Y su compañera tenía que responder.

Ruth estaba frente a la pira ceremonial de Gabriel. Lo habían cubierto con una gasa blanca, ya que su cuerpo se estaba descomponiendo. Noah le había explicado que solían mantener el cuerpo de los guerreros como máximo diez días, no sólo para rendirle el respeto y el tributo que se merecían, sino también para ver si algún dios reclamaba el cuerpo del guerrero y se lo llevaba a su reino para que luchara en su nombre. Nadie había ido en busca de su amigo, y eso la hería en lo más profundo. Gabriel podría valer como luchador, o como... simplemente como persona que uno desea tener al lado cuando se va a la guerra, a morir, porque Gab, con aquella pinta de principito grande que todos veían en él, era el hombre más leal y mejor compañero que uno podía llegar a tener. Con él nunca se estaba solo. Un orgullo en nombre de la amistad, eso era Gab. Se limpió las lágrimas de un manotazo. Aileen estaba a su lado, ambas cogidas de la mano. Lo iban a incinerar con todos los honores, pero todavía no había llegado la gente. Ellas necesitaban ese tiempo con Gab, lo necesitaban para hablar por última vez con él. Porque ahora estaban convencidos de que él escuchaba desde alguna parte.

El cuerpo grande y lleno de bondad de su amigo había requerido la construcción de una barca de madera igual de ancha y larga que él. El lugar estaba repleto de aceites aromáticos, flores para anular el olor del cuerpo y otras cosas ornamentales.

Era la primera vez que Ruth iba a visitar a Gabriel. No había reunido las fuerzas suficientes para hacerlo antes. Ella se culpaba de su muerte. Ahora tocaba una de las piedras que alzaba la barca, y las acariciaba con cariño como si fuera una extensión del cuerpo de su amigo.

—Todo esto es por mi culpa —susurró Aileen.

—¿Qué dices? —Ruth cerró los ojos con dolor.

—Todo.

—Tú no nos obligaste a seguirte hasta Inglaterra, Aileen. No tienes culpa de nada. Quítatelo de la cabeza. Y además, él se quedó aquí porque quiso. Él siempre fue libre de hacer lo que le daba la gana, y siempre lo hizo.

—¿Y si yo me quito ese sentimiento de culpa tú también lo harás? —le preguntó mirándola de reojo, con sus ojos lilas rojos de tanto llorar—. Sé que te estás inculpando. ¿Por qué no puedes aceptar que has sido una heroína? ¿Qué él lo ha sido? ¿Por qué has decidido castigarte por todo lo malo que ha pasado estos días? —replicó la híbrida furiosa con su amiga—.

—Aquel día vino a traerme el coche porque Adam le había pedido que lo hiciera. Vino y... y yo no supe defenderlo. —Se le cerró la garganta—. No tuvo en cuenta que aunque Margött era una mujer, también era una berserker y la fuerza que tienen es descomunal comparada con la nuestra.

Cuando le vi le indiqué con la cabeza que no se acercara, pero, ¿a quién hacía caso Gab? A no ser que le controlaran la mente... Él decía que estaba fuerte, que iba mucho al gimnasio —susurró sonriendo con tristeza—, pero sus músculos eran insuficientes para... —Meneó la cabeza y las lágrimas volvieron a correr por su cara—. Aileen... estoy muy perdida. Duele demasiado. Mira dónde estamos.

Aileen pasó un brazo por encima de Ruth y la abrazó.

—Sí, ya veo donde estamos. Delante de la tumba de nuestro Gab. Nuestro chico se va con todos los honores. Es curioso que alguien que ha estudiado durante toda la vida las tradiciones y la historia de la mitología escandinava se vaya de aquí según sus rituales. Rodeado del apoyo de los clanes de los Vanir y los Aesir.

Ambas lloraron en silencio. Gabriel había sido débil, pero feroz.

—No es curioso, es el destino. Gabriel es un muerto en la batalla — dijo la voz de As tras ellas—. Ahora es uno de los nuestros. Un guerrero.

—¡Eso lo habría hecho sentirse orgulloso si estuviera vivo! —gritó Ruth encarándose a As.

—En la guerra entre el Bien y el Mal muere gente, Cazadora. Esto no es una serie, ni una película... es de verdad. Es nuestra realidad y deberías hacerte a la idea. Por otra parte, me alegro de verte.

—Me hago a la idea, pero eso no hace que me duela menos —le espetó—. Y sí, ya he vuelto de mi retiro espiritual —contestó cínica—. Yo no me alegro tanto de verte, As. Tú y yo tenemos una conversación pendiente.

As la miró con interés y algo de incomodidad.

—Entonces supongo que ya sabes lo que te toca hacer. ¿Cuándo lo harás?

—Después de la despedida de Gab —anunció ella. Ya sabía que As debía entregarle el bastón para romperlo y liberar a las almas. Y también sabía que tarde o temprano hablarían claro ella y él.

—¿Y después te dignarás a hablar con Adam?

Adam. No dormía, no comía pensando en él. Todo su cuerpo lo necesitaba. Se moría de ganas de hablarle, pero tenía miedo de la reacción de él al verla. Tenía miedo de muchas cosas y todas relacionadas con el rechazo, pero ya se había cansado. Si Adam decidía darle puerta y era su decisión, allá él. Si decidía herirla de algún modo por poner en peligro a sus sobrinos, ella también lo reprendería.

La muerte de Gab la había vuelto un poco dura.

—Lo intentaré —musitó ella tirando una flor dentro de la barca de Gabriel.

Todos estaban en la ceremonia de despedida. Todos. Vanirios, berserkers y sacerdotisas. Los vanirios iban vestidos con sus ropas de guerra, las caras pintadas como hacían los antiguos celtas que iban a la batalla. Ellos llevaban el pelo recogido y las mujeres el pelo suelto y lleno de flores rojas. Cahal seguía sin aparecer y se le echaba muy en falta. ¿Qué había pasado con él? Los vanirios vestían en riguroso negro. Los berserkers habían clavado sus *oks* en la tierra y habían traído también los escudos. También vestían de negro, con aquellas ropas holgadas que necesitaban para luchar y transformarse. Las sacerdotisas vestían de rojo, con largas telas de seda transparente y vaporosas a su alrededor.

Adam admiraba la capacidad de convocatoria que había tenido el entierro de Gab, y lo entendió, porque era un buen tipo y siempre había ayudado cuando se le necesitaba. Sin embargo, nada de aquello le afectaba. No le importaba ver cómo Aileen se acercaba a la pira, recorría el pasillo creado por los guerreros de ambos clanes, y alzada por Caleb, dejaba en el interior del ataúd un diario de apuntes de mitología escandinava. Era el diario de su amigo.

—Gab... No te imaginas el vacío que dejas en nosotras, en todos — susurró Aileen poniendo una mano sobre la barca.

Caleb colocó su mano enorme sobre la de ella y besó a Aileen en la frente.

—Gabriel luchó por su lema, su razón de ser.

Aileen agachó la cabeza, y desmoronándose se apoyó en el hombro de Caleb. Observó la barca y se culpó por todo.

—No, mi vida —gruñó Cal con pasión—. No es tu culpa. Los guerreros vamos a la batalla sabiendo que podemos morir en ella. Gab lo sabía, lo supo cuando se lanzó contra Margött. Y lo hizo por Ruth y por ti. Sin sacrificio, Aileen, no hay amistad verdadera.

Adam escuchó con atención las palabras de Caleb y le dio la razón. El verdadero amigo, el compañero leal, es el que hace sacrificios en nombre de la amistad. Los humanos etiquetaban a los amigos con facilidad, y era un error que cometían a la ligera, cuando decían que un amigo es quien

comparte un momento sin hacer ningún tipo de sacrificio. Pero ni el discurso emotivo de Caleb y Aileen llegó a su corazón.

Tampoco escuchaba la voz increíble de María cantando su versión de Westlife *I'll see you again* junto con algunos vanirios que se unieron a su voz en coro, entre ellos, Daanna. Aquella princesa había perdido la luz de su mirada verde esperanza. La vaniria parecía estar sufriendo un calvario. Adam miró a Menw. Aquél ya no era el sanador. Era alguien frío y cada día más salvaje, más incontrolable, como un león a punto de salir de su jaula. La tensión entre ellos no era buena para nadie.

I'll see you again/ I'm lost when I'm missing you like crazy/ I tell myself I am so blessed/ To have had you in my life, my life[50]

Sabía que a Gabriel le habían puesto una moneda en cada ojo, como pago para el barquero. Sabía que As le había dado un *oks,* y Caleb un puñal distintivo de los celtas vanirios. Despedían a Gab con todos los honores.

Pero nada de eso le importó, hasta que vio a Ruth.

Su mujer. Toda vestida de rojo e increíblemente hermosa, la Cazadora ahora inspiraba un respeto profundo, y también, algo de frialdad. Se había adelgazado y lucía cansada. Cuando el espíritu le había mostrado la visión pensó que se trataba del entierro de Ruth. La estampa era exacta a lo que él vio, y sin embargo, no se trataba de ella. Los dos clanes hermanados le decían adiós al humano. A Gabriel.

Adam no podía apartar la mirada de aquella belleza vestida de rojo, como una auténtica sacerdotisa, como lo que era. En un mundo lleno de variables, ella era la constante. Ambos se habían alejado sólo para darse tiempo, un tiempo que les había faltado antes. Pero ahora el tiempo había dejado claras muchas cosas, y la más especial de las revelaciones era saber que él ya no podía vivir sin ella. Nunca. Jamás.

Y después de aquella ceremonia se lo demostraría.

Ruth besó un marco de fotos mientras caminaba sola a través del pasillo. Lo acarició con la yema de los dedos, con tanto cariño que todos allí lo sintieron..

—Gab... somos nosotros tres. Los tres mosqueteros. —Sonrió, mirando la barca donde estaba el cuerpo de su mejor amigo—. Te entrego esta foto para que nos recuerdes. Yo... no sé lo que te vas a encontrar una vez cruces la línea, pero quiero que sepas que te estaré esperando para guiarte. Ya sabes que soy la Cazadora, y... —tragó saliva acongojada—, no te dejaré solo. —Se secó las lágrimas con la mano—. Eres el amigo más leal y bueno que he podido tener nunca. Gracias. Gracias por todo. Si te sientes desorientado al ver la foto, recuerda que soy la del pelo rojo —sollozó e hipó—. Siempre te llevaré en mi corazón, amigo mío. Siempre.

Miró hacia atrás, y Noah se acercó para alzarla y levantarla. Ruth dejó el marco sobre el pecho de Gab y se abrazó a Noah, y entonces soñó que era Adam quien la mecía y le daba su fuerza. Él estaba ahí. En ese pasillo. No había querido mirarlo porque, de haberlo hecho, se habría desmoronado. Liam y Nora estaban vestiditos de negro y cogidos de las manos de las sacerdotisas, los dos mirándola con los ojos húmedos y brillantes. *Brave,* el *huskie* de Aileen y Caleb, lamía tímidamente la mano de Nora, y a su manera también decía adiós a su amigo Gab. Y entonces sus ojos miraron a Adam, vio algo en los topacios del *noaiti.* Vio un anhelo desnudo y sincero, como si quisiera quitarle el puesto a Noah. Ella se apartó un poco de Noah, dejando claro que aceptaba el calor del berserker porque era el que estaba allí.

[50] Te veré otra vez/Me pierdo y enloquezco echándote de menos/ Me digo a mí mismo que he sido bendecido/Por haberte tenido en mi vida.

Tuvo ganas de correr hacia su chamán y lanzarse a sus brazos. Él era el que podía abrazarla como realmente necesitaba. Pero no sabía si era un buen momento. Y tampoco estaba segura de que Adam la acogiera.

—¡Hoy despedimos a un hijo de Heimdall! —gritó As—. Gabriel no sólo era un humano, era una persona que, sin ser inmortal, arriesgó su vida por uno de los nuestros. Gab nos ha enseñado que no podemos tener recelos hacia aquellos que protegemos. El mundo está lleno de humanos buenos y malos, el Bien y el Mal están en todas partes, conviven en nosotros. Sólo debemos decidir de qué lado estamos. Es lo que nos diferencia entre la luz y la oscuridad, nuestras propias decisiones. Él —señaló la pira—, ya lo ha decidido. ¿Cuántos humanos más lo harán? ¿Cuántos de los que descubran quiénes somos decidirán ayudarnos y luchar a nuestro lado? ¿Cuántos nos temerán y nos tomarán por lo que no somos? No lo sabemos. —Entrelazó las manos con María— Pero Gabriel nos ha dado esperanza. Por lo tanto, Odín —gritó al cielo—, ¡ahí va uno de los nuestros! *¡Dette er sonnen min*[51]*!* ¡Trátalo como si lo fuera! ¡¿Me oyes?!

Aileen tomó de la mano a Ruth, respiraron entre hipidos y lágrimas, cogieron cada una una antorcha y, sin titubear, quemaron la pira de Gabriel.

La madera ardió, las llamas se alzaban furiosas hacia el cielo. Todos allí reunidos olieron las flores y la madera quemada. María alzó la voz y renovó el canto, todo los que conocían la canción se unieron a ella, incluso Ruth a quien no le salía la voz.

You 're gone noto, gone but not forgotten/ I can 't say this to your face/ But I knoto you hear/ I'll see you again/You never really left/ I feel you toalk beside me/I knoto I'll see you again[52]

Los berserkers rezaron por el alma del humano y por que fuera aceptado en el Valhall. Otros, como las sacerdotisas, esperaron por una dulce reencarnación a manos de la diosa Nerthus, y los vanirios desearon que si Odín y Freyja no se llevaban a Gab, que fuera Morgana entonces quien lo aceptara en Avalon como el valiente guerrero que había sido. Ruth y Aileen sólo esperaban que fuera a donde fuera, Gab encontrara su lugar.

Noah se acercó a remover mejor las piedras y la madera para que el fuego prendiera con más fuerza, y de repente un rayo de luz cegador procedente del cielo cayó sobre la barca donde estaba el cuerpo de Gab. El berserker miró hacia arriba, y un cuerpo de mujer descendió sobre él. Noah abrió los ojos, y de entre las llamas avistó a un ángel vengador. Llevaba un peinado corto y moderno, supersexy, su pelo era castaño oscuro con reflejos rubios. Tenía unos ojos marrones chocolate que traspasaban el alma, pintados con una raya negra muy pronunciada. Su nariz era fina e insolente, y su boca... los labios de aquella mujer eran... muy apetecibles, parecía que reclamaran un beso. Un momento, tenía las orejas ligeramente puntiagudas, como los elfos. La mujer le mantuvo la mirada, y Noah se perdió un poco y quedó atrapado en ella. Ella quiso desviar la mirada pero él no la dejó, sus ojos amarillos se clavaron en su cara. Entonces la chica sonrió, y no era una sonrisa cualquiera, era una sonrisa de yo-a-ti-te-conozco-de-algo. Noah sintió los dedos ateridos y cómo flaqueaban sus rodillas. Ella alzó una ceja y se inclinó a recoger el cuerpo de Gabriel. Con él en brazos, volvió a mirar a Noah.

—*Hvem er du*[53]*?* —preguntó repasándolo con los ojos.

—*Jeg heter Noah*[54]*.*

[51] Dette er sonnen min: frase noruega que significa "Es un hijo mío".

[52] Te has ido ahora pero no serás olvidado/ No puedo decírtelo a la cara/ pero sé que estás escuchando/Te veré otra vez/ nunca te has ido realmente/ Siento que caminas a mi lado/ Te veré otra vez.

[53] Hvem er du? : en noruego significa ¿"Quién eres"?

[54] Jeg heter Noah: en noruego significa "Mi nombre es Noah"

La chica, que parecía toda una guerrera, con un body negro y metálico, hombreras acabadas en punta y una cantidad ingente de puñales por todo su cuerpo, lo miró de arriba abajo y frunció el ceño.

—*Noah...* —repitió estremeciéndose—. *Jeg liker det*[55]*.*

—*Hva heter du*[56]*?*—le preguntó él.

—*Nanna.* Y sé que también te gusta.

Sin dejar de mirarlo dejó que el cuerpo de Gab y el de ella se rociaran con el rayo de luz, y entonces ambos levitaron como si fuera una abducción. Ella en ningún momento rompió el contacto visual con el berserker, hasta que desaparecieron entre las nubes.

Ruth desencajó la mandíbula para mirar perpleja como aquella mujer se llevaba en brazos a Gabriel. La gasa del cuerpo de Gab resbaló de su cuerpo y cayó a la pira. Gabriel pesaba el triple que aquella chica menuda, pero parecía cargarlo sin ningún problema. Se fijó en los ojos cerrados de su amigo, en las monedas que llevaba en los ojos, en las manazas pálidas que caían muertas a ambos lados de su cuerpo. Lo habían vestido como si fuera un berserker. De repente su piel empezó a recuperar el color, su pelo rizado y largo brilló como el sol, y todo él se iluminó.

Noah meneó la cabeza para salir de aquella visión. La gente a su alrededor gritaba excitada y señalaba al cielo, entre vítores y gritos jubilosos. *Brave* ladraba y daba saltos alrededor de la pira de Gab, As meneaba la cabeza incrédulo, y Caleb se llevaba las manos a la cabeza mientras Aileen daba saltos de alegría y se lanzaba a sus brazos. Caleb voló con ella siguiendo el rayo.

—¡Noah! —Lo empujó Ruth alterada, sin acabar de creer lo que había visto—. ¡Reacciona! ¿Por qué has dejado que esa mujer se lo llevara? — Volvió a empujarlo.

Noah tomó de las muñecas a Ruth, echó una última mirada al cielo y le dijo:

—Esa mujer es una valkyria. Se ha llevado a Gabriel al *Valhall.*

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Ruth —. ¿Es... una buena noticia? ¿Lo es? —Lo zarandeó.

Caleb y Aileen aterrizaron a su lado. Ya no había rastro ni de la valkyria ni de Gabriel. Habían desaparecido como si nunca se hubieran materializado delante de ellos.

—Pues no estoy seguro —Noah se frotó la nuca.

—¿Por qué no estás seguro? —Ruth miró la barca que todavía ardía—.

—Porque... ni puta idea, Cazadora. Sólo se me ocurre que alguna valkyria lo haya reclamado para sí. En todo caso estará bien cuidado. —Se dio media vuelta y se fue enfurruñado, mirando hacia arriba de vez en cuando.

—¿Qué le pasa? —preguntó Aileen frunciendo el cejo.

—Sólo está aturdido —contestó As mirando comprensivo a Noah—. Puede que volvamos a ver a Gabriel. Creo que Odín lo quiere en sus filas.

—O Freyja —susurró Ruth—. Ella se reparte a los guerreros muertos en las batallas con él.

—No —sonrió el *leder*—. No estamos para hacer concesiones. Éste se lo lleva Odín. —Se giró y besó a María—. Seguro.

—Gab se lo merece —apoyó la sacerdotisa—. Me alegro por él.

Ruth se quedó de piedra. Alzó los ojos al cielo. Empezaban a salir las primeras estrellas. Una valkyria se había llevado a su amigo. ¿Aquello era bueno? De repente Aileen la abrazó y ambas lloraron de alegría. Puede que volvieran a ver a Gabriel, transformado en... en lo que fuera, eso ya no importaba. Lo importante era saber que lo habían tomado para algo.

[55] Jeg liker dat: en noruego significa: “Me gusta”

[56] Hva heter du? : en noruego significa: “¿Cómo te llamas tú?”

Sintió unos brazos pequeños que se cogían a sus piernas y miró hacia abajo. Cuando vio una cabecita morena y otra rubia abrazándola y sonriéndola, se derrumbó. Se arrodilló y abrazó a Liam y a Nora con toda la fuerza de la que era capaz.

—Te echamos de menos, Ruth —dijo Nora besándola en la mejilla—. ¿Por qué ya no vienes a casa?

—¿Es por nosotros? —preguntó Liam—. ¿Es porque nos portamos mal el último día que nos vimos? Te hicimos caso, no nos movimos del tronco.

Dios. ¿Por qué esos niños eran tan adorables? Sabía que no se habían movido de allí, y que Aileen y Caleb los habían encontrado gracias al dibujo que estaba haciendo Nora mientras ella recogía la cocina. Los echaba de menos. Echaba de menos ver sus caritas llenas de aceptación. Ellos nunca tuvieron problemas con ella, al contrario, la acogieron como una más. Los reparos siempre habían sido de Adam.

—Nunca. Jamás será vuestra culpa. Sois tan buenos y os quiero tanto... —Los abrazó. «Y quiero tanto a vuestro tío que me da miedo descubrir que él no me quiera del mismo modo», pensó.

—Nosotros a ti también, queremos que vuelvas. Que vuelvas a la escuela. Y tío Adam quiere que vuelvas. Y...

Las mujeres berserkers por fin se habían animado a llevar a sus pequeños a la escuela de Aileen. Y ahora había más niños con los que tratar. Rise se había recuperado de sus lesiones, y Aileen la había animado a que las ayudara. Ruth volvería en cuanto dejara de sentir apego y cariño incondicional por esos gemelos, porque era verlos o pensar en ellos, y conjuraba el rostro de Adam en su cabeza. Y dolía pensar en él y no poder tenerlo.

—Liam.

La voz de Adam hizo que ella se levantara de golpe. Se obligó a actuar con naturalidad.

Adam mantuvo la mirada de la joven atrapada en la suya, y no le dio cuartel. Se emborrachó de su cara y de sus ojos. Ruth carraspeó.

—Hola —le dijo él.

—Hola — «Abrázame. Bésame. ¿No ves que te necesito?», susurraba su cabeza.

Adam dio dos pasos hacia ella y ella se echó a temblar. Dios mío, estaba más delgado, y tenía ojeras. Vestía con aquella ropa de capoeira... Y... y ella se moría por sus huesos, y perecía por su corazón.

—Ruth —As se acercó a ella y saludó a Adam y a los niños—. Lamento interrumpir, pero tienes que hacer tu trabajo.

—Lo sé. ¿Ahora?

—Sí —le ofreció el bastón—. No puedes demorarlo más.

Ruth miró a Adam de reojo y asintió. Se colocó al lado de la pira que todavía ardía, y golpeó la bola de cristal rojo contra las piedras. Ella se quedó en el centro y abrió los brazos. A su espalda se abrió un portal que irradiaba luz y que absorbía el fuego de la pira.—Volved a casa —urgió a las almas —. Sois libres.

Miles de bolas de luz flotaron y se dirigieron al portal, como si fueran luciérnagas. Ruth sintió el agradecimiento de todas aquellas entidades, sintió incluso el alma de la última Cazadora, cómo pasaba y la rozaba. También la de Limbo, ansiosa por ir hacia la luz. Percibió los cánticos, el cariño que había en el otro lado. Los espectros se desintegraban al entrar en esa dimensión, y las almas flotaban y levitaban mecidas con cariño, como polillas hacia la luz debido a la energía del portal. Lloró por la libertad y la paz que les habían privado y que ella, desinteresadamente, les ofrecía ahora.

De repente sintió una mano sobre el hombro, y se encontró con Sonja, que estaba cogida de la mano de un hombre que le sacaba tres cabezas y que era muy hermoso si a una le gustaban los highlanders morenos.

—Éste es mi marido —dijo abrazándose a él—. Akon.

Akon hizo una reverencia con la cabeza a Ruth.

—Gracias a ti puedo regresar con mi mujer, y puedo ver a mis hijos — Alzó la cabeza y sonrió a Adam y a los niños.

Los tres, emocionados, alzaron las manos en gesto de saludo. Liam era el vivo reflejo de su padre. Los ojos del pequeño se llenaron de emoción y de respeto por él, y Akon sintió el amor de ellos, iluminándole e inflándole como un globo.

—¿Queréis despediros de ellos? —preguntó Ruth.

—No puedo despedirme más veces —explicó Sonja afectada—. No puedo soportar otra más. Ya lo hice la última vez. Y además, el portal se cerrará en poco tiempo. No quiero entristecerlos, y prefiero que ellos se queden con la imagen de su padre y su madre yéndose juntos. Además — la miró llena de gratitud—, sé que no pueden estar en mejores manos que las tuyas. Mi hermano también lo sabe. Vosotros seréis sus verdaderos padres, los que les enseñéis y les deis todo lo que necesitan.

Ruth también quería creer eso, pero Adam era imprevisible y había tenido tantos reparos en confiar en ella que todavía se sentía escocida por eso. Con los días, había visto que ella hizo todo lo que pudo por proteger a Liam y a Nora, y que lo que importaba era el esfuerzo y la intención, y si él no veía eso, entonces dejaría de quererlo. Aunque le costara.

—Habla con él, Cazadora. Dejad de haceros daño. —Le acarició la cara—. Ni siquiera los inmortales tenemos todo el tiempo que creemos.

Ruth sintió la electricidad en su mejilla. Sí, hablaría con él, aunque sólo fuera para oír su voz calmante.

—Sonja.

—¿Sí?

Ruth miró el portal lleno de luz y voces angelicales. Era impresionante.

—¿Qué se siente?

Sonja alzó las comisuras de los labios y levantó la cara en dirección al portal.

—La muerte es la siguiente aventura —dijo ella—. Sólo es un cambio de estado. Adiós, *nonne.*

Sonja y Akon alzaron la mano por última vez despidiéndose a lo lejos de los niños y de Adam. Se abrazaron, y entraron en el portal besándose. Tras ellos, el portal desapareció y el bosque quedó en silencio. Cuando se dio la vuelta, Adam, Liam y Nora ya no estaban. Ruth hundió los hombros con tristeza y decidió que si el berseker no iba a hablar con ella, ella daría ese paso. Estaba harta de esperarlo, harta de esa tensión. Tenían que decirse las cosas a la cara antes de hacerse más daño.

CAPÍTULO 32

La ceremonia de despedida había tenido lugar en el Tótem, así que se alzó el vestido y corrió hacia la mansión vanguardista del berserker, que no estaba muy lejos de allí. Cuando llegó ni siquiera estaba cansada, sólo nerviosa. Recordó lo sucedido hacía once días en esa misma entrada, y miró al suelo, por si todavía habían manchas de sangre. Pero no. Era como si allí no hubiera pasado nada. Al contrario. El jardín estaba iluminado por unos focos suaves y la entrada de esa casa parecía más encantadora que nunca. Puede que ella lo viera así porque había visto con sus propios ojos como una valkyria había descendido a la tierra para recoger el cuerpo de su amigo. Un amigo que iba a vivir, aunque de otro modo. La violenta muerte de Gabriel había sido suavizada al verlo volar por los aires con aquella chica tan bonita y tan fuerte. De repente todo parecía un poco mejor.

Presionó el timbre de la puerta. Al menos, Adam todavía la aceptaba en su casa y las alarmas no saltaban. El Hummer estaba en el aparcamiento, así que él debía de estar allí. ¿Dónde sino?

—¿Cazadora? —dijo una voz ronca a su espalda.

Ruth dio un brinco y se giró para encararlo. Adam estaba a un centímetro de su cuerpo, su pecho rozaba su torso. El berserker se veía torturado y nervioso. Ella estaba que no se sostenía en pie. Se apartó de él para coger espacio, pero Adam colocó un brazo contra la puerta, sobre su hombro, y le prohibió el paso.

—No, Ruth. Ya me has abandonado una vez y si vuelves a apartarte ahora, con ésta ya serán dos veces que te alejas de mí, y no sé cuánto más podré soportar que me dejes de lado. ¿Vas a huir de mí otra vez?

Ruth alzó la barbilla y lo miró a los ojos.

—Pensaba secuestrarte esta noche, de hecho Liam y Nora se han ido con las sacerdotisas, a dormir a casa de Aileen. Ella y Caleb me han dado el visto bueno, están de mi parte, me han tenido que ver muy mal.

—¿Por qué estás mal? —Estudió sus largas pestañas negras, su *piercing* de ónix negro y sus hombros anchos que podían intimidar o podían dar seguridad. Ambas cosas.

—No estoy acostumbrado a que me abandonen. No estoy acostumbrado a llorar cada puta noche porque tú no estás conmigo, y además me revienta saber que por mi puta culpa ya no quieres estarlo.

—No hables tan mal. Eso no es...

—Cállate —gruñó aplastándola contra la puerta y fijando su mirada en la boca de Ruth—. ¡¿Qué crees que significa que seas mi compañera?! ¿Eh? —gritó.

—¡No me grites!

—¿Es que estás ciega, Ruth? —Se obligó a tranquilizarse y de repente pareció muy cansado—. *Kone...* sé que me odias, pero no tanto como yo me odio a mí mismo. Sé que por mi culpa Margött te puso en peligro, sé que no supe protegerte —murmuró afectado—, y sé que, debido a mí, dejé que te hicieran daño. Y estuviste a punto de morir... —La voz ronca y atormentada—. Gabriel murió haciendo lo que yo debería haber hecho.

—Adam... —dijo sorprendida.

—Sé que ya no quieres estar conmigo, pero... pero si me dejas, cariño... yo haré todo lo que esté en mi mano para que nunca más quieras marcharte. No me dejes, por favor. Soy bruto, arrogante y he sido ciego contigo. Déjame resarcirte. Déjame curar cada herida que te haya podido infligir.

—Adam... —susurró Ruth incrédula ante lo que estaba viendo.

—No tienes que decir nada. Sólo déjame... amarte —pidió desesperado—. Déjame cuidar de ti... seré tu esclavo. Sólo viviré por ti y me aseguraré de que puedas quererme de nuevo, más de lo que

podías quererme antes. —Hundió los dedos en la puerta, arrinconando a Ruth en una cárcel de músculo, piel y arrepentimiento—. Y si no puedes, yo tengo amor suficiente para los dos.

—Pero, Adam... —murmuró con los ojos llenos de lágrimas—. Yo no...

—Te necesito. Necesito que estés conmigo. Te necesito en mi vida. Te necesitamos. Déjame arreglarlo todo.

—Pero...

—No, por favor... sólo... déjame... —Puso los dedos sobre los labios de Ruth y se inclinó a rozarlos con los suyos—. Te lo ruego... sólo... — rozó sus labios de nuevo, pidiéndole permiso con ese gesto para besarla como él quería. Gimió como si la boca de ella fuera un calmante.

Ruth pensó que se moría al ser el objeto de tanta dulzura y de tanta sensibilidad. No se esperaba eso. ¿Adam se echaba la culpa? ¿Él?

—Adam —dijo sin resuello sobre su boca—. Déjame que...

—No —suplicó él abrazándola y alzándola para besarla con más comodidad—. No digas nada, ahora no... Ruth, me estoy muriendo sin ti.

Entonces la besó de verdad. Abrió su boca agresivamente y metió la lengua dentro de la suya. Arrasando con todo, hundiendo una mano en su pelo y cerrándola. Ruth sintió pequeños alfilerazos de dolor en el cuero cabelludo, pero les dio la bienvenida. Cerró los ojos y rodeó el cuello de Adam con los brazos. Adam abrió la puerta y la cerró con el talón, apoyándose luego en ella y dejando reposar su espalda.

Hundió la cara en su cuello y la besó en su marca, una marca que apenas se veía ya, pero él se esforzó en marcarla de nuevo con los dientes y los labios. Ruth gimió y echó el cuello hacia atrás.

Estaba pasando. Volvía a estar en los brazos de Adam.

Lo agarró de la cabeza y lo obligó a que dejara de besarla. Se miraron fijamente el uno al otro, respirando agitadamente.

—Adam, yo no...

Él gruñó y atacó su boca de nuevo. Succionó sus labios y la llevó en brazos a la habitación superior. Su habitación.

Ruth se sintió mareada por la avalancha que suponía Adam atacándola de aquella manera tan desesperada. ¿Es que no la iba a dejar hablar?

La subió a la cama y la dejó de pie en ella. Entonces le arrancó el vestido, desgarrándolo de arriba abajo. Ella dio un gritito sorprendido, pero se calmó cuando Adam la tomó de las caderas, la acercó a él y hundió su cara en su pecho, mientras la abrazaba con ternura y se calmaba progresivamente. Le quitó las braguitas rojas con suavidad, obligándose a ser suave, besando cada parte expuesta de su cuerpo. Desabrochó su sostén del mismo color y se quedó desnuda por completo ante él.

—Ggggrrrrrr... —dijo él.

Ella sonrió enternecida, cautiva de su deseo. Los gruñidos era un segundo vocabulario del berserker.

—Adam...

—Ruth —la detuvo él quitándose la camiseta y los pantalones y quedándose tan desnudo como ella—. ¿No ves lo que intento decirte? ¿No ves, *kone,* que no puedo perderte? No me digas que no me quieres, porque hace algo más de una semana me querías. No puede ser que ese sentimiento se haya muerto... Entiendo que huyeras de mí, ¿por qué ibas a querer estar conmigo después de todo lo que te he causado?

A Ruth se le llenaron los ojos de lágrimas. ¿Cómo iba a decirle que ya no lo quería? Si lo había pasado tan mal precisamente por lo mucho que lo amaba. Se acercó a él, lo tomó de la cara y acarició

sus pómulos con los pulgares. Él la miró entre sus pestañas negras y tembló. Tembló sólo por esa caricia tan nimia.

Ruth se inclinó y lo besó en la boca, acariciándole el cuello, los hombros, el pecho.

—Dios... Adam... ven aquí. —Lo besó con más profundidad y dejó que la pasión del *noaiti* los arrasara a ambos.

Adam se subió a la cama de rodillas y se sentó sobre sus talones. Su erección apuntaba hacia arriba y sobrepasaba su ombligo. La tomó de la mano y la invitó a que se sentara a horcajadas encima de él. Sus ojos relucían como dos rubíes y sus colmillos habían estallado en su boca.

—Así. —La tomó de las nalgas y la alzó un poco hasta sentir como la punta roma de su erección tanteaba su entrada—. Mírame, amor.

Ruth no pudo obviar ni la palabra cariñosa ni la orden. Adam la alzó poco a poco y la penetró con suavidad. Ella ya estaba húmeda y necesitada de su toque, de todo lo que él era. Él la controló tomándola de las caderas y haciéndola descender cuando él quería.

—Ruth... *kone...* —gimió enterrando su cara en su cuello—. Me muero sin ti... devuélveme la vida... —se enterró profundamente en ella. Ruth gritó y dejó caer la cabeza hacia atrás.

—*Er det vondt?*

Adam la mantuvo en su lugar por las caderas, y se quedó quieto para que ella se acostumbrara a él.

—¿Te duele, *katt?* Lo siento. —Se meció a dentro y afuera—. Me imaginé este momento, todo lo que hubiera querido decirte... pero te veo... y se me olvida todo. —La penetró con fuerza y la tumbó en la cama. Se colocó encima de ella, como un vikingo conquistador—. Gatita...

—Adam, tienes que escucharme...

—Eres la mujer más valiente e increíble que he conocido en mi vida. —Movió las caderas hacia delante y tomó la cara de Ruth entre las manos.

La besó—. He visto el vídeo que grabaron las cámaras, unas cien veces. Se te ve ahí, manteniendo el tipo con ferocidad, protegiendo a mis sobrinos, Ruth —gimió y la embistió con más fuerza, uniendo su frente a la de ella—. Ábrete, ábrete más.

Ruth abrió las piernas y rodeó la cintura de Adam con ellas.

—Oh, sí... así... No me sueltes. —La besó—. Y luego aparece Gabriel y tú vengas su muerte como una amazona. Parecías una valkyria, como la que hemos visto hoy en la ceremonia de Gab. No sé cómo pude dudar de ti en lo que a protección se refiere. Parecías una loba defendiendo a sus cachorros.

Ruth se echó a llorar y quiso desviar la mirada, pero él no la dejó.

—Eh, nena, estoy aquí. —Adam, con sus ojos insondables, se clavó en su mirada dorada y en su cuerpo—. Déjame verte. ¿Cómo sabré si te gusta lo que te digo, pequeña?

—Adam, no sigas...

—¿Por qué no? —Volvió a besar sus mejillas y recogió sus lágrimas con los labios—. Veo el vídeo y me pasan dos cosas. El corazón se me va a salir del pecho porque te veo a ti haciendo lo que yo debería haber hecho, y luego, me miro la polla y la tengo tan dura que creo que me va a reventar. ¿Soy bruto hablando? Es tu culpa. Eso lo haces tú. —Aceleró el movimiento de las caderas—. Tú disparas mi corazón y revolucionas mis hormonas. Nadie me había preparado para ti, Ruth. Nadie. Creía saber muchas cosas sobre la vida, incluso sobre mí mismo. Creí que me conocía y llegué a pensar que podía vivir sin amor, que el respeto era suficiente. Pero entraste en mi vida, mejor dicho, yo te obligué a entrar, y ahora lo que no concibo es vivir sin ti, Ruth. Prefiero que me quieras, *katt*. Prefiero que me digas que me amas antes que recibir tu frío respeto, ¿entiendes? Somos compañeros, sé que estás decepcionada conmigo por haberte hecho pasar malos ratos, estás

anudada a mí, vinculada a mi alma. Tú eres mi reflejo y yo soy el tuyo. ¿Qué vemos cuando nos miramos en el espejo? Yo veo abandono. ¿Te sientes abandonada por mí? —le preguntó él hincándose más adentro de su cuerpo—. Yo me quedo contigo, amor, pero no me abandones tú a mí. No lo hagas más. Por favor, te suplico que te quedes conmigo, que me des una oportunidad.

Ruth quería gritar. Adam estaba dentro de su cuerpo, en el interior de su alma, alrededor de su corazón.

Pensaba que estabas enfadado conmigo —confesó ella finalmente—. Creí que... que te había decepcionado y que querrías dejarme por haber puesto en peligro a los niños, Adam —lo decía sin parar de llorar. Ruth se apartó las lágrimas con el dorso de las manos, pero él se las colocó por encima de la cabeza y entrelazó sus dedos con los de ella, mientras se quedaba inmóvil en su interior, escuchando con incredulidad y atención todo lo que ella le decía—. Sabía que pensabas que yo no valía para hacerme cargo de ellos. Ya me lo habías dicho otras veces. Y cuando Gabriel murió en manos de Margött, y los niños estuvieron a punto de correr el mismo peligro... pensé que... nunca perdonarías eso. No soy berserker. No soy fuerte físicamente, yo...

—¡No! —Juntó su frente a la de ella—. Perdóname por todo eso que te dije. Yo... Estuvieron a punto de acabar con tu vida por proteger a los niños. ¿Cómo crees que puedo pensar que...? Porque he sido un cretino desde el principio, claro. —Se odió por haber sido así con ella.

—Cuando regresé, cuando volví a la vida y tú no estabas, yo pensé que no querías estar conmigo, creí que te avergonzabas de mí. No tenía ninguna barca preparada para mí, y no permitías que nadie viniera a verme. Así que pensé... que te había decepcionado o que...

—¡Joder! —Hundió la cara en el hombro de Ruth—. No. No, no fue así. Habían pasado dos días sólo desde que debías haber hecho la conversión. Todos creían que habías muerto, pero yo no. Tú no puedes morir. Yo lo sabría cuando lo hicieras, porque mi corazón está atado al tuyo de tal manera que si tu pecho dejaba de palpitar, el mío lo haría al instante. Hubiera estado todo un mes contigo, intentando hacerte revivir, dándote mi *chi...* Eres mi reflejo, nena. Mía. Yo no quería aceptar que te habías ido.

—Gracias. Gracias por darme tu *chi,* por...

—Mi *chi* es tuyo por derecho, *katt.* Yo pensé que te habías ido porque por fin habías abierto los ojos y te habías dado cuenta de que era un hijo de puta por el que no valía la pena luchar.

Ruth negó con la cabeza.

—Adam —susurró hundiendo la cara en su hombro—, no podía soportar vivir sabiendo que tú me odiabas o me despreciabas o no me valorabas. Quería irme para lamer mis heridas. Pero hoy, al verte allí con Liam y Nora a tu lado, sólo quise... quería hablar contigo y hacer lo posible por recuperar tu respeto. Pero también quería gritarte, Adam. Porque hice todo lo posible, luché por ellos, luché por ti. —Levantó la barbilla orgullosa—. Y si no veías eso, yo...

—Chist. Tú tienes mi respeto. El que lo ha perdido soy yo. —Empezó a moverse con más ritmo y más brío—. Pero si te entrego mi corazón... ¿tú lo aceptarás? Ruth... prométeme que te quedarás aquí conmigo... prométeme que... —Adam la besó y no paró de hacerlo hasta que se corrió en su interior. Ruth lo apretó con las piernas y movió las caderas alcanzando el éxtasis al mismo tiempo.

Sus cuerpos se iluminaron, sus sabores se mezclaron hasta sentirlo en las papilas gustativas. Y entonces, Adam echó la cabeza hacia atrás y sus ojos rojos se volvieron completamente blancos y luminosos. Abrió la boca asombrado.

Ruth se asustó y lo tomó de la cara. ¿Qué les pasaba? Estaban rodeados de luz y de energía. Y entonces lo sintió. Sintió al espíritu, una voz eléctrica y femenina que hablaba claramente a Adam.

Adam parpadeó con los ojos blancos y miró a Ruth mientras escuchaba atentamente todo lo que decía la voz.

Soy Skuld. La voz de profecía, la voz que habla antes del día.

Dos almas iguales y puras están en el *Midgard.* Dos brújulas. Él descubrirá la fractura por donde se abrirán las puertas del *Ragnarök.* Los *jotuns* de ahí saldrán. Ella puede ver donde se encuentra el dios jotun. Cuidadlos, son vuestra salvación. Cuidarlos es vuestra obligación.

Llegó el momento de que la *velge* despierte de su letargo, sólo si deja atrás su dolor. En la batalla final, una alma no-nata podrá escudar al *Midgard,* sólo si se aceptan los dones y los errores.

El amor y el perdón abrirán los ojos a las almas heridas, y el humano conocedor de vuestro mundo se pondrá de vuestro lado. Sólo si el *magiker* expulsa el veneno que hay replegado en su corazón.

El dios dorado regresará y con él en tierra llegará la venganza, sólo si los pecados de los padres son perdonados.

Morirán muchos. Vivirán los justos.

Recordad que la luz sólo brilla en la oscuridad.

Llegó el momento de la redención y la rendición. Aunque nadie lo crea, sólo los valientes se arrodillan.

La *völva* dejó de hablar, y Adam recuperó el color negro de sus ojos.

Tragó saliva y se pasó la lengua por los labios.

—Ruth... —murmuró mirándola con más pasión de la que se creía merecedora—. Me ha hablado Skuld, la voz del futuro. Una de las tres que profetizaron el *Ragnaruk.* Hay... una nueva profecía... ¿La has oído?

Ruth se mordió los labios y sonrió.

—La he oído. Estoy conectada a ti.

—Puede que... puede que haya una posibilidad... puede que los dioses sí estén de nuestro lado. —La levantó de la cama y la abrazó sosteniéndola contra su cuerpo. La miró fijamente—. Ya sé quiénes son las almas puras.

—Yo también —aseguró ella emocionada—. Liam y Nora.

—Sí. Nora decía que en sus sueños aparecía un señor y que le daba mucho miedo, es Loki. Ella lo detecta. No es Loki quien la persigue, es ella quien va en busca de él. Tenemos que hablar con nuestra niña, y enseñarla a controlar sus sueños. Gracias a ella te encontré con un círculo de piedras alrededor. En su libreta tenía un dibujo con Strike y Lillian en el New Forest y tú atada en el suelo. Nos sirvieron de guía. —Exhaló maravillado por el descubrimiento—. Nora puede detectar a los practicantes de *Seidr,* ¿y quién es el mayor practicante de todos?

—¿Además de Freyja? —Levantó una ceja malvada—. Loki.

—Exacto. Tendremos que cuidar mucho a nuestra rubia, ¿de acuerdo? Ruth asintió. Tenía un nudo en la garganta, la incluía en la familia. Había dicho que Nora era de ellos. «Nuestra».

—Y Liam es la otra brújula —susurró con la mirada perdida—. Enséñame las libretas de Liam y Nora. Quiero ver lo que dibujó la última vez que estuve aquí.

—Ven. —La tomó de la mano y desnudos, a oscuras, como si fueran ladrones se dirigieron a las habitaciones de los niños. Adam estaba como en una nube, y aunque sabía que no había oído ninguna palabra de amor por parte de Ruth, ella estaba más accesible. Él tampoco se la había dicho, pero lo haría. Abrió los cajones de las mesitas de noche del pequeño—. Mira, es esto.

Ruth tomó el dibujo que Liam ya había pegado con esmero en su libreta.

—Mira —señaló el dibujo—. La bola que él ha dibujado bajo sus pies es de color azul y verde. Es la Tierra. —Golpeó el papel orgullosa de su descubrimiento—. Ha dibujado incluso los continentes de color verde y el océano de color azul.

—Liam hace viajes astrales y se queda suspendido en el cosmos. Observa la Tierra —murmuró incrédulo—. Es increíble.

—¡Sí! ¿Ves? Mira, aquí. Hay chispitas más claras por todo el planeta, como luces, como...

—Portales.

—¡Exacto! —exclamó sonriendo—. ¿Qué te ha dicho la *vulva?* Ha dicho algo sobre... sobre fracturas... Liam puede detectar donde se abrirá. En qué lugar, y si lo sabemos podemos estar preparados para detenerlo, o como mínimo podemos estar listos para luchar. —Y alzó los brazos en símbolo de victoria.

A Adam dejó de latirle el corazón. ¿Podía tener tanta suerte? ¿Realmente Ruth estaba ahí con él, gloriosamente desnuda? Los dioses estaban jugando una partida maestra, había mucho que perder, pero tenían sus golpes secretos, como la Cazadora. La abrazó y la besó.

—Debíamos ser uno, ¿ves? Así puedo recibir al espíritu. Por eso me decía que todavía no, que me quedaba poco para recibirlo de nuevo, que no estaba completo. —Le dio otro beso arrebatador y como un niño con un juguete nuevo dio vueltas sobre sí mismo con ella en brazos—. Tenía que rendirme a ti definitivamente. Tú me completas. Mi preciosa *kone,* vístete, quiero enseñarte algo. Quiero enseñarte por qué no he venido antes a por ti. —La besó en los labios.

—Vale, pero ahora no me sueltes o me caeré redonda al suelo. —Apoyó la cabeza en su hombro y suspiró cansada.

Adam echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

Ruth no se podía creer que aquella noche que se suponía iba a ser realmente triste, una noche de pérdidas y de lágrimas, resultara una noche de perdón, confesiones, y sentimientos encontrados. Una noche donde las almas se desnudaban.

Adam la ayudó a apearse del coche. La noche era muy cerrada, las estrellas bailaban y refulgían. Ruth se había puesto un vestido negro que le llegaba por encima de las rodillas y unas zapatillas que se ataban a los tobillos y tenían un poco de tacón. Lucía como una mujer feliz, satisfecha y saciada. Vamos, que quien la viera diría: «A ésta le han dado un buen revolcón». Pero eso no quería decir que estuviera todo bien entre ellos, y Adam lo sabía.

Seguían todavía en la Black Country. Ruth ya conocía el color de la noche de esa zona. Era más espesa que en otros lugares, más oscura.

—¿Qué me quieres enseñar? —preguntó entrando en un parque.

Adam entrelazó sus dedos con los de ella. Llevaba una camisera blanca de manga corta, unos tejanos desgastados que le quedaban demasiado bien, y unas zapatillas de piel marrón clara.

—Sólo ven —le dijo—. Estamos en Tipton, en el Jubilee Park. Justo en el centro de la Black Country. Parece que no hay nada especial, ¿verdad? Mira ahí —señaló a una cabina roja.

—Es una cabina.

—Tú eres una mujer, pero no sólo eres una mujer. —Se inclinó y le mordió el labio con suavidad—. Eres la Cazadora, mi *kone,* y la gata que me ha robado el corazón. Por lo tanto, esto no es sólo una cabina.

Adam la hizo entrar en la cabina. Marcó un número secreto en el teclado, y de repente, el suelo se abrió y se vieron transportados a un subterráneo. Cuando salieron de aquel inhóspito ascensor, Ruth se encontró con el paraíso. Un paraíso lleno de pequeños lagos iluminados con luces de colores, con paredes y techos de roca blanca y marrón.

—Luego podemos bañarnos en el que más te guste. —Le guiñó un ojo. Y Ruth por poco se tropieza.

El suelo estaba iluminado por luces blancas y verdes. Se oía música de fondo, y voces, muchas voces. Algunas eran de chicas que no conocía.

Frunció el ceño. Había una recepción hecha de la misma piedra que toda aquella impresionante cueva. Y sobre la recepción, un nombre grabado en oro: RAGNARÖK.

—¿Qué es esto, Adam? —preguntó sin entender nada.

—Es mi regalo. Es algo que he hecho para ti. Para todos —le explicó—. Estos días que he estado sin ti, he movilizado prácticamente a los clanes. Quería un lugar para que todos nos reuniéramos, un lugar especial, donde no todo el mundo pudiera acceder, y en el que sólo aquellos que saben de nosotros pudieran entrar, ¿entiendes?

—Sólo para los clanes.

—De momento. Puede que si conocemos a más gente como Gabriel, también les deje entrar —sonrió—. Por ahora hemos hecho cuatro excepciones. Excepciones muy necesarias.

—¿Excepciones?

Ruth se sintió sobrecogida por el estilo y la magnificencia de aquel lugar. Era una discoteca, un lugar de reunión, se podía comer o pasarlo bien. Sobre las mesas circulares, como las salas de aquel local, había varios ordenadores. Y sentadas en una de esas mesas había cuatro chicas que en cuanto los vieron entrar, se levantaron y esperaron en fila a recibirlos.

Las cuatro sonrieron. Todas eran de la misma estatura. Dos de ellas eran morenas y de pelo liso. Una se parecía un poco a la actriz Penélope Cruz. La otra era más morena de piel y tenía un lunar en la barbilla. Las otras dos tenían el pelo del mismo color, castaño claro y con mechitas rubias. Las caras muy expresivas y muy risueñas.

—Estas chicas son españolas —le susurró al oído—. Te presento a Lourdes, Anna, Emejota y Lorena, pero a ésta última puedes llamarla Luna. Ellas estarán sirviendo copas y controlarán un poco este sitio. Y además, serán las nuevas administradoras de las webs y del foro. Tú, cariño, no necesitas más trabajo. Ya tienes suficiente con la escuela y tu hobby — soltó con una sonrisa.

—¿Eing? —dijo aturdida. ¿Hobby?

—La caza.

—¡Ah! ¡Claro, la caza! —se echó a reír—. Caleb no me ha hablado de esto.

—Ya te lo digo yo. Se acabó eso de dividirte en diez partes para hacerlo todo. Liam, Nora y yo necesitamos de tu tiempo. —Adam le dio un beso caliente en la palma de la mano.

Ruth carraspeó y miró a las cuatro chicas. ¿Eran humanas?

—¿Son...?

—Sí.

—¿Y saben...?

—Las sacerdotisas las eligieron y fueron ellas quienes las entrevistaron —contestó sin darle importancia—. Algo sabrán.

—Sabemos, pero no tanto como nos gustaría —dijo la pequeñita con el pelo castaño claro y ojos grandes y marrones—. Yo soy Anna —le ofreció la mano, y Ruth se la estrechó sorprendida por su simpatía.

—Daanna ya les ha hecho alguna que otra lavadita de cerebro — comentó Adam admirando lo bien que habían quedado los techos y las salas superiores acristaladas. Eran privados—. Han visto demasiado estos días. Imagínate tanto inmortal suelto por aquí, los vanirios con sus poderes telequinésicos, los berserkers con esa fuerza bruta que tenemos... Pero son fuertes mentalmente, lo soportan bien.

—Te estamos oyendo, Adam. Hola. —Luna, la del lunar en la barbilla, que tenía los ojos negros y pelo liso, le ofreció la mano—. Yo seré la relaciones públicas de aquí. Adam nos ha dicho que ha hecho esto para ti.

—Es tan romántico —dijo Emejota, que tenía el pelo castaño claro y los ojos negros. Su rostro era muy simpático y su sonrisa muy pícara. —Ya te digo —apoyó Lourdes, la que se parecía a Penélope Cruz. —Anna y Lourdes son hermanas. Vienen de Barcelona —informó

Luna—. Eme y yo somos de Sevilla.

Ruth no sabía qué decirles. ¿Adam había puesto al cargo de ese local a cuatro chicas humanas? ¿Qué le había pasado? ¿Ellas iban a llevar el foro y la web?

—¿Sorprendida? —preguntó él hundiendo la nariz en su pelo rojo. Las cuatro chicas se dieron codazos las unas a las otras y los dejaron solos.

—No tengo palabras.

—Caleb y yo queríamos decírtelo antes, pero me ha perdido la emoción.

—Este lugar es... tan fascinante. No os habéis dejado ningún detalle. Tenéis Apples en las mesas para conectaros a internet...

—Los controlarán las chicas. Ambas saben bastante de informática y, además, las sacerdotisas les han explicado las cosas más importantes. Anna y Lourdes saben gaélico. Emejota y Luna hablan noruego. Están especializadas en lenguas antiguas y en mitología celta y escandinava. La selección fue ardua, pero las sacerdotisas consultaron a las runas para saber quiénes encajaban en el perfil que buscábamos. Ya sabes, gente leal, que no tuviera miedo a las cosas sobrenaturales, que creyeran en ellas. Personas formadas y cultas. Y sobre todo, que tuvieran carácter. Ya sabes cómo son los hombres de nuestros clanes cuando hay música y alcohol de por medio — deslizó una mano atrevida hasta su nalga y le acarició el trasero—. Así que después de la selección, salieron ellas cuatro. Además se llevan muy bien.

—Ya veo. —Dio una vuelta por la sala, dando un azote a aquella mano revoltosa. No le importaba dejar de trabajar en la web. Es más, lo necesitaba. Sin Gabriel a su lado, no quería volver a hacer nada que le recordara a él, porque aunque se lo hubiera llevado una valkyria para reclutarlo en sus filas, eso no implicaba que ella dejara de echarlo de menos o de acordarse de él. Agradeció el gesto de Caleb y de Adam. Era lo mejor.

El RAGNARÖK le recordaba mucho a las cuevas del Salnitre de Montserrat, en Barcelona. La diferencia era que lo que Adam había hecho, estaba decorado con mesas y sillines de diseño, estilo *chill out,* y tenía varias barras colocadas estratégicamente por toda la sala.

—Oye, ¿cuál es el aforo de este sitio?

—Mil personas.

Ruth silbó y dio una vuelta sobre sí misma. Al fondo de la sala, alzado en la pared, había dos escudos enormes. Uno era el berserker, de tonos dorados, y a su lado, el vanirio, con tonos azules y plateados, un oso en el centro, el animal insignia de las castas guerreras celtas, y sobre éste, un *triskel* como el que llevaban los puñales distintivos de los *keltois* en su empuñadura.

Se cruzó de brazos y miró a Adam intentando averiguar qué era realmente lo que había motivado esa iniciativa.

—¿Por qué has hecho todo esto?

Adam se puso serio, la miró con solemnidad y la tomó de la mano. Ruth tragó saliva cuando vio que la mano del berserker temblaba.

—Porque... Ruth, me encanta cómo bailas. Me gusta cómo te mueves. Y... quería... quería decirte lo que no te he dicho con palabras. Que quiero todo lo que tienes para dar. Lo quiero para mí. Por eso —la voz de Adam sonaba como si se hubiera tragado un camión de cemento— he querido construir un lugar así, lleno de alegría, lleno de ti. Tú eres la que ha traído otros valores a mi vida. Me has devuelto la risa, el cariño y la ternura. El RAGNARÖK tiene que ser un lugar de encuentro para nosotros. Uno en el que podamos relajarnos. Uno en el que nos quitemos las corazas, en el que nos aceptemos tal y como somos. —Sus ojos brillaron de emoción cuando tomó la mano de Ruth y la puso sobre el corazón—. Un lugar que debe recordarnos por qué estamos juntos. Porque... a pesar de nuestras diferencias, luchamos por un objetivo común. A partir de hoy, yo no lucho por los humanos, Ruth. Lucho por ti. Cuando vaya a la batalla, lucharé en tu nombre, también en el de Liam y

Nora, pero sobre todo en el tuyo, *kone.*

A Ruth la mandíbula le temblaba peligrosamente, tenía los ojos dorados inundados de lágrimas. Adam hizo una señal con la cabeza a las cuatro chicas. Lourdes y Anna suavizaron las luces, Emejota y Luna pusieron la música.

Las notas de un piano sonaron de fondo, y una voz de barítono empezó a entonar una canción en español. *Hasta mi final.*

Ruth cerró los ojos y sonrió relamiéndose los labios. Se le había puesto la piel de gallina.

—Baila conmigo —pidió tembloroso—. Nunca has bailado conmigo. Él la tomó de la cintura y la abrazó. Ella rodeó el cuello de Adam, también entre temblores. Dios mío...

—Ruth... —los ojos del *noaiti* reflejaban la más auténtica rendición, la humildad más veraz—. ¿Te acuerdas de lo que te dije en la noche de luna llena?

—Sí —susurró en un sollozo—. Me dijiste: Estoy feliz... y estoy preparado. Lo he buscado en el diccionario.

—*Jeg er glad. Jeg er klar* —repitió juntando su frente a la de ella con suavidad—. Pregúntamelo, cariño. Venga, sé valiente.

Ruth se echó a llorar. No le salían las palabras.

—¿Para qué, Adam? ¿Para qué estás listo?

—Para... —La acercó a él y la levantó del suelo. Ella se veía tan pequeña entre sus brazos que él se sintió como un gigante. Un gigante, sin embargo, lleno de amor. Era el amor por Ruth el que lo hacía grande—. Para decirte, mi vida, que... *Jeg elskar deg*[57]. Te quiero, Ruth.

Ruth se quedó sin respiración. Que un hombre como Adam se sincerara de aquella manera con ella, hacía que la vida valiera la pena. La música de Il Divo la estaba destrozando, y sentirse rodeada por el calor, la ternura y el deseo del berserker la humilló. Ruth lo abrazó y lo besó en los labios, entregando en ese beso todo lo que ella era.

—Te amo, Adam. Te quiero —le dijo con sus ojos dorados llenos de calidez y felicidad.

Adam cerró los ojos a su vez y echó todo el aire que retenía en sus pulmones.

—Tenía miedo de no volverlo a oír —reconoció atormentado, con los ojos húmedos y llenos de incertidumbre—. Yo te quiero, Ruth. Con todo mi corazón manchado de odio, sangre, de venganza y de resentimiento, pero es mi corazón y es en lo que me he convertido, es lo que la vida ha hecho de mí. Tú... haces que quiera ser mejor, me haces sentir limpio. Digno. Si te pido que te quedes conmigo, aun sabiendo que estoy marcado de esa manera, ¿tú aceptarías? ¿Me aceptarías sabiendo que estoy condenado a pelear? ¿Te... quedarías conmigo para siempre?

Ruth lo tomó de la cara y lloró emocionada con él.

—Adam... mi amor... Yo me quedaré contigo, a pesar de tu corazón de guerrero. Me quedo contigo porque aquí dentro —puso su mano sobre su corazón cálido, un corazón que el dragón protegía. Pero domando al dragón se conseguía al lobo más bueno y auténtico que había en todo el mundo. Y los amaba a los dos por lo que eran, por lo que intentaban ser—, además de todo eso, hay hueco para amar a una humana alocada y temperamental como yo. Porque hay espacio para querer a dos niños pequeños, y protegerlos con toda tu alma, y porque... has decidido dejar a un lado las diferencias para aceptar a aquellos que no son como tú. Yo no soy como tú. Pero te quiero, Adam. Y me quedo contigo.

—¿Hasta mi final? —preguntó él mientras las lágrimas descendían por su mejilla.

—Hasta nuestro final.

[57] Jeg elskar deg: en noruego significa “Te amo”.

Un guerrero inmortal no lloraba nunca. Un hombre con el corazón salvaje y temerario de un lobo, sí. Se dieron un beso lleno de entrega. Un beso de redención y de rendición, que era lo que había dicho la *völva* en su profecía. Sólo los valientes se arrodillan, y Ruth y Adam se habían hincado de rodillas en el suelo, y el uno al otro , se habían servido los corazones en bandeja. Seguro que Freyja estaba muy contenta con la canción que había elegido el *noaiti.*

Hoy te prometo amor eterno/ Ser para siempre tuyo en el bien y en el mal/ Hoy te demuestro cuánto te quiero/ Amándote hasta mi final

En una esquina de aquella discoteca subterránea llamada RAGNARÖK, cuatro humanas lloraban y se secaban las lágrimas, emocionadas, pasándose una caja de kleenex las unas a las otras.

—Te dije que esta canción funcionaría —le dijo Anna a Luna.

—A mí me hacen eso y se me caen las bragas del impacto —soltó Lourdes entre sollozos.

—¿Y para qué las quieres? Con ese hombre delante las bragas estorban —comentó Emejota.

—Sois unas pervertidas. —Luna alzó una ceja y sonrió—. Además, ¿qué os hace pensar que ella las lleva puestas?

Y allí, en aquel lugar oculto a los ojos del mundo, una humana que cazaba almas y un inmortal del clan berserker se prometieron amor eterno hasta el final de sus días.

Y por fin, el lobo fue domado por la Cazadora.

EPÍLOGO

Dos semanas más tarde…

El RAGNARÖK estaba de celebración. Los clanes se habían reunido para celebrar la boda entre el *leder* del clan berserker, As Landin, y la sacerdotisa, María Dianceht.

Se habían jurado unos votos tan solemnes que todos los allí reunidos sabían que iban a respetar hasta el fin de sus días.

Los niños de los clanes correteaban por toda la discoteca y se lanzaban a las pequeñas piscinas de roca natural que habían cavadas en el suelo. La música sonaba bien alto. El ambiente era alegre y festivo, mezclado con ligeros toques de prevención y alerta.

Ruth sabía que eso era lo que se sentía al estar cerca de aquellos hombres mágicos, inmortales, como ella. El poder de la vida y la alegría que eso conllevaba, pero también, la presión del acecho y de la guerra.

A su lado, Adam no dejaba de enrollar sus dedos en su pelo y de vez en cuando inhalaba su aroma, hundiendo la cara en su cuello. ¿Podía ser más feliz? Sus sobrinos estaban encantados con Ruth, él era una hombre enamorado que por fin había aceptado su sino. La sacó a bailar y chocaron a propósito con Caleb y Aileen, que ya se mecían siguiendo el compás de la canción.

—Buscad un motel —les dijo Ruth sonriendo.

—Ignóralos, Cal —contestó Aileen poniendo los ojos en blanco—. Desde que Adam le construye sitios como el RAGNARÖK para que ella se desmelene, se cree la reina del mundo.

—Eso es porque no ves las diferencias, cielo. —Ruth le guiñó un ojo —. Caleb te monta un sitio para que trabajes, y a mí, mi pareja me construye uno para que me lo pase bien. El vanirio, como siempre, en su línea de explotador.

Los cuatro se echaron a reír.

Bruja —le dijo Aileen enseñándole los colmillos.

Ruth le sacó la lengua.

Por el rabillo del ojo, vio que As iba a buscar unas bebidas para María, y Ruth no dejó pasar la ocasión.

—Ahora vengo, lobito. —Besó en los labios a Adam y lo dejó allí, hablando con sus amigos.

Ruth sorteó a Noah y a Daanna, que estaban bailando juntos. Noah estaba calmando la ansiedad de su amiga. Desde el semientierro de Gabriel, nadie sabía nada ni de Menw ni de Cahal. Habían desaparecido, como si los hubieran borrado del mapa. Y Daanna, la elegante e inalcanzable Daanna, se estaba marchitando como una flor a la que no regaban ni le daba el sol. Sintió compasión por ella. Querían ayudarla, Caleb estaba muy preocupado, todo el clan lo estaba, pero Daanna no hablaba. No hablaba de nada con nadie.

As se detuvo en cuanto vio a la Cazadora acercarse.

—¿Puedo bailar con el novio? —preguntó ella.

As sonrió y levantó una ceja. Cada día que pasaba estaba más guapo. Le ofreció la mano y ella la tomó.

Bailaron un vals. El líder se movía muy bien.

—Dispara, Cazadora. —La urgió él divertido.

—¿Por qué escondes que tienes contacto con los dioses? Freyja me dijo que hasta cuatro veces habían contactado contigo.

—No te andas con rodeos, Ruth.

—Los rodeos para los vaqueros, As. Cuéntame.

—Mi relación con Odín es... complicada. No puedo explicarla tan fácilmente.

—Dime al menos si hay posibilidades de que nos salvemos. —Adam ha recibido una profecía de Skuld. ¿Tú qué crees?

—Creo que sí. Es una profecía muy condicional, podemos salvarnos «si» hacemos tal o cual cosa. Dependemos de esas personas que nombró la *völva.*

—Bueno. Entonces ya me has contestado. Los dioses no nos abandonan, Cazadora. Nos dan las herramientas y los medios para que seamos nosotros quienes acabemos con Loki y su intento de Armageddon. Sólo hay que despertarse a tiempo y hacer los sacrificios que señala, y puede que sólo entonces tengamos una oportunidad de detener toda esta locura. ¿Sabes cuál es el siguiente paso? ¿Para qué te contactaron? As apretó la mandíbula. Ruth sabía interrogar.

—Es el día de mi boda, señorita. No deberías molestarme. Ruth asintió avergonzada, pero no se rindió.

—Freyja me dio un mensaje para ti. Dijo que debías unir a los ejércitos, y que tú ya sabías lo que tenías que hacer para ello. Dijo que tú sabías quien debía despertarse para lograr tal hazaña. ¿Acaso sabes dónde están todos?

—No —contestó As pensativo—. Yo sólo tengo los interruptores, los que dan el pistoletazo de salida, Ruth. No puedo lograr nada solo.

—¿Entonces? ¡Háblame As!

—Está bien, Cazadora. La primera vez, Odín me entregó algo para que yo me hiciera responsable de ello.

—El bastón —asintió Ruth concentrada.

—Sí. La segunda vez, siglos atrás, me otorgó el honor de custodiar algo preciado y muy poderoso para él. Sigo teniéndolo conmigo, pero no puedo descubrirlo hasta que sea el momento.

—¿Qué te dio?

—No puedo decírtelo, Ruth. La tercera vez. Me dieron unas directrices. Un secreto.

—Cuéntamelo.

—Me dijo algo sobre la *velge.*

—¿Sabes quién es? ¿Qué es? —preguntó asombrada.

As miró hacia otro lado y asintió.

—¿Y la cuarta vez?

—Odín me dijo que esperara a que tú me dieras el mensaje de Freyja. Me dijo que guardara la vara de los espectros conmigo hasta que tú la destruyeras. Y me dio información para que la *velge* tuviera su incentivo y despertara.

—Dime quién es. No puedo con las intrigas.

—Yo tampoco —dijo él. Se inclinó al oído de Ruth y le contó todo lo que sabía.

Ruth ya no movía los pies. Tenía los ojos como platos y abría y cerraba la boca como si fuera un pez.

—¿Guardarás el secreto?

Ruth recordó lo que le dijo Freyja. La promesa de una sacerdotisa era irrompible. Pero aquello era demasiado grande. Sin embargo, se trataba de su código de honor, y no lo iba a quebrantar.

—Sí —prometió.

—¿Me ayudarás?

—En lo que sea necesario.

—María no sabe nada de esto. Nunca hables con ella sobre lo que te he dicho.

—Soy una sacerdotisa e hice un juramento a Freyja. Si abro la boca, ella me matará. No diré nada. Lo prometo.

As asintió solemne.

—Bien. Al menos me he sacado un peso de encima.

—Gracias por pasármelo, líder —dijo sarcástica.

—¿Hubieras preferido no saberlo?

—No. Puede que ahora sepa cómo ayudar.

—Fantástico. Me voy con mi mujer.

Ruth se dio la vuelta, perpleja y aturdida por las revelaciones, y se encontró con el pecho de su compañero.

—¿Qué hablabas con As?

—Lo felicitaba por su boda. Y le pedía que cuidara mucho de María. No era una mentira completa. Para sentirse mejor, tomó de la cara a su impresionante lobito y lo besó en los labios.

—Jeg elskar deg, ulv[58]*.*

Adam sonrió. Ella y As habían hablado de algo más, pero, respetaba a su compañera. Cuando tuviera ganas de decírselo se lo diría. Él tenía sus propias armas para sacarle sus secretos. Sonrió como sólo un hombre seguro del amor de su mujer podría hacerlo.

—Te amo, *kone.*

FIN

[58] Jeg elskar deg, ulv: en noruego significa “Te amo, lobo”.

GLOSARIO DE TÉRMINOS

SAGA VANIR, II

Asgard: residencia de los dioses, en particular de los Aesir.

Barnepike: ama

Bastón del concilio: el bastón que legó Odín al líder del clan berserker para que lo llevara con él como símbolo de paz entre clanes.

Bráthair: hermano en gaélico.

Bror: hermano.

Canto joik: el canto del noaiti que evoca a los espíritus.

Cáraid: término gaélico que significa «pareja».

Comitatus: un grupo de personas que se reconocen como familia entre ellos aunque no haya vínculo sanguíneo que les una. El comitatus se da entre los berserkers.

Constantes: sacerdotisas que reciben la inmortalidad para combatir el mal eternamente.

Druht: don de profecía y adivinación.

Hallsbänd: el collar que se usa en el pacto slavery y que somete al que se lo pone.

Jotunheim: residencia de los gigantes, considerado el origen de todo mal.

Juramento Piuthar: juramento que se pronuncia entre las hermanas sacerdotisas.

Katt: gata

Kompis: compañero

Kone: así es como llaman los berserkers a sus compañeras, significa «mujer esposa».

Leder: líder.

Matronae: nombre que se les da a las sacerdotisas que apoyan a las constantes.

Midgard: el nombre que los dioses nórdicos dan a la Tierra.

Noaiti: el chamán del clan berserker, también conocido como «Señor de los animales».

Nonne: apelativo cariñoso que se la da a las hermanas, viene a ser como «hermanita» o «hermana pequeña».

Nornas: las tres parcas nórdicas que tejen el destino.

Od: uno de los dones que otorga Odín a los berserkers. Se trata de la furia animal.

Pacto Slavery: pacto de esclavitud que se da en el clan berserker cuando un hombre a blasfemado a una mujer.

Ragnarök: batalla final en la que perecen dioses, jotuns y humanos.

Reflekt: apelativo cariñoso de los berserkers a sus compañeras. Para ellos sus mujeres son un reflejo de lo que ellos son.

Seidr: magia hechizante muy poderosa.

Seidrman: brujo que domina la magia negra Seidr.

Slave: esclavo.

Soster: hermana.

Spädom y Drom: libros de profecías y sueños del noaiti.

Valhalla: residencia de las valkyrias.

Vanenheim: residencia de los Vanir.

Velge: la ungida.

Voluspá: la profecía de la vidente. Así se conoce a la profecía del Ragnarök.

Völva: vidente.